



CUENTOS POPULARES ESPAÑOLES

Edición de

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

Siruela

**JOSÉ MARÍA
GUELBENZU (ed.)**

**Cuentos populares
españoles**



Ediciones Siruela

**CUENTOS
POPULARES
ESPAÑÓLES**

**Edición de
José María Guelbenzu**

Biblioteca de Cuentos Populares Ediciones Siruela

ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

Dedicatoria

Al lector

CUENTOS POPULARES ESPAÑOLES

1. La misa de las ánimas
2. El hombre del saco
3. El aguinaldo
4. Los siete conejos blancos
5. Los ladrones arrepentidos
6. La niña de los tres maridos
7. El alfiletero de la anjana
8. Periquillo
9. La flor del cantueso
10. El príncipe Tomás
11. Los dos jorobados
12. Las tres naranjitas
13. Juan Bobo
14. El agua amarilla
15. La calandria salvadora
16. La muñeca de dulce
17. El castillo de Irás y No Volverás
18. La tira de piel
19. El conde Abel y la princesa
20. El alma del cura
21. La princesa encantada
22. El enano
23. El cabrito negro
24. El cuarto prohibido
25. La novia del ladrón

26. Blancaflor
27. Las tres hilanderas
28. El gato con botas
29. La hija enterrada
30. Perico el mago
31. Juan Sin Miedo
32. Las mantecas del rey Hijón
33. El enano y el gigante
34. Las tres manzanitas de oro
35. Juan Soldado
36. El pobre avaricioso
37. La zapatilla de oro
38. El peral de la tía Miseria
39. El joven que vendió su alma al diablo
40. La novia rana
41. Los animales músicos
42. La princesa dormida
43. La joven María y el príncipe lagarto
44. El herrero jugador
45. El león y Angelina
46. Delgadina
47. Los tres pelos del diablo
48. Juan de Calais
49. Los tres leones
50. La mariposita
51. Bellaflor
52. La estatua de mármol
53. Piedra de dolor y cuchillo de amor
54. Pulgarcito
55. El pájaro de los diamantes
56. El enano y el pastor
57. El califa, el pastor y la felicidad
58. Las tres prendas de Pedro

59. Los tres consejos
60. La gaita que hacía bailar a todos
61. El tambor de piel de piojo
62. La asadura del muerto
63. La ahijada de san Pedro
64. El pequeño corzo
65. El carbonero y la Muerte
66. La barretina verde
67. El gallo y el carámbano
68. La hornera malvada
69. El heredero de la corona
70. La sangre más pura
71. Una apuesta con el Diablo
72. Los carboneros en el palacio
73. Los siete rebecos
74. El hijo perdido
75. La selva encantada
76. El manto de oro
77. La casita de azúcar
78. La metamorfosis
79. La peregrinita
80. El tonto de Coria
81. Juan el Oso
82. María manos blancas
83. Las mentiras más gordas
84. El amezketano y el madrileño
85. El castillo de las siete torres
86. El anillo de «Por aquí»
87. El sino
88. Estrellita de oro
89. Las verdades del barquero
90. La flor del sicomoro
91. El cuélebre y el pastor

92. La vela de la vida
93. Los tres hermanos
94. El demonio ayuda al casero
95. La serpiente de siete cabezas y siete colas
96. El general Afilado
97. La niña de los cabellos de oro
98. Noticias del cielo
99. Los tres amigos
100. Seis amigos de novedades
101. La posada encantada
102. El juicio del demonio
103. El gallego y el caballo del rey
104. Los hermanos bandidos
105. El sastre y el zapatero
106. Los prestamistas no tienen alma
107. El amigo de la Muerte
108. La bola de oro
109. Las tres cerditas
110. Los tres hermanastros
111. La muchacha embustera
112. El lobo cree que la luna es queso
113. Juan y Medio
114. El príncipe y el dragón
115. El cocinero del rey
116. El viejo se hace niño
117. La niña sin brazos

Procedencia de los cuentos

Bibliografía escogida

Créditos

A Nicolás Guelbenzu Semprún

AL LECTOR

Las compilaciones de cuentos populares españoles, a juzgar por la bibliografía existente, están rescatando poco a poco un género al que no se había prestado excesivo interés y que, en comparación con el trato recibido por los cuentos populares en otros países europeos, se encontraba en franca situación de inferioridad dentro de la cultura española. Leer ahora esas compilaciones significa constatar que la tradición del cuento popular español es bastante rica y que no ha empezado ayer mismo a recogerse.

Antes del siglo XIV, existen colecciones de cuentos que son traducciones de cuentos orientales. La primera, al parecer, es la *Disciplina clericalis* escrita en latín por un judío converso oscense a principios del siglo XII; y ya en el siglo XIII hay traducciones castellanas del *Panchatantra*, el *Mahabharata*, *Calila e Dimna*, *Las mil y una noches*, el *Sendebar*... Después, en el siglo XIV, aparece la figura de Don Juan Manuel, infante de Castilla, que reúne en su figura el ideal caballeresco, el religioso y el literario, aunque no alcance el grado de refinamiento que se dará un siglo después en la corte de Juan II. Entre sus obras destaca, por lo que nos interesa aquí, *El conde Lucanor*, en cuya primera parte se recogen cincuenta y un cuentos, obra fechada en 1335, trece años antes del *Decamerón*, de Boccaccio. Un siglo más tarde tenemos los cuentos del *Libro de los gatos* (que es una versión de las *Fabulae* de Odo de Cheriton) y el *Libro de los exemplos por a.b.c.*, de Clemente Sánchez de Vercial. En el siglo XV, se conocen en España los cuentos italianos de Boccaccio. En el XVI, aparecen dos cuentistas considerables, Juan de Timoneda y Melchor de Santa Cruz. En el XVII parece prestarse mayor atención a colecciones de chistes, chascarrillos, anécdotas graciosas de corte histórico. El XVIII registra un abandono del interés por los cuentos. Sólo en el siglo XIX se volverá al cuento popular y, aunque las colecciones son escasas, muchos escritores se interesan por la tradición, los recuperan y los rehacen con criterios literarios: ahí están los

nombres de Fernán Caballero, Hartzenbusch, Hernández de Soto, Antonio de Trueba, Rodríguez Marín, etc.

El cuento literario no es un género muy cultivado en España, como es fácil comprobar. El cuento popular, que sin duda se ha nutrido de las traducciones de cuentos orientales y que se ha hecho reflejo de cuentos literarios oídos y reconvertidos, sí se ha ido transmitiendo gracias a su anonimato y a su oralidad, como ha ocurrido con los chistes, chascarrillos, anécdotas y refranes. Pero puede decirse que hasta el siglo XIX no se produce el primer movimiento de interés hacia el cuento popular en el mundo cultural español.

No es casualidad este interés novecentista, que proviene del romanticismo, ya que es en el mismo siglo cuando en Europa se producen grandes colecciones de cuentos que hoy perduran, como las creaciones de los hermanos Grimm en Alemania o Afanasiev en Rusia. De todos modos, Europa mantuvo un interés más sostenido por tales relatos, como lo demuestran las colecciones anteriores de autores como Perrault o Basile, que van estableciendo una línea de tradición. En cambio, en España, no puede hablarse de tradición sino, como suele ser costumbre, de golpes de interés tan entusiastas como infrecuentes.

El primer intento verdaderamente serio se debe a los esfuerzos de D. Antonio Machado y Álvarez, padre de Antonio y Manuel Machado, quien crea en 1883 la «Biblioteca de las Tradiciones Populares», donde se reúnen recopilaciones de diversos especialistas, incluido el propio Machado. Su preocupación abre camino a otras recopilaciones, aparecen algunas revistas como el *Boletín folklórico español* que, aunque de corta vida, sirven de enlace entre diversos coleccionistas de temas populares. Y de aquí va derivándose un interés regionalista por recuperar sus tradiciones folklóricas que sienta bases para lo que acometerán más tarde otros compiladores como Aurelio de Llano y Constantino Cabal en Asturias o Manuel Llano en Cantabria, todos ellos en el primer cuarto del siglo XX.

Pero la más importante compilación, por cuanto intenta una sistematización de corte filológico y se aproxima con ello a un tipo de trabajo que podemos considerar ya como científico en el conocimiento y recuperación de nuestros cuentos tradicionales, es la del hispanista D. Aurelio M. Espinosa, que publica un total de tres tomos en esta misma época.

Después han venido siendo cada vez más numerosas las aportaciones de diversos

estudiosos y, poco a poco, se han ido haciendo y publicando colecciones que son las que hoy nos valen para leer nuestros cuentos tradicionales. Es verdad que hay áreas geográficas y lingüísticas que ya cuentan con una interesante bibliografía y otras en las que, por el contrario, está casi todo por hacer. Pero al menos nuestra sensación es que, gracias a los trabajos cada vez más perfeccionados de folkloristas, filólogos y etnólogos, la tradición de los cuentos populares puede que deje de ser un esfuerzo benemérito que nunca acabaremos de agradecer para convertirse en un género que pertenezca con toda dignidad a la historia de nuestra literatura.

La idea de hacer una antología de cuentos populares españoles no es mía, sino del editor. Mi relación con los cuentos populares es, naturalmente, oral, y procede de mi infancia. Después, no he vuelto a ocuparme de ellos salvo en la lectura de una recopilación por la que siento mucho cariño, que es la de José Antonio Sánchez Pérez, que se publicó por primera vez en 1942 y a la que tuve acceso por una de esas casualidades de las antiguas bibliotecas familiares, que siempre albergaban preciosas sorpresas escondidas entre una mayor o menor cantidad de volúmenes particularmente – y nunca mejor dicho– plúmbeos e ininteresantes.

Los cuentos españoles –a lo que he podido ver después de leer cientos de ellos– se caracterizan ante todo por su realismo. En esto no se diferencian en absoluto de la tradición cultural española y, específicamente, de la literaria. María Rosa Lida dice, refiriéndose a D. Juan Manuel, que «apenas podría mentarse un autor didáctico medieval que muestre más despego que D. Manuel a la venerada antigüedad grecorromana, ni menos gana de lucir su saber de clerecía». El empleo artístico del lenguaje del pueblo, por otra parte, es también natural en nuestra literatura y lo demuestra el puente que forman el *Libro de buen amor*, el *Corbacho* y *La Celestina*, que es la primera obra que reúne clasicismo y modernidad en nuestra literatura. El humanismo toma una característica propia, que es la de perder «el sentido predominantemente pagano que tiene en Italia [para] yuxtaponerse al fondo de medievalismo que continúa vivo en España», como dice Ángel del Río. El humanismo español no se corresponde con el renacentista italiano. El clasicismo no entra en nuestra formación más que de un modo elitista. La cultura española puede denominarse con toda propiedad anticlásica; en cambio la atracción por el realismo en toda su crudeza impregna el arte y la literatura españoles. Los viajeros extranjeros lo hicieron notar; por ejemplo, Gautier, que

destacaba, refiriéndose a los artistas españoles, «su robusto amor de la realidad, en el que se mezcla el más desenfundado idealismo cristiano». Desde luego, ni el clasicismo ni el humanismo renacentistas tuvieron mucho que hacer en nuestro muy católico país, en tanto en cuanto el libre examen de los protestantes y el naturalismo científico de los humanistas italianos resultaban incompatibles con la ortodoxia. España se asienta, en palabras de Ángel del Río, en «el ideal de perfección religiosa y el ideal nacional, fundidos en el acatamiento a la monarquía católica». Es el misticismo frente a la nueva filosofía racionalista.

En fin, nada ajeno a esta actitud, el afán de veracidad invade todos estos cuentos, poniéndose por delante de la imaginación, y no es nada difícil ver la fuerte relación que mantienen con la picaresca española en estilo y temas, especialmente los de asunto costumbrista. Es la eficacia del ingenio frente a la eficiencia de la inteligencia, que se pone bajo sospecha en cuanto toca la ortodoxia, pero también una suerte de secularización de la literatura que dará pie a la picaresca y a la excepcional *Celestina*. Francisco Calvo Serraller, siempre refiriéndose al arte español –lo que nos vale también para la literatura–, señala: «Antihumanista y anticlásico, el arte español fue, en definitiva, un producto genuino de la Contrarreforma, una estética moralista afincada en el contenido», y continúa: «Naturalista, anticlásico y, en consecuencia, también antihumanista, el arte y la literatura españoles del barroco [...] no cabían en los esquemas críticos tradicionales y sólo era posible apreciarlos a la caída de éstos, con la revolución romántica que inauguraba la época contemporánea». Ésta es la razón que hace a los muchos autores españoles del XIX volver sus ojos hacia el cuento popular.

También el ingenio es siempre más valorado que la reflexión; y, desde luego, los cuentos españoles responden decididamente a este planteamiento. Como señalara Rafael Sánchez Ferlosio, en este país siempre se ha admirado más un gesto que un pensamiento; un gesto de arrogancia ante la muerte, por ejemplo, el del papa Luna, era (¿es?) infinitamente más estimado por el pueblo que una idea. El ingenio, sea para conseguir a la princesa, sea para calmar el hambre, sea para engañar al ogro, es siempre la máxima virtud en este mundo precario y mortificado por la presión de la Iglesia. La muy castizamente alabada capacidad de improvisación del español, tan del gusto nacional (recordemos esos chistes que comparan a españoles con europeos, en los que siempre el español es el más gracioso, el más listo y, también, el más fatalista, por mucho que utilice

un humor autocompasivo para disimularlo), no es más que una glorificación cazurra del ingenio.

La segunda característica que quiero señalar tiene su fundamento en el amor por el milagro como solución a los problemas de la vida. Este milagrerismo se advierte sobre todo en la forma en que reciben ayuda los héroes de los cuentos y también en la estructura y los finales. En todo cuento de encantamiento o maravilloso –que en esta antología son mayoría– el héroe es ayudado por alguien, tradicionalmente denominado *donante*, que es quien le entrega el o los objetos mágicos que le ayudarán a cumplir su tarea. Aparte de que el donante de cuento español tiene una marcada tendencia a ser alguien procedente del Cielo (en el sentido católico del término), lo cual me he permitido rectificar a veces, lo más interesante es que prácticamente todas las donaciones son gratuitas. El donante suele aparecer por las buenas, según le conviene al narrador. En una narración, para que se considere bien construida, es muy importante que lo que sucede venga exigido por la propia narración, no que quede a la voluntad del narrador; lo que sucede, debe suceder porque la narración lo requiere, no porque le da la gana al narrador (o al autor, aunque en el caso de los cuentos populares estas dos figuras se identifican). Pero es que, insisto, el donante casi siempre entrega el objeto mágico gratuitamente, sin pedir nada a cambio, lo que siembra de arbitrariedades el camino del héroe. De nuevo tenemos la sensación de que el narrador, que es capaz de precisar detalles ininteresantes para el desarrollo de la narración, se inhibe de buscar cualquier justificación narrativa a la aparición de lo mágico, como si lo mágico se justificase por sí mismo, un poco al estilo que hoy en día tanto se lleva de las historias de psicópatas en las cuales el guionista o narrador no se preocupa de justificar nada por cuanto considera que, por el hecho de ser un psicópata, cualquier acto que cometa es admisible *per se*, cuando todos sabemos que, precisamente, sucede al contrario: que un enfermo mental está sujeto a una estructura de comportamiento perfectamente cerrada.

La tercera característica es una consecuencia de lo anterior. Se trata de la brusquedad de los finales, que no parecen querer recoger el cuento sino, al contrario, desprenderse de él. Una vez que la acción maravillosa ha terminado, la historia se cierra como en los tiempos heroicos de las grabaciones musicales en rollos de cera: cada rollo tenía un tiempo limitado –dos minutos y pico a lo sumo– de grabación y los conjuntos de jazz se largaban a tocar hasta que, a una señal del ingeniero de sonido, un golpe de batería ponía, sin remedio, fin a la grabación.

Los cuentos, por último, tienen, con su marcada tendencia realista, un aire, digamos, campechano, en relación con los relatos europeos. Los personajes se tratan con mucha familiaridad; un pastor, por ejemplo, puede tratar de tú a tú con un rey o una princesa sin que nadie se altere ni se rompan normas diferenciales de estado. En esa campechanía hay, además, frecuentes referencias escatológicas, que son celebradas por igual por personajes de alto rango o de baja condición. Los palacios o mansiones no acaban de ser maravillosos o deslumbrantes y tampoco hay mucha intención de describirlos con detalle, lo que choca con otros detallismos que sí se tienen en cuenta (por ejemplo: da lo mismo, como señalaba antes, la no justificación de la concesión de objetos mágicos pero, en cambio, los héroes hacen muy a menudo el correspondiente alto para comer). Se diría que los narradores orales o no han visitado muchos palacios y castillos o los palacios y castillos que tenían a su alcance no eran tan refinados como para detenerse en su contemplación.

La miseria –y volvemos a la picaresca en este país de hambruna tradicional– está presente en muchos cuentos. En unos casos es el hambre en sí el origen de situaciones crudelísimas, en otros los manjares adquieren una importancia primordial sobre cualquier otra cosa como, por ejemplo, en el relato «El aguinaldo», donde lo deslumbrante del palacio no es el palacio en sí sino la fastuosa cantidad de viandas que ofrece en sus salones.

Y el lector encontrará a un viejo conocido nuestro: el diablo, que acude a los cuentos populares españoles con tanta asiduidad como los santos del cielo, cuya presencia he procurado aliviar un poco. De la misma manera, he atemperado algunos de los excesos propios de las características que acabo de señalar.

Y también debo señalar que me he permitido cambiar los títulos de algunos cuentos, que vienen relacionados al final del libro, por una mera cuestión de coherencia con los criterios de edición, que pasaré a exponer en seguida.

Por lo demás, los cuentos españoles no sólo resultan, al menos selectivamente, muy amenos y entretenidos sino que, como se verá, coinciden en muchos casos con los cuentos procedentes de otros países. Existen unos tipos de cuentos que se dan en todas las culturas porque, evidentemente, tienen un tronco común, pero, además de eso, estos cuentos son, por tradición, orales y, por lo tanto, han paseado sus argumentos por medio mundo y, como semillas, han crecido aquí y allá con versiones y variantes

acondicionadas al terreno en el que prendían. Resulta curioso ver cómo los relatos españoles que se refieren a la *princesa rana* o –como es el caso del elegido para esta selección– *novia rana* son narrativamente tan semejantes al relato ruso recogido por Afanasiev titulado, como no podía ser menos, «La zarina rana». Se trata de relatos populares universales que aquí tienen su versión española, como «Juan sin miedo», «Juan el Oso»... También existen versiones españolas de cuentos más elaborados como «Pulgarcito», «Cenicienta», «La bella durmiente», etc.

Quizá el lector se extrañe de la crueldad que algunos cuentos muestran, pero hay que decir que esto es común a los cuentos en todo el mundo. Cortar extremidades u ojos – que luego son siempre repuestos–, hacer pedacitos a alguien y meterlo en una botella, entregar a los hijos al ogro para salvar al padre, matar al hijo para salvar a la madre untándola con la sangre de la pobre criatura o incluso cocinar y dar de comer los hijos a su padre... todo eso es muy común y, para quien quiera entretenerse en sus significaciones, le remito a una obra que siempre me apasionó: *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, de Bruno Bettelheim.

Sin embargo, hay que decir que muchos de ellos tienen su origen en mitos. La imagen del niño cocinado y servido a su padre está en el mito de Tereo y Filomela, que recoge Ovidio en sus *Metamorfosis* y que, por traerlo a la literatura contemporánea, forma parte de la sección segunda de *La tierra baldía*, de T. S. Eliot. En la misma Biblia se habla del sacrificio de hijos, como, por ejemplo, el dilema moral de si un hijo ha de ser sacrificado para pagar los pecados del padre que aparece en Miqueas 6.7: «¿Daré mi primogénito por mi delito, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?». Y nuestra cultura proviene de mitos griegos y latinos y, cómo no, de mitos y metáforas bíblicas. Pero, bueno, dejémoslo aquí, pues esta advertencia al lector que encabeza nuestro libro no tiene la menor pretensión de ser erudita.

En definitiva, los cuentos populares nos remiten siempre a nuestro lugar de procedencia y, siendo muchos de ellos semejantes en cuanto al origen, su riqueza y variedad provienen de los muchos lugares en los que estas historias se han asentado y responden a la sociedad que las hizo suyas.

La cuestión fundamental que se me presentó una vez que me dediqué a leer las diversas colecciones de cuentos populares españoles que tenía a mi alcance fue la de elegir el criterio con el que debía realizarse esta selección.

Existen, como digo, excelentes colecciones de cuentos editorialmente vivas en la actualidad, sobre todo en ediciones institucionales, pero también en ediciones comerciales, hechas por filólogos, etnólogos, folkloristas, y todas ellas responden a un método científico de catalogación tipológica que está permitiendo extraordinarios avances en la recolección y fijación de nuestros cuentos populares. El problema era que, si bien es inevitable coincidir con otras ediciones vigentes en bastantes relatos –¿quién puede prescindir de «Blancaflor», «El peral de la tía Miseria» o «Los tres pelos del diablo»?–, no debía coincidirse en la intención. Entonces comprendí que la característica que más puede atraer a un narrador en estos cuentos es, precisamente, su narratividad. Sin duda que se trata de un criterio subjetivo, pero mi intención no era –ni es– la de catalogar o tipificar sino la de seleccionar aquellos cuentos en los que la estructura narrativa integra perfectamente la intención del relato. El lector encontrará algunas elecciones que quizá le causen extrañeza: «La mariposita», por ejemplo, que aparentemente es un recitado, es un prodigio de narración basada en la musicalidad del texto; «El herrero jugador» es una mera anécdota a la que una ingeniosa idea dota de narratividad en su extrema brevedad; «Las tres manzanitas de oro» es un cuento aparentemente discreto hasta que el lector comprende hasta qué punto todo él está volcado hacia la última y desgarradora frase; en fin, así seguiríamos, pero no hace al caso. Es cierto que ninguno de los tres mencionados alcanza cotas narrativas tan complejas como «El pájaro de los diamantes» o «Bellaflor», pero creo que se justifican plenamente y valen como ejemplo de otras elecciones.

Uno de los investigadores más notables del cuento oral español, Julio Camarena, define a aquél como «una obra en prosa, que, subordinando a ello cualquier elemento descriptivo o introspectivo, narra acciones [...] tenidas por ficticias y que, contrariamente a la novela y otras manifestaciones de la literatura escrita, vive en la tradición oral variando continuamente».

De entre la enorme variedad de cuentos españoles catalogados, los que mejor responden a un criterio de narratividad son, sin duda alguna, los cuentos de encantamiento y maravillosos; por contra, los cuentos de costumbres están, en general, más cerca de la anécdota ingeniosa, la sabiduría mostrenca e incluso el chiste; y en cuanto a los cuentos de animales, debo decir que me recuerdan demasiado a la fábula como para considerarlos narraciones propiamente dichas. Ésta es una opinión de simple aficionado, por supuesto, pero voy a atenerme a ella.

Lo que sucede es que, si seguimos la definición de Camarena, los cuentos deberían ser

transcripciones de una versión oral que, sin embargo, al ser impresa, si bien ganan para la catalogación, pierden su frescura inicial, pues nos obligamos a *leerlos* y la lectura, querámoslo o no, tiene sus propias reglas. Los trabajos de transcripción de, por ejemplo, Luis Cortés Vázquez en sus cuentos salmantinos, o del propio Camarena en los leoneses, son sencillamente admirables; ahora bien: a la hora de planteárnoslos como narraciones que van a ser leídas por el público en general, sentimos la tentación de literaturizarlos un tanto para relacionarnos más cómodamente con ellos.

Yo espero que los estudiosos quieran perdonarme, pero eso es lo que he hecho. Dado ese paso, el dilema era éste: o bien realizo una re-creación de los cuentos, o bien me limito a ajustar su lectura a exigencias de contemporaneidad. En el primero de los casos me habría puesto en la posición de un Perrault, lo que me parecía improcedente; en el segundo, la cuestión era dar con un tono que, si bien modificaba en alguna medida los cuentos, lo que trataría es mantener ese aire de oralidad que les da toda su gracia.

El criterio final ha sido éste: en primer lugar, mantener secuencialmente la estructura dramática de cada una de las versiones elegida. La razón fundamental es mi creencia de que el artificio estructural de que se vale el relato responde al pensamiento que lo crea y modificarlo sería atentar directamente contra ese pensamiento y, por lo tanto, contra la esencia de los cuentos tal y como están recogidos por los compiladores de boca de los narradores orales; si en la estructura se han producido algunas modificaciones en algunos cuentos ha sido, bien en favor de la lógica narrativa, bien porque el cuento se ha compuesto a partir de la mezcla en distinto grado de dos versiones (por ejemplo, el cuento «Los tres pelos del diablo» mezcla las dos versiones que recoge Luis Cortés Vázquez en sus cuentos salmantinos). La propia lógica narrativa ha hecho que incluyera en varios cuentos aportaciones personales que contribuyeran a ajustarlos, pero confío en que sean discretas. En algunos casos he mantenido situaciones que atentaban contra esa lógica porque la dinámica del cuento permitía hacerlo sin dificultad.

En segundo lugar, se reescriben todos los cuentos, pero se respeta en mayor o menor parte, según los casos, la escritura de las versiones elegidas tal y como la reproducen sus compiladores, lo que resulta obvio si se trata de no perder el tono. En la reescritura, se tiende a utilizar estilísticamente los efectos propios de la manera oral de contar (por ejemplo, la recurrencia, que en la oralidad es fundamental y que aquí se utiliza como un simple y necesario recurso estilístico); pero, sin duda, el resultado es una literaturización de los cuentos.

En tercer lugar, y teniendo en cuenta que se trata de facilitar un acercamiento del lector actual a unos cuentos cuya expresividad es, en muchos casos, excesivamente primitiva, brusca y dispar, se busca una unificación de estilo que conduzca la lectura.

Por último, el orden de los cuentos no responde a los criterios clasificatorios de los investigadores sino al puro gusto narrativo, esto es, a la gratitud de la lectura. Así, la ilación de los cuentos tiene que ver, sobre todo, con la variedad y el contraste, aunque se busca una cierta contigüidad para que no queden textos colgados.

Nuestra selección contiene cuentos de todos los puntos de la geografía española a los que nos ha sido posible acceder. En la primera mitad he dedicado mayor atención a los cuentos procedentes de Asturias, Cantabria y León, de las dos Castillas y de Extremadura y alguno procedente de Andalucía. En la segunda, aparecen también relatos procedentes de las áreas lingüísticas del catalán, el gallego y el vascuence. Dicho esto, quede claro que no se trata de establecer un equilibrio zonal sino, como dije antes, de actuar con un criterio narrativo y allí donde se encuentren los cuentos que mejor responden a este criterio es donde buscamos.

Naturalmente, este trabajo no hubiera sido posible sin el extraordinario trabajo que todos y cada uno de los que se han dedicado a este género literario, desde los meros coleccionistas hasta los investigadores y estudiosos, han venido aportando desde que D. Antonio Machado y Álvarez abriera la primera senda. Por desgracia, muchos de esos trabajos son difíciles de encontrar y otros se encuentran editados de forma restringida. El presente libro no pretende más que dirigirse al público en general, pero lo hace con la esperanza de que muchos lectores lleguen a interesarse por el cuento popular español hasta el punto de acercarse a esas ediciones minoritarias y especializadas que, aunque puedan parecer intimidatorias por el aparato crítico que las rodea, son las verdaderas fuentes de la oralidad del cuento popular español y su depósito.

Sólo me queda agradecer a Jacobo Fitz James Stuart y Felisa Ramos las facilidades dadas para este trabajo y su confianza en mí, así como también a Ana Echevarria su encantadora paciencia. Debo añadir los nombres de Fernando Gaona, que ha cuidado la edición de este volumen con verdadero amor al oficio, y de Valentí Puig y Carlos Casares, que me sacaron cada uno de un aprieto con generosidad.

Si este libro no sólo divierte y entretiene sino que, además, decide al lector a seguir leyendo cuentos populares españoles, me habré redimido del pecado de subjetividad que lo sustenta.

José María Guelbenzu

CUENTOS POPULARES ESPAÑOLES

1. LA MISA DE LAS ÁNIMAS

Pues eran un padre y una madre y ambos eran muy pobres y tenían tres hijos pequeños. Pero es que, además de ser tan pobres, el padre tuvo un día que dejar de trabajar porque se puso enfermo y sólo quedaba la madre para buscar el sustento de todos y entonces la madre, no sabiendo qué hacer, tuvo que salir a pedir limosna. Así que salió y anduvo todo un día de acá para allá pidiendo limosna y cuando ya caía la tarde había conseguido recoger una peseta. Entonces fue a comprar comida, porque quería preparar un cocido para que comieran los niños y ella y su marido, pero resultó que aún le faltaban veinte céntimos, y como no podía conseguir lo que faltaba, pensó:

–¿Para qué quiero esta peseta si no puedo llevar comida para todos? Pues lo que voy a hacer es pagar una misa con esta peseta que he sacado.

Y una vez que lo pensó se dijo:

–¿Y para quién diré la misa?

Así que le estuvo dando vueltas al asunto y al cabo del rato dijo:

–Le voy a encargar al cura que diga una misa por el alma más necesitada.

Conque se fue a ver al cura, le entregó la peseta y le dijo:

–Padre, hágame usted el favor de decirme una misa por el alma más necesitada.

Se fue entonces para su casa y no dejaba de pensar en su marido y en sus hijos que la esperaban; y en el camino se cruzó con un señor muy puesto que le preguntó:

–¿Dónde va usted, señora?

Y ella le contestó:

–Voy para mi casa. Mi marido está muy enfermo y somos muy pobres y tenemos tres hijos. Llevo todo el día pidiendo, pero no me dieron lo bastante para comer todos y como no me llegaba me fui a ver al señor cura para encargarle una misa por el alma más necesitada.

Entonces aquel señor sacó un papel y escribió en él un nombre y le dijo a la mujer:

–Vaya usted a donde dicen estas señas y dígame a la señora que le dé a usted colocación en la casa.

La mujer no se lo pensó dos veces y se encaminó a donde le había dicho aquel señor a solicitar la colocación.

Llegó a la casa que le habían dicho y llamó a la puerta hasta que salió una criada que le preguntó:

–¿Qué quiere usted?

Y ella contestó:

–Pues que quiero hablar con la señora.

Conque la criada se fue adentro a buscar a la señora y le contó que en la puerta había una pobre que pedía hablar con ella. Y la señora bajó a la puerta y le dijo la mujer:

–He visto en la calle a un señor que me habló y me dijo que usted me daría una colocación en la casa.

Y le dijo la señora:

–¿Y quién era ese señor?

Entonces la pobre, que estaba en la puerta, miró dentro de la casa y vio que en la sala había un retrato del que la había enviado allí y dijo:

–Ese señor que está en el retrato es el que me ha enviado aquí.

Y la señora dijo:

–Ése es el retrato de mi hijo, que murió hace ya cuatro años.

–Pues ése es el que me ha enviado aquí –contestó la mujer sin dudarle.

Entonces la señora le preguntó:

–¿Y cómo es que se lo encontró usted?

Y ya le dijo la mujer pobre:

–Pues mire usted, que mi marido y yo somos muy pobres y tenemos tres hijos que mantener. Y como ahora mi marido está muy enfermo y no tenemos qué comer, yo salí esta mañana a pedir limosna y sólo junté una peseta y con eso no tenía bastante para comprar un cocido para todos y se la di al cura para que dijera una misa por el alma más necesitada. Luego volvía de la iglesia y me encontré a su hijo. A él le conté lo mismo que le he contado a usted y me escribió este papel y me dijo que viniera aquí.

Entonces la señora le dijo a la mujer que entrara y le dio colocación. Además le dio pan para que se lo llevara a sus hijos y le encargó que volviera al día siguiente y los

demás días para servir en la casa. Y a los cinco días la señora tuvo una revelación y se le apareció su hijo y le dijo:

–Madre, no me llores más y no vuelvas a rezar por mí, que ya estoy glorioso y en presencia de Dios.

Y era que con aquella misa había acabado de pagar sus culpas en el Purgatorio y había subido al Cielo.

2. EL HOMBRE DEL SACO

Había un matrimonio que tenía tres hijas y como las tres eran buenas y trabajadoras les regalaron un anillo de oro a cada una para que lo lucieran como una prenda. Y un buen día, las tres hermanas se reunieron con sus amigas y, pensando qué hacer, se dijeron unas a otras:

–Pues hoy vamos a ir a la fuente.

Que era una fuente que quedaba a las afueras del pueblo.

Entonces la más pequeña de las hermanas, que era cojita, le preguntó a su madre si podía ir a la fuente con las demás; y le dijo la madre:

–No hija mía, no vaya a ser que venga el hombre del saco y, como eres cojita, te alcance y te agarre.

Pero la niña insistió tanto que al fin su madre le dijo:

–Bueno, pues anda, vete con ellas.

Y allá se fueron todas. La cojita llevó además un cesto de ropa para lavar y al ponerse a lavar se quitó el anillo y lo dejó en una piedra. En esto, que estaban alegremente jugando en torno a la fuente cuando, de pronto, vieron venir al hombre del saco y se dijeron unas a otras:

–Corramos, por Dios, que ahí viene el hombre del saco para llevarnos a todas –y salieron corriendo a todo correr.

La cojita también corría con ellas, pero como era cojita se fue retrasando; y todavía corría para alcanzarlas cuando se acordó de que se había dejado su anillo en la fuente. Entonces miró para atrás y, como no veía al hombre del saco, volvió a recuperar su anillo; buscó la piedra, pero el anillo ya no estaba en ella y empezó a mirar por aquí y por allá por ver si había caído en alguna parte.

Entonces apareció junto a la fuente un viejo que no había visto nunca antes y le dijo la cojita:

–¿Ha visto usted por aquí un anillo de oro?

Y el viejo le contestó:

–Sí, que en el fondo de este costal está y ahí lo has de encontrar.

Conque la cojita se metió en el costal a buscarlo sin sospechar nada y el viejo, que era el hombre del saco, en cuanto ella se metió dentro cerró el costal, se lo echó a las espaldas con la niña guardada y se marchó camino adelante, pero en vez de ir hacia el pueblo de la niña, tomó otro camino y se marchó a un pueblo distinto. E iba el viejo de lugar en lugar buscándose la vida, así que por el camino le dijo a la niña:

–Cuando yo te diga: «Canta, saco, o te doy un sopapo», tienes que cantar dentro del saco.

Y ella contestó que bueno, que lo haría así.

Y fueron de pueblo en pueblo y allí donde iban el viejo reunía a los vecinos y decía:

–Canta, saco, o te doy un sopapo.

Y la niña cantaba desde el saco:

*–Por un anillo de oro
que en la fuente me dejé
estoy metida en el saco
y en el saco moriré.*

Y el saco que cantaba era la admiración de la gente y le echaban monedas o le daban comida.

En esto que el viejo llegó con su carga a una casa donde era conocida la niña y él no lo sabía; y, como de costumbre, posó el saco en el suelo delante de la concurrencia y dijo:

–Canta, saco, o te doy un sopapo.

Y la niña cantó:

*–Por un anillo de oro
que en la fuente me dejé
estoy metida en el saco
y en el saco moriré.*

Así que oyeron en la casa la voz de la niña, corrieron a llamar a sus hermanas y éstas

vinieron y conocieron la voz y entonces le dijeron al viejo que ellas le daban posada aquella noche en la casa de sus padres; y el viejo, pensando en cenar de balde y dormir en cama, se fue con ellas.

Conque llegó el viejo a la casa y le pusieron la cena, pero no había vino en la casa y le dijeron al viejo:

–Ahí al lado hay una taberna donde venden buen vino; si usted nos hace el favor, vaya comprar el vino con este dinero que le damos mientras terminamos de preparar la cena.

Y el viejo, que vio las monedas, se apresuró a ir por el vino pensando en la buena limosna que recibiría.

Cuando el viejo se fue, los padres sacaron a la niña del saco, que les contó todo lo que le había sucedido, y luego la guardaron en la habitación de las hermanas para que el viejo no la viera. Y, después, cogieron un perro y un gato y los metieron en el saco en lugar de la niña.

Al poco rato volvió el viejo, que comió y bebió y después se acostó. Al día siguiente el viejo se levantó, tomó su limosna y salió camino de otro pueblo.

Cuando llegó al otro pueblo, reunió a la gente y anunció como de costumbre que llevaba consigo un saco que cantaba y, lo mismo que otras veces, se formó un corro de gente y recogió unas monedas, y luego dijo:

–Canta, saco, o te doy un sopapo.

Mas hete aquí que el saco no cantaba y el viejo insistió:

–Canta, saco, o te doy un sopapo.

Y el saco seguía sin cantar y ya la gente empezaba a reírse de él y también a amenazarle.

Por tercera vez insistió el viejo, que ya estaba más que escamado y pensando hacer un buen escarmiento con la cojita si ésta no abría la boca:

–¡Canta, saco, o te doy un sopapo!

Y el saco no cantó.

Así que el viejo, furioso, la emprendió a golpes y patadas con el saco para que cantase, pero sucedió que, al sentir los golpes, el gato y el perro se enfurecieron, maullando y ladrando, y el viejo abrió el saco para ver qué era lo que pasaba y entonces el perro y el gato saltaron fuera del saco. Y el perro le dio un mordisco en las narices que se las arrancó y el gato le llenó la cara de arañazos y la gente del pueblo, pensando que

se había querido burlar de ellos, le midieron las costillas con palos y varas y salió tan magullado que todavía hoy le andan curando.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

3. EL AGUINALDO

Esto eran unos niños muy muy pobres que en la víspera del día de Reyes iban caminando por un monte y, como era invierno, en seguida se hizo de noche, pero los pobrecitos seguían andando. Entonces se encontraron con una señora que les dijo:

–¿Adónde vais tan de noche, que está helando? ¿No os dais cuenta de que os vais a morir de frío?

Y los niños le contestaron:

–Vamos a esperar a los Reyes, a ver si nos dan aguinaldo.

Y la señora del bosque, que era muy hermosa, les dijo:

–Y ¿qué necesidad teníais de alejaros tanto de vuestra casa? Para esperar a los Reyes sólo habéis de poner vuestros zapatitos en el balcón y después acostaros tranquilamente en vuestras camitas.

A lo que los niños contestaron:

–Es que nosotros no tenemos zapatos, y en nuestra casa no hay balcón, y no tenemos camita sino un montón de paja... Además el año pasado pusimos nuestras alpargatas en la ventana, pero se ve que los Reyes no las vieron porque no nos dejaron nada.

Así que la señora del bosque se sentó en un tronco que había en el suelo y miró a los pequeños, que la contemplaban ateridos sin saber qué hacer; y ella les preguntó que si querían llevar una carta a un palacio y los niños le dijeron que sí que se la llevarían; entonces ella buscó en una bolsa que llevaba colgada de la cintura y sacó un gran sobre sellado que contenía la carta.

–Pues ésta es la carta –dijo, y se la dio.

Luego les explicó cómo tenían que hacer para encontrar el palacio y que el camino era peligroso porque tendrían que pasar ríos que estaban encantados y atravesar bosques que estaban llenos de fieras.

–Los ríos los pasaréis poniéndoos de pie en la carta y la misma carta os llevará a la

otra orilla; y para atravesar los bosques, tomad todos estos pedazos de carne que os doy y, cuando os encontréis con alguna fiera, echadle un pedazo, que os dejará pasar. Y en la puerta del palacio encontraréis una culebra, pero no tengáis miedo: echadle este panecillo que os doy y no os hará nada.

Y los pobrecitos cogieron la carta, la carne y el pan y se despidieron de la señora del bosque.

Conque siguieron su camino y, al poco rato, llegaron a un río de leche, después a un río de miel, después a un río de vino, después a un río de aceite y después a un río de vinagre. Todos los ríos eran muy anchos y ellos eran tan pequeños que les dio miedo no poder cruzarlos, pero hicieron como ella les dijo: echaron la carta al río, se subieron encima de ella y la carta les condujo siempre a la otra orilla.

Cuando terminaron de cruzar los ríos empezaron a encontrar bosques y bosques, a cual más frondoso y oscuro, donde les salían fieras que parecía que los iban a devorar. Unas veces eran lobos, otras tigres, otras leones, todos prestos a devorarlos, pero en cuanto les echaban uno de los pedazos de carne que la señora del bosque les había dado, las fieras los cogían con sus bocas y desaparecían en lo hondo del bosque, dejándolos continuar su camino.

Hasta que por fin, cuando ya había caído la noche, vieron a lo lejos el palacio y corrieron hacia él. Pero delante del palacio había una enorme culebra negra que, apenas los vio, se levantó sobre su cola amenazando con comérselos vivos con su inmensa boca; pero los niños le echaron el panecillo y la culebra no les hizo nada y los dejó pasar. Entraron los niños en el palacio y en seguida salió a recibirlos un criado negro, vestido de colorado y de verde, con muchos cascabeles que sonaban al andar; entonces los niños le entregaron la carta y el criado negro, al verla, empezó a dar saltos de alegría y fue a llevársela en una bandeja de plata a su señor.

El señor era un príncipe que estaba encantado en aquel palacio y en cuanto cogió la carta se desencantó; así es que ordenó a su criado que le trajera inmediatamente a los niños y les dijo:

—Yo soy un príncipe que estaba encantado y vuestra carta me ha librado del encantamiento, así que venid conmigo.

Y los llevó a una gran sala donde había quesos de todas clases, y requesón, y jamón en dulce, y miles de golosinas más, para que comieran todo lo que quisieran. Después los llevó a otra sala y en ésta había huevo hilado, yemas de coco, peladillas, pasteles de

muchas clases y miles de confituras más, para que comieran lo que quisieran. Y después los llevó a otra sala donde había caballos de cartón, escopetas, sables, aros, muñecas, tambores y miles de juguetes más, para que cogieran los que quisieran. Y después de todo eso, y de besarlos y abrazarlos, les dijo:

—¿Veis este palacio y estos jardines y estos coches con sus caballos? Pues todo es para vosotros porque éste es vuestro aguinaldo de Reyes. Y ahora vamos en uno de estos coches a buscar a vuestros padres para que se vengan a vivir con nosotros.

Los criados engancharon un lujoso coche y se fue el príncipe con los niños a buscar a sus padres. Y ya todo el camino era una carretera muy ancha y muy bien cuidada y los ríos y los bosques y las fieras habían desaparecido. Y luego volvieron todos muy contentos al palacio y vivieron muy felices.

4. LOS SIETE CONEJOS BLANCOS

Un rey tenía una hija muy hermosa a la que amaba con todo su corazón. Su esposa, la reina, había educado con mucho cariño y atención a la princesa y le había enseñado a coser y bordar de manera primorosa, por lo que la princesa disfrutaba muchísimo haciendo toda clase de labores.

La habitación de la princesa tenía un balcón que daba al campo. Un día se sentó a coser en el balcón, como solía hacer a menudo; entre puntada y puntada contemplaba los magníficos campos que se extendían ante el castillo, los bosques y las colinas, cuando, de pronto, vio venir a siete conejos blancos que hicieron una rueda bajo su balcón. Estaba tan entretenida y admirada observando a los conejos que, en un descuido, se le cayó el dedal; uno de los conejos lo cogió con la boca y todos deshicieron la rueda y echaron a correr hasta que los perdió de vista.

Al día siguiente volvió a ponerse a coser en el balcón y, al cabo del rato, vio que llegaban los siete conejos blancos y que formaban una rueda bajo ella. Y al inclinarse para verlos mejor, a la princesa se le cayó una cinta, la cogió uno de los conejos con la boca y todos echaron a correr otra vez hasta que se perdieron de vista.

Al día siguiente volvió a ocurrirle lo mismo, pero esta vez lo que perdió fueron las tijeras de costura.

Y después de las tijeras fueron un carrete de hilo, un cordón de seda, un alfiletero, una peineta... Y a partir de entonces los conejos ya no volvieron a aparecer más.

Como los conejos ya no volvían, por más que ella saliera todos los días al balcón, la princesa acabó enfermando de tristeza y la metieron en cama y sus padres creyeron que se moría. Pero el rey la quería tanto que mandó llamar a los médicos más famosos, y cuando éstos confesaron que no sabían qué clase de enfermedad tenía la princesa, mandó echar un pregón anunciando que la princesa estaba enferma de una enfermedad desconocida y que cualquier persona que tuviera confianza en poder curarla acudiera de

inmediato a palacio; y a quien la curase le ofrecía, si era mujer, una gran cantidad de dinero, y si era hombre sin impedimento para casarse, la mano de su hija.

Mucha gente acudió al pregón del rey, pero nadie supo curar a la princesa, que languidecía sin remedio.

Un día, una madre y una hija que vivían en un pueblo cercano, determinaron acercarse a palacio para ver si lograban curar a la princesa, pues ambas se dedicaban a la herboristería y confiaban en que, con su conocimiento de todas las plantas del reino, alguna fórmula encontrarían para poderla sanar. Conque se pusieron en camino.

E iban de camino cuando decidieron ganar tiempo tomando un atajo; y cuando iban por el atajo, decidieron hacer un alto para comer y descansar un poco. Pero quiso la suerte que, al sacar el pan, se les cayera rodando por la loma en cuyo alto habían tomado asiento y las dos, sin dudar, corrieron tras él hasta que lo vieron caer dentro de un agujero que había al pie de la loma. Conque llegaron hasta él y, al agacharse para recuperarlo, vieron que el agujero comunicaba con una gran cueva que estaba iluminada por dentro. Mirando por el agujero, vieron una mesa puesta con siete sillas y, a poco, vieron a siete conejos blancos que entraron en la cueva y, quitándose el pellejo, se convirtieron en siete príncipes y los siete se sentaron alrededor de la mesa.

Entonces oyeron a uno de ellos decir, mientras cogía un dedal de la mesa:

—Éste es el dedal de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!

Y a otro:

—Ésta es la cinta de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!

Y a otro:

—Éstas son las tijeras de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!

Y así sucesivamente, uno tras otro, hasta hablar los siete.

Las dos mujeres se retiraron prudentemente y sin hacer ruido, pero antes de alejarse se fijaron en que no lejos del agujero había una puerta muy bien disimulada entre la maleza.

Entonces se apresuraron a llegar a palacio y, una vez allí, pidieron ver a la princesa. La princesa estaba acostada y ya no deseaba ver a nadie más, pero las dos mujeres empezaron a hablar con ella y le contaron quiénes eran y a qué se dedicaban y, por fin, le contaron el viaje que habían hecho y, contándole el viaje, le relataron la misteriosa escena de la cueva y los siete conejos blancos.

En este punto, la princesa se enderezó en su cama y pidió que le trajeran algo de

comer. Y el rey, al enterarse, fue inmediatamente a su habitación lleno de contento, pues era la primera vez que la princesa quería comer desde que cayera enferma.

–Padre –le dijo la princesa–, ya me voy a curar, pero me tengo que ir con estas señoras.

–¡Eso no puede ser! –protestó el rey–. ¡Aún estás demasiado débil!

–Pues así ha de ser –dijo la princesa, empeñada. Y el rey comprendió que no tenía más remedio que ceder y ordenó que preparasen su coche.

Partieron en seguida las tres y, a la mitad del camino, allí donde las mujeres le dijeran, la princesa ordenó detener el coche y las tres se apearon para buscar la cueva, que se hallaba bastante apartada del camino. Por fin llegaron al agujero y a la puerta disimulada y miraron por uno y otra, pero no veían nada y la noche comenzaba a echárseles encima en aquel paraje. Tanto oscureció que las tres acordaron volver al día siguiente a la misma hora con la esperanza de tener mejor fortuna, cuando, de pronto, vieron que se iluminaba el interior de la cueva y vieron también a los siete conejos blancos, que se despojaban de sus pellejos y se convertían en príncipes.

Los siete se sentaron a la mesa y volvieron a repetir lo que las dos mujeres ya habían oído:

–Éste es el dedal de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!

Y el siguiente:

–Ésta es la cinta de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!

Hasta el último:

–Ésta es la peineta de la princesa. ¡Quién la tuviera aquí!

Entonces la princesa dio un empujón a la puerta, entró y dijo:

–Pues aquí me tenéis.

Y escogió al que más le gustaba de todos; y a las dos mujeres que tanto la habían ayudado y a los otros seis príncipes les pidió que la acompañaran al palacio porque todos quedaban convidados a la boda.

5. LOS LADRONES ARREPENTIDOS

Un ermitaño vivía en soledad en una ermita perdida en el monte y se alimentaba de lo que buenamente encontraba en el campo; cuando no se cuidaba de su alimento, se dedicaba a la oración, que le llevaba la mayor parte de su tiempo. Vivía de esta manera tan sencilla y escondida porque era hombre que nunca había pecado, ni de obra ni de pensamiento, y Dios, complacido con él, le envió un ángel para que todos los días le dejara un pan en la ermita, mientras el buen hombre dormía.

Hasta que un día en que se había alejado bastante de su ermita, se cruzó en su camino con una pareja de guardias que conducían a un preso y el ermitaño le dijo al preso:

–Así os veis los que ofendéis a Dios. La justicia os castiga y luego vuestra alma se la lleva el diablo.

Entonces Dios se ofendió mucho por el comentario del ermitaño, ya que a aquel hombre lo llevaban preso sin culpa alguna y, para mostrar su enfado, le dijo al ángel que no volviera a llevarle más pan.

Cuando a la mañana siguiente el ermitaño vio que el ángel no le había dejado pan, tal y como le ordenase Dios, comprendió que había cometido alguna falta y se echó a llorar, apesadumbrado.

Entonces vino el ángel trayendo una rama de zarza seca y le dijo:

–Dios te castiga por tu imprudencia, pues el preso al que acusaste ayer era inocente. No te traigo ya pan sino una rama de zarza seca que habrás de llevar siempre contigo y la usarás de cabecera cuando duermas; Dios no te perdonará hasta que broten de la zarza tres ramas verdes. Y desde ahora no vivirás del pan ni de los frutos del campo, sino que habrás de abandonar esta ermita y comer de lo que obtengas por limosna.

Apenas el ángel hubo dicho esto, la ermita desapareció, y con ella el ángel; y entonces el ermitaño sintió la soledad como un peso horrible, y volvió a llorar con gran amargura.

El ermitaño iba de pueblo en pueblo pidiendo limosna y, cuando dormía, se ponía la

zarza como almohada.

Así vivía hasta que un día se le empezó a echar la noche encima sin avistar casa, ni pueblo, ni aldea y ya desesperaba de encontrar un lugar donde dormir cuando alcanzó a ver una luz en la lejanía y se apresuró hacia ella con el ánimo de cobijarse aquella noche.

Cuando llegó a la luz, vio que provenía de una cueva y el ermitaño gritó desde la boca:
—¡Ave María!

A sus gritos salió una vieja por saber qué quería y él le dijo que sólo buscaba un rincón donde echarse a pasar la noche. Pero aquella cueva era una cueva de ladrones y la vieja le aconsejó que se fuera porque si venían los ladrones le matarían para que no los denunciase; pero al ver el cansancio y la soledad del ermitaño, la vieja se compadeció de él, porque además era una noche muy oscura, y le escondió en el fondo de la cueva, donde no le vieran los ladrones, que nunca llegaban hasta allí.

En esto llegaron los ladrones cargados de sacos, talegos y cofres, porque aquel día habían hecho un robo muy grande y era tanto el botín que decidieron llevarlo al fondo de la cueva. Y allí vieron al ermitaño y le cogieron y le sacaron afuera y el capitán de los ladrones le preguntó a la vieja quién era ese hombre y qué hacía escondido en el fondo de la cueva.

Y la vieja le contestó:

—Es un pobre de pedir limosna, que andaba perdido y venía buscando cobijo, pero mañana al hacerse el día se irá.

—¡Estúpida vieja! —dijo el capitán—. Mañana cuando se vaya correrá a escape a denunciarnos, pero yo lo he de matar ahora mismo.

Sacó su puñal para matar al ermitaño y la vieja, gimiendo y llorando, le pidió que no lo hiciera.

—¡No lo mates, que es un buen hombre y no dirá nada!

Entonces el ermitaño se adelantó hacia el capitán y dijo:

—Déjale que haga lo que quiera, mujer, que será designio de Dios. Porque yo vivía en una ermita solo y apartado y dedicado a la oración y porque ofendí a un preso que era inocente llamándole ladrón, Dios me ha castigado a vagar por el mundo viviendo de limosna y no me perdonará hasta que no broten tres ramas verdes de esta zarza seca que llevo conmigo.

Al escuchar esto, dijo el capitán:

—Vuélvete a tu rincón y mañana, apenas amanezca, te vas de aquí sin mirar atrás.

El ermitaño se fue a acostar y los ladrones se quedaron pensativos. Y la vieja dijo:

–Si Dios le ha castigado nada más que por un mal pensamiento ¿qué no hará con nosotros, que somos ladrones?

Y los ladrones siguieron pensativos hasta que el capitán les mandó acostarse a todos.

A la mañana siguiente, apenas amaneció, fue el capitán a ver si el ermitaño se había ido y lo encontró muerto en su rincón, con la cabeza apoyada en la zarza seca, a la que le habían brotado tres ramas verdes. Llamó a los demás ladrones y les dijo que allí mismo quedaba deshecha la partida. Los ladrones y la vieja se arrodillaron y se arrepintieron de todo lo malo que habían hecho hasta entonces, luego hicieron un hoyo a la entrada de la cueva y enterraron en él al ermitaño y la zarza y, dejando todos sus tesoros en la cueva, se marcharon cada uno por su lado para llevar otra vida. Y la zarza echó las tres ramas fuera y creció y se enmarañó tanto que cubrió por completo la entrada de la cueva y nadie volvió a saber de ella.

6. LA NIÑA DE LOS TRES MARIDOS

Un padre tenía una hija muy hermosa, pero terca y decidida. Esto a él no le parecía mal, mas un día se presentaron tres jóvenes, a cual más apuesto, y los tres le pidieron la mano de su hija; el padre, después de que hubo hablado con ellos, dijo que los tres tenían su beneplácito y que, en consecuencia, fuera su hija la que decidiese con cuál de ellos se quería casar.

Conque le preguntó a la niña y ella le contestó que con los tres.

–Hija mía –dijo el buen hombre–, comprende que eso es imposible. Ninguna mujer puede tener tres maridos.

–Pues yo elijo a los tres –contestó la niña tan tranquila.

El padre volvió a insistir:

–Hija mía, ponte en razón y no me des más quebraderos de cabeza. ¿A cuál de ellos quieres que le conceda tu mano?

–Ya te he dicho que a los tres –contestó la niña. Y no hubo manera de sacarla de ahí.

El padre se quedó dando vueltas en la cabeza al problema, que era un verdadero problema y, a fuerza de pensar, no halló mejor solución que encargar a los tres jóvenes que se fueran por el mundo a buscar una cosa que fuera única en su especie; y aquel que trajese la mejor y la más rara, se casaría con su hija.

Los tres jóvenes se echaron al mundo a buscar y decidieron reunirse un año después a ver qué había encontrado cada uno. Pero por más vueltas que dieron, ninguno acabó de encontrar algo que satisficiera la exigencia del padre, de modo que al cumplirse el año se pusieron en camino hacia el lugar en el que se habían dado cita con las manos vacías.

El primero que llegó se sentó a esperar a los otros dos; y mientras esperaba, se le acercó un viejecillo que le dijo que si quería comprar un espejito.

Era un espejo vulgar y corriente y el joven le contestó que no, que para qué quería él aquel espejo.

Entonces el viejecillo le dijo que el espejo era pequeño y modesto, sí, pero que tenía una virtud, y era que en él se veía a la persona que su dueño deseara ver. El joven hizo una prueba y, al ver que era cierto lo que el viejecillo decía, se lo compró sin rechistar por la cantidad que éste le pidió.

El que llegaba en segundo lugar venía acercándose al lugar de la cita cuando le salió al paso el mismo viejecillo y le preguntó si no querría comprarle una botellita de bálsamo.

–¿Para qué quiero yo un bálsamo –dijo el joven– si en todo el mundo no he encontrado lo que estaba buscando?

Y le dijo el viejecillo:

–Ah, pero es que este bálsamo tiene una virtud, que es la de resucitar a los muertos.

En aquel momento pasaba por allí un entierro y el joven, sin pensárselo dos veces, se fue a la caja que llevaban, echó una gota del bálsamo en la boca del difunto y éste, apenas la tuvo en sus labios, se levantó tan campante, se echó al hombro el ataúd y convidó a todos los que seguían el duelo a una merienda en su casa. Visto lo cual, el joven le compró al viejecillo el bálsamo por la cantidad que éste le pidió.

El tercer pretendiente, entretanto, paseaba meditabundo a la orilla del mar, convencido de que los otros habrían encontrado algo donde él no encontrara nada. Y en esto vio llegar sobre las olas una barca que se llegó hasta la orilla y de la que descendieron numerosas personas. Y la última de esas personas era un viejecillo que se acercó a él y le dijo que si quería comprar aquella barca.

–¿Y para qué quiero yo esa barca –dijo el joven– si está tan vieja que ya sólo ha de valer para hacer leña?

–Pues te equivocas –dijo el viejecillo–, porque esta barca posee una rara virtud y es la de llevar en muy poco tiempo a su dueño y a quienes le acompañen a cualquier lugar del mundo al que deseen ir. Y si no, pregunte a estos pasajeros que han venido conmigo, que hace tan sólo media hora estaban en Roma.

El joven habló con los pasajeros y descubrió que esto era cierto, así que le compró la barca al viejecillo por la cantidad que éste le pidió.

Conque al fin se reunieron los tres en el lugar de la cita, muy satisfechos, y el primero contó que traía un espejo en el que su dueño podía ver a la persona que desease ver; y para probarlo pidió ver a la muchacha de la cual estaban los tres enamorados, pero cuál no sería su sorpresa cuando vieron a la niña muerta y metida en un ataúd.

Entonces dijo el segundo:

–Yo traigo aquí un bálsamo que es capaz de resucitar a los muertos, pero de aquí a que llegemos ya estará, además de muerta, comida por los gusanos.

Y dijo el tercero:

–Pues yo traigo una barca que en un santiamén nos pondrá en la casa de nuestra amada.

Corrieron los tres a embarcarse y, efectivamente, al poco tiempo echaron pie a tierra muy cerca del pueblo de la niña y fueron en su busca.

Allí estaba ya todo dispuesto para el entierro y el padre, desconsolado, aún no se decidía a cerrar el ataúd y dar la orden de enterrarla.

Entonces llegaron los tres jóvenes y fueron a donde yacía la niña; y se acercó el que tenía el bálsamo y vertió unas gotas en su boca. Y apenas las tuvo sobre sus labios, la niña se levantó feliz y radiante.

Todo el mundo celebró con alborozo la acción del pretendiente y en seguida decidió el padre que éste era el que debería casarse con su hija, pero entonces los otros dos protestaron, y dijo el primero:

–Si no hubiese sido por mi espejo, no hubiéramos sabido del suceso y la niña estaría muerta y enterrada.

Y dijo el de la barca:

–Si no llega a ser por mi barca, ni el espejo ni el bálsamo la hubieran vuelto a la vida.

Conque el padre, con gran disgusto, se quedó de nuevo meditando cuál habría de ser la solución. Y la niña, dirigiéndose a él, le dijo entonces:

–¿Lo ve usted, padre, cómo me hacían falta los tres?

Y colorín, colorete, con este cuento y el siguiente ya irán siete.

7. EL ALFILETERO DE LA ANJANA

En Cantabria hay unas brujas llamadas anjanas, que poseen grandes poderes y que premian a los buenos y castigan a los malos. Y también hay una especie de brujos que sólo piensan en hacer daño a la gente y se llaman ojáncanos, porque tienen un solo ojo en medio de la frente. Los ojáncanos viven en cuevas y son enemigos de siempre de las anjanas.

Un día, una anjana perdió un alfiletero que tenía cuatro alfileres con un brillante cada uno y tres agujas de plata con el ojo de oro.

Una pobre que andaba pidiendo limosna de pueblo en pueblo lo encontró, pero la alegría le duró poco porque en seguida pensó que, si intentaba venderlo, todos pensarían que lo había robado. Así que, no sabiendo qué hacer con él, resolvió guardarlo. Esta pobre vivía con un hijo que la ayudaba a buscarse el sustento, pero un día su hijo fue al monte y no volvió, porque lo había cogido un ojáncano.

Desconsolada al ver que pasaban los días y que su hijo no volvía, la pobre siguió pidiendo limosna y guardaba el alfiletero en el bolsillo. Pero no sabía que al hijo le había cogido el ojáncano y lo creyó perdido y muerto y lo lloró amargamente, pues era su único hijo.

Un día que andaba pidiendo, pasó ante una vieja que cosía. Justo al pasar la pobre, a la vieja se le rompió la aguja y le dijo a la pobre:

–¿No tendrá usted una aguja por casualidad?

La pobre lo pensó durante unos momentos y al fin le contestó:

–Sí que tengo, que acabo de encontrar un alfiletero que tiene tres, así que tome usted una –y se la dio a la vieja.

Siguió la pobre su camino y pasó delante de una muchacha muy guapa que estaba cosiendo y le sucedió lo mismo y le dio la segunda aguja del alfiletero.

Y más tarde pasó junto a una niña que estaba cosiendo y ocurrió lo mismo y la pobre

le dio la tercera aguja.

Entonces ya sólo le quedaban los alfileres del alfiletero, pero sucedió que un poco más adelante se encontró con una mujer joven que se había clavado una espina en el pie y la mujer le preguntó si no tendría un alfiler para ayudarla a sacarse la espina y, claro, la pobre le dio uno de sus alfileres. Y todavía volvió a encontrarse con otra muchacha que lloraba con desconsuelo porque se le había roto la falda de su vestido, con lo que la pobre empleó sus tres últimos alfileres en recomponer la falda y con esto se quedó con el alfiletero vacío.

Al final, su camino la llevó al río, pero no tenía puente por donde atravesarlo, de manera que empezó a caminar por la orilla con la esperanza de encontrar un vado, cuando en éstas oyó al alfiletero que le decía:

–Apriétame a la orilla del río.

La pobre hizo lo que el alfiletero le decía y de repente apareció un sólido madero cruzando el río de lado a lado y la pobre pasó sobre él y alcanzó la otra orilla. Entonces el alfiletero le dijo:

–Cada vez que desees algo o necesites ayuda, apriétame.

La pobre siguió su camino, pero tuvo la mala suerte de no encontrar casa alguna donde poder llamar y empezó a sentir hambre. Entonces se acordó del alfiletero y se dijo: «¿Y si el alfiletero me diese algo de comer?».

Apretó el alfiletero y en sus manos apareció un pan recién horneado, por lo que, muy contenta, se lo comió mientras proseguía su camino. Luego, al poco tiempo, alcanzó a ver una casa a la que se dirigió sin demora para pedir limosna, pero en la casa sólo había una mujer que estaba llorando la pérdida de su hija porque se la había arrebatado un ojáncano. Compadecida, la pobre le dijo que ella misma iría al bosque a ver si podía encontrar a su hija.

En seguida se acordó del alfiletero y, no sabiendo por dónde empezar a buscar, lo apretó fuertemente y apareció una corza con un lucero en la frente. La corza achó a andar y la pobre se fue tras ella hasta que el animal se detuvo ante una gran piedra y allí se quedó esperando.

Desconcertada, la pobre volvió a apretar el alfiletero y apareció un martillo. Cogió el martillo y golpeó la piedra con todas sus fuerzas y ésta se rompió en pedazos y apareció la cueva del ojáncano. Entonces se adentró en ella acompañada de la corza y, aunque la cueva estaba en la más completa oscuridad, el lucero en la frente de la corza les

iluminaba el camino. Y recorrieron la cueva por todos sus rincones hasta que en uno de ellos la pobre vio a un muchacho dormido y reconoció que era su hijo, al que el ojáncano había robado hacía tiempo, y le despertó y se abrazaron con inmensa alegría los dos y, en seguida, se apresuraron a salir de la cueva con la ayuda de la corza.

Volvieron a la casa de la mujer que lloraba la pérdida de su hija, pero entonces la pobre vio que ya no lloraba y reconoció por su porte que era una anjana. Y la anjana le dijo:

–Ésta es tu casa desde ahora. No dejes volver más al bosque a tu hijo sin cuidado. Y ahora aprieta por última vez el alfiletero.

La pobre lo apretó y aparecieron cincuenta ovejas, cincuenta cabras y seis vacas. Y así que terminaron de contarlas vieron que la corza, la anjana y el alfiletero habían desaparecido.

8. PERIQUILLO

Había un matrimonio de labradores que eran los dos tan pequeños que la gente los conocía por el apodo de «los cañamones». Eso a ellos no les incomodaba, pero, en cambio, se lamentaban de no tener hijos. Cuando los oían lamentarse, la gente les decía:

–Y para qué queréis un hijo, si va a ser un cañamón.

Y los dos respondían:

–Bueno y qué; pues, cañamón y todo, queremos tener un hijo.

Y así fue que Dios les concedió un hijo y nació tan pequeño como un cañamón; le llamaron Periquillo y, como no creció ni una cuarta más, con Periquillo se quedó.

Conque pasó el tiempo y Periquillo fue cumpliendo años tan diminuto como siempre, pero era un muchacho voluntarioso que no se arredraba por ser tan pequeño. Un día que su padre se había ido a trabajar al campo desde por la mañana temprano, le dijo a su madre, que estaba preparando la burra con la comida para llevársela a su padre:

–Madre, déjeme a mí la burra, que yo le llevo la comida a padre.

Y la madre le contestó:

–¿Cómo se la vas a llevar tú, con lo pequeño que eres?

Y Periquillo le contestó:

–Usted termine de prepararla, que yo la llevo.

La madre puso la albarda a la burra y metió la comida en ella junto con otras cosas que el padre necesitaba. Y en cuanto hubo acabado de hacer esto, Periquillo saltó a la albarda, trepó por ella, corrió por el cuello de la burra, se instaló en una de sus orejas y le dijo tranquilamente:

–¡Arre, burra!

La burra echó a andar. E iban los dos por el camino cuando aparecieron tres ladrones detrás de una peña y se dijeron:

–Vamos por esa burra, que va sola.

Periquillo, que les oyó porque tenía un oído muy fino, dijo con voz muy fuerte para que le oyeran:

—¡Al que se acerque a la burra lo mato y lo descuartizo!

Y la burra aceleró el paso, pero los ladrones se quedaron quietos tratando de adivinar dónde se escondía el que les había hablado.

Conque llegó Periquillo a donde estaba su padre trabajando y le dijo:

—Ea, padre, que aquí le traigo su comida.

Y el padre, que sólo veía a la burra albardada, dijo:

—¿Dónde estás, hijo, que no te veo? —pues había reconocido su voz.

Y Periquillo le contestó:

—Que estoy aquí, en la oreja de la burra —y salió y se apeó de un salto.

Entonces le dijo Periquillo a su padre:

—Padre, ¿le hago unos surcos mientras usted come?

Y dijo el padre:

—¿Y cómo los vas a hacer? Con lo pequeño que eres tú, no puedes con los bueyes.

—Que sí que puedo —contestó el niño. Y mientras su padre comía, se subió al yugo que uncía a los bueyes y empezó a darles voces a los animales. Al oírlo, los bueyes echaron a andar e hicieron un surco, y volvieron e hicieron otro, y así sucesivamente, yendo y viniendo y haciendo surcos hasta que su padre terminó de comer. Y ya, luego, siguieron toda la tarde juntos hasta la hora de ponerse el sol, en que se volvieron todos a casa. El padre metió los bueyes en la cuadra y preparó el forraje de unos y otros, y Periquillo, que estaba muy cansado, se echó en el pesebre del buey Colorao y se quedó dormido. Y el buey Colorao empezó a comer y, sin darse cuenta, se tragó a Periquillo.

En esto llegó la hora de cenar y llamaron al niño, pero por más que lo buscaban el niño no aparecía por ninguna parte. Empezaron a buscarlo por toda la casa y cuando el padre pasó por la cuadra oyó a Periquillo que hablaba desde dentro del buey y le decía:

—Padre, mata al buey Colorao, que se me ha comido entero.

Conque el padre sacó el buey al campo, lo mató y lo abrió con un cuchillo, pero por más que miró en las tripas y en todas partes, no encontró a Periquillo; y allí se quedó el buey muerto hasta que acertó a pasar un lobo que merodeaba por el pueblo y que se zampó las tripas del buey y a Periquillo con ellas.

Al día siguiente iba el lobo buscando ganado para comer y Periquillo, que lo sintió, empezó a gritar:

–¡Pastores, que viene el lobo!

Los pastores, que oyeron sus voces, rodearon al lobo y lo mataron a bastonazos. Cuando lo hubieron matado, empezaron a abrirlo con sus cuchillos y Periquillo, desde dentro, les decía que anduvieran con cuidado, no fueran a herirle a él, pero por más que miraron los pastores, no vieron a Periquillo. Entonces uno de los pastores decidió hacerse un tambor con la piel del lobo para acudir con él a las fiestas de su pueblo, y Periquillo se quedó metido dentro del tambor sin que nadie se diera cuenta.

El pastor guardó el tambor junto a una enorme encina y se fue con los otros. Periquillo se dedicó a rascar la piel del tambor con todas sus fuerzas y, poco a poco, consiguió abrir un pequeño agujero por el que asomar la cabeza. Y cuando la asomó vio venir a dos ladrones cargados con un gran talego de dinero, que lo escondieron en el hueco de la encina y antes de marcharse dijeron:

–Aquí estará seguro esta noche y mañana nos repartiremos el dinero.

Así que desaparecieron, Periquillo sacó la cabeza del tambor y luego el cuerpo haciendo fuerza y en cuanto estuvo fuera, echó a correr para su casa. Y allí estaban sus padres, tristes y desconsolados, que se pusieron tan contentos cuando vieron llegar a Periquillo sano y salvo. Entonces Periquillo les contó todo lo que le había pasado desde que se lo comiera el buey y también lo que había visto de los ladrones. Conque su padre y él se fueron hasta la encina, sacaron el talego escondido, vieron que estaba lleno de monedas de oro y se lo llevaron a casa. Y el padre compró otro buey como Colorao y aún les sobró dinero para comprar muchas más cosas que necesitaban.

9. LA FLOR DEL CANTUESO

Había una vez un viudo que tenía una hija muy hermosa a la que adoraba. La quería tanto que, por evitarle un disgusto, no pensó nunca en volver a casarse para no tener que darle madrastra a su hija.

Muy cerca de la casa del viudo vivía una viuda con dos hijas. La viuda estaba deseando casarse de nuevo y había puesto sus ojos en el viudo, pero éste, fiel a su intención, nunca le dio pie para hablar del asunto. La viuda, que no pensaba en otra cosa, ideó un plan para atraerse a la hija con zalamerías y regalos y lo hizo con tal cuidado y habilidad que la muchacha no pudo por menos de acabar proponiendo a su padre el matrimonio con la vecina, pues ella, que era una buena hija, no deseaba que su padre permaneciera siempre solo por su causa.

Total, que se llevó a cabo la boda entre el viudo y la viuda y se fueron todos a vivir a la casa del primero; la vida transcurrió con gran contento de padres e hijas al principio, pero a los pocos meses, lo que parecía un paraíso se convirtió en un infierno. Las hijastras no sólo se tenían envidia entre sí sino que ambas juntas la tenían aún más de la hija del viudo, que no sólo era la más bonita sino también a la que todo el mundo apreciaba más; y la madrastra, que no podía soportarla, sólo se ocupaba de ella para reprenderla de continuo. Total, que entre todas le hicieron la vida imposible hasta tal punto que la muchacha tomó la determinación de irse a vivir con una tía suya que tenía alguna fama de bruja entre los vecinos del lugar.

Su padre, naturalmente, se llevó un gran disgusto, pero no protestó porque, aunque amara a su hija mucho más que a las otras, para no dar pie a envidias trataba siempre a las tres por igual; sin embargo, cada día iba a la casa de la tía para ver a su hija un rato.

El caso es que un día el viudo tuvo que ir a la feria de un lugar cercano y preguntó a las hijastras qué querían que les trajese y la mayor pidió un mantón bordado y la segunda

un vestido de seda; pero cuando fue a la casa donde estaba su hija para preguntarle lo mismo, la hija le contestó que sólo quería un saquito de simiente de cantueso.

–¿Sólo eso? –dijo el padre–. Mira que a la feria acuden comerciantes de todas partes y hay toda clase de cosas donde elegir.

Pero ella insistió:

–No quiero nada más que lo que te he pedido –porque su tía le había dicho que así lo hiciera.

Conque el padre se fue a la feria y a cada una le trajo lo que le había pedido.

La hija sembró en seguida la simiente en un tiesto que cuidó con esmero y, al poco tiempo, tuvo una magnífica planta de cantueso a punto de florecer. Y todas las noches, a las doce en punto, ponía la maceta en su ventana y cantaba:

*–Hijo del rey, ven ya
que la flor del cantueso
florida está.*

Y al momento acudía un pájaro que se revolcaba en la tierra de la maceta y se convertía en un muchacho muy guapo, entraba en la habitación, se sentaba junto a ella y pasaban la noche hablando hasta el amanecer; y al amanecer, él volvía a convertirse en pájaro y salía volando; pero al irse, siempre dejaba caer una bolsa con dinero. Esto sucedía noche tras noche, de manera que al poco tiempo las dos mujeres habían reunido ya mucho dinero y la tía compraba a la muchacha todas las cosas hermosas que ésta deseaba, con lo que pronto gastó fama de lujo en el lugar.

Naturalmente, poco tardó en llegar la fama a oídos de la madrastra que, envidiosa, se devanaba los sesos tratando de adivinar cómo era posible que dispusieran de tanto dinero para gastar.

Y le dijo a su hija mayor:

–Algo extraño debe de haber en casa de tu hermanastra, porque ella gasta mucho y su tía no tiene bienes para responder de tanto gasto; así que has de ir a visitarla y procura quedarte la noche en su casa para ver qué averiguas.

Así que la hija mayor hizo lo que le dijo su madre y se presentó en casa de su hermanastra; pero de día no vio nada y de noche se quedó dormida, con lo que tampoco se enteró de nada.

Entonces la madrastra mandó a la segunda de sus hijas con el mismo encargo y aquella misma tarde se fue a casa de su hermanastra y le dijo que, como la noche anterior se había quedado su hermana, pues esta noche venía ella a hacerle compañía porque, si no, no se veían nunca. Y la muchacha, que era de excelente carácter, acogió a su hermanastra como a la anterior y le dijo que se quedase con ella.

Conque estuvieron el día juntas y, cuando llegó la noche, se acostaron; esta vez la hija menor, prevenida por su madre, fingió dormirse pero tuvo buen cuidado de no hacerlo. Y la otra, creyéndola dormida, cuando dieron las doce sacó su planta de cantueso a la ventana y cantó:

*–Hijo del rey, ven ya
que la flor del cantueso
florida está.*

Dicho lo cual, llegó el pájaro y, convertido en hombre, se sentó a su lado y estuvieron hablando toda la noche; y al amanecer se fue, dejando la bolsa con el dinero. Todo esto lo vio la hija menor y a la mañana siguiente volvió a su casa y se lo contó a su madre.

–¡Ajá! –dijo la madre–. Ya decía yo que de alguna parte había de salir ese gasto, que no de su tía. Pero pierda cuidado que ya se le va a acabar eso.

Y le encargó a la hija que fuera a ver a su hermanastra a la noche siguiente. Y le entregó unas cuchillas para que las enterrara en la tierra de la maceta del cantueso con el filo hacia arriba; total, que la hija se fue a ver a su hermanastra y le dijo:

–Esta mañana he echado de menos un pendiente y vengo a ver si lo he perdido por aquí.

La hermanastra le dijo que ni ella ni su tía lo habían visto, pero que entrase en la casa y mirase por donde quisiera por si lo podía encontrar. Y ella, aprovechando un descuido, metió las cuchillas en la maceta y después, sacando el pendiente que traía guardado en su bolsillo, dijo:

–Aquí está, que ya lo encontré –y se marchó a su casa y le contó a su madre que todo lo había hecho tal y como ella le dijo que hiciera.

Llegó la noche y así que dieron las doce sacó la muchacha su maceta a la ventana y cantó:

*–Hijo del rey, ven ya
que la flor del cantueso
florida está.*

Apareció el pájaro y empezó a revolcarse como de costumbre en la tierra de la maceta; mas, apenas empezó a hacerlo, se llenó de heridas y ella oyó su voz que decía:

–¡Ay, infame, que me has herido! –y echó a volar.

La muchacha, aturdida, comenzó a llorar con tal desconsuelo que la planta se secó y perdió todas sus hojas y entonces vio las cuchillas que había puesto su hermanastra y, como estaban llenas de sangre, comprendió por qué el pájaro huyó diciendo aquello.

Al oír el llanto acudió su tía y, al saber por la muchacha lo que había sucedido, le dijo:

–No llores más. Vístete de médico, toma este frasco y ve a tal sitio, donde hay un palacio. Allí has de pedir que te dejen ver al príncipe, que está enfermo, y, apenas estés junto él, le untas las heridas con una pluma mojada en el bálsamo que llevas en el frasco. Y cuando haya sanado, te retiras sin descubrirte y sin aceptar ningún pago.

Así lo hizo la muchacha. Se vistió de médico con unas ropas que le dio su tía y echó camino adelante y hubo de caminar durante días hasta dar con el palacio y pidió ver al rey para decirle que, habiendo sabido que el príncipe estaba muy enfermo, quería ver si podía curarlo con un bálsamo que traía consigo.

Conque la llevaron a presencia del príncipe, al que reconoció en seguida, que tenía el cuerpo todo lleno de cortaduras; y le lavó las heridas y luego se las untó con una pluma mojada en el bálsamo. Así lo hizo el primer día y el segundo y al tercero el príncipe mejoró tanto que ya se puso en pie y dijo que se encontraba sano. Entonces el médico dijo que ya debía irse, puesto que el príncipe estaba curado, pero los reyes trataron de retenerlo y, al ver que no era posible, le ofrecieron muchos regalos, que también el médico rehusó. Y sólo le dijo al príncipe, antes de marcharse:

–¡Acuérdate de quién te curó!

Así que la muchacha se fue a su casa y se quitó las ropas de médico que le había dado su tía y cuando se fue a ver la maceta descubrió que el cantueso había vuelto a florecer y estaba muy hermoso. Y esa misma noche, al dar las doce, llevó la maceta a la ventana y cantó:

–Hijo del rey, ven

*ya que la flor del cantueso
florida está.*

Y apareció el príncipe, con una espada en la mano, entró en la habitación y le dijo a la muchacha:

–¡Infame! Prepárate a morir.

Entonces la muchacha le dijo:

–¡Acuérdate de quién te curó!

Al oír esto, el príncipe reconoció quién era su médico, tiró la espada a un lado y abrazó a la muchacha.

Luego el príncipe quiso saber quién había puesto en la tierra las cuchillas que le habían herido y la muchacha le contó lo que había sucedido. Entonces el príncipe le dijo que, al curarle, le había librado del encantamiento que le convertía en pájaro y le propuso casarse con ella y se la llevó a su palacio, donde fueron felices. Y en cuanto a la madrastra y sus hijas, no sólo se morían de envidia sino que aún se odiaron más entre ellas, con lo que su casa acabó siendo un infierno.

10. EL PRÍNCIPE TOMÁS

Pues había un rey que tenía un hijo con catorce años recién cumplidos y ambos tenían la costumbre de ir cada tarde hasta los jardines de un palacio que se encontraba en estado de abandono. En esos jardines había una hermosa fuente donde ambos solían sentarse un buen rato antes de emprender el camino de vuelta. La gente del lugar decía que el palacio estaba habitado por tres brujas que eran hermanas y que se llamaban Blanca, Rosa y Celeste, pero ellos nunca las vieron en todas las veces que fueron por allí.

Una tarde el rey cogió de la fuente una rosa bellísima, cuyos pétalos parecían de terciopelo, y se la llevó a la reina.

A la reina le gustó tanto el regalo que decidió guardar la rosa en una cajita de madera que dejó en la habitación que antecedió a la alcoba de los reyes.

A medianoche, cuando los reyes dormían, despertaron al oír una voz que decía:

–¡Ábreme, rey!

El rey se incorporó sorprendido en el lecho y le preguntó a la reina, que dormía a su lado:

–¿Has dicho algo?

–Yo, no –contestó la reina.

–Pues me pareció que me llamabas –dijo el rey, y volvió a dormirse. Al poco rato el rey escuchó otra vez:

–¡Ábreme, rey!

Conque se levantó y luego de dar vueltas por la alcoba se fue a la habitación delantera y abrió la caja de madera donde estaba la rosa, pues de allí era de donde salían las voces.

Al abrir la caja, la rosa, que era la misma bruja Rosa del palacio abandonado, empezó a crecer hasta transformarse en una princesa y le dijo al rey que tenía que casarse con ella y matar a la reina.

–Eso no lo puedo hacer –dijo el rey.

–Pues lo harás –dijo la bruja– o morirás. Dentro de una hora.

El rey no quería matar a la reina por nada del mundo, así que la cogió en brazos y la escondió en un sótano remoto del palacio. La reina, que se vio encerrada allí, empezó a rezar a san José pensando que el rey se había vuelto loco y, entretanto, el rey regresó a su alcoba.

A la mañana siguiente de este suceso, el príncipe Tomás se levantó y entró, como tenía por costumbre, en la alcoba de sus padres para darles los buenos días, pero en cuanto vio a la mujer que dormía junto a su padre, dijo:

–¡Ésta no es mi madre!

Y la mujer se enderezó en el lecho y le gritó:

–¡Calla o morirás!

Luego la bruja se levantó y anunció a todos los criados del palacio que ella era la reina Rosa y que mandaría matar a todo aquel que no la obedeciera.

Tomás se escapó por el palacio, apesadumbrado y sin saber qué hacer, y cuando caminaba por los sótanos escuchó unos lamentos que le parecieron de su madre. Entonces buscó sirviéndose del oído y, al rato, dio con el sótano remoto donde su madre estaba encerrada; Tomás vio que no podía abrirle la puerta pero prometió que le llevaría comida y ella le prometió que le encomendaría en sus oraciones a san José, del que era devota.

Entretanto, todo el mundo en el palacio vivía atemorizado por la reina Rosa.

Un día, la bruja empezó a pensar que tenía que deshacerse del príncipe Tomás y le mandó llamar.

–¡Tomás! –le dijo–. Ve a traerme agua de la fuente de los jardines del palacio abandonado.

El príncipe Tomás no tuvo más remedio que obedecer y, cogiendo un jarro, se puso en camino a la fuente. Y en el camino le salió al paso un anciano que dijo:

–Tomás, sé lo que te han mandado hacer y escúchame bien: coge el agua de la fuente sin detenerte ni apearte del caballo y no vuelvas la vista atrás cuando oigas que te llaman.

Llegó Tomás a la fuente, llenó el jarro sin bajar del caballo y, como le había dicho el viejo, oyó dos voces de mujer que le llamaban, pero no les hizo caso y, sin detener su caballo, volvió grupas y regresó a palacio.

La reina Rosa se extrañó mucho de verle aparecer, pero inmediatamente le envió de

nuevo a la fuente para que le trajera tres limones de los que crecían junto a ella. Y Tomás emprendió de nuevo el camino y de nuevo le volvió a salir al paso el anciano, que le dijo esta vez:

–Coge los tres limones sin detener el caballo ni hacer caso de las voces que te llamen.

Así lo hizo y volvió a palacio con los tres limones. Y la reina, al verle, se puso furiosa y le dijo:

–¡Qué son estos limones que me traes, si te dije que trajeras naranjas! ¡Vuelve ahora mismo a la fuente y no vengas sin ellas!

Otra vez volvió a suceder como en las dos ocasiones anteriores y el anciano le dijo que cogiera las naranjas a la carrera. Conque volvió con las naranjas y la reina, desesperada con él, le echó del palacio.

Tomás bajó entonces al sótano remoto a despedirse de su madre, dejó encargo a una criada fiel de que le llevara regularmente agua y comida y se marchó a recorrer el mundo.

Echó a andar camino adelante y, cuando llevaba un buen tiempo andando, le salió al paso el anciano de las otras veces y le dijo que atendiera a sus consejos porque se disponía a ayudarlo. Como primera medida, el anciano le convirtió en un ángel y después le dijo:

–Ahora vamos a ir al palacio abandonado de las brujas; allí encontraremos a dos mujeres que me dirán que te deje con ellas para enseñarte el palacio; son Blanca y Celeste, las dos hermanas de la reina Rosa. Tú me dirás: «¡Papá, déjame!», y yo te dejaré con ellas; te enseñarán todo el palacio menos una habitación; tú porfía para que te la dejen ver y, una vez dentro, actúa como te parezca mejor.

Llegaron al palacio y sucedió como le había dicho el anciano. Le enseñaron todo excepto una habitación. Tomás insistió en que le gustaría verla y ellas le dijeron que dentro no había nada de interés y que además era muy tarde y tenían que ocuparse de un joven llamado Tomás que habría de venir y al que debían colgar de un árbol. Pero insistió tanto y con tantos argumentos el muchacho convertido en ángel, que al fin le franquearon la entrada y vio que la habitación estaba toda ella cubierta de paños negros; en el centro se encontraba una mesa sobre la que lucían tres grandes velas encendidas, y eso era todo lo que había. El príncipe Tomás preguntó a las dos mujeres qué hacían allí aquellas velas y le dijo Celeste:

–Esta vela es la de mi vida, y la siguiente es la de la vida de mi hermana Blanca y la

última, la de la vida de mi hermana Rosa, que ahora es reina. Cuando se apaguen estas velas se apagarán nuestras vidas.

Entonces Tomás apagó de un soplo las dos primeras velas y allí murieron Blanca y Celeste. Cogió luego la tercera vela y salió del palacio, donde le esperaba el anciano, que le dijo:

–Has hecho lo que yo esperaba que hicieras. Ahora vámonos al palacio de tu padre. Has de saber que yo soy san José, a quien reza tu madre y a cuyas súplicas he acudido para ayudarte.

Volvieron, pues, al palacio y el príncipe Tomás pidió que llamaran a su padre. Cuando le vio, dijo:

–Padre, ¿qué vida prefiere usted, la de mi madre o la de la reina Rosa?

El rey contestó:

–Yo quiero la de tu madre.

–Pues déle usted un soplo a esta vela –dijo Tomás mostrándole la tercera vela.

El rey se acercó presuroso a la vela y sopló fuertemente y la reina Rosa murió inmediatamente sin exhalar un quejido.

Después, el rey y Tomás bajaron al sótano remoto donde el rey la había escondido, para liberar a la reina, pues ya podía salir a la luz, y los tres se abrazaron y todo el reino se alegró de la muerte de las tres brujas, muy especialmente de la de la reina Rosa, que era la que más daño les había hecho de las tres. Luego buscaron por todo el palacio al anciano para darle las gracias, pero san José había desaparecido sin que nadie pudiera dar cuenta de él.

11. LOS DOS JOROBADOS

En un pueblo vivían dos jorobados a los que todo el mundo conocía. Uno de ellos, de temperamento animoso, gustaba mucho de salir, en las noches del verano, a tomar el fresco en las eras porque podía estar solo y a salvo de las burlas ocasionales y pensando en sus cosas. Allí se entretenía el hombre con sus pensamientos sin que nadie le molestara.

Una noche de ésas se fue a las eras, como de costumbre, y allí estaba tumbado viendo pasar las horas. Le dieron las diez de la noche, y le dieron las once... y él, nada, tan tranquilo y tan a gusto. Y de pronto se le ocurrió, viendo que se acercaban las doce, que es la hora de las brujas, que bien podía quedarse un rato más y ver si era verdad eso de que a las doce se reunían todas ellas a celebrar sus ceremonias.

Y entre que sí y que no, y entre la curiosidad y el repelucó, pasó el tiempo y dieron las doce. Y no hicieron más que dar las doce cuando empezó a ver cosas extrañas y a escuchar música aún más extraña. Las visiones que veía eran las brujas que saltaban, cantaban, bailaban y se contorsionaban al son de la música. Y estas brujas, cuando se cansaron de tanto baile, empezaron a cantar:

*–Lunes, martes y miércoles, tres;
lunes, martes y miércoles, tres.*

Así una y otra vez. Y el jorobado, viendo que no salían de ahí, pensó para sus adentros: «¡Pobrecillas! Voy a completarles la semana». Y cantó, con el mismo son de las brujas:

*–Jueves, viernes y sábado, seis;
jueves, viernes y sábado, seis.*

Y ya se disponía a continuar, cantando: «y domingo, con seis, hace siete», cuando oyó que decía una bruja:

–¡Ay, qué bien! ¡Por fin hemos concluido el cantar! –y empezó a mirar a un lado y a otro, rodeada de las otras brujas, diciendo:

–¿Quién ha sido, quién? ¿Dónde está el que el cantar acabó?

Y el jorobado dijo:

–Aquí me tenéis, sentado en esta piedra.

Conque todas las brujas se le acercaron y le acariciaban y le mimaban y por fin le dijeron:

–¡Mira qué gracioso, el pobre! ¡Si es jorobadillo! Dinos qué quieres por habernos terminado el cantar y lo que quieras te lo concederemos.

Entonces el jorobado dijo:

–¿Qué es lo que más quiero? ¡Pues que me quitéis esta joroba que llevo!

–¡Ah, ah, sí! –dijeron las brujas–. Pobre jorobadillo, bien se lo merece.

Y la bruja que había hablado primero le pasó la mano por la joroba y el jorobado se quedó más derecho que un huso. Entonces él les dio las gracias y ellas se las dieron a él y, lleno de contento, se fue a su casa a dormir mientras las brujas se quedaban haciendo volatines y piruetas por los aires.

El jorobado estaba tan emocionado y exhausto que durmió como un lirón, pero a la mañana siguiente, cuando se levantó y vio que ya no tenía joroba, se llenó de gozo y salió corriendo a la calle para lucir su nuevo tipo. Todo el mundo se admiró enormemente de que le hubiese desaparecido la joroba y querían conocer la causa; y el otro jorobado del pueblo era el más interesado en saber cómo le había sucedido. A todos se lo contó, aunque muchos no le creyeran. Y el segundo jorobado pensó:

–Pues esta noche voy yo a las eras, por si se les ha olvidado lo que les enseñaste. Y si no se les ha olvidado, entonces les cantaré: «Y domingo, con seis, hace siete»; a ver si a mí también me quitan la joroba. ¡Pues no me la han de quitar en cuanto me oigan!

Y se refocilaba pensando que, a la mañana siguiente, él también podría presumir de no tener joroba. Y así se dedicó a recorrer el pueblo, contándoles a unos y a otros; y unos le animaban y otros se reían de él.

Conque el pobre infeliz se fue a las eras ya a eso de la media tarde, porque no podía resistir la espera, y allí se estuvo sin comer ni beber por si acaso las brujas se adelantaban y él perdía la oportunidad.

Total, que con tanto desasosiego, pasaron los cuartos, las medias y las horas haciéndosele una eternidad en la que ora desesperaba y ora confiaba hasta que por fin oyó dar las doce y en ese momento las brujas aparecieron. Casi no podía creer lo que estaba viendo, que eran las mismas visiones que relatara el otro jorobado; y tal como había dicho, después de los bailes y volatines, las brujas se juntaron y se pusieron a cantar:

*–Lunes, martes y miércoles, tres;
lunes, martes y miércoles, tres;
jueves, viernes y sábado, seis;
jueves, viernes y sábado, seis.*

El jorobado vio que habían aprendido bien lo que el otro les había enseñado y que no lo olvidaban, así que decidió terminar la semana y cantó, con el mismo son que las brujas:

–Y domingo, con seis, hace siete.

Las brujas, que oyeron este canto, se enfurecieron terriblemente y empezaron a buscar por todas partes, diciendo:

–¿Quién nos hace burla, quién? ¿Dónde está el que nos hace la burla?

Y el pobre jorobado entendió que preguntaban: «¿Quién nos dice la última, quién? ¿Dónde está el que nos dice la última?» y las llamó diciendo:

–Aquí estoy sentado en esta piedra. Quítenme ustedes la joroba.

Todas las brujas le rodearon, aún más furiosas que antes, y empezaron a darle empellones y pellizcos, mientras decían unas a otras:

–¡Mira! ¡Si es un jorobado!

–¡Un jorobado! ¡Que ha venido a reírse de nosotras!

–¡Vaya con el jorobado! ¡A ver qué hacemos con él!

Y dijeron todas a coro:

–¡Pues le ponemos otra joroba!

Y nada, que le pusieron otra joroba en mitad de la espalda, con lo cual ya tenía dos.

El pobre jorobado se fue a su casa cabizbajo y pensando en lo que le había sucedido;

y estaba tan pensativo y ensimismado que no pudo pegar ojo en toda la noche y a la mañana siguiente no se atrevió a salir a la calle para que no le vieran las dos jorobas.

Y tanto y tanto aumentó su tristeza que dejó de comer y de dormir. Hasta que un buen día lo encontraron muerto de pena en su cuarto.

12. LAS TRES NARANJITAS

Érase un hijo de rey que andaba buscando las tres naranjitas del amor. Las buscaba a caballo por todos los jardines que se encontraba, pero no había conseguido dar con ellas. Cuando preguntaba, en unos sitios le decían que nunca las habían visto y en otros que sí, pero que ya no quedaba ninguna; y él seguía buscando sin desmayo, hasta que un día llegó a otro jardín, donde salió a recibirle un jardinero; y a él, como a todos los que encontrara anteriormente, le preguntó:

–¿Tiene usted noticia de las tres naranjitas del amor?

Y el jardinero le contestó:

–Sí que tengo, que hay tres en el árbol.

El hijo del rey no cupo en sí de gozo y se las compró y se fue con ellas.

Pero el camino de vuelta era muy largo, pues se había alejado mucho en la búsqueda, y al cabo de tanto cabalgar, el hijo del rey tuvo sed y decidió abrir una de las naranjitas; y cuando la abrió se encontró con que era una muchacha con un niño en brazos. La muchacha era muy hermosa y llevaba el pelo suelto y le dijo al hijo del rey:

–¿Tienes agua para lavarme, peine para peinarme y paño para secarme?

–No los tengo –dijo el hijo del rey.

Entonces la muchacha se convirtió en paloma y se marchó volando con el niño.

El hijo del rey quedó entristecido y guardó cuidadosamente las otras dos naranjas jurándose no volver a hacer uso de ellas hasta llegar a palacio; pero el camino era tan largo que la sed pudo más que él y decidió abrir la segunda naranja.

Cuando la abrió, apareció una muchacha aún más hermosa que la anterior, con un niño en brazos y el pelo suelto, que le dijo:

–¿Tienes agua para lavarme, peine para peinarme y paño para secarme?

–No los tengo –dijo el hijo del rey, y la muchacha se convirtió en paloma y echó a volar llevándose con ella al niño.

El hijo del rey se llenó de pesadumbre y estaba aún más triste que antes, pero siguió cabalgando con la esperanza de llegar pronto al palacio. Y estando de camino le ocurrió que llegó a un lugar donde le vendieron una vasija, un peine y un paño para secar.

Y otra vez tuvo mucha sed y se hallaba todavía a mucha distancia del castillo, pero esta vez encontró una fuente y bebió de ella. Y cuando hubo saciado la sed le entró una curiosidad irresistible por ver qué contenía la tercera naranja; así que la abrió y salió otra muchacha, ésta aún más bella que las anteriores, con un niño en brazos, que le dijo:

—¿Tienes agua para lavarme, peine para peinarme y paño para secarme?

Y el hijo del rey le dijo que sí, y le ofreció agua de la fuente en la vasija, el peine y el paño. Entonces ella le dijo:

—Pues contigo me he de casar.

Entonces el hijo del rey le dijo que él debía adelantarse a palacio para hablar con sus padres y preparar la boda y, apenas tuviera dadas las órdenes, volvería por ella para llevarla consigo. Y a ella le pareció bien y quedó esperando junto a la fuente.

Al cabo del rato llegó a la fuente una mujer mayor con un cántaro a recoger agua y al mirar al agua vio reflejado el rostro de la muchacha y creyendo que era el suyo se decía:

—Siendo yo tan guapa ¿por qué he de venir a recoger agua?

Hasta que vio a la muchacha y se enfadó a causa del engaño y le dijo a la muchacha:

—Baja, muchacha, que yo he de peinarte.

—No, no —decía la muchacha—, que ya estoy peinada.

Pero tanto porfiaba la mujer que al fin bajó y la otra, que era una bruja, empezó a peinarla y en éstas extrajo un alfiler de su bolso y se lo clavó en la cabeza. Y nada más clavarle el alfiler, la muchacha se volvió paloma y echó a volar, pero dejándose el niño.

Entonces la mujer cogió al niño y se sentó a esperar al hijo del rey.

Volvió por fin el hijo del rey y se extrañó de ver a aquella mujer vieja y fea y de color oscuro y le dijo:

—Con lo guapa que eras ¿cómo te has vuelto fea y negra?

—Pues ha sido del sol y del aire, pero soy la de siempre. Ya se me quitará y me quedaré como antes.

El hijo del rey se la llevó a palacio, pero no estaba nada convencido y ya no le gustaba aquella mujer a la que había dado su palabra.

Y resultó que la paloma llegó un día al jardín del palacio y estaba revoloteando por allí cuando apareció el jardinero, y dirigiéndose a él, le preguntó:

–¡Jardinero del rey! ¿Cómo le va al niño con la princesa mora?

Y el jardinero le contestó:

–Unas veces canta, otras veces llora.

Y la paloma dijo, levantando el vuelo:

–¡Y su triste madre por los campos sola!

Así sucedió un día y otro día hasta que el jardinero, extrañado, se lo dijo al hijo del rey y éste le encargó que preparase un lazo y atrapara a la paloma. Y dicho y hecho, al otro día el jardinero se presentó con la paloma.

El hijo del rey la tomó en sus manos y la vio tan entristecida que comenzó a acariciarla; y la reina mora, su esposa, le decía:

–Déjala volar, deja que se vaya.

Pero el hijo del rey contestaba:

–No, no, pobre paloma.

Y le acariciaba la cabeza. Y al acariciársela, la paloma temblaba de dolor. Y volvió a acariciarle la cabeza y volvió a temblar de dolor, y así otras veces más ante la irritación de la reina mora. Hasta que el hijo del rey dijo, palpándole la cabeza a la paloma:

–Pues ¿qué tiene aquí? –porque había topado con algo duro y, mirándolo bien, vio que era una cabeza de alfiler; tomándola con dos dedos, se la arrancó y en ese mismo momento se convirtió en la bella muchacha que había dejado en la fuente y la muchacha le contó todo lo que había sucedido. Y el hijo del rey casi se desmayó al saber que había estado haciendo vida con una bruja, pero en seguida la mandó prender, la sacaron al patio, cortaron mucha leña y allí mismo la quemaron.

De este modo el hijo del rey pudo casarse al fin con la muchacha y todos vivieron felices.

13. JUAN BOBO

Había un muchacho al que llamaban Juan Bobo. Como no le gustaba que le llamaran Juan Bobo, un día mató un buey para invitar a todos a una comida y de resultas de eso le llamaron Juan Bobazo.

En vista de lo cual, cogió Juan Bobo la piel y se fue a venderla a Madrid. Cuando llegó a Madrid, hacía tanto calor que se echó al pie de un árbol y se tapó con la piel. Y sucedió que vino un cuervo a picarle la piel mientras echaba la siesta y Juan Bobo lo atrapó y se lo guardó. Luego fue y vendió la piel por siete duros. Y después de todo esto, llegó a la fonda y encargó comida para dos.

Entonces Juan Bobo fue y puso tres duros disimulados junto a la puerta principal, y lo mismo hizo en la escalera con otros dos duros, y lo mismo otra vez al final de la escalera. Hecho esto, se sentó a una mesa y esperó a que le sirvieran; pero no le atendían porque creían que esperaba a su compañero.

Al fin se cansó de esperar y dijo:

–¿Es que no me van a poner la comida?

Y le respondieron que estaban esperando a que llegara su compañero para servirle. Y dijo él:

–Mi compañero es este cuervo.

Los posaderos, intrigados, le preguntaron:

–¿Y qué oficio tiene el animal?

–Es adivinador –dijo Juan Bobo– y adivina todo lo que ustedes quieran saber.

Entonces le pidieron que adivinase algo y Juan Bobo le pasó la mano por el cuerpo de la cabeza a la cola y el cuervo dijo: «¡Graó!».

–¿Qué es lo que ha dicho? –dijo la posadera.

–Ha dicho –contestó Juan Bobo– que en la puerta principal hay tres duros.

La posadera fue y rebuscó por la puerta hasta que encontró los tres duros y,

maravillada, volvió y le dijo a Juan Bobo:

–Véndame usted el cuervo.

Pero Juan Bobo, sin contestar, volvió a pasar la mano por encima del cuerpo y éste dijo: «¡Graó!».

–¿Y ahora? –preguntó la posadera–. ¿Qué es lo que ha dicho ahora?

–Ha dicho –contestó Juan Bobo– que en el descansillo de la escalera hay dos duros.

Allá se fue la posadera y los encontró en seguida. Y volvió de inmediato, aún más maravillada y le dijo que tenía que venderle el cuervo. Pero Juan Bobo, sin decir nada, volvió a pasar la mano por el animal y éste volvió a decir: «¡Graó!».

La posadera quiso saber qué había dicho esta vez y Juan Bobo le contestó que eso quería decir que al final de la escalera había dos duros más. Y como fuera y los encontrara, la posadera le dijo:

–Pues me tiene usted que vender ese cuervo, que yo le daré por él lo que usted quiera.

Juan Bobo le dijo que se lo vendía por cinco mil pesetas; y dicho y hecho: se las metió en la bolsa, dejó allí al cuervo y se volvió para su pueblo. Conque llegó al pueblo y mandó avisar a todo el mundo y cuando estuvieron presentes, llamó a su mujer y le dijo que extendiera su delantal y en él echó las cinco mil pesetas diciendo que eso había sacado de vender la piel del buey en Madrid.

Todos los vecinos, al ver esto, mataron sus bueyes, les sacaron las pieles y se fueron a Madrid a venderlas y resultó que, tras haberlas vendido, apenas si les dio para pagarse el viaje. Y todos volvieron muy enfadados al pueblo diciendo que iban a matar a Juan Bobo. No le mataron, pero se metieron en su casa y se la cagaron toda de arriba abajo.

Al día siguiente, Juan Bobo fue y reunió toda la mierda en un saco y se fue a Madrid para venderla. Llegó y dejó el saco en el patio de un establecimiento mientras se iba a cumplir otra diligencia y, mientras tanto, entró una piara de cerdos en el patio y se comieron toda la mierda. Cuando Juan Bobo volvió, les dijo a los amos que sus cerdos se le habían comido todo lo del saco y que aquello valía mucho; y ya estaban por pasar a mayores cuando, por una mediación, se avino a aceptar cinco mil pesetas por la pérdida del saco y se volvió al pueblo.

Conque llegó al pueblo y mandó tocar las campanas para que viniera todo el mundo y así que estuvieron todos presentes, volvió a llamar a su mujer y volvió a echar en su delantal las cinco mil pesetas diciendo que aquello había sacado del saco de mierda en Madrid.

Todos los vecinos, al ver esto, reunieron toda la mierda que pudieron encontrar, la cargaron en sacos y se fueron a Madrid a venderla. E iban por las calles pregonando que quién quería comprar mierda hasta que unos guardias los detuvieron y les dieron una buena paliza. Y todos volvieron al pueblo jurando vengarse de Juan Bobo.

Juan Bobo se escondió para que no le hallaran y entonces los vecinos decidieron quemarle la casa. Pero Juan Bobo recogió las cenizas y anunció que se iba a venderlas a Madrid. Nada más llegar, fue a un joyero a comprarle unas alhajas y las puso en la boca del saco mezcladas con la ceniza y se sentó en un banco; en esto pasó un señor y le dijo:

–¿Qué es lo que lleva usted ahí en ese saco?

Y Juan Bobo le dijo que llevaba muchas alhajas metidas entre la ceniza para que no se le echaran a perder. Y el señor le compró el saco por cinco mil pesetas.

Total, que volvió al pueblo, reunió a todos y echó otras cinco mil pesetas en el delantal de su mujer diciendo que eso le habían dado en Madrid por las cenizas. Entonces los vecinos fueron, quemaron sus casas y se marcharon a Madrid para vender las cenizas; y como no vendieron nada, se volvieron todos diciéndose que esta vez matarían a Juan Bobo.

Le cogieron y le metieron en un saco con la intención de tirarle al río. Y como tenían otras cosas que hacer, ataron el saco a un árbol cerca de la orilla con la idea de volver para tirarle al río apenas terminasen sus tareas. Y allí donde quedó atado y dentro del saco, Juan Bobo empezó a gritar:

–¡Que no me caso con ella! ¡Aunque sea rica y princesa yo no me caso con ella!

Acertó a pasar por allí un pastor con su rebaño y al oír las voces de Juan Bobo le dijo que él sí que se casaría con una princesa guapa y rica y entonces Juan Bobo le dijo que allí estaba esperando a que lo llevasen con la princesa y le propuso cambiar de lugar. Así que el pastor desató a Juan Bobo y se metió él en el saco y Juan Bobo se marchó con las ovejas.

Volvieron los vecinos y echaron el saco al río. A la vuelta, se encontraron con Juan Bobo que venía con las ovejas y le dijeron:

–¡Pero, bueno! ¿A ti no te hemos echado al río? ¿De dónde vienes, entonces, con las ovejas?

Y les respondió Juan Bobo:

–Es que el río está lleno de ellas. Y si más hondo me llegáis a echar, más ovejas hubiera encontrado.

Los vecinos que lo oyeron volvieron al río y empezaron a tirarse al agua, y cada vez que uno gorgoteaba al ahogarse los demás le decían a Juan Bobo:

–¿Qué dice? ¿Qué dice?

Y Juan Bobo les contestaba:

–Que os tiréis, que hay muchas más ovejas.

Y todos se tiraron al río y murieron ahogados.

14. EL AGUA AMARILLA

Un rey que había llegado a ser rey siendo aún muy joven, andaba enamorado de la hija de uno de los guardas que cuidaban de las tierras que pertenecían al palacio. Este guarda tenía su casa dentro de los límites de los jardines de palacio y por eso el rey acostumbraba a pasear por ellos con la esperanza de encontrarse con la muchacha que él quería, pero nunca conseguía verla a solas y tenía que conformarse con contemplarla, a ella y a sus dos hermanas, por entre los pocos huecos que dejaba el tupido seto que rodeaba la casa. Así pasaban los días y el espíritu del rey oscilaba entre la ansiedad y la melancolía.

Una de las veces en que entretenía el tiempo mirando a través del seto, vio que las tres hijas del guarda estaban a la puerta de su casa cosiendo tranquilamente. Entonces el rey aguzó el oído y pudo escuchar esta conversación:

–Ay, cuánto me gustaría poder casarme con un joven guapo que tuviera el oficio de panadero, porque así tendría el pan asegurado para mí y para mis hijos durante toda la vida –eso lo dijo la mayor de las hermanas.

–Pues a mí –dijo la mediana– me gustaría casarme con un cocinero joven y guapo, porque entonces tendría pan y comida para toda la vida.

Y entonces oyó decir a la pequeña, que era a la que él amaba:

–Pues yo no quiero ninguno de esos dos maridos, porque yo lo que quisiera es casarme con el rey –y lo decía a sabiendas de que eso era imposible.

Y el rey que lo oyó, rodeó el seto tras el que las observaba, se presentó delante de las muchachas y les dijo:

–He escuchado vuestros tres deseos y, cuando queráis, yo me ocupo de que se celebren esas tres bodas en el palacio. Tú –dijo dirigiéndose a la mayor– te casarás con mi panadero; tú –dijo dirigiéndose a la mediana– te casarás con mi cocinero; y tú –añadió

dirigiéndose a la pequeña— te casarás conmigo, porque yo soy el rey y tú eres la elegida de mi corazón.

Las tres hijas del guarda, aunque le encontraban muy guapo y apuesto, pensaron que era uno de los servidores del rey y se rieron de él, pero entonces llegó el padre, que reconoció al rey, y las tres comprendieron que era cierto lo que había dicho.

Así que se casaron muy alegres y contentas las tres. Pero al poco tiempo, la envidia empezó a hacer nido en el corazón de las dos hermanas mayores, hasta el punto de que acabaron odiando a muerte a la más pequeña por esta causa.

Pasó el tiempo y, a punto de cumplirse el año desde el día de la boda, la reina dio a luz a un niño. Las hermanas, cuya envidia no había hecho sino crecer, aprovecharon un descuido, le robaron al niño, lo pusieron en un cestillo y lo echaron al río con la esperanza de que se ahogase. En su lugar, presentaron al rey una canastilla hermosamente adornada, con un cachorro de perro recién nacido envuelto en su interior, y le dijeron al rey que lo había parido su hermana.

El rey, aunque la amaba mucho, se llevó un disgusto tan grande que decidió repudiarla, pero sus consejeros le convencieron de que no lo hiciera, pues no sabían lo que aquello significaba. De modo que el rey decidió esperar y se reconcilió con la reina.

Entretanto, el cestillo en el que habían puesto al niño navegó por el río a lo largo del valle hasta que quedó varado en un remanso y allí fue donde lo encontró uno de los guardas del rey que vivían más alejados de palacio. Y como este guarda estaba deseando tener un hijo, pues su esposa era estéril, lo recogió y lo llevó a su casa, donde la mujer lo recibió con enorme alegría y acordaron criarlo sin decir a nadie cómo lo habían encontrado.

Y sucedió que la reina quedó nuevamente embarazada. Las hermanas, que la odiaban aún más porque su plan no había salido como esperaban, resolvieron volver a hacer lo mismo, confiando en que esta vez su plan sí que daría resultado, y cambiaron al niño por un cachorro de gato recién nacido y se lo presentaron al rey. El rey, esta vez, sí que se puso furioso y quería matar a la reina, pero los consejeros le dijeron de nuevo que no lo hiciera, pues la naturaleza se manifestaba a veces de manera extraordinaria y aquel nuevo suceso les parecía aún más misterioso que el anterior, por lo que se hacía necesario esperar, al menos una vez más, antes de decidir que la reina era culpable. Y el rey lo aceptó a regañadientes.

Las hermanas, como la vez anterior, habían echado al niño al mismo río en un cestillo

y este cestillo fue el que se encontró el mismo guarda, que le pareció un regalo del cielo y se apresuró a llevárselo a su mujer para que lo criara también; y de este modo se encontraron con dos hijos.

La reina quedó nuevamente embarazada y, un año más tarde, dio a luz a una niña. A las hermanas les faltó tiempo para hacer con la criatura lo mismo que con sus hermanitos, pero no habiendo encontrado cachorro ni de perro ni de gato, pusieron en la canastilla un pedazo de corcho untado en sangre y echaron a la niña al río en otro cestillo. Y sucedió que el mismo guarda volvió a encontrarlo y, al ver que esta vez era una niña, se volvió loco de contento y se apresuró a llevárselo a su mujer para que la criara.

Entretanto, el rey, que ya no quiso oír a sus consejeros, mandó hacer una jaula de hierro, encerró en ella a la reina y ordenó que durante el día colgasen la jaula a la puerta del palacio para que, todos los que entraran o salieran de él, hicieran burla de ella y le echasen comida como a los animales, y a la noche la guardaran en las caballerizas.

Pasó el tiempo y los niños fueron creciendo en el hogar del guarda que los recogió y ni él ni su mujer dijeron nunca nada a nadie sobre el origen de los niños, de forma que todos los que los conocían los tenían por sus hijos naturales. Pero un día murió el guarda y la guardesa hubo de mudarse a una casa más alejada y más pequeña, que era también del rey, en la linde del bosque. Y cuando la niña cumplió quince años murió la guardesa y los niños quedaron huérfanos. Entonces ella tomó las riendas de la casa y la organizaba y mantenía mientras los hermanos sacaban dinero, de la caza unas veces, otras veces de jornal, para mantenerse los tres.

Hasta que, un día, una vieja se acercó a la casa y estuvo hablando con la niña, mientras los hermanos se encontraban fuera, y al término de la conversación le dijo:

–No seréis felices mientras no tengáis estas tres cosas: al agua amarilla, el pájaro que habla y el árbol que canta.

La niña quedó preocupada y confusa y cuando volvieron sus hermanos les contó lo que le había dicho la vieja. Entonces el mayor le contó que ellos también habían encontrado a una vieja que estuvo hablando con ellos y al final les entregó un espejo y un cuchillo advirtiéndoles que, cuando el espejo se empañara o el cuchillo se manchase de sangre, querría decir que su dueño se encontraba en gran peligro.

Conque el mayor decidió ir a buscar las tres cosas que dijo la vieja y, antes de ponerse en camino, entregó el cuchillo a sus hermanos y se metió en el bosque.

Después de mucho caminar, vio a un ermitaño a la puerta de su ermita y decidió preguntarle si sabía dónde se encontraban el agua amarilla, el pájaro que habla y el árbol que canta. El ermitaño le contestó que sí lo sabía, pero que todos los que buscaban estas tres cosas quedaban encantados y no volvían jamás.

El hermano mayor le contestó que él estaba decidido a conseguir las tres cosas y entonces el ermitaño le dio una bola con estas instrucciones: que cuando viera que el camino iba cuesta abajo, la dejara rodar, que se detendría sola ante un monte, que subiera ese monte y que nunca volviera la cara atrás.

El muchacho cogió la bola y, cuando vio que el camino descendía, hizo lo que el ermitaño le había dicho y empezó a subir el monte, pero a mitad de la subida oyó unas voces que le llamaban, volvió la cara y se quedó convertido en piedra.

Los otros dos hermanos estaban pendientes del cuchillo y, de pronto, vieron que éste se llenaba de sangre. Entonces dijo el segundo hermano:

–Esto es que mi hermano mayor está en peligro, así que voy en su auxilio.

Entregó su espejo a su hermana y se marchó por el bosque.

Después de mucho caminar, encontró la ermita y preguntó al ermitaño lo mismo que su hermano y el ermitaño le entregó otra bola y le dio las instrucciones, pero al muchacho le sucedió exactamente igual que a su hermano y quedó también convertido en piedra.

La hermana, que estaba mirándose en el espejo, vio de pronto cómo éste se empañaba y se ponía turbio y comprendió que su segundo hermano también se hallaba en peligro, por lo que resolvió ponerse en marcha y se internó en el bosque.

Cuando llegó a la ermita, preguntó al ermitaño:

–¿Ha visto usted pasar por aquí a dos mozos con tales y tales señas?

Y dijo el ermitaño:

–¿Dos mozos que iban buscando el agua amarilla?

–Ésos son –contestó ella.

–Pues a los dos les dije lo que te digo a ti, que tomes esta bola y, cuando veas que el camino va cuesta abajo, echas a rodar la bola, que se parará sola ante un monte; entonces sube a lo alto sin volver la cara, porque en lo más alto del monte está el pájaro que habla y, cuando le pongas la mano encima, ya podrás mirar atrás sin peligro.

Entonces ella le pidió una bola y también un poco de tela para taparse los oídos y echó a andar y fue haciendo todo lo que le decía el ermitaño. Como se había tapado los oídos

con los pedacitos de tela no escuchó las voces que la llamaban, y así llegó a lo alto del monte, donde vio un pájaro y le puso la mano encima; entonces el pájaro habló:

–¡Una mujer me tenía que coger! –dijo. Y la muchacha le acarició dulcemente y le habló con mimos y después le preguntó por el agua amarilla y el árbol que canta y el pájaro, satisfecho, le explicó dónde se hallaban y también le explicó que si regaba con agua amarilla las piedras en que se habían convertido sus hermanos, los desencantaría.

La muchacha cortó una rama del árbol que canta, llenó un cantarillo que llevaba con el agua amarilla, humedeció la rama en él y con ella roció las piedras y desencantó a sus hermanos. Entonces se volvieron tan contentos a su casa, donde plantaron la rama del árbol. Y la rama prendió y empezó a crecer y de cada hoja nueva que brotaba salían cantos como si el árbol estuviera lleno deavecillas.

Al otro día, los dos hermanos fueron de caza, para buscarse el sustento, y se encontraron con el rey, pero no le reconocieron porque nunca le habían visto, de tan aislados como habían vivido.

Así que departieron con el rey y éste encontró tan agradables a los muchachos que los invitó a comer. Ellos se lo agradecieron de todo corazón, pero le dijeron que no podían dejar a su hermana sola, y entonces dijo el rey:

–Pues que se venga ella también.

Y fueron a buscarla y luego a comer con el rey. Al entrar en el palacio vieron a una mujer en una jaula que les causó lástima, pero por prudencia no quisieron preguntar nada. Después de comer, el rey les enseñó el palacio y los jardines y, cuando se despidieron, suplicaron al rey que accediese a ir a comer con ellos a su casa, para corresponderle de alguna manera, lo que el rey aceptó de buena gana. Y al salir de palacio vieron de nuevo a la mujer en la jaula y se les encogió el corazón.

Así que regresaron a su casa, empezaron a pensar qué le darían de comer al rey y estaban discutiendo entre ellos cuando oyeron al pájaro que habla que decía:

–Ponedle pepinos rellenos de perlas.

–¿Qué dices? –replicaron ellos, atónitos.

–Ponedle pepinos rellenos de perlas.

–¿Y dónde vamos a encontrar nosotros unas perlas? –respondieron ellos.

Y les dijo el pájaro:

–Al pie del árbol que canta hallaréis una arqueta llena de perlas.

La buscaron y, efectivamente, allí estaba.

Conque, al día siguiente, llegó el rey, acompañado por alguno de sus consejeros como tenía por costumbre. Se sentaron todos a la mesa que los hermanos habían preparado con todo esmero y la muchacha sirvió de primer plato los pepinos. El rey partió uno y, al ver las perlas, dijo en voz alta, mostrándolo a sus consejeros:

–¿Dónde se ha visto comer pepinos con perlas?

Y el pájaro que habla dijo entonces:

–¿Y dónde se ha visto que una mujer pueda parir un perro, un gato y un corcho?

Y todos se quedaron admirados al escuchar esto; y dijo el rey:

–¿Pues qué sino eso fue lo que parió la reina?

Y volvió a hablar el pájaro:

–A los tres muchachos que tienes delante.

La muchacha, que oyó esto, le dijo al pájaro:

–¿Es que la guardesa no era nuestra madre?

Y el pájaro contestó:

–Vuestra madre verdadera es la mujer que está en una jaula, que es la reina; y las hermanas de la reina, por envidia de verla mejor casada que ellas, os cambiaron a cada uno por una cría de perro, una de gato y un pedazo de corcho y a vosotros os arrojaron al río en un cestillo.

Entonces el rey se levantó, y con él sus consejeros, llenos de asombro por lo que acababan de saber, y el rey abrazó a los hermanos con gran alegría de saber que sus tres hijos vivían y mandó a sus consejeros a palacio inmediatamente para que descolgaran a la reina y le anunciaran que volvía con sus hijos, por lo que esperaba su perdón. Y por las mismas, encargó que prendieran a las hermanas y las encerraran en la misma jaula donde la reina había estado. Y dicho esto, abrazó de nuevo a sus hijos con lágrimas en los ojos y volvieron todos a palacio, donde fueron felices como la vieja les había predicho.

15. LA CALANDRIA SALVADORA

Un hombre que había formado una familia que todos envidiaban por el afecto que se tenían y el buen rumbo de sus asuntos, tuvo la desgracia de perder a su mujer; y quedó viudo con un hijo mayor ya mozo y una hija de doce años. Pronto vio que no podía atender a sus asuntos y a la vez al cuidado de la casa y de los hijos, por lo que decidió tomar un ama de llaves, que a su vez era viuda y tenía una hija, también de doce años.

Pero sucedió que, al poco tiempo, el padre murió y los dos hermanos quedaron al cuidado del ama de llaves, junto con la hija de ésta. Como los hermanos no se hallaban a gusto, el hermano dijo un día a su hermana:

–He pensado en marchar de aquí a buscar trabajo y, cuando haya hecho fortuna, te mandaré llamar y vendrás a vivir conmigo, porque aquí poco nos vamos a arreglar con esta ama de llaves que no nos quiere nada a ti y a mí.

Aunque a la niña le pareció bien, no pudo por menos de echarse a llorar pensando qué iba a ser de ella durante todo el tiempo que su hermano estuviese fuera. Y estando llorando, se abrió de repente la ventana de su habitación y entró volando una calandria y, tras la calandria, apareció un hada en la ventana, que le dijo a la niña:

–No temas la ausencia de tu hermano. Busca una hermosa jaula para esta calandria y guárdala ahí contigo, que ella te avisará de todos los peligros y te ayudará en todas las ocasiones que lo necesites. Así que deja partir a tu hermano y que él se acuerde siempre de que tú tienes las tres gracias de Dios.

Y la niña, reconfortada, buscó la jaula más hermosa que pudo encontrar y guardó en ella a la calandria. Y al día siguiente el hermano se puso en camino y la niña le despidió no sin congoja, a pesar de todo.

Total, que el muchacho caminó y caminó hasta llegar a la ciudad. En esa ciudad vivía el rey y al palacio se encaminó decidido a solicitar audiencia y cuando se encontró con el rey vio que era casi tan joven como él. Muy animado, le pidió que le procurase un

empleo en el palacio y el rey, divertido con el muchacho, le dijo que haría lo posible por conseguírselo. Y se lo contó a su madre, pero ésta le hizo ver que no tenían empleo para el muchacho y le propuso que le ofreciera un trabajo fuera del palacio como, por ejemplo, el cuidado de los pavos. Y el muchacho se quedó de pavero.

Como le había caído bien al rey, éste iba a menudo a donde el muchacho cuidaba los pavos y se quedaban charlando. Y tanto le caía en gracia el muchacho que volvió a hablar con su madre, la reina:

–La verdad es que este muchacho es de lo más simpático y alegre y me gustaría darle un empleo mejor.

Y la madre, que veía el interés de su hijo y lo mucho que hablaban entre sí, le dijo:

–Muy bien, le nombraremos tu ayudante de paseo y así te hará compañía siempre que salgas y podréis hablar de lo que tanto os entretiene a los dos.

Y dicho y hecho, desde entonces todas las tardes salieron juntos el rey y el muchacho.

En una de esas tardes, mientras paseaban por los jardines del palacio, el rey preguntó:

–Oye, ¿tú tienes novia?

–Yo no, señor –contestó el muchacho–. ¿Y el señor? ¿Tiene novia el señor?

–No la tengo –contestó el rey–. Y no pienso tenerla hasta que encuentre a una muchacha que tenga las tres gracias de Dios.

El muchacho recordó entonces las palabras del hada y le dijo al rey:

–Pues mi hermana las tiene.

–¿Cómo es eso? –dijo el rey–. Pues ahora mismo escribiré una carta ordenándole que venga.

Así se hizo, pero, al llegar a la casa donde vivía la muchacha, el correo del rey entregó la carta al ama de llaves y, como ésta la abrió y leyó lo que decía, avisó a su propia hija y le dijo:

–Mañana partiremos las tres a palacio porque lo manda el rey. Pero cuando lleguemos yo diré que tú eres la muchacha que el rey ha mandado llamar y te casarás con él. Mientras tanto, haz todo lo que yo te diga.

Al día siguiente se pusieron las tres en camino a la ciudad. Al cabo de mucho andar, el ama se detuvo en un puente sobre un río muy caudaloso y llamó a las otras dos para que vieran pasar el agua; la muchacha, que no se separaba de la calandria, dejó la jaula en el suelo para asomarse y cuando estaba mirando, asomada de medio cuerpo, el ama hizo

una seña a su hija y entre las dos tiraron a la muchacha al río, recogieron la jaula y sus bultos y siguieron camino.

Llegaron por fin a palacio el ama, la hija y la calandria en su jaula. Salió el rey a recibirlas, junto con el muchacho, y la hija del ama, avisada por su madre, se abrazó a éste como si fuera su propia hermana y cuando él, extrañado, ya iba a preguntar por su verdadera hermana, oyó que la calandria le decía por lo bajo:

–¡Tú, cállate! ¡Tú, cállate! –y el muchacho guardó silencio, pero se quedó triste y pensativo.

El rey dejó al ama y al muchacho y se fue con la hija a mostrarle sus habitaciones. Y el muchacho estaba deseando preguntar al ama, pero la calandria le volvió a advertir:

–¡Tú, cállate! ¡Tú, cállate!

En esto, el rey estaba enseñando sus habitaciones a la hija del ama y en una de ellas había un tocador, y le dijo el rey:

–Y ahora ¿por qué no lloras un poco?

La hija, extrañada, le contestó:

–¿Por qué he de llorar, si no tengo ganas?

Entonces le dijo el rey:

–Pues lávate las manos, que las traerás sucias del viaje.

La hija se lavó las manos y no sucedió nada.

El rey, sorprendido, le dijo a continuación:

–Pues ahora, péinate.

La hija se peinó su cabello con un peine del tocador y tampoco sucedió nada.

El rey, al ver esto, montó en cólera, volvió con la hija al salón donde esperaban el ama y el muchacho, llamó a sus criados y dijo:

–Las dos mujeres quedan presas en el palacio hasta que yo decida qué hacer con ellas. Y en cuanto a este falso y embustero –dijo dirigiéndose al muchacho– le colgaréis por los pies del mismo árbol bajo el cual me mintió.

Y ya iba el muchacho a protestar al rey, cuando escuchó a la calandria que le decía por lo bajo:

–¡Tú, cállate! ¡Tú, cállate! –y se calló otra vez.

Retrocedamos ahora para saber la suerte de la verdadera hermana. Pues así que cayó al río, empujada por el ama y su hija, se dejó llevar por la corriente hasta que pudo

cogerse a unos arbustos que crecían en un recodo y, agarrándose a ellos, logró alcanzar la orilla en la que enraizaban.

Un pastor que andaba por allí cerca la vio toda mojada en la orilla y llena de magulladuras y le preguntó si se había caído al río y la muchacha le contó la verdad, que la habían tirado desde el puente. Entonces el pastor sintió lástima de ella y la llevó a su cabaña para que se secara.

Pero la mujer del pastor, en cuanto vio llegar a una niña tan hermosa, sintió celos y se enfadó con su marido de tal modo que la muchacha, por calmarla, dijo:

–Por Dios, no se ponga usted así, que yo me voy a buscar otra casa donde puedan auxiliarme.

Pero se encontraba tan sola y cansada que no pudo reprimir el llanto; y en el momento en que la muchacha lloró, empezó a llover sin estar nublado, con tanta mayor fuerza cuanto más arreciaba su llanto, y la pequeña hija de los pastores dijo a su madre:

–Madre, no la deje ir, que está lloviendo mucho.

La muchacha, al oír esto, dejó de llorar y, en el mismo instante, dejó de llover. Y como todos se habían calmado, le dijo la muchacha a la pastora:

–Con su permiso, voy a lavarme un poco y a peinarme y después me iré.

Y sucedió que, mientras se lavaba las manos, en el agua florecían rosas; y cuando se peinó, cayeron perlas de su cabello.

La pastora, al ver esto, pensó que se les había aparecido una santa del cielo y le rogó que se quedara con ellos.

Así que la muchacha se quedó a vivir en la cabaña con los pastores y cada mañana, cuando la muchacha se peinaba, la pastora recogía un montoncito de perlas y a poco llenó un saquito con ellas y dijo a su marido:

–¿Por qué no vamos a la ciudad, donde yo podría vender estas perlas, que nos permitirían vivir más holgadamente?

Así lo hicieron y ganaron tanto dinero que decidieron trasladarse a la ciudad y alquilaron una hermosa casa que estaba justo delante del palacio real.

A la muchacha le gustaba salir al balcón principal a bordar. Un día observó a un criado que sacaba a uno de los balcones de palacio la jaula con su calandria y se llevó una gran alegría y le dijo:

–Buenos días, calandria preciosa, que tanto te he echado de menos.

–Buenos días, señorita –contestó la calandria.

–¿Acaso sabes del paradero de mi pobre hermano? –preguntó la muchacha.

–De un árbol del palacio está colgado –repuso la calandria.

–¡Ay de mí y de mi hermano desdichado! –se afligió la muchacha, y se echó a llorar con todo sentimiento y de inmediato comenzó a llover y apareció un criado que retiró a la calandria del balcón apresuradamente.

Esto sucedió un día y otro hasta que el criado, sospechando algo extraño, quedó espionando tras la celosía, después de sacar a la calandria al balcón, y cuando vio lo que sucedía y que empezaba a llover, metió la jaula y fue a contarle al rey lo que había visto. Entonces el rey quedó pensativo un rato y al final mandó llamar al criado y le encargó que fuera a la casa de la muchacha y le dijera que el rey la invitaba a comer.

Conque llegó la muchacha al palacio y se sentaron a la mesa, el rey, su madre la reina y la muchacha. A mitad del almuerzo, el rey ordenó que trajeran a la calandria y le preguntó a la muchacha:

–¿Qué conversación es la que tienes con esta calandria cuando la sacan al balcón?

Y la muchacha le contó lo que hablaban y luego, entristecida, empezó a llorar y de inmediato comenzó a llover.

El rey mandó que descolgaran al muchacho del árbol y que lo trajeran a su presencia. Y nada más entrar en el comedor, los hermanos se reconocieron y se abrazaron con enorme alegría. Entonces el rey ordenó a un criado:

–Trae aquí un lavamanos y una toalla.

Cuando llegó el encargo, se lo ofreció a la muchacha, que se lavó las manos y en el agua florecieron rosas.

El rey apenas podía disimular su alegría, pero, de todas formas, se levantó de la mesa y rogó a la muchacha que le acompañara a una habitación donde había un tocador; y cuando estuvieron allí, el rey le dijo:

–Ahora toma un peine y péinate.

La muchacha así lo hizo y empezaron a caer perlas de su cabello.

Entonces el rey ya no pudo disimular por más tiempo su alegría y volvió al salón donde le aguardaban la reina madre y el muchacho y, dirigiéndose a su madre, le dijo:

–Madre, ésta es mi esposa, que tiene las tres gracias de Dios.

A los pocos días se casaron y el hermano se quedó a vivir en el palacio como infante real. Además, los pastores entraron al servicio de los reyes y se alojaron en una bella casita que se encontraba dentro de los jardines del palacio. Y en cuanto al ama de llaves

y a su hija, las desterró fuera de los límites de su reino y nunca más se volvió a saber de ellas.

16. LA MUÑECA DE DULCE

Érase una vez un rey que sólo tenía una hija. Los reyes y la princesa solían pasear por los alrededores del palacio casi todas las tardes y en uno de sus paseos se encontraron con una gitana que se ofreció a leerle la buenaventura a la princesa. Los tres aceptaron, divertidos por la ocurrencia, pero la gitana, después de mirar la mano de la princesa, les advirtió que se cuidaran mucho del día en que cumpliera los dieciocho años porque ese día sería asesinada.

Los reyes, a medida que la princesa cumplía años, se iban inquietando al recordar la profecía de la gitana y tan grande llegó a ser su preocupación que resolvieron enviar a la princesa a un castillo que tenían y que estaba en lo más oculto del bosque y la pusieron al cuidado de un ama que tenía una hija de la misma edad que la princesa.

Allí vivieron las tres tan contentas y sin preocupaciones y fue pasando el tiempo hasta que se acercó la fecha en que la princesa debía cumplir los dieciocho años. Un día estaba la princesa asomada a una ventana del castillo cuando vio que de una cueva no lejana que desde allí se divisaba salían cuatro hombres y decidió averiguar qué hacían allí. Conque, ni corta ni perezosa, porque era una muchacha traviesa y desenvuelta y un poco cabeza loca, buscó una cuerda, se descolgó de la ventana al suelo y se encaminó a la cueva.

Una vez que entró en ella, vio que sólo había un muchacho que estaba cocinando; la cueva era una cueva de ladrones y el muchacho que estaba cocinando era el hijo del capitán; entonces esperó a que el muchacho saliera y tiró toda la comida que había preparado al suelo, por travesura, puso patas arriba todo lo que había en la cueva y se volvió al castillo.

Al día siguiente, uno de los ladrones, visto lo que había sucedido, se quedó en la cueva al acecho. A todo esto, la princesa le contó a la hija del ama lo sucedido y determinaron

acudir a la cueva las dos juntas, pero le encargó que no dijera nada a su madre de cuanto le había contado.

Conque llegaron la princesa y la hija del ama a la cueva y el ladrón las estaba esperando; las recibió muy cordialmente y se ofreció a enseñarles toda la cueva. La princesa sospechó en seguida que el ladrón llevaba malas intenciones y le dijo:

–Con gusto, pero antes vamos a poner la mesa y a probar ese guiso que tenéis ahí.

El ladrón se entretuvo en poner la mesa el tiempo suficiente para que ellas escaparan y volvieran corriendo al castillo. Y así el ladrón quedó burlado.

En vista de lo cual, al otro día decidió quedarse en la cueva el capitán de los ladrones. Llegó la princesa sola y el capitán la atendió con gran finura y le propuso enseñarle toda la cueva hasta lo más escondido, donde guardaban sus tesoros, pero ella, que sospechó sus intenciones, le dijo:

–Luego lo veremos, pues ahora lo que quiero es mostrarte yo mi castillo.

El capitán se dijo que ésa sería una buena ocasión de conocer el castillo para poder volver más adelante a robar en él y decidió acompañarla. Como la princesa entraba y salía a escondidas de los guardianes y de los criados, cuando llegó al pie del castillo empezó a trepar por la cuerda y le dijo al capitán que la siguiera; éste empezó a subir detrás, mas en el momento en que la princesa alcanzó su ventana, cortó la cuerda y el capitán cayó quedando muy malherido y se volvió a rastras a la cueva jurando vengarse.

Entonces la princesa se disfrazó de médico y fue a la cueva para ofrecer sus servicios. Y como el capitán estaba tan magullado, le hicieron pasar en seguida. Pidió que lo dejaran a solas con él y le dio tales friegas con ortigas que a poco lo deja en carne viva. Y al marcharse le dijo:

–¡Yo soy Rosa Verde, para que te acuerdes!

Dejó correr la princesa unos días y se disfrazó de barbero y fue a la puerta de la cueva a ofrecer sus servicios. Y como el capitán llevaba varios días sin moverse de la cama tenía ya la barba muy crecida, así que le hicieron pasar. Y la princesa le enjabonó, abrió una navaja de afeitar mellada y le produjo tal cantidad de cortaduras que le dejó la cara hecha un cristo. Y al marcharse le dijo:

–¡Yo soy Rosa Verde, para que te acuerdes!

Al cabo de una semana, llegó el día en que la princesa cumplía dieciocho años y sus padres la fueron a recoger para tenerla custodiada en palacio y rodearon el palacio de guardias. Y en esto, llegó a la puerta del palacio el capitán de los ladrones disfrazado de

caballero y anunció que deseaba casarse con la princesa. Los padres la llamaron y ella, que reconoció al capitán, dijo que sí, que ella también quería casarse con él. Y allí mismo los casó el capellán.

La princesa, que sabía que el capitán había vuelto para vengarse y recelaba de él, mandó al confitero de palacio hacer una muñeca de dulce que fuera una réplica exacta de ella; y cuando llegó la hora de acostarse, acostó a la muñeca en la cama, le ató una cuerda a la cabeza para que dijera sí o no según ella deseara y se metió debajo de la cama a esperar.

Y le gritó al capitán:

–¡Ya puedes pasar!

Entró el capitán cerrando la puerta detrás de sí con cerrojo, se acercó a la cama y dijo:

–¿Te acuerdas, Rosa Verde, de que nos esparciste la comida por la cueva?

Y la muñeca asintió con la cabeza.

–¿Te acuerdas, Rosa Verde, de que me tiraste del castillo abajo?

Y la muñeca volvió a asentir.

–¿Te acuerdas, Rosa Verde, de las friegas de ortigas que me diste?

Y otra vez asintió la muñeca.

–¿Te acuerdas, Rosa Verde, del barbero que me arruinó la cara?

Y por cuarta vez asintió.

–Pues ahora vas a morir –y la muñeca negó con la cabeza.

Entonces el capitán sacó su puñal del cinto y se lo clavó en el corazón. Y saltó un chorro de almíbar a la cara del capitán y éste creyó que era la sangre y al sentir que era tan dulce, dijo:

–¡Ay, mi Rosa Verde! ¡Que yo no sabía que fueras tan dulce y ahora es cuando me pesa haberte matado! ¡Perdóname, Rosa Verde! –y lo decía lleno de sincero dolor.

Entonces la princesa salió de debajo de la cama, se abrazó a él y le dijo:

–Eres mi marido y te perdono si tú olvidas lo que yo te hice.

Y como él estuvo de acuerdo, volvieron a abrazarse para hacer las paces y vivieron felices durante muchos, muchos años.

17. EL CASTILLO DE IRÁS Y NO VOLVERÁS

Érase una vez un pescador que cada día se hacía a la mar en una pequeña barca para alimentar a su familia, porque solamente vivían de lo que él pescaba. Un día echó su red y al cabo del tiempo sólo consiguió sacar un pez muy pequeño, que echó al fondo de la barca. Y el pez le habló y le dijo:

–¿Qué vas a hacer conmigo? ¿No ves lo pequeño que soy? Devuélveme al mar y ya verás cómo el año que viene, que seré mucho más grande, podrás sacar un buen dinero por mí.

Y el pescador lo tiró al mar.

Un año después, estaba el pescador echando su red en el mismo lugar y volvió a coger al pez, que esta vez sí que era grande y daba gusto verlo. Y el pez le dijo al pescador:

–Mira, te voy a dar un consejo: que al llegar a casa me hagas ocho pedazos: dos, que serán de la cabeza, has de dárselos a tu mujer, otros dos a tu perra, otros dos a tu yegua y los dos últimos, que serán los de la cola, los metes en la huerta y los entierras.

Así lo hizo el pescador en cuanto volvió a su casa y, cuando pasó el tiempo, la perra parió dos perritos iguales, la yegua tuvo dos potrillos también iguales, en la huerta aparecieron dos espadas iguales y la mujer del pescador tuvo dos hijos que fueron gemelos y los bautizaron con los nombres de Jose y Sejo.

Y llegó el día en que, convertidos los hijos en un par de mozos, decidieron que querían salir a correr mundo. Los padres, que ya eran viejos, querían que primero saliera el uno y, a su regreso, el otro, pero no hubo manera de convencerlos y se fueron juntos, cada uno con su perro, su caballo y su espada. Pero, antes, su padre les dijo que si alguna vez se separaban y el uno veía su espada teñida de sangre, eso era que el otro hermano estaba en peligro y que debería correr en su ayuda.

Los dos hermanos anduvieron de acá para allá corriendo aventuras, siempre juntos. Un buen día se descuidaron tanto que perdieron su rumbo en un bosque muy intrincado,

y para cuando se dieron cuenta de que estaban perdidos, la noche se les había echado encima. Mas no fue sólo eso sino que con la oscuridad se perdieron de vista el uno al otro y aunque aún se siguieran por las voces, llegó un momento en que dejaron de oírse y cada uno hubo de continuar por su cuenta.

Y resultó que, al clarear el día siguiente, Jose se encontró ante un soberbio palacio y decidió llamar a la puerta para pedir posada en él, pues no había dormido en toda la noche. Nadie acudió a sus llamadas y ya se disponía a buscar algún hueco por el que pasar adentro cuando una mujer, que debía de ser vecina del lugar, le llamó y le dijo:

—¡Señor, no entre, que éste es un palacio encantado del que nadie sale una vez ha entrado!

Pero Jose no era hombre que se arredrase fácilmente y, sin más, forzó la puerta con su espada y se metió seguido de su perro. Y allí había una princesa que estaba encantada y que, al verle, gritó horrorizada:

—¡No sigas, desdichado, que aquí vive la serpiente de las siete cabezas, que te ha de matar!

En esto apareció la serpiente y Jose azuzó al perro contra ella y, mientras la serpiente peleaba con el perro, él fue y le cortó una a una las siete cabezas con su espada. Una vez que las hubo cortado, cortó además las siete lenguas y se las guardó. Y como la princesa había quedado desencantada al morir la serpiente, le dijo que deseaba casarse con él. Pero Jose aún tenía sed de aventuras, de modo que pidió que se aplazara la boda hasta su vuelta y la princesa consintió y se volvió al palacio de sus padres a esperarle.

Entretanto, se corrió la voz de que la serpiente había muerto y un príncipe, que fue el primero que se atrevió a llegar hasta el palacio encantado, recogió las siete cabezas en un saco y se presentó a pedir la mano de la princesa por haber matado al monstruo. El rey, que había hecho esa promesa a quien matase a la serpiente, aceptó, pero la princesa decía que aquel no era el que la había liberado.

El rey estaba molesto porque quería cumplir su palabra, así que obligó a la princesa y prepararon un banquete para anunciar los esponsales. Y estando en el banquete, el novio cogió un pedazo de carne para comerlo y apareció un perro que se lo arrebató y salió huyendo. Y la princesa, que había reconocido al perro, gritó:

—¡Que sigan a ese perro y traigan al dueño!

Así se hizo, y trajeron a Jose al comedor y la princesa lo reconoció al instante, mas no dijo nada. Y habló el rey a Jose:

–La princesa quiere que asistas al banquete que damos en honor del que mató a la serpiente de siete cabezas.

Jose miró al novio y dijo:

–¿Ése es? ¿Y cómo lo prueba?

–¿Qué más prueba quieres –dijo el rey– que las siete cabezas que ha traído consigo?

Y replicó Jose:

–Eso no es prueba. ¿Dónde se han visto cabezas sin lengua?

Entonces todos vieron que, en efecto, las siete cabezas carecían de lengua.

–Pues ¿dónde están las lenguas? –dijo el rey.

Y Jose las sacó de su bolsillo y dijo:

–Aquí están.

Entonces la princesa dijo:

–Padres, éste es el hombre que mató a la serpiente y me desencantó y con él es con quien quiero casarme.

Mandaron detener al novio impostor y en su lugar sentaron a Jose y los dos jóvenes se prometieron en matrimonio y se casaron sin más dilación. A la mañana siguiente a la boda, mientras recorrían el palacio, Jose miró por una ventana y dijo a la princesa:

–Princesa, ¿qué castillo es aquel tan hermoso que se ve a lo lejos?

Y contestó ella:

–¡Ay, amor mío, que ése es el castillo de Irás y No Volverás!

–Pues mañana voy yo al castillo –dijo Jose, que aún quería seguir corriendo aventuras.

En vano trató la princesa, con ansiedad primero, con lloros y reproches después, de impedir que el muchacho fuera al castillo; mas no consiguió quebrar la voluntad de Jose y le dejó ir.

Se puso en camino el muchacho y en esto se encontró con una vieja. Y la vieja era bruja.

–¿Adónde va el buen mozo? –preguntó la vieja.

–Voy al castillo de Irás y No Volverás.

Y le dijo la vieja:

–Pues toma este bálsamo y, antes de entrar en el castillo, tú y tu perro y tu caballo debéis beber unas gotas de él.

El muchacho, así que llegó ante el castillo, hizo lo que la vieja le dijo, y apenas había traspuesto la entrada cuando él y el caballo y el perro se convirtieron en piedra.

Entretanto, su hermano había conseguido salir también del bosque cuando, a la misma hora en que su hermano quedaba convertido en piedra, vio que la espada se teñía de sangre y se dijo:

–Éste es mi hermano, que debe estar en peligro. Voy a buscarlo.

De modo que volvió a internarse en el bosque en pos de su hermano y tras mucho cabalgar vio un palacio en el que decidió preguntar. Y apenas llamó a la puerta vio que los criados mostraban un gran contento al verle y corrían a avisar a los reyes y a la princesa y la princesa le besó y abrazó con tal efusión que quedó todo confuso y resolvió no hacer nada hasta que viera qué era lo que estaba pasando.

Por fin, le preguntó la princesa:

–¿Dónde estuviste la noche pasada, que no viniste a dormir conmigo?

Y Sejo comprendió que le confundían con su hermano, pues eran gemelos, como bien sabemos.

Entonces la princesa le pidió noticias del castillo de Irás y No Volverás y Sejo comprendió que era allí donde se encontraba su hermano en peligro.

A la noche, la princesa llevó a Sejo a su habitación y se acostó con él en la cama. Pero al acostarse con su cuñada, Sejo puso su espada entre los dos, como testimonio de que no la tocaría en toda la noche. Y la princesa, sorprendida, le dijo:

–Pero ¿cómo es esto de que pongas la espada entre nosotros dos siendo mi esposo?

A lo que él replicó:

–Es una promesa que tengo hecha y debo cumplirla. Y esta noche no me preguntes más.

Y con esto se durmieron los dos, cada uno a un lado de la espada.

A la mañana siguiente los dos salieron a pasear a caballo y ella se extrañaba de que el perro no la reconociera, pero no decía nada. Y Sejo le preguntó, cuando vieron un castillo en la lejanía:

–¿Es aquél el castillo de Irás y No Volverás?

Y ella:

–Ése es, pero ¿no estuviste ayer en él?

Y Sejo no contestó y sólo dijo:

–Pues hoy he de volver.

Otra vez la princesa comenzó sus súplicas para que desistiera, pero como creyera que

ya había vuelto una vez, no insistió tanto y Sejo tomó su caballo, su espada y su perro y se puso en camino. Y en el camino se le apareció un viejo, que le dijo:

–¿Adónde vas, hijo mío?

–Al castillo de Irás y No Volverás.

–Pues entonces atiende a lo que te digo: cuando una vieja te ofrezca un bálsamo, has de saber que es una bruja y que te lo ofrece para encantarte. Tú amenaza con matarla si no desencanta a quien buscas; y cuando lo haya desencantado, máatala.

Continuó su camino Sejo y encontró a la bruja que le había dicho el viejo.

–¿Adónde va el buen mozo? –preguntó la bruja.

–Al castillo de Irás y No Volverás.

–Pues toma este bálsamo y, antes de entrar en el castillo, tú y tu perro y tu caballo debéis beber unas gotas de él.

Entonces Sejo le echó el perro encima mientras sacaba su espada y rompió con ella el frasco de bálsamo y luego le dijo:

–Y ahora vas a desencantar a mi hermano o te corto la cabeza.

La bruja se asustó tanto que fue hasta donde estaba Jose convertido en piedra en el patio del castillo y los roció a él, a su caballo y a su perro con un bálsamo de desencantar. Y Sejo, así que los vio volver a la vida, tomó su espada y le cortó la cabeza a la bruja. Y la cabeza rodó por el suelo gritando, antes de morir:

–Ahí tienes a tu hermano, que viene a buscarte después de haber dormido con tu esposa.

Y Jose le preguntó a su hermano:

–¿Es cierto lo que dice la cabeza?

Y el hermano respondió que sí. Entonces Jose, lleno de furia, tomó su espada y se la clavó en el pecho a su hermano. Y allí le dejó tendido y muerto, en el patio del castillo, y tomó consigo el bálsamo de desencantar y escapó a galope.

Así que llegó a casa, no dijo nada de lo sucedido y a la noche se fueron a acostar él y la princesa; y ella le dijo:

–¿Ya has cumplido tu promesa, que hoy no pones tu espada entre nosotros?

Al oír esto, Jose comprendió lo que había sucedido entre su esposa y su hermano y dijo lleno de dolor:

–¡Ay, maldito de mí, que he matado a mi propio hermano siendo inocente!

Entonces cogió el bálsamo de desencantar que se había traído, montó en su caballo y

cabalgó hasta el castillo de Irás y No Volverás. Allí seguía Sejo, tendido y muerto en el suelo, y Jose empezó a untarle la herida con el bálsamo y a poco volvió el color al rostro de Sejo, que revivió y se puso en pie. Y muy contentos los dos hermanos volvieron al palacio y se presentaron ante la princesa.

La princesa no salía de su asombro al ver a dos mozos iguales, con dos caballos iguales, dos perros iguales y dos espadas iguales y se preguntaba:

–¿Será éste... o será éste?

Entonces dijo Jose:

–Mira, yo soy tu marido, y éste es mi hermano, que durmió anoche contigo y puso la espada entre vosotros dos para no tocarte.

Y todos se admiraron mucho de lo sucedido y Sejo se fue a buscar a su padre el pescador y a su madre y los trajo al palacio con su hermano, donde vivieron ya para siempre felices y contentos.

18. LA TIRA DE PIEL

Un hombre tenía dos hijos, uno de dieciocho años y el otro de dieciséis. Un día, el pequeño le dijo a su padre:

–Yo quiero dejar la casa para ir a servir.

El padre consintió y el muchacho se fue a ver dónde encontraba una casa para servir.

Cuando dio con un amo se ajustó para hacer de criado con él, pero el amo le hizo firmar un documento en el que se decía que no arreglarían cuentas hasta que cantase el cuco y, además, que aquel que se enfadara primero de los dos se tenía que dejar sacar una tira de piel de la nuca al pie.

El muchacho se fue a trabajar las tierras y al mediodía llegó una criada para darle de almorzar. Traía el almuerzo en un puchero y también llevaba un plato y le dijo que, de parte de su amo, que tenía que comer sin pasar la comida del puchero al plato y sin abrir el puchero. El muchacho, claro, dijo:

–Eso es imposible, así que se lleva usted el almuerzo a casa que ya hablaré yo con el amo.

La criada se lo llevó. Por la noche, cuando volvió a casa del amo, éste le preguntó:

–¿Se ha enfadado usted?

Y el muchacho respondió:

–No, no me he enfadado.

Y el amo lo mandó a dormir en el suelo, en un rincón.

A la mañana siguiente volvió a suceder lo mismo y la criada volvió a llevarle el almuerzo con las mismas condiciones, así que el muchacho tampoco almorzó esta vez. A la noche, cuando regresó del trabajo, el amo le volvió a preguntar:

–¿Se ha enfadado usted?

Y el muchacho le respondió esta vez:

–Sí señor, me he enfadado, porque me hace trabajar sin comer y me hace dormir en el

suelo.

Y el amo le dijo:

–Pues, si te has enfadado, me debes una tira de piel por lo que dice el documento.

Y se la sacó del cuerpo.

El muchacho volvió a casa de su padre muy dolorido y lastimado y contó lo que le había sucedido. Y el hermano mayor, enfadado al ver que al pequeño le habían sacado una tira de piel, pidió que le contase cómo había sido todo y una vez que se hubo enterado bien, dijo:

–Pues bueno, ahora dime dónde está la casa, que voy para allá y ya verás lo que pasa esta vez.

Se fue el mayor al lugar donde sirviera el pequeño y se ofreció para servir al amo. El amo le puso las mismas condiciones que al hermano pequeño y el muchacho se mostró conforme.

Al día siguiente salió al campo a trabajar, pero se sentó debajo de un árbol y no hizo nada más que esperar. A las doce, llegó la criada con la comida y le dijo que ni echara del puchero en el plato ni destapara el puchero. El muchacho dijo:

–Así ha de ser –y con un canto afilado golpeó el puchero hasta romperlo y por ahí sacó la comida y se la comió.

A la noche volvió a la casa y, cuando vio al amo, le dijo:

–¿Se ha enfadado usted? –y el otro le dijo:

–No, pero...

Y vio que estaba la cena lista para servir y, sin más ni más, se la zampó entera y dejó a los demás sin cenar. Y dijo al amo:

–¿Se enfada usted?

Y el amo contestó:

–No, pero...

Subieron a dormir y se metió en la cama del amo. Y le dijo el amo:

–Pero ¿qué haces tú aquí?

Y le dijo el mozo:

–¿Se ha enfadado usted?

Y contestó el amo:

–No, pero...

Al otro día el amo le dijo que fuera a buscar dos bueyes que tenía en la cuadra y que

los unciera, pero que los bueyes habían de venir el uno sonriendo y el otro haciendo la venia. Conque el mozo se levantó tranquilamente por la mañana, se fue a la cuadra y, ni corto ni perezoso, al primero de los bueyes le corta el morro con un cuchillo para que se le vean los dientes y al segundo le corta media pata delantera. Y hecho esto, los sacó afuera y le dijo al amo:

–Vea usted, señor amo, que aquí le traigo los bueyes, el uno sonriendo y el otro haciendo la venia.

El amo se llevó las manos a la cabeza y le dijo:

–Pero, ¡animal!, ¿qué has hecho con los bueyes?

Y el muchacho le preguntó entonces:

–¿Se ha enfadado usted?

–No, pero...

Pasó otro día y esta vez el amo le encargó que fuera a vender unas yeguas a la feria. Y se fue el muchacho con las yeguas, que eran catorce, y cada yegua llevaba un cencerro. Y vendió todas, excepto una que era blanca, pues las demás eran todas negras. Total, que se quedó con los cencerros y la yegua y se volvió para casa. En esto, en el camino se le vino encima un nubarrón y, sin pensárselo dos veces, tiró de navaja, abrió a la yegua en canal y se protegió bajo ella mientras diluviaba. Cuando terminó de llover, aparecieron trece buitres negros y uno blanco y empezaron a comer de la yegua muerta. Y el muchacho los fue cogiendo y poniendo a cada uno un cencerro al cuello, los espantó y cogiendo el blanco se llegó hasta donde estaba el amo gritando:

–¡Milagro!, que las yeguas se me han convertido en buitres y esta blanca en la que yo iba a la feria también.

El amo sospechó de él y empezó a regañarle, pero el muchacho dijo:

–¿Se enfada usted, señor amo?

Y el amo:

–No, pero...

Consultó el amo con la mujer a ver qué hacían, porque veía lo que estaba perdiendo con aquel criado.

–Y aún falta para que cante el cuco –decía la mujer.

Y decidieron ambos que la mujer se subiera a un árbol que había junto a la casa y cantara como el cuco, al que imitaba bastante bien. Así lo acordaron y la mujer subió al árbol, a la noche, y empezó a cantar como el cuco. Entonces el amo le gritó al criado:

–¡Eh, que ya canta el cuco! ¿Lo oyes?

Y el muchacho decía:

–¿El cuco en este tiempo? Pues ya me extraña, así que voy a ver si es cuco o cuca.

Cogió su escopeta, disparó y cayó la mujer al suelo, muerta. Y saltó el amo:

–Ahora sí que me he enfadado de verdad, que me has matado a quien más estimaba en esta casa.

Y dijo el muchacho:

–Pues nada, la tira de piel.

Y le arrancó una tira de piel desde la nuca hasta el pie, además de mil reales de salario, y se volvió tan contento para su casa a enseñárselo todo a su padre y a su hermano.

19. EL CONDE ABEL Y LA PRINCESA

Había un joven conde, que se llamaba el conde Abel, que estaba enamorado de una princesa y se hicieron novios para casarse. Un día, se encontraban ambos comiendo a la mesa cuando, en un descuido, al conde se le cayó una guinda al suelo. Y el joven conde pensó: «¿Qué debería hacer ahora? ¿Recojo o no recojo la guinda que se me ha caído? Porque es el caso que si la recojo, la princesa pensará que soy avariento, además de sucio, pero si no la recojo pensará que soy un descuidado y un despilfarrador». Lo estuvo pensando y, al final, decidió recogerla del suelo y se la comió. Entonces la princesa se lo reprochó y le dijo que ya no le quería, porque no estaba dispuesta a casarse con un conde que recogía la comida del suelo.

El conde Abel quedó muy entristecido por este suceso y todos los días meditaba el modo de conseguir que la princesa le volviera a querer; y entre pensamiento y pensamiento, tomó una decisión, que fue la de disfrazarse de mendigo y presentarse de esa guisa en el palacio de la princesa. Así que se vistió de mendigo tan bien que lo parecía realmente y, antes de salir, se echó al zurrón una copa de oro, una sortija y un medallón, que los tenía en su casa porque eran joyas preciadas de la familia.

Así pues, llegó hasta las puertas del palacio de la princesa pidiendo limosna y salió la misma princesa y le dio unos céntimos como a los otros pobres que merodeaban por allí. Pero él le dijo:

–Señora, ¿no tiene usted algo que yo pudiera hacer, algún trabajo?

Ella le dijo que no, que ya tenía todos los criados que necesitaba para hacer los trabajos del palacio. Pero él insistió y dijo que haría cualquier cosa, que mirase a ver si en los jardines no necesitaban a alguien. Y tanto insistió que, al final, la princesa le mandó a cavar en los jardines.

El mendigo se fue a cavar y estuvo trabajando afanosamente durante buena parte del

día y ya a la tarde, aprovechando que nadie le miraba, sacó la copa de oro del zurrón y la echó a un hoyo que había abierto y empezó a dar grandes gritos diciendo:

–¡Miren ustedes lo que he encontrado! ¡Una copa de oro preciosa! ¡Miren qué bonita es!

Salió la princesa a los gritos para ver qué era aquello y cuando vio la copa le gustó mucho y dijo al mendigo:

–Qué copa tan bonita. ¿Me la da usted?

Y el mendigo le contestó:

–Esta copa no se la doy a nadie, que la he encontrado yo y bien mía es.

Entonces le dijo la princesa:

–Pues véndamela. ¿Qué quiere usted por ella?

Y él, insistiendo:

–No, que no la vendo, que mucho me gusta y bien mía es.

Y así estuvieron un rato, ella porfiando y él resistiéndose, hasta que el mendigo le dijo:

–Bueno, pues se la doy a usted si me enseña su pie.

Y la princesa le contestó:

–¡Pero qué sinvergüenza es usted! ¿Para qué quiere usted que le enseñe mi pie?

Y él contestó:

–Pues si no quiere, bien está. Me quedo con la copa.

La princesa deseaba tanto la copa que se dijo: «Pues ¡y a mí qué me importa que este mendigo me vea los pies!». Y le dijo que estaba de acuerdo, se descalzó y le mostró un pie. Y el mendigo le entregó la copa.

Al día siguiente, la princesa estaba tan contenta con su copa y el mendigo volvió a trabajar el día entero en el jardín. Y ya caía el día cuando, aprovechando un surco que había estado haciendo, echó en él la sortija y empezó a dar grandes gritos otra vez, diciendo:

–¡Ahora sí que he encontrado una cosa bonita! ¡Miren ustedes qué preciosidad de sortija! –y los que estaban cerca se arremolinaron en torno a él comentando la belleza de la sortija y la suerte del mendigo. Y en esto salió la princesa, que había escuchado los gritos, y se quedó a solas con el mendigo otra vez y cuando vio la sortija dijo:

–¡Ay, qué rebonita es! ¿Cuánto quiere usted por ella?

Y el mendigo contestó:

–Ésta sí que no la doy, que me gusta tanto que me quedo con ella.

Y la princesa insistió e insistió tanto y de tal manera que el mendigo le dijo:

–Bueno, si usted quiere quedarse con esta sortija, tiene que enseñarme las piernas.

Y la princesa le respondió, enojada:

–¡Pero mire que es usted sinvergüenza! Primero le he enseñado un pie y ahora quiere que le enseñe las piernas. Pues eso no puede ser de ninguna manera.

Y él le dijo:

–Pues nada, pues entonces me quedo con la sortija.

La princesa, que deseaba lucir la sortija como fuera, se dijo: «Si a este mendigo no lo conoce nadie, ¿qué me importa que me vea las piernas?». Y se alzó las enaguas y le enseñó las piernas y el mendigo, sin poderse contener, dijo:

–¡Ay, qué piernas tan blancas y tan bonitas tiene usted! –y le entregó la sortija.

La princesa estaba contentísima de tener la sortija, pero también se sentía un poco avergonzada.

Al otro día, el mendigo volvió al jardín y, como de costumbre, estuvo trabajando y cavando en él hasta que, en un momento en que no le miraba nadie, sacó del zurrón el medallón y lo echó al surco donde trabajaba. Y empezó a decir:

–¡Ay, ay, que he encontrado un medallón más hermoso que nada en el mundo! ¡Qué medallón tan bonito!

La princesa acudió presurosa a sus gritos y le pidió que le mostrase el medallón. El mendigo lo hizo, pero le dijo:

–No me pregunte usted cuánto quiero por él porque éste sí que no se lo doy ni a usted ni a nadie.

La princesa estaba maravillada por la belleza del medallón e insistió lo indecible para que se lo vendiera, pero él se mantenía bien firme:

–Nada, que éste no se lo doy a nadie ni por todo el oro del mundo.

Y la princesa rogó y rogó y porfió e insistió tanto y tan tenazmente que al fin el mendigo le dijo:

–Pues verá, sólo se lo doy si me deja dormir con usted esta noche.

–Pero ¿será grosero y pícaro este mendigo? –contestó la princesa–. ¿Es que porque le haya enseñado un pie y las piernas se cree usted que puede dormir conmigo?

Y el mendigo le contestó:

–Señora, sólo por eso le doy el medallón. Pero usted me puede coser dentro de una sábana, y me echa a sus pies y así duermo con usted en su cama.

La princesa le dijo que ni así podría ser y él se guardó el medallón. Y tanto lo deseaba la princesa que por fin consintió pensando que, al fin y al cabo, el mendigo dormiría cosido y bien cosido dentro de la sábana.

Conque llegó la noche y el mendigo fue a que le cosieran dentro de la sábana. Y la princesa le dijo entonces:

–¿Y cómo se llama usted?

Y él le dijo que se llamaba Perico. Total, que entre tres criadas lo metieron en la sábana, lo cosieron, lo dejaron sobre el pie de la cama y se retiraron dejándolos solos. A eso de la medianoche, el mendigo empezó a moverse diciendo:

–¡Ay, que me descoso! ¡Ay, que me descoso!

Y tanto lo dijo y se movió que rompió la sábana, salió de ella y se acostó a la cabecera de la cama con la princesa. Entonces la enamoró e hizo lo que quiso con ella. Y a la mañana siguiente, la princesa dijo:

–¿Y qué voy a hacer yo ahora? Tendré que casarme con usted, que no sé quién es.

Y él le dijo:

–Eso no puede ser. Yo no me puedo casar con usted.

Se levantó el mendigo y se fue a trabajar al jardín.

Así pasaron unos meses y cada noche iba Perico a la alcoba de la princesa y dormía con ella. Hasta que llegó un día en que la princesa no podía esconder a sus padres el estado en que se hallaba y le dijo al mendigo:

–¡Ay, Perico, llévame contigo a donde sea, que si mis padres me ven así, me matan!

Y él le decía:

–No, no te llevo a ninguna parte.

Pero tanto insistía y lloraba ella, desesperada, que Perico le dijo al fin:

–Bueno, ¿y adónde quieres que te lleve? ¿A una casa vieja y sucia donde viven mis padres?

Y ella no paraba de llorar:

–¡Ay, Perico, llévame a donde quieras, que allí iré contigo!

Entonces pensó el conde: «Ella me quiere y se casará conmigo». Y la montó en una burra y salieron camino del palacio del conde.

A medida que se acercaban al palacio iban viendo rebaños de cabras, y decía ella:

–Mira qué cabras tan bonitas. ¿De quién serán tantas cabras?

Y él le dijo:

–Esas cabras son todas del conde Abel.

Y ella dijo entonces, con mucho sentimiento:

–¡Pobre de mí! El conde Abel me quería mucho y estábamos prometidos, pero yo lo rechacé porque una vez se le cayó una guinda y la recogió del suelo y se la comió.

Más adelante se cruzaron con grandes rebaños de ovejas. Y ella decía:

–Mira qué ovejas tan bonitas. ¿De quién serán éstas?

Y él:

–Estas ovejas son todas del conde Abel.

Y ella volvió a decir, suspirando:

–¡Pobre de mí! ¡Cuánto me quería el conde Abel y qué tonta fui, que yo no lo quise a él!

Por fin llegaron ya cerca del palacio. Y el mendigo le preguntó:

–¿Dices, princesa, que el conde Abel te quería mucho?

–Ay, sí, mucho –respondió la princesa–. Y yo también le quería, pero por lo de la guinda ya no le quise, tonta que fui.

Entonces él dio un palo a la burra y dijo:

–¡Arre, que el que te quiso te lleva!

Justo antes de llegar al palacio, metió el mendigo a la princesa en una casa vieja y sucia y allí la tuvo hasta que dio a luz. Entonces el conde le llevó ropa y comida, y criados y todo lo necesario para una princesa. Y ella le dijo por fin:

–¿De dónde has sacado tú todo esto, Perico?

Y él:

–De la casa y la hacienda del conde Abel.

Y preguntó ella:

–Pues ¿dónde está el conde Abel?

Y él la abrazó y le dijo:

–Éste es el conde Abel, el que te quería y el que te quiere.

Se quitó el disfraz de mendigo, se vistió con sus ropas y entonces ella le reconoció. Y se casaron y se fueron a vivir al palacio del conde.

20. EL ALMA DEL CURA

Un matrimonio tuvo un hijo al que llevaban mucho tiempo deseando. A poco de nacer, los padres sintieron curiosidad por conocer el destino del niño y decidieron consultar con un adivino de mucha fama en el lugar por lo atinado de sus predicciones.

El adivino estuvo muy ocupado llenando papeles con signos extraños y al final les dijo:

–Su hijo estará lleno de virtudes y vivirá feliz y contento hasta los veintiún años en que, por algún suceso que no logro ver con claridad, lo ahorcarán.

Los padres maldijeron el día en que se les ocurrió consultar con el adivino, pero ya no podían dejar de pensar en la predicción y el pensamiento les ensombrecía la existencia y no conseguían apartarlo de su mente.

El niño se crió estupendamente y, a medida que creció, resultó ser honrado y trabajador y buen hijo con sus padres, por lo que a éstos no hacía sino aumentarles la tristeza. Y ya estaba a punto de cumplir los veintiún años cuando una noche encontró a sus padres llorando en silencio y, como ya había observado su tristeza anterior, esta vez les preguntó qué les ocurría. Entonces le contaron lo que el adivino había predicho.

Y el muchacho les dijo:

–Pues no os preocupéis más. Mi iré a correr mundo y cuando vuelva veréis que la profecía era mentira.

Y por más que los padres pretendieron disuadirle, el muchacho se empeñó en partir y sus padres hubieron de resignarse a no verlo más.

A la mañana siguiente, antes de salir, la madre le entregó un devocionario con este ruego:

–No te separes nunca de este libro, y en cada lugar adonde llegues, oye la primera misa que se diga. Prométemelo y que Dios te proteja.

Así lo hizo el muchacho y se puso en marcha. Y ese día era el día de Todos los Santos.

Pronto llegó a un pueblo donde decidió pasar la noche. Y habiendo tomado cama en la posada, preguntó al posadero:

—¿Cuándo es aquí la primera misa?

Y le dijo el posadero:

—La misa del alba es a las seis; pero como mañana es el día de Difuntos, la primera misa es a las doce de la noche. Es una misa misteriosa, pues no se sabe quién la dice ni nadie acude a ella.

Y dijo el muchacho, recordando su promesa:

—Pues yo voy a oír esa misa.

Así que habló con el cura del pueblo y le contó lo que le habían dicho. Y dijo el cura:

—Yo no creo lo que se dice en el pueblo e iré a decir la misa a las seis de la mañana, pero si es tu voluntad, aquí te dejo las llaves de la iglesia para que puedas entrar en ella y esperar hasta la misa del alba.

El muchacho cogió las llaves y aguardó en la posada hasta un poco antes de las doce. Entonces se dirigió a la iglesia, abrió la puerta y se sentó en un banco a esperar.

A las doce en punto sonaron las campanas y vio que una losa se levantaba en el centro de la iglesia y de ella salía un cura. El cura se dirigió a la sacristía y a poco volvió a salir revestido para decir misa y con un cáliz en las manos. Entonces vio al muchacho y le hizo una seña para que se acercara y éste se fue a donde el cura y le ayudó a decir misa. Y terminada la misa le dijo al muchacho:

—Yo fui cura de este pueblo y, por mis culpas, era un ánima en pena hasta que tú, ayudándome a decir misa, me has sacado del Purgatorio. Desde ahora te ayudaré en todo lo que necesites. Que Dios guíe tus pasos.

El muchacho esperó a que el cura del pueblo llegase al alba, le devolvió las llaves y se marchó del lugar.

Estuvo caminando todo el día y al caer la tarde vio las luces de un pueblo en la lejanía y se apresuró a dirigirse a él; pero en ese momento se le apareció el alma del cura y le dijo:

—Toma este caballo que te doy y esta bolsa con dinero y vuelve a casa porque tu madre no hace más que llorarte pensando que ya has muerto. No temas nada, que yo te defenderé.

Desapareció el alma del cura y el muchacho estuvo dudando entre seguir buscando un poco de aventura o regresar ya a su casa, pero como estaba impresionado por la

aparición del cura decidió seguir su consejo y se puso de vuelta. Y éste era el día en que cumplía los veintiún años.

E iba por el camino con el caballo al paso, tranquilamente, en mitad del silencio de la noche, que ya había caído, cuando le pareció escuchar voces y, desmontando, decidió averiguar a quién pertenecían. Llevó el caballo de las riendas hasta donde se oían las voces y a poco escuchó con claridad:

–Esto te toca a ti, esto te toca a ti, esto a ti y todo esto es para mí –decía uno.

–Este reparto no me parece bien –dijo otro.

–Pues bien o mal, así es –dijo otro.

Porque eran cuatro ladrones que se estaban repartiendo el botín obtenido con sus asaltos en ese día.

El muchacho se acercó tanto a ellos que los ladrones lo sintieron, mas al escuchar los cascos del caballo pensaron que sería la guardia que los había descubierto y echaron a correr abandonándolo todo. Así que el muchacho fue a ver lo que allí había y encontró cuatro sacos llenos de oro y objetos valiosos; y dejó los objetos, pero tomó el oro, lo cargó en las alforjas y se alejó tan contento pensando en la buena fortuna que había tenido justo el día en que cumplía los veintiún años.

Mas no bien hubo avanzado un tanto cuando los cuatro ladrones le salieron al paso diciendo:

–¡Alto ahí! ¡Ése es el que nos ha robado!

Y uno sujetó el caballo, otro le echó a tierra, otro le golpeó, otro le ató y entre todos le colgaron de la rama de un árbol, le arrebataron cuanto llevaba encima, además del caballo, y le dejaron expuesto a las fieras del bosque.

El muchacho se dispuso a morir y ya estaba encomendando su alma a Dios y pensando también en sus pobres padres cuando escuchó el galope de un caballo que se detuvo ante él, y en él venía el alma del cura, que le descolgó y le dijo:

–Monta este caballo y no pares hasta llegar a tu casa, que ya ha pasado tu día, pero tus padres te están llorando.

Conque el muchacho emprendió el galope y al alborear llegó a casa de sus padres, que ya le daban por muerto; y en cuanto le vieron llegar, cambiaron su llanto por lágrimas de alegría y ya no volvieron a sentir tristeza por el resto de sus días.

21. LA PRINCESA ENCANTADA

Un caballero andaba por el mundo en busca de aventuras y un día se encontró en su camino con cuatro animales, un león, un galgo, un águila y una hormiga, disputándose una fiera recién muerta que habían encontrado en mitad del campo.

Como no se ponían de acuerdo, luego que vieron llegar al caballero le pidieron que repartiese la fiera entre ellos y que se atenderían a su decisión, porque era la única manera de tener la fiesta en paz. El caballero aceptó, sacó su espada, troceó la fiera de la manera que le pareció más conveniente y la repartió entre los cuatro y a todos les pareció bien. Al águila le dio las tripas, al león las nalgas, al galgo las costillas y a la hormiga el lomo. Hecho lo cual, se dispuso a seguir su camino.

Pero, antes de que partiese, los animales hablaron con él porque, como les había resuelto la disputa, estaban agradecidos al caballero. Y le dijo el león:

–Aquí te doy un pelo de mi cabeza. Llévalo siempre contigo y cuando necesites convertirte en león no tienes más que decir: «Dios y león», y león serás. Y cuando quieras volver a ser hombre dirás: «Dios y hombre».

Entonces el águila le dio una de sus plumas y le dijo:

–Toma esta pluma y llévala siempre contigo y cuando necesites convertirte en águila dices: «Dios y águila», y águila serás. Y cuando quieras volver a ser hombre dirás: «Dios y hombre».

La hormiga estuvo pensando acerca de qué le concedería y, al final, se arrancó una de sus antenas y le dijo:

–Yo no sabía qué darte, porque todo me es necesario, pero aunque me quede mocha, toma esta antena y cuando necesites volverte hormiga, di: «Dios y hormiga». Y para volver a ser hombre dirás: «Dios y hombre».

El galgo también se arrancó un pelo y le dijo, como los demás, que cuando necesitara ser galgo, dijera: «Dios y galgo»; y para volver a ser hombre: «Dios y hombre».

Después de recibir todos estos regalos, el caballero se puso en camino más contento que nada porque pensaba que con semejantes regalos sus aventuras, cuando las tuviese, le harían famoso. Y pensando en estas cosas, llegó a un palacio donde se decía que vivía un gigante que guardaba a una princesa a la que había secuestrado y a la que nadie podía ver. Pero el caballero se acercó y vio a la princesa asomada al único balcón del palacio y resolvió acercarse a hablar con ella. Y ella le advirtió en seguida:

–Aléjese usted, porque si el gigante le ve se lo comerá, que es un gigante feroz.

El caballero no tuvo miedo y se acercó aún más hasta quedar justo al pie del balcón y le preguntó por su historia a la princesa.

La princesa le contó que allí vivía un gigante que la tenía encerrada para que nadie pudiera conocerla excepto él. El caballero le dijo que estaba dispuesto a sacarla de allí si aceptaba casarse con él y ella le dijo que sabía la manera de vencer al gigante pero que el gigante la mataría si revelaba su secreto.

El caballero insistió ansioso una y otra vez que le revelara el secreto y, al ver cuánta era su disposición, la princesa le dijo:

–Mira, yo sé que el gigante morirá solamente cuando se rompa un huevo que tiene muy bien guardado dentro del palacio. Y cuando él muera yo seré libre. Pero no sé dónde guarda el huevo y, además, el gigante es brujo.

En esto, se oyeron chirriar las puertas del palacio sobre sus goznes y vieron que el gigante salía y se dirigía hacia ellos.

Y el caballero dijo:

–Dios y hormiga –y se convirtió en hormiga, de modo que el gigante no le pudo ver.

La hormiga trepó por la torre, se metió en el cuarto de la princesa y esperó a que todos se acostasen en el palacio. Y cuando sucedió esto, se volvió hombre y despertó a la princesa, que se quedó muy admirada de verlo en su habitación. Y así estuvieron el caballero y la princesa pensando, durante tres días con sus noches, en la manera de encontrar el huevo. Y a los tres días, volvió el gigante, que había ido a atender unos asuntos, con un puercoespín en cuyo interior había guardado el huevo. Y nada más entrar en el palacio, el gigante dijo:

–Huelo a carne humana –por el caballero; y echó al puercoespín a que lo buscara. Y el caballero, cuando vio venir al puercoespín, dijo:

–Dios y león.

Y se convirtió en león y pelearon el león y el puercoespín, que estaba lleno de temibles

púas, pero, cuando el león ya le iba venciendo, el puercoespín se convirtió en liebre y escapó a todo correr. Entonces el caballero se volvió hombre y dijo esta vez:

–Dios y galgo.

Salió el galgo corriendo tras la liebre y después de una agotadora carrera la liebre, viendo que el galgo estaba a punto de alcanzarla, se volvió paloma y salió volando. El caballero, que la vio echar a volar, se volvió hombre y dijo:

–Dios y águila.

Salió como águila tras la paloma y la atrapó al vuelo; y volvió a tierra, se convirtió otra vez en hombre, abrió la paloma con su cuchillo y allí encontró el huevo que buscaba.

El gigante, que como era brujo sentía la suerte del puercoespín en su propia entraña, había empezado a desfallecer y se dirigió a buscar a la princesa para hacerle un mal de encantamiento, pero entonces llegó el caballero portando el huevo que contenía la vida del gigante en su mano diestra y acercándose valientemente a él lo estrelló en su cabeza y el huevo se rompió y el gigante murió. Y cuando moría, se volvió a la princesa y le dijo:

–Yo, que te amaba, te conté mi secreto. Y ahora tú lo has contado y me has matado.

Entonces el caballero tomó a la princesa en sus brazos y la sacó del palacio como le había prometido y ella cumplió también la promesa que le había dado y se casó con él.

22. EL ENANO

Había una vez un estudiante que cortejaba a una muchacha muy guapa, pero los padres de la muchacha se oponían a esas relaciones porque el estudiante era pobre. Así que la vida se les hacía cada vez más difícil a los dos y un día, hablando de sus problemas, la muchacha decidió marcharse de casa a escondidas con el estudiante para casarse en una capilla lejana donde nadie los conocería. Así que se pusieron de acuerdo y, a la noche siguiente y a la hora convenida, la muchacha se asomó a su balcón y vio en la sombra a un joven que tenía un caballo por las riendas. Echó su equipaje por el balcón, diciéndole al joven:

–Toma el equipaje y ayúdame a bajar.

El joven tomó el equipaje y lo cargó en su caballo y luego sujetó la cuerda por la que se descolgaba la muchacha, la acomodó en la grupa, montó él y se marcharon.

La muchacha estaba extrañada del silencio del estudiante, que no le dirigía la palabra, pero no dijo nada. Y cuando asomó la primera luz del día, que aún los cogió cabalgando, vio que su acompañante no era su novio sino un joven desconocido y, al darse cuenta de ello, le dijo:

–¡Por Dios, señor, que no es con usted con quien yo me quería ir! ¡No siga, por favor, y déjeme aquí!

El joven la dejó a la vera del camino con su equipaje. Y estaba ella sola y desconsolada sin saber qué hacer cuando aparecieron unos pastores que se maravillaron al verla, pues les parecía tan bella como una Virgen, y al ver su precariedad se la llevaron con ellos. En el pueblo donde vivían los pastores había un matrimonio sin hijos que aceptó recoger a la muchacha en su casa y la trataron muy bien y con mucho cariño. Ellos no querían que la muchacha se ocupase de las labores del pastoreo, pero ella se empeñó y empezó a salir todos los días al monte con las demás pastoras del lugar.

Aquel pueblo pertenecía a un reino donde vivía un rey en un magnífico palacio. Sin

embargo, los vecinos estaban atemorizados desde hacía tiempo por las cosas que ocurrían en el palacio del rey. Y era que, cada noche, una persona del reino tenía que ir a dormir a la habitación de la princesa. Cada día se elegía a una persona por sorteo y, a la mañana siguiente, esa persona amanecía muerta. Nadie sabía a qué se debía esto y causaba gran consternación e infelicidad en el reino.

Y quiso la suerte que un día fuera designada la madre adoptiva de la muchacha para acudir a palacio a dormir en la habitación de la princesa. Y cuando la muchacha se enteró dijo:

—¡No consiento que nadie de esta casa vaya a palacio a dormir en la alcoba de la princesa, pues iré yo!

Y sin más, se presentó en el palacio el día designado. El rey, cuando la vio, dijo:

—No puedo permitir que muera una joven tan hermosa. Que vaya a dormir con la princesa la persona a la que designó la suerte.

La muchacha era tozuda y no doblegaba su voluntad fácilmente, de manera que insistió e insistió ante el rey de tal manera y con tanta convicción que, al final, el rey no tuvo más remedio que acceder.

Conque la muchacha subió a la alcoba de la princesa y allí se quedó. Cuando avanzaba la noche, le entró un sueño tan profundo que estuvo a punto de quedarse dormida, pero la muchacha era tan voluntariosa que, decidida a no dormirse para averiguar qué era lo que sucedía durante la noche, consiguió vencer el sueño tras grandes esfuerzos.

Y era ya pasada la medianoche cuando, fingiendo dormir, pudo ver que se abría una puerta secreta y entraba por ella un enano que se dirigió a la princesa y le clavó un alfilerón detrás de la oreja. Y la pobre princesa comenzó a gritar:

—¡Ay, Dios mío, que me queman! ¡Ay, que me abrasan!

Al poco pareció calmarse y entonces se dirigió al enano y le dijo:

—Por Dios te pido que no mates a la muchacha que está aquí acostada.

Y el enano le respondió:

—No puedo complacerte, pues tengo que matarla como a las demás.

Y la princesa insistía:

—No la mates, que es una muchacha muy hermosa.

El enano se acercó al lugar donde dormía la muchacha, la observó unos momentos y luego dijo:

—Ciertamente, es muy hermosa, la más hermosa de cuantas han venido a esta alcoba,

así que sólo por eso no la mataré hasta el amanecer.

Luego el enano volvió junto a la princesa e hincó un poco más el alfilerón que le había clavado tras la oreja. La princesa pareció perder el sentido y el enano desapareció por la puerta secreta.

Entonces la muchacha, que lo había estado viendo todo, se levantó a indagar qué había detrás de la puerta secreta. Y como el enano la había dejado entornada, la traspasó con mucho sigilo y se encontró con otra habitación. Y allí estaba el enano escribiendo afanosamente en unos papeles que primero llenaba y luego leía en voz alta y echaba en un caldero que tenía puesto al fuego.

Cada vez que echaba un papel al caldero, salían de éste unas llamas azules y se oía gritar a la princesa:

—¡Ay, que me abraso! ¡Ay, que me quemó!

Por fin el enano se cansó de hacer estos embrujos y se echó a dormir en un camastro que tenía junto al caldero. Y al ver esto, la muchacha se acercó con mucho cuidado y cuando estuvo junto al caldero, lo volcó vertiendo su contenido sobre el enano, que se abrasó y murió allí mismo.

En seguida, la muchacha corrió al lado de la princesa y le arrancó el alfilerón que tenía clavado y la princesa despertó como si viniera de un sueño profundo y sanó inmediatamente.

Ala hora en que todas las mañanas recogían el cadáver de la persona que había dormido con la princesa, los criados entraron y encontraron a la muchacha sana y salva junto a la princesa y corrieron a avisar al rey. El rey, una vez que hubo escuchado el relato de lo sucedido de boca de la muchacha, mandó pregonar por todo el reino su hazaña. Y, corriendo de aquí para allá, llegó la noticia a oídos del estudiante, que andaba desesperado buscando a la muchacha. Y en cuanto fue a verla, la muchacha le recibió alegremente y se casaron y aquí terminó su aventura.

23. EL CABRITO NEGRO

Un muchacho venía cortejando a una moza durante algún tiempo y al final había acabado por darle palabra de casamiento. El muchacho pensaba que la palabra de casamiento sería bastante para conseguir de la moza lo que ninguna muchacha decente ha de conceder antes de casarse y con esas intenciones andaba hasta que un día, aprovechando que era víspera de romería en el pueblo, propuso a la moza ir los dos por su cuenta hasta la ermita de la Virgen, que quedaba bastante apartada.

Se pusieron de acuerdo y quedaron en salir de madrugada para llegar con el día; conque llegada la madrugada, fue el muchacho a buscar a la moza antes de que amaneciera, pero ella ya estaba esperándole, porque era muy devota de aquella Virgen y le agradaba muy especialmente acudir a la romería con el que iba a ser su marido, pues él le había dado palabra de casamiento.

Emprendieron el camino hacia el monte donde estaba la ermita y sucedió que, a mitad de camino, se encontraron con que el arroyo venía muy crecido, pues todo el día anterior, y el anterior a éste también, había estado lloviendo. Y viéndolo desbordado, la moza dijo al muchacho que por enmedio del arroyo no podrían pasar.

Pero el muchacho, que no olvidaba ni sus deseos ni sus malas intenciones, le contestó:
–Súbete a mis espaldas, que yo te paso a carricotas.

Entonces la moza no quiso y él insistió y uno y otra porfiaron hasta que ella se dejó convencer y, aupándose sobre sus espaldas, el muchacho le trabó las piernas con sus brazos por que no se le escurriera en mitad del paso y empezaron a cruzar el arroyo crecido. Y estaban ya a mitad del cruce, donde el agua golpeaba más fuerte y con más peligro, cuando el muchacho se plantó firme y le propuso a la moza las que eran sus verdaderas intenciones.

La moza le contestó que de ninguna manera, ni por nada ni por nadie, le permitiría que se tomase libertad con ella y el muchacho, viendo que no doblegaba su voluntad, dijo:

–¡Mira que si no quieres hacer lo que te digo te tiro al agua!

Ella se negó, insistió el muchacho, ella volvió a negarse y así hubieran seguido hasta que la moza comprendió que él estaba dispuesto a dejarla caer al agua y ahogarla y entonces ella le dijo por fin que renunciaba a ir a la romería, que la devolviese a la orilla y que allí harían como él quería. Porque la moza pensaba que, apenas pisase tierra firme, echaría a correr hasta su casa.

El muchacho, que ya veía realizados sus deseos, volvió con ella a la orilla, la arrojó al suelo y, sin darle tiempo ni a decir ¡ay!, le echó las faldas a la cara y cuál no sería su asombro cuando vio que la moza tenía las piernas como las patas de una cabra, todas cubiertas de pelos largos y negros; y al bajarle, espantado, las faldas, descubrió que su cabeza era igual a la de un cabrito negro, con unos cuernos bien retorcidos.

Conque el muchacho, fuera de sí por el pánico, echó a correr medio loco monte abajo como si le siguieran todos los demonios del infierno.

Y así iba cuando, justo a la entrada del pueblo, se topó con un primo suyo que ya se encaminaba a la romería y que, al verlo en semejante estado, le preguntó:

–¿Qué es lo que te ocurre?

Entonces el muchacho le contó, explicándose como buenamente le fueron llegando las palabras a la boca, todo lo que le había sucedido y, en esto, el primo desapareció ante sus ojos y se convirtió en el cabrito negro que había dejado en la orilla del río.

Y el cabrito empezó a dar saltos y brincos sin parar a su alrededor mientras le decía:

–Ven a mí, cariño mío, que soy tu moza, que está dispuesta a hacer todo lo que tú quieras.

Y así que el mozo se cayera redondo del susto sin poderse levantar, mientras se encomendaba a todos los santos del cielo, el cabrito se transformó otra vez en la moza y se volvió a su casa. Y al poco tiempo, se casó con un muchacho excelente, que, por si fuera poco, además resultó que era el más rico del pueblo.

24. EL CUARTO PROHIBIDO

Era un leñador que tenía tres hijas muy guapas. El leñador era hombre pobre y vivía pobremente. Todos los días salía al monte a cortar leña y, en una de éstas, atacó un árbol con su hacha y salió del interior del árbol un gigante, que dijo al leñador:

–¿Qué es lo que haces? ¿Es que acaso te atreves a cortar este árbol donde tengo yo mi casa?

El leñador, asustado, contestó:

–Por Dios, señor Gigante, no me haga nada que yo no sabía que ésta era su casa.

–Está bien –dijo el gigante–, no te haré nada. Pero dime: ¿cuántos hijos tienes?

A lo que respondió el leñador:

–Yo tengo tres hijas. Vengo al bosque para cortar leña con la que ganarme la vida y alimentar a mis hijas y a mi esposa, que es costurera, y con la costura y la leña apenas ganamos para sostenernos.

–Pues mira –dijo el gigante–, aquí te doy esta bolsa de oro si me traes a tu hija mayor.

El leñador tomó la bolsa de oro y, cuando llegó a casa, contó lo que le había sucedido y la hija mayor se avino a ir con el gigante. Volvió, pues, el leñador con su hija a donde estaba el árbol y la dejó allí. El árbol tenía una puerta grande que daba a una escalera que descendía bajo la tierra y allí estaba la casa del gigante.

Y el gigante le dijo a la muchacha:

–Tú serás la dueña y señora de todo esto si te comportas como yo te diga. Y lo primero que has de hacer es esto –le dice–: aquí tienes esta oreja, que te has de comer cruda. Yo ahora me tengo que ir, pero cuando vuelva te la habrás comido cruda y, si no, te mataré.

La muchacha vio que era una oreja de una persona y sintió un asco terrible; y se decía: «¡Ay de mí! ¿Cómo voy a comerme esta oreja, y además cruda?».

Y luego pensó: «Pero ¿ha de saber el gigante si me la comí o no?».

Y sin pensárselo dos veces la tiró detrás del pajar.

Volvió el gigante y preguntó lo primero de todo:

–¿Qué? ¿Ya te has comido la oreja?

La muchacha contestó que sí, y entonces el gigante dijo en voz alta:

–¡Oreja! ¡Orejita!

Y contestó la oreja:

–¿Qué quieres?

Y dijo el gigante:

–¿Dónde estás, oreja?

Y dijo la oreja:

–Aquí, detrás del pajar.

Y dijo el gigante a la muchacha:

–¿No decías que te la habías comido? Pues ahora verás.

Cogió a la muchacha, la llevó a un cuarto que había en la casa y allí la degolló y la dejó muerta.

Al otro día, el leñador andaba por el bosque cortando leña cuando llegó el gigante y le dijo:

–Escucha, leñador, que dice tu hija mayor que echa de menos a la mediana y que quiere que le dé compañía. Si tú me la traes, te doy esta otra bolsa de oro.

El leñador cogió la bolsa, fue a buscar a la hija mediana y la convenció para que se fuera a hacer compañía a su hermana mayor, alegando que se encontraba muy sola. Y la hija mediana fue con el leñador hasta la casa del gigante y se metió en el árbol.

Y le dijo el gigante:

–Puedes usar la casa como te plazca, excepto este cuarto –y le señaló el cuarto donde degollara a su hermana–, en el que nunca debes entrar bajo ningún pretexto. Y ahora yo tengo que salir, pero te dejo esta oreja que te has de haber comido cuando yo vuelva –y se fue.

La pobre muchacha se decía: «¡Ay, qué asco! ¿Cómo me voy a comer esta oreja que no es de animal?».

Luego pensó que el gigante no tenía por qué saber que no la había comido y fue y la tiró a un pozo.

Conque llegó el gigante y le preguntó:

–¿Te has comido la oreja?

Y dijo ella:

–Sí que la comí.

Entonces el gigante dijo en voz alta:

–¡Oreja! ¡Orejita!

Y contestó la oreja:

–¿Qué quieres?

Y dijo el gigante:

–¿Dónde estás, oreja?

Y dijo la oreja:

–Aquí, en el pozo.

Y dijo el gigante:

–Ahora baja al pozo y saca la oreja.

Entonces ella tiró el cubo y subió la oreja dentro de él. Y el gigante cogió a la muchacha, la metió en el cuarto prohibido, la degolló y la dejó muerta junto a su hermana.

Al otro día el padre se llegó hasta el árbol por ver si veía a sus hijas, a las que echaba de menos, y salió el gigante y le dijo:

–Te doy otra bolsa de oro si me traes a tu hija pequeña, que quieren estar las tres juntas y no se pueden pasar la una sin la otra.

El padre, aunque se quedó apesadumbrado, dijo que bueno y cogió a su hija pequeña, que se llamaba Mariquilla, y le dijo:

–Mira que tus hermanas te reclaman.

La llevó al árbol donde vivía el gigante y éste se la llevó escalera abajo y cuando llegaron a su casa le dijo:

–Tú has de ser la dueña de todo esto si te comes esta oreja cruda que hay sobre la mesa.

La pequeña estaba muy extrañada de no ver a sus hermanas saliendo a recibirla y tuvo miedo, pero lo disimuló y le dijo al gigante:

–Bueno, yo me la comeré.

Cuando se fue el gigante ella pensó que no se quería comer una oreja que no era de animal y en esto decidió esconderla entre sus ropas y la escondió junto a la barriga bien apretada para que no se le cayera.

Conque al rato volvió el gigante y le dijo:

–¿Qué? ¿Ya te has comido la oreja?

Y dijo ella:

–Ya me la comí.

Entonces el gigante dijo en voz alta:

–¡Oreja! ¡Orejita!

Y contestó la oreja:

–¿Qué quieres?

Y dijo el gigante:

–¿Dónde estás, oreja?

Y dijo la oreja:

–En la barriga de Mariquilla.

Al oír esto, el gigante saltó de gozo y le dijo a Mariquilla:

–¡Pues tú has de ser mi mujer! Ya eres la dueña de todo lo que tengo y te doy mis llaves. Pero hay un cuarto que no debes abrir –y le señaló el cuarto donde se encontraban sus hermanas muertas– bajo ningún pretexto.

Dicho lo cual, se marchó más contento que unas castañuelas.

Entonces Mariquilla se dijo: «¿Y por qué será? ¿Por qué no podré abrir yo ese cuarto?», y la curiosidad pudo más que el temor.

Abrió el cuarto y, según abrió, vio un gran charco de sangre y se llevó tal susto que se le cayó la llave en mitad del charco y se manchó toda de sangre. Pero al volver a mirar, vio a muchas personas que colgaban de los pies y de la cabeza y entre ellas reconoció a sus hermanas. Y luego vio que en una mesa había un pucherito con un mejunje y una botella de agua.

Apenas salió del cuarto, fue a todo correr a lavar la llave, pero, por más que frotaba, la sangre no desaparecía. Entonces oyó venir al gigante y, a toda prisa, se cortó un dedo y manchó con su sangre la llave del cuarto prohibido.

Conque llegó el gigante y le dijo:

–¿Has conocido ya toda la casa?

Y ella le dijo que sí.

–¿Y qué? ¿Entraste en el cuarto prohibido?

Ella lo negó. Y el gigante le dijo:

–Pues enséñame la llave.

Al ver la llave manchada de sangre se enfureció y le dijo:

–¿Y esta mancha de sangre que veo en la llave?

Y Mariquilla le mostró su dedo herido y le dijo:

–Esa mancha es porque me corté en la cocina.

Entonces el gigante quedó satisfecho y le dio su confianza.

Al día siguiente el gigante volvió a salir para dedicarse a sus ocupaciones y le anunció que esta vez tardaría tres días en volver y que se ocupara de la casa hasta su regreso. Apenas se aseguró Mariquilla de que el gigante había partido y de que no le mentía, porque ahora ya tenía confianza, ella tomó la llave manchada y volvió corriendo al cuarto prohibido y fue a la mesa donde estaban el pucherito y el agua. Untó con el mejunje las cabezas de sus hermanas y las unió por el cuello a sus cuerpos y después las lavó con el agua. Y al lavarlas, resucitaron las dos hermanas y se abrazaron las tres muy contentas y emocionadas.

Entonces fueron al fondo de la habitación, que daba a una cueva profunda donde había grandes tesoros y riquezas y lo cargaron todo en unos sacos. Y después untaron a todas las personas que estaban colgadas con el mejunje y las lavaron con agua y todas volvieron a la vida. Y las tres hermanas se fueron a buscar a sus padres llenas de riquezas. Y resultó que entre las personas que había en el cuarto estaban un rey con sus tres hijas, el cual mandó a sus soldados que prendieran al gigante y le cortaran la cabeza y después invitó al leñador y a su familia a vivir en su reino y todos se fueron para allá contentos y felices y enriquecidos con los tesoros que Mariquilla encontró en la cueva y los que el rey les entregó en premio por haberlos salvado. Y ya nunca más tuvieron preocupaciones.

25. LA NOVIA DEL LADRÓN

Había un hombre rico que tenía tres hijas muy queridas. El hombre rico y su mujer tuvieron que ausentarse durante algún tiempo para atender cuestiones relativas a unos terrenos que poseían en un valle cercano y decidieron dejar la casa al cuidado de las tres hijas por ver cómo se comportaban estando ellos lejos. Y para que no quedasen tristes, les dijo el padre antes de partir:

–Hijas mías, cuando vuelva traeré tres vestidos: uno de sol, otro de luna y otro de terciopelo.

Se fueron los dos y al poco tiempo llegó a la casa una mujer con la barriga grande, a punto de dar a luz, y solicitó permiso para quedarse en la casa hasta que naciera el niño. Y las tres hijas no lo sabían, pero la mujer no era tal sino un hombre disfrazado. La niña pequeña no quería que la mujer aquélla entrase en casa, porque sus padres le habían encargado que no dejara alojarse en la casa a nadie en su ausencia, pero las otras dos mayores se rieron de los temores de la pequeña y permitieron que la mujer se quedase por esa noche al menos.

La mujer se acomodó junto a la chimenea donde lucía un buen fuego y como no quería que las muchachas se le acercasen demasiado y vieran que era un hombre, arrojaba de cuando en cuando unos granos de sal a la chimenea, que chisporroteaba como si en ella cayeran piojos al sacudirse la mujer.

Total, que cayó la noche y se fueron a dormir. La mayor y la mediana quedaron dormidas en seguida, pero la pequeña no dormía porque vigilaba la casa, como le encomendaran sus padres. A la medianoche, el hombre disfrazado de mujer cogió una vela, la encendió y se fue acercando a las niñas para echarles una gota de cera en los ojos. Se las echó a las tres, pero la más pequeña se limpió los ojos en seguida sin dejar que las gotas cuajaran. Las otras dos, en cambio, como dormían, se quedaron con la cera cuajada en los ojos.

Al cabo del rato, el hombre disfrazado de mujer pensó que ya todos dormían y se acercó a una ventana, la abrió y se dispuso a tocar un reclamo, que era la señal para que sus compañeros, pues todos ellos eran ladrones, vinieran a la casa a robar. Pero la pequeña estaba despierta porque se había quitado la cera de los ojos, y vino por detrás del hombre y, agarrándolo por las piernas, lo tiró afuera por la ventana y el reclamo se quedó adentro.

Entonces el hombre le decía desde abajo:

–¡Dame el reclamo!

Y le decía la niña:

–Mete la mano por la gatera y te lo daré.

Él no se fiaba e insistía:

–¡Que dame el reclamo!

Y ella:

–Mete la mano por la gatera.

El hombre, como necesitaba el reclamo para hacerlo sonar porque era la señal convenida con sus compañeros, volvió a insistir:

–¡Dame el reclamo y me iré de aquí!

Y ella:

–Pues mete la mano por la gatera.

Total, que el hombre no tuvo más remedio que meter la mano por la gatera y, así que lo hizo, la niña tomó un hacha y se la cortó. Y se quedó con la mano y el reclamo y él escapó aullando de dolor y sin poder robar en la casa.

A la mañana siguiente llegaron los padres con los vestidos que les habían prometido y para ver cómo los repartían preguntaron:

–¿Quién ha atendido mejor la casa?

Y la pequeña les dijo:

–Yo he sido, que miren como están mis hermanas.

Y fueron a ver a las hermanas y vieron que estaban con los ojos tapados por la cera, durmiendo. Entonces la pequeña les contó el suceso del hombre disfrazado de mujer y los padres le dijeron:

–Pues nada, el vestido más bonito, que es el de soles, será para ti y los otros para las otras dos niñas.

Pasó el tiempo y las niñas se hicieron mozas, las tres muy guapas pero la pequeña la

más guapa de todas. Y en esto que llegó por el lugar aquel señor al que la pequeña le cortara la mano, que seguía siendo ladrón, pero los padres no lo conocían y como iba muy bien vestido y tenía muy buen porte, les pareció bien y entonces él les pidió la mano de su hija pequeña. Pero la pequeña sí que lo reconoció, por la mano cortada, pero no dijo nada. Y un día el padre fue a hablar con ella y le dijo:

–Hija mía, este hombre, que es guapo y buen mozo, me ha pedido tu mano y yo quiero que te cases con él.

Y la muchacha le contestó:

–Padre, yo no me caso con él.

Y el padre, ignorante de las razones de la muchacha, le insistió en que debía casarse con él, pero ella contestaba cada vez:

–Padre, que no, que yo no me caso con ese hombre.

Así una y otra vez, un día y otro día. Y el padre insistió tanto y de tal manera que a la muchacha no le quedó otro remedio que acceder a casarse con aquel pretendiente. Y le dijo:

–Pues me casaré si usted lo quiere, pero tiene que regalarme tres palomitas.

–Pues tuyas son –dijo el padre, extrañado de que no le pidiera otra cosa.

Así que se hicieron las bodas en el lugar con gran pompa y regocijo de la gente y, apenas terminaron, él mostró prisa por ponerse en camino en seguida y ella no tuvo más remedio que seguirle. Tomó las tres palomas, dejó una en casa de sus padres, y se llevó las otras dos consigo.

Y se fueron los dos y en cuanto perdieron de vista el lugar, el hombre le enseñó la mano cortada y le dijo:

–Mira lo que me hiciste una vez. Pues esto y mucho más he de hacértelo yo a ti en venganza.

La muchacha que oyó esto, mandó una de sus dos palomas a reunirse con la otra en casa de sus padres; y la paloma llevaba un mensaje en el que contaba que avisaran a sus padres para que vinieran a ayudarla por lo que estaba a punto de sucederle. Y siguieron cabalgando por mucho tiempo hasta que por fin vieron un castillo, que era donde vivía este hombre. Y en el castillo ella vio a otros muchos hombres de mal aspecto que cuidaban de unos grandes perolos de aceite hirviendo, y eran los ladrones que esperaban aquella noche al hombre disfrazado de mujer preñada. Y cuando vio los perolos de aceite hirviendo se sintió morir pensando que eran para quemarla a ella.

El marido, entonces, la llevó a su habitación y le mandó que se quitase la ropa.

Y le dijo ella:

–Primero déjame quitarme mis ricos zapatos nuevos, que me los dio mi padre para casarme contigo.

Y mientras se descalzaba, preguntaba a la tercera paloma, que estaba en la ventana:

*–Palomita mía,
¿ves venir gentes
en caballerías?*

Y contestaba la paloma:

–No veo a nadie.

Entonces el marido le ordenó que se siguiera desvistiendo, y ella le dijo:

–Déjame quitarme mis ricas medias nuevas, que me las dio mi padre para casarme contigo.

Y mientras se quitaba las medias, le decía a la paloma:

*–Palomita mía,
¿ves venir gentes
en caballerías?*

Y la paloma:

–No veo a nadie.

El marido, impaciente, le ordenaba que se siguiera desvistiendo sin tardanza, y ella le replicaba:

–Déjame quitarme mi rica chaqueta nueva, que me la dio mi padre para casarme contigo.

Y de nuevo a la paloma:

*–Palomita mía,
¿ves venir gentes
en caballerías?*

Y la paloma:

–No veo a nadie.

Conque a ella se le encogía el corazón porque nadie venía en su auxilio y el marido la apuraba porque veía que se le iba el tiempo. Y ella le siguió diciendo:

–Ay, déjame quitarme mi rico vestido nuevo, que me lo dio mi padre para casarme contigo.

Y mientras se quitaba el vestido volvió a decir a la paloma, ya con un hilo de voz:

*–Palomita mía,
¿ves venir gentes
en caballerías?*

Y la paloma:

–No veo a nadie.

Así que se vio perdida, porque ya no le quedaba más que quitarse que las bragas. Y el marido la apremiaba para que se las quitase y quedara toda desnuda y la muchacha le decía aún:

–Déjame quitarme mis ricas bragas nuevas, que me las dio mi padre para casarme contigo.

Y a la paloma:

*–Palomita mía,
¿ves venir a gentes
en caballerías?*

Y dijo la paloma entonces:

*–¡Ahí vienen, ahí vienen
gentes en caballerías!*

Y la muchacha que lo oyó, empezó a recoger precipitadamente sus ropas y en esto llegó su padre acompañado por los invitados a la boda, todos armados, y cuando la vieron descalza y desnuda, y a aquella gente, que eran ladrones, agarraron a todos y al

marido también y los arrojaron a los perolos donde pensaban freír a la muchacha en venganza, y todos murieron en ellos y la muchacha se volvió a casa con sus padres y un año después se casó con el mozo más rico y más apuesto de toda la comarca.

26. BLANCAFLOR

Era un matrimonio que deseaba tener descendencia, pero la mujer no se quedaba embarazada. Así pasaron muchos años hasta que el marido, un día que volvía de caza, dijo a su mujer:

–Me gustaría tener un hijo aunque se lo llevara el diablo –pues así de fuerte era su deseo.

Y el diablo, que ese día andaba cerca de la casa, lo oyó.

Aún pasaron más años y, cuando ya desesperaban, tuvieron por fin un hijo. El niño se crió tan hermoso y lozano que parecía que Dios había querido compensar a los padres por los años de espera; y pronto fue tan buen jinete y cazador como su padre.

Pero resultó que siendo joven se aficionó a los juegos de cartas, y del mismo modo que en todo lo demás era siempre el mejor y el más fuerte, en los juegos de cartas perdía siempre. Un día se le apareció el diablo y le preguntó si quería una baraja con la que nunca más perdería en el juego. El joven aceptó y desde entonces no volvió a perder nunca. Hasta que otro día se le volvió a aparecer el diablo y le propuso echar una partida. El joven aceptó y sacó su baraja, pero el diablo, que la conocía bien, se las compuso para ganarle una y otra vez. Por fin, el joven perdió todo cuanto tenía y entonces el diablo le propuso jugarse su alma y él aceptó. Y el diablo volvió a ganarle y el joven perdió su alma.

Entonces el diablo le dijo:

–Si quieres recuperar tu alma, te espero dentro de un año en el castillo de Irás y No Volverás.

El muchacho dejó de jugar y fueron pasando los meses hasta cumplirse el año. Y llegado el día, les dijo a sus padres:

–Sabréis, queridos padres, que hoy tengo que irme al castillo de Irás y No Volverás.

Los padres se apenaron mucho y recordaron la frase que una vez dijo el padre a la

madre cuando volvía de caza, pero el muchacho les explicó que tenía que ir allí a recuperar su alma y que no temieran por él, pues conseguiría regresar del castillo. Los padres porfiaron mucho por que el hijo no se marchara, aunque al final hubieron de ceder.

Conque partió el joven y emprendió un largo camino que parecía no tener fin. Cuando ya llevaba muchos días caminando, apareció un águila y el joven le preguntó por el camino al castillo de Irás y No Volverás, y le dijo el águila:

–Yo no lo sé. Ahí atrás viene volando otra más vieja que yo y viene de él.

El joven esperó pacientemente hasta que llegó la otra águila y ésta le dijo:

–Yo te llevaré al castillo, pero antes corta unas tajadas de un caballo muerto que he visto aquí cerca para que yo pueda comer por el camino, porque ya soy vieja.

El joven así lo hizo, se puso encima de sus alas y, cada vez que el águila abría el pico, él le daba un pedazo de carne. Y así llegaron a un altozano donde el ave se posó y, agradecida por la comida, le dijo:

–Mira ahí abajo y verás un río. En el río hay tres muchachas bañándose, que son las hijas del diablo y viven en el castillo de Irás y No Volverás. Ve a donde ellas sin que te vean y esconde la ropa de la más pequeña, que se llama Blancaflor. Como es santa, podrá hacer algo por ti.

Bajó el joven al río, tomó la ropa de la menor, la guardó y se escondió tras unos arbustos. Cuando las tres muchachas salieron del agua se vistieron con sus ropas y dejaron sola a la menor, que no encontraba las suyas. Y al verla sola, el joven salió de su escondite y le dijo:

–No te asustes de mí. Toma tu ropa y vístete.

Como ella no le tuvo miedo, estuvieron juntos. Después hablaron y él le contó lo que le pasaba. Y ella le dijo:

–Pues mi padre es el diablo y no sé cómo podrás arrebatarme tu alma. Yo he de ayudarte para salvarnos o para morir juntos. No digas nada de que lo que hemos hecho y déjame ir a mí primero. Y mañana por la mañana te presentas en el castillo y pides hablar con mi padre.

El joven durmió junto al río toda la noche y a la mañana llegó al castillo y pidió hablar con el diablo. Cuando estuvo en su presencia, el diablo le dijo:

–Ya desconfiaba de que vinieras pero, aunque llegas con retraso, aquí estás. Ahora acompáñame.

Le llevó a una ventana del castillo y le dijo:

–Dime qué es lo que ves allá enfrente.

Y le contestó el joven:

–Veo un bosque cerrado y espeso.

–Bien –dijo el diablo–. Ahora ve allí y tienes que limpiarlo, allanarlo, sembrarlo de trigo, recogerlo y hornearme un pan con él antes de que acabe el día.

El joven cogió las herramientas y se fue al bosque, pero al verlo tan cerrado y espeso se sintió desconsolado porque la tarea le parecía imposible. Y estando en éstas, llegó Blancaflor y le preguntó cuál era la tarea que le había encomendado su padre.

–Pues que limpie este bosque, lo allane, lo siembre de trigo y hornee un pan con ese trigo antes de que caiga la noche.

–Pues nada –dijo ella–, come tu merienda y échate a dormir y cuando despiertes lo tendrás todo cumplido. Pero no le digas a mi padre que te he ayudado.

Cuando despertó, el joven tenía a sus pies el pan recién horneado. Lo cogió y volvió con él al castillo.

El diablo torció el gesto al verle llegar con el pan, pero dijo:

–Muy bien, esto es lo que te mandé hacer. Ahora acuéstate y duerme y vuelve a verme mañana por la mañana.

A la mañana siguiente, recién despertado, le llevó a otra ventana del castillo y le dijo:

–Dime qué es lo que ves allá enfrente.

Y le contestó el joven:

–Sólo veo un inmenso pedregal.

–Bien –dijo el diablo–. Ahora tienes que ir allí, retirar las piedras, sacar la tierra, plantar una viña, recoger el fruto y traerme una botella de vino de esas uvas antes de que acabe el día.

El joven se proveyó de herramientas y se fue para el pedregal; pero al llegar a él vio que era imposible hacer lo que el diablo le pedía y se preguntó si esta vez también vendría a ayudarle Blancaflor.

Al fin apareció la muchacha y le preguntó qué tarea le había encomendado su padre esta vez y él le contó que debía retirar las piedras del pedregal, sacar la tierra, plantar una viña, recoger la uva y hacer vino con ella para llevarle una botella.

–Pues nada –volvió a decir ella–, come tu merienda y échate a dormir y, cuando despiertes, lo tendrás todo cumplido. Pero no le digas a mi padre que te he ayudado.

Cuando despertó, el joven encontró a su lado la botella de vino, la cogió y volvió con ella al castillo.

Al ver el diablo que también esta vez había cumplido con la tarea que le encomendara, no podía creerlo y le dijo:

–Esto es imposible que lo hayas hecho tú.

–Que sí, que esto lo hice yo –protestó el joven.

–Mucho me cuesta creerlo –dijo el diablo–, pero, en fin, ve a cenar y a dormir y mañana por la mañana vuelve a verme.

A la mañana siguiente el joven se presentó al diablo y éste le llevó a otra ventana del castillo y le dijo:

–Dime qué es lo que ves allá enfrente.

–Un río con una corriente muy fuerte –contestó el joven.

–Bien –dijo el diablo–, pues en aquel río perdió la abuela de mi abuela un anillo cuando era pequeña y quiero que tú lo encuentres y me lo traigas antes de que acabe el día.

Conque se marchó el joven al río y no sabía qué hacer, porque tenía miedo de ahogarse en aquella corriente tan fuerte. Y estaba mirando, con el agua hasta la rodilla, por aquí y por allá sin atreverse a avanzar más cuando, al cabo del rato, llegó Blancaflor y le volvió a preguntar por la tarea que su padre le había encomendado esa mañana.

–Me ha mandado a buscar el anillo que perdió en este río la abuela de su abuela cuando era pequeña.

Entonces Blancaflor le dijo:

–Pues esto es lo que tienes que hacer: vas a cortarme en pedazos muy pequeños y me metes en esta botella que te doy, pero has de tener cuidado de no verter una sola gota de sangre fuera de ella.

El joven se afligió mucho y le dijo que por nada del mundo haría él una cosa así con ella, que había sido tan buena para él.

–Nada, pícame bien picadita y méteme en la botella.

–¡Ay, Blancaflor, que yo no puedo matarte! –decía el pobre muchacho.

Mas ella insistió tanto y con tanta determinación que el joven tomó su cuchillo y la troceó en muchos pedazos bien pequeños, la metió en la botella, la tapó y la echó al río. Y pasó el tiempo y él no la veía aparecer por parte alguna; empezó a lamentarse de su

debilidad y de haberla perdido cuando, por fin, Blancaflor salió del río toda compuesta y con un anillo en la mano, y le dijo:

–Aquí tienes el anillo, pero has de saber que no echaste en la botella un pedacito de mi dedo meñique con una gota de sangre; como es el meñique, mi padre no lo notará, pues es el más fácil de esconder. Ahora vete al castillo; pero no le digas a mi padre que te he ayudado.

Volvió el joven por tercera vez al castillo y le entregó el anillo al diablo; y éste decía:

–¿Pues va a resultar que eres más demonio que yo? Ea, que no me creo que tú solo hayas encontrado el anillo.

–Que sí, que sí, que yo lo encontré –decía el joven.

–Pues anda a cenar y a dormir y mañana me vienes a ver otra vez –le dijo el diablo.

Al día siguiente, como de costumbre, le llevó a otra ventana y le dijo:

–Dime qué es lo que ves allá enfrente.

–Veo una alameda muy grande.

–Pues ve a la alameda y córtame unas cuantas varas.

El joven, encantado, se fue a la alameda y estaba cortando las varas cuando apareció Blancaflor y le preguntó qué le había mandado hacer su padre esta vez. Y el joven le dijo:

–Esta vez es bien sencillo, que sólo tengo que llevarle unas cuantas varas de esta alameda.

–Pues yo sé para qué son esas varas –dijo Blancaflor–, y es que te pedirá que domes a un caballo muy malo, porque ese caballo se convierte en todos nosotros cuando otro lo monta. Así que has de saber que la cabeza es mi padre, el cuerpo es mi madre y las ancas mis hermanas y yo. Yo soy la del lado derecho, así que no des allí; le darás en la cabeza hasta que lo tengas domado. Y no digas a nadie que estoy contigo.

Llegó el joven ante el diablo y éste le mostró un corral en el que había dos caballos, uno de los cuales bufaba mucho, y le dijo:

–Ese caballo que bufa me lo tienes que domar hoy.

Bajó el joven al corral y sólo con grandes esfuerzos pudo montar el caballo, pues se revolvía constantemente y daba coces para todas partes. Apenas se hubo montado, el caballo echó a correr por los campos sin parar y el joven venga a darle palos en la cabeza hasta que al fin lo cansó y lo dejó medio muerto y volvió con él al castillo.

Y decía el diablo:

–No puedo creer que lo hayas domado con tus manos.

Y el joven le dijo:

–Pues ahí abajo en el corral lo tiene, domado y todo y medio muerto de cansancio.

Y luego, fijándose en que el diablo estaba todo vendado y curado, le dijo:

–¿Qué le ha ocurrido a usted, que está como apaleado por todo el cuerpo?

Y le contestaba el diablo:

–Nada, que al asomarme para verte caí por la ventana al foso, pero es poco. Ahora escucha: si tengo que devolverte tu alma, tendrás que casarte con una de mis hijas, pero ha de ser con una condición, que tendrás que vendarte los ojos y a ellas las meteré en una habitación y cada una sacará su mano. Y con la que tú digas te casarás.

Porque el diablo sospechaba que el joven se entendía con Blancaflor. Así que las metió a las tres en la habitación y cuando sacaron las manos, el joven buscó la mano a la que le faltara un pedacito del dedo meñique y cuando la encontró, dijo que con ésa quería casarse y, claro, era Blancaflor. Y el padre y las hermanas desconfiaban aún más después de esto, pero se celebró la boda.

Llegada la noche, se acostaron. Y Blancaflor le dijo al joven:

–Mi padre ha decidido matarnos, así que haz lo que te digo: escupe en un plato y pon un pellejo lleno de aire en tu cama y yo haré lo mismo. La saliva que dejamos en los platos hablará por nosotros cuando nos hayamos ido. Luego ve a la cuadra, donde verás dos caballos. Uno es grueso y fuerte y el otro muy delgado; ve y coge el delgado, que es el Pensamiento; el otro es el Viento, pero el Pensamiento va siempre más deprisa que el Viento.

El joven fue a la cuadra sigilosamente, pero al llegar allí y ver al caballo delgado le pareció tan flaco que no podría con los dos y eligió al grueso. Y cuando llegó con él hasta donde le esperaba Blancaflor, le dijo ésta:

–¿Por qué no cogiste el Pensamiento?

–Porque me pareció que no podría con nosotros.

–Bueno, pues ya nada podemos hacer –y se fueron aprisa.

A poco de irse, llegó el diablo a la puerta de la alcoba y llamó:

–Blancaflor, ¿estás dormida?

–No, señor.

–Y tú, muchacho, ¿estás dormido?

–No, señor.

Esto sucedía porque la saliva que habían dejado en los platos contestaba por ellos.

Pasado un rato, volvió el diablo:

–Blancaflor, ¿estás dormida?

–Ya me voy durmiendo.

–Y tú, muchacho, ¿estás dormido?

–Ya me voy durmiendo.

Pasado otro rato, volvió a llamarlos:

–Blancaflor, ¿estás dormida?

Y no contestó.

–Muchacho, ¿estás dormido?

Y tampoco contestó, porque las salivas se habían secado.

El diablo creyó que ya estaban dormidos, sacó un cuchillo, entró en la alcoba y se lo clavó en el corazón a cada uno, pero eran los pellejos; luego cerró la puerta y salió corriendo a su cuarto para decírselo a su mujer. Y ésta le dijo:

–¿Los has matado bien?

–Sí, que he oído cómo se les escapaba el aire.

A la mañana siguiente, se levantaron y fueron a ver a la alcoba de los esposos. Encontraron dos platos y dos pellejos vacíos, pero los esposos no estaban allí. Y le decía su mujer:

–Si hubieras vuelto anoche a asegurarte, no se te habrían escapado luego. Y además se habrán llevado a Pensamiento.

Fue una de las hijas a ver a la cuadra y vieron que se habían llevado a Viento, así que la mujer se alegró y le dijo al diablo:

–Bueno es, pronto los cogeremos y esta vez los mataremos.

Montó el diablo a Pensamiento y salió tras ellos. Como el Pensamiento siempre va más deprisa que el Viento, al cabo del rato los llegó a alcanzar. Al ver Blancaflor que su padre los alcanzaba, tiró una peineta que llevaba y dijo:

–Que mi peineta se vuelva un bosque tan cerrado y espeso que mi padre no pueda pasar a través de él y se tenga que volver.

Así sucedió y el diablo se tuvo que volver. Y al llegar al castillo le dijo su mujer:

–¿Es que no los has encontrado?

–No –contestó él–. Después de mucho cabalgar me cortó el camino un bosque muy cerrado y espeso y no pude pasar.

–¡Inútil! –dijo su mujer–. Allí estaban ellos y te han engañado, así que vuelve a buscarlos.

Montó el diablo de nuevo y, como montaba a Pensamiento, pronto los tuvo a su alcance; viéndolo venir, tiró Blancaflor su pañuelo y dijo:

–Que mi pañuelo se vuelva un pedregal por el que mi padre no pueda pasar.

Conque el diablo tuvo que volverse otra vez. Y al verlo venir le dijo su mujer:

–¿Es que no los viste?

–No –contestó él–, que sólo vi un pedregal imposible de atravesar a caballo.

–¡Pues ellos eran! –gritó su mujer–. Coge el caballo y esta vez no vuelvas sin traerlos.

Otra vez les dio alcance el diablo y al verlo a sus espaldas, Blancaflor tiró una de sus ligas y dijo:

–Que mi liga se vuelva un río de corriente tan fuerte que no pueda pasar mi padre por él.

Así ocurrió y el diablo volvió por tercera vez al castillo y su mujer le dijo:

–Bien te han vuelto a engañar, pues eran ellos.

Entonces le dijo el diablo:

–Pues ve tú a buscarlos.

Y ella dijo:

–No, yo no voy. Pero les echaré una maldición para que se olviden el uno del otro y es que, cuando él entre en el pueblo, la primera mujer que le bese le hará olvidar a Blancaflor.

Entonces Blancaflor y el joven ya se acercaban al pueblo de éste, que estaba deseando visitar a sus padres para que vieran que regresaba del castillo de Irás y No Volverás. Y Blancaflor, que era santa y lo sabía todo, conoció la maldición de su madre y le dijo:

–Ten cuidado cuando entres en el pueblo y no dejes que ninguna mujer te bese porque, si lo hace, te olvidarás de mí.

El joven dejó a Blancaflor junto a una fuente a la entrada del pueblo y se fue a buscar a sus padres para anunciarles que volvía casado y con su alma. Y nada más llegar, la madre quiso besarle, pero él le dijo:

–Por favor, no me bese, madre, que vengo casado y si usted me besa ya no volveré a recordar a mi mujer porque nos han echado una maldición.

Y cuando estaba diciendo esto vino su abuela por detrás y le besó y el joven se olvidó de Blancaflor. Y luego le decía su madre:

–Hijo, ¿cuándo nos vas a traer a tu mujer?

Y contestaba el joven:

–¿Qué dice usted, madre, si yo no tengo mujer?

Y la madre se extrañaba, pero él había olvidado a Blancaflor por completo.

–Pues ¿no me dijiste que no te besara porque, si no, olvidarías a tu mujer?

Y él la miraba con asombro y le decía:

–Qué cosas dice usted, madre.

Así que la madre pensó que no le habría entendido bien, y además estaba tan contenta de verle de nuevo que se olvidó también del asunto.

Total, que Blancaflor sospechó lo que había pasado y llegó al pueblo y se fue a vivir cerca del joven. Como vivía cerca, pronto se hicieron amigos. Y ella se quedó en el pueblo y puso una tienda y dijo a todos que era serrana y que había venido de la sierra para poner la tienda.

Con el tiempo, el joven se echó novia y decidió casarse. Los amigos del joven le dijeron que tendría que invitar a la boda a la graciosa serrana y el dijo que sí, que la invitaría, porque le gustaban sus ocurrencias y porque sentía gran placer en su compañía.

Y los amigos dijeron:

–Pues antes de que la invites vamos a ver si dormimos con ella.

Llegó el primero a la casa de Blancaflor y le pareció que ella le daba buenas palabras, pero cuando llegó la hora de acostarse ella le dijo:

–Haz el favor de tirarme esa agua que tengo en la palangana –y lo tuvo toda la noche tirando el agua de la palangana porque, cada vez que la tiraba, el agua volvía a la palangana. Y así pasó toda la noche y a la mañana siguiente Blancaflor salió de su cuarto y le dijo:

–Pero ¿todavía estás aquí? Anda, márchate, que si no ¿qué dirá la gente?

Lo mismo pasó con el segundo, que al irse ella a acostar le dijo:

–Ve a retirar el puchero del café, que lo tengo a la lumbre.

E hizo que se le quedara la mano pegada al puchero y así se pasó la noche.

Y a la mañana siguiente le dijo al verle:

–¿Todavía aquí? Haz el favor de marcharte o ¿qué dirá la gente?

Como ninguno de los dos dijo nada a sus amigos de lo que les había sucedido, llegó el tercero y ella, al retirarse, le mandó a cerrar la puerta de la cocina y toda la noche se estuvo con la puerta en la mano.

Al otro día se juntaron los tres amigos con el joven y éste les preguntó:

–¿Qué tal habéis pasado la noche con la serrana?

Y dijeron cada uno de ellos:

–Pues a mí me tuvo toda la noche tirando agua de una palangana.

–Pues a mí me tuvo toda la noche con el puchero del café en la mano.

–Pues a mí me tuvo toda la noche con la puerta en la mano.

Y al joven le pareció aún más discreta y graciosa la serrana y la invitó a la boda.

El día de la boda, al terminar la comida de celebración, todos se pusieron a contar cuentos y, en esto, le pidieron a la serrana que ella contara alguno, pues los contaba muy bien. Y ella dijo que no contaría nada, pero que tenía unos muñecos que lo contarían todo por ella. Entonces los mandó traer, porque todos querían oírlos, y los puso sobre la mesa. Y la muñeca hablaba como Blancaflor y el muñeco como el joven y empezó la muñeca:

–¿Te acuerdas de cuando perdías jugando a las cartas y el diablo te ganó el alma y tuviste que ir al castillo de Irás y No Volverás a buscarla?

–No, no me acuerdo –decía el muñeco.

–¿Te acuerdas de cuando mi padre te ponía en la ventana y te mandaba hacer cosas que eran imposibles y todas te las hacía yo?

–No, no me acuerdo –decía el muñeco.

–¿Te acuerdas de que escapaste conmigo del castillo porque ese mismo día nos casamos y mi padre nos perseguía para matarnos?

–Algo, algo me acuerdo –decía el muñeco.

–¿Te acuerdas de cuando me dejaste en la fuente y te advertí de la maldición que nos echara mi madre?

–Sí, sí que me voy acordando –decía el muñeco. Y la madre del joven, al oír esto último que había dicho la muñeca, se acordó del día en que su hijo volvió al pueblo.

Entonces el joven se levantó y dijo:

–Esto lo hablan esos dos muñecos, pero me ha pasado a mí.

Y dijo a todos los presentes al convite:

–Hoy me he casado con esta mujer, pero mi esposa es la serrana. ¿Con cuál de las dos me he de quedar? Pues con la serrana hace bastante tiempo que me casé y con ésta me he casado hoy.

Y todos estuvieron de acuerdo en que debía quedarse con la primera, porque lo

primero es lo que vale. Y así es como Blancaflor recuperó a su marido.

27. LAS TRES HILANDERAS

Un matrimonio tenía una hija muy, pero que muy guapa, y sus padres estaban muy orgullosos de su belleza y no hacían más que hablar de ella a todo el mundo. Estaban tan orgullosos que no sólo hablaban de su guapeza sino de lo trabajadora y dispuesta que era; en fin, hablaban tanto de ella, los padres y sus vecinos, que la fama de la muchacha llegó a oídos del rey.

Y se dijo el rey:

–¿Cómo es que en ese pueblo hay una muchacha tan bella y tan hacendosa? Eso lo tengo yo que ver.

Para verlo, organizó una fiesta a la que invitó a mucha gente y, claro, también a la muchacha.

Pero la muchacha no acudió a la fiesta. Entonces el rey buscó a sus padres y les preguntó cómo su hija no había acudido a la fiesta cuando tanta y tanta gente había venido; y los padres, deshaciéndose en excusas, le dijeron que la muchacha no era amiga de fiestas, que prefería quedarse en casa haciendo labores de casa y que lo que más le gustaba era hilar. Todo eso lo decían para engrandecer a su hija, pero no era cierto.

Pero la reina se enteró de lo que dijeron los padres y le produjo gran contento porque apreciaba mucho que las mujeres supieran hilar. Como también había tenido noticias de que esta muchacha era hilandera y muy trabajadora, la mandó llamar a palacio y le ofreció un buen salario. El padre de la muchacha puso muchas excusas, pero acabó accediendo. El caso es que la reina aspiraba a casar a su hijo el príncipe con una mujer que fuera hilandera y por eso la mandó llamar. Una vez que estuvo la muchacha en palacio, la reina decidió comprobar sus cualidades. Y le dijo:

–Te voy a mandar este trabajo para ver si sabes hilar tan bien como dicen y si eres tan trabajadora como me han contado.

Conque la llevó a una habitación grande que estaba llena de lana lista para hilar y le

dijo:

–Si hilas esta lana en tres días, te casas con mi hijo.

La pobre muchacha se quedó consternada, porque nunca había usado la rueca y no sabía hilar.

Y dijo la reina:

–Yo daré orden para que aquí en esta habitación no entre más que quien te trae la comida. Así que tienes tres días para hilar esta lana.

La muchacha se puso a llorar en cuanto se quedó sola y no sabía qué hacer, ni con la lana ni con la rueca.

Y llorando se le echó la noche encima. Y aún hubiera seguido llorando si no llega a oír que alguien tocaba en la ventana de la habitación. Abrió la ventana y aparecieron tres señoras que le pidieron que no se asustara y les contase su problema. Ella se lo contó, tan compungida que daba pena verla, y las tres señoras le dijeron:

–Déjanos aquí contigo y no temas nada porque mañana cuando despiertes toda la lana estará hilada.

Trajeron un huso y una rueca mágicos y estuvieron hilando toda la noche y a la mañana siguiente todo estaba hilado. Y cuando la reina entró, se quedó maravillada de que hubiese hilado toda la lana en una sola noche. En vista de lo cual, se la llevó a otra habitación mucho más grande que era como un salón y que estaba también llena de lana y le dijo lo mismo que la otra vez.

Y la muchacha, apenas se quedó sola, se echó de nuevo a llorar pensando qué haría esta vez. Pero sucedió que las tres señoras volvieron a aparecer en la ventana y, como la noche anterior, trajeron el huso y la rueca mágicos e hilaron toda la lana de la habitación en una sola noche.

La muchacha, además, se fijó en que una de las hilanderas tenía el dedo pulgar desmesuradamente ancho, de tanto dar al huso; y que otra tenía el labio inferior muy ancho porque para hilar mojaba su dedo en él constantemente; y la tercera tenía un pie enorme de tanto dar a la rueca de hilar. Pero no se atrevió a comentárselo.

En fin, que cuando la reina vio el portento de la segunda noche, se dijo:

–Pues ésta se casa con el príncipe.

En seguida prepararon las bodas y, claro, el padre de la muchacha estaba loco de contento. Entonces la muchacha, viendo que estaban preparando las listas de invitados, dijo:

–Las que no pueden faltar son tres primas mías.

Que eran las tres hilanderas. La reina dijo que sí y el padre, tan atolondrado como estaba por el acontecimiento, ni se fijó en quiénes serían esas primas. Así que llegó el día de la boda, pero la muchacha estaba triste porque pensaba: «De qué me sirve casarme si cuando me manden seguir hilando no voy a saber».

Todo el mundo vino a la boda y cuando llegaron las tres primas la gente se quedó mirándolas porque con el dedo enorme, el labio colgante y el pie gigante a todos les parecieron horrendas, aunque nadie dijo nada porque eran las primas de la novia.

Terminada la celebración, el príncipe, que era curioso, no pudo resistir preguntarles a qué se debían aquellas deformidades y ellas empezaron a decir:

–Pues yo tengo este dedo de tanto dar al huso años y años, que siempre me gustó el huso –dijo la primera.

–Pues yo tengo este labio de tanto mojarme el dedo para hilar –dijo la segunda.

–Pues yo tengo este pie de tanto dar a la rueca de hilar –dijo la tercera.

Y el príncipe, espantado, dijo a su esposa:

–Nunca más quiero verte hilando desde ahora.

Y así se salvó de hilar la muchacha.

28. EL GATO CON BOTAS

Un molinero tenía tres hijos y todos sus bienes consistían en un asno, un gato y un molino. Cuando llegó la hora de repartirlo entre sus hijos, el mayor se encerró en el molino y dijo:

–El molino es para mí.

El segundo agarró el asno y se marchó con él, diciendo:

–El asno es para mí.

El tercero empezó a lamentarse:

–¿Y qué es lo que queda para mí?

En esto apareció el gato por allí y el hermano menor dijo:

–Ahora seremos dos a pasar hambre.

Y le dijo el gato:

–Pues ¿por qué hemos de pasar hambre?

El pequeño le explicó que no tenía nada con que sostenerse, porque sus hermanos se habían llevado el molino y el asno, y dijo el gato:

–No te preocupes, que ya saldremos adelante. Ahora lo único que necesito es que me consigas un par de botas.

–¡Toma! ¡Unas botas! –decía el pequeño–. ¿De dónde saco yo unas botas?

Conque se fueron a la zapatería y el gato eligió las botas que quería y cuando el pequeño le dijo otra vez que no tenía dinero para pagarlas, el gato arregló con el zapatero que el muchacho se quedaría trabajando con él hasta que cubriese el precio de las botas. Y el muchacho se quedó malhumorado, pero no tenía nada mejor que hacer.

Entretanto, el gato, que era muy habilidoso, se fue de caza y cazó conejos, perdices, liebres... y todas se las llevó al rey.

Y dijo el rey:

–¿Quién nos ha traído esta caza tan buena?

Y respondían los criados:

–El gato con botas.

–Pues ya tengo yo ganas de conocer a ese gato –decía el rey.

Conque al día siguiente, cuando el gato volvió con una caza aún mejor que la del día anterior, dijo el rey:

–Decidle al gato que suba.

El gato subió:

–Majestad, aquí estoy.

–¿Qué es lo que buscas? –preguntó el rey.

–Nada, traeros la caza –contestó el gato. Y se fue por donde había venido.

Al día siguiente se fue a buscar al muchacho y le dijo:

–Deja ya ese trabajo de zapatero y ven conmigo. Te pones un poco elegante con las ropas que te quedan y cuando yo te diga te echas al río y yo empezaré a gritar:

–¡Socorro, que se ahoga mi amo, el conde de Calamancher!

Venía el rey en coche cerca del río, acompañado de su hija, cuando escuchó voces y preguntó qué pasaba.

Y el gato, a la orilla del río:

–¡Socorro, que se ahoga mi amo, el conde de Calamancher!

Conque se llegó el rey con sus criados junto al río y sacaron al pobre muchacho medio ahogado y el rey reconoció al gato y le ofreció al muchacho unos vestidos que llevaba en el coche mientras secaba los suyos. Y así continuaron el viaje, el muchacho vestido de príncipe y en el coche con el rey y su hija.

Y entretanto el gato se adelantó y a los que segaban las tierras por las que habían de pasar les decía:

–Cuando pase el coche que viene detrás, decid que éstas son las tierras del conde de Calamancher.

Y a ellos no les extrañaba porque eran las tierras del conde de Calamancher y contestaron:

–Así lo diremos.

Y el gato llegó al fin al castillo del conde de Calamancher, que era un ogro que solía comer a los viajeros que pasaban por sus tierras. Y el gato le dijo al ogro:

–He oído decir que eres capaz de convertirte en cualquier animal.

–Así es –dijo el ogro–. ¿Es que no lo crees?

–Lo creeré –dijo el gato– si te conviertes en ratón.

El ogro se convirtió en ratón y el gato ¡zas! lo cazó de un salto.

Al rato llegó el coche del rey y el gato salió a recibirlo a la puerta del castillo.

–Majestad, mi fiel amo, princesa... –fue diciendo mientras los saludaba con reverencia.

Y el rey ya no lo dudó más y casó a su hija la princesa con el hijo pequeño del molinero. Y el gato se quedó para siempre a vivir con el nuevo conde de Calamancher, que le hizo su consejero para todos los asuntos de gobierno del castillo, y el gato sólo pidió a cambio que dejase mandado que le hicieran cuantas botas quisiera tener.

29. LA HIJA ENTERRADA

Un rey tenía una única hija, a la que mimaba y quería por encima de todo. Vivían los dos en un hermoso palacio por el que un día acertó a pasar una gitana que pedía limosna. El rey no quiso dejarla entrar, pero la princesa, que era de buen corazón, la dejó pasar al palacio. Y la gitana no era tal, sino una bruja.

La gitana estaba en el palacio y un día miró mal a la princesa y la embrujó. La muchacha se puso mala desde ese mismo momento y empezó a desmejorar, tanto que su padre se preocupó muy seriamente y, temiendo que aquello tuviera que ver con la gitana, la echó del palacio. Y un día, la princesa, que seguía desmejorando, llamó a su padre y le dijo:

–Padre, si yo me muero, haz que me entierren en la capilla del palacio y cada noche te ocuparás de que me pongan un centinela, que no debe faltarme jamás, ninguna noche.

El rey, que la quería tanto, le dijo:

–Tú no te has de morir hasta dentro de muchos años.

Y ella insistió:

–Sea como sea, no te olvides de lo que me has prometido.

La princesa, después de esta conversación, siguió empeorando día a día hasta que, al fin, murió.

El rey estaba desconsolado y nada podía aliviar su dolor, pero, en medio de él, no olvidó la promesa que le hizo a su hija y ordenó que esa misma noche hiciera guardia el primer centinela.

Así se hizo, y la primera noche la princesa salió de su sepultura a las doce en punto, cogió al centinela, lo mató y lo metió en el mismo sepulcro del que había salido. Después anduvo deambulando por la iglesia hasta que se anunció el amanecer y entonces regresó a su sepultura.

A la mañana siguiente, cuando vinieron a relevar al centinela, descubrieron que éste no

se encontraba en ninguna parte. Entonces el rey se quedó preocupado pensando que el centinela había ido a hacer guardia a otro lugar, sin duda equivocado, y que con esto había faltado a la promesa que hizo a su hija. De manera que a la noche siguiente mandó al capitán de su guardia a asegurarse de que, esta vez, el centinela se situaba donde debía.

Pero a la mañana siguiente, cuando fueron a buscarle, vieron que había desaparecido como el anterior, pues no se veía rastro alguno de él. Y así volvió a suceder las dos noches siguientes.

Después de todo esto, se corrió la voz entre los soldados del rey y ninguno quería ir a hacer guardia en la sepultura de la princesa muerta. Entonces el rey decidió que los soldados acudirían por sorteo, y al que le tocaba, ése tenía que ir.

Conque hicieron el sorteo y le tocó a uno y éste pensó para sus adentros: «Pues yo sí que no voy y lo que haré será desertar y echarme al camino». Y dicho y hecho: se fue camino adelante con ánimo de no volver a servir al rey. E iba caminando cuando le salió al paso un viejo que le dijo:

—¿Dónde vas tú por aquí?

Y le dijo el soldado:

—Pues mire usted, le voy a ser claro: me voy porque la hija del rey ha muerto, la han enterrado en la iglesia y ahora el padre le pone un centinela todas las noches; cuando por la mañana vienen a relevarlo se encuentran que el centinela no está ni aparece por parte alguna, y yo tengo miedo y no quiero hacer de centinela, porque han hecho sorteo y esta noche me ha tocado a mí.

El viejo le dijo entonces:

—Nada de eso, que lo que vas a hacer es volver de inmediato y atender muy bien a lo que yo te diga que debes hacer. Hazme caso y habrás hecho tu fortuna.

Y decía el soldado:

—No, que si le hago caso me pierdo.

E insistió el viejo:

—Calla y escucha lo que te voy a decir: vuelve al palacio y esta noche, cuando vayas a hacer guardia en la tumba de la princesa, espera a que falte media hora para las doce y te escondes detrás del sagrario y te quedas allí oculto y sin decir una sola palabra por mucho que veas. Entonces ella saldrá del sepulcro echando fuego por los ojos y la boca y, al ver que no estás, maldecirá a su padre por no haber puesto allí un centinela.

Y le siguió explicando y al final le dijo:

–Haz como te digo y lograrás tu felicidad.

A regañadientes, el soldado volvió al palacio y ocupó su puesto y, cuando llegó la hora, lo llevaron, lo metieron en la iglesia donde estaba sepultada la princesa, echaron la llave por fuera y lo dejaron allí. Y allí se quedó el pobre soldado, muerto de miedo.

Cuando vio que faltaba media hora para las doce, subió al altar, se puso detrás del sagrario y esperó. Y a las doce en punto, como todas las noches, salió la princesa de la sepultura echando fuego por la boca y por los ojos, como había dicho el viejo. Salió y empezó a buscar por la iglesia, porque estaba buscando al centinela, y como no lo encontrara empezó a decir:

–Maldito sea mi padre, que me dio promesa de mandar un centinela cada noche y no ha hecho lo que me prometió.

Y la princesa siguió recorriendo la iglesia con ayes y lamentos y entonces el soldado, cuando vio que ella se alejaba, hizo como le había dicho el viejo, corrió a la sepultura y se tumbó en ella boca abajo. Apenas lo hizo cuando vino ella y, en cuanto lo vio, empezó a pellizcarlo y a pincharle con un alfiler diciéndole:

–¡Levanta, levanta, levanta!

El soldado dejó que dijera esto tres veces y esperó; y entonces ella le gritó esta vez:

–¡Levanta si eres cristiano!

Y en cuanto el soldado escuchó esto, se levantó de un salto, porque así le había indicado el viejo que lo hiciera. Y apenas se hubo puesto frente a ella, empezó a disminuir el fuego que traía en los ojos y la boca hasta desaparecer por completo. Entonces la princesa se abrazó al soldado y le dijo:

–¡Ay, centinela, que has sido mi salvación!

Y él le confesó:

–Pues bien asustado que he estado yo.

Y le dijo ella:

–Y no te hago el daño que hice a los otros pobres centinelas que vinieron antes que tú, que murieron por no hacer lo que tú has hecho.

Y allí mismo se sentaron, en uno de los bancos de la iglesia, hablando hasta el amanecer, en que vinieron a relevar al centinela y se encontraron con que estaba vivo y la princesa también. Así que fueron corriendo a avisar al rey con la noticia de tal suceso y éste vino con todas las autoridades de su reino y la corte y vieron que era cierto lo que

les anunciaron y entonces sacaron a la pareja del recinto y los llevaron al palacio. Y dijo el rey, tan feliz de haber recuperado a su hija:

–En premio por haber desembrujado a mi hija, te casarás con ella –y a ella le pareció bien y les echaron las bendiciones y luego tuvieron hijos y vivieron para siempre en el palacio.

30. PERICO EL MAGO

Había en un pueblo una mujer que tenía un hijo de lo más listo. Además de serlo, al niño le gustaba mucho estudiar en los libros, razón por la cual su madre le dijo un día:

–Perico, hijo mío, cuánto me gustaría que estudiaras una carrera para que pudieses ser un hombre de provecho el día de mañana. Y aunque no tenemos mucho dinero, lo que haya que pagar yo lo daré por bien empleado; pero has de decirme qué es lo que más te gustaría estudiar.

Perico se lo pensó y le dijo a su madre:

–Madre, yo quisiera estudiar la magia negra.

De manera que la madre se fue a ver a un maestro de magia para preguntarle si querría enseñar a su hijo.

–Le enseñaré –dijo el maestro–, pero con una condición.

Le dijo la madre:

–¿Cuál es esa condición?

Le respondió el maestro de magia:

–Que al cabo de un año de estudiar conmigo, tiene usted que venir a ver a su hijo, y si le reconoce, pues bien, pero si no le reconoce entre los demás alumnos, me quedo con él para siempre.

La madre no dudó de que sería capaz de reconocer a su hijo y le contestó al maestro que estaba conforme y mandó al hijo a estudiar con el maestro de magia.

El tiempo fue pasando y se aproximó la fecha en la que la madre debía ir a la casa del maestro de magia para reconocer a su hijo. Y sabiéndolo el hijo, hizo lo siguiente: se convirtió en un palomo, salió de la casa del maestro sin que nadie le viera y voló a la de su madre. Cuando vio a su madre, que estaba cocinando junto a la ventana, le dijo:

–Dentro de pocos días tendrá usted que ir a reconocerme. Yo sé que ese día el maestro nos va a convertir a todos en palomos y, cuando vea que llega usted, echará

maíz en el suelo para que comamos todos y así nos confundamos unos con otros; pero yo, en vez de comer, me entretendré en saltar por encima de mis compañeros, de manera que cuando el maestro le pregunte si me conoce, diga que sí, que soy el que está dando saltos.

El día señalado, la madre acudió a casa del maestro de magia y éste la llevó a donde estaban los palomos y le dijo:

–Uno de estos palomos es su hijo, ¿lo reconoce?

Y ella dijo sin titubear:

–Sí, es ese que está venga a saltar. Y no lo dudo, porque es igual que cuando niño, que todo su afán era saltar por encima de sus iguales.

Y dijo el maestro, contrariado:

–Pues ha acertado usted, señora, que ése es su hijo; y ya se lo puede llevar, que no he de enseñarle más porque ya sabe tanto como sé yo.

Así pues, Perico se fue con su madre, tan contento. Y se llevó de casa de su maestro el mejor libro de magia que tenía en la biblioteca sin que aquél se enterase.

Y de vuelta en casa, le dijo lo primero de todo a su madre:

–Madre, de ahora en adelante vamos a hacer fortuna con todo lo que he aprendido. Y para empezar va a llevarme usted mañana a la feria y yo me voy a convertir en una vaca. Lleve usted la vaca a vender y pida por ella ciento cincuenta ducados. Pero no venda la esquila con ella, porque en la esquila estoy yo.

La madre llevó la vaca a la feria y a poco se le presentó un comprador que le dijo:

–¿Cuánto pide usted por esa vaca?

–Ciento cincuenta ducados –dijo la madre.

–Pues me parece bien –dijo el hombre, y le entregó los ciento cincuenta ducados y se llevó la vaca, pero antes la madre le quitó la esquila y la guardó en su bolsa.

El comprador se marchó a su pueblo con la vaca y la dejó en el establo. A la mañana siguiente se levantó y fue a darle de comer, junto con los otros animales que tenía, y se encontró con que la vaca había desaparecido.

Perico, entretanto, estaba muy animado y le propuso a su madre esta vez:

–Ahora me convertiré en caballo; lo lleva usted a la feria y lo vende por trescientos ducados; y cuide que no entre el freno en la venta, que el freno se lo ha de quedar usted porque en el freno estoy yo.

Mientras sucedía todo esto, el maestro ya había echado de menos su mejor libro de

magia de la biblioteca. Lo estuvo buscando por todos los rincones y al final se dijo: «Para mí que Perico es quien se ha llevado el libro. Quién sabe por dónde estará ahora. Pero, como mañana hay feria, voy a acercarme por allá a ver si ha ido a probar su magia».

Se fue el maestro a la feria y, estando en ella, se encontró con la madre de Perico, que estaba vendiendo un caballo. Y el astuto mago se acercó a la madre y le dijo:

–¿Cuánto pide usted por este caballo?

Y la madre le dijo lo que Perico le había encargado que dijese:

–Pues trescientos ducados.

Y dijo el maestro:

–Me parece bien –y tomó el caballo. Entonces la madre fue y le dijo:

–Espere usted un momento, que he de quitar el freno al caballo porque el freno no entra en el trato.

Y dijo el maestro:

–Pues yo lo compré con el freno y con él me lo he de llevar.

Y la madre que no, y el maestro que sí, y tanta fue la disputa que llamaron a la justicia que, enterada del asunto, resolvió dar la razón al maestro. Y el astuto maestro montó rápidamente en el caballo, le arreó un par de fustazos y le dijo en voz alta, para que lo oyera bien:

–Arre, Perico, que ahora sí que me vas a pagar el libro que te llevaste de mi casa.

El maestro llegó a su casa muy contento de su astucia y apenas desmontó del caballo les encargó a sus hijos que lo llevaran a la cuadra y, sobre todo, que ni le dieran de comer ni le quitaran el freno. El caballo no hacía otra cosa que mover la cabeza sin parar y abrir la boca y los muchachos, compadecidos, se dijeron:

–¿Qué mal hay en quitarle el freno al caballo, que parece que lo está lastimando?

Con las mismas se lo quitaron y el caballo se convirtió en una trucha y se escapó río abajo.

Entonces el maestro, que se dio cuenta, se convirtió en una culebra y empezó a perseguir a la trucha. La trucha, como era hábil, se metía por entre las piedras del río o saltaba por las cascadas, pero la culebra era tenaz y la perseguía sin descanso. Y así estuvieron mucho tiempo hasta que, al acercarse a la presa de un molino, la trucha vio que la culebra se le echaba encima y, para librarse de la persecución, se transformó en paloma y echó a volar.

De inmediato, la culebra tomó la forma de un águila y siguió a la paloma para darle

caza; la paloma ya estaba empezando a sentirse agotada y, cuando volaba cerca de una hermosa casa, se transformó en un mosquito y entró por la rendija de una ventana dentro de la casa.

Aquella ventana era la de la habitación de una bella princesa y el mosquito se convirtió en Perico de nuevo y le dijo a la princesa:

–Me voy a convertir en un anillo y me colocaré en tu dedo. En seguida aparecerá por aquí un caballero y en cuanto te vea te pedirá que le regales el anillo; tú dáselo, pero cuando vayas a ponerlo en sus manos, déjalo caer al suelo, que se romperá en varios pedazos. Entonces pisa con tu pie el pedazo más grande y cuando sientas que este pedazo te empuja hacia arriba, retira el pie.

Conque Perico se convirtió en anillo y se colocó en el dedo de la princesa y todo sucedió como él había dicho: llegó el caballero y le pidió el anillo a la princesa. La princesa lo dejó caer al suelo, se rompió en varios pedazos y puso su pie sobre el más grande de todos ellos.

Entonces el caballero se convirtió en una gallina y empezó a comer los pedazos del anillo. En ese momento, el pedazo que estaba bajo el pie de la princesa empujó hacia arriba y la princesa, al sentirlo, retiró el pie. Y resultó que el pedazo grande se convirtió en un zorro y se comió a la gallina.

Y, después de esto, el zorro volvió a tomar forma de hombre, que era Perico, y se casó con la princesa y vivieron felices; y él se convirtió en el mago más famoso de toda la región.

31. JUAN SIN MIEDO

Éste era un muchacho llamado Juan que no conocía lo que era el miedo. Todos en su pueblo conocían el miedo, pero él no; él no tenía miedo a nada porque no sabía lo que era el miedo. Así que un día decidió salir al mundo a ver si podía conocer lo que era el miedo.

Se echó al camino y estuvo andando leguas y leguas hasta que se sintió cansado y tuvo que pedir posada en una casa donde vivía un matrimonio de ancianos. Se sentó a cenar con ellos y vio que en la mesa donde comían había dos calaveras, una de las cuales contenía comida y la otra agua y le invitaron a comer y beber con ellos. Lo hizo Juan tan tranquilo y les preguntó después:

–¿Ustedes saben qué es el miedo? Porque yo no lo sé y no le tengo miedo a nada.

Al día siguiente se puso otra vez en camino y llegó a un castillo abandonado y decidió pasar en él la noche. Allí se preparó una cena con lo que llevaba y, mientras comía, oyó ruido de pasos y vio que por una escalera bajaban siete frailes, cada uno con una calavera en la mano derecha y una vela en la izquierda. Los siete frailes eran muertos que venían del otro mundo, pero a Juan no le daban miedo porque no conocía el miedo, así que los invitó a cenar con él. Y mientras tanto se decía: «Pues ¿qué será el miedo?».

Después de cenar se echó a dormir junto a una chimenea y al rato le despertaron unos ruidos y luego escuchó una voz que decía:

–¿Caigo o no caigo?

Y él contestó tan tranquilo:

–Cae o no caigas, que a mí lo mismo me da.

Y cayó por el hueco de la chimenea la cabeza de uno de los frailes muertos. La cabeza rodó y se le quedó mirando con los ojos abiertos. Y se oyó otra voz que decía:

–¿Caigo o no caigo?

Y Juan Sin Miedo, lo mismo:

–Cae o no caigas, que a mí lo mismo me da.

Pues esta vez cayó la mano derecha del fraile. Y otra voz volvió a repetir:

–¿Caigo o no caigo?

Y Juan:

–Cae o no caigas, que a mí lo mismo me da.

Y cayó el cuerpo del fraile con piernas y brazos y todos los trozos se juntaron y el fraile se puso en pie delante del muchacho. Y en esto otra voz que dice:

–¿Caigo o no caigo?

Y dice Juan, hartado:

–Cae de una vez y que caiga todo lo que tiene que caer, que ya tengo ganas de dormir.

Y allí cayeron manos y brazos y piernas y calaveras y todas pertenecían a los frailes y cada una corría en pos de las otras para juntarse en medio de un gran estrépito; así hasta que estuvieron todos los frailes recompuestos y rodeando al muchacho, que los miró y dijo:

–¿No será esto el miedo, verdad? Porque yo no sé lo que es el miedo.

Y los frailes desaparecieron de su vista, con lo que por fin se pudo dormir y durmió a pierna suelta hasta el día siguiente. Y al día siguiente se puso en pie y siguió su camino mientras pensaba: «¿Qué será eso del miedo, que todo el mundo habla de ello?».

Conque al fin llegó a un reino donde había un rey que penaba porque un ogro tenía a su hija en su poder. Y cuando llegó Juan Sin Miedo todos se admiraron de que no conciera el miedo y el rey le pidió que fuese a buscar a la princesa y que si se la traía, se la daría en matrimonio. Y Juan se fue a la cueva del ogro y cuando salió el ogro, como Juan no conocía el miedo, luchó con él, le venció y rescató a la hija del rey. Entonces el rey cumplió su palabra y Juan se casó con la princesa y decidió que nunca más se iba a ocupar de conocer el miedo porque no le hacía ninguna falta.

Una tarde que Juan estaba durmiendo la siesta, llegó la princesa para enseñarle una pecera donde nadaban unos peces que le habían regalado; y al acercarse a Juan, uno de los peces saltó y saltaron unas gotas de agua a la cara de Juan y éste, que estaba medio dormido, dio un gran brinco lleno de susto mientras gritaba:

–¡Ay, qué es esto, que me matan! ¡Ay qué susto, que ahora sí que sé lo que es el miedo!

Y así es como Juan conoció el miedo.

32. LAS MANTECAS DEL REY HIJÓN

Había un conde, a quien llamaban el conde Arnaldo, que un día se puso enfermo y por más que llamaron a médicos y curanderos a que vinieran a reconocerle, nadie daba con el origen de su mal. Primero vinieron los médicos del condado y después de tierras más alejadas, pero no había manera. Buscaron más allá de las tierras que se conocían, y tampoco. Hasta que por fin apareció un hombre muy viejo y muy sabio que vivía en el fin del mundo y que, después de reconocer al conde, dijo que no había curación para él como no fuera frotado con las mantecas del rey Hijón. Y todo el mundo se echó las manos a la cabeza pues nadie sabía dónde podría encontrarse al rey Hijón, de quien jamás habían oído hablar.

El conde Arnaldo tenía un hijo que era ya un buen mozo. Y este hijo, al oír el dictamen del viejo médico sabio, anunció:

–Yo voy a salir a buscar al rey Hijón; en cuanto le encuentre, le sacaré las mantecas y las traeré al palacio para sanar a mi padre.

Y dicho y hecho, pues se preparó para un largo viaje, ensilló su caballo y abandonó el pueblo y su casa camino de no-se-sabe-dónde con el mejor de los ánimos.

Yendo por un senda que atravesaba un monte, se encontró con una viejecilla que traía un caballo del ramal, que no lo podía montar porque el pobre animal se tambaleaba de flaco que estaba. Y la vieja le dijo al muchacho:

–Ay, buen mozo, ¿por qué no me cambia usted el caballo, que yo no puedo montar en el mío?

Y le dijo el muchacho:

–Señora, tengo un viaje muy largo por delante, que no sé ni cuándo termina, y su caballo no podría llevarme, que está en los huesos.

Y la vieja le insistía:

–Ay, buen mozo, si me lo cambiara usted...

Y él:

–Nada, que no puedo.

Espoleó a su caballo y siguió adelante sin mirar atrás. Pero a los cinco minutos ya estaba de vuelta, porque le dolía ver a la pobre vieja en tan malas condiciones. La llamó y le dijo:

–Abuela, tenga usted mi caballo y estas cinco monedas para que coma usted en la primera fonda a la que llegue.

Aupó a la vieja en su caballo y los despidió. Luego cogió el caballo flaco mientras pensaba: «A ver si este animal puede aguantar mi peso». Y, en efecto, ya al agarrarse a la crin para montarlo, el caballo se tambaleaba. Pero así que se aupó en él, ¡no podía creer lo que estaba viendo!: el caballo no es que corriera, volaba de tan rápido como iba, y en muy poco tiempo salvó montes y valles y le llevó sin parar hasta la misma orilla del mar.

En esto que desmonta en la orilla y allí mismo ve una ballena varada en la orilla dando bocanadas porque le faltaba el agua. Y pensó: «Mira ese pobre animal que está a punto de morir por no poder volver al agua».

Bueno, pues se acercó a la ballena y, a fuerza de darle vuelcos y empujones, consiguió llevarla al mar. Y apenas el animal sintió las olas, ya se dio vuelta sola y en seguida salió nadando.

El hijo del conde volvió a montar su caballo, picó espuelas y el caballo iba tan rápido que pasó sobre las aguas del mar y le llevó al otro lado. Y después siguió trotando por caminos de tierra, y así estaba cuando vio un águila que se cernía sobre él y trataba de arrebatarle el sombrero. Y se dijo: «Este pobre animal tiene hambre».

Rebuscó en su bolsa, donde encontró un buen pedazo de carne curada, lo mostró en alto y el águila, a la siguiente pasada que hizo, se la llevó en el pico y desapareció.

Y otra vez a galopar. Cuando en esto ve una zorra que ora se ponía delante del caballo, ora lo rodeaba por los lados, ora volvía a adelantarse, hasta que el hijo del conde se dijo: «Este animal debe de tener hambre».

Echó mano a la bolsa otra vez, sacó un pedazo de pan y echó un buen pedazo al suelo. Y el pedazo ni siquiera llegó al suelo, que antes lo cogió la zorra con la boca y escapó con él.

Y así continuó, haciendo preguntas en los lugares en que encontraba gente, para ver si alguien podía darle cuenta del rey Hijón, pero nadie sabía nada. Y en una de éstas, se metió por unos campos en los que, le habían advertido, vivía una fiera que no dejaba

acercarse a nadie, y, yendo por ellos, encontró una herradura de la fiera y se la echó a la bolsa. Y entonces oyó que el caballo le decía:

–Hijo del conde, no cojas eso que va a ser tu perdición.

–¡Atiza! –dijo el muchacho–. Este caballo, además, habla. Pero ¿qué mal puede hacerme una herradura? –y no la tiró.

Y siguieron adelante. Y se encontraron una carta tirada en mitad de la hierba.

–Mira, una carta –dijo el muchacho, y se bajó por ella.

Y le dijo el caballo:

–Hijo del conde, no cojas eso que va a ser tu perdición.

El hijo del conde no le hizo ni caso y se guardó la carta. Y llegaron a un pueblo a la noche, donde el muchacho pidió posada, guardó a su caballo en el establo, cenó y se echó a dormir. Y aprovechando que dormía, el posadero fue y le registró las alforjas y lo primero que vio fue la herradura. Entonces esperó a la mañana y, nada más levantarse el muchacho, se le encaró y le dijo:

–¿De dónde has sacado esta herradura?

Y dijo el muchacho:

–Nada, que la encontré viniendo hacia aquí, que estaba en el suelo.

Y dice el posadero, que era también el alcalde:

–Pues esta herradura es de la fiera y si no nos la trae viva o muerta, nosotros le matamos a usted.

Apenas se quedó solo, el muchacho empezó a lamentarse de su mala suerte y se fue a donde tenía el caballo. Y el caballo que le vio tan doliente le preguntó:

–¿Qué te sucede, hijo del conde?

–Ay –dijo el muchacho–, que ya me avisaste tú que esta herradura sería mi perdición –y le contó lo que ocurría.

Dijo el caballo:

–Mira que te lo dije. Pero, en fin, monta en mí y vamos a las tierras que guarda la fiera.

Cabalgaron un buen rato y el caballo le llevó a la entrada de una cueva de enorme boca. Allí el caballo le dijo:

–Ahora entra y verás a la fiera dormida. Coge tu trabuco con la mano derecha y lleva en la izquierda un palo corto y fino. Te llegas hasta la cabeza de la fiera y le pones el

trabuco junto al oído; entonces le pinchas con el palo y, en el momento en que se despierte, disparas.

Así lo hizo el muchacho y la fiera cayó muerta al instante. Luego la sacó a rastras de la cueva hasta que se quedó sin fuerzas y le dijo el caballo:

–Ata su cola a la mía y monta en mí, que yo llevo a los dos.

De esta manera el muchacho consiguió llevar la fiera hasta el pueblo. Nada más llegar, se fue a la posada y tocó a la puerta y, cuando preguntaron quién era, gritó, para que lo oyeran bien todos:

–¡El hijo del conde Arnaldo, que trae a la fiera muerta!

Todo el pueblo se llenó de júbilo por la muerte de la fiera y porque las tierras de la fiera ahora quedaban libres. Y el muchacho estaba tan cansado que se fue a dormir. Y el posadero volvió a la cuadra a registrar bien las alforjas y encontró la carta. Lo que no sabía el muchacho es que la carta era de la reina Sabiduría, que era la prometida del rey Hijón. Y, claro, el posadero fue a verle inmediatamente:

–A ver, muchacho, ¿quién te ha dado a ti esta carta?

Y el muchacho:

–Pues lo mismo, que venía caminando hacia aquí y la encontré y la guardé.

Y dice el posadero:

–Ésta es la carta de la reina Sabiduría, la prometida del rey Hijón. Como no nos traigas a la reina, te mataremos a ti.

Y vuelta a la cuadra a contárselo al caballo, para ver qué hacían esta vez.

–Anda –le dijo el caballo– y vuelve a montar en mí, que mira que te lo advertí.

Salieron al camino de nuevo y el caballo echó a correr sin parar hasta un lugar lejanísimo donde estaba el palacio de la reina Sabiduría, la prometida del rey Hijón. Y así que llegaron a las puertas, el hijo del conde pidió hablar con la reina y le llevaron con ella.

–Bien, ¿qué es lo que deseas? –preguntó la reina.

–Yo he encontrado una carta que es de usted –dijo el muchacho– y me han dicho que si no la llevo a usted viva o muerta, ellos me matarán a mí, así que vengo a llevármela.

La reina se asombró de la desfachatez del muchacho y le dijo:

–¿Ves ahí todos esos cadáveres que cuelgan muertos? Son de otros que vinieron antes que tú; porque yo tengo un derecho que tú debes respetar y es que durante tres noches te esconderás donde tú quieras a dormir; si una de las tres noches no te encuentro, me

tengo que casar contigo; pero si te encuentro las tres noches te mato y te cuelgo como a los otros cadáveres.

El hijo del conde comprendió que estaba metido en un buen lío y se fue a hablar con el caballo. Y el caballo le dijo:

–Esta noche, cuando te mande acostar, yo te llevo a la orilla del mar, allí llamas a la ballena a la que salvaste la vida y le pides que te trague y te lleve con ella al fondo del mar hasta que amanezca.

Eso hicieron. El muchacho durmió en el vientre de la ballena y a la mañana siguiente se dirigió al palacio y pidió hablar con la reina; y le dijo a la reina:

–Bien, ¿sabe usted dónde he dormido yo esta noche?

Y la reina le contestó:

–Sí que lo sé, que ha dormido usted en el vientre de una ballena en el fondo del mar.

Y el muchacho dijo:

–Sí, señora, así ha sido.

Y dijo la reina:

–Pues ya he acertado la primera noche.

Cuando llegaba la segunda noche, el hijo del conde volvió a hablar con el caballo y éste le dijo:

–Esta vez va a venir el águila aquella a la que diste un pedazo de carne cuando estaba hambrienta. Te montarás en ella y te llevará a dormir por el cielo, más allá de las nubes, para que nadie te vea.

Así sucedió. A la mañana siguiente, el muchacho se fue a ver a la reina y le dijo:

–Bien, ¿sabe usted dónde he dormido yo esta noche?

Y la reina le contestó:

–Sí que lo sé, que esta noche has dormido en un colchón de plumas en lo alto del cielo.

Y el muchacho dijo, admirado y pesaroso:

–Sí, señora, así ha sido.

Y la reina:

–Pues ya he acertado dos noches y una sola te queda.

Llegó la tercera noche y volvió a hablar con el caballo. Y le dijo éste:

–Ahora va a venir aquella zorra a la que diste tu pan. Le arrancarás un pelito y te irás a la habitación de la reina; con la ayuda del pelito te vuelves lagarto, entras por debajo de

la puerta y esperas escondido; y cuando veas que sale a buscarte, te metes a dormir debajo de su cabecera.

Llegó la noche y la reina se fue a buscarle por todos los sitios: por mar, cielo, tierra... y no le encontraba. Y a la mañana siguiente, el hijo del conde acudió a la cita con la reina y le dijo:

–Bien, ¿ya sabe usted dónde he dormido esta noche?

Y la reina confesó:

–Pues no, no lo sé.

Y dijo el hijo del conde:

–Pues yo he oído todo lo que usted ha estado diciendo porque he dormido junto a usted, bajo los almohadones de su cama.

La reina reconoció su derrota y le dijo que ahora se tenían que casar y luego se irían a donde él quisiera.

El hijo del conde, que sabía que la reina era la prometida del rey Hijón porque se lo había dicho el posadero, le contó los planes que traía y que buscaba al rey para sacarle las mantecas y llevarlas a su padre. Y decidieron irse los dos al palacio del rey Hijón.

Llegaron al palacio y se anunciaron al rey. Y la reina había discurrido un ardid que le contó al hijo del conde:

–Escucha bien: yo prepararé en el patio del palacio una hoguera y sobre la hoguera pondré un caldero de aceite hirviendo. Después cogeré una flor y anunciaré que el primero que se tire por esa flor se casará conmigo. Yo sé que el rey se tirará, pero no lo hagas tú y estáte preparado.

Hizo todo como lo había dicho y, cuando tenía el aceite hirviendo, se puso la reina junto al caldero y anunció:

–El primero que se tire por esta flor se casará conmigo.

El rey Hijón, que lo oyó, se tiró de cabeza y, claro, cayó en el caldero y murió abrasado. Entonces el hijo del conde, que estaba preparado, acudió aprisa, sacó al rey, le abrió las tripas y le sacó la manteca. Y ya los soldados del rey los habían visto, pero entonces montaron en el caballo del hijo del conde y éste corría tan rápido que dejó a todos atrás porque nadie podía seguirlo.

Cuando llegaron al pueblo del conde Arnaldo, éste estaba a punto de expirar. Llegaron el hijo del conde y la reina a donde estaban los médicos rodeando al conde y entregaron las mantecas que el viejo médico sabio había pedido. Y allí mismo cogieron al conde y le

untaron con las mantecas y poco a poco empezó a sanar y en dos días ya estaba sano por completo.

En vista de todo esto, el conde Arnaldo ordenó que inmediatamente se casaran su hijo y la reina Sabiduría y pronto se celebraron las bodas con gran contento de todo el pueblo.

Y sucedió que el hijo del conde había dejado su caballo en la cuadra y ordenado a los criados que lo trataran lo mejor que supieran y que le trajesen cuanto le apeteciera. Y cuando volvían de la boda, sintió el hijo del conde un revuelo muy grande en la cuadra y, dejando a todos plantados, se fue a ver el porqué del alboroto.

Llegó a la cuadra y vio que el caballo estaba saltando de un lado para otro y dándose golpes contra las paredes. Y preguntó a los que había dejado allí asistiendo al caballo:

–Pues ¿qué es lo que habéis hecho con él para que se ponga de esta manera?

Y los criados le dijeron:

–Nosotros no hemos hecho nada, que ha sido él solo el que se ha puesto así.

Entonces el hijo del conde empezó a hablar con el caballo, pero éste no le hacía ningún caso y tampoco hablaba sino que relinchaba como cualquier caballo.

Y ya se iba para fuera todo confuso el hijo del conde, pues tampoco entendía él lo que pasaba, cuando se tropezó con la vieja que llevaba el caballo flaco del ramal cuando se cruzaron en el camino del monte.

Y le dijo el conde:

–¿Qué hace usted por aquí?

Y le contestó la vieja:

–Que he venido a traerle a usted su caballo y a llevarme el mío. Y además le traigo también las cinco monedas que me dejó usted. Y ahora me llevo mi caballo, que ya le he sacado de los apuros que tenía usted.

Y el hijo del conde Arnaldo se quedó todo admirado y luego volvió con su esposa y su padre y los invitados a la boda y así termina esta historia.

33. EL ENANO Y EL GIGANTE

Un enano que apenas levantaba dos palmos del suelo, pero que era más listo que el hambre, salió a buscar trabajo porque tenía mucha necesidad. Y buscó aquí y allá y nadie le daba trabajo. Hasta que se encontró con un gigante. Y le dijo el gigante:

–Bueno, yo te voy a dar trabajo, pero con una condición.

–¿Y cuál es esa condición? –preguntó el enano.

–La condición es que tienes que hacer las cosas como las hago yo; si no las haces, te mato; y si las haces, te hago rico.

Y dijo el enano:

–De acuerdo; si las hago bien, vale; y si no, me matas.

A la mañana siguiente el gigante le anunció que se iban juntos a robar leña a la hacienda de un rico que vivía por allí. El gigante hizo un haz de leña muy grande y se lo llevó, pero el enano cogió una cuerda y la extendió por el suelo y empezó a amontonar ramas encima. Y le dijo el gigante:

–¿Qué es lo que haces?

Y le contestó el enano:

–Es que lo que lleva usted no es nada; lo que es yo, hasta que no ate todas las ramas de este bosque no me marcho de aquí.

–¡Pero hombre, tú estás loco! ¡Entonces le dará tiempo al amo a venir y nos matará a los dos!

–Nada, nada –dijo el enano–. O me llevo el bosque entero o no me llevo nada.

–Bueno, pues no traigas nada, que ya me has ganado, pero vámonos aprisa de aquí.

Y se fueron, el gigante con su haz y el enano con las manos en los bolsillos.

Al día siguiente fueron por agua. Había un manantial que daba agua al pueblo. El gigante llevaba dos calderos enormes colgados de un palo y el enano dijo entonces:

–Yo no llevo calderos, que me basta con un pico y una pala.

–¿Y para qué quieres el pico y la pala? –preguntó el gigante.

–Porque yo no me molesto por llevar dos calderos, que pienso llevar todo el manantial a casa.

Conque agarró el pico y la pala, empezó a cavar y a cavar y cortó el agua del arroyo.

Y le dijo el gigante, asustado:

–Pero ¿qué haces? Si vienen los del pueblo nos matan a los dos.

–Pues yo –dijo el enano– o llevo el manantial o nada –y siguió cavando.

Y le dijo el gigante:

–Bueno, pues deja de cavar, que ya me has ganado.

Y al otro día fueron a jugar a lanzar la barra a la puerta del ayuntamiento. El gigante tiró la barra y la lanzó lejísimos, más lejos que nadie. Entonces agarró el enano su barra y dijo:

–¡Apártense todos, que tiro yo!

Y todo el mundo se apartó; y el enano dijo:

–¡Atrás, atrás! ¡Mucho más atrás!

Y le dijo el gigante:

–Pero ¿adónde quieres tirar tú la barra?

Y el enano:

–¿Ve usted aquella ventana? Pues por allí la voy a meter.

Y el gigante:

–¡Estás loco, que ésa es la casa del alcalde y nos meten a los dos en la cárcel!

–Pues yo –dijo el enano– o la meto por allí o no tiro la barra.

–Pues no la tires –dijo el gigante–, que ya me has vuelto a ganar.

Total, que el gigante preparó un burro con las alforjas llenas de dinero y le dijo al enano que se fuera ya, que el trato estaba terminado. Y el enano cogió el burro y se fue.

Después que el enano se hubo ido, le dijo al gigante su mujer:

–Bien tonto que eres, que mira cómo te ha engañado ese enano, que se lleva tu dinero y el burro.

Y dijo el gigante, enfadado:

–Tienes razón. Ahora mismo me voy a buscarle y lo mato.

El enano, en cuanto vio venir al gigante todo furioso, escondió al burro bien escondido detrás de unos arbustos y se quedó mirando al cielo con la mano haciendo visera, como si mirase con mucho interés.

Llegó el gigante y le dijo:

–¿Qué es lo que estás mirando?

Y dijo el enano:

–Nada, que el burro no podía con el saco y le metí una patada que lo eché por los aires y todavía no ha bajado, pero, en cuanto caiga, le arreo otra que ya no vuelve a bajar más en su vida.

Y el gigante, todo asustado, se volvió para su casa diciendo:

–¡Madre de Dios, que si me descuido me lo hace a mí también!

Y así quedó en paz el enano con su burro y sus dineros.

34. LAS TRES MANZANITAS DE ORO

Un matrimonio de pastores tenía tres hijos y a los tres los querían por igual. Con el tiempo, los tres niños se fueron haciendo mayores hasta que llegó un día en que los dos mayores les dijeron a sus padres que se querían marchar de casa a servir en algún lugar donde ver mundo y ganar dinero. Y el más pequeño dijo que él también quería ir. Los padres se pusieron tristes porque de golpe se quedaban solos sin sus tres hijos, pero tanto se empeñaron éstos que no tuvieron más remedio que dejarlos marchar.

Se fueron los hermanos y llegaron a un camino que se bifurcaba en tres direcciones, y se dijeron entre sí:

–Pues que cada uno tome una dirección y dentro de un año nos volvemos a ver aquí.

Así lo hicieron y cada uno se fue a correr aventuras por su cuenta. Y pasó el año y llegó el día en que tenían que volver a reunirse los tres en la bifurcación de caminos. Y, tal como habían quedado, los tres se encontraron allí.

El mayor traía una bolsa mediana llena de dinero; el mediano, una bolsa pequeña llena de dinero, que era lo que les habían pagado por servir en otras casas. Y el pequeño traía tres manzanitas de oro, que le había dado la Virgen porque había estado sirviéndola a ella; y la Virgen le dijo:

–Ya que te vas, te doy tres manzanitas de oro, una para ti, otra para tu padre y la otra para tu madre.

De modo que cuando se encontraron en la bifurcación los tres se enseñaron unos a otros lo que habían conseguido en ese año de trabajo. Y a los dos mayores les gustaron tanto las manzanitas del pequeño que le pidieron una para cada uno.

El pequeño les dijo que no, que él no deseaba lo de los otros y que ellos tampoco debían querer lo suyo.

Entonces le dijeron los hermanos, muy enfadados:

–Pues danos tus manzanitas o te matamos.

El pequeño no se las quiso dar y los mayores se abalanzaron sobre él y le dieron muerte, pero las manzanitas cayeron de sus manos ladera abajo y se perdieron entre la maleza y no las pudieron coger. Entonces enterraron con fastidio al pequeño y se marcharon a su casa.

Los padres, cuando vieron llegar sólo a los dos mayores, les preguntaron por el pequeño y ellos contestaron:

–No sabemos nada de él. Quedamos en juntarnos en un lugar al cabo de un año, pero él no apareció y tuvimos que venirnos.

Los padres pensaron que quizá estaba a gusto donde estaba y que no volvería hasta el próximo año.

El padre, al día siguiente, se fue con el ganado para que pastase y estando en las tierras de pasto vio una caña muy hermosa que le llamó la atención. La cortó y se hizo con ella una flauta y vio que la flauta sonaba maravillosamente, así que cuando llegó a casa se la mostró a su mujer y a los dos hijos y dijo:

–Mirad esta flauta que hay que ver lo bien que toca.

Y empezó a tocar, y dijo la flauta:

*–Toca, toca, padre mío,
mis hermanos me mataron
por tres manzanitas de oro
y al cabo no me robaron.*

El padre quedó muy extrañado de lo que acababa de oír, pero luego no le dio importancia. La madre, en cambio, quedó impresionada por el canto y le daba vueltas.

En esto, uno de los hermanos la cogió para probarla y la flauta dijo esta vez:

*–Toca, toca, hermano mío,
que ayudaste a matarme
por tres manzanitas de oro
y al cabo no me robaste.*

Entonces la madre, que lo escuchó por segunda vez, dijo:

–¡Ay, Dios mío, que éstos me han matado al pequeño, que han matado a mi hijo!

Y dijo el padre:

–Calla, mujer, que eso es un delirio que tú tienes.

Y dijo la madre:

–Pues vuévela a tocar tú, y piensa bien qué es lo que la flauta toca.

La cogió el padre y tocó, y la flauta volvió a decir:

*–Toca, toca, padre mío,
mis hermanos me mataron
por tres manzanas de oro
y al cabo no me robaron.*

Entonces el padre también se dio cuenta de lo que decía la flauta y cogió a los dos hermanos y los apaleó hasta que declararon la verdad. Entonces se marcharon a donde había cortado la caña el padre cuando pastoreaba al ganado, y allí apareció su niño, y le salía la caña del corazón.

35. JUAN SOLDADO

Juan Soldado era un mozo que se enroló de soldado y estuvo luchando en las guerras y un día se licenció cuando ya había cumplido su servicio y decidió volver a su casa. Se puso en camino, andando por esas tierras y durmiendo donde le pillara, y le dieron por la licencia del servicio una torta de pan y tres monedas. Entonces se encontró con un pobre que le pidió de comer y Juan Soldado le dio la mitad de su pan. Y ese pobre era el Señor, pero no le dijo nada. Más tarde se encontró con otro pobre que también le pidió de comer y Juan Soldado le dio la otra mitad de su pan y se quedó sólo con las tres monedas. Y ese pobre era san Pedro. Una noche en que estaba perdido vio una luz y se dirigió a ella, a ver quién había.

Llegó a donde la luz y allí estaban el Señor y san Pedro, que le recibieron.

–¿Puedo quedarme aquí con ustedes? –dijo Juan Soldado.

Y ellos le dijeron:

–Sí que puedes. Pero no tenemos de comer y uno de nosotros tendría que ir a comprar un cordero.

Y dijo Juan Soldado:

–Yo compraré el cordero, que aún me quedan tres monedas –y fue y lo compró. Entonces le dijo el Señor:

–Ahora te vas a ocupar de asar este cordero que has comprado, porque nosotros nos vamos acercar al pueblo de al lado a pedir un poco de pan.

El Señor y san Pedro se fueron al pueblo y Juan Soldado se quedó asando el cordero. Traía tanta hambre Juan Soldado y le sonaban de tal modo las tripas por el hambre que traía que no pudo resistir y se comió la asadura del cordero mientras los otros estaban fuera. Y cuando volvieron con el pan, se sentaron todos a comer.

–¿Qué? ¿Ya está listo el cordero? –dijeron.

–Listo está –contestó Juan Soldado, y se pusieron a comer.

Estaban comiendo cuando el Señor preguntó:

–¿Dónde está la asadura del cordero, que no la veo por ninguna parte?

Y dijo Juan Soldado, tan tranquilo:

–¡Anda! Pero ¿es que no sabes que éste es un cordero negro y que los corderos negros no tienen asadura? Los blancos sí que la tienen, pero no los negros.

El Señor y san Pedro se conformaron y comieron de lo que había. Después se echaron una buena siesta y, al despertar, se pusieron en camino otra vez. Pronto llegaron a un pueblo donde había un enfermo que se estaba muriendo y los familiares se acercaron al Señor, que tenía fama de curar a los enfermos en todas aquellas tierras, para pedirle que viera si el enfermo tenía curación. Juan Soldado se dirigió entonces a los familiares y les dijo que, como eran tres, tendrían que darles tres arrobas de carbón, tres de nueces y tres de vino. Así convinieron y el Señor, entretanto, mandó hacer una buena lumbre y que todos se fueran. Y cuando la lumbre estuvo bien fuerte, puso el Señor al enfermo sobre ella; y decía Juan Soldado:

–¡Madre mía! Cuando entren y vean que ha quemado al enfermo, aquí mismo nos matan.

Pero, al cabo del rato de estar el enfermo a la lumbre, el Señor le echó su bendición y el enfermo sanó todo y el Señor mandó abrir la puerta y mostró al enfermo a sus familiares, que le acogieron con gran alegría.

–Pídanos lo que quiera –decían–, que con todo gusto se lo daremos.

Y dijo el Señor:

–Nada quiero.

Y salieron los tres del pueblo.

Y ya se estaban alejando cuando Juan Soldado le dijo al Señor:

–Mire usted que me he dejado mi navaja donde el enfermo y, con su venia, vuelvo por ella –y el Señor sabía que Juan Soldado volvía para pedir dinero a los familiares del enfermo.

Conque volvió y dijo Juan Soldado:

–Dice mi amo que me tiene que dar usted dos talegas de dinero.

–Pues bueno –le dijeron aquellas buenas gentes–, aquí tiene usted las dos talegas y vaya con Dios.

Volvió Juan Soldado con sus compañeros y les enseñó las dos talegas y dijo:

–Si vosotros no las habéis querido, a mí sí me las han dado y más son.

–Pues tú sabrás –dijo el Señor. Y siguieron andando. Y llegaron a otro pueblo, donde también había otro enfermo que estaba en las últimas. El Señor volvió a convenir que le entregasen tres arrobas de carbón, tres de nueces y tres de vino y se encerró con el enfermo. Y Juan Soldado decía:

–Esta vez sí que nos matan –y empezó a comer nueces y vino para que le aprovecharan. Y pasado el tiempo, el Señor salió de la habitación donde estaba encerrado con el enfermo y el enfermo apareció sano como una manzana. Y le dijeron los familiares:

–Pida usted lo que quiera, que se lo hemos de dar.

Y dijo el Señor:

–Nada quiero.

Total, que se fueron como la otra vez y cuando ya se iban alejando, dijo Juan Soldado:

–Que me he dejado el pañuelo donde el enfermo y tengo que volver por él.

Y dijo el Señor:

–Pues nada, vuelve y tráetelo.

Y Juan Soldado volvió, pero nada de buscar el pañuelo. Les dijo a los familiares:

–Que vengo de parte de mi amo, que me tienen ustedes que dar tres talegas de dinero –y se las dieron.

Volvió Juan Soldado donde estaban el Señor y san Pedro y les mostró las talegas de dinero y les dijo:

–Las veréis, pero no las cataréis. Si a vosotros os dicen que pidáis y no queréis ¿por qué he de repartirlo con vosotros?

Pero el Señor le dijo que le entregara el dinero y lo dividió en cuatro partes y dijo:

–Tres partes son para nosotros tres y la cuarta es para el que se comió la asadura.

Y dijo Juan Soldado:

–Pues ésa es para mí, que yo fui quien se comió la asadura.

Y así se supo quién se había comido la asadura; entonces le dijo el Señor:

–Bueno, pues vete en paz.

Conque se fue Juan Soldado por su cuenta y llegó a un pueblo donde había un enfermo. Y como él había visto lo que hacía el Señor, dijo:

–Si ustedes me dan cuatro talegas de dinero yo les he de curar al enfermo.

Se las dieron y mandó encender una lumbre y se encerró con el enfermo, pero cuando puso al enfermo sobre la lumbre se le quemó todo y a la mañana siguiente fueron a verlo

y lo encontraron bien muerto. Y los familiares querían matar a Juan Soldado, pero entonces apareció el Señor y le dijo:

–Tú no tienes poder para hacer estas cosas. Yo ahora voy a resucitar a éste, pero tú no pedirás ningún dinero por eso y devolverás el que te han dado –y así lo hizo y el enfermo volvió a la vida.

Entonces se fueron otra vez el Señor y san Pedro con Juan Soldado. Y le dijo el Señor:

–Juan Soldado, porque fuiste bueno con nosotros y nos diste lo que tenías, ahora quiero darte lo que me pidas.

Y le dijo san Pedro:

–Anda, Juan Soldado, pide ir al cielo.

Y decía Juan Soldado:

–¿Y para qué quiero ir al cielo? ¿Es que no hay escaleras para subir allá? Yo lo que quiero es una silla que quien se siente no se pueda levantar de ella a menos que yo se lo mande.

–Bueno, pues concedido –dijo el Señor.

Y dijo Juan Soldado:

–Y también quiero un saco que sólo se abra y se cierre cuando yo lo mande.

–Bueno, pues concedido –dijo el Señor.

Y dijo Juan Soldado:

–Pues lo último que quiero es una higuera a la puerta de mi casa, que todo el que se suba en ella no se pueda bajar hasta que yo se lo mande.

–Bueno, pues concedido y ya son tres –dijo el Señor.

Y Juan Soldado se marchó y llegó a su pueblo y allí se casó.

Pasó el tiempo y un día dijo el diablo:

–Este Juan Soldado ya debe de estar viejo, así que habrá que ir a buscarle. ¿Quién va a buscarle?

Se ofreció un demonio chico y dijo el diablo:

–Muy bien, pues que vaya éste.

Conque llegó a la casa de Juan Soldado y tocó a la puerta y le abrió el mismo Juan Soldado, que conoció en seguida que era un demonio. Conque le dijo:

–¡Hombre! Ya veo que vienes por mí. Pues nada, siéntate en esta silla y espera mientras me visto.

El demonio chico se sentó en la silla y se quedó sentado sin poderse levantar. Entonces Juan Soldado llamó a su gente y entre todos le dieron una buena paliza hasta que el pobre demonio chico gritó:

–¡Juan Soldado, déjame ir y te aseguro que nunca más vendré por ti!

–Pues anda, levántate –dijo Juan Soldado, y el demonio chico escapó a todo correr y no paró hasta la misma puerta del infierno.

El diablo, al verle, se puso furioso, pero entonces un demonio grande le dijo:

–Déjalo, que ya voy a ir yo por Juan Soldado y lo he de traer de las orejas.

El diablo le dijo que bueno y el demonio grande se fue a buscar a Juan Soldado a su casa. Conque llegó a su casa y golpeó la puerta diciendo:

–Abre, Juan Soldado, que esta vez no te va a valer la silla.

Y salió Juan Soldado a abrirle y el demonio grande le dijo que le venía a buscar para llevarlo con él, y le dijo Juan Soldado:

–Pues ahora mismo me voy contigo, pero me tengo que calzar y, mientras me calzo, busca en ese saco que ves ahí el dinero para el viaje.

Metió el demonio grande la mano en el saco y no la pudo sacar. Entonces llamó Juan Soldado a su gente y vinieron con palos a apalearon al demonio grande hasta dejarlo todo magullado.

El demonio grande escapó cuando Juan Soldado le dejó sacar la mano del saco y volvió corriendo al infierno y dijo:

–Mirad cómo me han puesto.

–Pues así me pusieron ayer a mí –dijo el demonio chico y entonces el diablo se puso más furioso que nunca, se echó la capa encima y se fue él mismo a buscar a Juan Soldado. Llegó a su casa bufando y llamó a la puerta y cuando salió Juan Soldado le dijo:

–Ahora mismo te vienes conmigo, que no te van a valer ni la silla ni el saco.

Y le dijo Juan Soldado:

–Pues muy bien, señor diablo. Súbase a esa higuera y coja unos higos para el camino, que yo salgo ahora mismo.

Se subió el diablo a la higuera y, claro, no se pudo bajar. Y Juan Soldado llamó a su gente y empezaron a tirarle piedras hasta que se cansaron y el diablo sin poderse bajar de la higuera, que sólo se bajó cuando le dio permiso Juan Soldado y para entonces estaba tan baldado que casi no se podía mover y llegó al infierno medio muerto.

Volvió a pasar el tiempo y Juan Soldado ya era muy viejo y le tocó morir y en esto

llegó a la puerta del infierno y llamó a ver si se podía quedar allí.

–¿Quién va? –le preguntaron.

–Juan Soldado –respondió él.

–¡Ay, no, a ti no te abrimos, que bastante daño nos has hecho ya con tantas palizas!

Y Juan Soldado se marchó y estuvo vagando por ahí hasta que dio con la puerta del cielo. Y salió san Pedro a abrirle y le dijo:

–Pero ¡hombre! ¿Tú por aquí? ¿Pues no decías que no querías el cielo? ¿A qué vienes ahora?

–Pues ya ves –dijo Juan Soldado, humilde.

–¿Y no decías que si no había escaleras para subir aquí? ¿Pues qué, has subido por ellas? –se chanceaba san Pedro. Pero al final le dio pena y se fue a hablar con el Señor.

Y san Pedro le preguntó:

–¿Dónde ponemos a éste?

Y dijo el Señor:

–Ahí mismo, detrás de la puerta, donde se esté quieto.

Y allí está desde entonces, tan quietecito, Juan Soldado: en un rincón del cielo.

36. EL POBRE AVARICIOSO

Un pobre iba por esos caminos pidiendo de casa en casa y malviviendo de lo que por ahí le daban. Un día llamó a una casa para pedir limosna, como tenía por costumbre, pero en la casa le dijeron que ellos también eran muy pobres y que no podían darle nada. El hombre insistía e insistía:

–Ande, déme lo que sea.

Y ellos le decían:

–Pero si no tenemos nada, que nada nos sobra.

Y el pobre, dale:

–Pues aunque sea un garbanzo.

En vista de lo cual, pues le dieron un garbanzo y siguió camino. Así hasta que avistó otra casa y, como era de noche, pidió posada en ella. Le dijeron que sí, que entrara, y le dijo el pobre a la señora que lo atendió:

–Señora, ¿dónde puedo poner este garbanzo, que es lo único que tengo?

–Pues nada, déjelo usted ahí, en el vasar –dijo la señora.

El pobre se fue a dormir y a la mañana siguiente, cuando fue a buscar su garbanzo, no lo encontró; y le dijo a la señora:

–Señora, déme usted mi garbanzo, que no lo encuentro.

La señora fue al vasar y dijo:

–¡Ay, que se lo ha de haber comido una gallina!

Y le dijo el pobre:

–Pues si no me da usted el garbanzo, me da la gallina que se lo comió.

Empezaron a discutir y al final, por no oírle más, le dieron la gallina.

Se fue el pobre con su gallina y estuvo andando todo el día y al final del día se acercó a otra casa a pedir posada. Antes de ir a dormir preguntó dónde podía poner la gallina y le dijeron que la llevase al corral. Y a la mañana siguiente, cuando fue a buscar la gallina,

la gallina que no aparecía. Se ponen a rebuscar y descubren que se la ha comido la cerda. Y el pobre va y dice:

–Pues si no me da usted la gallina, me da la cerda que se la comió.

Los de la casa no querían darle la cerda, pero al final no tuvieron más remedio que entregársela y se fue el pobre con la cerda. Y como ya había cogido la costumbre, al caer la tarde del día siguiente volvió a pedir posada y pidió guardar la cerda. La metieron en la cuadra y se fue a dormir.

Y otra vez la misma historia: al levantarse vio que la cerda estaba muerta en la cuadra y preguntó la causa y le dijeron en la casa que la había matado la vaca en un descuido. Y el pobre hizo lo que las otras veces:

–Pues si no me da usted la cerda, me da la vaca que la mató.

Así que se fue con la vaca, cada vez más animado con su suerte, y llegó a otro lugar donde pidió posada. En esta casa había gran movimiento porque al día siguiente se casaba una hija de los dueños, de manera que le invitaron a que se quedase a pasar las celebraciones con ellos y el pobre dijo que sí. Guardaron la vaca en la cuadra y estuvo los tres días siguientes celebrando las bodas, que fueron magníficas. Y al término de los festejos, bien comido y descansado, pidió su vaca para irse. Y le dijeron:

–¡Ay, pero si hemos matado la vaca para la boda!

Y dijo el pobre:

–Pues si no me da usted la vaca, me da la novia.

Ellos no querían, pero el hombre se puso tan pesado que al final no tuvieron más remedio que darle la novia. El pobre la metió en su saco, se lo echó a la espalda y se fue a buscar otra casa pensando en lo mucho que ganaba con cada cambio.

Y por allí encontró otra casa donde le daban posada y él dijo:

–¿Dónde puedo dejar este saco?

–Pues aquí mismo, en un rincón de la cocina –le dijeron.

Entonces el pobre se fue a pedir a otras casas que estaban cerca y dejó allí el saco. Pero resulta que aquella casa era donde vivían los padrinos de la boda. En esto que se pusieron a amasar tortas y los chicos de la casa a cantar:

–Madre, hágame una torta.

Y entonces sale una voz del saco que dice:

–Madrina, hágame a mí otra.

Todos se quedaron extrañados y fueron a ver qué había dentro del saco y allí se

encontraron a la novia metida. Conque la sacaron de allí y en su lugar metieron lagartos y culebras. Y a la mañana siguiente el pobre cogió su saco, que estaba donde lo había dejado, y sin decir palabra se fue de la casa. Y cuando iba por el camino, se le empezaron a revolver todos los bichos que llevaba dentro y al abrirlo para ver lo que era se dio tal susto que se quedó muerto.

Eso fue lo que le pasó al pobre por avaro y aprovechado.

37. LA ZAPATILLA DE ORO

Un rey salió de caza con sus invitados y, siguiendo a una pieza, se despegó del grupo de tal manera que, al rato, empezó a echarse la tarde encima y vio que nadie le seguía, con la excepción de un conde de su corte. Entonces decidieron ambos buscar cobijo en alguna parte y quiso la casualidad que dieran con una casa en medio del campo.

En la casa vivía un matrimonio que tenía una hija muy guapa y muy bien dispuesta y en seguida ofrecieron posada al rey y a su acompañante.

En la casa no tenían mucho de comer, pero buscando buscando una cosa buena para el rey prepararon dos perdices y las guisaron y las trajeron a la mesa.

La muchacha partió las perdices y le dio las cabezas a su padre, las alas a su madre, los cuerpos al rey y a su acompañante y ella se quedó con las patas. Al ver este reparto, el joven conde que iba con el rey dijo:

–Estas perdices no están bien repartidas, pues nos toca a nosotros la mayor ración y eso no está bien.

Y dijo la muchacha:

–Sí, señor, que está bien, porque vea usted: la cabeza es para mi padre, porque es mi padre y la primera persona de la casa; las alas son para mi madre, que es la segunda persona de la casa; el cuerpo es para ustedes, que son los huéspedes. Y como yo soy la que va de acá para allá, pues para mí son las patas.

Dicho lo cual, todos aceptaron la explicación y se pusieron a comer. Y el joven conde se fijó en la muchacha porque le pareció muy lista, además de guapa y dispuesta.

Terminada la cena, se fueron a acostar; y le dijo el joven conde al rey:

–Tanto me ha gustado esa muchacha que me parece que me he enamorado y, si me quisiera, bien que me casaba con ella, porque no busco una mujer que tenga muchos bienes sino una que me guste aunque no tenga nada.

Y le dijo el rey:

–Pues nada, mañana por la mañana le pides a los padres la mano de la muchacha.

Así lo hizo al día siguiente, y el padre de la muchacha le contestó que ellos no eran dignos de que su hija se casase con él, pues no eran nobles sino artesanos pobres. El joven conde insistió en que le preguntaran a ella, pues si aceptaba, él se casaba con ella sin preocuparse de su condición. Llamaron a la muchacha y, cuando le dijeron que el conde la pretendía, dio su consentimiento. Y en unos pocos días se celebraron las bodas.

Pasó algún tiempo y un día, en palacio, el rey se dirigió al joven conde y le preguntó por su esposa, porque desde el día del matrimonio ya no había vuelto a verlos y sentía curiosidad. Y el conde le dijo:

–Ni aunque hubiera dado mil veces la vuelta al mundo hubiera encontrado una esposa mejor, ni más guapa, ni más dispuesta, ni más fiel y cariñosa que ella.

Esto lo escuchó uno de los ministros del rey, y comentó en voz alta para que le oyeran:

–No lo creo, que bien se sabe que todas las mujeres son el diablo.

Y dijo el joven conde:

–¿Que mi mujer es el diablo? Pues es la más honesta y buena que se pueda encontrar en el mundo.

–¡Ajá! –dijo el ministro–. ¿Eso es lo que crees? Entonces vamos a apostar la cabeza a que no es tan honesta como tú crees.

–Apostada está –contestó el conde irritado –Pues el rey es testigo –dijo el ministro.

Acordaron que el conde estaría ocho días sin volver a su casa y, mientras tanto, el ministro intentaría hacerla pecar. Y allí se quedó el conde, en el palacio del rey, esperando que pasasen los ocho días.

Entonces el ministro fue a la casa del conde y pidió ver a la señora, pero ella mandó decir a la criada que no quería ver ni hablar a otro estando su marido fuera. El ministro no desesperó y continuó insistiendo y así un día le decían que no estaba la señora, otro que había salido, otro que no podía recibirle. Y empezaron a pasar los días y el ministro se desesperaba pues no veía el modo de llegar a ella porque ella no consentía.

Así que empezó a pensar qué podría hacer antes de que se cumplieran los ocho días, pues si no perdería su cabeza, y en esto le vino la idea de buscar a la peinadora de la condesa y le dijo que le daría tres talegos de oro si le daba tres señas de la condesa. La peinadora le dijo que sí. Al día siguiente, estaba atendiendo a la condesa, y ésta dejó sus anillos en el tocador para lavarse y entonces le quitó un anillo muy bonito que le había

regalado el conde; luego, cuando la peinaba, le cortó un mechón de su cabello sin que se diera cuenta; y luego se fijó que tenía un lunar en el pecho derecho. Y apenas salió de la casa del conde, la peinadora fue a ver al ministro y le dio las tres señas de la condesa.

El ministro se fue tan contento al palacio y llamó al rey, al conde y a testigos. Como era el octavo día, el rey le dijo:

—¿Cómo es que no has podido venir hasta hoy?

Y decía el ministro:

—Pude venir antes, pero me estuve aprovechando.

Entonces el conde le amenazó con matarlo allí mismo, pues no lo creía; y dijo el ministro:

—¿No lo crees? Pues mira este anillo y dime si lo conoces —y le mostró el anillo—. Dime si conoces este pelo —y le mostró el mechón—. Y dime si tu esposa no tiene un lunar en el pecho derecho.

El conde, anonadado, reconoció las tres señas. Entonces dijo el rey:

—Que llamen al alguacil para que prenda al conde y al cabo de tres días le corten la cabeza.

Conque encerraron al conde y quedó en capilla a la espera de que le decapitaran. Como a los presos les dejaban pedir un deseo, el conde pidió que le dejaran escribir una carta a su esposa. Entonces le explicó en la carta lo sucedido y le preguntaba si era cierto que había estado con el ministro, que él creía que no y que por eso había apostado su cabeza.

La condesa se dio cuenta en seguida de la situación y, sin perder más tiempo, se fue buscar a un orfebre y le encargó que le hiciera una zapatilla de oro en veinticuatro horas.

El orfebre se echó las manos a la cabeza y dijo:

—¡Una zapatilla de oro en un solo día! ¡Eso es imposible!

—Pues en un día ha de ser, que no hay nada que no se pueda hacer si uno quiere.

—Bien —dijo el orfebre—, pero me dará usted el doble de lo que vale.

La condesa aceptó y luego se fue a ver a una modista y le encargó una túnica de terciopelo morado y sucedió lo mismo, pero se avino a hacerla porque la condesa le pagó el doble de su valor. Total, que al día siguiente, la condesa vistió la túnica, puso la zapatilla en una bandeja y se fue a la puerta del palacio del rey y empezó a decir en voz muy alta, para que la oyeran desde el palacio:

—¡Pido justicia al cielo, que en la tierra no la encuentro!

Lo gritó una y otra vez hasta que llegó a oídos del rey; y éste dijo:

–¡Quién dice tal! Yo soy un rey que hace justicia a todos por igual y no me vendo por dinero.

Y añadió:

–¡Traedme inmediatamente a esa mujer!

Así que estuvo en presencia del rey, éste le preguntó:

–¿Qué es lo que va usted diciendo por ahí?

–Que no encuentro justicia en la tierra y por eso la pido al cielo; porque hay un hombre que me ha robado una zapatilla como ésta, tomándola de mi alcoba, y ese hombre es... –y dijo el nombre del ministro del rey.

El rey, al oír esto, mandó al alguacil que trajera a su presencia al ministro. Cuando llegó éste, la condesa repitió su acusación; y dijo el ministro:

–¡Qué dice esta loca! ¡A esta mujer yo no la he visto en mi vida!

Y dijo la condesa:

–¿Dice usted que nunca me ha visto, ni me conoce, ni me ha robado la zapatilla de oro?

El ministro volvió a negar y ella insistió:

–¿Jura usted que nunca me ha visto ni me conoce? ¿Lo jura usted tres veces sin desdecirse?

Y el ministro contestó:

–Sí, señora, tres veces y cuantas fuera necesario. Que yo no la he visto a usted nunca ni la conozco de nada.

Entonces la condesa le dijo:

–Entonces ¿por qué dice usted que ha dormido conmigo?

Quedaron los presentes suspensos ante esta pregunta y dijo la condesa al rey:

–Señor, mandad llamar a mi marido, que yo soy la campesina que ustedes encontraron yendo de caza y con la que el conde se casó y habéis oído jurar que no he sido infiel a mi marido.

El rey y toda la corte quedaron maravillados de la agudeza de la muchacha. Mandaron llamar en seguida al conde, que en cuanto vio a su esposa se abrazó a ella y luego perdonaron la vida al ministro, pero el rey lo desterró para siempre de su corte.

38. EL PERAL DE LA TÍA MISERIA

La tía Miseria era una mujer pobre y anciana, que vivía en una choza a las afueras del pueblo y no tenía más que un jergón para dormir, una silla para sentarse y un cestillo para recoger las peras que daba un peral que tenía a la puerta de su casa. El peral era un árbol muy generoso que daba todos los años unas peras muy buenas y la tía Miseria vendía las peras y con eso e ir a pedir limosna se mantenía durante todo el año.

Pero ocurría que, como las peras eran tan buenas, los chicos del pueblo venían y se las robaban y ella sólo podía recoger las que dejaban. Y como era de edad muy avanzada no podía correr detrás de ellos y en cuanto se descuidaba se las robaban y escapaban a la carrera. Y otras veces se las robaban porque tenía que ir a pedir limosna y no podía vigilar el árbol.

También tenía un hijo que se llamaba Ambrosio por el hambre que pasaba, pero ya no vivía con ella y no sabía dónde estaba. Y tenía un perro mil razas que era su única compañía. A veces les echaba el perro a los chicos, pero éstos le espantaban al animal a cantazos.

Un día apareció a la puerta de su casa un pobre. Era un día en que había estado nevando todo el rato y ya al anochecer se presentó el pobre. La tía Miseria lo invitó a pasar y a compartir unas sopas de pan que había hecho con el producto de las limosnas de ese día. Y como el pobre estaba aterido, que se ve que lo había pasado muy mal, le cedió su jergón, compadecida, y ella se echó a dormir en el suelo sobre un montón de paja.

A la mañana siguiente, la tía Miseria vio que el pobre se levantaba ya para irse y le dijo:

–Espere usted, que primero me voy al pueblo a buscar unos pedazos de pan que me habían prometido ayer y los traigo para que se vaya usted desayunado.

El pobre se negó y la tía Miseria insistió e insistió; e insistía tanto que al fin el pobre se

vio obligado a decirle que él era en realidad un santo del cielo y que Dios le había mandado al mundo para ver cómo se ejercía la caridad y que, haciendo este encargo, había dado con ella. Y le dijo:

–En vista de tu bondadoso corazón voy a concederte una gracia, la que tú me pidas.

Y la tía Miseria no quería pedirle nada, pero de pronto se acordó de sus fatigas con el peral y le dijo:

–Vea usted, le voy a pedir una gracia: que siempre que alguien se suba al peral a comerse mis peras, no pueda volver a bajar de él sin que yo se lo mande.

Y el santo del cielo se lo concedió.

Al año siguiente, cuando llegó el momento de que las primeras peras empezasen a madurar, llegaron como siempre los chicos a robar las peras; subieron al árbol a cogerlas y allí se quedaron agarrados sin poderse bajar. Entonces llegó la tía Miseria y les dio buenos palos a todos en el culo con su cachaba y el perro unos buenos mordiscos en las piernas. Cuando se cansó y los dejó ir, corrían todos que se las pelaban de vuelta a sus casas. Pronto se extendió la noticia de lo que ocurría a quienes se subían al peral de la tía Miseria y desde entonces no volvieron a quitarle una pera. Y, claro, como ahora podía venderlas en la época en que los frutos maduraban, ella sacaba un dinero para aliviar su pobreza.

Así pasaron los años y la tía Miseria cumplió más de noventa.

Un día llegó a la puerta de su casa uno que parecía hombre y mujer, cubierto con una gran capa negra y con una guadaña al hombro y le dijo a la tía Miseria:

–Vamos, Miseria, que ha llegado tu hora.

La tía Miseria reconoció en seguida a la Muerte. Y empezó a protestar:

–¡Mira tú! Ahora que estaba pasando unos años tranquila, ahora que estoy viviendo yo tan a gusto con mis cuatro cosas, quieres que te acompañe. Pues no me quiero morir.

Porfió la tía Miseria y lo argumentó de todas las maneras, pero al fin vio que no podía esquivarla y entonces le dijo a la Muerte:

–Bueno, está bien, ya me voy; pero, mientras me arreglo, haz el favor de cogerme esas cuatro peras que quedan en el peral, que las quiero para el camino.

La Muerte accedió y se subió al árbol a coger las peras; y al ir a bajar vio que no podía y que se había quedado agarrada a él. E hizo todos los esfuerzos que sabía, pero nada, no hubo manera y allí se quedó. Y la tía Miseria, que la observaba desde el ventanuco, le gritó:

–Ahí te quedas tú y aquí me quedo yo, que sin mi permiso no puedes bajar.

Así pasaron otros pocos años y, entretanto, en el mundo empezó a sentirse la ausencia de la Muerte y nadie se moría. Los viejos se hacía más viejos, pero ninguno moría. No se moría la gente ni en las guerras. Los que, desesperados, se suicidaban, sólo quedaban malheridos. Había muchos enfermos que pedían a los médicos que los mataran y los médicos, a su vez, no podían con todos y andaban buscando algún modo de que se muriese la gente. La desesperación era muy grande y cada vez aumentaba más y muchísima gente odiaba la vida y trataba de deshacerse de ella. Pero no había manera, porque la Muerte estaba colgada del peral de la tía Miseria.

De modo que estaban todos los médicos más desesperados que nadie y unos a otros corrieron la noticia de que habían tomado la decisión de encontrar a la Muerte donde fuera y se esparcieron por el mundo a buscarla, cada uno donde tenía a sus enfermos, por insignificante que fuera el lugar; y uno de ellos acertó a pasar cerca de la choza de la tía Miseria. Y al verlo, la muerte le llamó:

–¡Eh, tú, médico!

El médico la reconoció de inmediato:

–¡Vaya, vaya, al fin, mi amiga la Muerte! –dijo loco de contento, porque la verdad es que a aquel médico se le moría mucha gente–. Sabrás que te andamos buscando por medio mundo.

–Pues sácame de aquí, que estoy atrapada en el peral.

El médico, ni corto ni perezoso, se subió al árbol para ayudar a la Muerte y quedó preso él también. Y así estuvo día y noche junto a la Muerte hasta que sus familiares, que eran de allí cerca y le andaban buscando en la creencia de que se habría perdido en el bosque, lo encontraron agarrado al árbol. Y llamaron a otros del pueblo y al alcalde y entre todos llegaron con hachas para derribar el peral; y en esto la tía Miseria apareció por allí y les gritó:

–¡No me cortéis el peral, que es lo que más quiero en el mundo!

Y ellos le dijeron:

–Pues tenemos que hacerlo para librar a la Muerte, que los enfermos y los viejos y los heridos y todo el mundo están que ya no pueden más de tantas calamidades.

Y dijo la tía Miseria:

–Pues aunque me cortéis el árbol no se soltará de él nadie que esté agarrado. Así que yo soltaré a la Muerte con una condición.

–¿Cuál es la condición? –preguntó la Muerte.

–Que no vengas por mí ni por mi hijo Ambrosio hasta que yo te llame tres veces – respondió la tía Miseria.

–De acuerdo –dijo la Muerte. Y la tía Miseria la dejó ir.

La Muerte, apenas se vio libre, empezó a segar vidas con su guadaña. La gente empezó a morir por todas partes, morían miles y miles, viejos, enfermos, heridos, y hubo más guerras que nunca y la Muerte no daba abasto después de tantos años porque había muchísimos que la buscaban y tenía que atender a todos de la mañana a la noche, sin descanso. Y segó tantas vidas como nunca se pudo ver antes.

Mientras tanto, la tía Miseria siguió viviendo en su choza con su peral, su jergón, su silla, su cesto y su perro, tan tranquila por más que pasaran los años, pidiendo limosna y vendiendo sus peras en temporada. Y allí sigue, porque como la tía Miseria no ha llamado aún a la Muerte, todavía existe en el mundo; y ella y su hijo el Hambre existirán siempre, pues no tienen la menor intención de llamarla.

39. EL JOVEN QUE VENDIÓ SU ALMA AL DIABLO

Érase una vez un joven de familia campesina que se fue a cumplir el servicio militar. Una vez que terminó el servicio, volvió al hogar, donde le recibieron con alborozo porque se incorporaba a la casa de la que había salido. Pasadas las fiestas de la recepción del mozo, éste se puso a trabajar en la hacienda familiar y a poco decidió que el trabajo del campo no le gustaba, que prefería dedicarse a otra cosa. Estuvo cavilando qué haría y al final decidió hacerse cazador. Cogió su escopeta, se la echó al hombro y se fue al monte a cazar, y la verdad es que no le iba mal en su nuevo oficio.

Un día en que andaba cazando, se echó a dormir la siesta a la sombra de un árbol y de pronto oyó muchos ruidos y vio que se acercaba una fiera dispuesta a devorarlo. El mozo, que era valiente, se echó la escopeta a la cara, apuntó bien y mató a la fiera. Apenas hubo hecho esto, escuchó una voz que al pronto no sabía de dónde venía, una voz que dijo:

–Ya veo que eres un hombre bien plantado, y aquí vengo para hacer un trato contigo.

Quien hablaba era el diablo. Y el mozo dijo:

–Veamos ese trato y yo te diré si quiero o no quiero hacerlo.

Dijo el diablo:

–Yo quiero que me vendas tu alma. Durante cinco años, tu alma estará pendiente de mí. En el caso de que mueras antes de que los cinco años se cumplan, tu alma es mía. Si pasan los cinco años sin que mueras, quedas libre y puedes hacer lo que quieras.

El mozo se lo pensó y dijo:

–Si acepto, ¿qué me das a cambio?

Y respondió el diablo:

–A cambio te doy este abrigo que traigo aquí. Este abrigo te dará todo el dinero que necesites en este tiempo; tú sólo tienes que meter las manos en los bolsillos y sacarás lo que te haga falta. Pero tengo otra condición que añadir y es ésta: en esos cinco años no

podrás pelarte, ni afeitarte, ni lavarte; así irás por el mundo y siempre llevarás el abrigo encima.

El mozo volvió a pensar y dijo:

–Está bien. Acepto el trato.

–Pues ya sabes –dijo el diablo–, en este mismo sitio nos encontraremos dentro de cinco años si es que no has muerto antes.

Y cada uno se fue por su lado después de este arreglo.

Fueron pasando los años y, al cuarto de ellos, el mozo se paseaba por el mundo convertido en un espantajo por su aspecto horripilante, pues ni se había cortado el pelo, ni afeitado, ni lavado en todo ese tiempo. Su vida era difícil porque todo el que le veía, huía horrorizado de él.

Una noche llegó a un pueblo y decidió dirigirse a la posada. Nada más entrar, el posadero se pegó tal susto que no sabía si echar a correr o pegarle un tiro. El espantajo le habló entonces con buenas palabras y le pidió posada para esa noche, ofreciendo pagar mucho dinero. El dueño de la posada, que vio el dinero, dijo que podía darle un cuarto apartado que tenía, pero con la condición de que se encerrase allí y no se presentara a los demás huéspedes, porque si éstos le veían sería su ruina. El espantajo aceptó el trato y se fue a dormir al cuarto aquel.

Al cabo del rato, llegó otro caminante a la posada y pidió cama, pero como la posada estaba llena el posadero le dijo que no tenía. El hombre insistió, y como era vecino de un pueblo cercano, y conocido, el posadero se atrevió a ofrecerle la otra cama del cuarto donde dormía el espantajo.

–No me queda más que una cama en un cuarto apartado que tengo –le dijo–, pero tengo durmiendo en él a un hombre tan horrible que yo no pasaría la noche en su compañía.

El caminante le contestó que eso no le importaba, porque estaba tan cansado que dormiría en la cueva de un ogro si hiciera falta. Y el posadero le condujo al cuarto apartado.

Entró el caminante en el cuarto y apenas vio el aspecto del espantajo se le encogió el corazón; pero el cansancio y la necesidad pudieron más y se acostó en la otra cama. El caso es que al poco rato se pusieron a hablar los dos y como el caminante estaba muy preocupado por su suerte, le contó al espantajo que se encontraba en aquel pueblo por un pleito, que lo había perdido y que todas sus propiedades no le daban para pagar lo que

el juez le pedía. Entonces el espantajo le preguntó cuánto dinero necesitaba y cuando el otro se lo dijo, echó mano al bolsillo y sacó aquella cantidad y se la dio, para que pagase la deuda y volviera tranquilo a su casa y a sus tierras.

El caminante se quedó atónito al ver todo ese dinero y, después de dudar mucho, y animado por el espantajo, lo aceptó con una condición:

–Mire usted –le dijo–, yo le acepto el dinero, pero usted se viene a mi casa conmigo. En mi casa tengo yo tres hijas y les voy a contar lo que usted ha hecho por mí. Y si después de eso alguna de ellas quiere casarse con usted, pues yo no tengo inconveniente.

Conque a la mañana siguiente, el caminante se fue para su casa y en cuanto llegó anunció a sus hijas lo que le había sucedido y el trato que había hecho.

Como este hombre se había adelantado al espantajo, las dos hijas mayores tuvieron tiempo de acicalarse para recibir la visita. La más pequeña, en cambio, como la tenían siempre metida en la cocina, no tuvo tiempo ni de lavarse siquiera.

Por fin, cuando ya caía la tarde, el espantajo llegó a la casa. Las tres hijas del caminante estaban esperándole en el salón de la casa. Y así que apareció, las dos mayores huyeron despavoridas al ver su horrible aspecto. La más pequeña, en cambio, se le quedó observando con curiosidad y no se movió de allí.

Y dijo el espantajo:

–Ya veo que esta niña no se asusta de mí. ¿Es que acaso me quiere por marido?

Y dijo la hija pequeña:

–Sí que lo quiero, que mi padre me ha contado el bien que nos ha hecho y yo no me asusto de usted.

El espantajo, entonces, se sentó junto a ella y le contó el porqué de su aspecto, el pacto que tenía hecho con el diablo, y que aún le quedaba un año para cumplirlo. La hija pequeña le escuchó atentamente y cuando terminó le dijo que por ella no se preocupase, que ella le esperaría el tiempo que hiciera falta.

–Muy bien –dijo el espantajo–, pues serán dos años; uno porque tengo que cumplir mi pacto, y el otro porque tengo que recoger el dinero que he ido guardando durante todo este tiempo. Y para que me reconozcas cuando vuelva, voy a partir en dos este anillo que llevo; tú guardarás una mitad y yo la otra; a mi vuelta emparejaremos las dos partes del anillo y así nos reconoceremos.

Así lo acordaron y él salió de la casa y siguió recorriendo el mundo.

Un día se cumplió el quinto año y el espantajo volvió al lugar donde se encontrara con

el diablo; y el diablo, que le estaba esperando, dijo:

–Reconozco que no he podido conseguir tu alma y el plazo ha vencido. Devuélveme el abrigo y aquí terminamos.

Entonces el espantajo, cuyo aspecto era más horrible que nunca, le dijo al diablo:

–Yo te daré el abrigo, pero antes has de dejarme como el día en que nos encontramos.

Aceptó el diablo y el espantajo se convirtió en un mozo tan fuerte y hermoso que daba gusto verlo.

Entonces el joven se dedicó a recorrer todos aquellos lugares en los que había ido guardando el dinero obtenido del abrigo y al cabo del año tenía reunida una buena fortuna. Cogió su fortuna y se dirigió a la casa de las tres hermanas. Esta vez, cuando llegó, las dos hermanas mayores se quedaron prendadas de él y estaban las dos a cual más acicalada y más atenta a sus deseos, para agradarle y que se fijara en ellas. La pequeña, en cambio, ni le vio, de lo atareada que la tenían en la cocina.

Y dijo el joven:

–¿No hay más muchachas en esta casa?

Y contestaron las dos mayores:

–Solamente nosotras, y la criada, que está en la cocina.

Y dijo el joven:

–Pues quiero ver a la criada.

Las dos hermanas volvieron a decir:

–Para qué vamos a llamar a la criada, si está todo el día del fuego a la ceniza y de la ceniza al fuego, que no hay quien la mire de lo sucia que está.

Volvió a decir el joven que no le importaba, que a pesar de todo quería verla, y las otras dos, que bien sabían que era su hermana pequeña, no consentían en que la viera, pero él se empeñó tanto que no hubo más remedio que llamarla. Entró la hermana pequeña en el salón donde estaban los demás y no reconoció al joven, de tan arrogante y guapo que estaba; y el joven se acercó a ella y le dijo:

–¿No tendrá usted un pedazo de anillo que hace dos años le entregó un espantajo que sacó a su padre de un apuro muy grande que tenía?

Ella contestó:

–Sí, aquí lo tengo.

Conque sacó el pedazo de anillo de la faltriquera y entonces el joven sacó el pedazo suyo y vieron que casaban a la perfección y hacían juntos un anillo entero.

–Yo soy aquel espantajo –dijo el joven– y ahora vengo a buscar a la que no se asustó de mí y me quiso para casarme con ella.

En vista de lo cual, se celebraron las bodas del joven con la hermana pequeña y las celebraciones duraron cinco días y cinco noches comiendo y cenando y bailando sin parar y todo el pueblo estuvo invitado.

Al ver todo esto, las dos hermanas mayores tuvieron tal ataque de envidia que un día, sin poderlo resistir más, fueron y se tiraron juntas a un pozo cercano, donde murieron ahogadas.

Y se dice que cuando murieron las dos hermanas, el joven escuchó una voz, que era la voz del diablo, que le cantaba alegremente esta copla:

*–Al final he vencido yo,
que por tu alma he ganado dos.*

40. LA NOVIA RANA

Pues, señor, se cuenta que una vez, en una finca en el campo, había un matrimonio feliz; los dos esposos se querían mucho y vivían holgadamente del producto de sus tierras, pero no tenían descendencia.

Como esto les apenaba y el tiempo seguía pasando, un día la mujer se enfadó y dijo:

–¡Con tal de tener hijos, no me importaría que fueran ranas o culebras!

Y sucedió que, a los nueve meses de haber dicho semejante disparate, la mujer dio a luz a una rana y a una culebrilla. La culebrilla, apenas nació, se fue a un gran lago que había entre las montañas, pero la rana se quedó y sus padres la criaron con muchas atenciones y cariño.

Un día estaba la rana dando saltos por la casa y le dijo su madre:

–Qué pena que seas rana, porque no puedes ayudarme en las tareas de la cocina, que me tienen sofocada, y luego he de llevar la comida a tu padre al campo, que en todas las otras casas se la llevan las hijas.

Y dijo la rana, toda animosa:

–¿Dice usted que yo no sirvo para llevar la comida a mi padre? Pues vaya poniéndola usted en la cesta, que ya verá si se la llevo o no.

Y se la llevó, con lo que estaba la rana de lo más contenta; estaba tan contenta que se pasó todo el camino de vuelta cantando y la verdad es que cantaba que daba gusto oírla.

Aquel día andaba por allí un cazador y en esto oyó cantar a la rana y se fue tras ella, hechizado por su cantar, y la siguió durante tanto tiempo que llegó con ella hasta su casa. La madre, que los vio venir por la ventana de la cocina, salió afuera con la pala de hornear y le dijo al cazador en tono amenazante:

–Haga usted el favor de marcharse inmediatamente, que de mi hija rana no se burla nadie –porque creyó que la seguía para hacer burla de ella. Mas el cazador volvió al día siguiente con la mejor intención y pidió ver a la rana y se hizo novio de ella.

El cazador resulta que era uno de los dos hijos del rey y los dos eran gemelos. El rey tenía que decidir cuál de los dos hijos habría de ser su sucesor, porque cuando nacieron nadie se ocupó de anotar quién nació primero de los dos y así no se podía determinar cuál era el heredero del trono.

Luego de mucho pensar, resolvió llamar un día a sus dos hijos y proponerles lo siguiente:

–Como bien sabéis que no puedo nombrar heredero por causa natural, he decidido mandaros una prueba: tenéis que traerme tres cosas excepcionales, en lo que os han de ayudar vuestras novias, y aquel que traiga las tres mejores, ése será el heredero del trono.

Y añadió:

–La primera cosa que habéis de traerme es un vaso que no tenga par en el mundo.

El que era novio de la rana se quedó cariacontecido pensando que la novia de su hermano, que era hija del orfebre mayor del reino, le conseguiría a su hermano el mejor vaso, porque la rana bien poco podría ayudarle en este trance. Pero de todas formas fue y le contó a la rana su problema.

Entonces la rana le dijo que no tuviera cuidado, que ella le conseguiría el vaso. Llamó al gallo del corral, se montó en él y le dijo que la llevara al lago entre las montañas. Allá se fue por los aires cabalgando el gallo, que la dejó en la orilla del lago. Entonces la rana gritó:

–¡Culebrilla! ¡Hermana!

Al poco, la culebrilla asomó su cabeza fuera del agua y dijo:

–¿Quién me llama?

Y le contestó la otra:

–Tu hermanita la rana.

La culebrilla se alegró mucho de ver a su hermana y ésta le contó lo que ocurría con el príncipe y que necesitaba un vaso tan singular y bello que no tuviera par en el mundo. Entonces la culebrilla se sumergió en el lago y volvió a aparecer con un vaso hermosísimo, y le dijo:

–Llévale éste, que es el vaso donde bebo yo.

La rana le dio las gracias, se volvió con el vaso y se lo entregó al príncipe. Éste lo llevó corriendo a palacio y su hermano también entregó el suyo; y el rey se los quedó y dijo:

–Ahora tendréis que traerme un tapiz de seda bordado en oro.

El príncipe que era novio de la rana se dijo esta vez: «La novia de mi hermano le dará un tapiz mejor que el mío, porque tiene fama de ser la mejor bordadora del reino. Pero, en fin, se lo contaré a mi novia de todos modos».

Se fue a ver a la rana y le contó lo que quería el rey esta vez y la rana le dijo de nuevo que no se preocupara, que le entregaría el tapiz que quería. Llamó al gallo del corral, se subió en él y le dijo que la llevara al lago entre las montañas.

Allá se fue otra vez por los aires cabalgando el gallo, que la volvió a dejar en la orilla.

–¡Culebrilla! ¡Hermana!

–¿Quién me llama?

–Soy yo, tu hermanita la rana.

–¿Qué quieres ahora?

–Un tapiz de seda bordado en oro, pero ha de ser tan hermoso que no exista par en el mundo.

La culebrilla se sumergió en el lago y reapareció con un tapiz hermosísimo, y le dijo:

–Llévale éste, que es la colcha con la que duermo yo.

La rana se lo dio al príncipe y éste, muy contento y admirado, se apresuró a llevárselo a su padre.

Y dijo el padre:

–Ésta es la tercera y última cosa: puesto que tan bien os han ayudado, traed a palacio a vuestras novias para ver cuál es la más bella.

El pobre príncipe se quedó desolado, pues sabía que la hija del orfebre era una muchacha muy bella y su novia, en cambio, era una rana, así que pensó que no se lo diría; pero también pensó: «Bueno, no me cuesta nada ir a verla y contarle lo que pasa». De manera que fue y le dijo:

–¡Ay, mi pobre novia, que esta vez el rey pide que te lleve a palacio para ver cuál de las dos novias es la más bella!

Y le dijo la rana:

–Entonces, a mí me abandonarás y ya no me querrás.

Y el príncipe contestó:

–No es verdad, que yo te quiero.

Y ella preguntó:

–¿Me quieres para casarte conmigo?

Y contestó él:

–Sí, para casarme contigo.

–Pues vete a la orilla del lago entre las montañas y espérame allí.

Apenas se hubo ido el príncipe, la rana montó en el gallo y se fue volando hasta la orilla del lago, antes de que el príncipe llegara. Y fue y llamó a su hermana:

–¡Culebrilla! ¡Hermana!

–¿Quién me llama?

–Tu hermanita, la rana.

–¿Qué quieres ahora?

–Un coche con cuatro caballos, el más elegante y lujoso que haya, que tengo que ir a palacio con mi novio el príncipe y quiero, además, que nos acompañes.

De inmediato surgió del agua un coche tirado por cuatro caballos blancos con guarnición de plata y el coche era blanco de marfil. Y en esto llegó el príncipe, que se quedó admirado de aquel portento; y la rana y la culebrilla subieron al coche y el príncipe las precedía camino de palacio.

Cuando llegaron al palacio, todo el mundo estaba allí esperando y, al entrar en la avenida que conducía al palacio, la rana dejó caer su pañuelo fuera. El príncipe saltó de su caballo y se bajó a recogerlo, y cuando se acercó a la rana para devolvérselo vio con asombro que dentro del coche había una muchacha bellísima.

Y la muchacha le dijo:

–No te asombres, que yo, al nacer, me convertí en rana por una maldición que cayó sobre mi madre y no podía salir de ese estado hasta que encontrara a un hombre que quisiera casarse conmigo. Ahora lo he encontrado y vuelvo a mi verdadero ser y mi nombre es María.

Toda la corte se quedó admirada al ver llegar un coche tan lujoso y aún se admiró más al contemplar la belleza de la novia. Y el rey ofreció un banquete a todos los presentes, antes de que deliberaran sobre cuál de los dos hermanos había cumplido mejor con la prueba impuesta.

Entonces el otro hermano le dijo a su novia, la hija del orfebre mayor:

–Tú haz todo lo que haga la novia de mi hermano –pues así se aseguraba de que ninguna sobresalía sobre la otra en este trance.

Comezó el banquete y, de cada plato que servían, María echaba una cucharada en un cuenco que tenía sobre su regazo; la hija del platero, que lo vio, hizo lo mismo. Al término del banquete, María tomó la comida que había apartado en el cuenco y la echó a

puñados sobre el rey y los invitados, sólo que los puñados de comida se convirtieron en flores de todos los colores, que caían sobre ellos.

Al ver esto, la hija del orfebre se levantó e hizo lo mismo, pero la comida no se convirtió en flores y puso a todos los invitados pringando.

Por fin, el rey pidió a la corte que diera su parecer sobre las tres cosas que había traído cada hermano y todos decidieron que las más singulares y preciosas eran las que habían traído el novio de María. Y el rey le nombró su heredero y al cabo de una semana el príncipe y María se casaron ante la satisfacción de todos. Y al día siguiente se casó el otro hermano con la hija del orfebre mayor y todos vivieron felices y el rey con ellos.

Y la culebrilla, en vista de que todo había salido tan bien, le dejó a su hermana como regalo de boda el vaso y el tapiz y se dio media vuelta y se volvió al lago con el coche. Y dicen que allí vive todavía, esperando que, como le ocurrió a su hermana, un hombre quiera casarse con ella.

Y ya no cuento más, pues aún tengo de ir al lago para ver si es verdad.

41. LOS ANIMALES MÚSICOS

Un campesino tenía un burro muy viejo, tan viejo que ya no servía para trabajar y, en vista de eso, lo soltó en mitad del campo y lo dejó allí abandonado. El pobre animal casi no se podía valer, pero echó a andar a ver que encontraba por ahí y en esto dio con un perro, un gato y un gallo que estaban a la sombra de un árbol. Y cuando se acercó a ellos, vio que todos eran tan viejos como él y que se habían juntado por necesidad, pues sus amos los habían abandonado.

Y les dijo:

–¿Adónde van a ir ustedes ahora?

Y como ninguno sabía, dijo el burro:

–¿Por qué no vamos a la ciudad a aprender música, que es un buen oficio?

Conque los cuatro se pusieron en marcha tan animados y olvidando su desgracia. Luego se les hizo de noche y la noche les pilló en mitad de un bosque.

–¿Dónde vamos a dormir? –se preguntaron.

Como no veían bien dónde estaban, el perro se subió sobre el burro, el gato sobre el perro y el gallo sobre el gato; y miró el gallo en todas direcciones hasta que vio una luz entre los árboles y dijo:

–¡Ánimo, amigos, que allí delante veo una luz!

Se fueron en esa dirección hasta que encontraron una casa con una ventana iluminada y pensaron mirar por la ventana por ver qué gente había dentro, pero no alcanzaban, de manera que el perro se subió sobre el burro, el gato sobre el perro y el gallo sobre el gato. El gallo estiró la cabeza para ver dentro y vio que eran ladrones que estaban contando el dinero que habían robado, y se lo dijo a sus compañeros.

Entonces el burro empezó a rebuznar, el perro a ladrar, el gato a maullar y el gallo a cantar y formaron tal algarabía que los ladrones, asustados, echaron a correr de estampía y dejaron todo el dinero y todo lo que llevaban en la casa.

Los animales entraron en la casa pensando que ya tenían donde dormir y, además, mucho dinero. Así que el gato se echó al arrimo de la chimenea, el burro se buscó un sitio en el jardín, como era su costumbre cuando estaba con su amo, el perro se puso a la puerta para guardarla y el gallo se subió a una piedra que asomaba en lo alto de la pared.

Pero los ladrones, poco a poco, fueron volviendo y uno de ellos, que era más valiente que los demás, les dijo que iría a ver quién estaba por allí. Y entró por la ventana sin hacer ruido.

Una vez dentro, vio brillar algo donde estaba la chimenea y, pensando que serían unas brasas, se acercó para orientarse, pero eran los ojos del gato, que se le tiró a la cara y se la arañó toda. Y cuando echó a correr, según salía por la puerta, el perro le tiró un buen mordisco y, cuando cayó al jardín, el burro le pegó una coz que lo mandó a donde estaban sus compinches; y entretanto, el gallo cantaba en lo alto:

–¡Quiquiriquííí!

Y les dijo el ladrón a sus compañeros:

–Corramos, amigos, que ahí dentro hay duendes; que uno se me tiró a la cara y casi me deja ciego, y otro me dio una cuchillada en una pierna y otro me pegó un palo que casi me mata; y todavía había otro, el más malo, que estaba en lo alto y decía a los demás:

–¡Traédmelo aquííí!

42. LA PRINCESA DORMIDA

Una princesa vivía en el palacio de su padre, el rey. Todas las tardes solía salir a pasear en compañía de alguna de sus damas y una de esas tardes acertó a pasar por delante de una casa humilde a cuya puerta estaba una anciana hilando con su rueca. La princesa, que vio a la hilandera, pensó que también ella podría entretenerse hilando y le pidió a la anciana que le vendiese la rueca. Como la anciana era muy pobre y la princesa estaba encaprichada, le vendió la rueca y el huso por una buena cantidad de dinero, mucho más de lo que costaba, con la idea de comprarse ella otros útiles de hilar y sacar provecho del dinero que le sobraba.

La princesa se volvió tan contenta al palacio y nada más llegar quiso empezar a hilar. Pero no sabía hilar, pues nadie le había enseñado, y en su precipitación se clavó en el dedo una astillita desprendida del huso y quedó como muerta.

Entonces la anciana huyó de su casa y nunca se la volvió a ver más.

Cuando el rey vio a su pobre hija muerta se sintió tan desconsolado que no dejaba acercarse a nadie a donde estaba la princesa y la lloró durante todo un día. Al cabo del día, el rey dijo a todos que su hija parecía más dormida que muerta y que, por eso, ordenaba levantar en un claro de su bosque preferido un palacete todo de cristal y mandó poner en él la caja donde la princesa yacía vestida con su traje blanco adornado de campanitas de plata.

Allí quedó, pues, la princesa, y con el tiempo el bosque se fue espesando en torno al palacete hasta que se perdió de la vista de los humanos.

Pero resultó que un conde que acababa de salir de una larga enfermedad salió de paseo un día con sus criados y, cazando, se internó en el bosque hasta perderse. Al ver que se habían perdido, empezaron a buscar la salida y cada vez se enredaban más, hasta que, en una de éstas, avistaron el palacete de cristal. Al conde le llamó la atención la existencia de aquel hermoso palacete en mitad de tan espeso y salvaje bosque y observó

que nadie parecía habitarlo. De modo que decidió entrar en él para ver si era verdad que estaba abandonado y lo recorrió por entero.

Paseaba el conde de una sala a otra cuando entró en aquella en que yacía la princesa muerta y se acercó a ella lleno de curiosidad, mas apenas la vio allí, que parecía dormida y no muerta, cayó loco de amor por ella.

El conde ordenó a sus criados que le dejaran solo con ella y estuvo contemplándola durante horas, cada vez más enamorado. Y en esto observó que en un dedo de la mano tenía clavada una pequeña astilla y, con todo cuidado, se la extrajo. Y en aquel mismo momento, la princesa abrió los ojos y le miró con dulzura.

Ni que decir tiene cuál fue la alegría del conde al ver aquel portento y cómo la princesa se incorporaba y se abrazaba a él, pues la había vuelto a la vida. Entonces la princesa le contó su historia y vieron que había pasado tanto tiempo desde entonces que, de todos los que conocieron a la princesa, ninguno quedaría ya con vida.

Así que estaba sola en el mundo. Entonces el conde le dijo que se quedaría a vivir con ella. Para eso, mandó a sus criados a su castillo con el encargo de que le trajeran todo lo necesario para vivir allí con la princesa, pero les mandó que no dijeran nada a la condesa, su esposa, de lo que habían visto sino que él se quedaría un tiempo fuera del castillo, en otro lugar donde el clima era muy a propósito para terminar de reponerse de su dolencia.

De modo que el conde y la princesa se quedaron a vivir juntos en el palacete de cristal y tuvieron dos hijas gemelas.

Pasado mucho tiempo, el conde se vio obligado a mandar a sus criados a que repusieran las provisiones de todo tipo que necesitaban para continuar la vida en el palacete. Los criados volvieron al castillo para ocuparse del mandato, pero así que los vio la condesa, los mandó prender y los amenazó de muerte si no revelaban el lugar donde se encontraba su esposo el conde. Los criados, que la conocían bien, vieron en seguida que cumpliría su amenaza y contaron lo que sabían:

—El conde, su esposo, vive en un palacete de cristal, que está escondido en el bosque espeso, con una bellísima princesa de la que tiene dos hijas gemelas.

La condesa, que oyó esto, se puso hecha una furia y juró vengarse de una manera atroz. Entonces advirtió a los criados que no dijese una sola palabra de cuanto había sucedido y les ordenó que cumpliesen lo que su señor les había encargado. Y los criados partieron con las provisiones sabiendo que si abrían la boca, la condesa los mandaría colgar del torreón.

Pasó otro tiempo y el conde le dijo a la princesa que pensaba volver al castillo por poco tiempo, para ver cómo iban sus asuntos, y la princesa le hizo ver que la dejaba sola y con las dos niñas y que cualquier cosa podría sucederles durante su ausencia. Pero el conde insistió y prometió que volvería tan pronto que la princesa, resignada, le dejó ir.

El conde, pues, tomó a sus criados y se fue al castillo. Pero quiso la mala suerte que sufriera una caída del caballo, que lo dejó tullido y obligado a guardar cama hasta que recompusiera sus huesos. De modo que hubo de quedarse en su castillo por largo tiempo y la condesa comprendió que había llegado la hora de su venganza.

Así, llamó a uno de los criados y le pidió que fuese al palacete del bosque y le trajera a una de las hijas del conde, que éste lo mandaba porque no podía pasar tanto tiempo sin verla. El criado obedeció sin recelo y fue a buscarla y la princesa le confió a una de sus dos hijas. Y al volver con ella, la condesa le dijo que ella misma se ocuparía de llevarla a presencia del conde, que ya la estaba esperando.

Pero, en lugar de eso, la condesa, llena de diabólica alegría por el éxito de su ardid, tomó a la niña, la llevó a un cuarto secreto que había en el torreón y allí se entretuvo, primero, en martirizar a la pobre criatura y, después, la mató, la troceó, la guisó como si fuera un corderillo lechal y a la hora del almuerzo presentó el plato al conde y esperó a que comiera delante de ella. Y mientras comía, la condesa canturreaba por lo bajo:

*—A la primera la estás comiendo,
a la segunda la comerás.*

Y el padre, sin saberlo, se fue comiendo a su hija querida.

La condesa dejó pasar sólo una semana y volvió a llamar al criado para que le trajese a la segunda hija. Todo sucedió como la vez anterior y ella hizo lo mismo con la segunda hija y volvió a presentársela a su marido, y viéndole comer, le canturreaba por lo bajo:

*—A la primera ya la comiste,
a la segunda comiendo estás.*

Tan contenta estaba la condesa de su horrible éxito que decidió apoderarse esta vez de la misma princesa. Y a tal efecto, mandó a un criado al palacete del bosque para que le dijera que el conde la llamaba. Nada deseaba más la princesa que oír esto, pues estaba ya

completamente sola y echaba mucho de menos al conde y a sus dos hijas. De modo que en un momento estuvo lista y se fue con el criado al castillo. Y allí la esperaba la condesa, quien ordenó a la guardia prenderla de inmediato y encerrarla en una celda en el último sótano del torreón, donde nadie la buscara, y que le diesen sólo una ración de pan y agua al día.

Llegó un día en que el conde pudo al fin levantarse de la cama y empezar a caminar, pero como aún estaba convaleciente, sólo podía dar paseos cortos, lo que hacía alrededor del castillo cada mañana. Y una de estas mañanas acertó a pasar por delante del torreón y escuchó un sonido de campanitas que le recordaron inmediatamente el vestido de campanitas de su amada. Así que empezó a mirar e indagar hasta que dio con el ventanuco del sótano y comprobó con alegría que se trataba, en efecto, de la princesa. Y le dijo al verla:

–Mi princesa querida, ¿quién te ha encerrado ahí?

Y ella, sorprendida, le contestó:

–¿No has sido tú, mi amado conde, quien ha mandado por mí y ha ordenado que me encierren aquí a pan y agua?

Corrió entonces el conde al sótano seguido de la guardia y sacó de allí a la princesa. Y cuando ésta preguntó por sus hijas, el conde se mostró aún más sorprendido y, tras escuchar a la princesa, le dijo que él nunca había ordenado llamar ni a ella ni a sus hijas. De modo que hizo venir a la condesa a su presencia y le preguntó por sus hijas. Y la condesa, con perversa alegría, le contestó:

–Fui yo quien ordenó traerlas al castillo y las martiricé y las maté y las cociné para ti, que tú te comiste a tus propias hijas delante de mí, ¿lo recuerdas? Pues ésta es mi venganza y así la princesa se queda sola para siempre.

Al oír esto, la princesa se desmayó sin que nadie pudiera hacerla volver en sí y así estuvo durante diez días y diez noches bajo el cuidado y la vela del conde. Y a la undécima noche, el conde, desesperado, le dijo:

–¡Princesita de mi alma, no me dejes solo!

Al oír estas palabras, la princesa abrió los ojos y le miró con dulzura. Y como era joven y fuerte, su naturaleza pudo más que el dolor y se repuso y vivió siempre con su amado conde.

La condesa fue lapidada por orden del conde y arrojada al fondo de un pozo para que no volviera a hacer mal a nadie.

43. LA JOVEN MARÍA Y EL PRÍNCIPE LAGARTO

Érase una vez un rey y una reina que no conseguían tener descendencia. Esto los tenía muy preocupados y una vez la reina, en un ataque de ira porque Dios no les daba un hijo, le pidió a Dios que le diera un hijo aunque fuera un lagarto. Y Dios, para castigarla, le dio un hijo lagarto.

Cuando el hijo lagarto nació, le buscaron un ama de cría, pero sucedió que en pocos días el lagarto le había comido los pechos, de manera que buscaron una segunda y con ésta ocurrió lo mismo que con la primera. La noticia se extendió por el reino y nadie quería criar al hijo lagarto.

Había una muchacha que se llamaba María y que vivía con sus dos hermanas mayores y esta muchacha se ofreció a amamantar al hijo lagarto. E hizo que le construyeran dos pechos de hierro y que se los llenaran de leche por la espalda. Y de esta manera crió al lagarto.

Cuando el lagarto se hizo mayor, le dijo a su madre la reina que se quería casar. La reina decidió consultar con María para buscarle novia y resultó que la hermana mayor de María dijo que se casaría con él. La reina quedó tan contenta, y al día siguiente se casaron. A la noche de ese día, el lagarto le dijo a la hermana mayor que se acostara primero y lo esperase hasta las doce, que no se durmiera sino que estuviese bien despierta para que le sacara del encantamiento. La novia se acostó y esperó y esperó, pero al rato se aburrió y se quedó dormida y así la encontró el lagarto. Y cuando se echó sobre ella, la mató.

No mucho tiempo después, el lagarto volvió a hablar con su madre y le dijo que se quería volver a casar. La reina preguntó entonces a la hermana segunda de María si aceptaba casarse con su hijo lagarto y ella le dijo que sí. De modo que se casaron y, al ir a acostarse esa noche, el lagarto le explicó lo mismo que a su hermana mayor: le dijo que no se durmiera y que le esperase hasta las doce de la noche, pero la hermana, que no

debía de haber dormido en una cama tan buena en su vida, así que se echó en ella se quedó dormida. Y cuando el lagarto vino a buscarla la encontró dormida. Y cuando se echó sobre ella, la mató.

Pasó otro poco de tiempo y el lagarto quiso casarse por tercera vez. Lo que pasa es que se sabía en todo el reino lo sucedido a las dos hermanas y nadie quería casarse con el lagarto. Entonces el lagarto le dijo a la reina que con quien quería casarse era con María, la que le había criado. La reina se fue a ver a María para decirle lo que quería su hijo, pero ella dijo que ni hablar, que no se casaba con él. La reina insistió e insistió y le dijo que su hijo estaba encantado y que sólo podía desencantarlo la mujer que se casara con él; y le dijo también la reina que ella la ayudaría en la noche de bodas; en fin, que con unas y otras razones consiguió que María aceptara casarse con su hijo.

Se casaron y al llegar la noche el lagarto le dijo a María que fuera a acostarse ella primero, le esperase despierta hasta las doce, en que llegaría él, y tuviera buen cuidado de no dormirse. María fue y se acostó y en la cama se frotó los ojos con unas guindillas que le había dado la reina y los ojos le picaban que no se podía dormir. Y en esto dieron las doce, apareció el lagarto y la encontró despierta.

Entonces se quitó la piel de lagarto y apareció en su lugar un apuesto príncipe, que se acostó con su mujer. Dejó la piel de lagarto en una silla y le advirtió a María que ni siquiera la tocara, porque si la tocaba no lograría desencantarse.

A la mañana siguiente, el príncipe se vistió la piel de lagarto y salió de la habitación convertido en lagarto. La reina, que vio esto y vio que la novia estaba viva, se fue a ella en seguida para preguntarle cómo era el lagarto de noche y María se lo contó todo. Entonces la reina le dijo que quería ver a su hijo sin la piel de lagarto y que dejara esa noche la puerta de la alcoba entreabierta para que ella pudiese verlo.

A la noche siguiente ocurrió como en la anterior. La novia había dejado la puerta entreabierta para la reina. La reina vino y se acercó al lecho donde dormían y pudo ver a su hijo como hombre. Entonces reparó en que de la silla colgaba la piel de lagarto, y la cogió y la quemó.

Cuando se levantó al otro día, el príncipe vio que no estaba su camisa de lagarto y le dijo a María que el encantamiento era ahora más fuerte que antes y que tenía que irse al castillo de Irás y No Volverás; que ella, para romper el encantamiento, tendría que ir a buscarle hasta allá y que no lo podría encontrar hasta que hubiera gastado un par de zapatos de hierro. Y lo mismo del niño del que estaba embarazada.

Unos meses después de irse él, María dio a luz un niño. Esperó a que se hiciera lo suficientemente grande como para caminar mucho y cuando esto sucedió, compró un par de zapatos de hierro para ella y otro para su hijo, y se fueron por esos mundos a buscar el castillo de Irás y No Volverás.

Anduvieron y anduvieron y los zapatos se iban gastando poco a poco y, por fin, después de muchísimo tiempo, comprobaron que ya se estaban gastando del todo. Entonces vieron a los lejos un castillo y decidieron acercarse a él, a ver qué era. Cuando se acercaban al castillo, les salió al paso una viejecilla que le regaló a María tres nueces y le dijo que las partiera si se viese en alguna necesidad. Llegaron al castillo y llamaron a la puerta. Y salió un águila imponente, que les preguntó qué deseaban.

–Buscamos el castillo de Irás y No Volverás y quizá usted pueda indicarnos el camino.

Y le contestó el águila:

–Éste es el castillo de las águilas. Esperad aquí a que vuelva el águila real, que es la que vuela más alto y más lejos, y quizá ella pueda decirnos dónde está lo que buscáis.

Esperaron mucho tiempo, y aprovecharon para descansar un poco. Por fin llegó el águila real, y les dijo:

–¡Ah, el castillo de Irás y No Volverás! ¡Precisamente vengo de allí, pues se ha celebrado la boda de un príncipe encantado en el castillo! Subid en mis alas y os llevaré.

Y tal como dijo, los puso en la puerta del castillo.

María vio que los zapatos se les habían gastado del todo y supo que aquel era el castillo de Irás y No Volverás. Entonces partió una de las nueces que le había dado la viejecilla y de ella salió una rueca tan preciosa como no se había visto igual. Una criada de la novia la vio y fue corriendo a decírselo a su señora.

–¡Ay, señora, si viera usted una rueca que tiene una pobre ahí en la puerta!

Fue la novia a ver la rueca acompañada de la criada y al verla exclamó:

–¡Qué maravilla es esta rueca! ¿Cuánto quiere usted por ella, señora?

Y María contestó:

–No quiero nada, señora. Sólo que me deje usted dormir esta noche con su novio.

Y contestó la novia:

–¡Qué cosas dice usted, señora! ¿Cómo voy a dejarla dormir con mi marido, que hoy me he casado con él?

Pero la criada le dijo a su ama en voz baja:

–Ande, déjela, que no hay rueca más preciosa que ésa. Al príncipe le daremos una

adormideras y así no pasa nada.

Consintió la novia y llevaron al novio a la cama, pero antes le habían dado unas adormideras mezcladas con la cena. El príncipe se durmió nada más acostarse. Y fue María con su niño y se acostó con el príncipe; y le decía:

–Mira que yo soy María, tu mujer, a la que tanto quieres y que tanto te quiere, y te traigo a tu hijo también.

Se lo repitió una y otra vez, pero el príncipe estaba tan dormido que no se enteró de nada. Y a la mañana siguiente, María y su hijo se fueron.

Al día siguiente, María se puso otra vez a la puerta del castillo, partió la segunda nuez y de ella salió un huso, que era pareja de la rueca y tan precioso como ella. Y la criada de la novia, que merodeaba por allí, vio el huso, se fue corriendo a buscar a su ama y le dijo:

–¡Ay, si viera el huso que trae esta vez esa pobre!

Fue la novia y dijo:

–Pero ¡qué huso tan maravilloso! ¿Cuánto quiere usted por él?

Y María contestó:

–No quiero dinero, señora. Se lo doy a usted si me deja dormir con su novio esta noche.

Y la novia protestó:

–¡Eso no puede ser! ¡Todas las noches quiere dormir usted con mi marido! Pues ¿cuándo voy a dormir yo con él?

Y la criada volvió a decirle en voz baja:

–Ande, déjela, que haremos como la otra vez. Le damos las adormideras al príncipe y no pasa nada, y usted se queda con el huso.

Volvió a consentir la novia y se acostaron otra vez el príncipe y María. Y María empezó a decirle:

–Mira que yo soy María, tu mujer, a la que tanto quieres y que tanto te quiere, y te traigo a tu hijo también.

El príncipe estaba dormido por las adormideras que le habían dado y no se enteró de nada. Y a la mañana siguiente se fue María con su hijo.

Volvió a ponerse a la puerta del castillo y partió la tercera nuez que la viejecilla le había dado. De ella salió un soberbio ovillo de hilo de oro purísimo. Lo vio la criada y corrió de nuevo a casa de su ama a decirle:

–¡Ay, si viera esta vez el ovillo de oro que tiene la pobre!

Acudió la novia y nada más verlo exclamó:

–¡Qué maravilla de ovillo tiene usted! ¿Cuánto quiere por él?

–Señora, no quiero dinero –respondió María–. Sólo que me deje dormir con su marido esta noche y se lo queda usted.

Y la novia dijo:

–No pida imposibles, señora, que usted ha dormido ya dos noches con mi marido, y yo todavía ninguna.

Y le dijo la criada:

–Vea usted que en esas dos noches no ha pasado nada. Déjela una noche más y se queda con el ovillo.

Consintió la novia por última vez y María se fue a dormir con el príncipe.

Pero la noche anterior, un criado estuvo escuchando lo que decía María cuando estaba acostada junto al príncipe y se lo había contado. Así que el príncipe, esta noche, hizo como que se tomaba su cena con las adormideras, pero las iba echando a un lado sin que nadie se diera cuenta. Y llegaron a la alcoba a acostarse y María, en la misma puerta, por que no se le durmiese, le dijo:

–Mira que yo soy María, tu mujer, a la que tanto quieres y que tanto te quiere, y te traigo a tu hijo también.

El príncipe, que estaba bien despierto, oyó sus palabras y la reconoció y la abrazó y luego abrazó a su hijo, al que no conocía, y vio sus zapatos de hierro completamente gastados y les dijo que ahora sí estaba desencantado para siempre y que a la mañana siguiente volvían a su hogar.

A la mañana, se levantaron los tres juntos y el príncipe reunió a la gente del castillo y les dijo:

–Si ustedes tuvieran una llave y se les perdiera y no la pudieran hallar e hicieran otra llave, y después de un tiempo encontraran la llave perdida ¿con cuál de ellas se quedarían, con la primera o con la segunda?

Todos los presentes, oído esto, estuvieron en seguida de acuerdo y dijeron:

–Con la primera.

Y él les dijo entonces:

–Pues he ahí lo que me ha ocurrido. Yo me casé con esta mujer que aquí veis y que se llama María y con ella tengo un hijo que aquí veis también. Pero, por arte del

encantamiento que yo tenía, la perdí y no supe más de ella y no vi nacer a mi hijo. Ahora me he casado con otra, pero ha venido la primera y con ella me tengo que ir.

Luego se volvió al padre de la novia y le dijo:

–Aquí tiene usted a su hija tal como me la entregó, que no la he tocado.

Y, sin más, volvió con María y con su hijo al palacio de sus padres.

44. EL HERRERO JUGADOR

Hubo una vez en que san Pedro tuvo que bajar a la Tierra a hacer unos encargos y se encontró con un herrero que era un hombre de buen corazón y que le hizo numerosos favores.

Quedó tan contento san Pedro por la ayuda del herrero que le dijo que le pidiese cualquier gracia que él, con gusto, se la concedería.

El herrero que, como todos los herreros, era un gran jugador, le pidió a san Pedro que le regalase una baraja con la que nunca pudiera perder en el juego. Y san Pedro, sin pensárselo dos veces, le concedió esta gracia.

Total, que el herrero vivió muy feliz desde entonces, pues a cada problema que se le ponía por delante, lo arreglaba con una partida de cartas y, como siempre ganaba, todo le iba bien.

Un día el herrero se murió y los demonios aprovecharon la ocasión para coger su alma y llevársela para el infierno. El pobre hombre comprendió que perdía su alma para siempre y entonces recordó que aún llevaba en el bolsillo la vieja baraja que le diera san Pedro y, sin pensárselo dos veces, propuso a los demonios una partida en la que se jugaran su alma.

Los demonios jugaron y perdieron y el herrero ganó su alma y se fue derecho al cielo. Allí le abrió la puerta san Pedro y, al reconocerle, le dijo:

–Anda, pasa, que si juego contigo por tu alma, con la promesa que te hice ganarás de todos modos.

Y así entró en el cielo el herrero jugador.

45. EL LEÓN Y ANGELINA

Un señor que era dueño de muchas y ricas tierras, tenía además tres hijas y las tres tenían fama de ser las más bellas de la comarca. El señor tenía la costumbre de recorrer sus tierras por ver cómo se encontraban, y un día en el que atravesaba un bosque que también le pertenecía, se encontró con un león que le salió al paso y que le dijo que allí mismo iba a comérselo para saciar su hambre. El señor, al verse muerto y devorado por la fiera, le ofreció volver a su casa y traerle cuanta comida deseara si a cambio le perdonaba la vida. Entonces el león recapacitó y dijo:

–Te propongo un trato, que en vez de comida me traigas a quien salga a tu encuentro cuando llegues a tu casa.

–De acuerdo –dijo el señor.

–Y si no cumples tu palabra –apostilló el león– voy a buscarte y te mato.

El señor dio la vuelta y se volvió para su casa. Mientras cabalgaba iba pensando que nada más llegar saldría a recibirle su perra y que allí mismo la cogería y regresaría al bosque para entregársela al león cuanto antes, porque a la perra la querían mucho sus hijas y si se demoraba, le costaría mucho más esfuerzo cumplir su promesa.

Llegó por fin el señor a su casa y ¡oh, desgracia! salió a recibirle la menor de sus hijas, que se llamaba Angelina. El señor se entristeció tanto que se encerró en su habitación y sólo al cabo de un buen rato llamó a su esposa para contarle lo que le había sucedido. Entonces la mujer le dijo:

–Pues llévale a la perra. Total, qué ha de saber el león de quién te ha salido a recibir.

Al señor le pareció buena la idea, cogió a la perra y escapó al bosque.

Allí le esperaba el león que, sin dejarle bajar del caballo, le dijo iracundo:

–¡No ha sido la perra que traes, sino tu hija Angelina, la que primero salió a recibirte! Vuelve por ella o date por muerto.

El señor volvió aún más triste que antes a su casa, reunió a su mujer y a sus hijas y les

contó su dolorosa aventura. Las dos hermanas mayores dijeron que ellas nunca irían al bosque con el león y que Angelina tampoco debería ir, que la guardasen en casa, pero Angelina replicó:

–Pues si es necesario ir para que no muera mi padre, yo estoy dispuesta a ir pase lo que pase.

Lo dijo y lo repitió con tanta decisión que el padre terminó por aceptar y la llevó consigo al bosque donde aguardaba el león. Éste, nada más ver a Angelina, la cogió y se la llevó a una cueva lejos de los ojos de su padre. Estuvieron caminando un buen rato y, por fin, llegaron a un palacio tan importante que dijo Angelina al verlo:

–¡Qué palacio tan hermoso! ¿Quién vivirá en él?

Y dijo el león:

–Aquí es donde yo vivo y, a partir de ahora, tuyo es el palacio.

Angelina se quedó encantada, porque el palacio era precioso y no le faltaba de nada y vivió en él tan contenta.

Una mañana en que Angelina se encontraba en su alcoba, vio venir a la ventana un pajarillo que se quedó mirándola como si esperase algo. Volvió a mediodía y también a la tarde y entonces le preguntó al león qué significaba aquello, y el león le dijo:

–Eso quiere decir que pasado mañana se casa tu hermana mayor.

Y ella le dijo entonces:

–¿Me dejarías ir a la boda?

Y contestó el león:

–Te dejo ir. Coge el caballo volador, que te llevará en un abrir y cerrar de ojos; pero cuando lo oigas relinchar, has de volverte sin perder un minuto.

Angelina lo prometió, montó en el caballo y, efectivamente, el caballo la llevó en el tiempo que dura un suspiro a la casa de sus padres, donde la recibieron con mucha alegría al ver que seguía viva. Todos querían que les contase su aventura y ella les dijo que vivía contenta y feliz.

Estuvo casi una semana en la casa hasta que una mañana oyó relinchar al caballo volador, y les dijo a los suyos:

–Si el caballo me llama, tengo que irme.

Se despidió de su familia, montó en el caballo y, en el tiempo de un suspiro, estuvo de regreso en el palacio. El león, al verla, se alegró tanto que ya no había deseo suyo que no satisficiera con gusto.

Pasó el tiempo. Un día en que Angelina se disponía a cerrar su ventana antes de acostarse, llegó a ella un pajarillo con un ala rota y se quedó allí piando. Angelina fue a ver al león para que le explicase qué significaba aquello y el león se resistía a contestar, pero después de mucho insistir ella, le dijo:

–Eso quiere decir que acaba de morir tu padre.

Angelina se echó a llorar sin remedio hasta que enterneció el corazón del león. Por eso, cuando le pidió permiso para ir al entierro de su padre, el león se lo concedió, pero con la misma advertencia de la vez anterior:

–Te dejo ir. Coge el caballo volador y recuerda que, cuando lo oigas relinchar, has de volverte sin perder un minuto.

Angelina llegó a tiempo de acompañar el cadáver de su padre al cementerio. Y estaba tan desconsolada que se pasó la noche despierta y sólo al alba se durmió agotada; por eso, cuando relinchó el caballo, no pudo oírlo.

A la mañana despertó y no vio al caballo y comprendió lo que había ocurrido. Entonces marchó inmediatamente a la cueva del bosque y la recorrió entera camino del palacio; pero cuando llegó, el palacio había desaparecido y en su lugar sólo había una mole de piedra. Y ella empezó a llamar:

–¡León, león! ¿Dónde estás?

Y del fondo de la tierra surgió la voz del león que decía:

–¿Por qué me buscas ahora? ¡Déjame y vete, ya que me has encantado para siempre!

Y ella, desolada, le dijo:

–¿Y qué he de hacer para desencantarte?

Y la voz contestó:

–Compra unos zapatos de hierro y el día en que los gastes me desencantarás.

Angelina se quedó pensando cómo podría ella gastar unos zapatos de hierro caminando, pues se le hacía imposible, hasta que se le ocurrió que, si sentaba plaza de soldado, como los soldados se pasan la vida guerreando y caminando de un lado para otro, quizá pudiera llegar a gastarlos. Y sin más dilación, se vistió de hombre y se hizo soldado.

Se puso a servir al rey y un buen día el hijo del rey se fijó en ella y le comentó a la reina que aquel soldado que tanto le llamaba la atención más le parecía mujer que hombre porque se había enamorado de él. La reina le aconsejó que utilizara una argucia

que consistía en salir a pasear con él por los jardines del palacio, que le observara y si veía que se acercaba a coger las flores para hacer un ramo, que entonces era mujer.

El príncipe hizo lo que su madre le había dicho y se fue con el soldado a pasear por los jardines, pero Angelina ni siquiera prestó atención a las flores que había a lo largo de los caminos.

Como la prueba no dio resultado y el príncipe insistía en la idea de que era mujer y no hombre, la reina le dijo esta vez:

–Ve al lago con él e invítale a bañarse contigo y así saldrás de dudas.

El príncipe se apresuró a invitarle, mas el soldado no quiso acompañarle alegando que tenía una enfermedad que le impedía bañarse en esos días. Así que, en vista de que estas argucias no despejaban sus dudas, el príncipe se dirigió a Angelina y le dijo:

–Si no me confiesas que eres mujer, le diré a mi padre el rey que te has comprometido a matar a esa serpiente que se esconde en el monte –porque había en el monte una serpiente que cada día se comía a una persona, que había de dársele como tributo, y toda la gente de la comarca estaba atemorizada y rehuía el paso por el monte.

Angelina le contestó:

–Eso lo dices tú, que no le he dicho nunca yo, pero si el rey me lo ordena, lo haré.

Al día siguiente el rey hizo llamar al soldado y le dijo:

–¿Es verdad eso que me cuentan de que andas diciendo por ahí que te atreves a enfrentarte a la serpiente?

Y contestó:

–A nadie dije nada de eso, pero mañana yo iré en vez de la persona que ha de ser entregada a la serpiente y me enfrentaré a ella.

Salió Angelina del palacio dispuesta a cumplir lo que había prometido porque, de lo contrario, el rey la llevaría a suplicio; y en esto se encontró con un grajo que vino volando hasta ella y le dijo:

–Mañana cuando vayas a luchar con la serpiente pide al rey un caballo, una espada afilada y un odre de vino. El odre lo has de dejar abierto cerca de la cueva y cuando veas que la serpiente aparece y mete la cabeza en él para beber, espera a que se harte de vino y le cortas la cabeza con la espada.

Así lo hizo Angelina y mató a la serpiente. Luego se fue a palacio y le enseñó la cabeza al rey y toda la gente de la comarca festejó grandemente esta hazaña.

El príncipe, sin embargo, no se resignaba y como cada vez estaba más convencido de

que el soldado era mujer y no hombre y aún más enamorado se sentía, amenazó otra vez a Angelina con la esperanza de que esta vez accedería a mostrarse tal como él la creía:

–Pues si no me confiesas que eres mujer, le diré a mi padre el rey que dices que harás hablar a la cabeza de la serpiente que lleva tres días muerta. Y si no puedes hacerla hablar, te llevarán a suplicio hasta que mueras.

Y contestó:

–Yo no he dicho eso, pero si no puedo hacer hablar a la serpiente, estoy dispuesto a morir.

El príncipe, contrariado, se lo dijo a su padre el rey y éste mandó llamar inmediatamente a Angelina y le dijo:

–¿Es verdad que puedes hacer hablar a la cabeza de la serpiente muerta?

Y contestó:

–Yo no lo sé, pero lo intentaré.

Entonces el rey se enfadó y mandó que llevaran al soldado al lugar del suplicio y allí le presentaran la cabeza de la serpiente y si no lograba hacerla hablar, allí mismo le dieran muerte. Lo llevaron a una celda mientras llegaba el día siguiente y al caer la tarde vio que un grajo se posaba en el ventanuco de la celda; y le dijo el grajo:

–Cuando te lleven donde la cabeza de la serpiente llámala primero tres veces y luego pregúntale si ha llegado ya a lo profundo de la Tierra, y si te dice que sí, golpea tres veces en el suelo con tus zapatos.

A la mañana siguiente llevaron a Angelina delante de la cabeza de la serpiente y Angelina vio que junto al poste del suplicio estaba el grajo; entonces se dirigió a la serpiente y le dijo:

–Serpiente, serpiente, serpiente.

Y la cabeza contestó:

–¿Qué quieres de mí?

Y dijo Angelina:

–Dime si has llegado ya a lo profundo de la Tierra.

Y le contestó la serpiente:

–Sí que he llegado, que hace tres días que estoy allí.

En ese momento, Angelina golpeó tres veces contra el suelo y se le rompieron los zapatos de hierro que llevaba y, nada más suceder esto, apareció en mitad del patio el

león a quien amaba Angelina, que se convirtió inmediatamente en un joven muy apuesto y ricamente vestido. Y todos quedaron muy admirados de lo que acababan de ver.

Entonces el joven se acercó a Angelina, la tomó del brazo y le dijo al príncipe:

–Esta persona que viste el traje de soldado es mujer, pero no es para ti.

Y la subió en su caballo y se fue con ella a su palacio en el bosque, donde se casaron y tuvieron muchos hijos a cual más valiente.

46. DELGADINA

Esto era un rey que tenía tres hijas a las que amaba tiernamente. La más pequeña de las tres se llamaba Delgadina y era la preferida de su padre. Un día el rey la requirió de amores y Delgadina se negó y le dijo:

–No lo quiera Dios, que yo sea la mujer de mi padre y la madrastra de mis hermanas.

En vista de ello, el rey se enfureció y la mandó encerrar en una celda en la que durante el día no se veía la luz del sol ni durante la noche la claridad de la luna, porque estaba en el más profundo de los sótanos del palacio; y dio orden de que la alimentasen tan sólo con cecinas saladas y le dieran de beber caldo de pescado. Y allí dejaron encerrada en aquella oscuridad a la pobre Delgadina y con eso esperaba el rey doblegar su voluntad.

Al año de estar en la celda comiendo sólo cecina y bebiendo sólo caldo de pescado, Delgadina ya no pudo resistir la horrible sed que sentía y pidió ver a su madre para solicitarle que le trajera tan sólo una jarrita de agua. La reina, su madre, se presentó en la celda vestida con un precioso vestido bordado en oro y ella le suplicó:

–Madre de mi alma, déme una jarrita de agua aunque sólo sea por caridad.

Y le dijo su madre:

–¡Cómo te atreves a pedirme nada, tú, que durante un año me has hecho malcasada!

Pasaron los días y Delgadina mandó llamar a su hermana mayor y le dijo:

–Hermana de mi alma, por Dios te pido que te apiades de mí y me traigas una jarrita de agua.

Y le dijo la hermana:

–¿Cómo te la daré, mi triste hermana, que si lo hago seré mal mirada?

Y al otro día mandó llamar a su otra hermana y le pidió lo mismo y la hermana le contestó:

–¡Ay, pobre de ti, que no puedo darte nada, porque mi padre me hará desgraciada!

Y ya a Delgadina le faltaban las fuerzas para vivir y mandó llamar a su padre y le dijo:

–Padre, déme una jarra de agua, que en cuanto la haya bebido yo seré su enamorada.

Mandó el rey que la sacaran al jardín del palacio y también mandó traer vino para él y agua para la muchacha. Antes llegó el agua que el vino y Delgadina bebió toda el agua y cuando terminó de beberla empezó a nacer a sus pies una fuente de agua clara que la cubrió por entero y desde entonces hay en el jardín del palacio una fuente que durante todo el año mana y nunca ha dejado de saciar la sed de cuantos a ella se han acercado.

47. LOS TRES PELOS DEL DIABLO

Había una mujer que tenía un niño precioso y un rey que tenía una niña que era muy bella. Pero resultó que el rey quería también tener un niño, así que fue a ver a la mujer y le dijo que se lo diera y la mujer, claro, se negó. El rey se puso furioso y lo primero que hizo al volver al palacio fue decir que mataran a todos los niños; y la mujer, que se enteró, cogió a su hijo, lo metió en una cestita de mimbre disimulada con unos ramajes y lo echó al río para que los guardias del rey no lo encontraran. Y allá se fue río abajo hasta que encalló en la orilla de un molino.

Los molineros fueron a ver y como era un niño les dio mucha pena dejarlo seguir la corriente y se lo quedaron. Y el niño se fue criando con ellos.

Un día, el rey, que estaba recorriendo sus tierras, llegó hasta el molino y salieron los molineros con su hijo a recibirlo; en cuanto lo vio, reconoció al niño. Entonces le dio una carta y le dijo que era para la princesa y que fuera él mismo a entregársela. El chico dijo que iría y en seguida se puso en camino mientras el rey continuaba su visita por esa y por otras tierras que tenía.

La primera noche que pasó el chico, estando de camino, fue en casa de unos ladrones, pero él no lo sabía. Se echó a dormir tan tranquilo y, aprovechando su sueño, los ladrones le robaron la carta y la abrieron: entonces vieron que en ella ponía que mataran al que la llevaba en cuanto llegase a palacio. Los ladrones, al ver esto, le cambiaron la carta por otra sin que él se diera cuenta y en ésta se decía que el portador debería casarse con la princesa. Al día siguiente el chico llegó a palacio, entregó la carta y, como era una orden del rey, pues se casó con la princesa.

Naturalmente, cuando el rey volvió de recorrer sus tierras y vio lo que había sucedido en su ausencia se puso aún más furioso, pero ya nada podía hacer porque se habían casado. Entonces ideó que si el chico quería seguir conviviendo con la princesa, para merecerla le tendría que traer a él tres pelos del diablo.

El chico se puso en marcha sin saber a ciencia cierta dónde vivía el diablo; e iba por un camino cuando se encontró a unos hombres junto a una fuente, que le preguntaron qué había que hacer para que aquella fuente manase oro, pues antes lo daba y ahora no. El chico, que era prudente, les dijo que a la vuelta de su encargo se lo diría.

Más adelante encontró a otros señores al pie de un árbol, que le preguntaron qué había que hacer para que aquel árbol diera las manzanas de oro que antes daba y ahora no. Y él les dijo lo mismo, que a la vuelta se lo diría.

Por fin llegó a un río y pidió al barquero que lo trasladase a la otra orilla; el barquero, en el viaje, le preguntó qué tendría que hacer para dejar de ser barquero, porque estaba harto de aquel oficio. Y el chico respondió una vez más que a la vuelta se lo diría.

En esto que, preguntando y preguntando, dio con la casa del diablo y llamó a la puerta. Le abrió una mujer y el chico le dijo que venía a buscar tres pelos del diablo. Al oír esto, la mujer, que era la mujer del diablo, le dijo:

–Pero ¡cómo te has atrevido a venir aquí! ¡Si el diablo se entera de que has venido, te matará!

El chico no se arredraba e insistió hasta que ella le dijo:

–Bueno, está bien, pues quédate escondido ahí fuera hasta que el diablo venga y se duerma y entonces yo le sacaré los tres pelos.

Y dijo el chico:

–Pero es que también necesito que me responda a tres preguntas.

–¿Y qué preguntas son ésas? –dijo la mujer. Entonces el chico le contó las tres preguntas que le habían hecho por el camino y ella le prometió que lo averiguaría.

A la noche llegó el diablo muy cansado y en cuanto cenó se fue a acostar y la mujer con él. Cuando dormía profundamente, ella le tiró de un pelo y el diablo se despertó, pero la mujer le contó que estaba soñando. El diablo le preguntó qué soñaba y ella le dijo que había unos hombres junto a una fuente y no sabían qué hacer para que la fuente manase oro. Y dijo el diablo que eso era porque había un ratón en el caño y lo tenían que sacar.

La mujer esperó a que se durmiese de nuevo y con todo cuidado le sacó otro pelo, pero el diablo lo sintió y se despertó muy enfadado. Ella le dijo que estaba soñando otra vez y que había sido por eso; él le preguntó qué soñaba y ella le dijo que había unos señores al pie de un árbol pensando qué tendrían que hacer para que el árbol volviera a

dar manzanas de oro. Y dijo el diablo que primero tendrían que quitar una lombriz que había en las raíces.

Volvió a dormirse el diablo y la mujer le sacó el tercer pelo. Esta vez sí que se enfadó de veras el diablo y quería matarla, pero ella le volvió a decir que sólo estaba soñando; y el diablo, que le dijera qué soñaba esta vez. Ella le dijo que era un barquero que no sabía qué hacer para dejar de ser barquero y el diablo le dijo que entregara los remos al primero que entrara en el barco. Entonces la mujer le dijo que ya estaba tranquilo y que no soñaría más, y en cuanto el diablo se durmió, salió a la puerta de la casa y le dio los tres pelos y las tres respuestas al chico.

Se fue el chico con los tres pelos del diablo. Y llegó donde estaba el barquero para que le pasase otra vez el río; y le dijo el barquero:

–¿Me hiciste el recado que te dije?

Y dijo el chico, que era listo:

–Pues no, que no me acordé.

Conque le pasó el barquero a la otra orilla y, cuando desembarcó, le dijo el chico:

–Ahora me acuerdo de que sí lo pregunté. Lo que tiene usted que hacer es poner los remos en las manos al primero que pase.

El barquero, agradecido, le dio un burro cargado de oro y el chico siguió su camino de vuelta. Encontró a los señores que estaban al pie del árbol, que seguían allí, y les dijo:

–Pues han de mirar ustedes en las raíces, porque hay una lombriz en ellas que tienen que sacar para que el árbol dé fruto otra vez.

Así lo hicieron y las ramas del árbol se llenaron de manzanas de oro y, muy agradecidos, le dieron al chico otro burro cargado de oro y con éste ya llevaba dos.

Más adelante se encontró a los hombres que estaban junto a la fuente, que seguían allí, y les dijo:

–Miren ustedes en el caño, porque hay un ratón ahí metido y lo tienen que sacar.

Así lo hicieron y la fuente empezó a manar oro y, muy agradecidos, le dieron al chico otro burro cargado de oro y con éste ya fueron tres. Y con los tres se presentó en palacio y le entregó al rey los tres pelos del diablo. Pero el rey, que vio toda aquella carga de oro que traía, le dijo que de dónde la había sacado; y el chico le dijo:

–Del otro lado del río.

Cogió el rey todos los caballos que pudo encontrar y se fue a la orilla del río, y como le habían dicho al barquero que al primero que viniera le entregase los remos, pues se los

entregó al rey y quedó libre de ser barquero. Y el rey se quedó aferrado a los remos y allí sigue, sin saber cómo librarse del encantamiento.

48. JUAN DE CALAÍS

Esto era un hombre que tenía una pequeña tienda en un pueblo; era una tienda en la que vendía telas y ese tipo de cosas. Como buen comerciante que era, tenía la costumbre de viajar a menudo por los pueblos de alrededor para colocar su género. Un día, llegó a uno de estos pueblos y, al ir a dejar su caballería en la cuadra, se encontró con que había un muerto allí tirado en el muladar, que lo estaban comiendo los perros. Y dijo el hombre:

–¡Válgame Dios! Pero ¿cómo se consiente esto? Ahí tirado en mitad del estiércol.

Y le dijeron:

–Mire usted, aquí somos tan pobres que al que muere no se le hace entierro sino que se le echa al muladar.

Y dijo el hombre:

–Esto es inhumano, esto no puede ser. Nada, que lo entierren ahora mismo, que yo pago el entierro, y no se hable más.

Y así se hizo.

Pues resulta que este buen hombre estaba enamorado de la hija de un marqués. Y como la muchacha también le quería, pues aunque fuera menos que ella se casó con él. Y esta muchacha tenía un primo carnal que pretendía casarse con ella y que se quedó con las ganas.

El mismo día de la boda, los novios se embarcaron en un barco que les tenía que llevar por mar al palacio de los marqueses, porque la muchacha quería que conocieran a su marido. Y en el barco, entre otros familiares, iba el primo que la pretendiera. Y ya estaban en alta mar, cuando el primo le dijo al hombre, que se llamaba Juan:

–Eh, Juan, ven a mirar cómo están de revueltas las olas.

Juan se asomó, confiado, y entonces el primo, aprovechando que todos estaban distraídos, le dio un empujón y lo tiró al mar.

En cuanto se vio perdido en el mar, el hombre luchó por su vida y, nadando, nadando, dio con una tabla a la que aferrarse y allí se sostuvo hasta que el mar lo echó a una isla desierta.

Allí en la isla tuvo que sobrevivir de lo que encontraba y dormir en lo alto de los árboles por miedo a las fieras, y le creció una gran barba y un cabello muy largo y así pasaron uno o dos años, que él no sabía ya porque perdió la cuenta de los días.

Y sucedió que, pasado el tiempo, y al ver que Juan no aparecía por ninguna parte, la muchacha aceptó casarse con su primo carnal.

Estaba ya a punto de celebrarse la boda cuando Juan, que seguía en la isla desierta, oyó de repente una voz que decía:

–¡Juan de Caláiís!

Empezó a mirar a un lado y a otro sin ver a nadie y creyó que ya se había vuelto loco; pero la voz insistió:

–¡Juan de Caláiís!

Y ya se atrevió a decir:

–Aquí estoy.

Y dijo la voz:

–Vengo a avisarte de que dentro de tres días tu esposa se casa con su primo, el que te tiró al mar. ¿No querías volver donde ellos e impedir la boda?

El hombre dijo que sí y la voz le dijo entonces:

–Pues yo puedo llevarte allí, pero ha de ser con una condición.

–Está bien –dijo el hombre.

–La condición es ésta –dijo la voz–: me tienes que dar la mitad del primer hijo que tengas.

–¡Eso es imposible! –protestó el hombre, indignado.

–Pues piénsalo bien y mañana volveré otra vez –dijo la voz.

Al día siguiente estaba el hombre meditando a la orilla del mar cuando escuchó la voz que le llamaba:

–¡Juan de Caláiís!

–Aquí estoy –dijo.

–¿Has pensado lo que te dije ayer? –preguntó la voz.

–Sí, lo he pensado, pero es imposible –contestó.

–Pues piénsalo otra vez, que mañana volveré. ¡Y es mañana cuando se casa tu esposa!

–dijo la voz.

Al día siguiente, la voz le volvió a llamar:

–¡Juan de Caláiís!

Y él contestó:

–Aquí me tienes.

Dijo la voz:

–¿Qué, lo has pensado mejor?

Respondió el hombre:

–Sí, lo he pensado y acepto el trato.

Y dijo la voz:

–Pues atiéndeme bien: tú cierra los ojos. Cuando los vuelvas a abrir te encontrarás a la puerta del palacio del marqués. Entonces debes dirigirte a la sala de los pobres, donde hay una comida para ellos. Entrará la prima de tu mujer, que se llama María, a quien tú conoces. Cuando vaya a darte comida tú te echas la mano a la barba; al echarte la mano a la barba, ella te conocerá por el anillo de boda. Y luego sucederá lo que tiene que suceder.

Dijo Juan:

–De acuerdo –y cerró los ojos.

Cuando los abrió, estaba a la puerta del palacio y se fue en seguida a la sala de los pobres. Esperó a que sirvieran la comida y, cuando le tocó a él, se echó la mano a la barba y la prima María, que la vio, salió apresuradamente de allí. Y se fue a toda prisa a buscar a su prima, la esposa de Juan, y le dijo en seguida:

–¿Sabes quién está ahí abajo?

Dijo ella:

–Pues ¿quién está?

Dijo su prima:

–Tu marido.

Y ella:

–Eso es imposible.

E insistió la prima María:

–Te digo que es él y está en la sala de los pobres y lo he conocido por el anillo que lleva.

Y ella, entonces, dijo:

–Hazle venir inmediatamente.

La prima María hizo como le decían, salió por el hombre, lo metió dentro de las habitaciones de la esposa y cuando ya estuvieron con él y ella también le reconoció, Juan contó su historia y lo que le había sucedido desde que el primo le arrojase por la borda. Y oído el relato, dijo su esposa:

–Bueno. Pues ahora tú te vas a lavar, a afeitarse y a vestirse dignamente, que el otro tiene que purgar lo que ha hecho contigo y también conmigo.

Lo primero se lo dijeron al marqués, que en seguida estuvo de acuerdo con ellos. De modo que prepararon, en un recodo del camino de la capilla donde se iba a celebrar la boda, una gran hoguera y sobre ella montaron una enorme caldera de agua hirviendo. En fin, salieron de la casa camino de la capilla los novios y los padrinos y todos los invitados en procesión y cuando llegaron al recodo donde estaba la hoguera, les salió Juan de Calais al paso, todo afeitado y vestido, que se le podía reconocer. Y el primo se quedó pasmado al verle y dijo:

–¡Juan de Calais!

Y dijo Juan:

–Yo soy, que tú me tiraste al mar para casarte con mi esposa. Ahora te toca purgarlo.

Y entre varios le cogieron y le echaron en la caldera, donde se deshizo en un momento.

Con esto, los dos esposos ya pudieron vivir felices. Y al cabo de un año la mujer tuvo un hijo. Juan de Calais estaba a un tiempo contento y desesperado, pues no se atrevía a contarle a su esposa el trato que había hecho para escapar de la isla e impedir la boda con el primo. Y así pasaba los días sin poder dormir.

Una noche en que estaba en vela y solo, escuchó de pronto una voz que decía:

–¡Juan de Calais!

Se quedó demudado, porque reconoció la voz; y dijo:

–Aquí estoy.

Dijo la voz:

–¿Te acuerdas de lo que prometiste?

Y dijo él:

–Sí que me acuerdo.

Y dijo la voz:

–Pues mañana vendré por ello.

Al ver esta situación, el hombre no tuvo más remedio que confesarle a su mujer el trato que había tenido que hacer para salir de la isla. Y su esposa se abrazó a él, diciendo:

–Si es así, no habrá más remedio que dárselo. Pero tendrás que hacerlo tú solo porque yo no puedo ver cómo parten a mi hijo por la mitad.

A la mañana siguiente, el hombre preparó una tabla de madera ancha y grande donde poder echar al niño, luego estuvo afilando el hacha y después mandó a buscar al niño y se quedó a solas con él y lo preparó sobre la tabla, en espera de que la voz viniese a cumplir lo que había dicho. Y entonces escuchó:

–¡Juan de Caláiís!

Dijo él:

–Aquí estoy.

Dijo la voz:

–¿Tienes al niño contigo?

Dijo él:

–Sí, aquí lo tengo.

Dijo la voz:

–¿Vas a cumplir lo prometido?

Dijo él:

–Sí, lo cumpliré –pero lo decía con tales lágrimas que daba pena verlo.

Levantó entonces el hacha sobre su cabeza y ya iba a descargarla sobre el niño cuando sintió una mano invisible que le detenía. Y oyó que decían:

–¡Juan de Caláiís! ¡Deténte!

El hombre se detuvo.

–¿Recuerdas aquel muerto que un día enterraste humanamente, que se lo estaban comiendo los perros en un muladar?

Dijo Juan de Caláis:

–Sí, lo recuerdo.

–Pues el alma de ese muerto soy yo, que he venido a salvarte de tu dolor. Ve y vive feliz con tu esposa y tu hijo para que puedas seguir haciendo tan buenas acciones como la que hiciste conmigo.

49. LOS TRES LEONES

Un matrimonio tenía tres hijos varones y el padre tuvo la desgracia de caer enfermo de unas fiebres malignas que, a pesar de los cuidados que le prodigó su mujer, le llevaron a la tumba en poco tiempo. Y cuando murió, la mujer supo que estaba embarazada.

Fueron pasando los meses, y antes de que se cumpliera el plazo del nacimiento, los tres hijos fueron a ver a su madre y le dijeron:

–Madre, ya es hora de que nos vayamos de esta casa; aquí nada nos queda por hacer pero, además, no podemos estar más tiempo junto a usted. Cuando se cumpla el embarazo usted verá si es varón o hembra; si es varón, nos manda llamar, que nosotros vendremos a su lado; pero si es hembra no volverá usted a vernos, porque en ese caso nos acontecerá una gran desgracia de la que solamente ella podrá salvarnos cuando ya sea mujer.

Por más que la madre lloró y suplicó no pudo evitar que los hijos partieran. Y su partida le causó un dolor muy grande.

Poco tiempo después se cumplieron los nueve meses y nació una niña. Y el nacimiento de la niña sólo le causó aflicción, porque sabía que ya nunca volvería a ver a sus tres hijos varones. Y de tanto penar, la mujer cayó enferma y en pocos días fue a reunirse con su marido, dejando a la niña al cuidado de una vecina.

La vecina era una buena mujer, cariñosa y alegre, que crió a la niña como si fuera su propia hija y a la niña se le pegó el carácter de la vecina y, además, fue creciendo tan bonita que todo el mundo lo celebraba. La vecina tenía otra hija, nacida de ella, que era envidiosa y de mal carácter y sentía muchos celos de la ahijada de su madre. Y aunque su madre se lo recriminaba, trataba muy mal a la muchacha, pues la hija decía que si la muchacha no estuviera en casa ella tendría dinero para comprarse vestidos nuevos, y por eso la odiaba todavía más. Y tan dura y cruel fue la hija con ella que la muchacha

resolvió un día irse de la casa en secreto, sin decírselo ni a la bondadosa mujer que la había acogido.

Echó a andar a la buena de dios y al poco tiempo se vio metida en un bosque desconocido y allí la cogió la noche. La muchacha se sintió perdida y sola y empezó a dar vueltas con el desconsuelo creciéndole en el cuerpo; en una de sus idas y venidas descubrió un castillo y echó a correr hacia él por ver si allí podían acogerla y, si no, para quedarse aunque fuera a las puertas. Pero, por más que rodeó el castillo, no vio puerta alguna y ya no pudo sino echarse a llorar por su mala suerte.

En el momento en que empezó a llorar, se abrió un hueco en la muralla del castillo, un hueco del tamaño de una persona, y sin pensárselo dos veces lo cruzó aprisa y el hueco se cerró detrás de ella.

Estaba en un patio muy grande, rodeado de árboles y con una bella fuente en el centro y se quedó admirada porque nunca había visto una cosa igual en su vida. Luego atravesó el patio y entró en unos salones espléndidamente adornados y llegó hasta un comedor donde, en una gran mesa, había servida una cena con todos los manjares que se pudiera imaginar. La muchacha iba de un lado a otro no sabiendo de qué admirarse más, y estaba tan entretenida viéndolo todo que, sin darse cuenta, se encontró de pronto ante tres leones de temible aspecto que la miraban fijamente. Le entró un miedo tan grande que corrió a esconderse y, al verla huir, los leones se lanzaron tras ella con aspecto furibundo. Ya se veía perdida cuando se oyó de pronto una voz, que dijo:

–Querred a la muchacha, que es vuestra hermana.

Y al instante, los tres leones quedaron convertidos en tres jóvenes muy apuestos, que se echaron en sus brazos con emoción; en seguida la requirieron para que les contase cómo había podido llegar hasta ellos, pues el castillo no tenía puertas y la muchacha les contó su vida y cómo había llegado hasta allí y lo que le había sucedido al pie del castillo. Entonces ellos le dijeron que ya no tuviera pena, que si seguía sus mandados no tendría nada que temer y podría vivir feliz para siempre en aquel castillo.

Y allí se quedó, ocupándose del castillo y pasando el tiempo feliz y contenta; y cuando no le quedaba nada por hacer, se ponía a coser junto a la ventana más alta del castillo y por allí veía alejarse a los leones hacia otros montes y bosques; y cuando volvían, los leones se convertían en humanos y así hasta la mañana siguiente, en que volvían a convertirse en leones y se alejaban del castillo. La muchacha, a veces, sentía ganas de salir a aquel mundo exterior que ella veía, pero prefería la vida con sus hermanos.

Así estaban las cosas cuando un buen día escuchó el sonido de las trompas de caza y a poco aparecieron numerosos jinetes de montería que seguían el rastro de un jabalí. En su carrera, los cazadores se acercaron al castillo y entre ellos cabalgaba el hijo del rey, que en seguida llamó la atención de la muchacha por su apostura. El príncipe, al ver a aquella hermosa joven asomada a la ventana, abandonó la cacería y trató de entrar en el castillo, mas al ver que no tenía puerta alguna pidió una escala, la echó y subió por ella hasta la ventana. La joven quedó intimidada al principio, pero en seguida la tranquilizó el príncipe y después le confesó que se había enamorado de ella nada más verla y que deseaba llevarla a su palacio para casarse.

La muchacha estaba feliz en su castillo, pero también tenía deseo de salir de él y ver mundo y, además, también ella se había enamorado del príncipe, de manera que aceptó casarse con él. Entonces el príncipe le pidió que le contara qué hacía en aquel extraño castillo; y ella se disponía a contarle su historia cuando escuchó una voz que le decía:

–Durante tres años has de estar sin hablar o morirás y tus hermanos quedarán convertidos en leones para siempre.

Nada más oír esto, la pobre muchacha cerró la boca y, por más que el príncipe la interrogase o pretendiera hacerla hablar, ella permaneció muda. Entonces miró por encima del príncipe, a lo lejos, y vio a los tres leones que la saludaban moviendo la cola con cariño.

El príncipe pensó que algo extraño le había ocurrido a la muchacha, pero fuera lo que fuese le insistió en que, aunque no pudiera hablar, él estaba decidido a llevarla a su palacio y hacerla su esposa. Entonces ella miró de nuevo a los leones y vio que éstos, con la cabeza, le decían que sí, que aceptase y entonces ella dio por fin su consentimiento al príncipe.

Se fueron juntos al palacio del príncipe y éste la presentó a sus padres, explicándoles cómo la había encontrado, así como el extraño suceso de su repentina mudez, pero volvió a repetir que quería casarse con ella y su padre, que ya era viejo y pensaba en la sucesión, le concedió su aprobación. La reina, en cambio, no veía con buenos ojos la boda, pues eso significaba que sería rey su hijo, pero la reina sería su nuera y no ella.

Y decía:

–¿Acaso no te das cuenta del peligro que corres casándote con esta mujer? Bien puede ser que tus hijos salgan también mudos y uno de ellos tenga que reinar en su día siendo

mudo. ¿Quién ha visto un rey mudo en parte alguna del mundo? Además, es una desconocida, lo que resulta una ofensa para todas las hermosas muchachas de este reino.

Y el príncipe decía:

–No hay cuidado, que ella no es muda sino que su mudez se debe a un accidente del que sanará, porque yo he hablado con ella y la he oído hablarme. Pero aunque fuera muda de nacimiento, me casaría igualmente con ella.

Y llegó el día señalado y se casaron, contra la voluntad de la reina, que así veía perder sus privilegios.

Al poco tiempo murió el rey, le sucedió el príncipe y la muchacha se convirtió en reina. Todo el mundo estaba muy contento con la nueva reina, porque era tan sencilla y cariñosa que hacía olvidar el defecto de su mudez. Y un poco más tarde, la nueva reina quedó embarazada, lo que colmó la felicidad del joven rey. Sin embargo, pronto llegaron noticias de que en uno de los confines del reino había habido una sublevación y la gente de allí se había puesto al servicio de un rey vecino que, de este modo, amenazaba el territorio del joven rey. De modo que, aprisa y corriendo, tuvo que ponerse al frente de sus tropas para ir al combate.

Antes de partir, encargó a su madre que cuidara muy especialmente de su esposa y de la criatura que estaba por nacer y la madre le dijo que se fuera tranquilo.

Aún faltaba el rey del palacio cuando la reina dio a luz un hermoso niño. Pero la reina recelaba de tal modo de la madre del rey que, apenas nació, le cortó el dedo pequeño de uno de los pies y se lo guardó.

No le faltaron razones, pues a poco de nacer, la madre mandó a un criado de su confianza que raptara al niño y lo hiciera desaparecer echándolo al mar dentro de un cajón cerrado. Pero la doncella de la reina conocía bien al criado, que se interesaba por ella, y con astucia consiguió enterarse de dónde iban a echar al niño y los siguió. Cuando lo hubieron lanzado al mar, ella cogió una barquita que tenía preparada en aquel mismo lugar, navegó en pos del cajón, lo recogió y volvió a tierra con él. Luego lo entregó a una tía suya para que lo criase en secreto.

El rey, aunque estaba en guerra, mandaba pedir noticias de su mujer y la madre le envió una carta a su hijo diciéndole que la reina había tenido un niño que nació muerto y que, después de esto, se había entregado a toda clase de ligerezas, lo que hacía perentorio un castigo ejemplar.

No le gustaron al rey estas noticias, pero decidió que nada se haría hasta su vuelta,

pues sabía de la mala voluntad que su madre manifestaba a su esposa.

Por fin acabó la guerra, que duraba ya dos años largos, y volvió el rey. Entonces la madre se adelantó a recibirle y le fue contando los mil y un horrores de la conducta de su esposa durante su ausencia, llegando a decir que había tenido amores con varios criados del palacio, de los de peor reputación. Ella confiaba en que la reina no pudiera defenderse puesto que no podía hablar y se aprovechaba de esta circunstancia. Además, había sobornado a varios testigos para que diesen falso testimonio de lo que ella contaba y se los presentó a su hijo. En fin, todo el mundo en palacio tenía tanto miedo a la madre del rey que nadie se atrevió a desmentirla. El rey fue a hablar con su esposa y a preguntarle sobre lo que había oído, pero la pobre reina no podía hacer otra cosa que negar con la cabeza y llorar de pena.

Fue tal y tan gruesa la trama que urdió la madre que, al fin, llevaron a la reina a los tribunales para que la juzgasen y como nadie se presentó a defenderla, la condenaron a muerte por adulterio.

La presentaron en el patíbulo en el que había de cumplirse la condena justo el día en que se cumplían los tres años de su salida del castillo sin puertas para casarse con el príncipe. Y la reina tenía la esperanza de que dieran las doce antes de que la ajusticiasen, pues así se cumpliría la promesa hecha para salvar su vida y del encantamiento a sus hermanos y podría hablar y contarle todo. Y la gente que rodeaba el patíbulo se veía triste y el mismo rey también lo estaba, pues aún no podía creer que la reina le hubiese engañado, como le decían.

Al llegar a lo alto del patíbulo, la reina tendió la vista a lo lejos y allí divisó el castillo sin puertas y en las almenas estaban los tres leones. Entonces ella agitó un pañuelo para saber si podía hablar, pero los tres leones, moviendo la cola, le dijeron que aún no era tiempo.

La madre del rey, en vista de la lentitud del acto y la conmiseración de la gente, instó al verdugo a que actuase cuanto antes y la pobre reina, siempre muda, dirigió al rey una mirada de tristeza tan honda que el rey, afectado por ello, dio orden de que se retrasase la ejecución hasta que él lo ordenara, pues en el fondo de su corazón se resistía a ejecutar la sentencia. Y la madre ya iba a volver a insistir ante él cuando, de pronto, se produjo una gran confusión entre los asistentes, unos echaron a correr en una dirección y otros en otra con gran susto y se vio que habían aparecido tres feroces leones que, en cuatro saltos, subieron al patíbulo y rodearon a la reina como en actitud de defenderla.

Apenas se habían rehecho los guardias del rey cuando empezaron a dar las doce en la torre del campanario. Y al dar la última campanada, los tres leones se convirtieron en tres apuestos jóvenes que rescataron a la reina del patíbulo y se dirigieron a donde estaba el rey; y el mayor de ellos dijo:

–Aquí está nuestra hermana, tan pura como el día en que la sacasteis del castillo para hacerla vuestra esposa. Al salir del castillo se le impuso un silencio de tres años, pues de ello dependía su vida y la nuestra; ella ha cumplido su compromiso y ahora estamos libres del encantamiento que nos tenía convertidos en leones y atados al castillo sin puertas y hemos venido para ser sus testigos y defender su vida ante las calumnias de vuestra madre.

El rey se abrazó a la reina con indisimulada alegría y su madre comenzó de nuevo a atacar a la reina, entonces el rey se dirigió a su esposa y le dijo:

–Puesto que tu compromiso ha terminado y ya puedes hablar, hazlo ahora.

La reina dijo lo primero de todo que reclamaba a su hijo, nacido dos años antes, y la madre del rey dijo entonces que, como naciera muerto, enterrado estaba.

Entonces la reina llamó a su doncella y ésta acudió corriendo con el niño, que se parecía a su padre. Y pidió a la doncella que relatase lo que había sucedido y, luego que lo hubo hecho, descalzó al niño y le mostró el piecico al rey para que viera que faltaba uno de los dedos. Y pidió a la doncella su bolsa, la abrió y dijo:

–Éste es el dedo que falta, que lo corté y lo guardé para reconocerlo si fuera necesario, pues temía que vuestra madre me quitase al niño por el odio que me tenía.

Entonces el rey, loco de alegría, abrazó a su esposa y a su hijo y condenó a muerte a su madre, pero la reina intervino y consiguió que fuera desterrada a un lugar de donde nunca pudiera volver. Y así se cumplió la suerte de la muchacha y sus hermanos, los cuales se quedaron a vivir en el palacio al servicio del rey.

50. LA MARIPOSITA

Esto era una mariposita que estaba barriendo alegremente la puerta de su casa y se encontró un centimito.

Y empezó a pensar: «¿En qué me lo gastaré? ¿En qué me lo gastaré? ¿En caramelitos? No, no, que me llamarán golosa. ¿En almendritas? No, no, que me llamarán tragona».

Y así siguió hasta que, de pronto, dijo:

–¡Ya sé! Me compraré un lacito para el pelo y estaré linda y hermosa.

Se compró el lacito, se lo puso en el pelo y, linda y hermosa, se puso a la puerta por ver si encontraba novio. Entonces llegó un perro y le dijo:

–Huy, mariposita, qué reguapa estás.

–Hago yo muy bien, que tú no me lo das –repuso ella.

–Mariposita, ¿te quieres casar conmigo?

–Y cuando tengamos hijitos, ¿cómo los llamarás?

–Guau, guau –ladró el perro.

–Ay, no, entonces no, que me los morderás.

Se fue el perro y al rato llegó un gato, y le dijo:

–Huy, mariposita, qué reguapa estás.

–Hago yo muy bien, que tú no me lo das.

–Mariposita, ¿te quieres casar conmigo?

–Y cuando tengamos hijitos, ¿cómo los llamarás?

–Miau, miau –maulló el gato.

–Ay, no, entonces no, que me los arañarás.

Se fue el gato y a continuación llegó un ratón, y le dijo:

–Huy, mariposita, qué reguapa estás.

–Hago yo muy bien, que tú no me lo das.

–Mariposita, ¿te quieres casar conmigo?

–Y cuando tengamos hijitos, ¿cómo los llamarás?

–Iii, iii –chilló bajito el ratón.

–Ay, sí, porque así me los arrullarás.

Y fueron y se casaron la mariposita y el ratón, ella vestida de blanco y él con levita gris. Como se casaron en sábado, a la mañana siguiente, que era domingo, la mariposita dejó al ratoncito en la cama y le dijo:

–Me voy a misa. Tú no te levantes, no sea que te coma el gato; y no te asomes a la olla, no te vayas a caer dentro.

La mariposita se marchó y el ratoncito se quedó. Y estaba tan a gusto en la cama, pero luego pensó: «Voy a vigilar la olla, no vaya a ser que se queme la comida».

Llegó a la olla, se encaramó en ella, abrió la tapa y ¡zas! se cayó dentro. La mariposita volvió de misa y no encontraba a su ratoncito.

–Ratoncito Pérez, ¿dónde estás?

Y nada, que no aparecía. Al final se cansó de buscarle y se fue a comer y, claro, al abrir la olla, allí estaba el ratoncito cocido. Y la mariposita se fue a la puerta de su casa y se puso a llorar.

–Ay, que mi ratoncito se cayó a la olla y su mariposita le gime y le llora.

Pasó volando un pajarillo, y le preguntó:

–¿Por qué lloras, mariposita?

–Porque el ratoncito se cayó a la olla y su mariposita le gime y le llora.

Y dijo el pájaro:

–Pues yo, como pajarito, me corto el piquito.

E iba volando sin piquito y le vio una paloma, que le preguntó:

–Pajarito, ¿cómo vienes sin piquito?

–Porque el ratoncito cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, y yo, como pajarito, me corté el piquito.

Y dijo la paloma:

–Pues yo, como palomita, me corto la colita.

Se fue la paloma volando hasta el palomar. Y le dijo el palomar:

–Palomita, ¿cómo vienes sin colita?

–Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, y yo, como palomita, me corté la colita.

–Pues yo, como palomar, me echo a rodar.

Echó a rodar y a rodar y a rodar y tanto rodó que al río llegó; y le dijo el río:

–Palomar, ¿cómo vienes tan rodando?

–Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la palomita se cortó la colita, y yo, como palomar, me eché a rodar.

–Pues yo, como río, me seco y no crío.

Conque se secó y no crió. Entonces llegaron a la orilla las doncellas del rey con sus cantaritas para coger el agua del río. Y le dijeron:

–Río, ¿cómo no traes agua?

–Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la palomita se cortó la colita, el palomar se echó a rodar, y yo, como río, me seco y no crío.

–Pues nosotras, como doncellitas, rompemos nuestras cantaritas.

Clán. Rompieron sus cantaritas y volvieron al palacio sin cantaritas. Y el rey, que lo vio, les dijo:

–Doncellitas, ¿por qué no traéis las cantaritas?

–Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la palomita se cortó la colita, el palomar se echó a rodar, el río se secó y no crió, y nosotras, como doncellitas, rompimos nuestras cantaritas.

–Pues yo, como rey, me echo a correr.

Se echó a correr y corrió y corrió y corrió y al final llegó donde un fraile, que le dijo:

–Rey, ¿cómo vienes tan corriendo?

–Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la palomita se cortó la colita, el palomar se echó a rodar, el río se secó y no crió, mis doncellitas rompieron sus cantaritas, y yo, como rey, me echo a correr.

Y dijo el otro:

–Pues yo, como fraile, me cojo las castañuelas y me voy al baile.

51. BELLAFLOR

Un padre tenía dos hijos. El mayor se hizo soldado, se embarcó y estuvo en América durante muchos años. Cuando se cansó de ser soldado, se embarcó de nuevo para España y se presentó en su casa. Al llegar, descubrió que su padre había muerto y que su otro hermano era el que ahora se ocupaba de la casa y las tierras y se había hecho muy rico. Se presentó al hermano, que no le reconocía, y le dijo:

–¿Es que no me conoces?

El hermano le contestó de malos modos:

–Ni te conozco ni gana que tengo.

Entonces el mayor le contó quién era y de dónde venía y el otro le dijo entonces:

–Pues vete al granero, que allí hay un arcón que es todo lo que nuestro padre te ha dejado –y, sin más, se dio media vuelta y regresó a sus quehaceres.

El hermano mayor se fue al granero y, en efecto, halló un arcón muy viejo. Y se dijo:

–¿Para qué quiero yo este arcón tan viejo? –y como hacía frío, decidió convertirlo en leña para calentarse. Así que se lo echó al hombro, fue al lugar donde se hospedaba y empezó a hacerlo pedazos con un hacha. Pero hete aquí que, estando en esta faena, saltó un cajón secreto que tenía el arcón y el hombre vio que era el recibo de una fuerte suma de dinero que se le adeudaba a su padre. De inmediato se fue a cobrarla, le dieron el dinero y se encontró con que era rico.

Algunos días después, iba el hombre por la calle y encontró a una mujer que lloraba amargamente. Compadecido, le preguntó por qué lloraba y ella le explicó que su marido estaba muy enfermo, que no tenía dinero para curarle y que un acreedor se lo iba a llevar a la cárcel por no poder pagar lo que debía.

El hombre, al ver aquello, le dijo:

–Pues no se apure usted, que yo me hago cargo de la deuda y también de la curación de su marido; y si después de todo se muere, pues también me hago cargo del entierro.

Y así lo hizo. Sólo que cuando terminó de pagar todo, incluido el entierro, vio que ya no le quedaba ni un céntimo.

Y pensó: «Ahora tengo que ver cómo puedo ganarme la vida».

Así que se fue a servir al rey en su palacio, que si antes había sido soldado, bien podía ahora ser criado. Y entró de mozo de palacio; y se comportaba tan bien y con tanta diligencia y discreción que se ganó la confianza del rey y fue ascendiendo hasta que el rey le hizo gentilhombre.

Entretanto, su hermano había echado a perder su fortuna y apenas tenía lo justo para alimentarse y escribió una carta al mayor pidiéndole ayuda; como éste era de buen corazón, lo recomendó al rey y le encontró un empleo en palacio.

Llegó el hermano y, en vez de sentir agradecimiento, se llenó de envidia al ver cómo el rey distinguía al mayor y decidió que buscaría la ocasión de perderlo para ocupar él su lugar. Un día se enteró de que el rey estaba enamorado de una princesa llamada Bellaflor; pero sucedía que el rey estaba ya muy viejo y a Bellaflor no le gustaba nada como marido, por lo que se había ocultado en una casa escondida en un bosque lejano que nadie atinaba a descubrir. Entonces fue a ver al rey y le dijo que su hermano mayor sabía dónde se ocultaba Bellaflor y que, además, se trataba con ella. El rey se puso furioso de verdad y mandó llamar inmediatamente al hermano para encargarle que partiera sin dilación a buscar a Bellaflor y se la trajera a palacio en el plazo de una semana o, de lo contrario, le cortaría el cuello.

El mayor no tuvo más remedio que ponerse en camino y pensaba cómo podría encontrar a Bellaflor si no sabía su paradero. Conque se fue a la cuadra, triste y pensativo, y de pronto reparó en un caballo blanco, flaco y viejo, que al verle entrar le dijo:

—Monta en mí y no te preocupes de más.

El mayor se sorprendió al oír esto, pero no lo dudó, montó en el penco y echaron camino adelante. Al cabo de un buen rato, le dijo el penco:

—¿No traes pan en tu bolsa? Pues échaselo a esas hormigas que se afanan en el hormiguero, que falta les hace.

Y dijo él:

—¿Y qué voy a comer yo si pierdo mi pan?

Y dijo el caballo:

—Tú dáselo, que nunca se debe perder la ocasión de hacer el bien.

Les echó el pan y siguieron camino. Más adelante vieron que un águila había caído en las redes de un cazador y se debatía en ellas enredándose cada vez más. Y dijo el penco:

–Anda, apéate y libera de las redes a ese pobre animal.

Y dijo él:

–No tenemos tiempo para entretenernos en eso.

Y dijo el penco:

–Tú libérala, que nunca se debe perder la ocasión de hacer el bien.

Eso hizo y siguieron camino. Y esta vez se encontraron un pez que había quedado varado en la orilla y, por más que hacía, no conseguía volver al agua.

–Anda –le dijo el penco–, coge a ese pobre pez y devuélvelo al río.

Y dijo él:

–¿Pero es que vamos a estar deteniéndonos todo el rato? Mira que tengo el tiempo contado para volver con la princesa a palacio.

Y dijo el penco:

–Tú échalo al agua, que nunca se debe perder la ocasión de hacer el bien.

Y así continuaron hasta un bosque umbrío y espeso donde el penco se internó sin vacilar; y a poco, dieron con una hermosa casa donde estaba Bellaflor ocupándose de dar de comer a los animales de granja que tenía por allí. Entonces dijo el penco:

–Ahora yo empezaré a dar saltos y corvetas y eso le gustará tanto a Bellaflor que querrá montarme. Cuando me monte, yo me pondré a dar coces y relinchos y ella se asustará; entonces apareces tú y le dices que tu caballo sólo está acostumbrado a que lo monte su amo y que sólo así se amansará; y cuando ella consienta que montes, te subes tú también sobre mí y yo echaré a correr y no pararé hasta llegar al palacio del rey.

Así sucedió y Bellaflor comprendió que la llevaban robada; entonces dejó caer de su delantal al suelo el maíz que estaba dando a sus aves de corral y le dijo al joven que parasen para recogerlo.

Y le contestó él:

–Pierde cuidado, que allí donde vamos sobran maíces.

Más adelante, al pasar bajo un árbol, tiró al aire su pañuelo, que se quedó trabado en las ramas más altas y le dijo al joven que se apease un momento para recogerlo.

Y le contestó él:

–Pierde cuidado, que allí donde vamos sobran pañuelos.

Más adelante llegaron a un río y ella dejó caer en él una sortija y le pidió al joven que

se echara al agua para cogérsela.

Y le contestó él:

–Pierde cuidado, que allí donde vamos sobran sortijas.

Por fin avistaron el palacio del rey justo cuando se cumplía el plazo que éste había dado al hermano mayor para volver con Bellaflor; y el rey se puso muy contento y decidió celebrar una gran fiesta de bienvenida.

Pero Bellaflor, en cuanto pisó el palacio, corrió a la alcoba que le habían destinado y se encerró allí sin querer ver a nadie, ni siquiera al rey, que le suplicaba que abriera la puerta. Sólo dijo que no abriría la puerta hasta que le trajesen las tres cosas que había perdido por el camino.

El rey llamó inmediatamente al hermano mayor y le dijo que fuera a buscar las tres cosas y que si volvía sin alguna de ellas, mandaría que le cortasen el cuello.

Muy afligido, el mayor se fue a ver al caballo blanco, que estaba más flaco y viejo después del viaje, y le contó lo que le ocurría; y le dijo el penco:

–No te preocupes, monta en mí y vamos a buscarlas.

Echaron camino adelante y llegaron al hormiguero de la otra vez. Y dijo el penco:

–¿Quieres tener el maíz?

Y dijo él:

–¿No he de quererlo, si por él vengo?

–Pues llama a las hormigas –dijo el penco– y diles que te lo traigan.

Y así fue como las hormigas, agradecidas, le trajeron el maíz, que él guardó en una bolsa.

Luego llegaron al árbol en cuyas ramas altas había quedado trabado el pañuelo. Y dijo el penco:

–¿Quieres llegar al pañuelo?

Y dijo él:

–¿No he de querer, si por él vengo?

–Pues llama al águila que liberaste de las redes del cazador –dijo el penco– y pídele que te lo traiga.

Así sucedió y siguieron camino. Por fin llegaron al río donde Bellaflor dejó caer su sortija y esta vez sí que se quedó desolado el hombre, que dijo:

–¿Cómo podría sacar la sortija del fondo con esa corriente tan fuerte, si ni siquiera recuerdo dónde la perdió?

–Pues llama al pez que salvaste de morir –dijo el penco– y pídele que te la saque del fondo del río.

Y el pececillo, al oír lo que el hombre quería, se zambulló al fondo y volvió a aparecer con la sortija en la boca.

Volvió, pues, el hermano mayor al palacio lleno de alegría por el resultado de sus buenas acciones con las tres cosas que Bellaflor había pedido. Se las llevaron y entonces ella dijo que no saldría de su habitación mientras no friesen en aceite al atrevido que la había robado de su casa en el bosque. El rey, al conocer el deseo de ella, le prometió que se haría así y mandó preparar la lumbre y la caldera de aceite.

El hombre, muy afligido, fue a ver al caballo para despedirse de él y le contó lo que el rey había ordenado. Y le dijo el penco:

–No te preocupes. Monta sobre mí y correré mucho hasta que esté cubierto de sudor; cuando esto suceda, unta tu cuerpo con mi sudor y échate confiado en la caldera, que no te pasará nada.

Así lo hizo y, ante el asombro de todos, salió de la caldera tal y como había entrado en ella. Y al verlo tan arrogante, que se diría que el aceite le había embellecido, Bellaflor se enamoró de él.

Entonces el rey, que era viejo y feo, al ver lo que le había sucedido al mayor, pensó que a él le sucedería otro tanto y, sin pensárselo más, se echó a la caldera, donde murió abrasado. Y como el rey no tenía descendencia, sus súbditos nombraron rey al hermano mayor, que se casó con la princesa.

Pero antes de celebrarse la boda el hermano mayor desterró a su hermano fuera de los límites del reino con una modesta bolsa de dinero y la orden de que no volviera más. Y luego se fue a ver al viejo penco para darle las gracias por la ayuda que le había prestado; y éste le dijo entonces:

–No me agradezcas nada, pues has de saber que yo soy el alma de aquel desgraciado en quien te gastaste lo que tenías por salvarle y a quien luego enterraste; y al verte tan apurado, pedí a Dios permiso para acudir en tu ayuda y devolverte tus beneficios.

52. LA ESTATUA DE MÁRMOL

Una mujer tenía un hijo ya crecido que no se decidía por hacer nada en la vida y allí seguía en la casa de su madre, holgando y perdiendo el tiempo. La madre le insistía en que tenía que aprender algún oficio, pero el muchacho, a cada oficio que le indicaba su madre, se negaba a aprenderlo alegando que no le gustaba. Así estaban hasta que, cansado de decir que no a todo, decidió meterse a pintar. La madre, muy contenta, le buscó un maestro que le aceptara como aprendiz y resultó que el chico se fue aficionando a la pintura y le dedicaba sus buenas horas, lo mismo trabajando en el taller con el maestro que practicando él por su cuenta cuando el maestro no estaba. Y en poco tiempo se convirtió en un buen pintor.

Un día, el hijo del rey mandó llamar al maestro y le contó que había tenido un sueño: había soñado con la muchacha más hermosa del mundo y quería que, con arreglo a las indicaciones que él le diera, el maestro hiciera un retrato de aquella flor de la hermosura. El maestro tomó buena nota y se volvió a su casa tan afligido que no podía estarlo más. La mujer, en cuanto le vio llegar, notó su tribulación y le preguntó a qué se debía. Y le dijo el maestro:

–Pues a que el rey me ha encargado que haga el retrato de una mujer que ha visto en sueños y que dice que es la flor de la hermosura. ¿Y cómo voy a retratar yo algo que no he visto de manera que al rey le plazca?

El aprendiz, que estaba por allí, dijo:

–No tenga usted cuidado, maestro, déme a mí las señas de esa belleza, que yo haré el retrato. Sólo necesito que me deje un costal de nueces, dos panes y una botella de vino; y con eso, yo me encierro a trabajar esta noche y mañana mismo tiene usted el retrato.

Discutieron el maestro y la mujer y al fin accedieron a darle lo que quería al aprendiz, y éste se encerró en el taller.

Pero el maestro y la mujer no las tenían todas consigo y se quedaron por la noche en

su alcoba con los ojos abiertos oyendo lo que hacía el aprendiz; y lo único que oían era el ruido de cascar las nueces, de manera que al fin el maestro le dijo a su mujer:

–Me parece que este sinvergüenza lo que está haciendo es atracarse de comer a nuestra costa, así que me voy a levantar a buscarlo para darle un buena tunda.

Y le dijo la mujer, con mejor sentido:

–Si ya está en ello, déjale a ver qué pasa y vamos a dormirnos, que ya estoy muerta de sueño.

Mientras tanto el aprendiz, después de darse el hartazgo y muy animado por el vino que lo acompañó, se puso a la tarea y pintó el retrato de una muchacha que era, verdaderamente, la flor de la hermosura, tanto si el rey la había soñado como si no. A la mañana siguiente, el escamado maestro se presentó en el taller nada más amanecer y allí se quedó con la boca abierta al ver el maravilloso retrato que el aprendiz había pintado. Conque le despertó apresuradamente y le dijo:

–Pero ¿cómo has pintado esto?

Y contestó el muchacho:

–Con vino y nueces; vaya usted a llevarlo a palacio y déjeme dormir.

El hijo del rey se quedó de una pieza al ver el retrato y le dijo al maestro:

–Ésta es la mujer con la que yo he soñado. Ahora es preciso que vaya a buscarla y tú vendrás conmigo.

Al oír esto, el maestro se fue de palacio consternado y con tal aspecto llegó a su casa que le preguntó su mujer:

–¿Qué te pasa? ¿Es que al hijo del rey no le gustó el retrato?

–Pues mejor fuera que no le hubiese gustado, porque ahora quiere que vaya con él a buscar a la flor de la hermosura. ¿Y cómo la vamos a encontrar, si sólo existe en su cabeza?

El aprendiz, que lo oyó, le dijo al maestro que le llevara con él a ver al hijo del rey y que ya encontrarían el modo de hacer que él acompañara al hijo del rey y el maestro quedase en su casa. Así pues, el maestro presentó al muchacho como su hijo y pidió que le dejaran hacer el viaje con ellos. Y como el hijo del rey consintió, se pusieron en marcha los tres.

A los dos días de andar, el maestro estaba tan cansado que el aprendiz le dijo al hijo del rey:

–Como mi padre se fatiga tanto, nos va a retrasar el viaje, así que si el señor quiere,

yo puedo encargarme de guiarle.

–¿Y tú sabes por dónde hemos de ir?

–Sí, señor –dijo el muchacho.

–Pues que se vuelva entonces el maestro solo a su casa y nosotros seguimos adelante.

Eso hicieron y el hijo del rey y el muchacho siguieron camino sin detenerse y a fuerza de andar llegaron a una casa en mitad del monte. Entraron en ella y no vieron a nadie, pero la mesa estaba servida y, como estaban cansados y hambrientos, se pusieron a cenar y después buscaron un lugar donde echarse a dormir. Y allí había dos camas dispuestas, que parecía que les estaban esperando. El hijo del rey se acostó de inmediato en una de ellas, pero el muchacho, que andaba un poco desconfiado de no ver a nadie, dijo:

–Mejor será que uno duerma y otro vele y ya cambiaremos turnos.

El hijo del rey estuvo de acuerdo y mandó a dormir al muchacho, pues él se encargaba de hacer la primera vela. A las once en punto, cuando acabó su turno, cambiaron y quedó vigilando el muchacho. Y ahí estaba, dejando pasar el tiempo, cuando, al dar las doce, sintió ruido como de dos personas que entraban; y aunque no veía a nadie, oyó dos voces que hablaban entre sí, y después de saludarse decían:

–¿No sabes con quién quiere casarse el hijo del rey?

–No. ¿Con quién?

–Con la flor de la hermosura.

–¡Ay, qué difícil es eso, si es casi imposible encontrarla!

Ahí se callaron las voces y no hubo más y el muchacho se quedó con las ganas de saber dónde podrían encontrar a la flor de la hermosura. Pero se dijo para sus adentros que, si permanecían una noche más allí, quizá lograra averiguarlo.

Al amanecer se despertó el hijo del rey y preguntó:

–¿Hubo algo esta noche?

–Nada, señor.

–Pues en marcha.

–Esperad, señor, que creo que será bueno quedarnos un día más aquí, pues sucede algo extraño que quiero averiguar.

El hijo del rey se avino a ello y pasaron el día caminando por las cercanías de la casa sin ver a persona alguna, lo que les parecía extraordinario. Comieron y cenaron y después se acostaron y convinieron en hacer los turnos como la noche anterior, de

manera que, a las once, el hijo del rey despertó al muchacho y se fue a dormir. El muchacho aguardó pacientemente a que dieran las doce y entonces, como en la noche anterior, oyó entrar a dos personas, a las que no veía, que se saludaron y empezaron a hablar.

–¿Sabes que el hijo del rey se ha puesto en camino para buscar a la flor de la hermosura?

–Sí, pero es muy difícil que la encuentre, porque está al otro lado del mar.

–Ah, pero es fácil de pasar. Si ese cuerno de llave que está ahí colgado lo tirase al mar, se volvería un puente de plata que llega al otro lado.

Otra vez volvieron a callar las voces y el muchacho se dio cuenta de que aún no sabía lo suficiente, por lo que convenció al hijo del rey de que pasaran un día más allí, y eso hicieron. A la medianoche estaba el muchacho de guardia, como en las veces anteriores, y sonaron los pasos de las dos figuras invisibles, que se pusieron a hablar:

–¿Sabes que el hijo del rey está muy decidido y ya debe de estar muy cerca de aquí?

–Tal vez pare en esta casa.

–Tal vez sí, tal vez no.

–Pero aunque encuentre el cuerno de llave y pase el mar, no podrá traerse a la flor de la hermosura, porque la guardan un gigante terrible y dos leones feroces.

–¿Y no hay manera de poderla rescatar sin que lo vean?

–Sí la hay, si aprovecha que estén dormidos y vuelven a pasar el mar antes de que despierten, pero ¡ay de ellos si logran alcanzarlos!

Volvieron a callar las voces y, al amanecer, el muchacho cogió el cuerno de llave y se fue con el hijo del rey hasta el borde del mar. Allí mismo echó al agua el cuerno de llave, que se volvió puente de plata, y pasaron al otro lado.

Pronto llegaron a un gran palacio, en el cual había un gigante y dos leones y los tres estaban dormidos. En medio de todos ellos había una mujer tan hermosa que no lo podían creer. Ella, en cuanto los vio, les dijo:

–¿Cómo es que han llegado ustedes hasta aquí?

Y dijo el hijo del rey:

–Hemos venido a buscarte.

–¡Desgraciados de vosotros! –contestó ella–. En cuanto despierte el gigante, os alcanzará y os matará, y si los leones despiertan antes, os devorarán sin que quede una uña de vosotros.

Pero ellos se acercaron a la mujer, la cogieron con mucho tiento y, en cuanto se vieron fuera del palacio, partieron a escape hacia el mar. Al poco se despertó el gigante y, al ver que no estaba la flor de la hermosura, se llenó de ira y salió a buscarla. Y apenas miró, vio que se la llevaban por el puente de plata. Entonces echó a correr y, como era gigante, en tres zancadas se plantó junto al mar, pero en ese momento los tres fugitivos terminaron de pasar y levantaron el puente. El gigante, al ver que ya no podía seguirlos, los amenazó y dijo:

–Te vas, flor de la hermosura, que he llegado tarde para recuperarte, pero permita Dios que en tu noche de bodas seas comida por los lobos, y si esta maldición no te alcanza, que, al primer hijo que tengas, te conviertas en estatua de mármol.

Volvieron los tres a toda prisa y, cuando sintieron cansancio, recordaron la casa en el monte y allí se fueron a dormir. Como en las veces anteriores, estaba el muchacho de guardia cuando dieron las doce y otra vez volvió a escuchar pasos y a oír las voces.

–¿No sabes que el hijo del rey ha conseguido traer a la flor de la hermosura?

–¿Es verdad eso?

–Verdad es, pero no sabe que trae consigo la maldición que les ha echado el gigante.

–¿Qué maldición es ésa?

–Que en su noche de bodas ella sea comida por los lobos.

–Qué pena, con lo bella que es. ¿Y no hay modo de librarse de esa maldición?

–Sí la hay, si el día en que se casen el rey rodea la ciudad con un ejército para pelear con todos los lobos que se presenten.

Callaron las voces y el muchacho se echó a dormir también él, pues ya había oído lo que deseaba saber. A la mañana siguiente se pusieron de nuevo en marcha y al fin llegaron a la ciudad, donde fueron recibidos con gran gozo y todo el mundo quedó admirado de la extraordinaria belleza de la flor de la hermosura.

El día de la boda, el rey armó a su ejército y rodearon la ciudad; y cuando ya estaban preparados vieron llegar infinidad de lobos de aspecto sanguinario por todas partes y los soldados estuvieron luchando durante horas hasta que por fin consiguieron acabar con ellos.

En fin, que terminaron con bien las fiestas y todo el mundo estaba feliz y, en especial, el hijo del rey. Con el paso del tiempo, la flor de la hermosura dio a luz un niño que también era muy hermoso. Todos en el palacio estaban encantados y también la reina, que tanto había deseado tener un nieto. Y cuando el rey, después de presentar al niño,

volvió con él a la alcoba de su mujer, se la encontró convertida en estatua de mármol. No hay que decir que sintió tal desconsuelo al verla en ese estado que ni siquiera la presencia del hijo le alegraba el corazón. Y así, mandó vaciar una gran sala y colocar en el centro, sobre una gran losa, la estatua de su mujer, para admirarla muerta ya que no la podía tener viva.

El aprendiz, que se había quedado a vivir en palacio, viendo el estado en que se encontraba su señor, pensó que debería visitar la casa en el monte cuanto antes y pidió al hijo del rey que le proporcionase un caballo. Salió una mañana y esa misma noche ya estaba en vela aguardando que diesen las doce. Cuando eso sucedió, sonaron los pasos y, en seguida, se oyeron las voces:

–¿No sabes lo que pasa ahora?

–No, ¿qué es?

–Que el hijo del rey ha podido librarse de la primera maldición del gigante, pero no de la segunda.

–¿Cuál era ésa?

–Que al dar a luz a un niño se ha convertido en estatua de mármol.

–Ay, qué lástima, con lo bella que era. ¿Y no hay modo de librarse de esa maldición?

–Sí que lo hay, pero es muy triste, porque para dar la vida a la madre, tiene que morir el hijo.

–¿Y cómo es eso?

–Si matan al niño y echan la sangre en una redoma y frotan con esa sangre las venas de la madre, ésta volverá a la vida.

Callaron las voces y esta vez el muchacho no pudo dormir; mas apenas vio la primera luz, salió a escape a palacio. En cuanto llegó, le dijo al hijo del rey cómo deshacerse de la maldición. El hijo del rey quedó apesadumbrado y su madre, la reina, se opuso a que se hiciera nada a su nietecito. Pero, finalmente, el hijo del rey, con todo el dolor de su corazón, decidió que antes que el hijo era la madre. Y como confiaba en el aprendiz, dio la orden de que se hiciera como el aprendiz decía.

Mataron al pobrecito niño, recogieron la sangre en una redoma y fueron frotando con ella todas las venas de la estatua de mármol. A medida que las frotaban, iban tomando color y movimiento y lo mismo los miembros y, por fin, la flor de la hermosura volvió a la vida ante la admiración de quienes presenciaban el prodigio.

Y aunque sintieron mucho la muerte del hijo, poco a poco se fueron consolando con la

llegada de otros hijos hasta un total de nueve que tuvieron, y el hijo del rey, que luego fue rey, y la flor de la hermosura vivieron en el palacio hasta el fin de sus días y el aprendiz de pintor con ellos.

53. PIEDRA DE DOLOR Y CUCHILLO DE AMOR

Había una princesa muy hermosa a la que pretendió el diablo y la princesa lo desdeñó. Desde entonces, el diablo buscaba la forma de vengarse por el desdén. Un día en que merodeaba por los jardines de palacio, vio venir a la princesa y a sus damas, que en seguida se pusieron a jugar al escondite. Una se quedó y las demás se escondieron, entre ellas la princesa; y cuando estaban todas escondidas cada una en un sitio, el diablo se deslizó hasta donde estaba la princesa y le puso un anillo dormidero en el dedo, con lo que la princesa se quedó dormida en el acto. Entonces la cogió en brazos, la sacó de palacio por un hueco secreto que había en el muro que rodeaba los jardines, la metió en una urna de cristal y se la llevó lejos, lejos, hasta el mar, donde tiró la urna con la princesa dormida dentro.

La urna se quedó flotando en las aguas, llevada por el oleaje, hasta que un príncipe, que estaba pescando con dos marineros, la avistó y ordenó acercarse a ver lo que era aquello. Al subir la urna a la barca, vieron que dentro de la caja yacía una muchacha muy bella que a ratos parecía muerta y a ratos dormida, por lo que abrieron la urna. Mientras la observaba, el príncipe reparó en el anillo que la muchacha llevaba en la mano, y al quitárselo por ver si contenía alguna inscripción, se despertó la muchacha tan asustada que, de inmediato, el príncipe le volvió a poner el anillo y de nuevo quedó sumida en aquel extraño sueño.

Entonces el príncipe decidió que la llevaría a palacio sin que nadie supiera nada y la guardaría en sus habitaciones, pues estaba prendado de la belleza de la muchacha. Así que, ayudado por los marineros, la llevaron a las habitaciones del príncipe y allí quedó bajo llave.

Cada día, el príncipe la despertaba, le llevaba ricos alimentos, se quedaban hablando y luego la volvía a dormir. Un criado fiel se ocupaba de limpiar las habitaciones sin que nadie más pudiera entrar en ellas. El príncipe se había ido enamorando de la muchacha y

la muchacha de él, y ella aceptaba esta situación porque el príncipe debía encontrar el momento adecuado de decirles a sus padres que se quería casar con ella.

Pero la conducta del príncipe tenía intrigadas a sus dos hermanas. Por eso, un día madrugaron mucho, se colaron en la alcoba de su hermano y le quitaron el llavero donde tenía la llave de la habitación cerrada. Y allá se fueron a curiosear lo que había dentro de ella. Su sorpresa fue mayúscula al encontrar a la princesa dormida en la urna. Una de las hermanas reparó en su anillo y se lo quitó para verlo mejor, pero en ese momento la princesa despertó y las dos hermanas, asustadas, salieron corriendo de la habitación y cerraron la puerta tras ellas.

El rey hizo llamar al príncipe y cuando éste entró en la sala donde le esperaba su padre y vio en una mesita el anillo dormidero y la llave, comprendió que su secreto había sido descubierto. Ya no tuvo más remedio que contar todo lo ocurrido y decir que deseaba casarse con la muchacha. Los padres se opusieron de plano, mas al ver el amor de él y al conocerla a ella y parecerles que era princesa, accedieron a la boda y ésta se celebró con gran pompa y esplendor.

Un año después murió el rey y su hijo le sucedió en el trono y la princesa se convirtió en reina. Lo primero que tuvo que hacer el nuevo rey fue un viaje por sus tierras y la reina quedó en palacio porque estaba embarazada y a poco dio a luz un niño precioso. Y estaba ella en la alcoba cuidando a su niño cuando se presentó el diablo y le reclamó el niño.

La princesa se negó a dárselo y entonces el diablo se lo quitó, se lo comió y untó los labios de ella con la sangre del niño.

Más tarde entró la madre del rey en la alcoba para ver a su nieto y, como no estaba, preguntó a la reina por él, pero ella no contestó nada y se echó a llorar. Y la madre del rey la acusó de haberse comido a su propio hijo.

La madre del rey esperó a que el rey volviese y nada más llegar le dijo:

–Te casaste contra la voluntad de tus padres y mira lo que te ha sucedido –y le contó que la reina se había comido a su propio hijo.

El rey, que la amaba, contestó:

–De sus entrañas salió y a sus entrañas volvió.

Luego fue a ver a su mujer, que se abrazó a él y lloraba amargamente sin poder contenerse, mas cuando fue a preguntarle lo que había sucedido, le suplicó ella:

–¡No me preguntes nada, no me preguntes nada! –porque el diablo, al sellar sus labios

con la sangre del niño, le impedía contar por su boca lo que le había sucedido.

La madre y las hermanas del rey no podían soportar la situación y todo el día estaban detrás del rey pidiendo justicia, pero el rey aún tenía que concluir un último viaje y les dijo que esperasen y que a la vuelta se haría justicia, por cruel que ésta llegara a ser, si es que se encontraba a la reina culpable.

Y antes de salir les preguntó a sus hermanas y a su mujer qué deseaban que les trajera de este último viaje. Las hermanas le pidieron joyas y vestidos, como siempre, y la esposa le dijo que le trajera una piedra de dolor y un cuchillo de amor.

A lo largo del viaje encontró lugares donde había hermosas joyas y vestidos, pero en ninguno encontró una piedra de dolor y un cuchillo de amor. E iba preocupado porque no podría cumplir con el deseo de su esposa cuando, en uno de los últimos lugares que visitó, ya de regreso al palacio, oyó a un buhonero pregonar:

–¡Piedras de dolor y cuchillos de amor!

–¿Cuánto quiere usted –le dijo al buhonero– por esa piedra y ese cuchillo que pregona?

Dijo el buhonero, con ojos avarientos:

–A usted se lo cambio por ese saquito de joyas que lleva con usted –y como el saquito lo llevaba escondido bajo su camisa, comprendió que era el diablo o uno de sus parientes y con el mismo cuchillo que había cogido para verlo hizo por tres veces la señal de la cruz ante el buhonero y éste huyó a toda prisa.

Al llegar a palacio entregó las joyas a sus hermanas, y también los vestidos, y a su esposa le dio la piedra y el cuchillo, pero no pudo resistir la tentación de preguntarle para qué los quería; y la reina volvió a llorar amargamente y a decirle al rey:

–¡No me preguntes nada, no me preguntes nada!

Así que se quedó con la piedra y el cuchillo en sus manos y le pidió que la dejara sola. El rey accedió y simuló marcharse, pero regresó por otro camino y se escondió tras las cortinas del ventanal que daba al jardín para ver qué iba a hacer su mujer, porque desde el primer momento el regalo pedido había levantado sus sospechas.

Y vio que la reina se había sentado ante una mesita, había puesto la piedra en ella y decía:

–¡Piedra de dolor! ¿Es verdad que el hijo del rey me salvó del mar, me llevó a su palacio y se casó conmigo?

–Es verdad, es verdad –contestó la piedra, y se partió en cuarenta pedazos.

La reina le preguntó después:

–¡Piedra de dolor! ¿Es verdad que tuve un niño del rey y que vino el diablo, me lo quitó, se lo comió y me untó los labios con sangre para que todos creyeran que yo me lo había comido?

–Es verdad, es verdad –volvió a decir la piedra y cada uno de los cuarenta pedazos se partió en otros cuarenta.

La reina preguntó después:

–¡Piedra de dolor! ¿Es verdad que mi suegra y mis cuñadas creen que yo me comí a mi hijo y quieren que el rey me mande ahorcar?

–Es verdad, es verdad –contestó la piedra; y cada pedacito se rompió en otros cuarenta.

Entonces la reina sacó el cuchillo, lo puso en la mesa ante ella y exclamó:

–¡Cuchillo de amor! Como se ha partido la piedra de dolor, párteme tú el corazón.

Y ya se lo iba a clavar en el pecho cuando apareció el rey, se lo quitó de las manos y lo arrojó lejos, y luego le dijo que él la amaba y la creía en todo lo que había escuchado.

Y ya no se separaron nunca más.

54. PULGARCITO

Unos padres tenían siete hijos y el menor de todos ellos era tan pequeño como un dedo pulgar y por eso le llamaban Pulgarcito. Vivían cerca de un bosque, pero no tenían qué comer, porque eran pobres como ratas y el hambre les atacaba día y noche sin poderlo remediar. El padre se desesperaba y le decía a la mujer:

–¿Es que vamos a ver morir a nuestros hijos? Pues yo no quiero verlos morir de hambre.

Y le dijo ella:

–Mira, mañana les llevamos al bosque y, cuando estén entretenidos, los dejamos allí, y así al menos no los veremos morir.

Pulgarcito, que lo oyó, salió fuera de la casa y se llenó los bolsillos de piedrecitas. Cuando sus padres los llevaron al bosque, él fue soltando las piedrecitas de tanto en tanto. Los niños estuvieron jugando en el bosque hasta que llegó la noche y los padres no venían, y entonces se echaron a llorar. Y les dijo Pulgarcito:

–¿Por qué lloráis?

Y le dijeron:

–Porque se han marchado nuestros padres y estamos perdidos.

Y dijo Pulgarcito:

–Pues no preocuparse, que yo os llevaré de vuelta.

En la casa estaban los padres con el corazón encogido pensando en la suerte de los pobres niños.

Decía la madre:

–Ay, que se los habrán comido los lobos.

Y contestaron ellos:

–No, madre, que estamos aquí a la puerta.

Los padres se alegraron mucho y los abrazaron y todos estaban contentos; pero el

hambre es mala y aprieta y a poco ya no tenían nada que dar de comer a los hijos. Y se dijeron los padres:

–Esta vez les llevaremos más lejos.

Y eso hicieron. Pulgarcito, que lo oyó, se guardó el pedazo del pan que su padre les había dado para entretenerlos y lo fue desmigando por el camino de tanto en tanto. Pero el pan se lo comieron los pájaros y esta vez no pudo encontrar el camino de vuelta. Así que los pobres niños abandonados se echaron a andar todos juntos y temerosos hasta que vieron una casa, que era la casa del ogro, pero se fueron a ella. Y les abrió la mujer:

–Ay, señora, dénos refugio que estamos perdidos.

–No, idos de aquí en seguida, que ésta es la casa del ogro que se come a todos los niños.

–Ay, por favor, señora, escóndanos aunque sólo sea una noche.

Total, que los escondió. Pero nada más llegar dijo el ogro:

–Huelo a carne fresca.

–Claro –dijo la mujer–, el cordero, el lechazo...

–No, no, huelo a carne fresca de niño.

Y se puso a buscar hasta que los encontró. Y se los dio a su mujer diciéndole:

–Engórdamelos un poco, que están como palillos, y yo me daré una buena cena de niños con mis amigos.

La mujer les dio bien de cenar y luego los acostó en un cuartito que había al lado de la cocina. Y Pulgarcito se fijó en que en la cama de al lado había otros siete niños, que eran los hijos del ogro, con siete gorros de dormir de tela y a ellos, en cambio, les pusieron unos gorros de papel. Entonces Pulgarcito, en cuanto se hubieron dormido todos, fue y cambió los gorros.

A medianoche el ogro se levantó de la cama y fue al cuartito y como no había luz, palpó los gorros y a los que tenían gorros de papel los mató y los dejó preparados para comérselos al día siguiente. Y nada más levantarse, mandó a la mujer que se los preparara en un guiso. La mujer fue y descubrió que eran sus hijos.

–¡Ay, desdichado, que mataste a nuestros siete hijos!

El ogro fue a mirar y descubrió que Pulgarcito y sus hermanos se habían escapado aprovechando la confusión, así que salió al bosque, se calzó las botas de siete leguas y se marchó a buscarlos. Pero, como era muy dormilón, a medio camino se echó una siestecita pensando que los alcanzaría en seguida. Y resultó que los niños estaban

escondidos cerca de él. Pulgarcito, aprovechando que dormía, le quitó al gigante las botas de siete leguas y se metieron todos dentro de ellas y en un periquete llegaron al palacio donde vivía el rey. Y al ver el rey que Pulgarcito era tan listo, le dio empleo a él, a sus hermanitos y a sus padres, que todavía lloraban a los niños creyéndolos muertos.

55. EL PÁJARO DE LOS DIAMANTES

Éranse dos amigos que tenían además en común el oficio de joyero, pero, lo que son las cosas, a uno de ellos se le puso la suerte de espaldas y perdió cuanto poseía. En tal situación, se fue a ver a su amigo para ver si podía sacarle del apuro, pero el amigo era muy egoísta y se excusó diciendo que tenía mujer y dos hijos por familia, y no podía arriesgar lo poco que tenía para sostenerlos.

El empobrecido, en vista de la situación, se determinó a cambiar de oficio y habiéndose enterado de que necesitaban un guardés para una dehesa se presentó por el puesto. Como era hombre de buena fama, se lo dieron y allí se quedó a vivir. El hombre era cazador y su amo le permitía cazar de vez en cuando alguna pieza para poder comer. Un día en que estaba a la busca, vio un pájaro tan maravillosamente colorido que le entraron ganas de hacerse con él y le tiró con pólvora sola, de manera que pudo cogerlo sin hacerle casi daño. En cuanto llegó a casa, lo metió en una jaula todo contento de poseer un pájaro tan admirable.

Al día siguiente fue a echarle de comer y se encontró con que en el suelo de la jaula había una piedra muy brillante, y él, como era joyero, se dio cuenta en seguida de que no era un huevo tan deslumbrante como el plumaje del ave sino un auténtico diamante. No sabía bien qué pensar del asunto hasta que, al otro día, volvió a encontrar otro igual, y al día siguiente, otro, y al otro, otro, y comprendió que el pájaro ponía diamantes en vez de huevos. Así que tomó los diamantes, se fue a la tienda de su antiguo amigo el joyero y se los vendió sacando una bonita suma de dinero por ellos.

Como sacó su buen dinero, dejó el oficio de guardés y se volvió al pueblo. El pájaro seguía poniendo diamantes, de manera que no tardó en hacerse rico. Y su antiguo amigo joyero estaba muy inquieto tratando de saber de dónde sacaba tantos diamantes el hombre. Le preguntó y éste no quiso decírselo, claro, y entonces le amenazó con que si

no se lo decía lo acusaría de haberlos robado. Y el hombre, indignado por esto y para probarle que no era ladrón, le contó cómo los obtenía.

Al enterarse del secreto, el joyero le propuso comprarle el pájaro y el otro no quiso; pero luego se lo pensó mejor y, como recelaba de su antiguo amigo y, además, era ya bastante rico, le propuso un cambio: él le daría el pájaro a cambio de la casa y la tienda del joyero. Claro, éste le dijo que sí en seguida, porque esperaba volverse mucho más rico de lo que era y comprar una casa mejor y abrir otra tienda. Total, que cerraron el trato.

El joyero, apenas consiguió los primeros diamantes, compró una casa nueva e instaló al pájaro en una jaula fastuosa en mitad del jardín. A menudo se acercaba a observarlo para regocijarse por el cambio que había hecho, y en una de éstas, vio al pájaro revolcarse y observó que había un letrero debajo de cada una de sus alas. Cogió al pájaro para ver esos letreros y leyó en uno: «El que se coma mi cabeza será rey» y en el otro: «El que se trague entero mi corazón sin masticarlo tendrá todos los días, al levantarse, un bolsillo lleno de oro bajo la almohada».

El joyero pensó entonces, como buen egoísta: «Esto vale más que todos los diamantes que el pájaro pueda darme, así que, si lo mato y me lo como, seré rey e inmensamente rico».

No lo pensó más, mató al pájaro y se lo entregó a la cocinera para que lo cocinase diciéndole:

–Lo he de comer entero sin falta de nada, así que como eche algo en falta, te desuello viva.

La cocinera, con todo cuidado, preparó y guisó el pájaro y lo dejó apartado para cuando llegase la hora de comer. Y sucedió que, estando ausente de la cocina, llegaron del campo los dos hijos del joyero, que venían cansados y hambrientos y, al ver el guiso, no se lo pensaron más: el mayor se comió la cabeza y el pequeño eligió el corazón, pues pensaban que eso sería lo que menos se echase en falta, pero en esto oyeron volver a la criada y el pequeño se tuvo que zampar el corazón entero para que ella no le viera masticar y le acusase ante su padre.

Llegó la hora de la comida y la cocinera, que no había reparado en nada, llevó el pájaro a su amo. El joyero buscó inmediatamente la cabeza y el corazón y, al no hallarlos, llamó a la cocinera y le preguntó por tales despojos y la pobre mujer se echó a llorar diciendo que ella no los había comido.

Y dijo el joyero:

–¿No te dije que te iba a desollar viva si te los comías? ¡Pues ahora verás! –y cayó sobre ella dispuesto a darle tal tunda de palos que los hijos no pudieron por menos de intervenir.

–Déjela usted, padre, que no tiene razón para pegarle, que fuimos nosotros los que nos comimos la cabeza y el corazón de tanto apetito como traíamos.

Al oír esto, el padre se fue calmando poco a poco y al final pensó que del mal, el menos; pues si él no podía ser rey, al menos lo sería su hijo, con lo que bien podría aprovecharse de esta situación cuando llegara el momento. Y en cuanto al pequeño, resolvió no decirle tampoco nada y ya se ocuparía él de recoger cada mañana el bolsillo de oro. Así que los interrogó discretamente y supo que era el pequeño el que se había comido el corazón entero.

Conque se calló bien callado y a la mañana siguiente madrugó y se fue a la cama del menor y encontró un bolsillo lleno de oro. Y desde entonces hizo todos los días lo mismo.

En fin, los hijos fueron creciendo y un buen día un amigo invitó a los dos hermanos a cazar en una finca que él tenía y donde abundaban los conejos de monte. Al padre no le hizo gracia esto, pero como los hijos eran ya mayores no tuvo más remedio que acceder y allá que se fueron prometiendo volver lo más pronto que pudieran.

Fueron con el amigo, estuvieron cazando, se acostaron rendidos y a la mañana siguiente volvieron a salir. Y cuando regresaban por la tarde, una criada se acercó al menor y le dio un bolsillo diciéndole:

–Tome usted este bolsillo, que se dejó esta mañana bajo la almohada.

–Pero este bolsillo no es mío –dijo el muchacho.

–Que sí, señor –insistió la criada–, lo encontré al hacer la cama por la mañana en cuanto salieron, así que ha de ser de usted.

El muchacho, pensando que sería alguna broma, le contestó:

–Bueno, pues si es mío, yo te lo regalo.

La criada, como es natural, se fue más contenta que unas castañuelas.

El muchacho se acostó aquella noche y le entraron ganas de fumar y después de liar un cigarro, por la pereza de levantarse, guardó la petaca bajo la almohada; y a la mañana siguiente, al recogerla, encontró un bolsillo lleno de oro. Y no sabía si era una broma que le estaban gastando o qué, pero decidió no decir nada a ver qué ocurría y nada ocurrió, y

al otro día encontró otro bolsillo igual y ya le entró inquietud, pues no sabía lo que significaba eso. Pero al ver que aquello continuaba, recordó que su padre solía entrar por la mañana temprano a arreglarle las almohadas y no tardó en comprender que lo que buscaba en realidad era el bolsillo de dinero. En vista de lo cual, cuando regresaron a la casa del padre, el pequeño reunió a su padre y a su hermano y dijo:

–Padre, he notado que cada mañana, al levantarme, encuentro un bolsillo lleno de oro; y como usted no quería que yo fuese a la finca de mi amigo, me parece que ha de saber algo de esto.

El padre no tuvo otro remedio que contarles a los dos hermanos que al comerse la cabeza del pájaro el mayor estaba destinado a ser rey, y que, al tragarse entero el corazón, el menor encontraría todas las mañanas un bolsillo lleno de oro bajo la almohada.

Los dos hermanos se alegraron mucho al oír esto y el pequeño le dijo al padre que, puesto que ya era rico y además él le daba con gusto el oro que había reunido cuando estuvo en la finca, que él prefería marcharse a conocer el mundo en lugar de seguir en la casa. El padre, claro, trató de disuadirle, pero el pequeño no cejó. Y, además, su hermano dijo que él quería acompañarle, así que el padre no tuvo más remedio que dejarlos partir mientras se arrepentía de haberles contado la historia del pájaro.

El caso es que los hermanos se fueron y estuvieron juntos aquí y allá corriendo aventuras. Hasta que un día, en que estaban de camino, vieron venir un ejército de numerosos caballeros hacia ellos y, cuando éstos llegaron a su altura, se acercaron los más principales para ofrecer al hermano mayor la corona del reino que atravesaban, pues tenían noticia de su llegada y se habían puesto en su busca. Naturalmente, a ninguno de los dos les extrañó este suceso y el hermano mayor aceptó inmediatamente la corona y encabezó la comitiva de vuelta al palacio real.

La llegada del nuevo rey fue acogida con el natural alborozo y se organizaron grandes fiestas. Pero al cabo del tiempo, el menor manifestó su deseo de seguir camino él solo, porque aún no había acabado de saciar su sed de aventuras. Y aunque el mayor le prometiera casarlo con una princesa, él decidió que ya encontraría la mujer que le conviniese, fuera princesa o no, y que se iba.

Eso hizo, y continuó recorriendo el mundo. Un día llegó a una casa donde vivía una mujer de modestos recursos que tenía una sobrina bellísima y el menor se prendó de ella

y decidió hacerla su esposa. La tía, como viera que al hombre no parecía faltarle de qué comer, accedió al casorio y pronto celebraron la boda.

Allí se quedó, pues, a vivir el pequeño. No faltaron curiosos que se preguntasen de qué vivía aquel hombre. Él decía que de las rentas que le mandaban de lejos, pero aunque se acallaron las murmuraciones no ocurrió lo mismo con la curiosidad de la tía de la muchacha, que era una mujer muy codiciosa. Y la tía le encargó a la sobrina que viera el modo de averiguar de dónde llegaba tanto dinero.

También la sobrina sentía curiosidad y le fue interrogando con discreción y poco a poco hasta que el hombre acabó por contarle la historia del pájaro cuyo corazón se comió entero y cómo por causa de eso cada mañana encontraba un bolsillo de oro bajo la almohada. Con eso quiso tranquilizarla para que viera que nunca les iba a faltar de nada, pero le encargó que no dijese una palabra de lo que había oído.

En eso quedaron, pero la sobrina no pudo resistir contárselo a la tía y ésta, que a más de codiciosa era mala, preparó un cocimiento especial para que se lo mezclara a su marido con la sopa, diciéndole que de este modo averiguarían si lo que le había contado era cierto.

Así lo hicieron y el hombre se tomó su sopa tan tranquilo sin sospechar nada.

Al rato, se empezó a sentir fatigado y decidió retirarse a descansar; luego tuvo escalofríos y al final vomitó todo cuanto tenía en el estómago y por fin se quedó dormido. Entonces la vieja fue a mirar entre lo que había echado y descubrió el corazón del pájaro, que estaba tan entero como cuando se lo había tragado; lo cogió, lo lavó bien y se lo tragó ella.

A la mañana siguiente el hombre no encontró el bolsillo de oro bajo la almohada y le preguntó a su mujer si lo había cogido ella, pero ella no lo había cogido. Eso sucedió al día siguiente y al otro y ya al cuarto día estaba desconfiando y se enfadó con su mujer pensando que era ella la que se lo quitaba. Pero intervino la tía en la disputa en favor de su sobrina y le echó a la calle diciéndole que no volviera más por allí.

Entonces él se dijo: «Si me echas a la calle no es porque me estés robando el bolsillo, pues para eso necesitarías que yo me quedase a dormir en la casa. Esto ha debido ser cosa de mi mujer, que le ha contado a la tía lo que yo le prohibí que contara y ésta ha debido de hacer algo para quitarme el poder».

Entonces regresó a la casa por la puerta de atrás e interrogó a la criada y ésta le dijo que no había ocurrido nada en la casa desde el día en que él se puso malo y lo vomitó

todo; y él le preguntó si ella había limpiado la habitación y la criada le contestó que no, que la tía la había echado de allí y lo había limpiado todo ella. El hombre, al oír esto, comprendió lo que había pasado y se prometió que aquello no acabaría así.

No teniendo adónde ir, se echó al campo y estuvo deambulando de un lado a otro hasta que sintió sed y buscó una fuente; luego sintió hambre y miró a ver qué podía comer y vio una higuera repleta de higos; y, sin pensarlo más, se fue derecho a ella y comió un higo; y nada más comerlo, se convirtió en burro.

Cuando se vio de esta guisa, se echó al suelo desconsolado pensando cuál no sería su mala suerte que, además de perder su privilegio de los bolsillos de oro, se convertía en un animal como aquél. Pero los lamentos duraron hasta que el hambre atacó de nuevo, con lo que se puso en pie y, como era burro, empezó a comer la hierba de por allí. Y al poco de empezar a comer, comprobó con satisfacción que se había vuelto hombre de nuevo.

Y se dijo:

–Pues es verdad que no hay mal que por bien no venga, porque, mira por dónde, estos higos me van a proporcionar la venganza que estaba deseando.

Cogió algunos de los higos más hermosos que tenía la higuera, los puso en una cesta y se fue para el pueblo donde vivía su mujer con la tía.

Allí buscó a una persona a la que encargó que fuera a ver si le compraban los higos en la casa de la tía, que podía quedarse con lo que le dieran por ellos. Así lo hizo el hombre, y en cuanto vieron en la casa el aspecto de aquellos higos, se los compraron todos y en seguida se los comieron la tía, la sobrina y la criada sin esperar a más.

Al poco se presentó el hombre en casa y las encontró a las tres convertidas en burras; las cogió, las llevó a la cuadra y les puso unos bozales para que no comiesen yerba alguna y allí las dejó atadas. Luego fue en busca del boticario del pueblo, a quien conocía de antes, y le propuso una partida de caza. En cuanto se pusieron de acuerdo, se fueron a dormir y a la mañana siguiente el boticario se presentó en la casa y aparejaron las burras. El hombre se montó en la sobrina, montó al boticario sobre la criada y echaron toda la carga en los lomos de la tía.

El camino fue un suplicio para la tía, que no podía ni con su alma, pero el hombre le fue dando buenos palos hasta que llegaron a una fuente donde descargaron. Entonces la tía no pudo más, que se le doblaron las patas, y echó fuera todo lo que llevaba en el estómago. El hombre buscó entre lo que había arrojado, encontró el corazón, lo lavó en la fuente y se lo tragó entero, diciendo:

–A ver si ahora vuelves a quitármelo.

Mandó al boticario que se adelantase y él se fue por el lado contrario, pero en seguida volvió sobre sus pasos, quitó el bozal a las burras, las dejó allí que pastasen y pudieran recobrar su forma de mujeres y se marchó para siempre. Cuando el boticario volvió ni le halló a él ni a las burras, así que de regreso al pueblo pasó por la casa de su compañero y allí encontró a la criada, que le dijo que la vieja estaba en las últimas y la sobrina rendida de cansancio; pero se cuidó muy mucho de decirle que era ella la burra sobre la que había ido montado.

Y el joven volvió con su hermano y le dijo que, ahora sí, le buscara una princesa para casarse, que ya se habían acabado sus correrías por el mundo.

56. EL ENANO Y EL PASTOR

Un pastor iba en busca de su ganado por la ladera de un monte cuando, en mitad del sendero, se encontró con un zurrón desgastado y medio roto ya. Lo vio y dudó en cogerlo, de lo viejo que estaba, pero al final pensó que al menos le valdría para remendar otro. Y cuando se lo colgó al hombro escuchó estas palabras, que salían del zurrón:

*–Conmigo cargaste
y la suerte voy a darte.*

El pastor se quedó boquiabierto al oírlo y, como aquellas palabras no podían venir más que del zurrón, lo abrió con tiento y con miedo a ver qué había. Y lo que encontró fue a un enano tan pequeño como una panocha de maíz, vestido con una capa roja y un sombrero verde.

El enano y el pastor se hicieron amigos en seguida y el enano, que estaba muy agradecido al pastor, le hacía muchos favores e iban a todas partes juntos. Así, cuando el pastor tenía sed, el enano se bajaba del bolsillo del chaleco –que era donde prefería que el pastor lo llevara–, arañaba una roca y en un momento salía un agua clara y fresca que daba gusto beberla. Y cuando el pastor estaba triste, sacaba una flautita de debajo de la capa y le tocaba bonitas canciones. Y si un día al pastor le venía en gana pasarse el día durmiendo, el enano le cuidaba el ganado. Y además, avisaba al pastor cuando se avecinaba una tormenta, o cuando iba a hacer buen tiempo, y le decía dónde estaban los mejores pastos para el rebaño. Y tenía una piedra negra que era infalible: cada vez que la lanzaba contra cuervos, zorros, raposas... todos caían fulminados.

Así estuvieron juntos mucho tiempo. Hasta que un día el enano le dijo al pastor que había perdido sus poderes mágicos, que ya no podía sacar agua de una peña, ni avisar de las tormentas, ni advertir del buen tiempo.

El pastor le dijo que no se preocupase, que seguían tan amigos. Y fue el pastor el que se ocupó desde entonces de cantar canciones al enano, de buscarle abrigo del frío y aliviarle del calor, también le buscaba sus setas preferidas; en fin, que se ocupó de él lo mismo con poderes que sin poderes, porque el pastor era una buena persona.

Un día en que venía de vuelta con el ganado echó a faltar dos ovejas y no las veía por ninguna parte. Con este pesar se fue para el pueblo y cuando estaba por llegar, echó en falta también al enano. Volvió entonces a rehacer el camino, por ver dónde se le pudo haber caído del bolsillo y, en esto, vio venir a lo lejos a las dos ovejas y al enano delante tocando la flauta y bien contento. Al llegar junto a él, el enano le dijo al pastor que no había perdido ninguno de sus poderes, que sólo se lo había dicho para probar su agradecimiento.

El pastor se puso también muy contento y así continuó su vida como hasta entonces.

Hasta que una tarde, cuando seguían al rebaño, el enano le dijo al pastor que lo subiera a su hombro. El enano se agarró a la oreja para ir bien seguro y, en seguida, empezó a decirle:

–Como eres un buen hombre, voy a contarte una cosa. Allá al otro lado de esta colina hay un bosque frondoso que si se interna uno en él por unas peñas que hay, encuentra la cueva de un ojáncano. En esa cueva tiene el ojáncano prisionera a una princesa de la que estaba tan enamorado que la raptó un día cuando la princesa iba de caza. Así que la tiene bien escondida en el fondo de la cueva, pero yo sé que quien la libere conseguirá muchas riquezas.

–Pero –dijo el pastor– eso es imposible, porque un hombre no puede matar a un ojáncano.

–Eso es verdad –dijo el enano– pero yo te ayudaré con mi piedra negra, que es infalible.

Nada más decir esto, vino un cuervo, cogió la piedra negra que el enano tenía en su mano y echó a volar a toda prisa.

El enano se desgañitó y se desesperó, porque sólo tenía aquella piedra y ya no podría matar al ojáncano y ayudar a su amigo a conseguir las riquezas. Y dijo el pastor:

–No se preocupe usted, que a mí lo mismo me da ser rico que pobre; lo siento por la pobre princesa, que no puede salir de la cueva, así que, a pesar de todo, yo voy a ver si me las ingenio para librarla del ojáncano.

Así pues, al día siguiente se fueron los dos hasta la cueva del ojáncano.

Se apostaron cerca de ella, en unos matorrales, y el pastor comenzó a imitar el graznido de los cuervos. Al poco salió el ojáncano a ver qué noticias le traía aquel cuervo que graznaba, pues los cuervos eran los que le contaban todo lo que sucedía por ahí.

Como no vio al cuervo empezó a mirar alrededor y a alejarse un poco de la cueva; entonces el pastor le dijo al enano que siguiera dando graznidos escondido por ahí para atraer al ojáncano y que, mientras, él entraría en la cueva a rescatar a la princesa. Y cuando la hubiera sacado de allí, él daría un silbido fuerte para advertirle que ya estaba.

Así lo hicieron, y mientras el pastor se arrastraba hasta la cueva, el enano iba de un matorral a otro imitando el graznido de los cuervos y el ojáncano estaba furioso porque no encontraba al cuervo.

Entonces el pastor llegó hasta el fondo de la cueva y rescató a la princesa. Cuando salía de la cueva, vio que había una gran piedra que debía servirle de mesa al ojáncano y encima de ella estaba la piedrecilla negra del enano, conque la cogió y se la metió en el bolsillo. Luego salieron afuera y se escondieron y el pastor lanzó un silbido fuerte, como había dicho, para avisar que ya tenía a la princesa y podían escapar.

Pero, nada más dar el silbido, el pastor escuchó unos gritos desgarradores que venían de los matorrales donde había estado escondido con el enano. Y era que el ojáncano había dado con el lugar donde graznaba el enano y lo había cogido.

El pastor echó a correr como una liebre hacia el sitio donde estaba su amigo y al llegar vio que el ojáncano lo tenía en una mano para estrellarlo contra una peña. Entonces el pastor le tiró la piedrecilla negra y, como la piedra era infalible, le dio al ojáncano en la cabeza y allí mismo cayó muerto.

Entonces el pastor llevó a la princesa a su palacio y la princesa, agradecida, se casó con él. Y el enano, aunque a veces se quedaba en el bosque, otras veces iba a pasar una temporada con ellos y les seguía otorgando los mismos favores que siempre diera al pastor.

57. EL CALIFA, EL PASTOR Y LA FELICIDAD

Un día el califa de Bagdad salió a cazar con su séquito y quiso la mala fortuna que su caballo se desbocase y echara a correr sin que lo pudiera controlar. Corría el caballo tanto y tan asustado que pronto perdieron de vista a los que les seguían. De repente, se encontraron frente a un precipicio y ya se iba a despeñar el caballo con su jinete cuando un pobre pastor que estaba por allí con sus cabras le salió al paso y consiguió detenerlo justo al borde del abismo.

El califa, al ver el riesgo que había corrido el pastor por salvarle la vida, le ofreció la felicidad como recompensa por su acción; y juró por su barba que para ello le daría todo cuanto le pidiese.

Al día siguiente se presentó el pastor en la corte del califa y fue admitido al momento. El pastor se llamaba Ben Adab y tenía un rebaño de cincuenta cabras. Le hizo saber al califa que le gustaría tener un rebaño de cien cabras, para lo que necesitaba otras cincuenta. Y le dijo el califa:

–Veo que te contentas con poco, así que, además de esas cincuenta cabras, tendrás también una pequeña casa y unos prados propios para que paste tu ganado.

El pastor salió tan contento de la entrevista con el califa, pensando que aquello sí que era la felicidad, porque el califa le había dado más de lo que él le había pedido al darse cuenta de que también necesitaría una casa y pastos. Total, que se instaló en su casa y empezó a relacionarse con sus vecinos. Y un día vino a verle un vecino de importancia, que le contó que tenía una buena casa, doscientas cabras y unos prados bien grandes para alimentarlas.

Aquella noche el pastor no pudo dormir pensando en las doscientas cabras de su vecino y diciéndose para sus adentros: «¡Qué bruto fui! ¿Cómo no se me ocurriría pedirle al califa doscientas cabras? Ahora sería yo tan importante como mi vecino».

Y así estuvo pensando que te pensarás hasta que se quedó dormido de agotamiento.

A la mañana siguiente, el pastor se presentó cabizbajo en el palacio del califa, pidió verle y el califa le recibió en seguida.

Entonces le contó sus pensamientos de aquella noche y el califa se rió a gusto del pastor y luego le dijo que había prometido por su barba darle cuanto le pidiese y que, por tanto, le otorgaba otras cien cabras y así tendría las mismas doscientas que su vecino.

El pastor se volvió tan feliz a su casa. Pero, a medida que se acercaba a ella, empezó a pensar: «O sea que si le hubiese pedido doscientas o trescientas cabras, también me las habría concedido. ¡Pero mira que soy tonto! Ahora tengo sólo doscientas cabras».

Estuvo unos días rumiando estos pensamientos y, por fin, se animó a volver a donde el califa y le dijo que tampoco ahora era feliz y que necesitaba más cabras y unos prados más grandes para alimentarlas. El califa, como había jurado por su barba, le dio todo lo que pedía y se volvió a su casa diciendo:

–¡Esto sí que es la felicidad!

Poco le duró, porque pronto dejó de bastarle al pastor lo que tenía y empezó a pensar y a pensar sobre su situación y decidió que ya no quería vivir más en el campo sino en la corte. Se instaló, pues, en la corte con el consentimiento y la ayuda del califa y, de esta manera, lo que primero fue una casa acabó siendo un palacio, y lo que eran unas mulas acabaron siendo una colección de caballos de pura raza, y lo que eran las charlas con sus vecinos se convirtieron en galas y fiestas donde nunca se terminaban la comida ni la bebida. Al califa cada vez le divertían menos las constantes peticiones del pastor, pero había jurado por su barba y siguió concediéndole lo que le pedía.

Ni con eso se dio el ambicioso Ben Adab por satisfecho, y un día, una vez más, se dirigió a palacio a hablar con el califa.

–Señor –le dijo–, tú me ofreciste ser feliz y juraste por tu barba darme todo cuanto pidiese.

–Es verdad –respondió el califa–, y si hasta ahora no has logrado ser feliz no habrá sido por mi culpa.

–Pues, en ese caso –dijo Ben Adab–, lo que necesito para ser feliz es ser califa y que me prestéis por un tiempo el califato.

Al oír estas palabras, el califa mandó llamar al barbero real y allí mismo se hizo afeitarse la barba. Entonces se dirigió al pastor y le dijo:

–Ahora ya no tengo que cumplir lo que juré por mi barba y tú no tienes por qué dejar de ser lo que eras.

Y mandó a los criados que le despojasen de todo lo que poseía y lo devolvieran al lugar donde lo encontró por primera vez, y allí sigue, tan pobre como lo encontrara el califa y con sus cincuenta cabras.

58. LAS TRES PRENDAS DE PEDRO

Éranse una vez dos hermanos, llamados Pedro y Juan, que decidieron ir por el mundo a ganarse la vida. Se echaron a andar así por las buenas hasta que vieron que el camino por el que iban juntos se dividía en dos. Entonces le dijo Pedro a su hermano:

–Aquí nos separaremos. Tú te vas por un camino y yo por el otro y, dentro de una semana, nos volvemos a encontrar aquí, a ver qué tal nos ha ido.

Y así lo hicieron.

Pedro echó a andar y a andar y, a fuerza de andar, se metió en un bosque y salió a un monte, donde encontró a un hombre a la puerta de una cueva. El hombre le llamó y le dijo que, si le servía como criado durante tres días, le haría rico para siempre.

A Pedro le pareció bien y el hombre le llevó a la cueva, le enseñó una vela que ardía encima de una piedra y le dijo:

–Aquí estarás hasta que la vela se levante sola y se dirija a la cama; entonces, tú la sigues y te acuestas en esa cama.

El hombre desapareció después de decir esto y Pedro se quedó allí esperando. Al cabo de un rato, la vela se dirigió hacia la cama y él la siguió y se acostó. Pero, a poco de acostarse, empezó a oír ruidos y le entró miedo. Los ruidos eran cada vez más grandes y Pedro se dijo: «En cuanto amanezca me marcho de aquí, que esto no hay quien lo resista».

De manera que en cuanto amaneció y se presentó el hombre, le dijo Pedro:

–Mire usted, que yo me voy, que esto está lleno de espantos.

–Está bien –dijo el hombre–. Tómate esta tortilla y esta botella de vino que te he traído y luego te vas; pero, si te vas, no te pago nada por la noche que pasaste aquí.

Cuando Pedro comió la tortilla y bebió el vino, se encontró tan a gusto que se dijo: «Bueno, comido y bebido y con lo tranquilo que parece todo, sí que se puede estar en la cueva».

De modo que se quedó. Llegó la noche y el hombre dejó a Pedro con la vela encendida sobre la piedra. Y ocurrió lo mismo que la primera noche: la vela se dirigió a la cama y Pedro se acostó en ella. Pero al poco rato empezaron los ruidos y los estruendos y Pedro, asustadísimo, se dijo: «Esta vez sí que es la última. Mañana en cuanto amanezca me marcho de aquí».

Amaneció el día siguiente y el hombre se presentó de nuevo con la tortilla y la botella de vino. Y Pedro le dijo nada más verle llegar:

–Mire usted, que esta vez sí que me voy, que no sabe usted los espantos que he pasado esta noche.

–Está bien –dijo el hombre–. Pero yo no te pago nada por las dos noches que has pasado aquí. Además, sólo te queda una noche para hacerte rico.

Pedro se puso a comer y a beber, y en seguida pensó que, comiendo y bebiendo bien y habiendo tranquilidad, bien podía estarse allí. Conque resolvió pasar la tercera noche.

Llegó la noche y todo volvió a ocurrir como en las anteriores, siguió la vela y se acostó. Y en esto empezaron unos ruidos como de cadenas que se arrastraban y escuchó una voz que decía una y otra vez:

–¡Ay, que caigo! ¡Ay, que caigo!

Lo dijo tantas veces que Pedro, muerto de miedo, contestó:

–¡Pues cae de una vez!

Cayeron ante la cama las piernas de un hombre. Y la voz seguía diciendo:

–¡Ay, que caigo!

–¡Pues cae de una vez! –volvió a decir Pedro.

Y cayó un cuerpo. Y la voz seguía diciendo:

–¡Ay, que caigo!

–¡Pues cae de una vez! –repitió Pedro.

Y cayó la cabeza. Y cuando la cabeza cayó, las tres partes se unieron y formaron un hombre; el hombre se levantó y Pedro vio que era el que le tenía contratado como criado. Y dijo el hombre:

–Gracias a que has tenido el valor de pasar aquí las tres noches, me has salvado de un encantamiento y, como te prometí, voy a darte tres prendas que te harán rico. Y le dio una bolsa de la que podía sacar todo el dinero que quisiera sin que se acabara nunca; y una espada con la que vencería siempre a todos los que peleasen con él; y una manta a la que se le decía: «Manta, a tal sitio», y a ese sitio te llevaba.

Pedro se marchó más contento que unas pascuas camino del lugar donde había quedado en encontrarse con su hermano. Y allí estaba Juan, que le contó que había encontrado amo, y Pedro le dijo:

–Pues yo también encontré amo, pero lo dejé y mira lo que traigo –y le enseñó la bolsa; y le dio tanto dinero que Juan pudo dejar al amo que tenía y comprar casa y tierra para vivir por su cuenta.

A todo esto, a Pedro le dio por viajar e iba de un lado a otro en la manta, gastando dinero a manos llenas. Hasta que, de tanto ir y venir, un poderoso rey se enteró de que Pedro tenía las tres prendas y le mandó llamar a su palacio. Y le dijo el rey:

–Si me das las tres prendas que tienes, te doy a mi hija por esposa.

La hija del rey era hija única, por lo que Pedro pensó que, si se casaba con ella, con el tiempo heredaría las tres prendas y volverían a ser suyas. De manera que le dio al rey las tres prendas; pero, apenas éste las tuvo en sus manos, mandó que le echaran del palacio y no le casó con su hija.

Pedro se fue con las orejas gachas a buscar trabajo en algún lugar donde nadie le conociera, porque le daba vergüenza verse engañado. Y encontró trabajo en la casa de un hortelano.

Cuando llegó el tiempo de la fruta, el hortelano, que estaba contento con Pedro, le advirtió que comiera las frutas que quisiera, pero que no probase ni de las peras ni de los albaricoques. Y Pedro, intrigado, se dijo: «¿Por qué no querrá el amo que coma estas peras? ¡Pues voy a probar una!».

La comió y le salió un cuerno; y al verse así se dijo: «¿Qué cosa peor me puede ocurrir ya? Pues, total, me voy a comer un albaricoque, a ver qué pasa».

Comió el albaricoque y se le quitó el cuerno. Entonces pensó en lo que el rey le había hecho y se dijo: «¡Ahora me toca a mí!».

Conque recogió unas cuantas peras y albaricoques, los guardó en una bolsa y se despidió del amo. Y con el dinero que le dio el amo, se compró un traje de médico.

Llegó a la puerta del palacio del rey ofreciendo las peras y, como tenían muy buen aspecto, se las compraron en seguida y las pusieron en la mesa aquel mismo día. El rey, la reina y la princesa se las comieron de postre y, nada más terminar, les salieron unos cuernos horribles y se escondieron llenos de vergüenza.

Llamaron a todos los médicos del reino para ver si alguno podía quitarles aquellas cosas de la cabeza, pero ninguno daba con el remedio. Entonces Pedro se vistió con su

traje de médico y se fue a palacio diciendo que él se comprometía a curar de cualquier enfermedad a los enfermos que hubiera allí. Lo llevaron ante el rey, Pedro le examinó cuidadosamente la cabeza y dijo:

–Yo puedo quitarle estos cuernos si me da una bolsa que usted tiene.

Y respondió el rey:

–Te daré lo que quieras, pero la bolsa no.

Y dijo Pedro:

–Pues quédese usted con sus cuernos, que yo no se los quito.

Ya se iba Pedro, cuando la reina le dijo al rey:

–¿Tanto apego le tienes al dinero que prefieres parecer un ciervo que perder la bolsa?

Entonces el rey le entregó la bolsa a Pedro. Éste pidió un cuenco con agua y echó un albaricoque dentro. Con el agua untaba los cuernos y el albaricoque se lo iba dando a comer al rey en trocitos pequeños. Y al poco le desaparecieron los cuernos al rey.

Luego examinó a la reina y dijo:

–Yo puedo quitarle estos cuernos si me da usted una espada que tiene el rey.

El rey dijo que ni hablar, que la espada sí que no se la daba, pero la reina, indignada, le replicó:

–¿Ahora que tú ya no tienes cuernos quieres que me quede yo con los míos?

El rey, refunfuñando, le dio la espada a Pedro, que hizo a la reina la misma operación que al rey y también le desaparecieron los cuernos. Entonces apareció la princesa llorando y le suplicó a Pedro que le quitara los cuernos a ella, que, si no, no se podría casar jamás.

–Bueno –dijo Pedro–, yo te los quito, pero has de tenderte en el patio encima de una manta que tiene tu padre.

De modo que la princesa extendió la manta en el patio, se puso encima y Pedro, ni corto ni perezoso, se puso a su lado y gritó:

–¡Manta, a Roma!

Y en un santiamén fueron a parar a Roma. Allí le dijo Pedro a la princesa que, si se casaba con él, le quitaba los cuernos. La princesa aceptó de inmediato, Pedro le dio a comer un albaricoque y le desaparecieron los cuernos también a ella. Después de casados se fueron a vivir a la casa y las tierras que Juan había comprado con el dinero que le dio Pedro. Y Juan estaba tan intrigado por que su hermano se hubiera casado con una princesa que un día le preguntó, muerto de curiosidad:

–¿Cómo te las arreglaste para robar a la hija del rey?

Y Pedro le contó que se había sentado en la manta con ella y cómo escaparon del palacio del rey. Y Juan, que era un poco envidioso, se enteró de dónde guardaba su hermano la manta, la extendió y se puso sobre ella; pero, como no conocía los nombres de los lugares y no sabía a dónde quería llegar, empezó a ir de un lado a otro sin parar hasta que se cansó tanto que dijo:

–¡Manta, a donde está mi hermano Pedro!

Y volvió a casa, le pidió perdón a su hermano y se fue a dormir porque estaba molido de tanto viaje. Entonces Pedro volvió a esconder la manta y todos vivieron allí tranquilos, felices y contentos.

59. LOS TRES CONSEJOS

Una vez se casaron dos jóvenes. Ella se llamaba Julia y él Gonzalo y los dos eran muy pobres. El novio no durmió más que una noche con su mujer, pues al día siguiente de casarse marchó del pueblo sin dejar dicho a dónde iba y sin despedirse de nadie. Caminó mucho y, por fin, paró en un pueblo en el que un señor le ofreció un trabajo de criado para cuidar las vacas en el monte. Y como trabajo era lo que iba buscando, pues allí se quedó.

Pasaron muchos años y un día en que estaba en el monte, como de costumbre, vio un hombre que caminaba con una cruz a cuestas. Le entró miedo y por la noche fue a ver al amo y le contó lo que había visto.

El amo escuchó y luego le dijo:

–Si mañana vuelve a pasar por donde tú estés, pregúntale por qué carga con la cruz.

Al día siguiente, Gonzalo estaba en el mismo lugar y vio pasar al hombre con la cruz a cuestas, a la misma hora que la otra vez. Y aunque también le tuvo miedo, se armó de valor y fue a preguntarle por qué cargaba aquella cruz tan pesada. Entonces el hombre le contestó:

–Otras hay que son más llevaderas y no se toman.

Al caer la tarde llegaba Gonzalo con las vacas a casa del amo y éste, que le esperaba impaciente, preguntó en seguida:

–¿Qué? ¿Pasó el hombre de la cruz?

–Sí, amo –respondió Gonzalo.

–¿Le preguntaste lo que te mandé?

–Sí, amo.

–Y ¿qué te contestó?

–Dijo que otras cruces hay más llevaderas y no se toman.

–Pues entonces –dijo el amo– tú eres casado.

–No, amo –repuso Gonzalo asustado.

–¡No mientas –replicó el amo–, que tú eres casado!

Entonces Gonzalo confesó la verdad. Y le dijo el amo:

–Mañana mismo te vas a ver a tu mujer. Y ahora, dime, ¿qué quieres de paga?, ¿el sueldo por los años que me serviste o tres consejos que te habrán de hacer falta?

Gonzalo estuvo dudando un buen rato y, al final, se decidió por los tres consejos. Y le dijo el amo:

–Los tres consejos son éstos: el primero, que no vayas nunca por los atajos; el segundo, que no duermas en posada donde haya posadera joven casada con marido viejo; el tercero, que no hagas uso de esta escopeta que te regalo sin pensarlo dos veces. Además –añadió– te doy también este bollo, pero no has de comerlo hasta que llegues a tu casa. Y ahora, vete con Dios.

A la mañana siguiente, se echó a andar Gonzalo, rumbo a su casa y en el camino encontró un viajero que iba en la misma dirección, por lo que ambos siguieron viaje juntos. En esto, llegaron a un atajo y el viajero propuso tomarlo para ganar tiempo, pero Gonzalo recordó el primer consejo del amo y dijo que no, que él prefería seguir por el camino real, y allí se despidieron. El viajero se fue por el atajo y Gonzalo siguió por el camino. Cuando Gonzalo llegó a un mesón donde también desembocaba el atajo, se enteró de que a su compañero lo habían asaltado y muerto unos ladrones.

«Vaya», se dijo, «pues mira cómo me ha servido el primer consejo de mi amo para salvar la vida».

Siguió andando, contento de su suerte y apenado por la de su compañero y, cuando se le echó la noche encima, hizo alto en una posada para pasar la noche. Y estando en la posada vio que la posadera era muy joven y su marido tan viejo que apenas podía valerle por sí mismo. Conque cenó, se acostó y se quedó muy preocupado pensando en el segundo consejo del amo. Como no podía dormir, decidió levantarse de la cama y salir a la calle. Estaba en la calle cuando oyó voces apagadas cerca de él, se acercó a escuchar y vio a la joven posadera y a un hombre vestido con un hábito pardo. Los dos estaban sentados en un carro y la posadera le decía al hombre:

–Esta noche tenemos la ocasión de matar a mi marido, porque no hay más que un huésped en la posada y a él le echaremos la culpa.

Al oír esto, Gonzalo se metió sigilosamente debajo del carro y, con todo cuidado, le quitó a la posadera un pedazo de su vestido y al hombre un pedazo de su hábito.

Luego, esos dos entraron en la casa, mataron al posadero y en seguida empezaron a dar gritos pidiendo auxilio.

Acudió la justicia y cogieron preso a Gonzalo. Pero, al prestar declaración ante el juez, preguntó si podía presentar como pruebas de su inocencia un pedazo de vestido y otro de hábito pardo. El juez consintió y, entonces, Gonzalo mostró los pedazos y contó lo que había visto y oído esa noche. Con eso, probó su inocencia y le pusieron en libertad. Y Gonzalo se dijo: «Vaya, pues mira cómo he vuelto a salvar la vida gracias a los consejos del amo».

Así que continuó su camino y por fin llegó a su casa. Y cuando se acercaba a ella, vio por una ventana a su mujer, que estaba acariciando a un cura. Gonzalo se puso furioso y, sin pensarlo, se echó la escopeta a la cara, pero recordó el tercer consejo del amo y decidió informarse de quién era aquel cura que estaba con su mujer. Entró en una taberna del pueblo, donde nadie le reconoció, y le preguntó al tabernero:

–¿Quién es un cura que está en casa de Julia la de Gonzalo?

–Julia la de Gonzalo se casó hace veinticinco años y al día siguiente su marido la abandonó y la dejó encinta. El cura que está en su casa es su hijo, que mañana va a decir su primera misa.

Gonzalo se fue todo confundido y volvió a la casa, donde llamó y pidió humildemente si le podrían dar posada; salió su mujer y le dijo que fuera con Dios, que ése no era día para dar posada; pero el hijo, que lo estaba escuchando, se acercó a su madre y le dijo:

–Déle posada a este hombre, madre, que quién sabe si en este momento no estará mi padre pidiendo posada en algún lugar y no se la quieren dar.

El hombre entró y se sentó en un rincón de la cocina. Y llegada la hora de cenar, le dijo el cura:

–Acérquese usted a la mesa y siéntese con nosotros.

Se pusieron a cenar y Gonzalo sacó el bollo que le había regalado el amo, lo puso en la mesa y lo partió; y al abrirlo, los tres vieron que estaba lleno de monedas de oro. El cura le preguntó qué significaba aquello, y Gonzalo dijo:

–Estas monedas son la paga de veinticinco años que estuve al servicio de un buen amo y a vosotros os las entrego. Yo soy tu padre.

Entonces Julia reconoció a su marido, se abrazaron los tres llenos de contento y ya no volvieron a separarse nunca Julia y Gonzalo.

60. LA GAITA QUE HACÍA BAILAR A TODOS

Había un hombre que tenía tres hijos. Los dos mayores eran de lo más listos y siempre estaban haciendo burla del pequeño. Un día dijo el padre:

–Ya que este hijo mío no sirve para nada, que todo el día le están haciendo burla, voy a ponerlo de pastor a ver si se espabila.

El chico se hizo pastor y ya llevaba un año guardando cabras cuando un día se encontró con una vieja que le dijo:

–Muchacho, ¿qué haces tú aquí, siempre guardando las cabras?

Y le dijo el chico:

–Pues nada, que mis hermanos se ríen de mí y mi padre me puso de pastor.

–Y ¿qué tal te va de pastor? –preguntó la vieja–. ¿Tienes buen amo y buena comida?

–No me quejo, señora –contestó el chico–, que el amo es bueno y la comida también.

Entonces le dijo la vieja:

–¿Así que estás contento? ¿No echas nada en falta?

Y le contestó el chico:

–Pues sí que me gustaría tener una gaita, para entretenerme.

La vieja sonrió y de entre los bultos que llevaba sacó una gaita y se la regaló.

El chico, apenas se hubo ido la vieja, empezó a tocar la gaita y, de inmediato, todas las cabras comenzaron a bailar. Y cuanto más tocaba, más bailaban y más a gusto las cabras. Y así ocurrió un día tras otro: que él tocaba la gaita y las cabras bailaban hasta caer rendidas. Y sus cabras estaban siempre bien gordas y contentas y, con tan buena disposición, daban mucha más leche que antes.

Los demás pastores, que veían lo gordas que estaban las cabras del chico, se preguntaban qué hacía para tenerlas siempre con tan buena apariencia. Hasta que descubrieron que las cabras bailaban al son de la gaita y se lo fueron a decir al amo del muchacho, pero el amo no se lo quiso creer.

Conque se fue a donde estaba el chico con las cabras y le dijo:

–A ver, ¿por qué están las cabras todas echadas en vez de estar triscando como las de los otros pastores?

Y le dijo el chico:

–Porque están descansando.

Y dijo el amo:

–Entonces ¿es verdad que las cabras bailan?

–Sí, señor –respondió el chico–. Bailan en cuanto yo les toco la gaita.

–Pues eso lo tengo yo que ver –dijo el amo.

El chico se puso a tocar la gaita y todas las cabras se levantaron y empezaron a bailar contentas. También bailó el pastor. Todos bailaban tan a gusto que el amo empezó a bailar también; así estuvieron hasta que el chico se aburrió de tocar la gaita, se echó a descansar, y lo mismo hicieron las cabras y el amo.

Conque fue el amo a su casa y se lo dijo a su mujer. Y ella le contestó:

–¿Dónde se ha visto que las cabras bailen?

–Pues anda a verlo –le dijo su marido–, que bailan las cabras y yo mismo también bailé.

–Eso lo tengo yo que ver –dijo la mujer.

Llegó la mujer a donde estaba el pastor con las cabras y le dijo que tocara la gaita. En cuanto comenzó a tocar, se levantaron las cabras y se pusieron a bailar y, en seguida, la mujer del amo se puso a bailar también y así estuvieron hasta que el pastor se aburrió de tocar y todos se tumbaron a descansar del baile.

Cuando la mujer llegó a su casa, le dijo su marido:

–¿Qué? ¿Han bailado las cabras?

–Han bailado las cabras y yo con ellas –contestó la mujer–. Cuando ese pastor toca la gaita, todos tienen que bailar.

–Ya te lo decía yo.

Como aquello les parecía muy raro, decidieron despedir al pastor. Cuando el pastor se fue, las cabras fueron enflaqueciendo todas y dejaron de dar leche, y se fueron muriendo todas de tristeza.

Mientras tanto, el joven pastor volvió a su casa y contó lo que le había pasado, y sus dos hermanos se estuvieron riendo de él hasta hartarse. Entonces el padre dijo:

–Como este muchacho no sirve ni para pastor, vosotros tendréis que trabajar para

vivir, que yo solo no puedo mantener la casa.

Al día siguiente, el padre mandó al hermano mayor a vender manzanas al pueblo. En el camino, el hermano mayor se encontró a una vieja que le preguntó:

–¿Qué llevas en el saco?

Y el mayor le respondió de mala manera:

–Llevo ratas.

Y dijo la vieja:

–Pues ratas se te volverán.

Llegó el mayor al pueblo y empezó a pregonar las manzanas; y cuando la gente le pidió verlas, abrió el saco donde las llevaba y salieron decenas de ratas del saco; la gente, enfadada, le dio una paliza y el muchacho se volvió a su casa magullado y sin un céntimo.

Al otro día, el padre envió al mediano a vender naranjas. En el camino se encontró a la misma vieja, que le preguntó:

–¿Qué llevas en el saco?

Y el mediano le respondió de mala manera:

–Llevo pájaros.

Y dijo la vieja:

–Pues pájaros se te volverán.

Llegó el mediano al pueblo y empezó a pregonar las naranjas; y cuando fue a abrir el saco, salieron unos pájaros volando y no quedó nada. Y el pobre se volvió a casa todo desconsolado.

Entonces el pequeño le dijo al padre:

–Padre, déjeme a mí ir al pueblo a vender algo.

Los dos hermanos mayores se rieron de él diciendo:

–¿Qué vas a vender tú, tonto, si no hemos vendido nosotros!

Pero el padre le dejó ir y le dio una gran cesta de uvas para vender. En el camino, el chico se encontró a la misma vieja, que le preguntó:

–¿Qué llevas en el saco?

Y él le respondió:

–Uvas para vender. ¿Quiere usted unas pocas?

Y la vieja le contestó:

–No, gracias. Muchas uvas venderás.

Conque llegó el chico al pueblo y empezó a vender las uvas. Y cuantas más vendía, más había en la cesta, de manera que no paraba de vender. Hasta que, por fin, llenó de dinero una bolsa que llevaba y se volvió para su casa.

Al otro día, el pequeño salió con su padre a vender aceite y todo el aceite que vendían lo cambiaban por huevos. Cuando volvían a casa con todos los huevos, el chico estaba tan contento que sacó la gaita y empezó a tocarla. Y el padre le dijo:

–¡Hijo, por Dios, no toques la gaita, que los huevos empezarán a bailar y se romperán todos!

–No se apure usted, padre –decía el chico. Y seguía tocando y todos los huevos iban bailando en las cestas. Y el padre le decía:

–¡No toques la gaita, hijo, que se romperán los huevos!

Y le contestaba el hijo:

–No se apure usted, padre, que no se rompen.

Y bailaron los huevos y también el padre y el hijo, porque todos los que la oían bailaban al son de la gaita. Y cuando llegaron a casa, decía el padre:

–Y ahora ¿cómo nos las arreglaremos para sacar todos estos huevos de las cestas?

Pero el chico volvió a tocar la gaita y los huevos fueron saliendo de las cestas uno detrás de otro y se fueron bailando hasta las alacenas donde tenían que guardarlos. Y cuanto más tocaba, más huevos salían y no se acababan nunca, así que pusieron una tienda de huevos y siempre tenían huevos frescos para vender cada vez que el chico tocaba la gaita. Y vendieron tantos que se hicieron ricos.

Los dos hermanos mayores, entre tanto, no habían vendido nada de lo que llevaron por ahí y volvieron más pobres que nunca. Entonces, le quitaron la gaita al pequeño y salieron a tocarla para ver qué les traía, pero no pasó nada porque la vieja se la había dado al pequeño y sólo a él le hacía caso.

61. EL TAMBOR DE PIEL DE PIOJO

Una reina tenía una hija y solía pasear con ella por los jardines y los bosques y la niña se interesaba por todo lo que veía. Un día vio en el jardín una matita que no sabía reconocer y dijo:

–Madre, ¿qué es esa matita?

Y la reina le contestó:

–Es de hinojo.

–Pues la vamos a cuidar, para ver lo grande que llega a ser.

Otro día estaba la reina peinando a su hija y en el peine sacó un piojo, y dijo la princesa:

–Pues lo vamos a cuidar, para ver lo grande que llega a ser.

Lo estuvieron cuidando y con el tiempo se hizo tan grande como un animal de mediano tamaño, pero al final envejeció y murió. La reina y la princesa lo sintieron mucho, porque le habían cogido cariño. Entonces pensaron tener un recuerdo de él y con su piel se hicieron un hermoso tambor que sonaba muy bien.

Un día en que la princesa se divertía tocando el tambor, le dijo a su madre:

–¿Quién sería capaz de adivinar que este tambor se ha hecho con piel de piojo?

–Nadie en el mundo lo adivinaría –respondió la reina.

El rey, que estaba escuchando esta conversación, empezó a pensar y se le ocurrió que a cuenta de aquel tambor podría ganar un buen dinero. Entonces hizo una proclama por todo su reino diciendo que daría un gran premio a quien acertara de qué piel estaba hecho el tambor, pero que quien no lo acertara debería pagarle un tributo en dinero. Muchos acudieron al palacio convencidos de que lo adivinarían fácilmente.

–Está hecho con piel de zorro –decían unos.

–No, está hecho con piel de gato –decían otros.

–Este tambor lo han hecho con piel de gallina –decían otros más. Y así fueron

desfilando muchos hombres y mujeres del reino, pero nadie lo adivinaba. Y como cada uno tenía que pagar porque no había acertado, el dinero entraba a espuestas en el palacio del rey.

En un lugar del reino había un mozo que decidió irse de su casa a probar fortuna. Emprendió el camino y al rato encontró a un hombre tumbado, con el oído puesto en tierra, y le preguntó qué hacía.

–Estoy oyendo cómo nace la hierba.

–Pues no has de tener mal oído. ¿Por qué no te vienes a correr mundo conmigo?

–De acuerdo –dijo el hombre. Y se fue con él.

E iban los dos juntos caminando cuando vieron que un hombre estaba arrancando árboles como si fueran hierbecillas y se quedaron admirados de su fuerza. El mozo le propuso que se uniera a ellos para buscar fortuna y el hombre accedió.

Ahora ya eran tres los que caminaban juntos por el mundo y, anda que te andarás, llegaron a la ciudad donde vivía el rey. En cuanto se acomodaron en una fonda se enteraron de que el rey ofrecía un premio extraordinario a quien adivinara de qué clase de piel estaba hecho el tambor de la princesa.

–Pues, si lo adivinamos –dijo el mozo a sus compañeros–, nuestra fortuna está hecha.

Así que mandó al compañero que tenía el oído tan fino a que escuchase bajo una ventana las conversaciones del palacio. El hombre fue y, a la caída de la noche, escuchó esto:

–¡Qué cantidad de dinero hemos recogido hoy con nuestro tambor! –decía la reina.

–¡Y lo que recogeremos todos los días! Pues ¿quién va a adivinar que este tambor está hecho con piel de piojo?

El hombre, en cuanto oyó esto, salió corriendo a la fonda y le contó al mozo lo que había oído. Muy satisfecho, el mozo se presentó al día siguiente en el palacio del rey. Había otros muchos y hubo de guardar cola. Como de costumbre, nadie acertaba, hasta que le tocó a él el turno y dijo:

–Majestad, este tambor está hecho con piel de piojo.

El rey se llevó las manos a la cabeza, asombrado, y el mozo reclamó su premio. Entonces el rey, que era muy codicioso, le dijo que el premio consistía en todo el dinero que podía cargar un hombre con sus solas fuerzas. El mozo se avino a ello, pero llamó a su compañero, el que arrancaba los árboles, y le dijo que empezase a cargar el oro del

rey. Y el hombre cargó tanto y tanto que dejó vacías las arcas del rey y los tres compañeros se volvieron a sus casas tan ricos como nunca habían soñado.

62. LA ASADURA DEL MUERTO

Érase una vez una niña que vivía con su madre viuda y eran tan pobres que pasaban mucha hambre. Pasaban tanta hambre que la niña, por las noches, sólo sabía soñar con criados vestidos de blanco que llevaban bandejas llenas de comida, y por la mañana se despertaba con más hambre de la que tenía cuando se acostó.

Un día su madre la mandó a la tienda a comprar asadura, pero no le dio dinero porque no lo tenían. La niña fue a la tienda y no pudo comprar porque el carnicero no le quiso fiar.

Salió de la tienda muy triste, pensando que no podía llevar nada a casa. Y en esto pasó por delante del cementerio y se le ocurrió entrar. Allí estuvo meditando y, al cabo de un rato, decidió sacarle la asadura a un cadáver que había sido enterrado el día anterior, pensando que a él ya no le era útil y, en cambio, a su madre y a ella podría servirles para saciar su hambre. Y así lo hizo.

Al llegar a casa, su madre se puso muy contenta, cogió la asadura, la limpió, la partió y la guisó para la cena. Una vez que hubieron comido, satisfechas como estaban, les entró sueño y se fueron a dormir.

Durmiendo estaban cuando un ruido tenebroso las despertó y escucharon una voz que decía:

–¡Devuélveme mi asadura, que la sacaste de mi sepultura!

Y la niña gritó:

–¡Ay!, mamaíta mía, ¿quién será?

Y la madre le contestó:

–Calla, hija mía, que ya se irá.

Y dijo la voz:

–Que no me voy, que en el primer escalón estoy.

Y la niña, más asustada, volvió a gritar:

–¡Ay!, mamaíta mía, ¿quién será?

–Calla, hija mía, que ya se irá.

Y la voz dijo esta vez:

–Que no me voy, que en el segundo escalón estoy.

Y la niña, más asustada aún:

–¡Ay!, mamaíta mía, ¿quién será?; que tengo miedo y los ojos no quiero cerrar.

–Calla, hija mía, que ya se irá.

Y volvió a hablar la voz:

–Que no me voy, que en el tercer escalón estoy.

Y la niña imploraba:

–¡Ay!, mamaíta mía, ¿quién será?; que no he hecho nada malo y me quieren llevar.

–Calla, hija mía, que ya se irá.

Y la voz dijo entonces:

–Que no me voy, que entrando por la puerta de tu cuarto estoy.

Y la niña gritaba:

–¡Ay!, mamaíta mía, ¿quién será el que a los pies de mi cama está y yo no quiero mirar?

–Calla, hija mía, que ya se irá.

Y la voz, ya furiosa, gritó:

–¡No me voy, que agarrándote de los pelos estoy!

Y agarrando a la niña, el muerto se la llevó al cementerio, la mató, le sacó la asadura, se la puso y se enterró otra vez.

63. LA AHIJADA DE SAN PEDRO

Esto eran dos ancianos que no habían tenido descendencia y siempre le rogaban a san Pedro que les diera una hija. Al fin, compadecido, les dio Dios una hija y san Pedro bajó a verlos y le hicieron padrino de la niña. Y le pusieron de nombre Pedro, como el padrino.

Cuando la chica se hizo moza, murió el padre y tuvo que ponerse a servir. La madre no sabía cómo vestirla, pues no la vestían de mujer porque no pegaba con el nombre que le habían puesto. Así que, al final, la vistió de hombre y la envió a servir.

A poco de salir de su casa, le salió san Pedro al encuentro y la acompañó hasta un palacio a cuya puerta la dejó. Conque ella llamó a la puerta y le abrió una criada. Pedro preguntó si necesitaban un criado y la muchacha la subió a donde estaba la reina. Y como le gustó a la reina, pues la cogieron de criado.

Pasado un tiempo, el rey tuvo que irse a la guerra. Mientras el rey estaba guerreando, la reina se enamoró de Pedro, creyendo que era muchacho. Una noche fue tres veces a la cama de Pedro a buscarle, pero ésta le dijo que no podía ser, porque ella era la reina y él solamente un criado. Entonces la reina mandó mensaje al rey de que volviera pronto, que necesitaba varón. Vino el rey en seguida y ella le dijo:

–Hay que matar a Pedro. Tres veces vino a mi cama y has de matarlo.

Conque el rey mandó llamar a Pedro y le dijo que lo tenía condenado a muerte. Pero, como le disgustaba cumplirlo, porque le agradaba el muchacho, anunció que le perdonaría si le traía un anillo que se le había caído al mar cuando venía de regreso. Pedro estaba desconsolada, porque sabía que era imposible cumplir el mandato, pero en éstas se le apareció san Pedro y le preguntó por qué se desconsolaba así. Pedro se lo contó y su padrino le dijo:

–Toma este silbato que te doy, vete a la orilla del mar, lo tocas tres veces y un pez te traerá el anillo en la boca.

Así lo hizo Pedro y, en seguida, apareció un pez con el anillo en la boca. Entonces volvió corriendo a palacio y le entregó el anillo al rey. Pero la reina insistió en que había que matarlo, y entonces le dijo el rey:

–Si no quieres que te mande matar, tienes que traerme a una hija muda que me robaron unos ladrones.

Pedro se fue toda triste a ver si daba otra vez con san Pedro. Le salió éste al encuentro y le preguntó por qué estaba triste de nuevo. Le contó Pedro lo que le pasaba y su padrino le dijo entonces:

–No te apures por eso. Ve a casa de los ladrones y te pones a la puerta. Cuando den las doce, las puertas se abrirán y se cerrarán al repetirse los sones. Tú entra, coges a la hija muda del rey y sales antes de la repetición.

Así lo hizo Pedro. Se puso a la puerta, esperó a que diera la hora, entró a escape, cogió a la princesa muda y salió justo antes de que diera la repetición. Y al cerrarse las puertas la muda dio un grito, en el camino dio otro grito y, al entrar en palacio, otro.

Llegó Pedro con la princesa muda y se la entregó a la reina, pero la reina dijo que no, que tenían que matarle. El rey lo pensó y luego dijo que si esa noche el muchacho era capaz de dividir tres fanegas de trigo, tres de cebada y tres de centeno, que estaban todas mezcladas en la misma habitación, que le perdonaría la vida.

Esta vez Pedro se echó a llorar viendo lo imposible del encargo. Volvió san Pedro y al verla así, le preguntó por qué lloraba. Pedro se lo explicó y san Pedro le dijo:

–Pide que te den un sillón para la habitación donde te vayan a encerrar y te echas a dormir sin cuidado.

Así lo hizo Pedro. Pidió el sillón y lo llevó a la habitación donde lo iban a encerrar con las tres fanegas de trigo, las tres de cebada y las tres de centeno. Y en cuanto lo encerraron, se echó a dormir.

La reina, que no las tenía todas consigo, se asomó a la una de la mañana a ver qué hacía Pedro y se puso muy contenta porque vio que aún no había empezado. Volvió a las tres y se puso aún más contenta porque vio a Pedro que dormía en el sillón. Y cuando dieron las seis fue con el rey a la habitación y vieron con asombro que todo el grano estaba ya dividido y Pedro los aguardaba sentado en el sillón.

Pero la reina, que estaba rabiosa, dijo que aquello no podía ser, que tenían que matarle de una vez y que él mismo tendría que ponerse la soga al cuello para que lo ahorcaran.

Subió Pedro a la horca y, al ponerse la soga al cuello, vio que san Pedro estaba a su

lado y le dijo:

–Padrino, esta vez sí que no me salvo.

Y le dijo san Pedro:

–No temas, que nada te pasará.

Conque se puso el verdugo a un lado y al otro el rey y la reina con la princesa muda y Pedro pidió que le dejaran hacer tres preguntas antes de morir. El rey consintió y Pedro le dijo a la muda:

–Di, Ana, ¿por qué diste un grito al salir de la casa donde te tenían guardada los ladrones?

Todos quedaron en suspenso y Ana, la muda, dijo:

–Porque mi madre bajó tres veces a tu cama.

Y volvió a preguntar Pedro:

–Di, Ana, ¿por qué diste un grito a la mitad del camino?

La muda contestó:

–Porque san Pedro es tu padrino.

Y Pedro preguntó por tercera vez:

–Di, Ana, ¿por qué diste otro grito al entrar en el palacio?

Contestó la muda:

–Porque eres mujer y no hombre.

Y todos los que allí estaban quedaron asombrados y sin habla por lo que acababan de presenciar. Y después del asombro, el rey mandó prender a la reina y la desterró a un castillo lejano. Y más tarde se casó con Pedro, que era una muchacha muy hermosa que le hizo muy feliz.

Y todos ellos se quedaron viviendo allí. Y a mí me enviaron para que te lo contara a ti.

64. EL PEQUEÑO CORZO

Un niño y una niña, que eran hermanos, vivían en su casa con su madrastra. La madrastra era una mujer malvada y no los quería. Un día el niño dijo que no podía aguantar más, que se iba de casa.

Su hermana se puso a llorar, porque no quería que el niño se fuese, pero como no quería separarse de su hermano ni quedarse sola, al final decidió irse con él.

Echaron a andar con lo puesto y un hatillo de ropa y se alejaron de la casa. Cuando la madrastra descubrió que se habían ido, se puso furiosa y lo primero que hizo fue encantar tres fuentes por las que ella sabía que los niños tenían que pasar.

Los dos hermanos, después de mucho caminar, empezaron a sentir sed y pronto encontraron la primera fuente. Se acercaron a beber y la niña oyó una voz cristalina que decía:

–Aquel que mi agua bebe, ligero león se vuelve.

La niña, que lo escuchó, le dijo muy asustada a su hermano:

–Por Dios, no bebas de esta agua, que te convertirás en león y me devorarás.

El niño, como la quería mucho, se aguantó la sed y siguieron caminando con la esperanza de encontrar pronto otra fuente. Y en esto se encontraron con la segunda fuente y se acercaron ansiosos a beber, pero la niña escuchó una voz cristalina que decía:

–Aquel que mi agua bebe, ligero lobo se vuelve.

La niña, asustada, le dijo a su hermano:

–Por Dios, hermanito, no bebas de esta agua, que te convertirás en lobo y me comerás.

Así que tampoco bebieron de aquella fuente y siguieron caminando, pero estaban muertos de sed. Por fin, dieron vista a la tercera fuente y echaron a correr hacia ella porque ya no resistían más; pero, al momento de llegar, la niña escuchó una voz cristalina que decía:

–Aquel que mi agua bebe, ligero corzo se vuelve.

Y apenas acabó de escuchar estas palabras cuando vio que su hermano ya estaba bebiendo de la fuente sin poderlo evitar. Y se convirtió en un bonito corzo. Su hermana se asustó muchísimo, pensando que no la reconocería y huiría de ella, pero el pequeño corzo le dijo:

–No te preocupes, hermanita, que no estás sola. Buscaré madroños y frutas para ti y yo comeré de la hierba del bosque.

El corzo y la niña se echaron a andar y se internaron en un frondoso bosque. En un claro del bosque hallaron una casita que parecía deshabitada. Llamaron y llamaron y, como nadie les contestaba, entraron en ella a pasar la noche. Y como nadie vino esa noche a dormir ni las noches siguientes, decidieron quedarse a vivir en ella.

Cerca de la casa –aunque ellos no lo sabían– había un castillo habitado por un rey que era muy aficionado a la caza. La niña despedía todas las mañanas a su hermanito el corzo, que se iba a recorrer el bosque para comer y buscar frutas para su hermana. Un día en que el rey salió a cazar, vio al corzo y comenzó a perseguirlo. El pequeño corzo, espantado, corrió desenfrenadamente hasta la casita y justo en la puerta gritó:

–¡Ábreme, hermanita mía, ábreme!

Uno de los criados del rey, que andaba allí cerca, vio esto y corrió a contárselo al rey:

–Majestad, ese pequeño corzo que perseguíais, habla.

El rey, admirado, le dijo:

–¿Cómo que habla? ¿Es eso posible?

Y el criado:

–Sí majestad, que yo lo he visto y oído.

Y dijo el rey:

–Pues mañana lo comprobaremos.

Al día siguiente salieron de nuevo a cazar y el rey advirtió a todo su séquito:

–Si veis al pequeño corzo, no le tiréis.

Estuvieron batiendo el bosque hasta que lo encontraron, y el pequeño corzo, muerto de miedo, echó a correr hasta la casita. Y allí cerca estaban esperando el rey y su criado, escondidos. El pequeño corzo llegó espantado a la puerta y gritó:

–¡Ábreme, hermanita mía, ábreme!

Y el criado, mirando al rey, que estaba verdaderamente sorprendido, le dijo:

–¿Ve, vuestra majestad, cómo era cierto lo que le dije?

Entonces el rey le dijo al criado que se preparase a acompañarlo al día siguiente. Y, en efecto, ambos salieron por la mañana rumbo a la casita del bosque. Así que llegaron a ella, el rey se puso a la puerta, e imitando la voz del pequeño corzo, gritó:

–¡Ábreme, hermanita mía, ábreme!

La niña, creyendo que era su hermano, abrió la puerta. Y al comprobar que la habían engañado se puso a llorar toda desconsolada. Y le dijo el rey:

–No llores, hermosa niña, que no te haremos ningún daño.

El rey, que se había enamorado de ella, la invitó a ir al castillo, pero ella temía por su pobre hermano.

–¿Qué será de mi hermano? –preguntó.

–A tu hermano lo llevaremos también al castillo y no le faltará de nada –respondió el rey.

Conque la niña y el corzo se fueron a vivir al palacio. El rey, poco a poco, conquistó el corazón de la niña, se casó con ella y a los nueve meses tuvieron un hijo.

Un día, la madrastra, enterada de la suerte de los niños, se acercó al castillo con una hija que tenía. Ella se ofreció como nodriza y a su hija la presentó como doncella. Al rey le pareció bien y se las envió a su esposa, pero, apenas la madrastra entró en la habitación de su hijastra, pronunció un encantamiento, hizo desaparecer a la reina y la cambió por su hija; sin embargo, el encantamiento comportaba una condición y era que la reina debería venir tres veces a despedirse de su hijo.

Después de esto, la malvada madrastra cerró la puerta de la habitación y, alegando que la reina se encontraba indispuesta, no dejó entrar a nadie para que no reconocieran a su hija, que la suplantaba.

Cumpliendo el encantamiento, la reina vino la primera noche toda vestida de blanco, y también apareció el corzo, que se quedó a la puerta. Ella entró, tomó al niño en sus brazos, le acunó y dijo:

–Hijo mío, hermanito mío, dos noches más volveré y de los dos cuidaré –y, dicho esto, desapareció.

El mismo criado que llevara al rey a la casita estaba siguiendo al pequeño corzo, porque lo había visto meterse en el interior del castillo. Lo siguió hasta la habitación y lo vio detenerse junto a la puerta con la cabeza gacha y aire de tristeza. Entonces fue cuando escuchó aquellas palabras, y se lo contó al rey.

A la noche siguiente estaban el rey y su criado esperando escondidos cerca de la

habitación cuando vieron llegar a la reina toda vestida de blanco y luego al pequeño corzo, que se detuvo cabizbajo. Se abrió la puerta de la habitación y la reina entró, acunó al niño y dijo:

–Hijo mío, hermanito mío, una noche más volveré y de los dos cuidaré.

Dicho esto, desapareció; y el rey y el criado quedaron perplejos, pues no sabían si era realidad lo que habían visto y oído. Y el pequeño corzo no decía nada, pues parecía haber perdido el habla.

A la tercera noche, el rey decidió resolver el enigma y se apostó junto a la puerta. La reina llegó a la misma hora, toda vestida de blanco, entró en la habitación y acunó al niño. Pero el rey, atento, entró tras ella. La reina dijo esta vez:

–Hijo mío, hermanito mío, ya nunca más volveré y de ninguno de los dos cuidaré.

Entonces el rey se abrazó a la reina antes de que ella desapareciera como la noche anterior y, en ese momento, el encantamiento se rompió y su hermano, el pequeño corzo, que estaba a la puerta como las otras noches, se convirtió en un joven mozo. El rey llamó a sus criados y todos vieron que en la cama de la reina dormía la hija de la madrastra, que era una impostora, y a sus pies, la malvada madrastra. Y entre todos las cogieron, las llevaron al patio del castillo y allí las echaron en una caldera de aceite hirviendo para que nunca más hicieran el mal. Y los reyes vivieron felices con su hijo y al hermano le regalaron una hermosa casa junto al castillo, para que no se separase de ellos nunca más. Y el fiel criado también fue recompensado.

65. EL CARBONERO Y LA MUERTE

Una vez había un carbonero que vivía en una modesta cabaña en medio del monte; era tan pobre que no tenía para comer más que habas, tortas de maíz y queso. Una noche en que estaba haciendo su frugal cena, sintió que llamaban a la puerta y fue a ver quién era.

–¿Quién anda ahí? –preguntó receloso.

Y una voz le contestó:

–Busco posada para pasar la noche.

–¿Y quién es usted? –volvió a preguntar, sin abrir la puerta.

–Yo soy Dios –contestó la voz.

–¿Posada quiere usted de mí? –dijo entonces el carbonero–. A algunos les tiene usted llenos de bienes y a otros, como yo, nos tiene muertos de hambre y trabajando todo el día. Váyase usted a buscar posada donde le den bien de comer y dormir.

El carbonero volvió a su cena. Pasó un buen rato. Al cabo volvió el mismo Dios y tocó otra vez en la puerta de la cabaña.

–¿Quién anda ahí? –preguntó el carbonero.

–Busco posada para pasar la noche.

–¿Y quién es usted?

–Yo soy la Muerte.

–¡Ah! –dijo el carbonero abriendo la puerta–. Pase usted, que con gusto le daré posada, porque usted sí que es igual con todos; lo mismo con los ricos que con los pobres y con los grandes que con los pequeños.

La hizo pasar y le dio de lo que tenía para cenar, le arregló una cama en el suelo y, a la mañana siguiente, también le dio de desayunar. Muy agradecida, la Muerte le dijo antes de despedirse:

–Bueno, ¿qué quiere usted que le dé yo?

–Pues, la verdad –dijo el carbonero–, que yo me conformaba con seguir así si usted me consiguiera un poco más de comodidad y desahogo.

–Eso está hecho –contestó la Muerte–. Vete a la ciudad donde vive el rey. La reina está muy enferma desde hace tiempo y los médicos ya no saben qué hacer para curarla. Pide verla y, cuando entres en su habitación, si me ves a la cabecera de la cama puedes decir que fallecerá sin remedio; pero, si estoy a los pies de la cama, entonces di que le apliquen un emplasto y se curará en seguida.

Así que el carbonero se puso su traje de fiesta y se fue, contento y animoso a la ciudad que le dijo la Muerte; una vez que llegó a ella, se dirigió al palacio del rey y pidió ver a la reina. Como nadie se creía que fuera médico, no le dejaban entrar, pero él, a gritos, no les dejaba en paz y repetía una y otra vez que quería ver a la reina. Tantos gritos dio que hasta el mismo rey los escuchó e, intrigado, mandó que lo trajeran a su presencia. El carbonero dijo entonces que él podía saber si la reina tenía o no curación, y el rey, que ya estaba desesperado de no encontrar remedio para su esposa, decidió llevarlo a la habitación de la reina. Y allá se fueron, acompañados de los demás médicos del palacio. Una vez que entró, el carbonero estuvo examinando a la reina como sabía que hacían los médicos... y en esto vio a la Muerte a los pies de la cama de la enferma. Entonces se dirigió al rey y le dijo:

–Yo sanaré al momento a esta enferma.

Mandó que preparasen un emplasto con vino, simiente de lino, salvado y otros ingredientes. Todos los médicos que estaban allí se rieron de él, pero el rey ordenó que atendiesen a lo que decía el carbonero; y, a poco de aplicarle el emplasto, la enferma quedó curada como si le hubieran quitado la enfermedad con la mano.

Los médicos se sintieron tan humillados que se reunieron en una estancia para ver la manera de perder al carbonero. Y decidieron que uno de ellos, el de mayor edad, se metiese en cama y simulase estar enfermo. Luego fueron a ver al rey y le explicaron lo que habían hecho:

–Para que veáis, señor, que ese hombrecillo es un farsante, hemos hecho esto, ved lo que hemos ingeniado... –y le contaron la trampa que pensaban tenderle. El rey, interesado, ordenó al carbonero que se presentase a ver al fingido enfermo. El carbonero entró en la habitación donde le aguardaban y vio que la Muerte estaba a la cabecera del enfermo fingido y dijo:

–Este enfermo morirá muy pronto.

Todos los médicos rieron al oír esto, pero pronto la risa se les heló en la boca al observar que su compañero estaba agonizando. El rey, que veía curada a su esposa y muerto al anciano médico que poco antes estaba sano, expulsó a todos los demás médicos de palacio y le dijo después al carbonero:

–¿Qué deseas como premio? Y ¿qué por ser médico mío de ahora en adelante?

–Señor –contestó el carbonero–, yo sólo quiero poder vivir desahogadamente.

Y eso fue lo que sucedió. Desde entonces, el carbonero comía en la mesa del rey, paseaba por sus jardines y disfrutaba a sus anchas de la vida como siempre había imaginado que sucedería a los más afortunados.

Una vez, en uno de sus paseos por los jardines de palacio, se le apareció la Muerte en un recodo y le habló de esta manera:

–Buenas tardes, carbonero, ¿me reconoces?

El carbonero, atemorizado, contestó:

–¡Ay de mí, que tú eres la Muerte!

Y dijo la Muerte:

–Pues en tu busca vengo.

El carbonero, que era hombre de recursos, le dijo entonces:

–¡En busca de mí! Mientras era un pobre carbonero me dejaste vivir tantos años, y ahora, en cuanto he conseguido tener unos cuantos días de felicidad, ¿ya vienes en mi busca?

A lo que le respondió la Muerte:

–¿No fuiste tú el que me dijiste que yo soy igual para todos, lo mismo con los ricos que con los pobres, lo mismo con los grandes que con los pequeños? Pues, como ahora te ha llegado la vez, te tienes que venir conmigo.

Y dijo el carbonero:

–Te ruego, Muerte, que, en recompensa por la posada que te di aquella noche en mi cabaña, me des tiempo para rezar un padrenuestro y un avemaría.

–Eso te lo concedo –dijo la Muerte.

El carbonero rezó, sí, el padrenuestro, pero el avemaría no lo rezó aún; y empezaron a pasar los días y la Muerte no sabía qué hacer, pues había dado su palabra. Hasta que un día decidió colgarse de la rama de un roble del jardín del palacio. Viendo el carbonero muerta a la Muerte, colgando de aquel roble, rezó muy contento el avemaría. Entonces la Muerte levantó la cabeza y dijo:

–Ya eres mío –y lo llevó consigo.

66. LA BARRETINA VERDE

Érase una vez un hombre más bueno que el pan. Era tan bueno, que veréis lo que le pasó: Una vez se encontró a una bruja con forma de raposa. La bruja no podía volver a su forma de mujer porque, habiendo ido a bañarse al río, dejó sus ropas junto a una mata y unos mozos del pueblo se las habían robado. Entonces el hombre, compadecido, le buscó unas ropas con las que vestirse de mujer y dejar de ser raposa. La bruja, agradecida, le dio una barretina verde y le dijo:

–Siempre que lleves esta barretina puesta, verás los pensamientos de todas las personas que tengas delante.

El buen hombre se quedó tan contento con el regalo. Pensó que ahora podría saber todo lo que las personas que le rodeaban pensaban de él y así encontraría siempre la mejor forma de entenderse con ellas, por lo que su vida sería mucho más agradable de ahora en adelante.

Y de inmediato se acordó de que un vecino suyo siempre discutía con él a propósito de un nogal que estaba en la linde que separaba los terrenos contiguos de uno y otro y, por causa de ello, le tenía puesto un pleito. Así que se puso la barretina y se fue a buscar al abogado que le defendía en el pleito para saber cuál era su opinión sobre el asunto. Y apenas se lo encontró, pudo ver lo que el abogado pensaba: «Menuda suerte que he tenido ocupándome de la defensa del nogal del simple éste. Le voy a cobrar el dinero que necesito para la dote de mi hija, que se me casa dentro de nada, y después le mandaré a paseo con la primera excusa que encuentre».

El buen hombre, horrorizado por lo que acababa de entender, pensó que lo mejor que podía hacer era ir a ver a su vecino y llegar a un acuerdo amistoso con él para quitarse problemas de encima.

Así que, sin perder tiempo, se fue a la casa de su vecino para tratar con él, pero, como llevaba la barretina, nada más encontrarlo pudo ver lo que el vecino pensaba: «Ya sé lo

que voy a hacer yo con este pasmarote. Aprovecharé un día que él se esté ocupando de su viña y que su mujer vaya al mercado para prenderle fuego a su casa».

No es necesario explicar el efecto tremendo que esta revelación causó en el pobre hombre, que se alejó a toda prisa de allí sin más explicaciones.

Desesperado, marchó a su casa con la intención de contarle a su mujer todo lo que le había ocurrido y pedirle consejo sobre lo que debían hacer en aquella situación. Con las prisas y el sofoco, olvidó quitarse la barretina y, apenas llegó y se puso ante su mujer, vio que ella estaba pensando lo siguiente: «Ya está aquí de vuelta el bendito éste. ¿Cómo podría yo quitármelo de encima de una vez y quedar libre? Creo que lo mejor será que le ponga un veneno en la sopa, a ver si se va de una vez al otro mundo, que es donde debería estar un bendito como él; y así yo podré casarme de una vez con ese buen mozo que me ronda. Que, entre el mozo y yo, vaya si sabremos dar buen uso al dinero que este simple guarda para nada».

Esta vez sí que el buen hombre sintió que perdía la cabeza de la impresión. Y tan trastornado que poco menos que tenía que apoyarse en las paredes para aguantarse en pie, se fue a buscar a su hija para contarle las intenciones que albergaba su madre. Y he aquí que, nada más llegar junto a su hija, pudo ver también lo que ésta estaba pensando: «En cuanto mi padre se vuelva al trabajo, busco la bolsa donde tiene el dinero, la cojo y me voy a casa de mi Juan, que me está esperando, nos vamos a Barcelona y nos casamos a escondidas. Porque, como mi padre no me va a dar permiso para casarme, no tiene sentido que se lo pida».

El buen hombre, abrumado, ya sólo pensó en su hijo, lo único que le quedaba, y fue a buscarle a su cuarto. Encontró a su hijo ocupado en llenar con su ropa una maleta y, como seguía con la barretina puesta, pues vio lo que estaba pensando: «Qué mala suerte que me haya visto mi padre. A ver cómo le explico ahora que pensaba largarme de casa y echarme al mundo para pasarlo bien y hacer fortuna».

El hombre pensó que ya tenía bastante y que el regalo de la bruja era el peor regalo que le habían hecho en su vida. Así que cogió la barretina, que no le había traído más que disgustos y desgracia, y la tiró al fuego para que no se le ocurriera nunca volver a usarla. Y por eso se dice en Cataluña, cuando alguien está desesperado y toma una grave decisión, que *tira la barretina al fuego*.

67. EL GALLO Y EL CARÁMBANO

Una hermosa mañana de invierno, de mucho sol pero de mucho frío por causa de la helada que había caído la noche anterior, un gallo muy presumido, al que le gustaba mucho lucirse, se paseaba yendo de aquí para allá. En éstas, se detuvo con aire arrogante encima de un gran carámbano que colgaba a las orillas de un arroyo. De pronto, el carámbano se quebró y el gallo resbaló y quedó atrapado en mitad del hielo, rompiéndose una patita en el forcejeo por intentar escapar. El gallo, compungido pensando que ya nunca podría salir de allí, dijo al carámbano:

–Carámbano, ¿por qué me rompes mi patita?

–Gallito –respondió el carámbano–, no he sido yo quien te ha roto tu patita; más fuerte que yo es el sol, que, al derretirme, ha hecho que tú te caigas y tu patita se rompa.

–Sol –dijo el gallito–, ¿por qué eres tan fuerte que derrites al carámbano y el carámbano rompe mi patita?

–Más fuerte que yo es la nube, que a mí me tapa –contestó el sol.

–Nube –dijo el gallito–, ¿por qué eres tan fuerte que tapas al sol, el sol derrite el carámbano y el carámbano rompe mi patita?

–Más fuerte es el viento, que a mí me lleva –repuso la nube.

–Viento –dijo el gallito–, ¿tan fuerte eres que llevas a la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite al carámbano y el carámbano rompe mi patita?

–Más fuerte es la pared, que a mí me detiene –respondió el viento.

–Pared –dijo el gallito–, ¿tan fuerte eres que detienes al viento, el viento se lleva la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite el carámbano y el carámbano rompe mi patita?

–Más fuerte es el ratón, que a mí me agujerea –contestó la pared.

–Ratón –dijo el gallito–, ¿tan fuerte eres que agujereas la pared, la pared detiene al viento, el viento se lleva la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite el carámbano y el carámbano rompe mi patita?

–Más fuerte que yo es el gato, que a mí me come –repuso el ratón.

–Gato –dijo el gallito–, ¿por qué eres tan fuerte que comes al ratón, el ratón agujerea la pared, la pared detiene al viento, el viento se lleva la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite el carámbano y el carámbano rompe mi patita?

–Más fuerte que yo es el palo, que a mí me mata –respondió el gato.

–Palo –dijo el gallito–, ¿por qué eres tan fuerte que matas al gato, el gato se come al ratón, el ratón agujerea la pared, la pared detiene al viento, el viento se lleva la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite el carámbano y el carámbano rompe mi patita?

–Más fuerte es el hacha, que a mí me corta –contestó el palo.

–Hacha –dijo el gallito–, ¿por qué eres tan fuerte que cortas el palo, el palo mata al gato, el gato se come al ratón, el ratón agujerea la pared, la pared detiene al viento, el viento se lleva la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite el carámbano y el carámbano rompe mi patita?

–Más fuerte que yo es el herrero, que a mí me macha –repuso el hacha.

–Herrero –dijo el gallito–, ¿tan fuerte eres que machas el hacha, el hacha corta el palo, el palo mata al gato, el gato se come al ratón, el ratón agujerea la pared, la pared detiene al viento, el viento se lleva la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite el carámbano y el carámbano rompe mi patita?

–Mucho más fuerte que yo es la muerte, que a mí me mata y todo lo puede –respondió el herrero.

Y eso es verdad porque en la muerte acaba todo el poder y la fuerza que hay en el mundo.

68. LA HORNERA MALVADA

Había una vez una hornera que tenía muy mal corazón. Estaba casada con un viudo con dos hijos pequeños, niño y niña, pero no los quería nada y estaba harta de ellos. Un día, la hornera les dijo a sus dos hijastros:

–Hoy tenéis que ir al bosque y traerme un haz de leña cada uno para encender el horno. Al primero que me lo traiga le daré un bollo de miel.

El niño, que era muy goloso, fue el primero que reunió un buen haz de leña y lo llevó a la casa. En cuanto su madrastra le vio llegar, le dijo:

–Muy bien. Ahora quítate el delantal.

Así lo hizo el niño, esperando su bollo de miel. Y la madrastra le dijo después:

–Ahora quítate los pantalones, y la camisa, y los calzoncillos, y los zapatos.

El niño fue haciendo lo que su madrastra le decía hasta quedarse desnudo. Entonces la madrastra le dijo:

–Ahora voy a taparte los ojos con esta cinta y te daré el bollo de miel.

Conque le tapó los ojos y, antes de que se diera cuenta, le tomó en brazos y le echó dentro de una caldera de aceite hirviendo que tenía en la lumbre, y el pobre niño murió de inmediato. Entonces lo frió, lo sacó de la caldera y, después de trocearlo, lo aderezó y lo puso en una fuente.

Cuando llegó la hermana con su haz de leña, preguntó por su hermano, pues había salido del bosque antes que ella, y la madrastra le contestó que aún no había vuelto y que, como se hacía tarde, mejor no lo iban a esperar para comer.

–Se habrá encontrado con su padre –dijo la madrastra–, que está cortando leña en el bosque.

Sacó la fuente a la mesa y le dijo a la niña que era un corderillo que les había regalado una vecina. Empezaron a comer y a la niña le tocó un pedazo de corazón, que al comerlo le dijo:

–Hermanita, come despacio, que soy tu hermanito.

La hermana comprendió en seguida lo que había hecho la madrastra, dejó de comer y se echó a llorar desconsoladamente por su pobre hermano; entonces la madrastra la amenazó y le dijo que, si no se callaba, haría lo mismo con ella. La niña se calló por miedo y, cuando su infame madrastra acabó de comer, recogió todos los huesos y restos de su hermano que quedaban en la fuente y, llorando, los enterró en el huerto de la casa.

Cuando el padre llegó, a la caída de la tarde, echó de menos al niño, pero la madrastra le dijo que aún no había regresado. El padre salió a buscarlo y, por más que buscó, no pudo encontrarle, así que pensó que lo había devorado alguna fiera y regresó muy apesadumbrado a su casa. Y pasó el tiempo y, poco a poco, se fue olvidando del niño.

A la primavera siguiente, en el sitio donde la niña había enterrado los huesos de su hermano, nació un naranjo que en pocos meses se hizo alto y frondoso y se cargó de naranjas como no había otras en toda la zona.

Tanto el padre como la madrastra y la niña, admirados de aquellos frutos, estaban deseando que madurasen las naranjas para probarlas. Y en cuanto estuvieron maduras las primeras, las cogieron y vieron que eran muy dulces y jugosas y de muy fina calidad.

El padre y la niña partieron su naranja y, al coger el primer gajo y llevárselo a la boca, les pareció oír que la naranja les decía en un tono muy cariñoso:

–Come, padre; come, hermanita, que de lo vuestro coméis.

El padre se extrañó, pensando que eran imaginaciones suyas, pero, como la naranja estaba riquísima, siguió comiendo ésa y otras sin darle mayor importancia. La niña, en cambio, entendió en seguida lo que decían las naranjas, y las estuvo comiendo con gran cariño, pues, aunque sentía su ausencia, le parecía que era como besar y tener a su hermano querido.

Sin embargo, no sucedió lo mismo con la madrastra. Cuando ella partió la primera naranja, en vez de aquel jugo dulce y riquísimo, empezó a salir sangre caliente y oyó una triste voz que le decía:

–Esta sangre es la sangre inocente del que tú mataste.

La madrastra, al ver y oír esto, tiró la naranja, asustada, y salió a escape de allí y se metió en casa. Allí, desde la ventana, veía a su marido y a su hijastra disfrutar de las naranjas que estaban comiendo y esto la llenó de odio y de rabia. Y se asomó y les dijo:

–¡Cómo es posible que comáis esas naranjas de un naranjo que está tan cerca del estercolero! ¡Pues yo no las como!

El padre y la hija no le hicieron caso y siguieron comiendo y al cabo de una semana, como no podía resistirlo, la madrastra cogió un hacha y cortó el naranjo. Pero cuál no sería su asombro y su disgusto cuando, a la mañana siguiente, vio que del naranjo había nacido un nuevo retoño tan fuerte que aún ofrecía más frutos que el anterior; y, además, a la madrastra le pareció que las naranjas le recordaban la cara del pobre niño asesinado. Así que esta vez ya no podía ni mirarlas.

Ciega de furor, volvió a cortar el retoño, pero no le sirvió de nada porque el árbol siempre volvía a rebrotar y siempre con más fuerza.

A su marido le extrañó el comportamiento de su mujer y, pensando en ello, se acordó de las palabras que creyó oír al comer la primera naranja y empezó a sospechar que algo triste y extraordinario a la vez estaba sucediendo con aquel naranjo prodigioso.

Así que fue a hablar con su hija. Y ésta le dijo:

—Sí, padre. Mi infame madrastra mató y se comió a mi hermano aquel día en que dijo que se había perdido en el bosque. Yo enterré sus huesos y sus restos en el huerto, donde ahora está el naranjo, llorando de pena y sin poder hacer nada por él; por eso mi madrastra le tiene tanto odio al árbol y por eso lo corta.

El padre, furioso por la desgraciada muerte de su pobre hijo, juró castigar a la horrible mujer. Un día la llevó al monte, la mató, la despedazó y la enterró. En el lugar donde la enterró nacieron al poco tiempo unas zarzas tan espesas y con unas espinas tan punzantes que lo mismo los hombres que las bestias daban un rodeo y se alejaban de ellas. Incluso las fieras del monte huían y aullaban, como si fueran a quedar presas en ellas, tal era el miedo que a todos infundía el horrible recuerdo de la hornera malvada.

69. EL HEREDERO DE LA CORONA

Había una vez un rey y una reina recién casados que tuvieron un hijo. Al mes de nacer se disponían a celebrar el bautizo del niño cuando apareció un hada y le dijo al rey:

–Majestad, este niño tendrá desde ahora tal apego al poder que no podrá vivir en paz hasta que le entreguéis vuestra corona.

Al rey no le hicieron ninguna gracia las palabras del hada. Un día en que salió a cazar, llevó al niño consigo y se fue tan lejos como le permitió su caballo. Entonces dejó a su hijo en un barranco profundo y cubierto de un espeso matorral con la intención de que se muriese de hambre si no le devoraban antes las fieras. Porque el rey prefería la muerte del niño a ser destronado por éste.

Pero sucedió que tres hadas recogieron al niño y allí mismo llamaron a una loba que le dio de mamar. El niño creció y cuando alcanzó la edad de diecisiete años, las hadas le dijeron:

–Ve al camino que te decimos; espera a que pase tu padre y cuando le veas venir, le dices: «Os saludo, padre mío; yo soy el heredero de la corona».

Así lo hizo. Y el rey le respondió:

–Si es cierto que eres el heredero de la corona, tráeme un cuenco de leche de groviera.

Conque fue y les contó a las hadas lo que el rey le había pedido; y éstas le dijeron:

–Coge este caballo. Cabalgarás tres días hasta encontrar un castillo; no te detengas. Cabalga otros tres días y encontrarás otro castillo; tampoco te detengas en él. Cabalga otros tres días y llegarás a otro castillo; ése es el castillo donde está la groviera. Cuando oigas dar las horas, apresúrate a ordeñarla antes de que suene la última campanada y huye todo lo aprisa que puedas si no quieres quedarte dentro para siempre.

Así lo hizo. Cogió el caballo, cabalgó tres días y encontró el primer castillo. Cabalgó otros tres días y encontró el segundo castillo. Cabalgó los tres restantes y llegó al tercer castillo. Vio que la puerta estaba abierta y entró. Encontró a la groviera tumbada en mitad

del patio y durmiendo. En ese momento sonó la primera campanada de las doce y el joven sacó un cuenco que arrimó a la ubre de la groviera y empezó a ordeñarla. Era digna de verse la leche humeante que salía de aquellas ubres. A la décima campanada, saltó al caballo, se lanzó hacia la puerta y, oyendo la duodécima campanada, cruzó la puerta justo cuando se cerraba a sus espaldas.

Con esto, el hijo del rey fue a ver a las hadas, y éstas le dijeron:

–Vuelve al mismo camino y, cuando pase el rey, le dices: «Os saludo, padre mío; yo soy el heredero de la corona y aquí tienes la leche de groviera.

Así lo hizo. Pasó el rey y el joven le abordó y se lo dijo. Entonces el rey contestó:

–Si es cierto que eres el heredero de la corona, debes traerme además las tres naranjas de arencal.

El joven fue de nuevo a ver a las hadas y les contó lo que había ocurrido. Y las hadas le dijeron:

–Vuelve a coger el caballo. Cabalgarás tres días y encontrarás un jardín; no te detengas. Cabalgarás otros tres días y encontrarás otro jardín; tampoco te detengas. Cabalgarás otros tres días y encontrarás un tercer jardín; ahí es donde debes detenerte. En medio de ese jardín verás un naranjo cargado de naranjas de oro al que en la copa le nace un brote con tres naranjas. En cuanto empiecen a dar las doce, corres al árbol, coges el brote de las tres naranjas y escapas a la carrera antes de que suene la última campanada si no quieres que te atrapen.

Así lo hizo el joven. Cogió el caballo, caminó tres días y encontró un jardín. Caminó otros tres días y encontró un segundo jardín. Caminó otros tres días y, por fin, encontró el tercer jardín y allí se detuvo. El jardín tenía las puertas abiertas de par en par y no se veía otra cosa más que un arencal, pero en medio había un extraordinario y hermosísimo naranjo cargado de naranjas de oro y, en lo alto de la copa, nacía un brote con tres naranjas que eran dignas de verse.

Esperó, pues, a la primera campanada de las doce y se subió al naranjo, fue directo a lo alto de la copa por el brote de las tres naranjas, bajó rápidamente, saltó al caballo, enfiló las puertas justo cuando sonaba la última campanada y las cruzó como una exhalación mientras se cerraban a sus espaldas.

El hijo del rey fue a ver a las hadas y éstas le dijeron:

–Vuelve a aquel camino y, cuando pase tu padre, le dices: «Os saludo, padre mío; yo

soy el heredero de la corona. Así como te traje la leche de groviera aquí te traigo las naranjas de arenca». El joven salió al camino y se dirigió al rey como en la vez anterior.

–Así es, en verdad –concedió el rey–, pero no me has traído la más Bella Estrella del mundo.

Otra vez se volvió el hijo del rey a ver a las hadas y les contó lo que le ocurría ahora. Entonces dijeron las hadas:

–Esta vez no tienes más remedio que ir a buscar a la más Bella Estrella del mundo.

–Y ¿dónde está? –preguntó él.

–Ése es el problema, que nosotras no lo sabemos –contestaron ellas.

–¿Y qué hay que hacer para encontrarla? –volvió a decir él.

Las hadas cogieron un puñado de polvo, lo echaron al aire y vieron a dónde lo llevaba éste; luego le buscaron un magnífico caballo y le dijeron:

–En el caso de que necesites ayuda, dirás: «Por el destino que tengo encomendado, que suceda tal cosa»; y lo que necesites, lo tendrás.

Partió el hijo del rey por donde había señalado el viento, y al cabo de siete días encontró a un gigante.

–Buenos días –dijo el joven.

–Buenos días –respondió el gigante–. ¿Qué te trae por aquí?

–Busco la más Bella Estrella del mundo –contestó el joven–. ¿Podrías decirme dónde puedo encontrarla?

–Si me consigues lo que yo te pida, yo te lo diré –dijo el gigante.

–Dime qué es lo que quieres –dijo el joven.

–Quiero –dijo el gigante– siete arrobas de pan cocido, que tengo un hambre que me muero.

«¿Cómo podría yo conseguirlas?», pensaba el joven; y de pronto se acordó de lo que le habían indicado las hadas y dijo:

–Por el destino que tengo encomendado, que aparezcan aquí siete arrobas de pan cocido.

Y ¡en efecto!, aparecieron las siete arrobas de pan cocido y el gigante empezó a comer un pan tras otro y se los zampó todos sin dejar caer ni una migaja de la boca.

–Ah, qué gusto, qué bien me he quedado –dijo entonces el gigante–. Y ¿dices que quieres saber dónde está la más Bella Estrella del mundo? Pues bien, sigue en esta dirección y al cabo de siete días encontrarás a mi hermano; si le das lo que te pida, él te

ayudará. Y en el caso de necesitarme para algo, llámame y allí apareceré yo, dondequiera que estés.

El hijo del rey siguió su camino en la dirección que el gigante le señalara y al cabo de siete días encontró a otro gigante.

–Buenos días –dijo el joven.

–Buenos días –respondió el gigante–. ¿Qué te trae por aquí?

–Busco la más Bella Estrella del mundo –dijo el joven–, y te daría cualquier cosa con tal de que me dijeras por dónde se va a donde está ella.

–Pues dame siete arrobas de pan y siete quintales de tocino y sobrasada, que hace ya mucho que no lleno la panza como a mí me gusta.

El hijo del rey pronunció las palabras mágicas y todo lo que deseaba el gigante apareció ante él; y verlas y echarse sobre las viandas fue todo uno y no paró hasta que no quedó la más pequeña migaja de lo que había pedido. Y cuando se hubo saciado, contento como estaba, le dijo al joven:

–¿Dices que quieres encontrar la más Bella Estrella del mundo? Pues sigue por aquella dirección y al cabo de siete días encontrarás a un hermano mío; si le das lo que te pida, como me lo has dado a mí, te aseguro que ha de ayudarte. Y en cuanto a mí, si me necesitas, no tienes más que llamarme y acudiré a verte, dondequiera que estés.

Total, que el hijo del rey siguió su camino y al cabo de siete días volvió a encontrar a otro gigante.

–Buenos días –le dijo el joven.

–Buenos días –contestó el gigante–. ¿Se puede saber qué es lo que te trae por aquí?

–Vengo buscando la más Bella Estrella del mundo –dijo el joven–. ¿Puede usted decirme dónde se encuentra?

–Yo te lo diría encantado si me dieras lo que yo deseo.

–Muy bien –dijo el joven–, ¿qué es lo que quieres?

–Quiero –dijo el gigante– doce carretadas de pan, doce sacos de sobrasadas y butifarras y doce cubas de vino, porque hace tanto tiempo que no he podido llenar la tripa que estoy que rabio de hambre.

–Sea –dijo el joven. Y, como las otras dos veces anteriores, pronunció las palabras mágicas, puso ante el gigante las viandas y esperó a que se saciase como sus hermanos.

–Ah, gracias, muchas gracias, buen muchacho –dijo el gigante cuando hubo terminado con todo–. Hacía mucho tiempo que no comía y bebía tan bien. Y ¿dices que buscas la

más Bella Estrella del mundo? Muy bien. Pues sigue por esa dirección y al cabo de siete días verás una montaña muy escarpada y arriba del todo un castillo grandioso. Sube hasta él y allí encontrarás a la más Bella Estrella del mundo, una jovencita de diecisiete años que es como un sol, una robacorazones, la cosa más hermosa que nadie haya visto jamás. Su padre la guarda tan celosamente que, para verla, exige cosas imposibles. Ojalá tengas suerte y puedas hacerla tuya. Y, si me necesitases, no tienes más que llamarme y yo acudiré a dondequiera que estés.

El hijo del rey siguió camino en la dirección que le indicara el gigante y, cuando llegó a la cumbre de la montaña escarpada, pidió hablar con el señor del castillo y le dijo que venía en busca de su hija. El señor le contestó que antes debería superar tres pruebas, y el hijo del rey estuvo de acuerdo.

–Pues bien –dijo el señor–, la primera prueba consiste en que esta noche serás encerrado en una habitación con siete arrobas de pan y antes del amanecer tienes que haberlo comido todo.

–Pues vamos a ello –dijo el joven.

Conque le encerraron en la habitación con las siete arrobas de pan; a las doce de la noche, cuando todo el mundo dormía, exclamó:

–Oh gigante que encontré el séptimo día de viaje, tú me prometiste que, siempre que te necesitara y te llamase, vendrías a donde yo estuviese; ven aquí a ver si te quitas el hambre con estos alimentos que tengo conmigo.

Apenas había acabado de decirlo cuando ¡zas! se presentó el gigante, echó un vistazo a lo que había en la habitación y dijo:

–No habrá que hacer mucho esfuerzo para comerse todo esto, porque esto es justamente lo que yo necesito cada día para comer.

Así que se puso a comer y se lo comió todo, pero cuando terminó ya no podía más.

–Basta ya, que estoy lleno –dijo al joven–. ¿Quieres alguna otra cosa de mí?

–No –contestó el joven–, ya puedes marcharte. Me has hecho un gran favor que no olvidaré. Vete y que Dios te guarde de todo peligro.

–Así sea –dijo el gigante, y desapareció.

La sorpresa del señor fue grande cuando a la mañana siguiente abrieron la puerta de la habitación y encontraron al hijo del rey tranquilamente sentado en una esquina; y no quedaba ni rastro de la comida con la que le habían encerrado.

–¿Cuál será la segunda prueba? –preguntó el hijo del rey.

–Esta misma tarde te lo diré –contestó el señor. Y estuvo todo el día pensando cuál sería la segunda prueba. Por la tarde le llamó y le mostró otra habitación con siete arrobas de pan y siete quintales de tocino y sobrasada y le dijo que tenía hasta el amanecer para dar buena cuenta de todo ello.

El hijo del rey estuvo de acuerdo y le encerraron en la habitación.

Entonces el hijo del rey exclamó:

–Oh gigante que encontré el décimo cuarto día de viaje, tú me prometiste que, siempre que te necesitara y te llamase, vendrías a donde yo estuviese; ven aquí a ver si te quitas el hambre con estos alimentos que tengo conmigo.

Y apenas había acabado de decir esto cuando ¡zas! apareció el gigante, echó un vistazo a toda la comida que había en la habitación y dijo:

–No habrá que hacer mucho esfuerzo para comerse todo esto, porque esto es justamente lo que yo necesito cada día para comer.

Y empezó a comer y a comer hasta que ya no pudo más, pero se lo terminó todo. Y, con la tripa llena hasta reventar, le dijo al joven hijo del rey:

–Se acabó, que ya estoy lleno. ¿Quieres alguna otra cosa de mí?

–No –contestó el hijo del rey–, ya puedes marcharte. Me has hecho un enorme favor que no olvidaré. Vete y que Dios te guarde de todo peligro.

–Así sea –dijo el gigante, y desapareció.

A la mañana siguiente, cuando abrieron la puerta de la habitación, el señor no daba crédito a sus ojos.

–¿Qué? –dijo el hijo del rey–. ¿He pasado la segunda prueba?

–Sí, la has pasado –dijo el señor, que estaba todo mustio y pálido y pensaba: «Estoy perdido. Lo mismo que ha pasado estas dos pruebas, pasará la tercera y entonces no tendré más remedio que enseñarle a mi hija. Y, en cuanto se vean, se enamorarán sin remedio y él la llevará consigo y ¡adiós, hija mía! Y yo me tiraré de la torre más alta del castillo si pierdo a mi hija».

–¿Cuál será la tercera prueba? –preguntó entonces el hijo del rey.

–Esta tarde te lo diré –contestó el señor. Y a la tarde le mandó llamar y le dijo–: La última prueba es ésta: te encerraremos en una habitación con doce carretadas de pan, doce sacos de sobrasadas y butifarras y doce cubas de vino. Si al amanecer no te lo has terminado todo, te tiraré de la torre más alta del castillo.

–Pues adelante con los faroles –dijo el joven.

Y a la medianoche en punto, cuando todos dormían, exclamó:

–Oh gigante que encontré el vigésimo primer día de viaje, tú me prometiste que, siempre que te necesitara y te llamase, vendrías a donde yo estuviese; ven aquí a ver si te quitas el hambre con estos alimentos que tengo conmigo.

Y, como en las veces anteriores, apareció el gigante y se lo comió todo hasta quedar exhausto. Luego le preguntó si deseaba algo más y el joven le contestó:

–No, ya puedes marcharte. Me has hecho un gran favor que nunca olvidaré. Vete y que Dios te guarde de todo peligro.

–Así sea –dijo el gigante, y desapareció.

A la mañana siguiente, cuando abrieron la puerta de la habitación, el señor estuvo a punto de desmayarse de la impresión al ver que, de toda aquella inmensa cantidad de comida que dejaron la tarde anterior junto al joven, no quedaba nada. Y el señor empezó a gemir y a darse de golpes contra las paredes jurando y bramando y rasgándose las vestiduras y arrancándose los cabellos a mechones, hasta que el hijo del rey dijo:

–Señor, un trato es un trato. Yo he salido con bien de las tres pruebas y, por lo tanto, ahora os toca a vos mostrarme a vuestra hija.

No hubo remedio y la tuvo que mostrar. Y como el señor muy bien se temía, apenas se vieron los dos jóvenes se enamoraron perdidamente el uno del otro, y el hijo del rey tomó en brazos a la más Bella Estrella del mundo, la subió a las ancas de su caballo y, montando él delante, emprendieron camino de vuelta hacia el lugar donde se encontraban las tres hadas.

Cuando llegaron allí, las hadas le dijeron:

–Ve al palacio del rey y dile: «Os saludo, padre mío; yo soy el heredero de la corona. Así como te traje la leche de groviera y las tres naranjas de arenal, aquí vengo con la más Bella Estrella del mundo».

El rey, al ver a aquella muchacha tan bella, se quedó sin habla un buen rato, hasta que al fin, repuesto de la conmoción que la hermosura de la muchacha le causara, dijo a su hijo:

–Hijo mío, aquí te entrego mi corona, que bien te la has ganado, pues me doy cuenta de que yo no podría competir contigo.

Y, levantándose de su trono, puso la corona en la cabeza de su hijo y aquel mismo día se casaron el hijo del rey y la más Bella Estrella del mundo.

70. LA SANGRE MÁS PURA

Antiguamente, antes de que las hierbas, los pájaros, los animales y las alimañas olvidaran su lenguaje, vivía un rey magnánimo y lleno de cualidades: era hombre sincero, bondadoso y amante de sus súbditos, a los que consideraba poco menos que como hijos suyos. Este rey tenía un hijo que era todo lo contrario de él: haragán, presumido y de corazón duro. Ambos parecían el anverso y el reverso de una misma moneda. El rey, como hemos dicho, amaba a sus súbditos; pues bien, el hijo los despreciaba como seres inferiores. Como no resulta difícil de imaginar, los súbditos tenían un gran aprecio por el padre y ninguno por el hijo.

De todos modos, el padre amaba a su hijo, aun a sabiendas de cómo era, y como le amaba, andaba día y noche discurriendo cuál sería la manera de cambiarle el corazón y volverlo bueno. No lejos del palacio vivía una anciana en su modesta choza sin otra compañía que la de unos pocos gatos viejos. Mucha gente tenía a esta mujer por bruja.

Un día el rey salió a cazar, como tenía por costumbre, y de vuelta de la caza mandó por delante a sus criados con todo lo que ese día había obtenido: liebres, sordas y ciervos, y él, retrasándose deliberadamente, fue a buscar a la que decían bruja.

Llegó a su choza, le dio las buenas tardes y se sentó con ella junto al fuego. Entonces el rey expuso su aflicción a la vieja: que la maldad de su hijo le tenía muy preocupado y que por eso venía a verla, por ver si le encontraba un remedio que convirtiera al príncipe en una buena persona.

La anciana, después de acariciar el lomo de sus gatos viejos, le dijo al rey:

—Si queréis sanar a vuestro hijo del mal de su corazón, ponedle su propia sangre ante los ojos. Si llega a conocerla, oh rey, seréis muy desgraciado, pero, si no la conoce, vuestro hijo se curará y vos quedaréis consolado por todo lo que habéis sufrido. Esto es todo cuanto puedo deciros.

Satisfecho, el rey quiso pagarle su servicio, pero la anciana no aceptó nada y el rey se

fue.

Pero, cuando llegó al palacio y empezó a pensar en lo que la vieja le había dicho, no encontraba manera de solucionar el asunto. Y tantas y tantas vueltas le daba que acabó por no comer, no dormir y no gobernar. Pues se preguntaba: «¿Cómo pondré yo a mi hijo su sangre ante sus ojos? Por más que ame a mis súbditos, más amo a mi hijo. ¿Derramaría yo la sangre de mi hijo por hacer más felices a mis súbditos? No, de ninguna manera». Y tornaba a dar vueltas y más vueltas sin encontrar una solución.

Un día su hijo se presentó ante él y le dijo:

–Padre, sé que debería avergonzarme al deciros lo que os voy a decir, pero habéis de saber que hace ya tiempo que me he casado en secreto con una mujer y tengo un hijo de ella.

–¿Cómo es eso? –preguntó anonadado el rey.

–Pues que tenéis un nieto porque mi matrimonio, aunque secreto, es legítimo. Y si vos, que me reconocéis a mí como vuestro hijo, reconocéis a mi mujer como nuera y a mi hijo como nieto, mañana mismo venimos a vivir al palacio.

Y dijo el rey:

–Si se tratara de otra clase de madre o hijo, ahora mismo os daba mi bendición. Pero como esa mujer y ese niño pueden, en el futuro, ser reina y rey, debo pensarlo. Mañana te contestaré.

Esa misma noche, el rey llamó a los sabios y a sus consejeros y les anunció:

–Antes del amanecer habréis de tener respuesta para estas dos preguntas que os hago. La primera es: ¿cómo puedo yo poner a mi hijo su sangre delante de sus ojos sin detrimento de mi honor, puesto que yo no puedo derramarla? Y la segunda es: ¿cómo puedo yo mostrar a mi amado pueblo a una mujer y a un niño que ni siquiera conozco y anunciarles que son la esposa y el hijo de mi hijo?

Los sabios y consejeros se retiraron a deliberar y, antes de que amaneciese, se presentaron de nuevo ante el rey, y uno de ellos le dijo, en nombre de todos:

–Majestad, si queréis poner la sangre de vuestro hijo delante de sus ojos sin detrimento de vuestro honor, recibid primero por nuera a la esposa de vuestro hijo y por nieto al hijo de ambos; después tomad en vuestras manos al nieto y ponedlo delante de vuestro hijo; de esta manera habréis puesto su sangre ante sus ojos sin traicionar vuestro honor.

El rey quedó satisfecho con la respuesta y, tras darles las gracias, llamó en privado a

su gabinete al sabio que había hablado en nombre de todos y le dijo:

–Ya que con una sola respuesta habéis resuelto con habilidad mis dos problemas, decidme ahora cómo podré volver bueno el corazón de mi hijo, que es la otra cosa que me causa dolor.

Y el sabio le contestó:

–Majestad, yo estaré aquí cuando traigan a ese niño y ya resolveremos lo que haya que hacer.

El sabio abandonó el palacio del rey y durante los días siguientes anduvo buscando y mirando de casa en casa por todo el reino. Y el día previsto, se presentó ante el rey llevando un niño oculto bajo su capa. Pusieron a los dos en una cuna vestidos de igual modo, el nieto del rey y el traído por el sabio. Y, hecho esto, llamaron al hijo del rey; cuando éste llegó a la cuna, no sabía cuál era el suyo. Y, viéndole sumido en tan grande duda, le dijo el rey:

–¿No sueles decir tú que nosotros no somos como los demás y que nuestros súbditos son inferiores? Pues dinos cuál de esos dos niños es de sangre real.

Y si el rey mismo no le hubiera dicho cuál de los dos era, su orgulloso hijo no lo hubiera acertado. Y de resultas de esto cayó enfermo y llamaron a un médico para que le atendiese. Éste dijo que no había más remedio que sangrarle y, en efecto, sacó sangre de sus venas.

Entonces el rey hizo que extrajeran sangre también a uno de sus criados y que las dos sangres fueran puestas, una al lado de la otra, en dos vasitos iguales. Y luego dijo al médico:

–Dinos, maestro, cuál de estas dos es la sangre más pura.

El médico, después de haber analizado bien una y otra, dijo, señalando la sangre del criado:

–Ésta es la mejor y más pura.

Y el hijo, aquel que tuvo ante sus ojos a su hijo, sangre de su sangre y no lo conoció, al oír esto escarmentó del todo y dicen que sanó, se volvió un buen príncipe y acabó siendo querido por sus súbditos, aunque nunca le quisieron tanto como a su padre.

71. UNA APUESTA CON EL DIABLO

Se dice que, hace ya muchos años, andaban juntos el Diablo y san Crispín. El Diablo se dedicaba a tentarle y san Crispín se escapaba siempre de las trampucias que el otro le hacía para quedarse con su alma. Y como no había manera de pillar a san Crispín, el Diablo estaba que echaba chispas.

Hubo una vez en que a san Crispín le dio por convertirse en labrador: arrendó un campo, lo aró, lo cultivó y, en general, se ocupó de él con tanta dedicación y tal esmero que, al poco tiempo, daba gusto mirar ese campo.

El Diablo rondaba por cerca del campo todo envidioso, viendo cómo nacían y se esponjaban las coles y las habas y cómo sacaba patatas y nabos el santo. Cuanto más rondaba el campo, más rabioso se ponía. Hasta que, a fuerza de cavilar y gruñir, y gruñir y cavilar, se le ocurrió una idea que le hizo dar un salto de alegría.

«¡Ahora sí que te tengo!», dijo el Diablo para sus adentros.

Conque arrendó un campo cercano al del santo, se trajo una pareja de bueyes y se dedicó a arar y preparar la tierra, sudando la gota gorda, como si no tuviese nada más importante que hacer en el mundo. Y cuando terminó, se fue a ver a san Crispín.

«Vaya, vaya», se dijo el santo cuando le vio acercarse. «Seguro que éste viene con el anzuelo preparado.»

–Pues ya ve usted –dijo el Diablo–. ¡Yo también me he metido a labrador! Eso de trabajar es cosa buena para la salud y, si luego viene una buena cosecha, pues miel sobre hojuelas.

San Crispín contemporizaba:

–Cierto, a nadie viene mal una buena cosecha.

Y el Diablo continuó:

–Precisamente se me ha ocurrido a mí que, si usted fuera listo, a lo mejor además de su cosecha podría quedarse con la mía. Es una apuesta, ¿sabe usted? Yo sembraré una

simiente en mi campo, usted la verá crecer y, en cuanto acierte su nombre, toda la cosecha de mi campo irá a meterse en su hórreo. En cambio, si no acierta en tres veces, soy yo el que se queda con mi cosecha y la suya.

La verdad es que a san Crispín le pareció bien la proposición, porque si conseguía otra cosecha tendría más para repartir entre los necesitados; así que aceptó la apuesta. El Diablo, aunque lo disimulaba, estaba loco de contento por dentro y se decía: «Esta vez has caído en el garlito, Crispín».

El Diablo se fue a una población tan lejana que nadie más que él podía llegar y se trajo una simiente que plantó en su campo. Mientras tanto, san Crispín, con la intención de ganar la apuesta, se fue por los campos de sus vecinos y, cada vez que veía una planta que no conocía, preguntaba por ella.

–Y esta planta ¿cuál es? –decía.

Y le contestaban:

–Ésta es la zanahoria.

Luego iba a otro lado:

–Y ésta ¿cuál es?

–El nabo.

–¿Y ésta?

–La alubia.

Total, que para cuando empezó a nacer la simiente que plantara el Diablo, san Crispín sabía de plantas más que el rey Salomón. Así que se fue al campo del Diablo, una vez que la simiente estaba bien brotada, a ver qué planta era... y cuál no sería su asombro al ver que no conocía aquella planta. Llamó a amigos y vecinos y a gente de lugares cercanos y todos fueron a ver si conocían la planta, pero nadie la había visto nunca antes.

El Diablo, entre tanto, se hacía el enconradizo con el pobre san Crispín y le decía:

–¿Qué, cuándo vas a venir a decirme el nombre de la planta que tengo en mi campo?

Y san Crispín, nada, más preocupado y enfurruñado que nunca porque veía que se quedaba sin su cosecha. Hasta que una mañana en la que se disponía a darse por vencido, se le cruzó una idea por la cabeza, se le iluminaron los ojos, y dijo:

–¡Ésta es la mía!

Se fue hasta donde estaba el Diablo y le avisó:

–Ten cuidado con tu campo, que anoche estaba yo allí cavilando cuál podría ser la

planta y vi a una bestia muy extraña revolcándose en medio de todo.

El Diablo, que veía que san Crispín no daba con el nombre de la planta, estaba tan contento. Pero esa noche decidió ir a vigilar su campo, no fuera a ser que la bestia le echara a perder la cosecha y la apuesta.

En cuanto anocheció, san Crispín se metió en un cubo de miel y, a continuación, se echó encima un saco de plumas. De esta guisa, marchó al campo del Diablo. Tenía un aspecto horrible, mitad hombre, mitad pájaro. Llegó al campo, se agachó entre las matas y esperó a que llegara el Diablo. Cuando apareció el Diablo, salió de su escondite y empezó a correr, revolcarse, aletear y gruñir de tal manera que el Diablo apenas si se tenía en pie del susto, porque nunca imaginó que en el mundo hubiera monstruos así. Pero, armándose de valor, sacó fuerzas de flaqueza y gritó para espantar al monstruo:

–Fuera, monstruo, que me estás estropeando los zapallitos.

Y el monstruo, pesadamente, desapareció en la noche.

Y llegó el día en que el santo tenía que dar el nombre de la planta o perder su cosecha. El Diablo se puso su mejor traje, se arregló el bigote y la perilla, se echó un frasco de colonia encima y, todo peripuesto, se presentó en la choza de san Crispín.

–¿Sabe usted a lo que vengo? –dijo el Diablo.

–Sí, señor –contestó el santo.

–¿Y recuerda usted la apuesta?

–Sí, señor.

–Pues ya sabe –dijo el Diablo– que, si a la tercera vez no acierta usted lo que yo sembré en mi campo, toda su cosecha es mía; en cambio, si acierta usted, toda mi cosecha será suya. Así que, respóndame ahora: ¿qué es lo que sembré en mi campo?

–Berza.

–No, señor.

–Acelga.

–Tampoco.

El Diablo estaba que reventaba de alegría, porque ya sólo quedaba una respuesta.

–Por última vez, Crispín, ¿qué es lo que tengo en mi campo?

Y san Crispín, sonriendo, le contestó:

–Zapallitos, hombre, zapallitos.

Y el Diablo, que se había ido hasta la Argentina a buscar la simiente, soltó un bufido de rabia que se oyó en toda la comarca y salió más corrido que una liebre.

72. LOS CARBONEROS EN EL PALACIO

Érase una vez un matrimonio sin hijos que vivía duramente de hacer carbón. No pasaba un día sin que tuvieran alguna gresca, una vez por causa de uno, otra vez por causa del otro. Llegó a la aldea un cura que estuvo echando un sermón sobre Adán y Eva y, después de escucharlo, se le metió al hombre en la cabeza que una mujer, la primera, fue la causa de todas las desgracias del mundo. Y desde entonces, raro era el día en que el hombre no mencionaba el nombre de Eva en aquella casa.

–Si yo hubiera sido el Ángel Exterminador, la hubiera matado a ella y se acabó. ¡Mujer había de ser para cosa buena!

Las más de las veces no replicaba la mujer al carbonero. Pero, de vez en cuando, no dejaba de contestarle:

–Pues esa Eva también lo era tu madre, que te trajo al mundo. Si hubiera estado sola, a lo mejor no hubiera pecado, ¡pero ahí estaba el calzonazos de Adán! La una por curiosa y el otro por glotón, los dos se comieron la manzana con piel y todo.

Estando en uno de estos altercados, se les presentó un rey cazador junto a la carbonera. Al enterarse de los motivos de sus acaloradas disputas, les dijo:

–Venid, cuitados, a vivir a mi palacio.

Algo avergonzados por lo pobres que eran, pero también contentos, se fueron ambos en pos del rey. En cuanto entraron en el palacio, el rey mandó hacerles vestidos nuevos y puso a su disposición habitaciones y comedores; todo lo que les ofrecía les parecía un sueño. Con todo, el rey mandó que se guardasen cuidadosamente sus vestidos viejos y ahumados. Para su solaz, les hizo dueños de un espacio ancho y vistoso, lleno de árboles y frutales, dentro de uno de los inmensos jardines que correspondían al palacio.

Hablando de cómo estaban ahora, más de una vez le dijo el esposo a la esposa:

–¿Cuántas veces hemos regañado tú y yo por causa de Eva? Pues mira, gracias a mi insistencia tenemos lo que tenemos. Porque, si el rey no nos llega a encontrar regañando,

en estos momentos estaríamos yo soplando la pira de leña y tú con las alubias en el puchero.

El rey iba a visitarles de vez en cuando y, como es natural, cada vez encontraba a sus protegidos más contentos y regocijados con su suerte.

Un día, un criado del rey llamó a la puerta de su casa y les llevó una cajita de madera fina.

–El rey, mi señor, dice que tengáis en su nombre esta hermosa cajita, pero con la condición de que no la abráis nunca, pues, de lo contrario, perderéis la felicidad.

Después de dejar la cajita sobre la mesa del comedor, el criado se fue tras hacer tres inclinaciones de cabeza.

Lo primero que se le ocurrió a la esposa fue pensar: «¿Qué habrá dentro de la cajita?». Estuvo dando vueltas a su curiosidad y, cuando ya no pudo más y se lo comentó a su marido, éste le dijo:

–Ándate con cuidado, mujer, de tocar esa caja.

Al día siguiente, la cajita seguía sobre la mesa del comedor y no dejaban de mirarla. Y al otro día, la esposa se acercó a la caja y, cogiéndola entre sus manos, dijo:

–Pero ¿qué contendrá esta caja tan linda que nos ha mandado el rey?

–Déjala, mujer, y ten cuidado –contestó él.

Pero ella insistió:

–Anda, que la abriré solamente un poquito, sólo para que le entre un rayito de luz.

–Que no –dijo él.

–Nadie lo va a saber –protestó ella.

Pero al fin la dejaron sobre la mesa. A mediodía, después de almorzar opíparamente como tenían por costumbre desde que estaban en palacio, se fueron a pasear por el jardín, y la esposa no podía olvidar la caja y estuvo venga a hablar de ella al marido hasta que le convenció de que sólo levantarían la tapa lo justo para que entrase un rayito de luz. Uno levantaría la tapa y el otro miraría dentro, sólo un segundo.

–Anda, hombre, ábrela tú.

–Que no, mujer, que no puedo.

–Lo que pasa es que eres un pusilánime. Yo la abriré un poquito y tú mirarás.

En cuanto la mujer abrió la caja, salió de ella un diminuto ratoncillo rabilargo que saltó a la mesa, se escurrió por el suelo de la cocina y desapareció en unos matorrales que había junto a la puerta. Los dos esposos, apuradísimos, salieron en pos de él y ya no lo

encontraron. Entonces llegó el rey de puntillas, tosió ligeramente junto a ellos y, al verle, los dos quedaron pálidos y descoloridos del susto que les entró.

–¿Qué es lo que estáis haciendo con tanto afán? –preguntó el rey.

–Señor, como ya no somos carboneros y estamos desocupados –dijo la esposa–, nos entretenemos en lo que podemos.

Entonces entró el rey a la casa y fue directo a abrir la caja y el hombre, al verlo, dijo a la mujer en un susurro:

–Estamos perdidos.

El rey miró dentro de la caja y, volviéndose a ellos, les dijo:

–¿Cómo es que esta caja está vacía?

Ninguno de los dos sabía qué responderle.

–¿Dónde está el pequeño ratoncillo? –volvió a preguntar el rey.

–Señor –se atrevió a decir al fin el hombre–, no es mía la culpa. Mi esposa, curiosa de saber qué había en la caja...

–Eva, siempre Eva –le interrumpió el rey, dirigiéndose a ella.

Y luego, dirigiéndose a él:

–Y Adán, siempre Adán.

Sin más comentario, el rey abandonó la casa; al momento entró el criado que había traído la caja y dijo:

–El rey, mi señor, me ha dicho que os traiga vuestros viejos vestidos. Vestíos con ellos e id a vuestra casa por donde habéis venido.

Y los dos carboneros, vestidos con sus trajes viejos y ahumados, pasaron el resto de sus días, hasta morir, dando fuego a la pira de leña.

73. LOS SIETE REBECOS

Había una vez un rey que tenía siete hijos y su esposa estaba esperando el octavo. El rey tenía puestas todas sus esperanzas en que el octavo fuera una niña, y era tan grande el deseo de una niña que anunció que, si volvía a nacer un varón, los mataría a todos. Cuando la reina le oyó decir esto, quedó toda entristecida y no podía dormir de la preocupación. Tanto llegó a preocuparse que, al fin, decidió reunir a sus siete hijos varones y les dijo:

–Vuestro padre, queridos hijos, espera con tanta ilusión el nacimiento de una niña que ha prometido mataros a todos si no es niña quien nace. Entonces, esto es lo que vais a hacer: id a vivir a la montaña y no perdáis de vista la torre más alta del castillo. Cuando se produzca el alumbramiento, si es niña, haré ondear en lo alto del palo de la torre un gallardete blanco, y si nace un niño, amarraré al palo una espada de oro refulgente. Si veis la espada, no debéis regresar al palacio hasta que yo os lo diga.

Los siete hermanos se fueron a la montaña y, desde allí, cada día miraban la torre del castillo con ansiedad, pues deseaban volver cuanto antes a su casa.

Finalmente, la reina parió y tuvo una niña. En seguida, mandó llamar a una criada y le dijo que subiese a la torre, donde encontraría una espada y un gallardete; que izase el gallardete a lo más alto del palo para que ondeara de modo que pudiera ser visto fácilmente desde la montaña. Pero la sirvienta, cuando llegó a la torre, ya había olvidado el recado, y como le pareció más hermosa la espada, la ató al palo y se olvidó del asunto.

Cuando los hermanos vieron refulgir la espada, se horrorizaron pensando la suerte que les esperaba y decidieron alejarse de donde estaban. Así que atravesaron la montaña, llegaron a un bosque muy espeso y allí decidieron quedarse, viviendo de la caza y de los frutos que abundaban.

La reina, entre tanto, estaba cada vez más extrañada al ver que sus siete hijos no regresaban al castillo y, al cabo de un tiempo, empezó a sospechar que la criada no había

cumplido bien su encargo. Mandó a otra criada a la torre para que le dijera qué veía en el palo y la criada volvió diciendo que había una espada de oro amarrada al palo. La reina montó en cólera, mandó llamar a la primera criada, la azotó y la expulsó del castillo. Y la criada juró vengarse de su señora.

La princesa iba creciendo y el rey estaba tan contento que se fue olvidando poco a poco de sus siete hijos. Y llegó el día en que la niña se convirtió en una preciosa joven que era la admiración de todos. Como la reina había perdido a sus siete hijos, amaba tiernamente a su hija y estaba a todas horas con ella y siempre le contaba la historia de sus siete hermanos perdidos por la maldad de una criada. Tanto amor mostraba la reina por su hija que el rey empezó a sentir celos, creyendo que la prefería a él. Y un día, la reina le aconsejó a su hija que abandonase el castillo, no fuera a ser que el rey, en uno de sus ataques de celos, intentase dar muerte a la princesa.

Total, que la princesa se fue por el mundo y, anda que te andarás, acabó llegando a un espeso bosque que se encontraba al otro lado de la montaña. Se internó en él y pronto halló un claro en el que se levantaban siete casitas a cuyas puertas fue a tocar. Como nadie le contestara, decidió entrar, porque estaba muy cansada de tanto caminar y, para su sorpresa, halló en cada casita una mesa puesta con un cubierto, un panecillo, un vaso y, en el fuego, una olla que bullía. Como tenía hambre, probó un poco de cada olla, bebió un poco de cada vaso y picó de cada pan.

Después de esto, sintió sueño; y se disponía a acostarse en la cama de alguna de las casitas cuando sintió ruido de gente que se acercaba y corrió a esconderse. Desde su escondite vio llegar a siete buenos mozos cargados con el producto de su caza. Y aunque era muy poco lo que había comido de cada mesa, los siete mozos advirtieron en seguida que alguien había estado en sus casas y probado de su comida.

Al ver que los mozos se disponían a buscar al ladrón, la princesa salió de su escondite y les pidió perdón. Los siete mozos, admirados por su belleza, la perdonaron al instante, y entonces ella les contó que venía huyendo del castillo de su padre. Ellos, por su parte, le contaron que también habían tenido que huir del castillo de su padre porque éste había engendrado otro niño y había jurado matarles por eso. Y poco a poco, a medida que iban hablando, se dio cuenta la princesa de que ellos eran sus hermanos.

¡Había que ver la alegría que les entró a todos cuando se dieron cuenta! Luego siguieron hablando y llegaron a la conclusión de que era mejor no volver al castillo por

miedo al padre. Entonces decidieron que ella se ocuparía de adecentar las casas, preparar la comida y remendarles la ropa y ellos cazarían para comer.

Al cabo de mucho tiempo, en el que todos vivieron felices y contentos, apareció por allí la malvada criada, vestida de mendiga, para pedir limosna. La muchacha le dio de comer y siguió en sus quehaceres, pero la criada, una vez que hubo comido, entró en las casas, rompió todas las ollas que estaban al fuego y escapó de allí. La pobre princesa, cuando vio aquel desastre, se echó a llorar y no paró de llorar hasta que volvieron sus hermanos, que la consolaron y le dijeron que no volviera a dejar entrar a la mendiga en ninguna casa.

Al otro día volvió la mendiga y la princesa no la quería dejar pasar, pero tanto lloró y tanto le insistió en que desde el día anterior no había probado bocado y, en fin, tanta lástima le dio, que se compadeció de ella y le dio de comer otra vez. Y en cuanto la malvada criada hubo comido, volvió a romper las ollas y escapó de allí.

Conque otra vez la encontraron los hermanos llorando, otra vez le dijeron que no la dejase entrar, otra vez volvió al día siguiente la criada lamentándose, otra vez se compadeció la princesa y otra vez volvió a romper las ollas. Entonces los hermanos se pusieron tan furiosos que decidieron esconderse al día siguiente y esperar a que llegara para darle un buen escarmiento.

Y, en efecto, la malvada criada volvió al día siguiente, disfrazada de mendiga como siempre, y los siete hermanos se fueron por ella, pero entonces la criada, que era bruja, les echó un puñado de sal y al momento se convirtieron en rebecos. No hace falta decir la desesperación y el dolor que sintió su hermana al verlos convertidos en animales; pero, como no había remedio, se convirtió en pastora de sus hermanos y los trataba con todo cuidado y amor, como cuando eran hombres.

Volvió a pasar el tiempo y la princesa se hizo toda una mujer, e incluso vestida de pastora era tan hermosa que hubiera hechizado a los mismos ángeles. Y resultó que un día pasó por aquella parte del bosque un joven rey que estaba de viaje y tenía mucha sed. Al ver a aquella pastora, rubia como el sol y de rasgos tan delicados y bellos, se detuvo para pedirle agua. Y al hablar con ella, le parecieron tan dulces sus palabras y tan llenos de gracia sus gestos y ademanes que se enamoró y le pidió que se casara con él.

La princesa le rechazó, porque no quería dejar a sus hermanos. Pero, cuanto más le rechazaba ella, más se enamoraba él; e, intrigado, le preguntó por qué ella, una pastora, no quería un rey por marido.

Entonces la princesa le dijo que sólo era porque no podía dejar solos a sus siete rebecos, ya que hacía muchos años que se ocupaba de ellos, pero no le dijo que eran sus siete hermanos encantados. El rey le dijo entonces que, si ésa era la causa, bien podrían casarse pues los siete rebecos se irían con ellos al jardín de su palacio, donde vivirían mucho mejor que en el bosque y ella podría verlos cada día. Y consintió en casarse con el joven rey.

Las bodas se celebraron con gran pompa y a los nueve meses la princesa tuvo un hijo. Entonces el rey estaba fuera, pues había tenido que partir a una reunión con los reyes de otros reinos, pero, cuando se enteró, prometió volver en seguida a conocer a su hijo.

Pero sucedió que, mientras el rey estaba ausente, llegó al palacio la criada malvada. Y apenas se enteró de dónde estaban las habitaciones de la reina, subió a buscarla, la cogió a ella y a su hijo y los tiró a un pozo que había en el jardín. Después, se puso el camisón de la princesa y se metió en su cama para hacerse pasar por ella. Cuando volvió el rey, la encontró muy distinta y le preguntó qué le ocurría, y la malvada le dijo:

*–Es porque me estoy muriendo
y sólo me curaré
cuando el hígado de los rebecos
bien frito me esté comiendo.*

El rey se quedó perplejo y no entendía cómo, después de mostrar tanto afecto por los rebecos, ahora deseaba su muerte. Y el rey le preguntó también por su hijo, para saber si era niño o niña, pero sólo obtenía una respuesta:

*–Ahora me estoy muriendo
y sólo me curaré
cuando el hígado de los rebecos
bien frito me esté comiendo.*

El rey, exasperado y sin saber qué hacer, mandó llamar al carnicero y le encargó que matase a los siete rebecos, les quitase los hígados y los preparase bien fritos.

El carnicero y sus ayudantes buscaron a los rebecos y no los encontraron por ninguna parte hasta que, en una de éstas, los vieron a los siete reunidos en torno al brocal del

pozo del jardín. Y al acercarse, oyeron la voz de la princesa pidiendo auxilio, pues se le había enganchado la ropa en unos hierros de la pared del pozo y no había caído al fondo.

Corriendo, fueron a llamar al rey para que viese lo que sucedía. El rey llegó al pozo, se asomó al brocal y vio a su esposa colgando de los hierros. La mandó sacar y ella le contó todo lo que había sucedido. De inmediato el rey mandó al carnicero y a sus ayudantes que prendieran a la malvada criada y la desollaran. Y nada más soltar la primera gota de sangre, los siete rebecos se convirtieron en siete guapos jóvenes. La princesa, entonces, le dijo al rey que ella no era pastora, sino princesa, y que éstos eran sus hermanos; y le contó toda su historia.

Total, que para celebrar el bautizo del hijo del rey dieron una gran fiesta a la que acudieron todos los reyes de los reinos vecinos, entre ellos los padres de la princesa y de sus siete hermanos. Y cuando estaban todos reunidos, la princesa volvió a contar su historia y sus padres, allí presentes, la escucharon admirados y todos se reconocieron con gran alegría y felicidad.

74. EL HIJO PERDIDO

Una vez, la mujer de un viejo gnomo estaba buscando fresas en el bosque. Llevaba a su hijo cargado a sus espaldas y bien sujeto en una especie de mochila. Las fresas las iba poniendo en un cestillo y, en una de éstas, vio venir a un campesino a caballo, con la esposa montada tras él y el niño en brazos. La mujer del gnomo se escondió prudentemente detrás de unos helechos mientras se decía: «Ya me gustaría saber si un hijo de hombre puede ser tan guapo como el mío». Así que, cuando se acercaron a donde estaba ella, alargó el cuello para ver al niño, pero el caballo, que vio antes la horrible cabeza de gnomesa, se espantó y echó a correr. Y entre la carrera y el susto, el niño se le escurrió de los brazos a la madre y se fue al suelo.

La gnomesa estaba fastidiada por no haber podido ver al niño cuando, de pronto, se dio cuenta de que el niño estaba allí, en el suelo, delante de ella. Y sin darse tiempo a pensarlo, sacó a su hijo de la mochila, lo dejó en el suelo, cogió al niño y se lo llevó con ella.

Mientras tanto, el campesino había conseguido dominar a su caballo y volvía grupas en busca del niño. Llegados al sitio donde lo habían perdido, buscaron y buscaron hasta que la mujer del campesino dijo:

–¡Aquí está el niño!

El campesino llegó junto a ella todo contento, pero cuando vio lo que era el niño, se llevó las manos a la cabeza.

–¡No puede ser! –decía–. ¡Mi hijo no tenía dientes como ganchos, ni el pelo como cerdas de jabalí, ni garras en el dedo meñique!

Y lo volvió a mirar, desesperado, y dijo:

–¡Es un gnomito! ¡No es nuestro hijo!

La mujer, al oír esto, se sintió desfallecer. Siguieron buscando a su hijo, pero no lo encontraron por parte alguna. Por fin, desalentados, decidieron volver a su casa.

–¿Qué vamos a hacer con el gnomito? –preguntó la mujer.

–Dejarlo ahí –contestó el hombre.

–No puede ser –dijo ella–. Es una criatura indefensa y se la comerán las alimañas.

Total, que se lo llevaron a casa con ellos. Pero esa misma noche la mujer vio a su marido con un garrote en la mano, le siguió y comprendió que iba a matar al gnomito. Y ya el marido se disponía a darle el primer golpe cuando ella se le echó encima para detenerlo.

–¡No, no, no le des golpes, que es una crueldad! –suplicó.

Y así lo salvó. Y la mujer cogía ratones para alimentar al gnomo, lo que ponía aún más furioso al marido. Así pasaron unos años y un día dijo el marido:

–Hoy es la feria de la aldea. ¿Quieres que vayamos?

La mujer se puso muy contenta y dijo que sí.

–Pues anda, prepárate.

La mujer fue y se vistió de gala, porque hacía mucho tiempo que deseaba una ocasión como ésa para lucir su mejor vestido. Y estaba tan entretenida que no se dio cuenta de que había olvidado al gnomito. Y pensó: «¿Y si mi marido me lo quita en mi ausencia?».

Conque entró en casa, cogió al gnomito y lo llevó con ella.

El marido, al verla, le preguntó fastidiado:

–¿No podrías dejarlo en casa?

A lo que respondió ella:

–No, no me atrevo a dejarlo solo.

Bueno, pues se fueron monte adelante, que era un camino bastante penoso de cuevas y descensos empinados. Y como era dificultoso, el marido se ofreció a llevar al gnomito.

–Ten cuidado –le dijo ella.

Pero en seguida el marido tropezó varias veces y, la última, dejó caer al gnomito. La mujer, que andaba muy atenta y preocupada, alcanzó a cogerle justo por los pliegues del vestido cuando ya se despeñaba. Y le dijo el marido, encolerizado:

–No fuiste tan lista el día en que dejaste caer a nuestro hijo del caballo.

Pasaron unos años más. Una noche de verano, empezó a arder la casa. El campesino pensó que ésta sí que era una buena ocasión para deshacerse del gnomito. Y estaba pensando esto cuando vio salir a su mujer de la casa arrastrando al gnomo de la mano. Eso puso fuera de sí al campesino que, con las mismas, agarró al gnomo y lo echó al fuego. La campesina, aterrada, miró a su marido y luego se precipitó de nuevo en la casa

incendiada. Al cabo de unos momentos, salió de ella otra vez con el pequeño gnomo en brazos.

Al día siguiente, el marido le dijo a la mujer:

–Ya no aguanto esta vida. Me marcho para siempre.

El marido se echó a andar y llegó al bosque. Cuando llevaba un buen rato caminando, vio a un muchachillo que salía a su encuentro. Era alto y delgado como él y rubio como su esposa.

–¡Ay! –dijo en voz alta–. Así sería mi hijo si no lo hubiese perdido.

Y cuando el muchacho llegó hasta él le dijo:

–Buenos días, buen mozo. ¿A dónde te diriges?

–Buenos días –respondió el muchacho–. Si supiera quién soy, sabría hacia dónde voy.

Y dijo el campesino, sorprendido:

–Lo cierto es que hablas como lo hacen los de mi familia. Si a mi hijo no lo tuvieran los gnomos, te hubiera tomado por él.

–Pues entonces, padre, yo soy su hijo.

Y allí se abrazaron los dos, emocionados. Y dijo el muchacho:

–Ahora sí que sé dónde voy. Voy a ver a mi madre.

Y le dijo el padre:

–No vayas, hijo, que tu madre no tiene corazón.

El campesino estaba tan contento que cogió a su hijo y lo cargó sobre sus hombros. Y así anduvieron un buen trecho. Y le dijo el hijo:

–Gracias, padre, porque me llevas con más cuidado que cuando llevabas un día por el monte al pequeño gnomo.

El padre, sobresaltado, preguntó:

–¿Qué quieres decir?

–¿No se acuerda usted de aquella vez? –dijo el muchachillo–. La madre del gnomo caminaba al otro lado del precipicio conmigo en brazos y, cada vez que usted tropezaba, ella hacía lo mismo conmigo. Si mi madre no llega a agarrar al gnomito, ella estaba dispuesta a tirarme.

El padre se quedó pensativo. Al cabo del rato, notando que pesaba, le dijo:

–¿Qué llevas ahí en los bolsillos?

–Un regalo de la gnomesa para mi madre –dijo el chaval.

–¿Y cómo vivías allí?

–Pues nada, mientras mi madre era buena con el gnomito, ellos eran buenos conmigo.

–¿Y te daban bien de comer? –siguió preguntando el padre.

–Siempre que mi madre daba ratones al pequeño, a mí me daban pan blanco, carne y queso.

Y en esto dijo el padre:

–¡Si parece que hueles a humo!

–Claro –respondió el niño–. Eso fue de la noche pasada, cuando usted tiró al pequeño al fuego y ellos hicieron lo mismo conmigo. ¡Si mi madre no llega a entrar otra vez por el gnomito...!

El padre estaba cada vez más pensativo y una congoja empezaba a oprimirle el corazón. Y preguntó de nuevo:

–¿Y cómo es que te han dejado marchar?

–Es que cuando mi madre sacrificó lo que era más querido en su vida, que es usted, y le dejó irse de casa para salvar al pequeño, los gnomos perdieron el poder que tenían sobre mí. Entonces me dejaron ir y se fueron a recoger a su pequeño y ya lo han de haber encontrado.

En esto habían llegado frente a la casa, que ya la estaba arreglando la campesina con ayuda de los vecinos. Y el padre vino con el hijo hasta donde estaba la madre.

–¡Toma, mujer, aquí tienes a nuestro hijo, que eres tú sola quien lo ha salvado! –dijo con los ojos llenos de lágrimas el campesino.

La madre abrazó a su hijo querido y, cuando entraron en casa, el hijo vació sus bolsillos en la falda de su madre y la falda quedó llena de brillantes y perlas y piedras preciosas, que eran el regalo de la gnomesa a su madre por haberse sacrificado por el pequeño gnomo.

Y colorín colorero, aquí se acaba este cuento.

75. LA SELVA ENCANTADA

Érase una vez un matrimonio muy feliz y bien avenido; tenían, además, honra, salud y fortuna; y por si esto fuera poco, tenían una hija tan hermosa que todos se quedaban hechizados al mirarla y decían:

–Oh, Dios mío, qué muchacha más linda.

Quien más la miraba de entre todos era un guapo mozo, que desde que la vio quedó prendado de ella. Ella, claro, en seguida lo advirtió; y como era buen mozo, la muchacha le fue tomando afecto.

El mozo era de familia pobre y, cuando los padres de la muchacha se enteraron de sus amores, tuvieron un gran disgusto. Por eso, cuando el mozo se presentó humildemente en su casa a pedirla en matrimonio, los padres le dijeron:

–¡Ah, no, de ninguna manera consentiremos que nuestra hija se case con un pobre como tú!

Y al ver que su hija se ponía triste, dijeron:

–¡Antes que te cases con él, permita Dios que te lleven a lo más hondo de la selva más profunda!

¿Qué pasó? ¿Qué no pasó? Nadie se lo explicaba, pero al día siguiente se halló la cama de la muchacha intacta y ésta había desaparecido. Y por mucho que sus padres la buscaron, por mucho que lloraron de arrepentimiento, la muchacha no apareció más y los padres se quedaron destrozados porque ahora su honra, su salud y su fortuna ya no les servían para nada ni les aliviaban la pena de su corazón.

Entonces se presentó el mozo ante ellos y les dijo:

–Como yo la amo, yo la buscaré hasta el último aliento de mi vida.

Viendo su ánimo, le entregaron un caballo, una espada y una bolsa y le prometieron que, si daba con ella y la traía de vuelta, consentirían en el matrimonio.

El mozo aceptó tan contento y salió camino de la selva más profunda. Cuando dio con

ella, descubrió que se extendía interminablemente. En el fondo de esta selva se levantaba un palacio, pero eran tan intrincados los senderos que llevaban a él y tan grandes los peligros que lo rodeaban que nadie había llegado nunca a sus puertas.

Pero el amor puede más que la cordura y el mozo, sin pensárselo dos veces, se adentró temerariamente en la selva. Y al rato de vagar por ella, dio con un claro en el que había un ermitaño y al ermitaño le acompañaba un león como si fuera un perrillo cariñoso. El ermitaño se acercó al muchacho, que ya había echado mano a su espada y le dijo:

–No temas, que te estaba esperando.

Le dio de cenar y le invitó a dormir esa noche en la ermita. Como el mozo aceptara, el ermitaño le dijo:

–Ya sé a lo que vienes y, como tu causa es buena, yo te ayudaré. Mañana caminarás en esa dirección y, cuando esté por caer el sol, encontrarás a otro ermitaño como yo; has de hacer lo que él te diga, pues yo te prometo que te ayudará.

A la mañana siguiente el mozo se dispuso a partir y el ermitaño le dio su bendición y le dijo al león:

–¡Ve con él y defiéndele!

Llevaban todo el día caminando y, al caer la tarde, vio en otro claro otra ermita y a un ermitaño a la puerta; el ermitaño se adelantó a recibirlos y el mozo vio que le seguía un tigre como si fuera un perrillo cariñoso. Y dijo el ermitaño:

–No temas, que ya te esperaba.

Cenaron y, antes de irse a dormir, le dijo el ermitaño:

–Ya sé a lo que vienes y, como tu causa es buena, yo te ayudaré. Mañana caminarás en esa dirección y, cuando caiga el sol, encontrarás a otro ermitaño como yo; has de hacer lo que él te diga, pues yo te prometo que también te ayudará.

A la mañana siguiente, al partir el mozo, le echó su bendición y le dijo al tigre:

–¡Ve con él y defiéndele!

Caminaron todo el día el mozo, el león y el tigre y, al caer el sol, llegaron a otro claro donde otro ermitaño los esperaba a la puerta de su ermita, y esta vez era un oso el que acompañaba al ermitaño. Y todo ocurrió como en las veces anteriores y, al despedirse, el ermitaño le dijo al oso:

–¡Ve con él y defiéndele!

Así que se fueron internando en la selva, que era cada vez más espesa, hasta que

llegaron a un río cuyo único vado estaba guardado por un gigante más alto que el árbol más alto y cuyos ojos echaban fuego. El mozo se adelantó y el gigante, echando mano de su maza, le dijo:

–¿Qué quieres aquí?

–Paso para mí.

–Pues no pasarás.

–Por mi amada que pasaré.

El gigante levantó la maza para aplastarle, pero el mozo y los animales, que eran más ágiles, pasaron a toda prisa entre sus piernas y el gigante, en su esfuerzo por golpearlos, se golpeó a sí mismo con tal fuerza entre las piernas que perdió el sentido, cayó al río y se ahogó.

Así que los cuatro siguieron adelante y en esto se encontraron con una vieja que estaba tejiendo a la puerta de una cabaña; apenas los vio llegar, le dijo al mozo:

–¿Qué quieres aquí?

–Paso para mí.

–Pues no pasarás.

–Por mi amada que pasaré.

Entonces la vieja dio un silbido horroroso, pues era una bruja, y salieron de la selva diez perros negros con los ojos inyectados en sangre y los pelos erizados; pero el león y el tigre los atacaron con fiereza y el oso agarró a la bruja en un abrazo mortal y allí quedaron la bruja y los perros salvajes tendidos sin vida.

Siguieron andando y la selva era ya tan cerrada que apenas podían dar un paso y apenas había luz. Y en esto se abrió un claro y se encontraron frente al palacio. Y el mozo vio que a uno de los balcones estaba asomada la muchacha que amaba, más hermosa que nunca.

Así que se fueron a la puerta y los guardianes les salieron al paso armados hasta los dientes.

–¿Qué quieres aquí?

–Paso para mí.

–Pues no pasarás.

–Por mi amada que pasaré.

Y se enzarzaron en una lucha mortal el mozo y los tres animales. Y llegaron hasta el patio, pero de todas partes acudían los guardianes. Entonces el mozo vio una escalera en

lo alto de la cual le esperaba la muchacha. Subió hasta allí y en el momento en que la alcanzó con la mano, cesó la algarabía, cesaron los clamores y los ruidos y desaparecieron los guardianes, los animales y el palacio. Y los dos enamorados se encontraron de repente en un campo tan hermoso y tranquilo que la fatiga los venció, y allí quedaron, dormidos y abrazados.

Y al despertar, se encontraron en casa de la muchacha rodeados por sus padres, sus amigos y los criados, todos llenos de alegría y asombro por aquel prodigio. Y los padres de la muchacha cumplieron su palabra y la dieron en matrimonio al valiente mozo.

76. EL MANTO DE ORO

He aquí que había un hombre que tenía un pájaro colorado, muy vistoso y que cantaba que daba gloria oírlo. Lo tenía metido en una jaula y la jaula estaba colgada en una habitación cuya puerta mantenía siempre cerrada bajo siete llaves, porque nadie en el mundo podía ver al pájaro. Ni siquiera su mujer o su hijo habían podido entrar en aquella habitación donde vivía el precioso pájaro que no podía ser visto. Y, claro, tanto la mujer como el hijo se morían de ganas de ver al pájaro.

Y he aquí que un día el hombre tuvo que ausentarse de su casa para hacer un trabajo que le iba a ocupar al menos un día entero. Entonces la mujer y el hijo, aprovechando la ocasión, registraron bien todos los bolsillos de su ropa hasta que dieron con las siete llaves que abrían la puerta de la habitación. Abrieron así los siete cerrojos y entraron a ver al pajarillo. Descolgaron la jaula y el muchacho, admirado de lo bonito que era, quiso tocarlo y, mientras le estaba haciendo mimos, el pájaro escapó.

Tiempo después, llegó su padre de vuelta y, en cuanto se dio cuenta de que el pájaro se había escapado, se desesperó de tal modo que echó esta maldición a su hijo:

–Que nunca tengas suerte ni felicidad hasta que encuentres el manto dorado.

Al día siguiente, el pobre muchacho, más muerto que vivo por la maldición que le había echado su padre, se fue por esos mundos de Dios a ver si podía encontrar el manto dorado. Antes de partir, su madre le dio un zurrón con tres tortas de maíz para que comiese durante el camino.

El primer día se comió la primera torta, y cuando se le hizo de noche trepó a un árbol para dormir seguro. El segundo día se comió la segunda torta y el tercero, la tercera. Total, que el cuarto día ya no tenía nada para comer y decidió buscar trabajo. En el camino, pasó por delante de una casa a cuya puerta estaba un hombrecillo sentado. El muchacho se acercó a él y le dijo que si le cogía como jornalero, y al hombrecillo le pareció bien.

–No te haré trabajar mucho –le dijo–, sólo tendrás que barrer y limpiar bien la casa. En la despensa encontrarás comida abundante, así que come lo que quieras, que es para ti. Tendrás toda la casa a tu disposición, con excepción de aquella puerta que hay al fondo del corredor y que no deberás abrir nunca por ningún motivo. Y, si la abres, ¡ay de ti!

Dicho lo cual, el hombrecillo se fue.

El muchacho se puso manos a la obra y barrió y limpió la casa a conciencia, comió luego a base de bien de lo que había en la despensa y, cuando se hartó, se fue a la cama a dormir tan ancho.

A la mañana siguiente se presentó el hombrecillo y le pareció de perlas el trabajo del muchacho, de modo que se fue tan contento.

Así estuvo viviendo el chico varias semanas hasta que ya no pudo resistir las ganas de abrir la puerta que estaba al fondo del corredor. Y haciendo caso omiso de la advertencia del hombrecillo, fue y la abrió.

Cuál no sería su sorpresa al ver que la puerta daba a un bellissimo jardín, tan grande que la vista se perdía en él, lleno de árboles y pájaros maravillosos. Allí en medio vio también una fuente donde estaban lavando tres muchachitas. Una parte de la colada ya la tenían tendida y pudo ver que, entre las diversas prendas, había un manto dorado. El muchacho, sin pensárselo dos veces, corrió hasta el manto y tiró de él. De inmediato, una de las tres muchachitas agarró el manto por el otro extremo, mientras las otras dos cogían la ropa lavada y la que faltaba por lavar y huían con todo.

Ni el muchacho ni la muchacha soltaban el manto, porque ninguno de los dos lo quería perder; hasta que por fin, él decidió hablarle y le dijo:

–Deja que me quede con el manto, porque estoy maldito por mi padre y no podré tener suerte ni felicidad hasta que encuentre el manto dorado. Y ahora que lo he encontrado no lo puedo dejar escapar.

–Si quieres que te dé el manto –dijo ella–, tendrás que casarte conmigo, porque mi vida depende de él.

No le pareció mal al mozo la propuesta, porque aquella muchacha era joven y guapa. Así que, sin pensarlo más, se casó con ella y ambos se fueron con el manto dorado a casa de él. El padre, que los vio venir, quedó muy satisfecho y descansado al ver que su hijo se libraba de la maldición. Pero hete aquí que aquél era un manto encantado y, fuera de aquel jardín, no podía ser visto por nadie ya que, de lo contrario, su dueña se

esfumaría. Así que, nada más llegar a la casa, lo escondieron bien escondido para que nadie lo pudiera ver.

Pero la madre del muchacho se moría de ganas de contemplar aquel manto que había traído la suerte y la felicidad a su hijo y no paró de remover y buscar hasta que dio con la caja donde lo tenían escondido. Y en el preciso momento en que la abrió y lo vio ¡zas! su nuera se esfumó.

El hijo la echó de menos, empezó a buscarla por todas partes y, al no hallar rastro de ella, se temió lo peor. Su madre, muy preocupada, no se atrevía a decirle nada; hasta que, al verle tan desesperado como estaba, le contó lo que había hecho. Y el hijo amaba tanto a su esposa que decidió salir al mundo a buscarla, costara lo que costase y le llevara el tiempo que le llevase.

Anda que te andarás, iba por todas partes preguntando a los que encontraba por el camino si habían visto a una muchacha que llevaba un manto dorado, pero nadie sabía darle razón porque nadie la había visto. Por fin, cuando ya llevaba tres años yendo de un lado a otro, un día que estaba muy cansado, pidió posada en una casa. En esa casa vivía un hombre que, en lugar de cabello y pelos, tenía el cuerpo cubierto de plumas, y le dijo que era el rey de los pájaros. El mozo le explicó lo que estaba buscando y el rey de los pájaros le dijo que él no sabía nada de lo que le contaba, pero que quizá alguno de sus hijos sabría darle razón. Tocó tres veces una siringa y, de inmediato, se presentaron todos los pájaros habidos y por haber, desde los más grandes hasta los más chicos, desde los más mansos hasta los más salvajes. Y cuando los hubo tenido reunidos a todos, les preguntó:

—¿Hay alguno entre vosotros que haya oído hablar de la dueña del manto dorado y sepa dónde se encuentra? El que lo sepa, que lo diga de inmediato.

Todos los pájaros se encogieron de hombros y dijeron que no habían oído nada al respecto, y se preguntaban entre sí cómo era posible que nadie supiese nada, hasta que, de pronto, el petirrojo alzó la voz y dijo:

—Es que aquí no están todos los pájaros, falta el reyezuelo, que vuela más alto y, quizá, lo que no hayamos visto nosotros lo haya visto él.

Cuando el rey de los pájaros vio que le faltaba el reyezuelo, montó en cólera y ordenó a los más veloces que le fueran a buscar. Al cabo del rato, volvieron con el pobre reyezuelo, que no había atendido a la llamada del rey porque le había entrado agua en las

orejas y se había quedado sordo. Y al enterarse de lo que quería saber el rey, dijo que él sí que sabía dónde estaba la dueña del manto dorado.

El rey le ordenó que se lo mostrara al muchacho que preguntaba por ella, pero, como el reyezuelo era muy pequeño y no podía cargar con el muchacho, le dijo a éste que le siguiera en la misma dirección en la que iría él y al cabo de siete días llegaría al castillo de un rey muy poderoso que era el padre de la muchacha del manto dorado.

El mozo agradeció al rey de los pájaros el gran favor que le había hecho y, sin más dilación, se puso en camino.

Al cabo de siete días de caminar por donde le iba señalando el reyezuelo, llegó al pie de un gran castillo y, ya desde fuera, pudo ver a su esposa, que estaba ante una ventana con un niño entre los brazos. Al fijarse en el niño, vio que se parecía a él y se llenó de alegría, pero no le duró mucho porque la muchacha le dijo en seguida que tuviera buen cuidado de que no le viera su padre, pues estaba tan enojado con el muchacho, por haberle arrebatado a su hija y haberse casado con ella sin su permiso, que había jurado beber su sangre si lo encontraba alguna vez.

Al oír esta amenaza que profiriera su suegro, el muchacho se quedó muy preocupado. Entonces ella le dijo que no se apurara, que ella se las arreglaría para conseguir el perdón de su padre. Y, a escondidas, le hizo entrar en el castillo y le metió en una de las habitaciones más apartadas para que nadie supiera que estaba allí.

Al día siguiente, la muchacha fue a buscar a su padre y le dijo que tenía muchas ganas de ver a su marido para enseñarle el hijo que no conocía. Cuando su padre lo oyó, se puso hecho una furia. Ella hizo todo lo posible por aplacarle, pero el padre dijo que él había jurado que bebería la sangre del muchacho y, como era palabra de rey, tenía que cumplirla y que, por mucho que disgustara a su hija, ya no podía desdecirse. Entonces ella le dijo que a lo mejor aquello se podía arreglar; que, si ella encontraba a su marido, le podría hacer un corte en un dedo, del que manara sangre; ella misma recogería la sangre, el rey se la podría beber y, así, nadie podría decir que no había cumplido su palabra.

No le pareció ni bien ni mal al rey la idea, pero se quedó pensándolo.

Entonces ella le dijo que su marido estaba allí mismo y que, si lo deseaba, al momento podrían cumplir con la idea que le había propuesto. Conforme el rey, la muchacha mandó buscar a su marido. Cuando le trajeron a su presencia, el muchacho se arrodilló ante el rey y pidió perdón; el rey le perdonó, pero, para cumplir su promesa, sacó su

cuchillo, le hizo un corte en el dedo meñique de la mano derecha, exprimió una gota de sangre y se la bebió.

Y, desde aquel día, todos pudieron al fin vivir tranquilos, en paz y felicidad, y el muchacho, al cabo del tiempo y a la muerte de su suegro, llegó a ser rey. Y todavía debe seguir siéndolo, si es que no se ha muerto.

77. LA CASITA DE AZÚCAR

Éranse dos hermanitos, un niño y una niña, tan pobres tan pobres que no tenían nada para comer más que las sobras que les daban a veces en las casas. Por eso, un día, decidieron ir por el mundo a ver si encontraban la manera de comer hasta hartarse.

Andando andando se acabaron perdiendo en medio de un bosque tan espeso y enmarañado que apenas dejaba pasar la luz del sol y no se sabía cuándo era de día y cuándo era de noche. Y anda que te andarás, vieron de repente brillar lejos muy lejos una lucecita entre la espesura.

Cuando llegaron a la luz, vieron que era de una casita toda ella hecha de azúcar, con las puertas y las ventanas de chocolate. Y se dijeron: «Ésta es la nuestra, ahora sí que nos vamos a poder hartar de comer».

Conque empezaron a rascar y lamer las paredes y la puerta y ¡efectivamente! eran dulces. Pero lo que ellos no sabían es que en aquella casa vivía una bruja que se comía a los niños. En cuanto la bruja sintió que le estaban rascando y lamiendo las paredes, dio un salto, abrió la ventana para asomarse a ver quién había fuera y gritó:

–¿Quién es el sinvergüenza que se me está comiendo la casa? Como baje le doy una de palos que le rompo todos los huesos uno por uno.

Al oír esto, los dos hermanitos se llevaron un susto de muerte; no tenían ánimo ni para levantar la cabeza a ver quién hablaba, ni para respirar. La bruja, entonces, vio que eran dos niños los que estaban abrazados bajo la ventana y, más apaciguada, les dijo:

–¿De dónde habéis salido vosotros, pequeños atrevidos? El caso es que me vais a venir muy bien. Bajó a abrirles la puerta y los niños entraron pensando que les iba a dar de comer en mesa. Pero no era ésa la intención de la bruja.

–Tú –le dijo a la niña– me harás de criada; y a ti –le dijo al niño–, como se me ha muerto el pollo que guardaba para Navidad, te pondré en el gallinero, te engordaré y te comeré en su lugar justo el día de Navidad.

Y dicho y hecho. A la niña la tenía trabajando como un burro de carga: barría, lavaba la ropa, cosía, hacía la comida, atizaba el fuego... en fin, que no paraba la pobre en todo el día. Y en cuanto al niño, lo había encerrado en el gallinero y le echaba de comer salvado, maíz, mendrugos de pan mojado... en fin, todo lo que le pudiera engordar, que era lo que buscaba la malvada bruja.

Cada día, la bruja se acercaba al gallinero a ver al niño y, como era corta de vista, le obligaba a sacar el dedito por entre la malla metálica a ver si engordaba lo suficiente como para tenerlo listo y a punto en Navidad. Pero el niño, que no tenía ninguna gana de que se lo comiera la bruja, en vez del dedo sacaba por la malla un pedacito de hueso bien envuelto en un trocito de intestino, que la verdad es que parecía un dedo al tocarlo. Y, claro, como siempre le enseñaba el mismo, la bruja no sentía que engordase. Y decía cada vez:

–Maldito y requetemaldito bribón, no hago más que darte de comer y tú no engordas ni un gramo.

Y otro día le dijo:

–Como sigues estando tan flaco, no te daré nada más de comer y eso que me ahorro. Y por Navidad, estés como estés, te retuerzo el cuello.

Los dos niños se quedaron aterrados al oír estas palabras. Cuando llegó la Navidad, la bruja mandó a la niña que encendiera un buen fuego para poder asar a su hermanito. La niña, temblando como una hoja, no daba una a derechas y, como no lograba encender el fuego, le decía a la bruja que así no iban a poder celebrar la Navidad. La bruja bufaba, gritaba y bramaba, pero como veía que el fuego no se encendía, lo tuvo que encender ella.

Entonces, mientras la bruja estaba agachada afanándose en hacer una buena llama, la niña vino por detrás, la empujó dentro del fuego y, a continuación, cerró la puerta del horno y la atrancó bien atrancada para que no pudiera salir. Luego fue corriendo a abrir la puerta del gallinero y ¡pies para qué os quiero! salieron corriendo de allí y se marcharon lo más lejos que pudieron, por si acaso, no fuera a ser que, como la malvada vieja era bruja, lo mismo le diera por resucitar y saliera a buscarlos.

Y corriendo corriendo pasaron siete días y siete noches y, al fin, completamente agotados, fueron a encontrar, en medio de otro bosque, una casita pequeñita pequeñita, que parecía estar hecha para ellos. Las sillas, las mesas, las camas, los armarios, todo era de su tamaño. Los armarios estaban llenos de ropa de vestir y había ropa tanto de niño

como de niña. En fin, que parecía que aquella casita estaba aguardando tan sólo a que llegaran los dos niños. Y allí se quedaron ambos, felices y tranquilos por fin.

A todos los pobres que pasaban por allí y que llamaban a la puerta les daban de comer y de dormir, pero tenían que quedarse a dormir en el pajar porque la casa sólo tenía dos camitas y no cabía nadie más.

Y hete aquí que un día llamó a la puerta un viejo muy viejo, que casi no podía caminar y andaba todo encorvado, apoyándose en un bastón, y tenía una larga barba blanca que, estando tan encorvado, casi rozaba el suelo al andar. Total, que el viejo les pidió posada por una noche y los dos hermanos le acogieron como solían hacer con todo el que se lo pedía. Mientras comía, ellos le miraban con mucha atención y el viejo también los miraba a ellos. Entonces empezaron a hablar y pronto se dieron cuenta de que el viejo era su padre, que había salido a buscar fortuna cuando eran niños y ya no habían vuelto a verle más. Y todo fueron abrazos y besos y alegría al reconocerse.

Y allí se quedó con ellos hasta el fin de sus días.

78. LA METAMORFOSIS

Érase una moza, plebeya y de familia pobre, a la que se le metió en la cabeza la idea de ser reina. Y nada, que no había manera de quitársela. Como era muy guapa, podría haber tentado a más de un príncipe, pero era el caso que el rey de aquel reino sólo tenía una hija.

Como la moza era muy cabezota, decía:

–¡Pues me empeño en reinar, y reinaré!

Y no se le ocurrió idea mejor que disfrazarse de mozo, alistarse como soldado e irse al palacio a servir en la guardia del rey. Así hasta que un día la princesa vio a aquel mozo y, como le pareció guapo, lo tomó por galán. Poco a poco se fue interesando cada vez más por él y, al final, acabaron de novios para casarse.

Los compañeros de armas del soldado, al ver aquello, comenzaron a observarle y a interesarse por él; y por la voz, por la finura de la cara, por el tipo, en fin, por todo, empezaron a sospechar que quizá fuera mujer y no hombre y fueron a contárselo al rey.

El rey era curioso y, para descubrir el misterio, ofreció a los soldados de su guardia un banquete. Y dijo a sus amigos:

–Pondremos sillas altas y sillas bajas; y si fuera mujer, lo averiguaremos en seguida porque las mujeres se sientan con preferencia en las sillas bajas.

Pero la princesa, que oyó esto, fue y se lo contó a su novio.

–¡Mira qué tontería se le ocurre a mi padre, que piensa que eres mujer y te sentarás en una silla baja!

–¿Eso es lo que piensa tu padre? –dijo el galán–. Pues bien, ya verás lo que hago.

Entró en la sala del banquete y fue echando a un lado las sillas bajas con ademán de disgusto mientras decía en voz bien alta, para que todos le oyeran:

–A los hombres se les ponen sillas altas, que las bajas son para las mujeres.

Torcieron el gesto los soldados y el rey se puso rojo al sentirse en evidencia. Pero al

caer la tarde salió a pasear con varios de sus soldados, entre ellos el galán y, como sin intención, fueron llegándose a la orilla del mar. Entonces ordenó a los soldados que tomaran un baño todos sin excepción, siguiéndole a él.

Como la moza sospechara ya algo, había ido antes al monte, donde abundaban las corzas. Mató una, le quitó la cabezada y la llevaba sujeta a la cintura cuando se metió en el mar. Entonces la cabezada se pegó a su carne y, cuando salió del mar, la moza ya no era moza, que era mozo. Y avergonzado el rey de haber hecho oídos a las sospechas que le hicieron llegar, le redobló los favores y acabó por casarle con su hija.

Y así fue como la moza pobre, guapa y tozuda llegó nada menos que a ser rey.

79. LA PEREGRINITA

Érase una vez el hijo de un rey que estaba encantado en un palacio muy hermoso. Mientras durase el encantamiento, el príncipe no podía abandonar el palacio; sin embargo, podía recorrer todos sus jardines, y aun salir a cazar, siempre que no traspasase los dominios del magnífico palacio.

Al príncipe le gustaba mucho salir de caza, y en una de sus salidas acertó a pasar por una casa de campo, donde vio a una muchacha que le pareció el colmo de la belleza. Preguntó por ella y supo que era la envidia de todas las mujeres de aquellas tierras.

El príncipe, claro, se enamoró de ella; y como también era muy apuesto, la muchacha no tardó en enamorarse de él. Entonces el príncipe le propuso que fuera su mujer. A la muchacha le pareció bien y estuvo conforme, por lo que él se la llevó al palacio donde vivía en encantamiento y la rodeó de todas las comodidades que ella pudo desear.

Al poco tiempo de vivir allí la muchacha, el príncipe le anunció que ya faltaba poco tiempo para que se cumpliera su encantamiento y que entonces podría volver al palacio de su padre el rey y allí celebrarían la boda; pero le advirtió también que debía tener mucho cuidado y estar muy atenta, ya que ella no se podía dormir el día en que él tuviera que irse porque, como él no podría llamarla, si le perdía de vista ya no sería fácil que lo volviese a ver nunca más.

En fin, que llegó el día en que se cumplía su encantamiento y su padre el rey vino a buscarle en un soberbio coche de caballos. Justo antes de salir, el joven fue a ver a la muchacha y se la encontró dormida. Como no podía llamarla por causa del encantamiento, cogió una buena cantidad de flores y las echó alrededor de ella; después, sacó de entre sus ropas un puñal con mango de oro y se lo puso en el pecho. Luego, como su padre ya le esperaba impaciente, pues era el día en que tenían que salir de allí y no debía sorprenderles la noche dentro de los dominios del palacio, dejó a la muchacha, subió al coche con su padre y abandonaron el lugar.

En el momento en que salieron del espacio del palacio, éste se desvaneció en el aire y no quedó más que la joven dormida sobre la tierra. Entonces ella despertó con sensación de frío y, al verse sola en mitad del campo, comprendió que se había cumplido el tiempo del encantamiento del príncipe y que éste se había ido mientras ella dormía.

La muchacha, pesarosa, recogió las flores y el puñal y, guiándose por los andeles que dejaban las ruedas, siguió el rastro del coche. Así anduvo hasta que, al llegar a un alto, divisó al fondo una nube de polvo y supuso que era el coche en el que viajaba el príncipe, de modo que apretó el paso, pero no podía alcanzarlo.

En una de éstas encontró a una peregrina en el camino que venía en dirección contraria a la suya y le preguntó si había visto el coche y a quienes iban en él; y por las señas que la peregrina le dio, supo que era el coche del príncipe y que él iba dentro. Le propuso a la peregrina que cambiaran de traje y, como el suyo era muy bueno, la otra aceptó inmediatamente.

Siguió, pues, la joven el camino. Más adelante, vio el coche detenido junto a una fuente y pudo darle alcance.

Apenas había empezado la peregrina a descansar un poco cerca del coche cuando éste se puso de nuevo en marcha. Sin embargo, el príncipe había visto a la peregrina hablando con una joven y quiso hablar con la peregrina para pedirle noticias de ella, pues le recordaba a la muchacha a la que él había dejado dormida. Así que dio orden de que los caballos fueran al paso, lo que disgustó al rey, que prefería avanzar rápidamente.

Como el coche iba despacio, a la peregrina no le costó llegar hasta él; y el príncipe, asomando la cabeza por la portezuela, le dijo:

–Peregrinita, ¿no te he visto en el camino hablando con alguien?

A lo que contestó ella:

–Sí, señor, con una joven muy bonita.

–Y ¿qué te decía aquella niña? –volvió a preguntar el príncipe.

–¡Ay, pobrecilla! –repuso la peregrinita–. Decía: «Caballero que me enamaste de flores, sólo para olvidar mis amores».

El príncipe siguió hablando con ella, porque le gustaba oírle hablar, pero el rey, cansado de toda esta charla, quiso que apretasen el paso los caballos. El príncipe, al oírlo, dijo que sólo estaría de acuerdo si la peregrinita entraba en el coche. Y el rey, con tal de llegar pronto a su palacio, accedió al capricho de su hijo. Subió la peregrinita y así continuaron hasta llegar a su destino. El príncipe no había reconocido a la muchacha,

pero le parecía reconocer el eco de su voz; y ya en su palacio dio orden de que le destinasen una habitación que estuviera muy cerca de la suya.

A todo esto, el rey tenía dispuesto y preparado el casamiento de su hijo con una princesa a la que había mandado llamar para que estuviese en palacio el mismo día en que llegaran ellos. Al día siguiente le anunció al príncipe que debería casarse con ella y el príncipe le pidió tiempo para pensarlo, pero el rey le dijo que eso era imposible, porque la novia había venido con todo su séquito y su dote y no se les podía hacer esperar. De esta manera, a la mañana siguiente se celebró la boda entre el príncipe y la princesa elegida por su padre.

El príncipe todavía se acordaba de la muchacha que había dejado dormida en el campo y, por su parte, la peregrinita, que tenía esperanzas de ser reconocida por el príncipe, al verlo casado las perdió por completo y no quiso asistir a la fiesta que seguía a la boda.

Al fin llegó la noche y todos se fueron a acostar, pero el príncipe quiso ir antes a saludar a la peregrinita, por si estaba enferma, pues no la había visto en todo el día. Conque fue a su cuarto y lo encontró vacío. Preguntó a los criados y ninguno recordaba haberla visto. El príncipe la buscó por el palacio y después en el jardín, y allí la encontró, tendida en el suelo con un puñal clavado en el pecho y a su alrededor muchas flores esparcidas. Al inclinarse sobre ella, vio que el puñal tenía mango de oro y reconoció a la joven que él quería.

No tardó en comprender por qué se había matado; y dijo:

–Puesto que tú no has querido vivir sin mi amor, yo no puedo vivir sin el tuyo.

Y cogiendo el puñal, se lo clavó en el corazón y cayó muerto al lado de la peregrina.

Mientras tanto, la princesa, viendo que su esposo tardaba mucho, se levantó a ver dónde estaba. Lo primero que miró fue en el cuarto de la peregrina, pues le habían dicho que vino con él en el coche y, al no encontrarla, pensó que habrían huido juntos. Los buscó por todo el palacio, luego en el jardín y allí los encontró a los dos muertos. Y la princesa sintió tales celos de la peregrina que tomó el puñal que el príncipe tenía en el pecho, se lo clavó, y cayó muerta a su lado.

A la mañana siguiente, los reyes fueron a ver si se habían levantado los recién casados, pero no los encontraron en su cuarto. Luego bajaron al jardín y cuál no sería su dolor al ver el espectáculo de los tres difuntos. La reina le echó la culpa al rey, por haber obligado a su hijo a casarse con quien no quería, y el rey estaba inconsolable.

Allí permanecían, entregados a su dolor, rodeados por sus amigos y criados, cuando vieron que del cielo descendía una paloma blanca. La paloma revoloteó un rato sobre los muertos y luego se posó en tierra. Traía consigo una cestita diminuta de la que extrajo con el pico un pomo y una pluma de ave. Todos quedaron expectantes, pues el suceso les parecía extraordinario. La paloma mojó la pluma en el líquido que contenía el pomo, untó la herida del príncipe y éste se levantó bueno y sano, con gran sorpresa y alegría de todos los presentes.

Después de este prodigio, la paloma se dirigió al príncipe y le habló de esta manera:

–Príncipe, traigo orden de volver a la vida a una sola de las dos muertas. Tú has de ser el que elija a cuál de las dos quieres ver otra vez con vida.

Y el príncipe, sin vacilar, contestó:

–A la peregrinita.

Entonces, la paloma cogió la pluma y, untando con ella la herida de la peregrina, le devolvió la vida. Luego, cogiendo la cestita, levantó el vuelo y desapareció de la vista de todos.

Pero todos estaban un poco tristes, porque hubieran deseado resucitar también a la pobre princesa; como esto era imposible, porque la paloma se había llevado consigo el pomo y la pluma, se conformaron con volver a ver vivo al príncipe y a la joven que él amaba y dispusieron con gran pompa el entierro de la princesa.

Acabado el entierro, el séquito de la princesa se marchó a llevar a su reino la triste noticia. El príncipe dijo entonces a sus padres que no se casaría con nadie que no fuese la peregrinita y los reyes, conmovidos por lo que había sucedido, accedieron a ello. Guardaron un tiempo de luto por la princesa, al cabo del cual se celebraron las bodas del príncipe y la peregrina y pudieron ser felices hasta el fin de sus días.

80. EL TONTO DE CORIA

Esto era un matrimonio que tenía un hijo. Unos decían que el chico era tonto y otros decían que era demasiado listo, pero el caso es que en el pueblo le llamaban el tonto de Coria.

Un año, por la época de San Martín, le dijo el tonto a su padre:

–Padre, ¿cómo es que todos los vecinos matan un cerdo y a nosotros nos toca ayunar?

–Pues porque somos pobres, hijo mío –le respondió el padre.

Y dijo el tonto:

–Pues si usted quiere, padre, bien podemos matar un cerdo muy gordo.

–¿Y cómo es eso? –preguntó el padre.

–Eso –dijo el tonto– corre de mi cuenta.

Cogió el tonto y se fue derecho a la cochiguera donde el cura guardaba los cerdos, eligió el más grande, lo llevó para su casa, lo mató... ¡y bien que comieron y guardaron de la matanza!

El cura echó de menos al cerdo y lo buscaba por todas partes, pero no había manera. Total, que llegó el día en que todos los vecinos del pueblo hacían la confesión general y, como el cura recelaba del tonto de Coria, le dijo a un compañero que había venido para ayudarlo a confesar:

–Si se confiesa contigo el tonto de Coria, mira a ver si sabe algo del cerdo que me robaron.

Total, que el tonto de Coria fue a confesarse con el cura forastero. Y éste empezó la confesión preguntando:

–Dime, hijo mío, ¿entraste alguna vez a las manzanas de fulano?

–¿Y usted, señor cura? –preguntó a su vez el tonto.

–Sí, hijo mío, sí –contestó el cura.

–Pues yo también –dijo el tonto.

–Y dime, hijo mío, ¿a las castañas también entraste?

–¿Y usted, señor cura?

–Sí, hijo mío, sí.

–Pues yo también.

–Bueno, hijo, bueno. Ya vas echando fuera tus pecados. Y dime, ¿entraste en alguna cochiguera a robar un cerdo?

–¿Y usted, señor cura?

–Sí, hijo mío, sí.

Y el tonto de Coria se levantó del confesionario, se puso en medio de la iglesia y dijo a los vecinos:

–No confeséis con este cura, que anda robando por todas partes.

Y marchó riéndose para su casa.

81. JUAN EL OSO

Había una vez un padre que tenía dos hijos, un niño y una niña. Un día les mandó al bosque a buscar leña. Estaban tan animosos juntando haces cuando vieron venir a un oso gigantesco; les entró tal miedo que echaron a correr dejando la leña abandonada. El niño huyó, pero la niña tropezó y la alcanzó el oso. Éste la cogió, se la echó auestas y desapareció con ella en lo profundo del bosque.

El oso no se quería comer a la niña. Se la llevó a su cueva con la intención de convertirla en su esposa. Así ocurrió, pero el oso, como era muy celoso, cuidaba muy mucho de que su esposa no saliera de la cueva para que nadie la viera; por eso, jamás la dejaba salir de la cueva, ni de día ni de noche, y cada vez que marchaba de caza, cerraba la cueva con una piedra enorme que la pobre muchacha no podía mover.

Con el tiempo, la muchacha tuvo un hijo que era mitad humano, como su madre, y mitad oso, como su padre. El hijo fue creciendo y, claro, un día llegó a sentirse tan estrecho dentro de la cueva que le apeteció pasear y ver el sol, y el día, y los bosques y las montañas, pues sólo conocía el mundo de refilón, de cada vez que el oso apartaba la piedra para entrar o salir.

Un día, el hijo estuvo forcejeando con la piedra y quedó movida, pero no logró apartarla. A la tarde, cuando el oso volvió, se dio cuenta de que aquello no podía haberlo hecho nadie más que su hijo, de manera que le castigó muy duramente; y más le hubiera castigado de no ser por las lágrimas de su madre, que al final logró apaciguarle. Al día siguiente, cuando el oso se fue, el hijo hizo acopio de todas sus fuerzas y esta vez sí que consiguió mover la piedra hasta que dejó libre el paso. Madre e hijo salieron a todo correr para llegar lo más lejos posible antes de que el oso advirtiera lo que había sucedido. Pero hete aquí que al poco rato el oso estaba de vuelta y no hay que decir cómo se puso en cuanto vio franca la entrada de la cueva. Echó a correr detrás de los

fugitivos, bramando de tal modo que temblaba la montaña entera, se adentró en el bosque y allí les dio alcance.

Mejor que no lo hubiera hecho, porque el hijo se le enfrentó valientemente y lucharon. Lucharon hasta que el hijo, agarrando por la boca a su padre, se la abrió con tal fuerza que la desgarró primero y, después, le rajó todo entero. Y allí cayó el oso, muerto.

Madre e hijo continuaron su camino y llegaron al pueblo de donde era la madre. Juan, que así se llamaba el hijo, quiso ir a la escuela, pero el maestro no le dejó porque, al ser mitad bestia y mitad persona, temía que le ahuyentara a los otros chicos. Además, nadie quería jugar con él, porque, como era tan fuerte, asustaba a todos los demás.

Así estaban las cosas cuando, un día, se presentó en el pueblo un gigante tan alto y tan grande como el árbol más grande y decidió apoderarse del lugar. Los del pueblo se asustaron mucho, pues no sabían cómo defenderse del gigante. Pero Juan se enteró y, por las mismas, se fue al encuentro del gigante y le pegó tal paliza que el gigante se marchó todo corrido. El pueblo entero le quedó tan agradecido a Juan que el alcalde le dijo:

–Dinos qué es lo que desearías tener.

–Pues dadme una barra de hierro que pese siete quintales.

Se la dieron y Juan, echándose la vara al hombro como si fuera de avellano, salió del pueblo y se echó al camino para ver si en algún lugar podía encontrar un trabajo a su medida. Y caminando y caminando, se encontró con un hombre que arrancaba los árboles más altos y más arraigados como si fueran brotes tiernos; y Juan se dijo: «Éste tiene que trabajar para mí».

Conque se dirigió a él y le preguntó:

–¿Cómo te llamas?

–Arrancapinos.

–¿Cuánto ganas?

–Cinco pesetas diarias.

–Pues vente conmigo y te daré diez –propuso Juan.

–Trato hecho –dijo el otro, y se fue con él.

Los dos siguieron andando juntos por el camino. Y no habían avanzado mucho cuando vieron a un hombre que, de un solo golpe de espada, cortaba colinas y montes de cuajo y los movía de un lado a otro. Y Juan se dijo: «Éste también me conviene».

Conque se dirigió a él y le dijo:

–¿Cómo te llamas?

–Muevemontañas.

–¿Cuánto ganas?

–Cinco pesetas diarias.

–Si te vienes conmigo, te daré diez.

–Trato hecho.

Siguieron caminando y ya eran tres. En esto, vieron que el cielo se iba nublando y cada vez aparecían más nubes, negras y densas, que oscurecían el día. Miraron a un lado y a otro y, de pronto, vieron que en lo alto de un monte estaba sentado un hombre que soplaba y soplaba haciendo correr a las nubes a su antojo. Y se dijo Juan: «Éste también se viene conmigo».

Conque le llamó y le dijo:

–¿Cómo te llamas?

–Soplador.

–¿Cuánto ganas?

–Cinco pesetas.

–Vente conmigo, que yo te doy diez.

–Trato hecho.

Total, que eran cuatro. Y como se les empezó a echar la oscuridad encima, decidieron buscar un sitio en el que cobijarse. A lo lejos se veía una casa y allá se dirigieron con la intención de pasar la noche.

Llegaron a la puerta, pero por más que llamaron no acudió nadie a abrirles. Y así estaban hasta que pasó por allí un hombre que se quedó espantado al ver dónde estaban llamando y les dijo:

–¡Desgraciados de vosotros! ¿Es que no sabéis a dónde estáis llamando? Sabed que ésta es la casa del Diablo y nadie sale vivo de ella.

A lo que Juan, muy decidido, contestó:

–¡Hombre! Pues me alegro mucho de que ésta sea la casa del Diablo, porque ya tenía yo ganas de pelear con él.

En fin, como nadie contestaba a sus llamadas, Juan se coló por una ventana y abrió la puerta desde dentro. Sus compañeros entraron y en seguida encontraron una despensa bien provista de jamones, longanizas, capones asados y hogazas de pan. Como tenían

mucha hambre, cada uno se zampó de una sentada un jamón, un capón, varias longanizas y una hogaza. Y con el estómago satisfecho, se echaron a dormir.

Al día siguiente, se levantaron temprano. Juan les dijo:

–Tres de nosotros nos iremos a trabajar en las tierras de por aquí, que seguro ha de haber tajo, y el otro se quedará para hacer la comida. Cuando la comida esté hecha, nos avisa con un silbido y volvemos.

Decidieron que se quedaría Arrancapinos y los demás se fueron.

Arrancapinos se puso a la faena y llevaba ya un buen rato ocupado en la comida cuando tocaron fuertemente a la puerta. Salió a ver quién era y apareció un sujeto que daba espanto: peludo, con unos pelos de más de tres palmos, manos como garras, una larga cola terminada en punta de lanza y unos cuernos que parecían dos ramas. El sujeto se metió en la casa y le dijo a Arrancapinos:

–Dame una silla, que me quiero sentar.

–Yo sólo sirvo al patrón que me paga –dijo Arrancapinos.

–Entonces me la traeré yo mismo.

Y el Diablo, pues él era, cogió una silla y se sentó junto al fuego. Luego sacó una pipa grande y curva, en la que cabía más de un cuarto de tabaco, y dijo:

–Enciéndeme la pipa.

–Yo sólo sirvo a quien me paga –dijo el otro.

–Entonces me la encenderé yo mismo.

Lo hizo, y al rato se acercó a la caldera de la comida y escupió dentro. Arrancapinos, muy enfadado, le gritó:

–¡Sólo un puerco hace lo que tú has hecho!

–A mí nadie me ha llamado puerco sin recibir su merecido –dijo el Diablo. Agarró la vara de siete quintales de Juan y le dio una paliza a Arrancapinos que lo dejó tundido en el suelo. Luego salió por la puerta y desapareció.

Entre tanto, Juan y los otros dos llevaban un buen rato esperando oír el silbido, porque ya les apretaba el hambre. Y dijo Juan:

–Demasiado está tardando esa comida. Vamos a ver si ese pánfilo no se ha quedado dormido.

Llegaron a la casa y encontraron a Arrancapinos medio muerto junto al fuego y la caldera quemada de tanto como había cocido. Lo levantaron, les explicó lo que había pasado y todos se rieron de él a carcajadas.

Al día siguiente, Juan dejó a Muevemontañas encargado de la comida y se fue a trabajar con los otros dos; y acordaron que les avisaría con un silbido cuando la comida estuviera lista.

Al rato se presentó el Diablo, que primero pidió una silla, luego que le encendieran la pipa, después escupió en la caldera, y cuando Muevemontañas protestó, le pegó tal paliza que lo dejó completamente baldado. Así hasta que Juan y los otros dos, cansados de esperar, volvieron a la casa y se encontraron a su amigo en tan lamentable estado como lo dejara el Diablo. Esta vez Juan se enfadó y quedaron en que al día siguiente sería Soplador quien se quedase al cuidado de la comida.

Y más de lo mismo: otra vez se quedaron sin comer y con su compañero bien zurrado por el Diablo.

Esta vez sí que Juan se enfadó de verdad y dijo que él mismo se quedaría a esperar al Diablo. Al día siguiente se fueron sus tres compañeros al trabajo y él preparó el fuego y la caldera. A la hora de costumbre, compareció el Diablo, se sentó en la silla, encendió su pipa y, cuando Juan vio que se acercaba a la caldera, le arreó tal golpe con su vara de siete quintales que casi lo parte por la mitad. Entonces Juan lo agarró del cuello como si fuera un gato y lo arrojó a un pozo muy hondo que había fuera de la casa. Luego, cuando la comida estuvo hecha, llamó a sus compañeros con un silbido y éstos vieron, admirados, que no le había pasado nada. Mientras comían, Juan les contó cómo terminó la visita del Diablo y a continuación les quiso enseñar el pozo al que lo había tirado.

Los tres compañeros tenían muchas ganas de ver al Diablo allá abajo, pero el pozo resultó ser tan hondo que ni se adivinaba el fondo. Entonces Juan propuso que, para verlo bien, bajasen uno a uno atados a una cuerda. Y por si acaso tenían miedo, Juan les iba dando una campanilla para que la tocasen si no se atrevían a seguir bajando y, de este modo, izarlos y dar paso al siguiente.

El primero en bajar fue Arrancapinos, pero, cuando llevaba más de setecientos metros de cuerda y no veía el fondo ni casi el agujero de arriba y todo estaba muy oscuro y frío, le entró miedo, tocó la campanilla y le subieron. Luego descendió Muevemontañas, y cuando bajó setecientos metros y un palmo, se asustó también y tocó la campanilla. El tercero fue Soplador, que bajó setecientos metros más dos palmos y se volvió atrás.

Entonces Juan les dijo que en lugar de tres valientes tenía por compañeros a tres cobardes y decidió bajar él mismo. Les dijo que no le subiesen ni aunque tocase la campanilla y se metió en el pozo. Estuvo bajando por lo menos siete horas, pero llegó al

fondo. Y en lugar del Diablo se encontró a tres muchachas tan bellas como el sol que bailaban una danza en círculo y que, nada más verle, se interrumpieron para decirle:

–¿Dónde vas, desdichado? ¿Acaso no sabes que ésta es la casa del Diablo?

Entonces Juan dio siete golpes en la puerta con su vara y al momento la derribó. Inmediatamente se presentó el Diablo y le dijo:

–¡Vaya con el valiente! ¿Tú por aquí? Pues vamos a ver quién es el más fuerte de los dos. Aquí tienes dos espadas; elige la que quieras y empecemos.

El Diablo le mostró dos espadas: una reluciente y brillante como un espejo y la otra bien oxidada y roñosa. Juan escogió la oxidada y el diablo pensó que se las había con un simple. Entablaron combate cruzando sus espadas una y otra vez y las espadas silbaban como el viento y chocaban como pedernales, pero ninguno conseguía herir al otro. Hasta que Juan, que era siete veces más astuto que el Diablo, le cortó una oreja de una estocada. El Diablo lanzó entonces unos alaridos espeluznantes, se llevó la mano a la oreja cortada y dijo:

–Está bien, me has vencido y te reconozco como valiente. Guárdate la oreja que me has cortado y, siempre que te encuentres en apuros, no tienes más que morderla y yo apareceré y cumpliré tus deseos.

Juan se puso otra vez en el fondo del pozo y las tres bellas jóvenes que le recibieron se quedaron admiradas al saber que había vencido al Diablo. Juan les preguntó:

–¿No os gustaría salir de aquí y volver a vuestras casas?

–Claro que sí –contestaron las tres.

Entonces Juan tocó la campanilla y sus compañeros las fueron sacando una a una del pozo. Cuando las tres estuvieron arriba, Juan pensó: «Esos tres mozos ya tienen una muchacha para cada uno y, si subo yo, que soy el cuarto, se armará la gresca». Así que cuando mandaron la cuerda para que subiera él, ató en su lugar al extremo una piedra grande y pesada. Cuando la tuvo bien amarrada tocó la campanilla. Los otros empezaron a izarla, pero a mitad de camino, dejaron de tirar y ¡pataplum! la piedra se fue al fondo y se hizo añicos. Y Juan se dijo a sí mismo: «He estado listo y me he salvado de una buena». En seguida sacó la oreja del Diablo, le dio un buen mordisco y el Diablo se presentó al momento, malhumorado como siempre:

–¿Tan pronto empezamos? –dijo–. ¿Qué es lo que quieres de mí?

–Que me saques del pozo y me digas dónde están esos tres sinvergüenzas con las tres doncellas.

El Diablo pegó un bufido que elevó a Juan por los aires y, en menos de lo que se tarda en contarle, se encontró fuera del pozo. Y el Diablo le dijo:

–Tus compañeros y las tres doncellas están en el mesón del pueblo de aquí al lado, divirtiéndose de lo lindo y riéndose de ti sin parar.

Conque Juan, echando lumbre por los ojos, cogió su vara, de cuatro zancadas se plantó en el mesón y los encontró en mitad de una gran juerga; empezó a dar golpes con su vara a diestro y siniestro, dejó a los seis convertidos en harina y nunca más se oyó cantar ni a gallos ni a gallinas.

82. MARÍA MANOS BLANCAS

Un pobre hornero de un pequeño pueblo de Extremadura tenía tres hijas que llamaban la atención por lo guapas que eran. El hornero salía cada mañana a cortar leña para su horno y sucedió que un día encontró una carrasca de buen tamaño y pensó que, si la cortaba y la iba troceando, tendría para muchos días de horno y muy buena madera para mezclar con las que encontraba habitualmente. Tiró de hacha con decisión y, al primer hachazo que dio al tronco, bajó un negro y le amenazó de esta manera:

–Si no me traes mañana a una de tus tres hijas, eres hombre muerto.

Pasado el susto, el hornero se volvió para su casa sin leña y cargado tan sólo con la tristeza que llevaba, porque sabía que, si no cumplía el mandato del negro, éste le mataría. Así es que, cuando llegó a su casa, contó a sus hijas lo que le había ocurrido.

–¡Ah, pues a mí ese negro no me pilla! –dijo la mayor.

Y la mediana dijo:

–Pues lo que es yo, no me voy con él.

Entonces María, la más pequeña, que quería mucho a su padre, le echó los brazos al cuello y le dijo:

–No se preocupe, padre, que, si mis hermanas no quieren ir por usted, yo sí que voy.

A la mañana siguiente, el hornero, más triste que nunca, llevó a su hija María al árbol donde estaba el negro y allí se la entregó, volviéndose a casa desconsolado y maldiciendo la hora en que se le ocurrió cortar la carrasca.

El negro, apenas vio a María, se enamoró de ella. La llevó de la mano a un jardín cercano y le dijo:

–Todo lo que tienes que hacer es cuidar de este jardín.

Así lo hizo María, y al llegar la noche se acostó en una gran cama que había en la casa del jardín; estando ya acostada, notó que en la cama había un peso, pero se quedó quieta y se durmió. Esto le ocurrió todas las noches, y aunque le intrigaba aquello que pesaba

sobre la cama, siempre durmió de un tirón y sin preocupaciones porque se acostumbró a ello.

Pasó un año y María quiso ir a visitar a su padre y a sus hermanas. Pidió permiso al negro y éste se lo concedió con la advertencia de que debería volver a los tres días. María dijo que sí y el negro le dio un coche magnífico, con su cocherero y todo, y la joven se fue a ver a su padre. Ni que decir tiene la alegría que éste se llevó al verla y la envidia que despertó entre sus hermanas y vecinas.

Estuvo allí los tres días tan contenta y, poco antes de partir de vuelta, vino a despedirse una vieja del pueblo a la que conocía desde niña. Le estuvo contando cómo era su vida en casa del negro y, también, lo del extraño peso que sentía en su cama cada noche. La vieja la escuchó atentamente y luego le dijo:

–Toma esta caja de cerillas y esta vela y, cuando sientas el peso, enciende la vela.

Llegaron el coche y el cocherero en ese momento, y María tomó el camino de vuelta.

Esa noche, cuando sintió una vez más el peso en su cama, encendió sigilosamente la vela y la levantó para ver qué tenía a su lado, con tan mala fortuna que la inclinó demasiado y una gota de cera cayó encima del que estaba en la cama. Éste dio un grito al sentir la quemadura y entonces María pudo ver que era el negro, que le dijo:

–¡Ay, desdichado de mí, que estaba a punto de terminarse mi encantamiento y tú me has puesto de nuevo al principio de él!

María se asustó y se entristeció mucho, y el negro siguió diciendo:

–En fin, como has sido buena conmigo, toma, te entrego este anillo; y en cualquier apuro que te veas, no tienes más que decir: «Anillito, quiero esto o lo otro», y el anillo te lo concederá.

Dicho esto, desapareció el negro y, con él, la cama, la casa y el jardín, encontrándose María en mitad de un campo que ella no conocía.

María, pesarosa y triste por lo sucedido, se echó a andar entre lágrimas de desconsuelo y estuvo hasta tres días andando sin hallar a nadie. Por fin, se cruzó con unos arrieros que, al verla, le propusieron que fuese su criada. Y como no tenía lugar donde ir ni medio de mantenerse, María les dijo que sí. A uno de ellos, sin embargo, le llamó la atención el porte de María y sus manos tan blancas, bellas y finas que no podían serlo más, y le dijo:

–Me parece a mí que tú tienes las manos muy blancas para ir de criada.

Pero los otros insistieron e insistieron en que se fuese con ellos y por fin se la llevaron,

con gran contento de María.

Cuando llegaron a la casa de uno de los arrieros, donde dejaron a María, la recibió la mujer del arriero, que se admiró de las manos tan blancas y delicadas de María y le dijo que esas manos no eran propias de los oficios de criada que la esperaban. María contestó humildemente que eso no tenía nada que ver, pues trabajaría como otra cualquiera. Se quedó en la casa y pronto pudo ver el ama lo diligente y limpia que era, y le gustó mucho.

Los mozos del pueblo, al verla tan guapa como era, estaban deseando tener ocasión de hablar con ella y rondaban cerca de la casa.

Un día, el ama estaba tan ocupada en cerner la harina para el pan de la semana que la envió a un recado. Un buen mozo, que estaba enamorado de ella, le salió al camino y le dijo que tenía deseo de hablar con ella y acompañarla, que a qué hora podría verla, y María le dijo que a las ocho le esperaba. El mozo llegó puntualísimo a la casa, en el momento en que María estaba cerniendo harina; el mozo que la vio, y que creía que, siendo tan guapa, nunca había trabajado y nunca tendría que trabajar, le dijo:

–Esas manos tan blancas no pegan para cerner.

Al oír eso, María se acordó del anillo y, viendo por dónde venía el mozo, lo sacó y dijo:

–Anillito, anillito, que este mozo se esté toda la noche cerniendo en mi lugar.

Así sucedió; el mozo empezó a cerner y no podía parar; y a la madrugada, compadecida María, dijo al anillo:

–Anillito, anillito, que este mozo deje ya de cerner y se vaya a su casa –y el mozo se fue a su casa agotado y refunfuñando por todo lo que había cernido.

A la tarde siguiente, salió de nuevo María a un recado y se le acercó otro mozo con las mismas intenciones que el anterior. Le pidió una cita y María le dijo esta vez que a las nueve le esperaba. El mozo fue también muy puntual y a las nueve estaba en la casa de María; y se encontró a María paleando carbón en la carbonera. El mozo, al verla con aquellas manos tan blancas, que parecían de nieve entre el carbón, le dijo:

–Esas manos no pegan para andar entre el carbón.

Al oír esto, María volvió a sacar su anillo y le dijo:

–Anillito, anillito, que este mozo se esté toda la noche paleando en mi lugar.

Así sucedió; y a la madrugada le dio pena del mozo, pidió al anillo que cesara de palear y el pobre mozo se fue a su casa agotado y negro de tanto andar en el carbón.

A la tarde siguiente, otro mozo se acercó con la misma pretensión que los anteriores y María le dio cita a las diez, pensando en castigarle como a los otros. Así que cuando el mozo llegó a las diez, María estaba trajinando en el pajar, y el mozo le dijo al acercarse a ella que sus manos, tan blancas y bonitas, no eran apropiadas para empajar. María le castigó como a los otros por medio del anillo y lo tuvo empajando hasta que le dio pena y le dejó volver a su casa, más muerto que vivo.

Al día siguiente, se juntaron los tres mozos burlados con otros amigos y contaron lo que les había ocurrido a cada uno. Una vez que lo contaron, todos empezaron a pensar que María era bruja y así fueron a decírselo a su ama. El ama les contestó que no era bruja sino trabajadora y honesta, pero los mozos se fueron calentando y empezaron a dar gritos y armar alboroto y al final se la llevaron para quemarla en la hoguera.

Llegaron a la plaza del pueblo, empezaron a reunir leña hasta hacer un gran montón y pusieron encima a María con la idea de quemarla cuanto antes. Y los tres mozos burlados, animados por los demás, cogieron cada uno tres piedras para apedrearla antes de pegarle fuego a la leña. María no tenía miedo porque confiaba en su anillo, y cuando vio que la cosa iba de veras y que empezaba la pedrea, sacó su anillo y le dijo:

—Anillito, anillito, que todos estos brutos empiecen a chocar unos contra otros como hacen los carneros.

Y dicho y hecho. Empezaron a toparse unos a otros dándose tales golpes que a poco estaban tan doloridos y cansados que ya no podían ni tenerse en pie. Pero, como no podían parar, porque estaban bajo el poder del anillo, allí seguían dándose y dándose sin poderlo evitar.

Entonces apareció en la plaza un lujoso coche con cochero, el mismo en el que María fue a visitar a su padre. Dentro de él se veía a un joven que daba gusto mirarle por lo apuesto y elegante que era. El coche se detuvo y el joven se apeó, llegó hasta el montón de leña al que tenían subida a María, la desató, le dio la mano para que bajase y habló a los que estaban allí de esta manera:

—No hay maldad ni brujería en esta doncella sino la virtud que está en el anillo que yo le di hace tiempo. Por ser buena hija no tuvo inconveniente en dar la vida por su padre. Yo soy el negro, ya libre del encantamiento —dijo luego, dirigiéndose a María—, y vengo a casarme contigo.

María sacó por última vez su anillo y le pidió que los mozos dejaran de chocarse entre

ellos y todos los demás que estaban presentes reconocieron el derecho de aquel joven a casarse con María.

Y como nadie era rencoroso, los novios dieron una gran fiesta de casamiento a la que asistieron todos: los mozos, los arrieros, el ama y la gente del pueblo. Y luego los recién casados partieron a la casa del joven, donde vivieron felices tiempo y tiempo.

83. LAS MENTIRAS MÁS GORDAS

Un rey muy caprichoso, que estaba todo el día ocupado en pensar extravagancias, dio la orden más rara del mundo. Mandó decir por todos los confines de su reino que casaría a la princesa, su hija, con aquel que fuese capaz de decir las mentiras más gordas.

Como este mundo, para desgracia de los pocos que dicen siempre la verdad, está bien lleno y relleno de mentiras y de mentirosos, se presentaron en el palacio del rey tal cantidad de aspirantes a la mano de su hija que no había modo de cobijarlos y alimentarlos mientras esperaban su turno.

Contaban las mentiras más grandes que podían concebir, pero el rey no aceptaba a ninguno por yerno, diciendo que estaba harto de escuchar aquellas mentirijillas que le endilgaban a todas horas uno tras otro, que no eran dignas del premio que un rey tan importante como él quería conceder. El premio era tan grande, decía el rey, que las mentiras debían ser, al menos, proporcionales a su importancia.

Durante bastante tiempo, este asunto fue la comidilla de todo el reino. Tanto que un día llegó hasta la modesta choza de una pequeña aldea perdida en el monte, donde vivía miserablemente un muchacho muy listo con su madre viuda.

El muchacho pidió permiso a la madre para ir a palacio y la madre se lo concedió, echándole su bendición y dándole como merienda para el camino lo poco que les quedaba para comer.

Así pues, animoso y tranquilo, el muchacho se puso en camino y al cabo de los días llegó a palacio y pidió ver al rey. Éste ya estaba tan harto de oír pequeñas mentiras que le dijo nada más verle:

–Habla y di unas mentiras bien gordas, porque, si me vienes con mentirijillas como los demás, en vez de premio va a ser castigo lo que te dé.

Y empezó el muchacho:

–Si su majestad escucha atentamente, verá lo que me ha pasado. Mi padre era un

hombre muy aficionado a pescar en el aire, subido en lo alto de un árbol. Un día estaba subido en una gigantesca encina que hay en nuestro pueblo, tiró la caña al aire, bien lejos, y en seguida notó que había un gran peso al otro lado del hilo. Yo le ayudé a tirar, porque el peso era enorme y, cogidos del anzuelo, sacamos siete burros y dos carneros. Con aquella pesca se conformó mi padre por ese día y guardó la caña. Como no quería llevar a los burros de vacío a casa, buscamos un hormiguero, desollamos catorce hormigas, curtimos sus pieles allí mismo y las llenamos de miel hasta reventar.

»Como las pieles eran tan grandes y pesaban tanto, a los burros se les despellejó el lomo de cargarlas y los tuve que llevar a un veterinario. El veterinario mandó que les pusiéramos a los burros unas cataplasmas de habas cocidas. Así lo hice y cuál no sería mi sorpresa al ir a ver a los burros al día siguiente y descubrir que del culo de cada uno salía una mata de habas tan enorme y frondosa que de cada burro recogí cien fanegas de habas gordas.

»Yo no sabía qué hacer con tantas habas, pero me enteré de que aquel año se vendían a buen precio porque no habían nacido habas en todo el contorno, así que fui a venderlas a un pueblo cercano y las cambiaba por su peso en oro.

»En uno de los pueblos por donde pasé vi una cuadrilla de hombres que se afanaban, sudorosos y con mucho trabajo, en hacer rodar un huevo de codorniz ayudándose de una palanca. Les cambié el huevo por cincuenta fanegas de habas y se lo llevé a mi tía para que lo echase a una gallina clueca que tenía. En cuanto lo puso debajo de la gallina, salió un brote que a los pocos minutos se había convertido en un árbol con alas; y el árbol empezó a mover las alas y a subir para arriba a toda velocidad; se puso a crecer y a crecer y en poco tiempo llegó hasta el cielo. Yo trepé por las ramas del árbol tronco arriba y llegué también hasta el cielo, pero me encontraba un poco raro en aquel lugar.

»Entonces salió san Pedro a ver qué pasaba y, nada más verle, le pregunté por mi tío el que vive en la calle de los zapateros. Me dijo san Pedro que estaba en la plaza del mercado, vendiendo las sandías que había fabricado en su fábrica de zapatos el día de antes. Así que bajé del cielo para hablar con mi tío y...

—¡Basta, basta y basta! —gritó el rey—. No sigas porque no habrá otro en la tierra capaz de echar mentiras más grandes que las tuyas. Has ganado el premio y te casarás con mi hija con una sola condición: que desde ahora no vuelvas a decir una mentira en tu vida.

Y cuentan los que le conocieron que cumplió con su palabra, se casó con la hija del rey y, así como nunca antes había dicho una mentira, nunca más volvió a decir otra.

84. EL AMEZKETANO Y EL MADRILEÑO

Un famoso ladrón madrileño oyó hablar de que había otro tan famoso como él en Guipúzcoa y fue a conocerle. Éste vivía en Amezketa y allí se presentó el de Madrid. Cuando se juntaron, acordaron ir juntos a Madrid. Conque se echaron al camino y, en esto, el de Amezketa vio un nido de cuervo entre las ramas de un haya y le dijo a su compañero:

–¡Menudo ladrón sería aquel que sacara los huevos del nido sin espantar al ave!

Y dijo el madrileño:

–Pues yo se los sacaré.

Subió silenciosamente al árbol, agujereó con todo cuidado el nido por la parte de abajo y fue recogiendo los huevos uno a uno con gran habilidad. Mientras tanto, el de Amezketa, que había subido detrás del otro sin que éste lo notara, fue sacando los huevos del bolsillo del otro y metiéndolos en el suyo. Y según subió tras él, bajó antes. Luego bajó también el madrileño, dejando al ave en su sitio.

Apenas vio lo que había pasado, le dijo al de Amezketa:

–Somos tal para cual y nos conviene ir juntos.

Y, sin más, siguieron su camino.

En Madrid había un archivo donde se guardaba una gran cantidad de dinero. En cuanto los dos compañeros llegaron a la ciudad, removieron hábilmente las piedras sillares y entraron al edificio a coger el dinero. Los del archivo notaron pronto que el dinero disminuía, pero no sabían cómo podía suceder aquello, así que determinaron hablar con un antiguo y viejo ladrón, muy famoso en su época, que ahora estaba ciego y no se podía valer. Le consultaron y éste les dijo que hicieran un fuego y allí donde vieran que por entre las piedras salía el humo, las sellasen con goma y el ladrón quedaría pegado cuando volviese a las andadas.

Una de esas noches, los dos amigos se acercaron nuevamente a aquel archivo.

Movieron entre los dos, como en las veces anteriores, una piedra sillar por medio de una palanca y penetró el madrileño, que se quedó en la goma pegado sin poder moverse ni para atrás ni para delante. El amezketano, después de estar un buen rato esperando, penetró sigilosamente por otro lugar que encontró y, viendo que eran inútiles los esfuerzos que hizo por sacar de allí a su compañero, le cortó la cabeza para que nadie le reconociese y se la llevó a su casa, bien oculta entre la ropa.

Al día siguiente, los del archivo hallaron al ladrón con la cabeza cortada y fueron nuevamente a donde el viejo ladrón ciego a pedirle consejo. Al enterarse de lo ocurrido, el ciego, con la alegría reflejada en el semblante, dijo:

—¡Ah, si fuera mozo y tuviera vista, qué buen compañero sería ese que buscáis para mí! En fin, si queréis saber quién es ese avisado ladrón, enviad a un pordiosero a pedir limosna a todos los rincones, porque los grandes ladrones suelen ser grandes limosneros, lo mismo que lo fui yo en mis buenos días. El que enviéis de pordiosero, que haga una cruz en la casa del hombre que le dé buena limosna y ya veremos lo que resulta.

El pordiosero, según le mandaron, se fue a pedir limosna por todos los rincones. El de Amezketa le dio nada menos que cinco duros. El pordiosero hizo una cruz con cal en la puerta de su bienhechor y se fue ligero de allí.

El amezketano, al salir de su casa para hacer algún recado, vio la cruz en su puerta. Entonces compró un poco de cal y blanqueó con cruces todas las puertas de las cercanías. Pronto aparecieron en aquella calle el archivero mayor y unos policías acompañados del pordiosero. ¡Cuál no sería su rabia al ver tantas cruces por todas las puertas! ¿En cuál entrarían? Así que se volvieron todos a casa del ladrón viejo y ciego a preguntarle qué debían hacer.

Al viejo ladrón, ante la desesperación de todos, le dio gran alegría la noticia que le traían. Y luego les dio este consejo:

—Pues bien, señores: cojan ustedes el cadáver del ladrón descabezado, vístanle con los vestidos que antes tenía, átenlo erguido sobre una mula y paseen así calle arriba y calle abajo frente a todas las casas marcadas con una cruz. El cadáver sin cabeza del ladrón pronto denunciará al ladrón vivo que es dueño de dos cabezas.

El amezketano era también zapatero y pasaba entre cueros algunos días de la semana. Había mandado a llamar a su mujer y allí estaban los dos en la casa cuando empezaron a pasear por la calle el cadáver sin cabeza. Al pasar ante la casa, el amezketano se hizo el desentendido, pero la mujer lanzó un grito. Los de afuera lo escucharon y el de

Amezqueta, barruntando la que se le venía encima, cogió unas tijeras y le hizo a su mujer un corte en el dedo. Al momento entraron en la casa los que buscaban al ladrón y dijeron:

–Vénganse ustedes con nosotros.

–¿Con ustedes? –dijo el amezketano–. ¿A dónde y para qué?

Y dijeron los otros:

–Porque vosotros habéis sido los que le habéis cortado la cabeza. Esa mujer ha lanzado un grito al ver el cadáver y por eso os hemos conocido.

–Pues ¿no ha de gritar –respondió el amezketano– si se ha cortado un dedo con las tijeras? A buen seguro que ustedes también habrían gritado si les *ocurriría* lo mismo.

Total, que estuvieron un rato discutiendo y, al final, se tuvieron que marchar los policías al no encontrar razón para detenerlos.

Pero, como estaban convencidos de que el de Amezqueta era el ladrón que buscaban y que no dejaría que su compañero se fuera al otro mundo sin cabeza, dejaron el cadáver en una choza cercana, pensando que el otro traería la cabeza junto al cuerpo, y se escondieron a esperar.

Al anochecer, el amezketano, que se temía la celada, montó su caballo llevando en las alforjas la cabeza, además de pan y vino. Comenzó a llover tanto que se vio obligado a buscar refugio en la choza. Allí le alcanzaron los que le seguían y le ofrecieron pan y vino para entretenerlo, pero él les dijo que también traía vino consigo y les dio a beber del suyo. Y como había echado en el vino unas adormideras, los policías quedaron dormidos como troncos después de beberlo. Entonces el de Amezqueta pudo dejar la cabeza junto al cuerpo de su compañero y, aprovechando que escampaba, montó en su caballo, recogió a su esposa y desapareció rumbo a su tierra.

85. EL CASTILLO DE LAS SIETE TORRES

Había una vez un padre que tenía tres hijas. Eran tan pobres que muchos días sólo podían comer peladuras de patata. Un día el padre se sintió mal y comprendió que muy pronto iba a morir. Entonces reunió a sus tres hijas, les entregó un saco lleno de ceniza y les dijo que deberían salir de casa a buscar fortuna y que ese saco era todo cuanto podía darles como dote.

–No parece mucho –les dijo el padre–, y en verdad no lo es; pero llevadlo con vosotras a donde vayáis porque os dará la suerte que necesitáis para ser felices.

Al día siguiente, las tres muchachas, todas llorosas, se echaron el saco a la espalda, acordando que cada una lo llevaría un trecho, y salieron a buscar fortuna.

Anda que te andarás, se les echó la oscuridad encima cuando estaban en mitad de un espeso bosque. No habían comido nada en todo el día y, sin saber qué hacer y muertas de hambre, optaron por subirse a las ramas de un pino para pasar la noche, no fuera a ser que hubiera alimañas por allí que las atacasen para devorarlas. Y como no sabían si el bosque era peligroso, una vez que subieron a lo alto del pino dejaron caer un puñado de cenizas al suelo cada una de ellas y la ceniza quedó extendida al pie del árbol. A la mañana siguiente, cuando bajaron, vieron que en la ceniza estaban marcadas las pisadas de un gigante tan grande que debía de dar miedo con sólo mirarlo.

Total, que sin saber qué hacer ni a dónde ir, reemprendieron su camino a la buena de Dios y allá que fueron atravesando bosques y más bosques y montes y más montes sin encontrar un alma. Y otra vez se les hizo de noche y, como en la noche anterior, se subieron a lo alto de un pino y volvieron a echar los tres puñados de ceniza. A la mañana siguiente, allí estaban marcadas las pisadas del gigante feroz. Otra vez se echaron al camino, con un hambre que ya no podían más y con el miedo metido en el cuerpo por causa del gigante, y venga a andar y andar sin encontrar persona ni casa alguna, siempre las tres solas por aquellos parajes de monte y bosque y alimentándose de raíces y bayas.

Hasta que a la tercera noche, cuando ya se preparaban para buscar un árbol, vieron allá lejos, muy lejos, una lucecita pequeña, muy pequeña, y las tres hermanas siguieron andando a toda prisa hacia ella. Cuando llegaron cerca, muy cerca, vieron que se trataba de un castillo grandioso, con siete torres tan altas, tan altas, que parecían tocar el cielo.

Llamaron a la puerta, que también era muy alta, y les abrió una princesa hermosísima, toda cubierta de oro y brillantes, que les preguntó quiénes eran y qué querían, y las tres pobrecillas le pidieron que las dejara dormir allí esa noche. Apenas hubo oído esto, la princesa les aconsejó que huyesen de inmediato, porque aquél era el castillo de un gigante que, de día, recorría los montes y bosques y, ya bien entrada la noche, volvía a cenar y a dormir al castillo; si las encontraba allí, les dijo la princesa, se las comería en tres bocados.

Las tres muchachitas le dijeron que se esconderían bien y no pasaría nada, pero la princesa replicó que el gigante tenía un olfato muy fino y que, desde siete leguas antes de llegar al castillo, sería capaz de olfatearlas y que, cuando llegase al castillo, vendría con la boca hecha agua y las encontraría al instante. Ahora sí que ya no les llegaba la camisa al cuerpo a las pobres muchachas, pero estaban tan rendidas que insistieron en quedarse a pesar del peligro, porque no podían dar un paso más.

La mayor se escondió detrás de una artesa, la mediana en una bota de vino y la pequeña detrás de la puerta.

Al cabo de un rato se sintió como un terremoto que hacía temblar todo el monte, el mismo castillo crujía y se tambaleaba, y las siete torres se balanceaban de un lado a otro como árboles sacudidos por un ventarrón. Eran las pisadas y los bufidos del gigante, que venía a dormir. Y ya desde lejos venía diciendo en voz tan alta que atronaba los cielos:

–Ñam, ñam, qué rico olor de carne humana siento; ñam, ñam, qué rica debe de estar.

En cuanto entró en el castillo, preguntó qué habían traído para cenar, porque olía deliciosamente a carne humana y tenía un hambre de lobo. ¡No hace falta decir el susto que se llevaron las pobres muchachitas! La princesa le dijo que no había traído ninguna carne, que debían ser las ganas de comer lo que le hacía creer que había carne humana para cenar. El gigante se enfurruñó al oír esto y empezó a andar de un lado a otro gruñendo y amenazando. Luego, más calmado, cogió el pan que había en la mesa y se lo comió en cuatro bocados; entonces fue a buscar más pan a la artesa y vio que allí estaba escondida la mayor de las hermanas.

–¡Ah! –gritó el gigante a la princesa–. ¿Ves cómo tenía yo razón? Pues ahora me voy a

comer a las dos: a esta niña porque me apetece y a ti por haberme engañado.

La pobre hermana mayor le pidió perdón y el gigante no le hizo caso, pero, como la encontró muy flaca, le dijo a la princesa:

–Ésta está tan flaca que hoy no comería más que huesos, así que ocúpate de engordarla y ya me la comeré el primer día de fiesta. Y, mientras tanto, que se ocupe de amasar el pan.

A continuación se bebió la jarra de vino en dos tragos y fue a la bota a buscar más. Como le pareció que el vino salía turbio, miró bien adentro por todas partes a ver si la bota estaba dañada y, al agitarla, la hermana mediana, que estaba agarrada a ella, cayó al suelo. Y así que la vio, dijo el gigante:

–¡Ajá! ¿Conque no había carne humana para cenar? Ganas me dan de comeros ahora mismo a ti y a esta desdichada.

La pobre muchacha lloró y suplicó y, como estaba igual de flaca que su hermana, al final el gigante se la dio a la princesa para que la engordase y, de paso, la ayudase a limpiar.

La hermana pequeña estaba muerta de miedo detrás de la puerta. El gigante, entonces, fue a cerrar la puerta y, naturalmente, la encontró allí detrás. Se la quería comer como postre, pero le ocurrió lo mismo que con las otras dos: estaba demasiado flaca y se la dio a la princesa para que la engordase y para que la ayudara a encender el fuego de cada día.

Durante toda una semana, la princesa estuvo alimentando a las muchachas a base de bien y al cabo de la semana las tres estaban gordas a más no poder. Lo malo era que, cuanto más comían y mejor vida se daban, más tristes se ponían y más asustadas estaban, porque sabían que el gigante se las comería sin remedio. Un día antes de la fiesta se reunieron las tres para ver cómo podrían salvarse. Quedaron de acuerdo en que la pequeña, cuando calentara las tenacillas para alisar los cabellos de la princesa, las tendría bien candentes y así le quemaría la cabeza y la mataría; y que la mayor, antes de que se levantara el gigante, que solía dormir dentro del horno de pan para aprovechar el calor, avivaría el fuego hasta hacer una buena fogata, cerraría la puerta y lo dejaría quemarse dentro.

Y dicho y hecho. La pequeña requemó la cabeza de la princesa, que en seguida quedó muerta, y la mayor asó al gigante dentro del horno. Y muertos el gigante y la princesa, quedaron ellas solas como dueñas y señoras del castillo.

Lo primero que hicieron fue buscar las llaves de las habitaciones y abrirlas todas. Descubrieron que la más grande estaba llena de vestidos de seda, bordados de oro y de brillantes, de todas las medidas y para todos los gustos; si uno era hermoso, el otro lo era más.

En otra habitación, un poco más pequeña que la anterior, encontraron miles y miles de pares de zapatos, bordados con hilo de oro y plata, cubiertos de diamantes y brillantes y con hebillas de oro; también había para todos los gustos y de todas las medidas. Y en otra habitación, más pequeña que la anterior, hallaron una hermosura de joyas, peines, collares, brazaletes, anillos, pendientes, dijes y colonias de mil olores, todo de lo mejor y de lo más fino. Total, que las tres se vistieron como unas marquesas, cada una se puso lo mejor que había de su medida y, ahora, si la una parecía rica y bella, la otra lo parecía más, y la verdad es que no habría habido ojos suficientes para admirarlas a las tres.

Y así vestidas y acicaladas, bajaron al establo y encontraron seis caballos y tres carrozas a cuál mejor y más lujosa.

Cada una enganchó dos caballos a su carroza y se dispusieron a partir hacia la ciudad donde habitaba el rey. Pero, de pronto, la pequeña recordó el saco de ceniza que les había entregado su padre como dote y del que les había dicho que les daría la suerte que necesitaban para ser felices. El caso es que cada una se disponía a ocupar una carroza distinta, de modo que, después de pensarlo, decidieron, por si acaso tenían que separarse, repartir la ceniza en tres partes iguales y cada una cargó con la suya.

Llegaron las tres a la ciudad, montadas en sus carrozas, y toda la gente se detenía en la calle a su paso o salía a los balcones a contemplarlas, porque las tres doncellas eran tan hermosas como llamativas sus carrozas. Total, que corrió la voz por la ciudad y cada vez acudía más gente a verlas pasar, y la noticia de su presencia llegó hasta el mismo palacio. Allí estaban los tres hijos del rey, que, al enterarse, no pudieron reprimir su curiosidad y fueron también a verlas. Naturalmente, en menos de lo que se tarda en contarlo, cayeron enamorados de las tres doncellas y fueron a ver a su padre para decirle que se querían casar con aquellas hermosas muchachas que paseaban por las calles de la ciudad. Y así fue como las tres encontraron la felicidad y todavía hoy guardan su parte de ceniza en una arqueta bajo la cama.

86. EL ANILLO DE «POR AQUÍ»

Érase que se era una niña muy bonita y muy pobre, que solía ir al monte todos los días a recoger leña para venderla luego y sacar para comer. Una vez se entretuvo tanto recogiendo ramas aquí y allá que, para cuando quiso darse cuenta, se le echó la noche encima. Intentó volver aprisa a su casa, porque tenía miedo del bosque oscuro, pero, como no veía el camino, se perdió.

«¡Ay, Dios mío», se dijo, «qué va a ser de mí ahora!».

Anduvo y anduvo de un lado para otro, cada vez más asustada mientras escuchaba los ruidos del bosque, que todos le parecían amenazadores... y, en esto, le pareció ver una lucecita muy pequeña a lo lejos. Se echó a andar en esa dirección con la esperanza de encontrar a alguien y llegó a una casa a cuya puerta estaba sentado un gigante.

Al ver al gigante se llevó un buen susto y le temblaron las piernas, pero el gigante ya la había visto y comprendió que no podría escapar. Entonces, haciendo de tripas corazón, se acercó al gigante y le dijo humildemente:

–Señor gigante, tenga usted compasión de mí. Estoy perdida en el bosque y muy cansada, y no tengo dónde pasar la noche. Si usted me hiciera el favor de recogerme...

Y el gigante le contestó:

–¡Ah, pues claro que sí, con mucho gusto!

Se volvió hacia la puerta y dijo:

–¡Ábrete, puerta!

La puerta se abrió y entraron en la casa. Y cuando entraron, el gigante dijo a la puerta:

–¡Ciérrate, puerta!

Y la puerta se cerró tras ellos.

La niña vio que estaban en la cocina del gigante y que en el fogón ardía un fuego grandísimo que iluminaba toda la estancia; sobre las llamas pendía una cadena y a un lado había una enorme caldera con un asa y un gancho para colgarla de la cadena. El

gigante se sentó junto a la lumbre y entonces la niña pudo verle bien: era de color muy oscuro, de aspecto fiero, lleno de pelos, con largos colmillos... y tenía un solo ojo en mitad de la frente. A la niña le entró aún más miedo que antes, pero lo disimuló como pudo. El gigante, que parecía la mar de contento, le mandó preparar la cena:

–Coge un carnero y prepárame la cena en esa olla que ves ahí. De ahora en adelante vivirás conmigo. Y si un día intentas escaparte, en vez de la carne de cordero me comeré la tuya, que seguro que está mucho más rica.

La niña se puso inmediatamente a hacer la cena sin rechistar y el gigante, en cuanto vio que ella se resignaba a su suerte, se fue a dormir un rato en su cama.

–En cuanto tengas la cena hecha, me la llevas a mi cuarto.

Se fue el gigante y, al poco rato, ya se le oía roncar con estrépito. La niña preparó la cena y luego puso en el fuego un hierro puntiagudo que encontró por allí. Cuando la cena estuvo lista, ella comió primero y luego se fue a echar un vistazo por la casa. Había muchas pieles de carnero colgadas por las paredes. Y al abrir una puerta que daba a la cocina, vio que era la de un corral cerrado y que en él había multitud de ovejas, que eran las que cuidaba el gigante.

La niña, entonces, se volvió al fogón, cogió el hierro, que ya estaba al rojo vivo, y fue con él al cuarto del gigante. El gigante dormía a pierna suelta y seguía roncando igual que antes y haciendo un ruido tremendo, de manera que la niña se acercó sigilosamente, llegó junto a él, levantó el hierro y se lo clavó en el único ojo.

El bramido del gigante al sentir el hierro fue tal que por poco se les cae la casa encima. Saltó de la cama y empezó a correr a un lado y a otro dando puñetazos y patadas de tanto como le dolía. Pero en seguida se puso como loco a buscar a la niña y lo primero que hizo fue colocarse delante de la puerta para que no pudiera salir. La niña se había escondido en el corral, sólo que el corral no tenía salida afuera, así es que para salir no había otra puerta que la que guardaba el gigante furioso.

En esto, las ovejas empezaron a salir del corral a la cocina y se lanzaron apretadamente, en busca de la salida. El gigante, como estaba ciego, no las podía ver, pero las palpaba con sus manos cuando pasaban bajo sus piernas. Entonces la niña cogió una de las pieles de carnero, se cubrió con ella y se metió entre las ovejas. Cuando pasó bajo el gigante, éste creyó que era una oveja y la dejó pasar. Nada más salir afuera, la niña tiró la piel y echó a correr gritando alegremente:

–¡Ya estoy fuera! ¡Ya estoy fuera!

Al darse cuenta el gigante de que la niña se le había escapado, se dirigió a ella aguantándose la rabia y, con una sonrisa, le dijo:

–Espera niña, no corras, que ya no puedo hacerte nada porque no puedo verte. Reconozco que eres muy ingeniosa y que me has ganado, así que te perdono. Y en prueba de que te perdono, te regalo el anillo que más quiero.

Cayó el anillo del gigante en la hierba luciendo como si fuera un gusano de luz. La niña, temerosa de que fuera una trampa, se quedó mirándolo, mas no se acercó a él. El gigante, entre tanto, se había sentado tranquilamente a la puerta de su casa. Y el anillo brillaba de tal modo y era tan bonito que la niña no lo pudo resistir, porque nunca había visto nada igual en su vida, y se acercó cautelosamente a cogerlo. En cuanto lo cogió, el anillo se le ajustó al dedo. Y la pobrecita lo miraba embelesada cuando, en ese mismo instante, el anillo comenzó a cantar:

–¡Por aquí voy! ¡Por aquí voy!

El gigante, que lo oyó, se puso en pie de un salto que hizo temblar la casa y el bosque y corrió tras la niña dando gritos feroces y jurando que se la comería sin esperar a cocinarla. Y el anillo le guiaba cantando:

–¡Por aquí voy! ¡Por aquí voy!

La niña hacía grandes esfuerzos para sacárselo del dedo, pero no podía. Así llegó junto a un río que llevaba mucha corriente y el gigante ya se le echaba encima, siguiendo la voz del anillo. Como no había manera de pasar el río, la pobre niña, en su desesperación, se acordó de la navajita que llevaba siempre consigo para limpiar de hojas las ramas que recogía en el bosque; sin pensárselo dos veces, la sacó, la abrió y, de un solo tajo, se cortó el dedo del anillo. Después, lo cogió y lo echó al agua. Y el anillo, en el agua, gritaba aún:

–¡Por aquí voy! ¡Por aquí voy!

El gigante siguió a la voz y se cayó al río; y como la corriente era tan fuerte, lo llevó con ella hasta un gran remolino que se lo tragó en un momento.

Entonces la niña volvió a la casa del gigante, reunió a todas las ovejas, se las llevó a su choza y no volvió a ser pobre nunca más.

87. EL SINO

Una vez, un príncipe se perdió en un bosque y no encontraba el camino de vuelta. Estuvo perdido varias horas hasta que, al atardecer, le pareció ver una casita entre la espesura y se dirigió a ella. Cuando se acercó, vio que era una modesta cabaña y que en ella vivía un matrimonio que se dedicaba al pastoreo. El príncipe habló con ellos sin darse a conocer, porque vio que eran amables por naturaleza y generosos también, ya que le ofrecieron compartir su pobre cena: queso, leche de oveja y pan de centeno. Después, le acomodaron una cama de paja y allí se quedó el príncipe tan a gusto.

A eso de la medianoche, el príncipe escuchó ruidos y voces y pronto se dio cuenta de que la pastora se estaba quejando de dolores de parto. Siguió despierto un rato y, en esto, oyó el llanto de una criatura y luego la voz del marido que decía:

–¡Es niña! ¡Es una niña más guapa que todas las flores de este bosque!

En aquel lugar se tenía por costumbre leer el sino de las criaturas en el momento en que acababan de nacer, de manera que el pastor leyó en voz alta el sino de su hija. El sino decía que, al llegar a la edad de quince años, la niña se casaría con un príncipe que en aquel momento estaba acostado en una cama de paja.

El príncipe oyó la lectura y se dijo: «El sino se refiere a mí, de eso no hay duda; pero yo evitaré mi matrimonio con la hija de estos pastores».

Los padres estaban tan contentos con el sino, aunque no se lo acababan de creer, pues no sabían que aquel a quien habían dado lecho de paja era un príncipe.

Justo antes del amanecer, cuando aún dormían todos, el príncipe se levantó sigilosamente, cogió a la niña sin que le vieran, tomó su caballo, se metió en lo profundo del bosque y dejó a la niña colgada de la rama de un nogal.

El príncipe estaba viviendo en el castillo de unos tíos suyos y los tíos, al ver que el sobrino no volvía, determinaron salir a buscarle; y en eso estaban, batiendo el bosque, cuando oyeron llorar a una criatura. Guiados por los lloros, fueron a dar con el nogal del

que colgaba la niña, la encontraron y se la llevaron consigo. Volvieron al castillo y lo primero que hicieron fue bautizarla y para ello le buscaron el nombre de María. Y como la habían encontrado colgando de un nogal la llamaron María la del Nogal.

Entre tanto, el príncipe había conseguido salir por el otro extremo del bosque y había vuelto al castillo de su padre, desde donde mandó recado a sus tíos de que se encontraba bien y a salvo.

Al cabo de algunos años, el príncipe volvió al castillo de sus tíos durante la temporada de caza y, estando en él, vio a la niña y le llamó la atención su apellido, así que preguntó la causa por la que la conocían como María la del Nogal. Entonces sus tíos, que querían mucho a la niña, le explicaron cómo y dónde la habían encontrado. Al oír sus explicaciones, el príncipe montó en cólera y dijo que habían hecho mal en recogerla y que nunca volvería por aquel castillo mientras en él viviese María la del Nogal.

En realidad, el príncipe estaba preocupado y asustado, pensando que podría cumplirse el sino que el pastor había leído la noche del nacimiento.

Y ocurrió que cuando la niña iba a cumplir quince años, volvió el príncipe al castillo de sus tíos para exigirles que desterraran a la niña para siempre. Y viendo que no conseguía nada, porque la querían como a una hija, se encerró en su habitación meditando la manera de librarse de ella.

Al día siguiente, al lavarse las manos, dejó sus anillos, que le molestaban, en el agua de la jofaina; y como el agua estaba turbia por el jabón, allí se quedaron. Luego María fue a limpiar la habitación del príncipe y, claro, al ver el agua sucia de la jofaina, la tiró por una ventana que daba al mar; y con el agua de la jofaina se fueron los anillos. El príncipe preguntó luego por sus anillos y María le dijo que no los había visto. Entonces les dijo a sus tíos que ella se los había robado.

El robo era un asunto grave, así que, aun con gran pena por lo mucho que la apreciaban, los tíos la echaron de su casa. Pero su tía mandó a un criado detrás de ella para saber qué hacía.

María, sin saber qué hacer, se dirigió a la orilla del mar y se sentó encima de una peña a mirar a lo lejos, y al poco rato se puso a llorar. Y cuanto más lloraba, más desconsuelo sentía.

Mas hete aquí que, de pronto, vino volando a ras de agua un cormorán, y el cormorán traía los anillos del príncipe en el pico y se los puso en las manos a María. Al verlos,

María dio media vuelta y volvió corriendo al castillo para devolvérselos al príncipe y contó a todos cómo habían salido del mar.

Nadie daba crédito a lo que decía, pensando que siempre los tuvo consigo y que ya era tarde para arrepentirse. Pero la tía mandó llamar al criado al que había encargado que siguiese a María y le preguntó:

—¿Es verdad lo que ella dice?

Y contestó el criado:

—Es verdad, que yo lo vi.

Entonces el príncipe comprendió que no podría librarse del sino que le perseguía y se casó con María la del Nogal.

Y nunca se supo si este matrimonio ha sido feliz.

88. ESTRELLITA DE ORO

Éstos eran un rey y una reina que tenían una sola hija. Y se murió la madre y se volvió a casar el rey. La vida en el palacio iba muy bien hasta que la nueva reina tuvo una hija porque, desde ese momento, todo fueron amores y mimo para su verdadera hija y maltratos y humillaciones para la hijastra. Además, a medida que crecía la hija de la nueva reina, peor trataba ésta a su hijastra: la mandaba a lavar la ropa, a buscar agua a la fuente... en fin, que la trataba como a una criada y, mientras tanto, la hija se quedaba en casa y no daba un palo al agua.

Un día la reina envió a la hijastra a lavar y le dio ropa sucia de tizne, una miajilla de jabón y un puchero vacío. Y le dijo:

–Tienes que traerme la ropa muy blanca, dos jabones enteros y el puchero lleno de sopa.

La pobre muchacha salió muy triste con su carga, porque no sabía cómo podría cumplir con el encargo que le había hecho su madrastra. Y en el camino al lavadero, se encontró con una viejecilla que, al verla tan lastimosa, le preguntó:

–Niña, ¿por qué vas tan triste?

Y la muchacha le contestó:

–Es que mi madrastra me manda a lavar estas ropas y están tan negras de tizne que no se las puede ni mirar; y me ha dado sólo una miajilla de jabón para lavarlas y, además, este puchero que no tiene nada dentro para comer. Y tengo que volver con la ropa muy blanca, dos jabones enteros y el puchero lleno de sopa.

Y le dijo la viejecilla:

–Bueno, pues no te apures. Toma esta cesta que te doy y mete dentro la ropa y el jabón. Después, mira para el cielo. Ah, y no te olvides de comer la sopa que haya en el puchero.

La muchacha, consolada, hizo todo lo que le ordenó la viejecilla. Y cuando miró al

cielo, le cayó una estrellita de oro en la frente; y cuando miró dentro de la cesta, vio que la ropa estaba tan blanca como nunca lo había estado y que sobre ella había dos hermosos pedazos de jabón; y cuando miró el puchero vio que estaba lleno de rica sopa, se la comió, y el puchero se volvió a llenar solo.

Muy contenta, recogió todo y se volvió a donde estaba su madrastra. La madrastra, en cuanto la vio, le dijo:

—¿Has hecho todo lo que te dije que hicieras?

La muchacha le entregó todo lo que traía. Entonces la madrastra reparó en la estrella que llevaba en la frente y le preguntó cómo había sido eso. Y la muchacha le contó su encuentro con la viejecilla y que le había dicho que mirase para el cielo y le había caído la estrellita de oro.

La madrastra se puso muy envidiosa, llamó a su hija y le dijo:

—Ahora mismo te vas tú también a lavar la ropa al lavadero y te llevas lo mismo que tu hermanastra para que vuelvas con una estrellita de oro en la frente.

Así hizo su hija. Se encontró con la viejecilla y ésta vio que venía por envidia y la castigó. Le dijo que metiera la ropa, el jabón y el puchero en la cesta y que mirara para el cielo. Lo hizo la hija de la reina y le cayó un rabo de burro en la frente; y cuando fue a mirar en la cesta, encontró la ropa negra como de tizne, el puchero vacío y no había ni la miajilla de jabón que había traído. Y así se marchó de vuelta al palacio, con el rabo de burro plantado en la frente.

Verla su madre y ponerse furiosa fue todo uno. Y cuanto más furiosa estaba, peor trataba a su hijastra. La gente las empezó a llamar Rabo de Burro a la una y Estrellita de Oro a la otra. Al final, la reina, no sabiendo cómo fastidiar a su hijastra, la puso a limpiar las cocinas de leña y a sacar las cenizas. Cuando llegó el domingo, dejaron a Estrellita de Oro limpiando las cenizas y la reina y Rabo de Burro se fueron a misa en coche. A pesar de que tenía un rabo de burro en la frente, la madre la vestía de manera que no se le notase, pero la gente decía:

—Ja, ja, ja. Estrellita de Oro en la cenicera está y Rabo de Burro en el coche va.

Un día, el rey tuvo que salir para hacer un largo viaje, que le tendría varios días fuera. Antes de partir, fue a hablar con su hija, Estrellita de Oro, y con su hijastra, Rabo de Burro, y les preguntó qué querían que les trajera, porque el rey las quería a las dos por igual. Rabo de Burro le dijo que quería un traje muy bonito, un sombrero de plumas y

unos zapatos. Y Estrellita de Oro le dijo a su padre que todo lo que ella quería era que le trajese una varita del primer árbol que encontrase.

Partió el rey y en seguida encontró un árbol, mandó detener su carroza, se apeó y cortó la varita más recta y vistosa que nacía en sus ramas. Cuando llegó al lugar a donde iba, compró el traje, el sombrero y los zapatos, volvió con todo y se lo dio a sus hijas.

Unos días después, un rey vecino dio una gran fiesta con baile, porque era soltero y quería buscar esposa. La reina vistió a Rabo de Burro con lo que le había traído su padre, que le quedaba muy elegante, le escondió el rabo con una peluca y una diadema y la llevó al baile, al que iban a acudir todas las princesas y las muchachas casaderas de los reinos vecinos. Pero antes volcó un saco de lentejas entre las cenizas de la cocina y le dijo a Estrellita de Oro que no se moviese de allí hasta que no las hubiera apartado y limpiado. Hecho lo cual, se fue al baile con su hija.

Estrellita de Oro cogió entonces su varita, que era una varita de virtud que la viejecilla había puesto en el camino del rey, su padre, y fue y dijo:

–¡Pajaritos, pajaritos del jardín, venid a ayudarme!

Vinieron una enorme cantidad de pajaritos y en un momento separaron las lentejas y las pusieron en una cesta. Entonces Estrellita de Oro le pidió a la varita de virtud un rico vestido de oro, plata y encajes, unos zapatos de oro para ir al baile y una diadema con una perla para cubrir la estrellita que tenía en la frente. Y de esta manera, y en un coche muy elegante que también pidió, se fue al baile.

Llegó al baile y, en cuanto el rey la vio, estuvo bailando con ella, bailando y bailando sin parar y, cuanto más bailaba con ella, más le gustaba y le dijo que si quería casarse con él. Estrellita de Oro le dijo que más tarde le contestaría; y así siguieron, bailando y bailando. Rabo de Burro y su madre estaban muertas de envidia pensando quién sería aquella muchacha que encandilaba al joven rey.

Se hizo tarde y Estrellita de Oro le dijo al joven rey que se tenía que ir. El joven no quería dejarla ir, pero al final se resignó y la acompañó hasta el coche; y en el camino ella le dio promesa de matrimonio y se hicieron novios y le prometió que volvería al próximo baile. Y en cuanto ella llegó a su palacio, le dijo a su varita de virtud que la volviera como antes y otra vez se vio en la cocina.

Al poco tiempo llegaron Rabo de Burro y su madre del baile, y decían:

–¡Ay, qué muchacha más bonita había en el baile! ¿Quién será? ¿Quién será? Y venga a bailar y bailar con el rey toda la noche. ¿Quién será? ¿Quién será?

Y contestaba Estrellita de Oro:

–Pues sí, pues no, ¿sería yo?

Y le decía la madrastra:

–¡Qué has de ser tú, con lo sucia que estás!

Conque llegó la segunda noche de baile y otra vez vistió la reina a Rabo de Burro muy elegante y se fueron al palacio del joven rey. A Estrellita de Oro le echaron otra vez un saco de lentejas entre las cenizas de la cocina y le dijeron que las limpiara.

Apenas se hubieron ido, Estrellita cogió su varita de virtud y llamó de nuevo a los pajaritos:

–¡Pajaritos, pajaritos del jardín, venid a ayudarme!

Volvieron los pajaritos y le limpiaron las lentejas en un santiamén. Le pidió entonces a la varita un traje bordado con los colores de todas las flores del mundo y una diadema con un rubí que le ocultara la estrellita de la frente. Y se fue al baile en un coche más elegante que el de la primera vez.

El rey ya la estaba esperando, porque ya eran novios, de manera que, cuando llegó, la sacó a bailar y estuvieron bailando y bailando toda la noche, hasta que se hizo tarde y ella le dijo que tenía que volver a su casa, pero que a la otra noche vendría otra vez sin falta. El joven rey la acompañó a su coche y, en cuanto estuvo de vuelta en casa, le pidió a la varita que la volviera como antes y otra vez se vio en la cocina.

Cuando llegaron la reina y su hija la encontraron en la cocina con todas las lentejas separadas y limpias, como la otra vez. Y decían ellas:

–¡Ay, qué guapa estaba esta noche la novia del rey! ¿Quién será? ¿Quién será?

Y contestaba Estrellita de Oro:

–Pues sí, pues no, ¿sería yo?

Y la madrastra le decía:

–¡Qué has de ser tú, con lo sucia que estás!

Bueno, pues llegó la noche siguiente, vistió la reina a Rabo de Burro más elegante que nunca, se marcharon al baile y dejaron a Estrellita de Oro limpiando lentejas. Y sucedió como en las veces anteriores: la muchacha llamó a los pajaritos, éstos vinieron y limpiaron las lentejas en menos de lo que se tarda en decirlo y ella le pidió a su varita un traje aún más precioso y rico que los anteriores, esta vez con campanillas de oro y plata que fueran sonando y una diadema con un diamante que le cubriera la estrellita de la frente. Se vistió y se marchó al baile en un coche tirado por seis caballos blancos.

El joven rey ya la estaba esperando y, como siempre, la sacó a bailar. No se despegaba de ella y estuvieron bailando toda la noche y Rabo de Burro y su madre estaban verdes de envidia. Esta vez Estrellita se descuidó un poco y se le hizo muy tarde, tan tarde que le dijo al rey que no podía esperar un minuto más y echó a correr hacia su coche. Se fue tan deprisa que en el camino se le salió uno de sus zapatos de oro y el rey, que no logró alcanzarla, recogió el zapato y se quedó con él. Estrellita de Oro voló a su casa en el coche tirado por los seis caballos blancos, le pidió a la varita que la volviera como antes del baile y se quedó en la cocina esperando.

La reina y su hija llegaron en seguida. Y decían:

–¡Ay, esta noche sí que estaba guapa la princesa! ¿Quién será? ¿Quién será? Al salir del baile se le perdió un zapato y lo cogió el rey. Y el rey dice que se casa con la dueña de ese zapato. ¿Quién será? ¿Quién será?

Y contestaba Estrellita de Oro:

–Pues sí, pues no, ¿sería yo?

Y decían las dos, la reina y su hija:

–¡Qué has de ser tú, con lo sucia que estás!

Al otro día, salió el joven rey de su palacio y llegó a donde vivía la reina, pues estaba buscando a la muchacha a la que le viniera bien el zapato perdido. Llegó al palacio de la reina y fue Rabo de Burro y se cortó los dedos de los pies para que le cupiera el zapato, pero el rey vio que no era suyo. Entonces preguntó el rey si no había otra muchacha en la casa. La reina le contestó que no, que sólo quedaba la que estaba en la cocina, que era muy fea y muy sucia. El joven rey pidió que la llamaran y, como era el rey quien lo pedía, la fueron a buscar.

La reina y su hija decían:

–No sé para qué pierde el tiempo llamando a esa sucia.

Entonces salió Estrellita de Oro vestida con su traje de campanillas de oro y plata y con un solo zapato de oro. El rey, al verla, la reconoció inmediatamente y le puso el zapato que traía guardado, que le venía a la perfección, pues era el que ella había perdido.

El joven rey pidió la mano de Estrellita de Oro a su padre, que se la dio gustoso. El padre, al ver cómo habían tratado a la reina y su hija a Estrellita de Oro, se puso muy furioso con ellas, pero Estrellita le pidió que las perdonase y luego se fue con el joven rey a su palacio y se casó con él.

E hicieron muchas fiestas en la boda y fueron muy felices y comieron perdices; y a mí, que lo cuento, me dieron con los huesos en las narices.

89. LAS VERDADES DEL BARQUERO

Había una vez un hombre que se pasaba el día entero jugando y siempre perdía hasta la camisa. Desesperado ante la ruina en la que estaba cayendo por culpa de su mala afición, decidió tirarse al mar y acabar de una vez. Así que allí en una roca estaba, dispuesto a tirarse de cabeza, cuando se le apareció un señorón que le habló de esta manera:

–¿Qué es lo que vas a hacer, desdichado?

–Es que todo me va mal –contestó el otro– porque me paso el día jugando y siempre pierdo. Ya no me queda más por perder que lo que llevo puesto, así que lo mismo me da estar vivo que estar muerto. Por eso me mato.

–Bueno, bueno –dijo el señorón–, no te lo tomes tan a pecho, que en este mundo todo tiene remedio. Si quieres, yo te daré un juego de cartas que te hará ganar siempre; y ganarás tales cantidades de dinero que en pocos días te harás tan rico que no sabrás ni lo que tienes.

–Vaya –dijo el jugador–, y ¿qué es lo que os tendré que dar a cambio?

–Nada de nada –respondió el señorón–. Tan sólo quedarás obligado a venir a mi casa a devolverme las cartas dentro de siete años justos, contados a partir de hoy.

–Pues, si no hay más condición que ésa, trato hecho.

Y así quedaron.

El jugador comprendió en seguida que se las estaba habiendo con el diablo, pero, como era listo, pensó que ya encontraría la manera de cumplir el trato sin caer en las manos del otro. Además, el placer de jugar durante siete años sin perder le parecía el colmo de la felicidad.

Pasó el tiempo y se cumplieron los siete años, así que ya era el momento de devolver el juego de cartas al diablo. El hombre cogió el juego, lo metió en una bolsa más grande de lo que hubiera sido necesario para transportarlo y, como quedaba bastante espacio, lo

rellenó de pelos hasta que no cupo uno más. Luego se puso en camino hacia el infierno. Anduvo tiempo y tiempo hasta llegar a la orilla de un río. Ese río tenía una peculiaridad y era que, una vez que alguien lo cruzaba, ya no podía volver a cruzarlo y se quedaba en la otra ribera para siempre jamás. El barquero estaba tranquilamente echado en la orilla y, en cuanto vio venir al jugador, se ofreció a pasarle al otro lado. El jugador subió a la barca y el barquero le depositó en la otra ribera. Entonces le dijo:

–Ahora, págame el servicio.

–Ya te pagaré a la vuelta –dijo el jugador.

–Eso es imposible –alegó el barquero– porque quien cruza este río no puede volver a cruzarlo; el que va, no vuelve; así que, como no te podré llevar de vuelta, has de pagarme ahora o, si no, es que pretendes estafarme.

–Pues no te puedo pagar porque no tengo ni un real y no porque sea estafador. Y si no puedo volver a cruzar el río cuando regrese de mi viaje, no podrás conocer cuáles son las tres verdades, y eso que te perderás.

–Pero ¡qué dice usted! –protestó inmediatamente el barquero–. Si, precisamente, llevo toda mi vida, y tengo miles de años, esperando saber cuáles son las tres verdades y, en todo ese tiempo, por más que he buscado, no he encontrado a nadie que me las pudiera decir. Nada, nada, ve a tu viaje y vuelve aquí después, que de mil amores te cruzaré otra vez el río para poderlas conocer.

Total, que el jugador se echó a andar camino adelante y acabó por llegar a la puerta del infierno.

–¡Pam! ¡Pam! –tocó en la puerta y, en seguida, acudió a abrirle un demonio portero, que le preguntó:

–¿Qué quiere usted?

–Pues nada –dijo el jugador–, que aquí vengo a traer esta bolsa de pelos.

–¿De pelos? Pues ya puede usted volver con ella porque aquí no la queremos. Bastantes pelos tenemos ya.

–Mire usted que la traigo por encargo del jefe que, precisamente hace siete años, me dijo que se la trajera sin falta.

–Usted debe de estar confundido. ¿Por quién pregunta usted?

–Pues por el Ángel Caído.

–Aquí no vive ningún ángel. Usted está confundido, porque ni esto es el cielo ni aquí vive ningún ángel.

–O sea –volvió a preguntar el jugador– ¿que no quiere la bolsa?

–Váyase usted al cuerno, que pelos tenemos aquí más que de sobra –respondió el demonio dándole con la puerta en las narices.

Conque el jugador desanduvo el camino y volvió al río. Y allí estaba esperándole el barquero, ansioso de saber las verdades. Y en cuanto lo vio, le dijo al jugador:

–Recuerda que te has comprometido a decirme las tres verdades.

–Un trato es un trato –dijo el jugador–. La primera verdad te la diré al subir a la barca; la segunda, a mitad del viaje; y la tercera, al saltar a la orilla.

–Pues venga –dijo el barquero–. Entra en la barca y ya me puedes decir la primera.

–Pues la primera verdad es ésta: «Pan duro, duro, más vale duro que no ninguno».

–Verdad es –dijo el barquero.

Siguió bogando y bogando con fuerza el barquero hasta que llegó al medio del río. Y una vez que llegó, levantó los remos y dijo:

–Ahora ya me puedes decir la segunda.

–Pues la segunda verdad es ésta: «Zapato malo, malo, más vale en el pie que no en la mano».

–Verdad es –dijo el barquero.

Y el barquero, otra vez rema que rema, para llegar cuanto antes a la orilla y poder saber la tercera verdad. Y cuando llegaron dijo:

–¿Cuál es la tercera verdad?

Y contestó el jugador, saltando a tierra:

–La tercera verdad es ésta: «Si a todos pasas como a mí, dime, barquero, ¿qué haces aquí?».

–Ésa sí que es la verdad y me servirá de lección –dijo el barquero satisfecho.

El jugador se fue camino de su casa tan campante y resultó que allí le estaba esperando el diablo. El diablo estaba de mal talante y, nada más verle, le dijo:

–Aquí te estoy esperando, porque no has cumplido el trato que hicimos hace siete años.

–¿Qué dice usted? –protestó el jugador–. ¡Pues claro que he cumplido con el trato! He ido a llevar el juego de cartas a la misma puerta del infierno y sus criados no lo han querido coger, y eso que yo les dije que venía por encargo de usted, que era el cumplimiento de un trato hecho hace siete años.

–Ahora te he cogido, mentiroso, porque, si hubieras ido a la puerta del infierno, como

dices, tendrías que haber cruzado un río; y tú no has cruzado ese río porque, una vez cruzado, no se puede volver a cruzar, así que no estarías aquí.

–¿Cómo que no? –replicó el jugador.

–Porque el barquero sólo pasa a los que van, pero no a los que vuelven –dijo el diablo.

–Excepto a mí –contestó el jugador–, que me volvió a pasar porque a la ida le prometí que, si me cruzaba de vuelta, le contaría las tres verdades.

Apenas dijo esto, se oyó un trueno espeluznante que hizo temblar la tierra, seguido de una gran llamarada que se tragó al diablo furioso; y quedó en todo el lugar un olor a azufre que tardó un día entero en irse.

90. LA FLOR DEL SICOMORO

Hay en Vasconia un monte al que se conoce con el nombre de Iluntzar, un monte que está sobre la población de Navárniz. En ese monte existe una sima cuya profundidad se desconoce, porque nunca nadie la ha podido medir. Es una sima cuya boca no es fácil de encontrar porque está oculta por una espesa vegetación de abrojos y aliagas. Se dice que, tiempo atrás, crecía allí un sicomoro, que es un árbol de hojas parecidas a la morera y cuyo fruto semeja al higo. Sin duda debió nacer allí gracias a alguna semilla llevada por el viento.

Un día pasó por el lugar una mujer, calzada con abarcas y ciñendo saya roja, que llevaba de la mano a un niño. Se detuvieron un momento a descansar y la criatura se fijó en una flor que se abría en una de las ramas del sicomoro. El niño era muy pequeño y apenas hablaba, pero al ver la flor le dijo a su madre:

–Madre, bonito.

Trató de acercarse a la flor y la madre, viendo el peligro, le dijo al niño:

–No, mi amor, no la toques, que tiene porquería.

Y el niño insistió:

–Bonito, bonito.

Luego, como su madre no le dejaba acercarse, empezó a llorar; pero, en seguida, se echó sobre la flor y, al pisar en falso, cayó y quedó enganchado entre los matorrales y las aliagas; y no se podía mover ni para arriba ni para abajo.

La madre, al ver lo que pasaba, saltó hacia su hijo, pero, si lo cogió, no pudo evitar que su peso los empujara al abismo. Madre e hijo, destrozando cien zarzamoras, espantando murciélagos y cornejas del interior de la sima, fueron cayendo hasta perderse dentro de la misma. Y desde aquel día, no se volvió a saber nada más de ellos.

Al pie del monte donde está la sima, mana de una peña un agua ferruginosa muy espesa, que todo el mundo puede verla. Y los aldeanos del lugar, al ver la rojez que trae

esa agua, dicen a quien les pregunta que la enrojece la saya de la pobre madre, que yace con su niño en el fondo del abismo.

91. EL CUÉLEBRE Y EL PASTOR

Érase una vez un pastor que se pasaba el día cuidando de su rebaño. Un día iba por el monte detrás de sus ovejas pensando en sus cosas cuando, de pronto, oyó a un cuélebre que le llamaba desde una covacha excavada en el monte.

Los cuélebres son una especie de dragones que habitan en los montes y bosques de Asturias y otros lugares y la gente les huye porque les tiene miedo.

Y decía el cuélebre:

–Ay, buen pastor, ayúdame a salir de esta oscuridad en la que estoy. Aquí me metí cuando era pequeño y, como he crecido mucho desde entonces, no puedo salir sin que alguien quite la piedra que tapa la cueva, que yo no la alcanzo.

Y le contestó el pastor:

–Si te ayudo a salir de ahí, eres capaz de comerme.

Y dijo el cuélebre:

–¿Cómo he de comerme si me ayudas?

Total, que el pastor le tuvo lástima y con muchos esfuerzos quitó la piedra que tapaba la boca de la cueva. El cuélebre se desenroscó poco a poco y fue saliendo de la covacha con gran esfuerzo. Y cuando estuvo fuera dijo:

–¡Cuánta hambre tengo, pastor, voy a comerme!

El pastor se indignó y dijo:

–Eso no es lo convenido y tengo derecho a que se respete nuestro acuerdo. Vamos a buscar quien sentencie este pleito y para eso necesitamos por lo menos tres opiniones.

–Estoy de acuerdo –dijo el cuélebre.

El cuélebre y el pastor se fueron a consultar el caso. Llegaron a la orilla de un reguero donde encontraron a un perro de caza que estaba medio muerto de hambre.

–Vamos a consultar a este perro –propuso el Cuélebre.

Le contaron el problema y el perro fue y les dijo:

–Yo era el perro más fiel que tenía mi amo y el mejor cazador, y ahora que soy viejo y no puedo cazar, me deja aquí abandonado sin compasión para que me muera de hambre. Y como del mal de hambre no debe morirse nadie, si el cuélebre está hambriento, no hace mal si te come, pastor.

Se despidieron del perro y continuaron andando. Al cabo del rato llegaron a un bosque y en la linde encontraron a un caballo muy flaco y el pastor consultó con él. Y dijo el caballo:

–Con gusto te daré mi opinión. Yo estaba al servicio de un señor con el cual me porté muy bien, pues siempre estaba a punto para todo lo que necesitaba de mí. Y ahora que no puedo trabajar, porque ya soy viejo, me echó a morir en este bosque. Yo creo que el que no comió, justo es que coma, y si el cuélebre tiene hambre, debe comerte.

«Me parece que pierdo el pleito», se dijo, compungido, el pastor al ver cómo iban las cosas.

Siguieron andando los dos y el pastor vio a un zorro sentado sobre una piedra. Se acercó el pastor y le dijo:

–Zorro, ven acá, que quiero consultar contigo un asunto muy grave en el que me va la vida.

Y dijo el zorro:

–Consúltame desde ahí, que bien te oigo.

Entonces el pastor le contó lo que le había ocurrido con el cuélebre y también la sentencia que habían dictado el perro de caza y el caballo flaco.

–Ésa es una sentencia de animales –dijo el zorro después de escucharle–. Para sentenciar el pleito hay que reconstruir los hechos. Vamos los tres a la cueva donde estaba metido el cuélebre y entonces decidiremos.

Conque se fueron allá y dijo el zorro al cuélebre:

–A ver, métete donde estabas para que yo me dé cuenta de tu situación cuando le pediste ayuda al pastor.

El cuélebre se metió en la cueva y entonces el zorro le dijo al pastor que pusiera inmediatamente la piedra en donde la había quitado. Lo hizo el pastor en un pispás y el cuélebre quedó de nuevo encerrado en la cueva. Entonces el zorro se dirigió al pastor y le dijo:

–Ahora déjalo que se muera ahí dentro; si no le hubieras prestado auxilio, no habrías corrido el peligro que corriste y del que te he sacado yo.

El pastor se quedó más contento que unas castañuelas por haberse librado del cuélebre. Luego se acarició la barbilla y le dijo al zorro:

–La verdad es que te estoy muy agradecido por lo que has hecho por mí, amigo zorro. Y para recompensarte, se me ocurre que vengas conmigo al pueblo, donde te voy a dar las gallinas más gordas que tengo en el gallinero para que te las comas bien a gusto.

Y dijo el zorro:

–¡Ni hablar! Yo no voy al pueblo a comer gallinas de día ni contigo ni solo, que no tengo ganas de que se me echen los perros encima y me corran por el monte, si es que no me matan.

Y dijo el pastor:

–Bueno, pues quédate aquí mientras yo voy por ellas y te las traigo.

El zorro se quedó esperando y, al cabo del rato, volvió el pastor cargado con un saco.

Y le preguntó el zorro:

–¿Qué es lo que traes en ese saco?

Y respondió el pastor:

–Aquí dentro traigo una gallina y un par de pollos para que te los comas tan ricamente.

Y preguntó el zorro:

–¿No me engañarás, verdad?

Y contestó el pastor:

–Si te engañase, lo tendría toda la vida sobre mi conciencia. Aquí tienes la gallina y los pollos, y que los disfrutes.

El zorro se echó el saco auestas y se marchó con él. Cuando iba subiendo por el monte, se dijo: «Tengo tanta gana que me parece que no aguanto más, así que me paro en este claro y me zampo un pollito tan a gusto».

Abrió el saco y salió de él un perrazo enorme que se lanzó a la carrera tras el zorro. Y éste, corriendo delante del perro como alma que lleva el diablo, decía en voz bien alta:

*–Para que os quiero, zancas,
que en este puñetero mundo
no hay más que trampas.*

92. LA VELA DE LA VIDA

Era un padre muy pobre que tenía muchos hijos. Como era tan pobre, un día se vio en la necesidad de salir de su pueblo e irse por el mundo a ganar dinero para alimentarlos a todos. Y lo primero que se le ocurrió fue ponerse a servir a una casa. Estaba dando vueltas al asunto cuando vio venir por el camino a un hombre que se detuvo junto a él y le propuso si querría acompañarle a un largo viaje que tenía que hacer. Le dijo que, si lo acompañaba en ese viaje, le daría tres mil reales y, claro, el padre pensó que, con la necesidad que tenía su familia, esos tres mil reales les arreglarían la vida. Así que le dijo al hombre que, si se los pagaba por adelantado, se iría con él. Como pagó, el padre les dejó el dinero a los hijos y se puso a disposición del hombre.

El hombre se lo llevó a su casa y le dijo:

–Pues aguarda aquí en mi casa mientras yo voy por los caballos. Mientras tanto, ve proveyendo las alforjas con lo que tengas y nos pondremos en camino.

El padre llenó las alforjas de todo lo que pudo encontrar y, cuando terminó, le entraron ganas de ver la casa del amo y se metió a mirar. Y descubrió que uno de los cuartos estaba lleno de velas encendidas. Una de las velas se estaba acabando y él dijo en voz alta:

–Esta vela pronto se acaba.

Y la vela le contestó:

–Más pronto te acabarás tú.

El padre se dio un susto de muerte al oír esto y se escapó a la puerta de la casa a esperar al amo.

Llegó el amo con los caballos, cargaron lo que habían de llevar y se marcharon al viaje anunciado. Por el camino, el padre se encontró en unos montes que no conocía. Le preguntó al amo a dónde iban y éste le contestó:

–A ningún lugar que te importe, que tu salario está ya pagado y no tienes más que

decir.

Llegaron a un río de fuerte caudal, que daba miedo y parecía que los caballos no pasarían sin daño, pero el amo lo cruzó y él, haciendo de tripas corazón, también logró pasarlo. Luego llegaron a un castillo y el amo le dio una cuchilla, una aguja de red y una guita y dijo al padre que matase a su caballo e hiciera un saco con su piel. El padre preguntó para qué debía hacer eso y el amo le dijo que se callase, que hiciera lo que le mandaba y se sentó ante el castillo a esperar.

En fin, el padre mató a su caballo, lo desolló, cosió un saco con la piel y se lo llevó al amo. Entonces, el amo sacó un papel que llevaba en su bolsa, le dio un soplido y, sin más, se formó una escalera allí mismo. El amo le dijo que subiera por aquella escalera a llenar el saco que había cosido con el dinero que encontraría en el castillo. Pero el padre le dijo que no se atrevía a subir por una escalera de papel.

–Pues mira cómo subo yo –dijo el amo, y subió antes que él.

Visto aquello, se animó a subir también y el amo se volvió abajo a esperar. El padre se puso a buscar el dinero y al cabo del rato le dijo al amo:

–Mi amo, aquí no encuentro dinero alguno, sino huesos.

–Bueno –dijo el amo–, pues llénalo con esos huesos.

Así lo hizo y, cuando lo llenó, le tiró el saco. Y se disponía a bajar cuando el amo, de otro soplido, hizo desaparecer la escalera. Y le dijo:

–¿No te dijo la vela que tú te apagarías antes que ella? Pues ahí te quedas y ahí morirás antes de que la vela se apague.

Entonces el padre entendió que los huesos que él había cogido de allí eran de otros que habían corrido la misma suerte que le esperaba a él.

Pero, como no se conformaba, cogió la cuchilla que le había dado el amo para que desollara al caballo y empezó a escarbar en el suelo con ella. Poco a poco fue haciendo un agujero, después lo agrandó y, por fin, cuando vio que ya cabía por él, se coló a ver a dónde le llevaba. Se encontró en una habitación en cuyo centro había una mesa llena de manjares de todas clases listos para comer; y como tenía mucha hambre, se sentó a comer. Allí no había nadie, pero en esto apareció una mano y esa mano le cambiaba los platos a medida que los vaciaba y le traía más comida.

Cuando acabó de comer, se echó a andar por el castillo, encontró una cama y se acostó en ella. Como estaba muy cansado, se durmió en seguida, pero cada tanto

aparecía una mano que le daba un golpe y le despertaba. El padre se asustó y escapó al patio. Y allí encontró a una viejecita que le dijo:

–¿Quién te quiere tan mal que a este castillo te trae?

Él contestó:

–Mi fortuna, sea buena o sea mala.

Y le contó lo que le había ocurrido. Entonces la viejecita le dijo que se quedara allí con ella para siempre y le dio todas las llaves del castillo, pero le prohibió que abriese el cuarto que correspondía a la llavecita más chica. Él se lo prometió, agradecido. La verdad es que estuvo abriendo todos los cuartos menos ése, pero al final la curiosidad pudo más y abrió también el cuarto de la llavecita chica. Allí se encontró, con gran susto, a un hombre y una mujer que eran mitad hombre y mitad león y mitad mujer y mitad león. Ya iba a escapar cuando vio que le decían con buenas palabras que, por favor, no se marchase. Entonces se atrevió a entrar y ellos le contaron que eran unos príncipes que estaban allí encantados y que él podía librarlos del encantamiento. El padre preguntó cómo podría hacer eso y ellos le contestaron que fuese a ver a la viejecita y se ofreciera a peinarla.

–Cuando ella acepte –le dijeron–, clávale en la cabeza este alfiler que te damos, quítale las llaves que lleva al cuello y vuelve aquí con ellas.

Así lo hizo el padre, le clavó el alfiler, la vieja quedó muerta, cogió las llaves y fue a donde estaban los príncipes.

Los príncipes le dijeron:

–Esta noche, al cumplirse las doce, se despiertan los leones de este castillo. Sólo entonces, mientras da la hora, podremos escapar.

Al comenzar las campanadas, los dos se convirtieron en hombre y mujer completos, echaron a correr con el padre y salieron del castillo. Al terminar de dar la hora, los leones que lo guardaban se despertaron, pero ellos ya estaban fuera. Al mismo tiempo que salían, desapareció el castillo y el río que lo guardaba por fuera y se encontraron los tres cerca del lugar donde vivían. Los príncipes se marcharon a su palacio, pero el padre les dijo que él tenía que ir a buscar al hombre que le llevó al castillo para matarlo. Los príncipes le dijeron que, cuando lo hubiera matado, se fuera con su familia a vivir al palacio, pues le estaban muy agradecidos por haberlos salvado.

El padre fue a la casa del que había sido su amo, tocó y le salió a recibir una vieja. Él preguntó por el amo y la vieja le dijo que allí estaba. Entonces le dijo quién era y le

encargó que le dijese que estaba a la puerta aguardándolo. El amo salió y se llevó una gran sorpresa al verle vivo:

–¿Aquí estás tú? –le dijo.

Y el padre le contestó:

–Aquí estoy, lo mismo que usted.

Y sacó la cuchilla y le dio una cuchillada en el corazón mientras le decía:

–¿No dijo la vela que yo me apagaría antes que ella? Pues usted se apagó antes que yo. ¿No quiso usted matarme? Pues ahora yo me vengo matándole a usted por su mal corazón.

Entonces entró en el cuarto de las velas y vio que la vela que le había hablado se acababa de extinguir y era la del amo, que tan mal le quería, y que la suya lucía alta y grande todavía. Así que salió de allí y fue a buscar a su familia y todos juntos emprendieron el camino al palacio de los príncipes. Y allí vivieron en medio de la abundancia, a cambio de tantas miserias como habían sufrido antes.

93. LOS TRES HERMANOS

Había una vez tres hermanos que no tenían padre ni madre. Los padres habían muerto sin dejar testamento y, no sabiendo quién habría de quedarse con los bienes, decidieron acudir al rey para que mediase en el asunto.

Se pusieron en camino en orden de mayor a menor, de manera que primero iba el primogénito, después el de en medio y, por último, el benjamín. Y en el camino se encontraron con un hombre que estaba buscando a su mula, que se le había escapado. El hombre, al ver venir a los tres jóvenes, se acercó a preguntar. Y primero le preguntó al mayor:

–Eh, muchacho, ¿has visto una mula suelta por ahí?

El mayor dijo:

–¿Era tuerta?

–Sí –contestó el hombre.

–Pues no la he visto –dijo el mayor.

El hombre esperó a que llegase el segundo, que venía detrás, y le preguntó:

–Oye, muchacho, ¿has visto una mula suelta por el camino?

El de en medio dijo:

–¿Era gris?

–Sí –contestó el hombre.

–Pues no la he visto –dijo el de en medio.

El hombre esperó a que el benjamín llegase a su altura y le preguntó también:

–Eh, muchacho, ¿has visto por ahí una mula suelta?

Y el benjamín dijo:

–¿Le faltaba una pata?

–Sí –contestó el hombre.

–Pues no, no la he visto –dijo el benjamín.

Por fin, les preguntó a dónde iban y se lo dijeron. El hombre, entonces, echó a andar a paso vivo, llegó antes que ellos al palacio del rey y le contó a éste la extraordinaria conversación que había tenido con los muchachos.

Cuando los hermanos llegaron al palacio, pidieron ver al rey y le contaron lo que venían buscando. El rey, lo primero de todo, ordenó a un criado que se ocupase de que les ofrecieran un buen almuerzo y que tomara buena nota de lo que los tres comentaran durante el almuerzo. El criado mandó al cocinero que les preparase para comer cochinillo asado y vino y, cuando estuvo listo, se lo sirvió.

Comieron y el benjamín dijo:

–Este cochinillo estaría mejor si no hubiera sido criado con leche de perra.

Dijo el de en medio:

–Este vino estaría mejor si no viniese de uvas enanas.

Dijo el primogénito:

–El rey sería mejor si no fuera un bastardo e hijo de un moro.

El criado llevó en seguida al rey lo que había apuntado. El rey lo leyó y mandó llamar de inmediato al hombre que les había vendido el cochinillo. Y le preguntó:

–¿Cómo has criado este cochinillo?

El hombre, compungido, respondió:

–Es que la madre se nos murió y teníamos una perra pequeña en casa que lo alimentó.

A continuación, el rey hizo traer a su presencia al hombre que les había vendido el vino y le preguntó:

–¿De qué es este vino?

El hombre dijo:

–Éste es vino de uvas enanas.

En vista de lo cual, el rey llamó a su madre y le preguntó:

–¿De quién soy yo hijo?

La madre le contestó:

–Eres hijo... de tu padre.

El rey no se dio por contento e insistió:

–Y ¿quién era mi padre?

Y la reina dijo:

–Eso sucedió en un año en que había guerra; nosotros estábamos en territorio de moros y tú eres hijo de un moro.

El rey se quedó pensativo. Al cabo de un rato, mandó a los tres hermanos que comparecieran ante él.

Y le preguntó al benjamín:

—¿Cómo supiste tú que a la mula que buscaba aquel hombre en el camino le faltaba una pata?

El benjamín contestó:

—Porque en todo el camino sólo encontré tres pisadas.

Y le preguntó el rey al de en medio:

—¿Cómo supiste tú que la mula era gris?

El de en medio contestó:

—Porque encontré esparcidos y pisados aquí y allá pelos negros y blancos juntos.

Y le preguntó el rey al primogénito:

—Y tú, ¿cómo supiste que la mula era tuerta?

El primogénito contestó:

—Porque a ambos lados del camino había buen pasto, pero sólo estaba pastado el de un lado.

El rey quedó admirado de la agudeza de los tres muchachos y pensaba en el modo de repartirles los bienes. Y por fin, les preguntó:

—¿Sabríais hacerme un retrato de vuestro padre en un papel?

Los tres contestaron que sí, y en seguida tuvieron listo el retrato de su padre.

Entonces el rey fijó el retrato en una diana, les dio una escopeta a cada uno y les dijo que tenían que realizar un solo disparo y que, aquel que demostrase tener la mejor puntería, recibiría todos los bienes. El primogénito y el de en medio apuntaron y dispararon, pero el benjamín se negó a hacerlo. El rey le insistió:

—Y tú, ¿por qué no quieres disparar? Tus hermanos ya lo han hecho, porque ya ves que no es tu padre sino un retrato lo que está en la diana.

El más pequeño dijo:

—Lo sé, pero eso no cambia las cosas. No quiero disparar.

El rey le insistió y le rogó, pero no hubo manera de que cambiase de idea. Entonces, al ver su determinación, dijo el rey:

—Muy bien, pues entonces está claro que los bienes te pertenecen a ti.

Y los tres hermanos se volvieron a casa y el benjamín heredó los bienes de sus padres.

94. EL DEMONIO AYUDA AL CASERO

Había una vez un señor muy rico, dueño de muchas tierras, que tenía un casero muy pobre que apenas ganaba para comer. Un año el casero se fue a ver al señor y le pidió permiso para cavar y cultivar una parte de un monte que era propiedad del señor. El señor le dijo que sí, que cavara lo que quisiese, y el casero le preguntó por las condiciones. Y le dijo el señor:

–Pues el que más labra, más prepara.

Se fue el casero y empezó a cavar todos los días sin dejar uno. Cavaba sin cesar, pensando que cualquier día aparecería el señor y cavaría el resto del monte para cultivarlo él, pero el caso es que no fue así y que el casero, con tanto esfuerzo, acabó cavando el monte entero.

Cuando llegó el verano, el casero se fue a ver al señor otra vez y le dijo que había cavado todo el monte, que estaba ya listo para cultivar y que venía a ver cómo acordaban.

–Muy bien –le dijo el señor–, pues el que más prepara, más siembra.

El casero se fue de vuelta y preparó todo el terreno para la siembra sin que el señor apareciese por allí a sembrar ni a nada.

Vino el otoño y el casero no se atrevía a sembrar sin ponerse de acuerdo con el amo, así que fue a verle de nuevo para decirle que ya era tiempo de siembra y que qué iban a hacer. El señor le contestó, como siempre, que el que más sembrara, más segaría. De modo que el casero se fue al monte, empezó a sembrar sin parar y, como el señor no apareció por allí, pues sembró todo el monte.

Pasó el tiempo y llegó la época de la siega y, como no se atrevía a segar sin consultar con el amo, volvió el casero a donde el señor y le dijo que ya era tiempo de segar y que cómo acordaban. Y le dijo el señor:

–Pues ¿cómo va a ser? Lo mismo de siempre: el que más siega, más recoge.

Volvió al monte el casero y, pensando que el señor no se daría ninguna prisa en ir a la siega, como las otras veces, acordó con sus vecinos para que le ayudaran a segar el monte. Todos le dieron su palabra y el hombre se fue tan contento pensando que, para cuando el amo quisiera segar, él ya lo habría segado todo antes y lo tendría recogido. Pero sucedió que el señor fue a ver a los vecinos después del casero.

Total, que llegó el día de la siega y el casero madrugó tanto como pudo y, sin esperar a los vecinos, marchó al monte y empezó a segar por un lado. Y cuando ya tenía unos cuantos surcos segados, vio aparecer al señor acompañado por todos los vecinos que se ponían a segar por el otro lado del monte.

El pobre casero se quedó todo triste al ver aquello y, como nada podía hacer ante el esfuerzo de los otros, se volvió a su casa muy abatido. Y sucedió que, en el camino de vuelta, se encontró con el demonio, que le preguntó por qué iba tan triste el hombre. El casero le contó lo que le había ocurrido y entonces el demonio le dijo que él se ocupaba de segarle todo el trigo si a cambio le daba lo primero que naciese en su casa.

El casero empezó a pensar, porque tenía una mujer, una cerda y una gata para parir más o menos al mismo tiempo. Hizo sus cuentas y, como dedujo que la primera que pariese habría de ser la gata, aceptó el trato con el demonio.

Cogió el demonio y se fue al monte y, venga surco arriba y venga surco abajo, empezó a segar a tal velocidad que segaba mucho más que el señor y los vecinos juntos. Entonces los vecinos, viendo cómo trabajaba el demonio, dijeron que lo mejor era irse por él y pegarle una buena patada en el culo que lo echase fuera del terreno. Conque salió un rapaz y dijo que iría él. Fue a donde el demonio y le arreó una patada con todas sus fuerzas, pero le dio tan fuerte que se le quedó el pie metido en el culo del demonio; y el demonio, como si nada, siguió segando dale que te pego arrastrando al pobre rapaz por todos los surcos, que eran de oír los gritos que daba el infeliz. A los vecinos, al ver esto, les entró tal susto en el cuerpo que salieron de estampía para sus casas dejándolo todo tirado y ya no se atrevieron a volver al monte. El único que se atrevió fue el casero, que, tranquilamente, se dedicó a recoger todo el trigo que segó el demonio y lo estuvo llevando poco a poco para su casa.

Después de esto, fueron pasando los días y la gata no paría, con lo que el casero no las tenía todas consigo.

Hasta que llegó un día en que nació el primero y fue su propio hijo. El pobre casero estaba tristísimo considerando que, en el momento menos pensado, vendría el demonio

por el pequeño. La mujer, al verlo tan triste, le preguntó la causa de su tristeza, pues pensaba que no le gustaba el niño, y el casero, entonces, le contó su pena.

Conque, al enterarse, la mujer le dijo que no sufriera por eso, que el niño también era suyo y que cuando viniera el demonio a reclamarlo, que lo hiciera pasar a hablar con ella, que ya se las entendería con él.

Bueno, pues el demonio llegó por fin y se encontró con el casero sentado a la puerta de su casa. Y le dijo al verlo:

—¡Aquí vengo por lo prometido!

El hombre le dijo que pasase adentro, porque lo tenía en la cama. El demonio entró a buscarlo y la mujer, que le esperaba, le dijo nada más verle:

—Ya sé lo que te prometió mi marido, pero el niño también es mío, así que necesitas mi permiso. Yo sólo te daré mi permiso si eres capaz de poner derecho este pelo que te doy.

Y sin más, se arrancó un pelo de la axila y se lo dio al demonio.

El demonio puso el pelo sobre la palma de una de sus manos y con la otra le daba vueltas para desenroscarlo y ponerlo derecho; pero, cuantas más vueltas le daba, más se enroscaba el pelo, hasta que al cabo del rato, harto ya de tanto darle vueltas, y como sospechaba que la mujer estaba burlándose de él, se puso furioso, dio una patada en el suelo y desapareció en medio de una llamarada dejando un olor a azufre que duró por lo menos un mes.

Así que el niño permaneció con sus padres gracias a la astucia de la mujer y los tres juntos se quedaron con el granero bien lleno de grano y sabiendo que no volverían a pasar más hambre en mucho tiempo.

95. LA SERPIENTE DE SIETE CABEZAS Y SIETE COLAS

Érase una vez un rey que tenía tres hijos y no sabía a cuál de ellos nombrar su heredero para sucederle cuando él muriese. Después de mucho cavilar, tomó la decisión de dejar su corona a aquel de los tres que demostrase ser el más avispado y el de mejor corazón. De manera que les convocó, les entregó una bolsa de dinero y un caballo a cada uno y les dijo que, al año cumplido, se presentasen de nuevo ante él; y a aquel que mejor corazón hubiera demostrado tener y mejor hubiera sabido aprovechar el dinero que llevaba, le nombraría su heredero. Y sin más, partieron los tres por distintos caminos.

El mayor aprovechó su dinero para adquirir cinco naves de carga que navegaron por todo el mundo transportando valiosas mercancías y se hizo riquísimo con los beneficios. El mediano compró cien caballos de pura raza, que criaron y tuvieron miles de potrillos y potrillas que valían un dineral. El pequeño, en cambio, comenzó a distribuir su dinero entre los necesitados y, con el tiempo, terminó viéndose más pobre que una rata.

Al cabo de un año, volvieron los tres a palacio. Los dos mayores aparecieron cargados de riquezas y muy peripuestos. El pequeño, en cambio, venía sin nada, pobre y vestido de jirones. Sus dos hermanos le trataban de bobalicón y se reían a sus espaldas. El rey, en cambio, dijo que había demostrado tener mucho mejor corazón que sus hermanos y dijo también que, antes de tomar una decisión, quería ver qué haría el pequeño si le daba otra bolsa de dinero; y que, si demostraba tener tan buen corazón como hasta entonces, sería el heredero de la corona.

El pequeño príncipe cogió la bolsa de dinero que le daba su padre y se puso de nuevo en camino. Y yendo de camino, pasó junto a un cementerio donde vio una cuadrilla de ladrones que habían desenterrado a un muerto. El príncipe, extrañado, les preguntó qué estaban haciendo y ellos le contestaron que iban a aprovechar la carne para hacer sebo

de engrasar carros, y los huesos para hacer flautas; y luego venderían las flautas y el sebo, que se lo pagaban bien.

Cuando el príncipe oyó esto, se quedó horrorizado y les ofreció todo el dinero que llevaba si volvían a enterrar al muerto y le dejaban en paz. Y los ladrones, naturalmente, aceptaron la oferta, dejaron al muerto y se marcharon con el dinero.

Entonces, el muerto se alzó como si fuera un vivo y le agradeció al príncipe lo que había hecho por él. Y se ofreció a acompañarle diciendo que él le salvaría de todos los peligros que se presentasen; pero –añadió– tendrían que ir a medias en todos los negocios que les salieran por el camino. Y el pequeño príncipe, con su buen corazón, aceptó el trato.

Total, que se pusieron en marcha y pronto llegaron a una gran ciudad, en la que había mucha agitación. Preguntaron qué ocurría y les dijeron que se trataba de una gran fiesta porque se casaba la hija del rey. Y le dijo el muerto al príncipe:

–En vez de casarse con el novio, que ahora se dirige a la iglesia, la princesa se casará contigo, pero en este negocio hemos de ir a medias.

Fueron, pues, a la iglesia y hete aquí que, cuando los reyes y la princesa y todo el cortejo y los súbditos que los aclamaban se encontraban ya ante la iglesia, al novio le dio un ataque y se murió allí mismo. La princesa y sus padres y parientes no hacían más que llorar al ver tan triste suceso. Entonces, siguiendo el consejo del muerto, el príncipe se acercó a consolarles. Y cuando vieron a un muchacho tan apuesto y gentil y de tan buen corazón, el padre de la novia le dijo que, si quería a su hija, podía casarse con ella. El príncipe, que se había enamorado de la princesa nada más verla, dijo que sí; y, sin más, entraron en la iglesia y se casaron allí mismo. Y después celebraron el convite con gran alegría de todos.

A la hora de irse a dormir, el muerto le dijo al príncipe que, como habían quedado en ir a medias, le tocaba a él dormir con la princesa y no al príncipe. Al príncipe, esto no le hizo ninguna gracia, pero un trato era un trato y se dispuso a cumplirlo.

Y sucedió que, a medianoche, empezaron a oírse unos ronquidos espantosos que salían del vientre de la princesa; conque se abrió de golpe el vientre de la princesa y salió de su interior una serpiente con siete cabezas y siete colas. El muerto, entonces, cogió una espada y le cortó las siete cabezas y las siete colas y la serpiente, bramando furiosamente, volvió a meterse en el vientre de la princesa.

Al saber esto, el príncipe comprendió el gran favor que le había hecho el muerto, que

le había prometido salvarle de todos los peligros, y pensó en la suerte que tenía por haber hecho el trato de ir a medias con el muerto.

Al día siguiente, después de haber comido, el muerto le dijo al príncipe que tenían que repartirse a la princesa. El príncipe se horrorizó, pensando cómo tendrían que hacer para partir a la novia en dos pedazos, pero al muerto se le ocurrió en seguida una solución. Le dijo que deberían atar las manos y las piernas de la princesa a las colas de cuatro caballos; después les azuzarían y la princesa se partiría en cuatro partes, dos para el muerto y dos para el príncipe.

Al príncipe le pareció una barbaridad, pero, como confiaba en el muerto, aceptó la propuesta. Ataron a la princesa como el muerto había dicho y los cuatro caballos empezaron a tirar, cada uno en una dirección. Y en cuanto empezaron a tirar, se sintieron unos bramidos que hacían temblar la tierra y el vientre de la princesa se abrió de nuevo y surgió de él la serpiente otra vez, a la cual le habían vuelto a crecer las siete cabezas y las siete colas; rugía la serpiente como mil demonios juntos y atacaba al muerto y al príncipe para tragárselos vivos, pero el muerto usó hábilmente su espada, la hirió en el corazón y la serpiente cayó muerta.

Entonces el muerto recogió los cuatro pedazos de la princesa, los juntó y la princesa volvió a la vida como si nada hubiera sucedido. En ese momento, el muerto se dirigió al príncipe y le dijo:

–Príncipe, ya te he salvado de todos los peligros que te asediaban y te he protegido hasta verte convertido en rey y esposo. Todo eso lo he hecho en agradecimiento por el gran favor que me hiciste al salvarme de los ladrones. Y ahora, como ya no me necesitas, me vuelvo a mi cementerio.

Y el príncipe de buen corazón se encontró con dos coronas, la que le dio su padre y la que también le dio su suegro y, con eso, vivió junto a su mujer durante mucho tiempo en santa paz y armonía.

96. EL GENERAL AFILADO

Un soldado que venía de Cuba pasó por una casa que estaba al borde del camino que seguía y se acercó a llamar a la puerta. Salió a abrir un hombre que había estado antes que él en Cuba y, aprovechando la coincidencia, le pidió posada para esa noche.

En un descuido del otro, el soldado, que era medio ladronzuelo, echó mano a un jamón que le pareció apetitoso y lo escondió en las alforjas que llevaba consigo. Después de esto, cenaron y se pusieron a hablar de la guerra de Cuba y a contarse el uno al otro toda clase de mentiras sobre los actos de valor que llevaron a cabo por aquellas tierras. Y el soldado, que además era un bromista, le dijo al dueño de la casa:

–Pues, ahora que lo pienso, seguro que usted ha de acordarse de cuando el general Jamón entró en la ciudad de Alforjas.

Y dijo el otro:

–¿Pues sabe usted que no me acuerdo? Será porque yo no estaba presente cuando sucedió aquello.

–Pues, si no estaba usted presente, lo más seguro es que era usted un recluta y ni se enteró del hecho.

Total, que terminaron su charla y se fueron a la cama. Y el dueño de la casa, que no se podía dormir, empezó a darle vueltas a aquello que había dicho el soldado, pues por más vueltas que le daba a la memoria no lograba acordarse de tal general ni de tal ciudad. Pero, como siguió cavilando, acabó por darse cuenta de lo que le había querido decir aquel sinvergüenza.

Conque se levantó de la cama, fue a registrar las alforjas del soldado, sacó el jamón que tenía allí escondido y metió en su lugar una buena piedra de afilar.

A la mañana siguiente, cuando se levantaron, el dueño de la casa le dijo al soldado:

–Oye, tú, que ya me he acordado de lo que me contabas anoche. Es verdad que yo

era un recluta, y bien novato, cuando el general Jamón entró en Alforjas; pero, cuando yo ya era veterano, salió el general Jamón y entró el general Afilado.

El soldado se echó las alforjas al hombro y se fue tan contento sintiendo el peso que llevaba dentro y relamiéndose de gusto pensando en el jamón. Y así que dio con una taberna, entró en ella y le dijo a la tabernera:

–¡A ver, tráeme pan, vino y un cuchillo bien grande!

Con las mismas, partió un buen pedazo de pan, echó mano a las alforjas... y sacó la piedra. Entonces le dijo la tabernera:

–¿Qué? ¿Para qué quieres el cuchillo?

Y le contestó el soldado, bien apesadumbrado:

–Pues... para afilarlo.

97. LA NIÑA DE LOS CABELLOS DE ORO

Una vez una muchacha se fue al monte a recoger leña. La muchacha buscaba las ramas que se habían desgajado de los árboles y las cortaba para juntar haces y llevarlos a casa. Y estaba en esta tarea cuando apareció un gigante y le dijo que él era el amo del bosque y que, como la había pillado robando su leña, allí mismo la iba a matar.

La muchacha le pidió perdón, muy compungida y llorosa; y al ver que el gigante no se conmovía, le rogó que, si no por ella, al menos le perdonase la vida por el hijo que llevaba en las entrañas, porque estaba embarazada. El gigante, al oír esto, decidió perdonarla, pero con la condición de que le entregase la criatura cuando hubiera nacido.

Pasó el tiempo y la muchacha parió una niña con los cabellos de oro. La niña creció y solía ponerse a jugar cerca de la cabaña de su madre y el gigante aparecía de vez en cuando y le encargaba que le recordase a su madre lo que le había prometido. La niña, inocente, se lo decía a su madre y ésta, cada vez que le oía decir el encargo del gigante, se ponía tristísima. Hasta que un día el gigante le mandó decir a la niña que, si su madre no le daba lo que le había prometido, él mismo lo cogería. La madre, entonces, toda llorosa, contestó a su hija que, cuando viera de nuevo al gigante y le repitiera el encargo, le dijese de su parte que ya podía coger lo que le debía.

La niña lo hizo así y el gigante se la llevó a su casa del bosque.

El gigante, para que la niña se entretuviera jugando, le regaló un gato, un perro y una ardilla. Estaba tan contento de tener a la niña con él que cada mañana se ocupaba de peinarla él mismo y, al peinarla, le contaba los cabellos de oro uno por uno.

Un día en que la niña estaba asomada a la ventana de la casa, pasó por delante el hijo de un rey, que estaba de caza, y al verla se enamoró de ella. Se pusieron a hablar los dos y, cuanto más hablaba con ella, más bella y encantadora le parecía. Entonces le pidió a la muchacha uno de sus cabellos de oro para llevarlo junto al corazón. La muchacha no se lo quería dar, porque temía que el gigante, al contarle los cabellos a la mañana siguiente,

se diera cuenta de que le faltaba uno y se pusiera furioso. El príncipe insistió y le aconsejó que, si el gigante descubría la falta del cabello, le dijera que se lo había arrancado el perro mientras jugaban. En fin, tanto insistió el príncipe que ella se lo acabó dando y se fue tan contento a su palacio.

A la mañana siguiente, el gigante se puso a peinar a la niña y advirtió que le faltaba un cabello. Entonces la niña le dijo que se lo había arrancado el perro sin darse cuenta, mientras estaban jugando. Y el gigante se puso tan furioso que mató al perro.

El príncipe volvió todos los días a hablar con la niña, que le esperaba en su ventana. Y, por fin, otro día, le pidió otro cabello de oro. La niña le contó entonces la tremenda furia del gigante cuando descubrió la vez anterior que faltaba un pelo, pero el príncipe insistió y le dijo que, si volvía a echarlo en falta, le dijese que había sido el gato el que se lo había arrancado. Y la niña le dio el cabello.

El gigante, al peinarla a la mañana siguiente, volvió a echar en falta el cabello. La niña le dijo que había sido el gato y el gigante, aún más furioso, cogió al gato y lo mató.

Y así hasta que en otra de sus visitas el príncipe volvió a pedirle un cabello de oro en prenda diciéndole que echase esta vez la culpa a la ardilla. Así lo hizo la niña y el gigante mató a la ardilla.

Un día, el gigante, que estaba más contento que nunca de tener a la niña, la llevó a dar un paseo por los enormes jardines que rodeaban la casa. Durante el paseo, se detuvieron ante un rosal que tenía unas rosas bellísimas de pétalos de color rojo y le dijo el gigante que, con un puñado de pétalos de aquellas rosas, se podía hacer surgir una gran hoguera allí donde los echase. La niña, al oír esto, cogió unas cuantas rosas y se las guardó en la faltriquera.

Siguieron caminando tranquilamente por el jardín y, al rato, se detuvieron ante un rosal de rosas cuyos pétalos eran tan blancos como la nieve, y el gigante le explicó a la niña que con un puñado de pétalos de aquellas rosas se podía hacer brotar una corriente de agua allá donde los esparciese. Y la niña, al oír esto, cogió también unas cuantas rosas blancas y se las guardó en la faltriquera.

A todo esto, el príncipe seguía viniendo a la ventana de la niña aprovechando que, durante el día, el gigante se dedicaba a recorrer sus posesiones; y, claro, cada día estaban más enamorados el uno del otro.

Pero ¿quién se atrevía a decírselo al gigante? Si había matado al perro, al gato y a la

ardilla por un solo cabello de oro, ¿no mataría, con mucha más razón, al príncipe por robarle a la niña?

Después de mucho meditarlo, ambos decidieron que lo mejor sería fugarse juntos, sin avisar al gigante. Y eso hicieron. Un día a la mañana, vino el príncipe en su mejor caballo y escaparon veloces como el viento rumbo al palacio del rey.

Cuando el gigante volvió a su casa y vio que la niña de los cabellos de oro había desaparecido, se puso como loco y salió de inmediato a buscarla, haciendo retemblar el bosque con sus pasos y sus gritos. Era tan grande y corría tanto que en pocas zancadas los avistó montados en el caballo del príncipe y, dando un gran bufido, se precipitó tras ellos.

Entonces la niña, en cuanto le vio, tiró un puñado de pétalos de rosa blanca y al momento surgió un río de fuerte corriente que dividió el bosque en dos. Pero el gigante era tan grande que tomó impulso con sus piernas y, de una gran zancada, salvó el río y siguió persiguiéndoles.

Entonces, la niña sacó un puñado de pétalos de la rosa roja y lo tiró por donde venía el gigante. Se formó una gran llamarada que subía por encima de los árboles más altos. El gigante, cuando llegó a ella, lo quiso cruzar de un salto, pero, al atravesarlo, el fuego lo prendió todo entero y allí mismo murió abrasado.

El príncipe y la muchacha llegaron por fin al palacio del rey y allí se casaron. Después mandaron llamar a la madre de la niña, que aún la estaba llorando, y desde entonces viven felices en compañía.

98. NOTICIAS DEL CIELO

A una mujer que estaba casada por segunda vez, se le presentó un día un mendigo cojo a pedirle que le diera algo. La mujer, que tenía ganas de hablar, le preguntó de dónde era y de dónde venía. El mendigo, animado por ver lo que podía sacar de aquella casa, le dijo:

–Vengo del cielo, con el permiso de Dios, para ver si recojo aquí unas pocas cosas que me hagan la vida más llevadera allá arriba.

–¡Cómo! –dijo la mujer, sorprendida–. ¿Pero es que los que estáis en el cielo también tenéis necesidad?

Y contestó el mendigo:

–¡Toma, pues claro! Ni siquiera allí somos todos iguales. Allí, el que tiene mucho, pues está mejor que el que tiene poco.

La mujer se quedó unos momentos meditando y luego le dijo al mendigo cojo:

–Mi primer marido debe andar por allá arriba y a lo mejor ha oído usted hablar de él.

Respondió el mendigo:

–Pues no lo sé. ¿Cómo se llama su marido?

–Pello Bidegain –dijo ella.

–¡Sí, hombre, cómo no lo he de conocer! ¡Como que es íntimo amigo mío!

–¿Y qué tal está? –preguntó la mujer.

–Pues más mal que bien, la verdad –respondió el mendigo meneando la cabeza–; muy reducido, muy mal vestido y con poco dinero.

–¡Pobre! –dijo la mujer, compadecida–. ¿No le llevaría usted algo de mi parte?

–Con mucho gusto –dijo el mendigo.

La mujer entró en la casa y volvió a salir cargada de cosas.

–Aquí le traigo zapatos y ropa que dejó antes de irse al cielo, y también medias y calzones y la boina.

Dijo el mendigo:

–Y de comer ¿nada?

–Aquí va tocino, chorizo, borona... ¿Tiene usted bota?

–No, señora –respondió el mendigo–, pero aunque sea en botellas bien puedo llevarle el vino.

La mujer le entregó las botellas. Y dijo el mendigo:

–¿No tiene usted dinero para mandarle?

–Le daré a usted para él una moneda de cincuenta pesetas; y dígame que yo le quería aún más de lo que quiero ahora a Mikel, que es mi segundo marido.

Total, que el recadero se fue cargado hasta arriba y más contento que unas castañuelas.

Al rato llegó el marido y le dijo su esposa:

–¡Ay, Mikel, que he tenido noticias de mi difunto Pello! Dicen que está en el cielo, sí, pero no tan bien como aquí se supone.

El marido, escamado, le preguntó:

–¿Y quién te ha dado a ti esa noticia?

–Un mendigo cojo que, con permiso del Señor, ha bajado del cielo y yo le he dado ropa, comida y cincuenta pesetas para que se las lleve a mi difunto Pello al cielo.

Cogió el marido la yegua, montó en ella y salió en pos del mendigo llevando un buen bastón entre las manos. Le dijo a la mujer que él también quería darle algo en cuanto lo alcanzara.

«Como hay Dios que alcanzo yo a éste...», iba diciendo para sus adentros.

El recadero del cielo andaba temeroso y, de vez en cuando, miraba atrás para ver si le seguían. Y viendo de lejos que alguien venía a galope montado en una yegua, ocultó todo lo que llevaba entre unas zarzas y se sentó a la vera del camino.

Cuando el de la yegua llegó a su altura, se detuvo y le preguntó:

–Oiga, amigo, ¿ha visto usted a un mendigo cojo yendo por este camino?

–Sí, señor –contestó el otro–, le he visto y hasta he notado que tenía miedo de alguien, porque miraba atrás y corría; y más que miraba, más que corría. Se ha acabado metiendo en ese jaro de ahí, así que no puede andar muy lejos.

–¿Y cómo puedo yo seguirle por ahí, si no puede pasar la yegua? –dijo Mikel.

–¡La yegua! –dijo el otro–. Pues, mientras usted anda en busca de él, se la tengo yo mismo.

En cuanto Mikel se metió en el jaro y el mendigo recogió las cosas que había escondido, las cargó en la yegua y salió a todo correr felicitándose por su buena suerte.

Mikel volvió a casa triste y corrido, pero fingió estar alegre para que la mujer no le riñese. Ella, que le vio, le preguntó en seguida:

–¿Has tenido ocasión de hablarle?

–Sí que he tenido –dijo él.

–¿Y qué le has dado? –quiso saber ella.

Y contestó Mikel:

–La yegua, para que llegase más ligero al cielo.

99. LOS TRES AMIGOS

Éranse tres curiosos amigos: un gitano, un quincallero y un desertor. Los tres tenían en común que les iba bien en la vida y mucho de comer en su casa. Pero, un día, el quincallero les dijo a los otros dos:

–Nos deberíamos ir a las aventuras por esos mundos de Dios.

Y va y dice el desertor:

–Pues nada, a las aventuras vamos.

Y sin esperar a más, aquel mismo día salieron de sus casas y se pusieron en marcha. Lo que pasa es que como no estaban acostumbrados a lo malo del hambre, pues salieron con las manos en los bolsillos, tan tranquilos, y, claro, al cabo de media jornada ya estaban con el hambre en las tripas.

Y dijo el gitano:

–Pues no tengo yo hambre ni nada. Mira que no acordarnos de traer comida de casa...

Y dijo el desertor:

–Vamos a seguir andando, a ver qué encontramos para comer.

Continuaron camino y llegaron a una masa de encinas, muy altas y extendidas, que se veía que llevaban allí cientos de años, y el gitano se subió a una de ellas, pues todas tenían ramas bien fuertes; y se subió hasta la copa por ver si divisaba alguna luz o algo. Y, sí, a lo lejos vio una luz y determinaron acercarse a ella porque la noche se les venía encima.

Se apeó el gitano de la encina y todos se pusieron a andar en dirección a la luz. Pero, ahora, por donde iban estaba todo lleno de zarzas y espinas, tanto que casi no se podía avanzar. Y cuando ya salieron a buen camino, vieron brillar la luz mucho más cerca. Llegaron hasta ella y era una gran lumbre que ardía ante la puerta de una casa, así que la rodearon y llamaron a la puerta. Llamaron y llamaron y nadie les contestaba, en vista de

lo cual, decidieron entrar en la casa porque no tenían otro sitio donde ir y era noche cerrada.

Entraron en la casa y la estuvieron viendo, mas no encontraron a nadie. Volvieron a recorrerla a ver si encontraban algo de comer, pues estaban los tres desfallecidos. Y nada.

Dijo el gitano:

–Nos deberíamos sentar aquí al fogón, que está encendido.

Dijo el desertor:

–¡Hala!, a sentarse, y que sea lo que Dios quiera.

Se sentaron los tres y, al poco rato, dijo el quincallero:

–Mejor sería irse. ¿Qué hacemos aquí, sin nada de comer?

Y bueno, se levantaron para irse; pero hete aquí que, al buscar la puerta, no la encontraban por ningún lado, que todo era pared y nada más que pared. Y entonces dijo el desertor:

–Vamos a sentarnos otra vez, porque con el hambre que tenemos ya no vemos ni la puerta.

Al poco rato de estar allí sentados y medio adormilados, que cuando no hay nada más vale sueño, va y se presenta una mesa en medio de ellos tres. Los tres se llevaron un susto de muerte, y al no ver a nadie que la plantara allí, pensaron que alguien había entrado por la puerta. Conque fueron a dar una vuelta, a ver si la puerta se había abierto ya; y como no la encontraron, volvieron a sentarse en el mismo sitio. Y al poco rato, aparecieron sobre la mesa tres platos, tres cucharas y un estofado que olía a gloria. Y dijo el desertor:

–¿Y esto? ¿Será para nosotros?

Dijo el gitano:

–Sea o no sea, aquí nos lo comemos.

Se pusieron a comer y no pararon hasta que no quedaron los platos como si no hubiera habido nada en ellos. Entonces apareció una mano negra y quitó la mesa; después vino con tres puros, uno para cada uno; y dijo el gitano:

–Anda, que con lo que apetece ahora un puro, ¿serán para nosotros?

Dijo el desertor:

–Sean o no sean, aquí nos los fumamos.

Se los fumaron tan ricamente y, cuando estaban terminando, se encendieron tres luces

y vieron que alumbraban tres camas ya preparadas. Y ellos se dijeron:

–¿Y estas camas? ¿Serán para nosotros, con el sueño que tenemos?

Dijo el quincallero:

–Sean o no sean, vamos a acostarnos.

Se acostaron y, en seguida, se apagaron las tres luces. Con todo lo que les había ocurrido, ninguno podía dormir aunque estaban muertos de sueño. En esto, oyeron que algo estaba cociendo al fuego; cocía y cocía, y dijo uno:

–Nos deberíamos asomar a ver lo que es.

El caso es que ninguno se atrevía a levantarse, pues ya estaban bien amoscados por todo lo que les había sucedido. Pero hete aquí que, de repente, sintieron que lo que cocía se iba acercando a una de las camas, que era la del gitano; el gitano pensó en levantarse y salir de estampía, mas no se atrevió y se arrebujó bajo las sábanas; pero dejó un ojo fuera y vio que lo que cocía estaba junto a él. Entonces pensó que era una broma de los otros dos y empezó a llamarlos diciéndoles que no era noche para andar de bromas. Buscó la luz y no la encontraba y, en esto, lo que sonaba a cocer le empezó a caer sobre la cabeza y era aceite hirviendo y, al ver que se quemaba, se tiró de la cama dando gritos. Y el aceite le seguía a donde iba y no le valía correr de una parte a otra. Cuando estuvo bien quemado de aceite, la mano negra le cogió, le dio un unte, le metió en la cama y le arropó bien arropado.

Lo mismo ocurrió con el desertor y el quincallero, que quedaron bien quemados y la mano negra les dio el unte, los metió en la cama y los arropó bien arropados.

A la mañana siguiente, cansados y escocidos, se levantaron y vieron que todavía seguía el mismo fuego que por la noche. Anduvieron buscando la puerta para ver si podían salir, pero no hubo manera, así que se sentaron junto al fogón. Apareció la mano negra y les sirvió un buen desayuno de huevos con jamón.

Y dijo el desertor:

–¿Hasta cuándo nos tendrán aquí sin abrir las puertas?

Dijo el gitano:

–Pues no creáis, que lo que es de día nos cuidan bien.

Dijo el quincallero:

–De día, sí; pero cuando pasamos lo gordo es por la noche.

En fin, que estaban hablando de esto cuando apareció la mano negra, les trajo tres puros y ellos se los fumaron tan a gusto.

Volvieron después a buscar la puerta y nada, que no había manera de dar con ella; el gitano anunció que, si encontraban el agujero de una ratonera, sólo eso, él se comprometía a salir de la casa y sacarlos luego a ellos; y ni por ésas, pues no descubrieron el más pequeño agujero.

A mediodía, la mano negra les sirvió una abundante comida acompañada de buen vino y, cuando terminaron, recogió la mesa y les trajo un puro a cada uno.

Y llegó la hora temida de la noche, y bien temida porque sucedió lo de la noche anterior con los tres amigos y el aceite que hervía.

Y lo mismo al día siguiente: hicieron sus tres comidas, se fumaron sus tres puros, tras acostarse les cayó el aceite hirviendo y la mano negra les dio el unte y les metió en la cama.

Se levantaron más cansados y escocidos que nunca, y estaban desayunando cuando sintieron que se abría una puerta y luego el golpe al cerrarse. Así, tal como estaban, echaron a correr a ver dónde había sido y ¡qué va!, ni puerta ni nada.

Así que se volvieron a sentar preguntándose cuánto tiempo duraría este suplicio y, en esto, vieron venir hacia ellos a tres buenas mozas, que se abrazaron una a cada uno. Ellos, como estaban tan escocidos, les dijeron que se apartasen y les dejasen en paz; pero las mozas les respondieron diciendo que expusieran todo lo que deseaban, que ellas se lo darían todo. Los tres amigos dijeron que lo único que querían era marcharse de allí, que ya habían pasado bastante en aquella casa.

Las mozas les contaron entonces que gracias a ellos habían salido del encantamiento en el que estaban desde hacía mucho tiempo y que, si se quedaban con ellas, cada una se casaría con su pareja; pero los tres escaldados amigos no estaban para bodas ni bautizos y dijeron que no, muchas gracias, que se querían ir a toda costa. Entonces se abrió una puerta y los tres, sin pensárselo dos veces, echaron a correr.

Las mozas, que estaban divertidas viendo el susto que llevaban en el cuerpo, les llamaron para darles un recuerdo.

La que quería al gitano le dio como recuerdo una capa y un bolsillo y le dijo:

—Cuando quieras marchar lejos a donde te dé la gana, no tienes más que decir: «Capa, a tal sitio» y la capa te llevará donde quieras; y al bolsillo, cuando necesites dinero, le dices: «Bolsillo, lleno y vacío».

La que quería al quincallero le dio un gorro de cuatro picos y le dijo que cada uno era una cosa: un fusil, una ballesta, un cañón y una pistola.

La que quería al desertor le dio una guitarra y le dijo:

–Cuando quieras que alguien baile de cabeza, con los pies para arriba y la cabeza para abajo, no tienes más que tocar, que hasta que no pares estará bailando quien tú quieras.

Los tres agradecieron los presentes y las mozas aprovecharon para insistirles en que no se fueran y se quedaran a vivir con ellas, que lo pasarían muy bien y no les iba a faltar de nada; pero los tres dijeron que los dejaran en paz, que bastante habían pasado en aquella casa y que no querían ni volver a oír hablar de ella. Así que, sin hacerles más caso, se fueron por donde habían venido y las mozas se quedaron llorando por ellos a la puerta de la casa.

Conque los tres amigos decidieron finalmente continuar el camino que habían empezado al principio de su aventura. Y ya llevaban recorrido un buen trecho cuando volvieron a sentir hambre. Y en esto que llegaron a una huerta que estaba llena de frutales cargados de fruta y, sin dudarle un momento, entraron y se pusieron de fruta como tontos. Hasta que aparecieron dos viejos, que eran los que guardaban la huerta, y les dijeron que se fuesen de allí. Entonces dijo el desertor:

–A ver, vosotros, vamos a probar ahora si es verdad lo que la moza decía de la guitarra.

Se puso a tocarla y empezaron a bailar los dos pobres viejos de cabeza, con los pies para arriba y la cabeza para abajo. Cuando los tres se cansaron de verlos bailar, los viejos tenían la cabeza casi desollada de tanto bailar así. Los tres amigos les dejaron allí derrengados y siguieron caminando. Caminaron y caminaron y por fin llegaron al palacio del rey del lugar.

Cuando vieron el palacio, pensaron que ellos podrían hacer uno mejor y más lujoso que ése. Y el gitano dijo:

–Bolsillo, lleno y vacío.

Cuantas veces lo dijo, el bolsillo se llenó de oro y juntaron tanto que entre los tres levantaron una casa toda de oro enfrente del palacio del rey. Y cuando estaban rematando el tejado, se asomó la reina y quedó tan impresionada al ver la casa que fue al rey y le dijo:

–¿Sabes que ahí enfrente han construido una casa con tanto oro que ni tú mismo puedes juntarlo?

–Cállate, mujer –dijo el rey–. ¿Cómo es posible que alguien haga una casa más rica que mi palacio si yo soy el hombre más rico del reino?

La reina se volvió a asomar para convencerse y luego le pidió al rey que se asomara también, que lo iba a ver con sus propios ojos. El rey se asomó y vio que era verdad que se estaban haciendo una casa de oro. Y dijo a la reina:

–¿Pues sabes que tienes razón? Hay que coger a los dueños de la casa de oro.

Llamó a un criado y le dijo que juntara diez hombres bien armados y se presentara ante él; cuando lo hubieron hecho, les dijo el rey:

–Sois once hombres contra tres; muy bien armados y fuertes han de ser para que puedan con vosotros.

Fueron los once en busca de los tres y, cuando dieron con ellos, les dijeron que los acompañasen a presencia del rey. Los tres dijeron que ni hablar, que, si el rey quería algo de ellos, que viniese a verlos. Entonces el criado y los guardias se enfadaron de verdad y fueron a prenderlos, pero el quincallero se puso su gorro, que empezó a disparar contra ellos balas y flechas sin parar y los puso en fuga en un momento.

Así que los vio venir el rey, les dijo que eran unos cobardes y que esta vez se pondría él al frente para enseñarles. Así que se fueron todos a buscar a los tres amigos. Cuando éstos los vieron venir, encabezados por el rey, dijo el desertor:

–Mirad, ahora viene el rey con ellos. Pues creo que nos vamos a divertir un rato.

Se puso a tocar la guitarra y empezaron todos, el rey, el criado y los diez soldados, a bailar de coronilla y no había manera de pararlos. El desertor estuvo tocando y tocando hasta que se cansó y dejó de tocar y los doce hombres cayeron al suelo todos mareados y con la cabeza medio desollada. Al fin, entre el criado y los soldados se llevaron al rey, que estuvo por lo menos seis días sin poderse mover de la cama.

Al cabo de los seis días de convalecencia, el rey decidió escribir una carta a los tres amigos en la que les decía que tenía tres hijas a cuál más bella que estaban deseando conocerlos, que fueran al palacio a verlas y él los atendería personalmente. Mandó al criado con la carta y el criado iba muerto de miedo, por si acaso cogían otra vez la guitarra y le hacían bailar como la otra vez. Llegó a la puerta y el gitano, que le vio venir temblando como una hoja, dijo:

–En fin, le dejaremos pasar a ver qué es lo que nos trae esta vez ese tonto.

Le dejaron pasar, pero, en cuanto soltó la carta, echó a correr de tal manera que lo perdieron de vista en menos de lo que se tarda en decirlo.

Los tres amigos abrieron la carta y, después de leerla, dijo el gitano:

–Lo mejor será que vayamos uno a uno, no sea que nos hagan algo malo. Yo iré el

primero.

Conque fue al palacio y se presentó al rey, que le recibió con muchas atenciones y le llevó al jardín, donde se encontraba su hija esperándole. Bajó el gitano al jardín y allí estaba su hija, que era muy rubia y muy guapa. La princesa cogió al gitano del brazo y estuvieron paseando por aquí y por allá y cada rincón del jardín le parecía al gitano más crecido y fragante que el anterior a medida que paseaban juntos. En esto, la princesa le dijo al gitano:

–Oh, qué hermosa capa llevas, ¿puedo enseñársela a mi papá?

El gitano, que ya sólo tenía ojos para ella, se la dio y la princesa la mandó con su padre. Siguieron paseando los dos por el jardín y, de pronto, en una glorieta, se presentaron tres soldados, que prendieron al gitano sin que el hombre pudiera hacer nada por defenderse y lo llevaron a encerrar en uno de los calabozos del palacio.

Después de esto, la princesa fue corriendo a ver al rey y le dijo:

–Ahora ya no quedan más que dos.

Mandó entonces el rey a un criado para decirle al quincallero que su amigo el gitano y él lo esperaban en el palacio y, como prenda, le enviaban el bolsillo que llevaba siempre el gitano para que vieran que estaba tan a gusto y tan tranquilo en el palacio con la princesa. Cogió el quincallero su gorro y el bolsillo y se fue al palacio a buscar a su amigo, el rey le presentó a su hija y le sucedió lo mismo que al gitano y fue a parar a otro de los calabozos del palacio. E igual trato tuvo el rey con el desertor, que se presentó con su guitarra; y a éste, como era el último, la princesa no quiso ni verle; lo cogieron a las mismas puertas del palacio, le despojaron de la guitarra y, sin más ni más, lo arrojaron a un calabozo.

De esta manera se quedó el rey con la capa, el bolsillo, el gorro y la guitarra, se apoderó de las riquezas de los tres amigos y éstos no volvieron a salir de su mazmorra, donde no paraban de acordarse de las tres mozas que les habían dado los dones.

Y aquí se acaba este cuento con pan y rábano tuerto.

100. SEIS AMIGOS DE NOVEDADES

En una pequeña aldea rodeada de prados, en un valle entre montañas, vivía un Cazador que tenía fama de ser muy hábil. No se le conocía otra aptitud digna de mención, salvo esta de la caza.

En el juego de bolos le ganaban muchos, lo mismo que en el juego de la raya; en cuanto al mus, no era ni bueno ni malo. Pero, eso sí, en matar lo mismo liebres que perdices, codornices, sordas y aun jabalíes, no tenía rival en todo el contorno. ¿Quién no había oído mencionar una vez al menos el nombre del Cazador de Zelayeta?

Y sucedió que, no se sabe cómo, quizá por haber oído relatos de algún extranjero que pasara por allí, surgió en su mente y en su corazón un vivo deseo de marchar lejos y conocer cosas nuevas. Para eso, pensó en algún otro amigo que tuviera alguna aptitud destacable, pero en su pequeña aldea no encontró a nadie que cumpliera su exigencia y se echó al camino solo.

Y yendo de camino se encontró con un hombre que le causó admiración, un hombre alto y muy erguido que llevaba una piedra de molino atada al pie. Y así que lo vio, se dirigió a él con estas palabras:

–Hombre, ¿qué haces o qué es lo que te tiene ahí parado?

Y el hombre le contestó:

–Para no andar demasiado deprisa, de vez en cuando tengo necesidad de atarme al pie esta rueda de molino. Si veo alguna liebre correr, me voy tras ella y, si me descuido, la adelanto y por eso se me escapa. Así es como soy yo.

Y le dijo el Cazador:

–¿Te quieres venir conmigo a ver y a saber lo que pasa en el mundo?

–¡Venga! –dijo el otro–. ¡Pues me voy contigo!

Siguieron andando juntos y llegaron a una finca bien ancha y toda plantada de hermosos nabos. Y al borde de la finca vieron una sima que tenía lo menos tres leguas de

profundidad y, junto a ella, un hombre bien fuerte que era el que la había agujereado y tenía la oreja puesta en el suelo.

–¿En qué te ocupas, hombre? –dijo el Cazador–. ¿Tienes acaso dolor de oreja?

Y el otro le contestó:

–¿Es que no sabes que una semilla que se siembra en tierra comienza pronto a pudrirse? ¿Y que, al pudrirse, se fortalece de nuevo y empieza a brotar nueva vida de esa muerte?

Dijo el Cazador:

–Nosotros no hacemos caso de esas pequeñas cosas.

Y dijo el hombre:

–Pues cuando la semilla muerta resucita poco a poco y asoma en la corteza de la tierra es que germina. Y yo me dedico a escuchar el ruido imperceptible de los gérmenes cuando vienen hacia arriba, porque oídos más finos que los míos no tienen ni las aves que vuelan por lo alto, ni las liebres de los bosques, ni la abeja entre las flores.

–Pues mira –le dijo el Cazador–, si quieres venir con nosotros a conocer mundo, puede que nos sirva de algo tu aptitud. Yo, que soy cazador, alcanzo una paloma torcaz que ande a tres leguas de aquí y la echo a tierra de un disparo. Y este que viene conmigo es capaz de correr aún más ligero hacia el norte que el humo que escapa de la chimenea de una panadería el día que sopla viento sur.

–Pues nada –dijo el otro–. Vámonos allá.

Siguieron camino, subiendo y bajando grandes cuevas, y hete aquí que, junto a un árbol gigante y salvaje, de esos que nunca han sido podados, encontraron a un muchacho haciendo algo que no acertaban a entender.

–Muchacho, ¿qué haces ahí? –preguntó el Cazador.

Y contestó el muchacho:

–Estoy haciendo un amarradero con este árbol porque quiero hacer un molino bajo mi techo. Y como necesito un agua que corra, con la fuerza que tengo llevaré mi casa junto al río, sujetándola bien con este amarradero para que no se vaya.

–Pues espera a la vuelta –dijo el Cazador– y vente con nosotros, que vamos a ver lo que pasa en el mundo.

Siguieron andando los cuatro hasta salir de aquella arboleda y encontraron al que iba a ser su quinto compañero, que estaba haciendo algo extraordinario.

–Oye, tú –dijo el Cazador al verle–, ¿se puede saber qué haces comiéndote las piedras

de esa cantera? ¿Es que están tan buenos esos pedruscos como los pedazos de borona?

Y dijo el Comepiedras:

–Que sepas que si yo, en comiendo todas las piedras que quiero, le doy al trasero y empiezo a arrojarlas por él, pongo en fuga a un ejército entero.

–¡Válgame Dios! –dijo el Cazador–. Pues únete a nosotros que, entre todos, me parece que vamos a hacer algo grande.

Conque continuaron los cinco y, al poco, hallaron al sexto compañero. Estaba sosteniendo sobre los hombros una montaña y le preguntaron qué buscaba con eso. Y el hombre les contestó que lo hacía para que no cayese sobre un pueblo vecino. Y cuando le propusieron que se fuera con ellos, echó a un lado la montaña y se fue con ellos.

Así que éstos eran nuestros seis amigos de novedades: el Cazador, el Andarín, el Oidor, el Forzudo, el Comepiedras y el Muevemontañas.

Iban los seis hablando de sus cualidades cuando dijo el Oidor:

–A ver, silencio, que a tres leguas de aquí el rey está diciendo algo.

–Pues ¿qué dice? –preguntaron los demás.

–Que al que sea capaz de traer de una fuente que él sabe un cántaro lleno de agua tan aprisa como la trae una criada suya, le dará todo el dinero que pueda levantar un hombre.

Al oír esto, dijo el Cazador:

–Tú, andarín, suelta esa piedra de molino que llevas atada al pie y, en un momento, vete a donde el rey.

Se presentó el Andarín ante el rey, cogió un cántaro, corrió a la fuente y, cuando volvía más ligero que el humo con el cántaro lleno de agua, la criada, que era una bruja, le puso en las narices un narcótico para dormirlo y hacerle perder la apuesta.

–Estamos fastidiados –dijo el Cazador, que había visto todo con su vista de lince–. Nuestro compañero el Andarín está dormido. Pero no os apuréis, que yo lo despertaré.

Cogió su arma, apuntó cuidadosamente y, disparándola, le arrancó el narcótico de la nariz al Andarín, con lo que éste, que corría más que nadie, llegó el primero a la meta.

Fueron los seis amigos junto al rey y le emplazaron a cumplir la palabra dada. El rey preguntó quién cargaría el dinero prometido como premio. El Cazador había instruido previamente al Forzudo y tenían preparado un descomunal saco hecho con la piel de diez bueyes. En cuanto lo llenaron de dinero, se lo echó al hombro y, con los cinco compañeros a los lados, se marchó del palacio.

El rey, escocido, envió tras ellos un cuerpo de ejército. El Cazador, en cuanto los vio aparecer tras ellos, le dijo al Comepedras:

–Ésta es tu oportunidad.

El Comepedras se tiró un cuarto de hora comiendo piedras hasta llenarse bien de ellas, luego enfiló el trasero hacia los soldados del rey y les largó tal andanada que, a los que no dejó tullidos, los dejó muertos.

Después de esto, se pusieron a descansar en la falda de una enorme montaña, pensando qué harían con tanto dinero como habían conseguido entre todos. Y, en esto, vio el Cazador que se les acercaba un ejército mayor que el de antes, a cuyo frente venía el mismo rey, dispuesto a recuperar su dinero. Entonces el Cazador le dijo al Muevemontañas:

–Pues ahora ha llegado tu oportunidad.

Y en cuanto los soldados llegaron al pie del monte, el Muevemontañas se fue al otro lado, levantó el monte y lo dejó caer sobre todo el ejército, con lo que quedaron completamente aplastados y no se volvió a saber de ellos.

Y así fue como terminaron por el momento sus aventuras los seis amigos ávidos de conocer las novedades del mundo.

101. LA POSADA ENCANTADA

Érase una vez una niña que vivía en una posada del camino. La niña era muy, muy curiosa. Todo lo fisgaba y todo le llamaba la atención.

Un día llegaron a la posada unos moros. Venían con unos carros cargados de grandes baúles. A la niña le picó la curiosidad por saber qué contendrían esos baúles, así que se dedicó a vigilar a los moros para ver lo que hacían. Una vez, aprovechando que los moros habían salido, se metió en sus habitaciones, abrió algunos de los baúles y descubrió que estaban llenos de riquezas.

Los moros estuvieron en la posada varios días, pues se ve que tenían cosas que hacer por los alrededores. Una noche a la niña le pareció sentir pasos y movimientos por el sótano de la posada y, ni corta ni perezosa, fue a ver lo que pasaba.

Eran los moros, que estaban bajando los baúles al sótano. La niña se escondió detrás de unos montones de cajas que tenía allí almacenadas el posadero y se fijó en lo que hacían los moros. Éstos encendieron una pequeña vela y, a su luz, pronunciaron unas palabras árabes. En ese momento, la niña vio con asombro cómo la pared que estaba ante los moros se abría.

Los moros atravesaron la pared y se metieron al otro lado dejando allí todos los baúles y riquezas que traían. Luego salieron, apagaron la vela y la pared se cerró sin dejar rastro de puerta alguna. Después de eso, los moros se volvieron a sus habitaciones de la posada.

La niña, que además de curiosa era ambiciosa, pensaba cómo podría hacerse con todas aquellas riquezas. A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue contarle todo a la criada de la posada y se pusieron de acuerdo. Entonces, esa noche, mientras los moros dormían, la niña se deslizó en una de las habitaciones, donde sabía por la criada que estaba la vela, y la cogió.

Al otro día los moros se fueron ya de la posada y esa noche la niña bajó con la criada

al sótano. Llegaron las dos y se pusieron delante de la misma pared ante la que había visto ponerse a los moros. Allí encendieron la vela y, a su luz, la niña repitió las palabras árabes que oyera la otra noche. Entonces la pared se abrió y la niña entró dentro. La criada, mientras tanto, como estaba algo asustada, se quedó fuera esperando y cuidando de que la vela no se apagara.

La niña vio que, efectivamente, los baúles estaban todos repletos de joyas y de dinero y empezó a llenar un saco para llevárselos. Y la criada, que vigilaba la vela, le decía:

—¡Date prisa, que la vela se está apagando!

La niña no hacía caso y no sabía si elegir lo mejor o llevárselo todo, pues todo le parecía apetecible. Y la criada, que vigilaba la vela, le decía:

—¡Date prisa, que la vela se está apagando!

Y dudando dudando la niña seguía llenando el saco. Y como no atendía a la voz de la criada, pues la vela se consumió y se apagó por completo.

En ese momento, la pared se volvió a cerrar y la niña quedó atrapada dentro. La criada, muy asustada, salió corriendo y desapareció de la posada para siempre.

Y cuentan que, desde aquel día, en la posada empezaron a oírse quejidos y llantos de una niña, pero nadie sabía de dónde venían. Luego, poco a poco, fue extendiéndose el rumor de que en la posada había un espíritu que gemía y lloraba y la gente empezó a esquivarla por temor. Al final, el posadero tuvo que cerrar la posada y dejar el pueblo. Más tarde cambiaron el camino y la posada quedó sola y abandonada en mitad del campo con la niña dentro. Y así se perdió de la memoria de la gente.

102. EL JUICIO DEL DEMONIO

Iban dos mozos por un camino andando y en una revuelta se encontraron a Dios y al demonio pidiendo limosna. Uno de ellos solamente le dio limosna a Dios, pero el otro le dio una peseta a Dios y un céntimo al demonio, porque recordó que, de pequeño, escuchó muchas veces un dicho que decía: «Dios es bueno, pero el demonio no es malo».

Pasó el tiempo y el mozo que le diera el céntimo al demonio se fue a cumplir el servicio militar. Un día que pasaba mucha hambre y no tenía un duro, fue a una taberna y le pidió al tabernero un par de huevos cocidos, diciéndole que ya se los pagaría en cuanto le llegara algún dinero de su casa, pues ahora no tenía con qué pagarle.

Pero el dinero no llegaba y el pobre soldado seguía a dos velas; así que el tabernero, cansado de esperar que liquidara su cuenta, dio parte de él.

Citaron al soldado, le señalaron el día del juicio y le dijeron que se buscase un defensor.

El soldado estaba del peor humor del mundo, pues no veía forma de afrontar aquello, y se fue a pasear para calmar el disgusto. Y estaba por el camino cuando le salió un hombre muy bien vestido, todo de negro, y le dijo:

–¿Qué es lo que te pasa, muchacho? ¿Dónde vas con esa cara de funeral?

–Pues qué me va a pasar –contestó el mozo cariacontecido. Y le contó la historia de la deuda con el tabernero y el juicio que le había puesto.

Entonces le dijo el hombre:

–¡Venga, hombre, no te apures por tan poca cosa, que en este mundo todo tiene solución! A ver ¿no recuerdas una vez que estaban Dios y el demonio pidiendo limosna? Pues aquí me tienes, que yo soy el demonio y, como te debo el favor, yo seré tu defensor el día del juicio.

En fin, que llegó el día del juicio y allí se presentó el soldado con buen ánimo

acordándose del ofrecimiento que le hizo el demonio. El juicio estaba señalado para las once de la mañana y, como el defensor no se presentaba, estuvieron esperando hasta que dieron las once y media. Y a esa hora, sin esperar más, empezaron la sesión.

El tabernero solicitó el oro y el moro aduciendo que, si aquellos dos huevos los hubiera sacado adelante, habría obtenido dos gallinas, las gallinas hubieran puesto más huevos y de aquellos huevos hubiera obtenido nuevos pollos, y así hasta el día de hoy, en que sería ya dueño de centenares de pollos y de gallinas y rico.

El abogado del tabernero defendió estas razones con tal convicción que condenaron al pobre soldado a pagar una gran cantidad de dinero y, claro, como no tenía ni un céntimo, pues le iban a mandar a la cárcel a cumplir condena de muchos años.

Total, que dieron el juicio por acabado y ya abrían las puertas del juzgado cuando apareció el defensor del soldado. Al principio se negaron a escucharle, pero él alegó que el juicio no era válido si al soldado no le asistía un defensor; de modo que volvieron a cerrar las puertas y le dieron licencia para que hablase en favor del soldado. Y lo primero que dijo el defensor fue esto:

–He tardado tanto en venir porque hoy tenía que plantar un campo de alubias y antes estuve cociéndolas para sembrarlas.

Y dijo el juez:

–¡Cómo que cocerlas! En toda mi vida he oído cosa semejante. ¿Qué fruto pueden dar unas alubias cocidas? Eso que usted dice es una locura.

Y contestó el defensor:

–¿Qué fruto pueden dar?: pues el mismo que podrían dar los huevos que se comió mi defendido. Aquellos huevos estaban cocidos y, por mucho que se pusieran a empollar, no saldría pollo o pollita alguna de ellos; así que mi defendido no tiene que pagar más que el valor de los huevos que se comió y, como mucho, los intereses de ese dinero hasta el día de hoy, según determine la ley.

El juez, los escribanos y los demás se miraron unos a otros sin saber qué responder. Y como no supieron aducir nada en contra del argumento del demonio, sólo pudieron condenar al soldado a la pena que pedía su defensor.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

103. EL GALLEGO Y EL CABALLO DEL REY

Una vez le sucedió un caso curioso a un gallego que servía al rey. El rey tenía un caballo blanco magnífico, de pura raza, y lo estimaba más que a todas sus posesiones. Lo estimaba tanto que advirtió que ahorcaría a aquel que tuviera que llevarle la noticia de que su caballo había muerto.

Un día que estaba cuidando al caballo un soldado andaluz, el caballo dio un traspie con tan mala fortuna que se rompió una pata y hubo que sacrificarlo allí mismo. Claro, al soldado no le llegaba la camisa al cuerpo pensando en que tenía que llevar la noticia al rey, por miedo a que cumplierse su amenaza y le mandara ahorcar. Entonces se le acercó el gallego y le dijo:

–No te apures, hombre, que de este trance he de sacarte yo. Tú espera aquí, que yo me encargo de darle la noticia al rey.

El andaluz vio el cielo abierto y, de muy buena gana, dejó que el gallego fuera a entenderse con el rey. Conque llegó el gallego a donde estaba el rey y le dijo:

–Sepa su real majestad que el caballo blanco está echado en el prado. Y le entran moscas por la boca y le salen por el rabo.

Y le dijo el rey:

–¡Hombre, eso es que está muerto!

Y le contestó el gallego:

–Ah, eso yo no lo sé, mi señor, que yo no soy veterinario.

Y como no fue él sino el rey quien dijo que el caballo estaba muerto, libró al andaluz de morir ahorcado.

104. LOS HERMANOS BANDIDOS

Había una vez en un pueblo de la montaña una casa en la que vivían dos hermanos con su madre. Los hermanos se llamaban Antonio y Juan. Se sentían tan unidos que decidieron firmar un acuerdo por el que se comprometían a no separarse nunca el uno del otro. Y juntos estuvieron siempre hasta que un día Antonio, que sentía deseos de conocer el mundo, rompió el trato y se fue de casa sin decir palabra.

Poco tiempo después, Juan estaba con su mula por el monte juntando una carga de leña cuando le cayó encima una cuadrilla de ladrones que se apoderaron de él y lo llevaron a la cueva donde se escondían. Y allí en la cueva, Juan reconoció en el jefe de los ladrones a su hermano Antonio. Se abrazaron muy contentos y, como Juan había jurado no separarse de él, se metió a ladrón y se quedó en la cuadrilla.

Una noche, Antonio fue a ver a su madre. En el camino era obligado pasar por delante de un cementerio, y cuando Antonio pasó por allí, le pareció escuchar el llanto de una criatura. Miró dentro del cementerio a ver qué era y, sobre una sepultura, encontró a una niña recién nacida. Antonio se compadeció de ella, la envolvió en su capa y la llevó consigo.

Por fin llegó a la casa de su madre y ésta, al verle llegar con la criatura, le dijo:

—¿Es tuya esta niña?

Y Antonio le contestó:

—No es mía, que la encontré llorando en un cementerio. Ahora hay que bautizarla y criarla, pero yo no puedo hacerlo.

Y dijo la madre:

—Por eso no tengas cuidado, que yo me ocuparé de ella.

Luego preparó la cena, pero la madre estaba enfadada con sus hijos y empezó a recriminarles:

—¡Ay, sinvergüenzas! ¡Cómo me avergüenzo de ser vuestra madre! ¡Os habéis

convertido en unos bandidos desalmados y vuestras cabezas están puestas a precio por toda la comarca!

Y así siguió quejándose y recriminándoles la vida que llevaban.

–¡Vergüenza me da ser vuestra madre! ¡Vete de aquí y no vuelvas más, que no quiero volver a verte!

Antonio se marchó compungido y, cuando llegó a la cueva, sus compañeros los ladrones le dijeron que habían prendido a su hermano Juan en una emboscada y, por mandato de la justicia, lo habían colgado en una encina. Antonio ya no pudo soportar tantos disgustos y disolvió la cuadrilla. Y como dejaron de hacer daño, al cabo del tiempo fueron indultados.

Desde entonces Antonio se dedicó a hacer una vida ejemplar y conoció a una moza joven y virtuosa con la que se casó. El mismo día en que se casó, cuando estaba en mitad del banquete de bodas con todos los invitados, oyó que llamaban a la puerta.

–¡Pam! ¡Pam!

Dijo Antonio:

–¿Quién llama tan fuerte a estas horas?

Conque salió a ver y se encontró con la sombra de su hermano Juan; y éste le dijo:

–¿Cómo es que no me has invitado a tu boda? ¿Es que no recuerdas nuestro pacto de no separarnos nunca?

Antonio quedó desconcertado, pero en seguida le dijo a su hermano:

–¿Acaso podía yo convidar a un muerto? Entra si quieres, que ésta es mi casa.

Y le dijo su hermano:

–¿Cómo quieres que me presente, visible o invisible?

–Invisible –contestó Antonio.

El muerto se sentó a la mesa y allí se quedó hasta el final del banquete, sin que nadie más que su hermano Antonio pudiera verle. Después de que se hubo ido el último invitado, Juan se levantó y se despidió también de Antonio, pero antes de irse le dijo esto:

–Dentro de seis días me caso con la hija del diablo en la misma cueva donde vivíamos cuando éramos ladrones. Yo sí te convidó a mi boda. ¿Irás?

–Cuenta conmigo, que allí estaré –repuso Antonio.

El día antes de la boda de su hermano con la hija del diablo, Antonio decidió ir a

confesarse y le contó también al cura la promesa que había hecho a su hermano. El cura le dijo:

–No puedes retirar la palabra que diste a tu hermano, así que debes ir. Pero para asistir a esa boda es conveniente que lleves contigo alguna reliquia.

El día fijado, Antonio montó en su caballo y se dirigió a la cueva. Y yendo por el camino se encontró a una niña que llevaba una vara en la mano. Cuando Antonio llegó a su altura, la niña le dijo:

–Vienes bien preparado de reliquias, pero de nada te servirán si no haces lo que yo te diga.

–Pues ¿qué es eso? –replicó Antonio.

Y dijo la niña:

–Toma esta vara que llevo conmigo; cuando llegues a la puerta de la cueva, traza un círculo con ella y quédate dentro de él sin desmontar del caballo. Y por nada del mundo salgas del círculo hasta que la ceremonia haya terminado.

Intrigado, Antonio le preguntó:

–¿Y quién eres tú, que me sales al camino?

Y dijo la niña:

–¿Es que no me conoces?

–No te conozco –contestó Antonio.

–Pues yo soy la niña que recogiste del cementerio el día en que ibas a ver a tu madre. A pesar de los muchos cuidados que tu madre me dio, no tuve suerte y hoy estoy muerta. He venido a tu encuentro a salvar tu alma como tú salvaste una vez la mía mandando que me bautizaran.

Y, dicho esto, la niña desapareció.

Antonio siguió camino hasta la cueva. Allí, delante de la boca, sin entrar por ella, hizo lo que la niña le había dicho y desde allí presenció el casamiento de su hermano Juan con la hija del diablo. Después, sin desmontar del caballo, volvió grupas y se dirigió a su casa de nuevo.

Y cuando llegó a su casa, su mujer le metió en la cama porque venía tiritando. Ella creía que era de frío, pero él sabía bien que era de miedo.

105. EL SASTRE Y EL ZAPATERO

Cierto día se encontraron en un camino dos hombres que llevaban la misma dirección. El uno era sastre y el otro zapatero, y ambos habían decidido ir por el mundo a ganarse mejor la vida. En vista de lo cual, después de saludarse y conocerse, siguieron camino juntos.

El sastre era bajito, alegre y de muy buen humor. El zapatero era alto y malhumorado. El sastre, con su buen humor, gastaba bromas al zapatero y a éste no le hacían ninguna gracia y aún parecía estar más malencarado. Al verle así, el sastre le ofrecía vino de su bota, para que alegrase la cara y el ánimo; y el zapatero bebía, pero seguía en sus trece. En fin, que el uno riendo y el otro gruñendo, llegaron a una importante ciudad.

El sastre, además de ser buena persona, era un buen sastre, así que se acomodó y en seguida empezó a ganar buenos dineros. Al cabo del tiempo, el sastre decidió cambiar de lugar y salió de nuevo al camino al tiempo que lo hacía el zapatero. El sastre le contó al zapatero lo bien que le había ido y el dinero que había ganado y el zapatero, que ni trabajó ni ganó dinero, le decía:

–Todos los tunos tienen suerte.

El sastre no se ofendía por este trato y repartía lo que tenía con su compañero de viaje. Y sucedió que, tras varios días de viaje parando aquí y allá, y el sastre invitando siempre al zapatero, llegaron a un espeso bosque de donde partían dos caminos que llevaban a la ciudad a donde se dirigían. Por uno de los caminos se tardaba siete días y por el otro, dos nada más.

Como no sabían cuál era el uno y cuál era el otro, se sentaron bajo una encina a discutir cuál tomarían y, también, cuánta comida debían llevar.

–Compraremos pan para siete días –decía el zapatero–. Así es seguro que no pasaremos hambre, dure lo que dure el viaje.

–No, hombre –contestaba el sastre–. ¿Para qué ir tan cargados? Compraremos comida

sólo para dos días; y habiendo dinero, si hemos elegido el camino largo, ya encontraremos a algún pastor que nos venda leche y queso y quién sabe si un cabrito. Y si hemos elegido el corto, en dos días estaremos en la ciudad yendo bien ligeros sin tanta carga.

Total, que el zapatero insistió y compró su comida para siete días y el confiado y animoso sastre sólo para dos, pero lo compraron todo con el dinero del sastre. Echaron a suertes por cuál camino irían y, por el que les salió, se fueron.

Al cabo de dos días de andar, vieron que habían elegido el camino largo y al sastre se le acabaron las provisiones. Como no encontraron un alma por allí, no podía comprar más comida y a la noche el pobre sastre estaba muerto de hambre. Al día siguiente ya no podía resistir más viendo al zapatero comer tranquilamente y le pidió, por caridad, aunque fuera un pedazo de pan. El zapatero, como era mala persona, en vez de compadecerse de él y darle pan, le decía:

–Parece que ya no estás tan alegre ni tienes tantas ganas de fiestas.

Y no le dio ni un mendrugo.

Al otro día el sastre no podía más de hambre, no podía levantarse ni hablar. Entonces el malvado zapatero le dijo:

–Te daré un pedazo de pan, pero antes te tengo que sacar un ojo.

Como el pobre sastre estaba tan desfallecido y muerto de hambre, aceptó. Lloró con los dos ojos por última vez y el zapatero le sacó el ojo y le dio de comer. Luego, cuando se le pasó el dolor, siguieron camino adelante y el pobre sastre, resignado, decía:

–También se ve con un solo ojo.

Pasaron otros dos días y el sastre estaba otra vez muerto de hambre. Le volvió a pedir al zapatero un pedazo de pan, porque no podía ni andar, y el zapatero le contestó que le daría el pedazo de pan, pero que antes tenía que sacarle el otro ojo.

–Eso es un crimen –le dijo el pobre sastre–, y algún día Dios te castigará el mal que me estás haciendo. Cuando yo tuve dinero lo compartí contigo, que gracias a eso has podido comprar la comida que llevas. Necesito los dos ojos para trabajar y, como siendo ciego no podré ganarme la vida, te ruego que no me dejes solo y que me des el pan, porque me muero de hambre.

Pero el zapatero, que tenía el corazón más duro que una piedra, desoyó las súplicas del sastre, le sacó el otro ojo y luego le dio el pedazo de pan.

Ciego ya el pobre sastre y tentando el suelo con un palo, siguió a su compañero. Por

fin llegaron al otro lado del bosque, donde el zapatero vio una horca de la que pendían dos ajusticiados. Entonces el zapatero salió corriendo y dejó abandonado al sastre, diciendo que ya volvería a buscarle.

El sastre se echó a dormir y, al amanecer el día, comprendió que su compañero le había abandonado.

En esto vinieron dos cuervos a posarse sobre las cabezas de los dos ajusticiados, y empezaron a decirse el uno al otro:

—¿No sabes que el rocío que ha caído esta noche desde la horca al suelo aclara la vista de los ciegos refregándolo en los ojos?

El sastre, que oyó esto, se acercó a donde los cadáveres, cogió un poco de rocío, se refregó los ojos y recobró la vista.

Lo primero que hizo fue mirar hacia donde estaba la ciudad que buscaban y, en cuanto vio sus altas torres, se dirigió allí contentísimo.

En el camino se encontró con un potrillo castaño y se dispuso a montar en él para llegar antes, pero el potrillo le dijo:

—Déjame libre, que todavía tengo poca fuerza. Déjame crecer y algún día te serviré bien.

Como el sastre tenía buen corazón, lo dejó libre. Pero sentía hambre y se dijo que el primer animal que encontrase, se lo comería. Al poco rato dio con una cigüeña y la cogió por una pata; y la cigüeña le dijo:

—¿Es que no sabes que soy la que anuncia la primavera? Déjame vivir, que algún día te serviré.

La soltó el sastre. Y lo mismo le sucedió con dos patitos que encontró después y cuya madre le rogó que los dejara vivir, tan chicos como eran.

Por fin llegó a la ciudad y a los pocos días, en vista de su habilidad, el rey le nombró sastre de la corte. Entonces se enteró de que su malvado compañero había sido nombrado también zapatero real.

El sastre estaba tan contento por haber recuperado la vista que decidió olvidar las ofensas del zapatero, pero el zapatero quedó confuso y asustado, creyendo que el sastre intentaría vengarse. Entonces se fue a ver al rey y le dijo que el sastre era un fanfarrón y una mala persona y que había dicho que sería capaz de encontrar la corona de oro que el rey había perdido.

El rey ordenó llamar al sastre y le dijo:

–Si no me traes la corona de oro, serás desterrado de la ciudad para siempre.

El sastre se alejó pensando cómo querría el rey que le trajese la corona si no sabía dónde estaba; pero el caso es que se fue por la ciudad a buscarla. Al final estaba tan cansado que se sentó junto a un estanque y empezó a llorar. Al oírle, saltaron a la orilla dos patitos y también su madre, que le preguntó por qué lloraba. El sastre le contó lo que le ocurría y la pata le dijo:

–No te preocupes, que la corona está en el fondo de este estanque.

Se fue en busca de sus otros diez hijos y entre todos buscaron hasta que dieron con ella, la sacaron y se la entregaron al buen sastre, que, muy contento, marchó a llevársela al rey. Cuando éste la vio, se llenó de alegría y le dio al sastre una cadena de oro, agradeciéndole mucho que le hubiese encontrado la corona.

Cuando el zapatero se enteró de lo que había sucedido, sintió aún más odio por el sastre y empezó a buscar la manera de perderle. Se presentó al rey y le dijo que ese sastre fanfarrón decía que era capaz de abrir un pozo en el patio del palacio y que saldría un chorro de agua más alto que un hombre.

El rey ordenó llamar al sastre y le dijo:

–Si mañana mismo no tengo en mi patio un surtidor de agua más alto que tú, serás desterrado de la ciudad.

El sastre se fue a pasear entristecido sin saber qué hacer y, andando, se encontró en las afueras de la ciudad. Y en esto le salió al paso el potrillo castaño, que ya era un potro fuerte y hermoso. Le contó el sastre lo que le ocurría y el potro castaño le dijo:

–Monta en mí y vamos al palacio, que yo te ayudaré a hacer esa fuente.

Y efectivamente. Llegó el sastre montado en él, se dirigieron al patio señalado, dieron tres vueltas alrededor y al terminar la última saltó un terrón de tierra y subió un chorro de agua de la altura de un hombre.

El rey estaba cada vez más contento con el sastre, pero el zapatero aún le odiaba más y se fue a decir al rey que el sastre fanfarrón alardeaba de que podría traer a un príncipe volando por los aires para que fuese el heredero de la corona. Como el rey sólo tenía hijas, en cuanto oyó esto ordenó llamar al sastre y le dijo que, si era verdad que podía traer a un pequeño príncipe por los aires, le daría a la mayor de sus hijas por esposa.

El sastre se fue a su casa muy preocupado. Y allí estaba dándole vueltas al asunto cuando oyó unos golpes en la ventana y vio que era la cigüeña. El sastre le contó en seguida el apuro que tenía y la cigüeña le dijo:

–Yo también te estoy muy agradecida porque te compadeciste de mí, así que no te preocupes. Ve al palacio y espérame junto al rey, que yo llevaré el príncipe que el rey desea.

Así lo hizo el sastre y, cuando estaban todos en el gran salón del palacio, vieron venir volando una cigüeña que se posó en una de las ventanas; y en el pico traía un precioso niño, que puso en manos del rey.

Con eso, el rey cumplió su palabra, el sastre se casó con la hija mayor y ya nunca volvió a tener problemas. En cambio, el zapatero, desesperado, huyó de la ciudad y se ahorcó en un árbol del mismo bosque que cruzara un día en compañía del sastre.

106. LOS PRESTAMISTAS NO TIENEN ALMA

Cierto día murió un caballero y al subir al cielo le entraron ganas de ver a un tío suyo que hacía un año que se había muerto.

Llegó al cielo, llamó a una puerta y salió a abrirle un hombre con una blusa blanca.

–¿Qué busca usted aquí? –dijo el de la blusa.

–Nada –dijo el caballero–, que tenía interés en ver a mi tío.

–¿Y quién es su tío?

–Pues don Fulano de Tal.

El de la blusa consultó y luego dijo:

–No, señor, aquí no está. Vaya a llamar usted a esa otra puerta a ver si le dan razón.

Se fue a la puerta que le indicaron, llamó y le salió un señor con una barba muy larga que le dijo:

–¿Qué se le ofrece a usted?

Y dijo el caballero:

–Que vengo a ver si está aquí un tío mío que hace un año que se ha muerto.

–Pues dígame quién era su tío de usted.

–Don Fulano de Tal.

–No –dijo el de la barba–, conozco a todos los que están aquí y su tío no es uno de ellos.

El caballero fue llamando a varias puertas, según le indicaban, pero en ninguna le daban razón de su tío. Al fin llamó en otra puerta que estaba al fondo del todo y salió a abrirle un hombre con una cola muy larga y orejas puntiagudas.

Y le dijo el hombre:

–¿Qué busca usted por aquí?

–Pues verá –dijo el caballero–, es que estoy buscando a un tío mío que hace un año que se ha muerto y me canso de llamar a todas las puertas y nadie me da razón de él.

–¿Y cómo se llama su tío de usted?

Y el caballero repitió una vez más:

–Don Fulano de Tal.

El hombre de la puerta hizo memoria y luego dijo:

–No, señor; aquí tampoco está, por lo menos con ese nombre. Pero, dígame usted, ¿qué oficio tenía su tío?

El caballero contestó:

–Era prestamista.

Y entonces le dijo el otro:

–¡Acabáramos! Pues ya no se moleste usted en buscarle por aquí, porque los prestamistas no tienen alma.

107. EL AMIGO DE LA MUERTE

Érase una vez un hombre que tenía puesto todo su afán en ser un hombre justo. No se sentía a gusto con nada con lo que no comulgara y siempre que tenía que opinar sobre algún asunto, lo juzgaba tal como le dictaba su conciencia, sin inmutarse ante la posibilidad de que su juicio perjudicase al rico y ayudase al pobre o dañase al magnate y al poderoso en favor del desvalido. Él, por encima de todo, decía siempre lo que le parecía más justo, según su recto entendimiento.

Hete aquí que este hombre tuvo un hijo y, naturalmente, quería que fuese tan justo como él. No hacía más que dar vueltas al modo de conseguir este deseo: que su hijo fuera como él y actuase del mismo modo, dando a cada uno lo suyo y llamando al pan, pan y al vino, vino.

Para ello, preguntaba a todos cuantos conocía y apreciaba qué podría hacer para transmitir este sentimiento a su hijo. Y unos le decían una cosa, otros otra, hasta que encontró a un hombre muy viejo y juicioso, que le dijo que los niños, en esto, dependían de sus padrinos y que era lo propio que heredasen el donaire y las virtudes de los padrinos, de modo que, si quería que su hijo fuera un hombre justo, tendría que encontrarle un padrino que fuera justo.

Las razones del anciano convencieron al padre, que decidió salir a buscar un hombre justo para hacerle padrino de su hijo.

Se echó a andar por el mundo y un día, en mitad de un bosque, se le presentó el diablo en persona pues, sabedor de lo que el hombre buscaba, pensó que ésta era una buena ocasión para tener un ahijado. En fin, que se acercó al padre y le dijo:

–¿Dónde va usted?

–Voy en busca de un padrino para mi hijo.

–Y ¿qué clase de padrino está usted buscando? –preguntó el diablo.

–Busco un padrino que sea, ante todo, justo.

–Pues yo me ofrezco con gusto, porque creo que soy la persona adecuada.

–¿Tan justo piensa usted que es? –dijo el padre.

–El más justo del mundo.

–Muy bien, pues dígame quién es usted.

–Yo soy el diablo.

–¡Pues sí que estamos buenos! –dijo el padre–. ¿Y usted se tiene por el más justo del mundo? Usted anda detrás de toda la gente tratando de hacerla caer en pecado, engaña, utiliza cualquier baja para tentarnos, ¿eso le parece justo? Ande por ahí, hombre, que no me conviene usted para padrino de mi hijo.

Y el padre siguió su camino. Anduvo y anduvo y, por fin, se topó con un vejete completamente calvo y medio chocho que le preguntó a dónde iba y, al contestarle el padre que iba en busca de un padrino para su hijo, él mismo se ofreció diciendo que difícilmente podría encontrar a alguien más justo que él. El padre le preguntó quién era y el vejete le contestó que era san Pedro. Y dijo el padre:

–Mucho me extraña que usted pueda tenerse por justo. Usted es el portero del cielo y, cada vez que llega un alma, lo único que hace es ponerle inconvenientes y trabas antes de dejarla pasar; y por futesas y cuestiones sin importancia, en un dos por tres me los envía tranquilamente al infierno. ¡Y todavía se atreve a decir que es un hombre justo! ¡Ande con Dios y olvídense de ser padrino de mi hijo!

Y sin más, le dejó plantado y siguió su camino. Otra vez anda que te andarás, fue a dar con un hombre de largas barbas, cuyo aspecto era enteramente el de un hombre de bien. Como el camino estaba muy solitario y se veía que los dos llevaban mucho tiempo sin cruzarse con nadie, se detuvieron a hablar. El padre le contó que iba en busca de un padrino para su hijo y la condición que ponía, y el desconocido, al oírle, se le ofreció como padrino diciéndole que le iba a resultar imposible encontrar a otro más justo que él. El padre, intrigado, le preguntó quién era y el desconocido le respondió:

–Yo soy Dios.

–¿Dios? –dijo el padre–. ¡Pues estamos aviados! Usted da riquezas a algunos en tal cantidad que no saben qué hacer con ellas y las despilfarran de puro aburrimiento y, en cambio, a otros los hace tan pobres que en toda su triste existencia no se pueden dar una satisfacción. A unos les da vida, salud y fortaleza para dar y tomar y a otros, en cambio, les envía enfermedades sin cuento. A unos los hace sabios y les concede todos los dones de la inteligencia en tanto otros no consiguen comprender ni las cosas más simples. Usted

hace dementes, tullidos, asesinos, cría enfermedades, plagas y guerras. Tanto le cuesta hacer el bien como hacer el mal, pero, aunque está en sus manos el evitar todas las desgracias, no mueve un dedo para hacerlo y deja que todas las cosas sean como acabo de decir. ¿Eso le parece justo?

Y sin más ganas de alegar, el padre siguió su largo viaje en pos de un padrino justo para su hijo y dejó a Dios plantado en medio del camino.

Anda que te andarás, por valles y montañas, llegó un momento en que el padre empezó a sentirse muy cansado de tanto ir de un lado para otro sin encontrar al padrino que buscaba. Y ya desconfiaba de dar con él cuando hete aquí que encontró, sentado a la vera del camino, a una especie de fantasma de cabeza blanca y cara pelada, sin nada de carne encima, pues era todo huesos desnudos; iba envuelto en una sábana y se apoyaba en una guadaña.

Tanto le llamó la atención que se detuvo a hablar con él.

–¿Quién es usted? –preguntó el padre.

–Yo soy la Muerte. Y usted ¿quién es? –preguntó la Muerte.

–Soy un padre que anda recorriendo el mundo en busca de un justo para hacerle padrino para mi hijo.

–Pues ya dudo que puedas encontrar a alguien más justo que yo –dijo la Muerte–, porque, para mí, no hay ni rico ni pobre, sabio ni tonto, joven ni viejo, rey ni súbdito. Cuando les llega la hora, a todos los trato por igual y a todos me los llevo sin contemplaciones ni preferencias. Tú me dirás si te parece que hay alguien más justo que yo.

–Bueno –dijo el padre–, no me parece a mí que seas tan justo como dices, porque, a veces, matas al que más falta hace para sacar adelante a una familia y dejas a todos los niños en la miseria y, en cambio, no te llevas a viejos caducos y chochos a los que más les valdría abandonar cuanto antes este mundo. Pero, en fin, de todos los posibles padrinos con los que he dado hasta ahora, reconozco que, si bien no eres tan justo como creo que deberías ser, al menos eres el más justo de todos. Así que, de acuerdo, tú serás el padrino de mi hijo.

Así que hicieron el bautizo y se habló mucho de él porque la Muerte, para festejarlo, echó la casa por la ventana. Fue un bautizo muy sonado y, a la salida, se tiraron confites y caramelos a carretadas, para delicia de los niños. La Muerte estaba la mar de contenta de ser padrino porque nadie antes se lo había ofrecido ni se conocía caso igual. Lo

normal era que todo el mundo le diera de lado, pero en el bautizo, en vista de que le daban otro trato por el hecho de ser padrino, estaba animadísimo y le daba mucho gusto alternar y mezclarse y charlar con gente que, en cualquier otra ocasión, hubiera huido espantada de él.

Acabada la celebración, le dijo la Muerte a su compadre:

–Ya me tengo que ir, porque tengo obligaciones muy importantes que he abandonado por causa del bautizo. Estoy muy contento del trato recibido y te prometo que, en cuanto pueda escaparme de mis obligaciones, vendré a visitar a mi ahijado. No hace falta que te diga que corren de mi cuenta los primeros zapatos que calce, los primeros trajes que vista y la palma de Ramos; y cada año le traeré la mona de Pascua más grande de la confitería. Además, tengo ganas de venir a ver al niño a menudo porque, aunque sigo siendo la Muerte maldita y aborrecida por todos, me apetece mucho oírme llamar padrino.

La Muerte se fue, pues, a hacer de las suyas y a llevar disgusto y malestar a las casas donde había gente a la que le había llegado su hora, que por muy padrino que fuera, no podía descuidar su trabajo. Y, efectivamente, en cuanto podía, se escapaba a ver al niño y le hacía cosquillas con sus dedos largos y secos que, al moverlos, hacían cric-crac, porque le crujían los huesos. Pero el niño no lloraba sino que, como estaba acostumbrado, se reía; y tenía a la Muerte tonta de gusto.

De tanto ir a ver al ahijado, la Muerte hizo amistad con el padre; y un día le dijo:

–Es una pena que seas tan pobre, porque a mí lo que me gustaría es que mi ahijado fuera rico. Así que os voy a ayudar. Vas a hacerte médico y no te preocupes si no sabes nada de enfermedades. Tú irás a ver al enfermo cuando te manden llamar y, si no me ves a un lado de la cama, quiere decir que el paciente no está en peligro: le das un jugo de las hierbas que yo te diré y, tenga el mal que tenga, se pondrá bien. Y si el enfermo ha de morir, no hay nada que hacer, pero entonces me verás al pie de la cama y te indicaré con los dedos los días de vida que le quedan.

Y dicho y hecho. Al poco tiempo, siguiendo fielmente las instrucciones de la Muerte, se convirtió en un doctor de fama e hizo una regular fortuna.

Un día sucedió que le llamaron para que fuese a visitar al rey, que estaba muy enfermo, y le ofrecieron una bolsa llena de monedas de oro si le sanaba. Al llegar a la habitación del enfermo, el médico vio que la Muerte estaba a los pies del lecho y le mostraba tres dedos de una mano, lo que quería decir que el rey moriría en tres días. El

médico entendió perfectamente lo que la Muerte quería decirle, pero la bolsa de monedas de oro le tentaba tanto que, por hacerse con ella, resolvió recetar un jugo de hierbas de aquel que le diera la Muerte. Y resultó que el rey se curó, pues se trataba de un jugo maravilloso que sanaba a la gente aunque su enfermedad fuera mortal.

La Muerte, al ver esto, se puso realmente furiosa y juró hacer pagar cara su desobediencia al médico. El médico hizo como que no la había visto al pie de la cama del rey y se excusó, pero a la Muerte no se le escapó que el hombre había actuado por avaricia. Así que, al cabo de unos cuantos días, la Muerte fue a hacer una visita al médico y le dijo:

–Hace mucho tiempo que nos tratamos y que vengo a vuestra casa a veros, pero nunca habéis venido vosotros a la mía. Y he pensado que ya es hora de que la conozcas, así que te invito a venir hoy mismo, si te apetece.

El médico sintió una gran curiosidad por conocer la casa de la Muerte y, sobre todo, por saber dónde estaba y cómo vivía, por lo que aceptó de inmediato la invitación. Se pusieron, pues, en camino y anduvieron tiempo y tiempo a través de bosques y montañas, por caminos y senderos, subidas y bajadas, ríos y riberas, orillas y acantilados, siempre por lugares perdidos y tan difíciles de recordar como de transitar. Y el médico no paraba de decir:

–Todo esto es muy complicado y lioso; no sé si sabré encontrar el camino de vuelta.

Y la Muerte le decía:

–No te preocupes, que no te costará nada volver.

Por fin, llegaron a la casa de la Muerte. Era un palacio tan alto y tan inmenso que no se podía abarcar con una mirada. Entraron y recorrieron salas y más salas, tan grandes que la vista se perdía en ellas. El médico quería ver el lecho donde dormía la Muerte y la mesa donde comía, pero no aparecían. Sólo se veían lámparas y lámparas de aceite encendidas que dotaban a las salas de una fúnebre claridad, triste y siniestra. Y la Muerte caminaba por en medio de aquel inmenso mar de lámparas, entre luces y sombras, sin perder el camino y sin rozar una sola. No todas las lámparas eran iguales. Había muchas llenas de aceite, que daban más claridad, y otras, por el contrario, semivacías o casi vacías, que iluminaban más escasamente; y las más vacías parecían a punto de extinguirse en su pobre llama. El médico no entendía qué era todo aquel extraño espectáculo y se lo preguntó a la Muerte.

–Aquí hay tantas lámparas como personas hay en el mundo –dijo la Muerte–. Cada

lámpara corresponde a una persona; mientras la llama luce, la persona está viva. Si la lámpara quema bien y la luz es clara, la persona está buena y sana; si parpadea el pabilo y la luz declina, la persona está enferma. Mientras dura el aceite de la lámpara y, por tanto, la llama se alza, la persona vive; en cuanto el aceite se acaba y la lámpara se apaga, se extingue la vida de la persona unida a la lámpara.

El médico, entonces, relajó el paso y fue fijándose en las lámparas junto a las que pasaba. Cuando encontraba una bien llena y con la llama alta, decía:

–Mira, éste tiene vida para muchos años.

Cuando veía una más bien vacía, no podía evitar decir:

–Mira este pobre, lo poco que le queda.

En esto, encontró una lámpara tan llena que parecía estar a punto de desbordarse y le preguntó a la Muerte, por curiosidad:

–¿De quién es esta lámpara tan llena?

Y le contestó la Muerte:

–Esta lámpara es la que corresponde a tu hijo.

–Caramba, qué buena fortuna; éste sí que tiene vida asegurada por una buena cantidad de años.

Muy cerca de ella vio otra lámpara con apenas una gota de aceite y le dijo a la Muerte, en tono burlón:

–Mira ésta, qué pronto se va a llevar a alguien al cielo.

Y la Muerte le contestó:

–Entonces mírala bien, porque es la tuya.

El médico se quedó horrorizado y sumido en la más negra desesperación; empezó a implorar a la Muerte que le añadiera aunque sólo fuera unas pocas gotas de aceite de cualquier otra lámpara, puesto que había tantas que estaban llenas a rebosar.

–Ahora que soy rico y que puedo saber lo que es la buena vida, ¡ahora me voy a morir!

Entonces le propuso a la Muerte poner en su lámpara un poco del aceite de la de su hijo, al que poco le iba a importar vivir unos meses más o menos, un año o dos, teniendo toda la vida por delante y, de este modo, le daría tiempo a aconsejarle y educarle para que llegase a ser un hombre justo.

La Muerte rechazó todo lo que el padre le decía; ni siquiera se molestaba en escucharle. Le dijo que era un mal padre, porque acortar la vida de su hijo para alargar la

suya propia no era justo, ya que no dudaba en perjudicar al hijo si eso le aprovechaba a él. ¿Era eso ser justo? Y le dijo además:

–Recuerda que si me escogiste como padrino de tu hijo fue porque creías que yo era el más justo.

Y mientras estaban discutiendo esto, y el hombre ora alegaba y ora imploraba, se acabó el aceite de la lámpara y el médico quedó muerto.

108. LA BOLA DE ORO

Había una vez un matrimonio que tenía un hijo, y eran tan pobres tan pobres que no lo podían alimentar. Una tarde, mientras el niño dormía, el marido y la mujer decidieron que, ya que se morían de hambre y no podían dar a su hijo lo mínimo que necesitaba para mantenerse, lo mejor que podían hacer era abandonarlo en el bosque, donde quizá algún duende le ayudase y protegiese.

Pero, mira por dónde, resulta que el niño no estaba dormido y oyó todo lo que decían sus padres. Y pensó: «Para que me echen de casa, más vale que me vaya yo, porque al menos sabré por dónde voy; mientras que, si me llevan ellos, me dejarán donde les parezca y no sabré dónde estoy».

Y esa misma noche, cuando sus padres estaban durmiendo, se levantó, bajó de puntillas a la puerta, la abrió poco a poco con muchísimo cuidado de no hacer ruido, y se fue sin que nadie se enterara. A la mañana siguiente, sus padres se despertaron y vieron que el hijo no estaba en casa.

El pobre niño estuvo andando y andando, sin saber por dónde ir ni a dónde ir, y cuando se le echó el atardecer encima, estaba medio muerto de hambre, de frío y de miedo. Se arrimó al pie de un árbol y allí se quedó hecho un ovillo y se durmió en seguida. Y hete aquí que, cuando estaba en lo mejor del sueño, le despertó un runrún conocido. Eran una pareja de pajaritos que estaban de palique, precisamente en una rama del árbol junto al que dormía el niño. Éste escuchó con atención y oyó que decían lo siguiente:

—Pues es verdad que tengo una cosa que contarle, comadre Pía. Me he enterado de que dentro de este bosque anda dando vueltas un niño muerto de hambre, de frío y de miedo, que ha tenido que escaparse de su casa y que anda perdido en busca de una poca de suerte. Por cierto, que no le sería difícil encontrarla si consiguiera hacerse con la bola

de oro, pues ésta le concedería las tres gracias que le pidiera y, si las sabe aprovechar bien, su felicidad estaría asegurada.

–¿Y cree usted posible que se halle la bola de oro por aquí, compadre Pío?

–Cosas más difíciles se han visto, comadre Pía.

–¿Y cree usted que la encontrará, compadre Pío?

–Si no se cansa y tiene constancia, la encontrará, comadre Pía –sentenció el pájaro.

–Bueno, pues nada, ya es hora de dormir. Que tenga usted buena noche, compadre Pío, y hasta mañana si Dios quiere.

–Buenas noches, comadre Pía, que descanse y que tenga buenos sueños.

–Gracias, igualmente, compadre Pío.

Y los dos pajaritos se echaron a volar, uno por aquí y otro por allá, en busca del nido.

El niño, que había escuchado la conversación de los pájaros sin perder ripio, estaba muy contento pensando que ya había empezado a cambiar su suerte; porque él conocía el lenguaje de los pájaros y justo habían ido estos dos a hablar de él en una rama del árbol bajo el cual estaba durmiendo.

Total, que ya no pudo pegar ojo y, nada más empezar a clarear el día, se espabiló y se puso en marcha. Echó a andar sin saber a dónde iba, pero con mejor ánimo. Todo el día estuvo caminando, pero no encontró casa ni persona alguna. Comió sólo las pocas nueces y avellanas que pudo encontrar y, al atardecer, ya estaba otra vez desmayado de hambre, de tanto andar y de tan poco comer. Se arrimó desconsolado a un árbol y allí se lo encontró sentado una vieja tan vieja que no podía serlo más; tenía una nariz ganchuda que le llegaba a la barbilla e iba vestida de andrajos como una desastrada.

Nada más ver al niño, le dijo:

–¡Válgame Dios! ¿Qué haces tú aquí, pobrecito mío, tan solo y a estas horas? ¿No te das cuenta de que pronto vendrán los lobos y te devorarán? Anda, vente a mi casa, que te daré de comer y dormir y así no tendrás que pasar la noche al raso.

Aunque aquella vieja no le producía mucha confianza, estaba tan necesitado de comer y dormir que se fue con ella. Llegaron a una buena casa que había no lejos de allí, en lo alto de un cerro. Era toda ella de piedra, con unos muros muy gruesos y, cosa extraña, no se veía puerta alguna. Entonces la vieja dijo:

–Ábrete, ciérrate, ábrete, pared.

Al momento, la pared se abrió como si fuera una puerta y la vieja y el niño entraron. Dijo la vieja:

–Ábrete, ciérrate, ciérrate, pared.

Y al punto la pared se cerró y nadie hubiera dicho que allí hubo una puerta. La vieja mostró el niño a otras dos viejas reviejas, que eran sus hermanas. Las tres empezaron a rivalizar en cumplidos y halagos hacia el muchacho y, acto seguido, le sirvieron una cena digna de un rey. Cuando hubo comido hasta siete quesos, le acompañaron a una cama en la que había siete colchones, uno encima del otro, y el niño estaba un poco sorprendido por tales atenciones. Y como aquello no le daba buena espina, fingió que dormía y se dedicó a escuchar a las viejas. ¡Y menos mal que lo hizo!

En cuanto creyeron que se había dormido, empezó a decir la más vieja de las tres:

–Éste ha de morir lo mismo que los demás osados que se han atrevido a meterse en este bosque sin pedirnos permiso antes, como si fuera su casa. Así que haremos lo de siempre: encendemos el fogón y, cuando haya buena brasa, lo echamos dentro. Como está dormido, entre las tres podremos hacerlo muy bien; y si se despierta y no hay manera, le damos con la varita de las siete virtudes y los osos del bosque vendrán a despedazarlo.

En cuanto el niño oyó esto, se quedó temblando del susto y, de inmediato, se dispuso a escapar de las viejas antes de que éstas acabasen de cenar y encendieran el horno. Cogió las sábanas que tenía la cama, las enrolló y anudó bien e hizo con ellas una cuerda larga hasta el suelo. Como no había ventana ni nada, recordó las palabras mágicas de la vieja y dijo:

–Ábrete, ciérrate, ábrete, pared.

Y al momento se abrió un agujero como una ventana, el niño se descolgó hasta el suelo y ¡pies, para qué os quiero! echó a correr bosque a través para poder estar suficientemente lejos de las viejas cuando éstas se dieran cuenta de que había escapado.

Corre que te correrás, primero, y anda que te andarás, después, se pasó todo el día sin atreverse siquiera a mirar atrás por miedo a ver aparecer a las viejas reviejas. Y a la caída de la tarde estaba el pobre más muerto que vivo de tanto andar y no comer nada. Hasta

que, sin fuerzas para dar un paso más, se sentó al pie de un gran árbol. Y cuando ya había recobrado el resuello, se le presentó una gentil doncella, muy bien vestida, con sus largos cabellos muy bien peinados y tan luminosa como un sol, que, en cuanto vio al pobre niño allí echado, le dijo:

—¿Qué haces aquí, infeliz? ¿No ves que en cuanto caiga la noche vendrán los lobos y te devorarán? Anda, ven a mi casa, que te daré de comer y dormir y no tendrás que pasar la noche al raso.

Le cogió de la mano y echaron a andar. Mientras andaban, el niño pensaba que aquella doncella tan cortés y bonita no podía ser tan mala como las viejas reviejas y que no le querría tan mal como ellas. La muchacha llevó al niño hasta una gran casona muy parecida a la de las viejas, pues era toda de piedra y de gruesos muros y tampoco tenía puerta alguna. La gentil doncella, apenas estuvieron ante la casona, dijo:

—Ábrete, ciérrate, ábrete, pared.

De inmediato, la pared se abrió como si fuera una puerta y la doncella y el niño entraron. Una vez dentro, la doncella volvió a decir:

—Ábrete, ciérrate, ciérrate, pared.

Y la pared se cerró de nuevo. En la casona había dos hermanas de la muchacha, tan jóvenes y bonitas como ella. Entre las tres le sirvieron una cena siete veces más espléndida que la de las viejas; y cuando hubo cenado, le llevaron a un lecho siete veces más mullido y más bonito que el de las viejas. El niño no las tenía todas consigo con tanto agasajo y, como la vez anterior en la casa de las viejas, fingió dormir y se quedó escuchando lo que hablaban entre ellas y si hablaban de él.

Y oyó cómo la más joven de las tres decía:

—A éste le haremos lo mismo que a todos los demás que se han atrevido a entrar en el bosque sin nuestro permiso. Mañana, cuando se tenga que marchar, le acompañaremos como a los otros y en cuanto lleguemos al primer claro del bosque, le encantamos y le convertimos en árbol como hemos hecho con los demás; y así lo seguiremos haciendo con todos los que vengan hasta que tengamos un bosque tan espeso que dentro de él no se distinga el día de la noche.

–Lo haremos como tú has dicho, hermana pequeña –dijeron las otras dos.

Apenas terminó de oír esto, el niño decidió repetir la fuga de la casa de las viejas. Así pues, enrolló y ató las sábanas como si fueran una cuerda y, cuando la tuvo hecha, dijo a la pared:

–Ábrete, ciérrate, ábrete, pared.

Apareció en la pared un agujero como una ventana, el niño se descolgó por la cuerda y, apenas puso los pies en tierra, empezó a correr a todo correr para poner tierra por medio, pues sabía que en cuanto se dieran cuenta de su fuga, le perseguirían y a buen seguro le atraparían si no se alejaba pronto, pues eran más jóvenes y ágiles que las viejas reviejas.

Al cabo de un buen rato, cansado de tanto correr, se sentó al pie de un árbol y, nada más sentarse, divisó no muy lejos una casa muy, muy grande y decidió ir a echar un vistazo. Al llegar, se encontró con una casa enorme y muy parecida a la de las viejas y las muchachas, con unos muros aún más gruesos y también sin puerta alguna. Como ya tenía experiencia, se acercó a la casa y dijo:

–Ábrete, ciérrate, ábrete, pared.

Y al punto se abrió un hueco tan grande en el muro que bien podría caber por él un gigante tan alto como una montaña. El niño entró y comprendió en seguida que aquella era una casa de gigantes, porque todo era enorme: la mesa, las sillas, las camas, los platos y las cucharas. El niño se asustó de verdad, pensando que, si se las tenía que haber con los habitantes de aquella casa, estaba perdido, pues tan sólo con un soplo le mandarían al fin del mundo.

Entonces decidió salir de allí antes de que los gigantes volvieran. Y hete aquí que, cuando se disponía a atravesar de nuevo el agujero de la pared, se dio cuenta de que en una esquina había una bola de flores preciosas tan brillante como si fuera de oro y pensó: «¿Y si fuera ésta la bola de oro? Me la voy a llevar por si acaso y ya veremos lo que pasa. Si no lo es, siempre tendré ocasión de deshacerme de ella».

Cogió la bola de oro y, nada más sentirla en sus manos, notó como una especie de

musiquilla que salía de su interior, muy dulce muy dulce, acompañada de una encantadora vocecita que decía:

–¿Qué quieres de mí?

El niño no se lo pensó dos veces y dijo:

–Que me saques de aquí sin daño ni peligro.

Y ¡zas! en un momento se encontró otra vez en el bosque muy lejos de la casa de los gigantes.

Volvió a sentir la musiquilla y otra vez la encantadora vocecita que volvía a preguntarle:

–¿Qué quieres de mí?

Y dijo el niño esta vez:

–Que me lleves al palacio del rey y que pueda ver y conocer a la princesa.

Y ¡zas! en un abrir y cerrar de ojos se encontró dentro del mismísimo palacio del rey. El rey estaba cenando con la reina y su hija, que era soltera, y los tres tenían tan buena planta que el niño quedó deslumbrado y en seguida se enamoró de la princesa.

Mas cuando el rey vio delante de sí a aquel niño harapiento que parecía un pobre de pedir, se puso hecho una furia; llamó a los criados y les dijo que se lo quitasen de delante y, para empezar, le dieran una buena paliza por haberse atrevido a llegar hasta allí y, de paso, que dieran otra paliza a los porteros por haberle dejado pasar. El niño, espantado y aturdido, no sabía cómo salir de ésta cuando volvió a sentir la musiquilla y la vocecita que le decía:

–¿Qué quieres de mí?

Y le dijo el niño:

–Que la princesa se enamore de mí para casarme con ella.

Y no había acabado de decirlo cuando la princesa se puso a llorar y le dijo al rey:

–Padre, padre, no hagas que le castiguen, que es tan guapo y tan simpático que me gustaría casarme con él.

Y dijo el rey:

–Está bien, hija mía, si tú le quieres por marido, pues yo también le quiero por yerno. Y que ahora mismo, sin esperar a más, comience a prepararse la boda.

Y todo el mundo en el palacio se puso a preparar el casamiento. El niño mandó llamar a sus padres para que estuvieran presentes en la boda y pasaran el resto de sus días junto a su hijo. Y hete aquí que la víspera de la boda, el novio, al irse a dormir, escuchó una

especie de cháchara conocida en el jardín. Abrió la ventana para ver quiénes eran los que parloteaban y advirtió que eran dos pajaritos que estaban posados en las ramas de un árbol cercano. Y oyó que decían lo siguiente:

–Buenas noches, compadre Pío.

–Buenas noches, comadre Pía.

–¿No tiene nada de bueno que contar?

–Sí, por cierto, compadre Pío. ¿Recuerda usted aquel niño del que me habló hace unos días, uno que andaba perdido en el bosque? Pues ha de saber que ha tenido mucha suerte, gracias a lo listo que es y lo buen chico. Las tres viejas y las tres doncellas del bosque le cogieron y le encerraron en sus casas para matarlo, pero con su listeza logró escapar. Entonces fue a parar a casa de los siete gigantes, donde encontró la bola de oro; fue tan hábil que se apoderó de ella sin que los gigantes se diesen cuenta y ha aprovechado tan bien los tres dones de la bola de oro que mañana se casará con la hija del rey y, en su día, llegará a ser rey él. Pocas veces se ha visto a alguien que en tan poco tiempo haya conseguido tanta suerte y tanta ventura.

–Tiene mucha razón en lo que dice, compadre Pío.

–Ya lo creo, comadre Pía. En fin, que tenga buena noche y descanse bien.

–Buenas noches y hasta mañana, compadre Pío.

Y el novio cerró la ventana y se fue a dormir, tranquilo y satisfecho como nunca antes lo había estado.

109. LAS TRES CERDITAS

Una vez iban tres cerditas por un caminito adelante y le tenían mucho miedo al lobo. Entonces pararon en el camino y se dijeron:

–Hermanitas, ¿por qué no hacemos una chocita aquí y nos metemos las tres para resguardarnos del lobo?

–¡Vamos allá! –dijeron las otras dos.

Hicieron una chocita con palos y hojas que encontraron por allí y, cuando estuvo terminada, se acomodó dentro la cerdita mayor a ver qué tal y les dijo a las otras:

–Hala, venga, fuera de aquí, que en esta chocita no quepo más que yo.

Las otras dos hermanitas se echaron a llorar y le suplicaron que las dejase entrar a ellas también, pero la otra dijo que no y que no, así que se vieron obligadas a seguir camino.

Un poco más adelante, se dijeron:

–¿Por qué no hacemos una chocita para nosotras dos?

–Bueno –dijo la pequeña–, pues vamos allá.

Cogieron palos y hojas y hierbas y también un poco de barro para que fuese más firme y la terminaron. Entonces la mediana se metió a probarla a ver qué tal y, cuando estuvo dentro y a sus anchas, le dijo a la pequeña:

–Hala, venga, fuera de aquí, que en esta chocita no quepo más que yo.

La cerdita pequeña no tuvo más remedio que echarse al camino y seguir andando, e iba llorando a todo llorar porque sus hermanas la habían echado con viento fresco. Y sin parar de llorar, llegó a donde un herrero que, al verla así, le preguntó:

–¿Por qué lloras, cerdita?

Ella le contó entre hipos lo que le había sucedido con sus dos hermanas y el miedo que tenía de que el lobo la encontrase sola en el camino y se la comiera. El herrero la escuchó sonriente y le dijo:

–Tú no te preocupes, que te voy a hacer una casita de hierro muy bonita y con unos buenos pinchos encima por si acaso.

Y así fue. Le hizo una preciosa casita de hierro, con sus ventanas y su puerta y todo y le puso unos pinchos en el techo.

Al día siguiente, se presentó el lobo andando por el camino adelante diciendo:

–Tau-tau, tau-tau.

Llegó a la casa de la cerdita mayor y dijo:

–¡Cerdita, cerdita, ábreme tu casita!

–No, que me comerás –decía la cerdita.

–Pues ahora soplo y te tiro la choza –respondió el lobo.

Y dicho y hecho; pegó un soplido que echó a volar la choza y se tragó a la indefensa cerdita en dos bocados.

Siguió el lobo su camino y, al poco rato, llegó a la chocita de la segunda cerdita. Y dijo:

–¡Cerdita, cerdita, ábreme tu casita!

–No, que me comerás –dijo la cerdita.

–Pues ahora soplo y te tiro la choza –respondió el lobo.

Eso fue lo que hizo; dio un par de soplidos, echó a volar la choza y se comió a la cerdita de un bocado.

El lobo iba tan contento, relamiéndose de gusto y diciendo:

–Tau-tau, tau-tau.

Hasta que llegó a la casa de la cerdita pequeña. Y le dijo nada más verla:

–¡Cerdita, cerdita, ábreme tu casita!

–Eso, ni hablar, porque entonces me comerás –contestó la cerdita.

–Pues te soplo y te tiro la casita –dijo el lobo, y empezó a soplar. Pero la casa no se movía y el lobo siguió soplando con todas sus fuerzas hasta que no pudo más. Y nada; la casita, como era de hierro, ni se movía.

El lobo insistió:

–Cerdita, ¿por qué no me abres la puerta?

–Que no –dijo la cerdita–, que no te abro porque me comes.

–Muy bien –dijo el lobo–, pues ahora me trepo en lo alto y te arranco el tejado.

Se subió a un pequeño cerro que había al lado para tomar carrerilla, se tiró a correr para la casa y ¡zas!, de un salto se plantó en el tejado. Y claro, como estaba lleno de pinchos, se quedó allí clavado sin poderse mover.

–Ay, cerdita –decía el lobo–, sácame de aquí que me muero.

Pero la cerdita, ni corta ni perezosa, cogió un cuchillo de cocina, subió al tejado, le rajó la tripa al lobo y sacó a sus dos hermanas de adentro. Entonces las hermanas, avergonzadas, le dieron las gracias y las tres se quedaron a vivir en la casita de hierro, donde nunca más tendrían miedo al lobo.

110. LOS TRES HERMANASTROS

Éranse tres hermanastros. El primero era hijo de un noble, el segundo era hijo de un rico y el tercero era hijo de un pobre.

Como no se llevaban nada bien, decidieron salir a probar fortuna, mas, para no estorbarse entre sí, pensaron que uno saliera un lunes, el otro al lunes siguiente y el tercero otros ocho días después.

El hijo del noble, que era el mayor, fue el primero en partir. Por el camino se encontró a una vieja que le pidió algo para comer, porque tenía mucha hambre. El hijo del noble le contestó que no tenía nada que darle, pero le preguntó si sabía algún camino que le llevase a un lugar de buena suerte. La vieja le dijo que siguiese por donde iba y, al cabo de media jornada, llegaría a una gran plaza donde había tres puertas que correspondían a tres jardines; una de oro, otra de plata y otra de madera. Si entraba al jardín de la puerta de oro, sería encantado; si entraba al de la puerta de plata, se perdería; y si entraba al de la puerta de madera, hallaría a unos monstruos que se lo comerían.

El hijo del noble siguió camino y llegó a la plaza. Allí estaban las tres puertas que le había dicho la vieja y pensó que, como hijo de noble, le correspondía llamar a la puerta de oro. Salió a abrirle una doncella tan hermosa como un sol, que le acompañó por todo el jardín. Era un jardín lleno de árboles extraordinarios y nunca vistos, cargados de flores de olor y llenos de pájaros que cantaban tan dulcemente que el lugar parecía el cielo. Tanto pasearon que, al final, el hijo del noble se sintió cansado. La doncella tomó asiento al pie de un árbol y le dijo que se sentara a su lado, apoyase la cabeza en su falda y durmiera un poco. El hijo del noble, agradecido, posó su cabeza en el regazo de la muchacha y al momento quedó encantado y convertido en un árbol tan extraordinario como los demás del jardín, que también eran mancebos encantados como él.

Al lunes siguiente, el segundo hermanastro, el hijo del rico, se puso en camino y se encontró con la misma vieja, que también le pidió unos pedazos de pan por el amor de

Dios. El hijo del rico no le dio nada, pero, igual que el anterior, le preguntó si sabía algún camino que le llevase a hacer fortuna. Hizo el mismo camino que el otro hermanastro y llegó a la misma plaza de las tres puertas. Cuando las tuvo delante, le pareció que lo propio de un hijo de rico era llamar a la de plata, y eso hizo.

Le salió a abrir una preciosa muchacha, con unas trenzas doradas que casi tocaban el suelo; le habló con una voz tan dulce tan dulce que el mancebo no pudo menos de enamorarse. Hablando, hablando, le dijo a la muchacha que le dejase tocarle las trenzas y la muchacha le dejó, pero en el mismo instante en que puso la mano sobre ellas, se desorientó completamente y empezó a vagar por los caminos y senderos y calles y callejas que tenía aquel jardín y, cuanto más caminaba, más se perdía y no hacía otra cosa que tropezarse con otros mancebos tan desorientados como él, que daban vueltas y más vueltas por aquellos caminos sin saber a dónde iban.

Al otro lunes se puso en marcha el hermanastro pequeño, el hijo del pobre. También se encontró con la vieja, que le pidió algo para comer, como a los otros. El joven, compadecido, le ofreció las provisiones que llevaba consigo. La vieja se lo agradeció mucho y, cuando le preguntó por un camino de buena ventura, le dijo lo mismo que a sus hermanastros, pero le recomendó que llamase a la puerta de madera. Le advirtió que saldrían unos perros rabiosos que se lo querrían comer, mas los detendría tirándoles unos trozos de carne. Más allá encontraría una serpiente tan gruesa como el cuerpo de un hombre y más alta que una torre que se lo querría comer, mas la detendría con un poco de leche. Más lejos aún, encontraría a un gigante que dormía con los ojos abiertos y los cerraba cuando estaba despierto; éste guardaba un valiosísimo tesoro en una cajita; si lo encontraba dormido, podría coger la cajita sin peligro y ésa sería su suerte y su fortuna. La vieja le dio unos trozos de carne para los perros, una calabaza de leche para la serpiente y un puñado de hierba resucitadora, por si acaso moría.

El hermanastro pequeño, hijo del pobre, siguió el mismo camino que sus dos hermanastros mayores. Llegó ante las tres puertas y llamó a la de madera. Nada más entrar, se precipitaron sobre él unos perrazos rabiosos con sus enormes bocas abiertas, dispuestos a devorarlo. Les tiró la carne y, de inmediato, se abalanzaron sobre ella y empezaron a comer.

Así pudo adentrarse en el jardín y muy pronto se topó con la serpiente, que era tan gruesa como el tronco de un hombre y alta como una torre, y emitía unos silbidos que hacían temblar al más plantado. Le puso delante la calabaza de leche y la serpiente se

enroscó y empezó a beberla. El hijo del pobre pudo así seguir adentrándose en el jardín hasta dar con el gigante, que estaba con los ojos bien abiertos, porque dormía, y a un lado tenía la cajita. El hijo del pobre la cogió y en ese momento vio venir a los perros y a la serpiente, que se echaron sobre el gigante y lo destrozaron en un santiamén.

El hijo del pobre fue a abrir la cajita y del interior salió una princesa a la que el gigante tenía encantada, y los perros y la serpiente se transformaron en sus criados y su criada, respectivamente, pues también estaban encantados como su señora. Entonces la princesa le explicó al hijo del pobre que, en el jardín de al lado, había una muchacha encantada por el gigante, la cual hacía volverse árboles a todos los que entraban en él; y que, en el otro jardín, había otra muchacha encantada que hacía perderse a todos cuantos entraban en él. El hijo del pobre se metió por la puerta de plata y, nada más mostrar la cajita abierta a todos los mancebos que se habían perdido, recuperaron el ánimo y la orientación y pudieron volver a sus casas. Después entró por la puerta de oro, cogió un puñado de la hierba resucitadora que traía consigo y, al extenderse su olor por el jardín, se desencantaron los mancebos que estaban convertidos en árboles; y, entre ellos, encontró a su hermanastro mayor.

Todos se pusieron en camino con gran contento y alegría. Pero hete aquí que el hermanastro mayor, que tenía muy mal corazón, se puso a pensar que un hijo de pobre no era merecedor de una princesa y que ésta debía casarse con un hijo de noble como él. Y, de lo pensado a lo hecho, mató a su hermanastro pequeño en mitad del camino. Entonces obligó a la princesa a llevarle a él, el fratricida, al palacio de ella y a decir allí que era él quien la había salvado. Y la amenazó diciéndole que, si no lo hacía así, la mataría a ella también.

Pero el hermanastro pequeño llevaba consigo la hierba resucitadora y su olor le devolvió a la vida. Fue corriendo a buscar a la vieja que tan bien le había aconsejado la primera vez y le contó lo que pasaba. Entonces la vieja le dijo que se vistiera de comerciante, que se hiciera fabricar por un orífice un ceñidor de oro bien vistoso y que en la hebilla colocase el anillo de oro que la princesa le había regalado en prenda de agradecimiento por haberla salvado. Una vez que tuviese todo esto, le aconsejó que merodeara por los alrededores de palacio pregonando su mercancía; entonces, la princesa se haría comprar el ceñidor y, al ver el anillo, comprendería que él estaba vivo.

El hijo del pobre lo hizo así. Fue a casa del mejor orífice, le encargó un bello ceñidor

de oro e hizo colocar en la hebilla el anillo de oro. Luego, disfrazado de comerciante, se fue a los alrededores de palacio y empezó a gritar:

—¿Quién compra un ceñidor de oro?

La princesa, al oírlo, salió a la ventana. Como le agradó mucho el ceñidor, envió a su criada a comprarlo y, cuando su criada se lo trajo, encontró su anillo en la hebilla y comprendió que el vendedor no era un comerciante sino el joven que la había rescatado del encantamiento del gigante. Entonces fue a ver a su padre, hicieron llamar al hijo del pobre y se aclaró la fechoría de su hermanastro.

El rey se puso furioso al ver que el hijo del noble había pagado de modo tan ruin a su hermanastro menor, después de que le había salvado la vida. Y, sin más, ordenó que le colgaran para escarnio general.

Al día siguiente se celebraron las bodas del hijo del pobre con la princesa y convidaron a todo el mundo y las fiestas duraron tres días con sus noches.

111. LA MUCHACHA EMBUSTERA

Un labrador tenía una hija que le llevaba cada día el almuerzo a donde él estaba trabajando. Uno de los días en que la madre enviaba a la niña con el almuerzo, se encontró con la Virgen por el camino. Y le dijo la Virgen:

—¿Quieres venirte conmigo?

La niña dijo que sí y se fue con ella.

La Virgen la llevó a un palacio muy grande y hermoso que tenía muchísimas habitaciones. Le entregó un manajo de llaves para que pudiera entrar en todas las habitaciones, excepto en una que le prohibió. En ésa, la Virgen le dijo que no entrara de ninguna manera. Y dicho y hecho todo esto, la Virgen se fue y dejó sola a la niña. La niña, con curiosidad, estuvo abriendo habitaciones una detrás de otra y en todas encontraba algo que le llamaba la atención, así que estuvo la mar de entretenida durante mucho tiempo. Pero llegó un momento en el que agotó las habitaciones. Y dijo:

—¡Qué aburrimiento! Pues ahora voy a abrir la habitación que me dijo esa señora que no abriera.

Cogió la llave y abrió la puerta de la habitación prohibida y la llave se manchó de sangre. La niña se asustó mucho al principio, pero luego entró a pesar de todo y estuvo viendo las cosas que había dentro.

Otro día vino la Virgen a ver a la niña y, en seguida, le preguntó:

—¿Has abierto la habitación que te dije que no abrieras?

Y contestó la niña:

—No, señora, no la he abierto.

Como la Virgen sabía que estaba diciendo una mentira, hizo que desapareciera todo el palacio y la niña se encontró sola en mitad de un bosque que no conocía, pues la Virgen la había castigado por embustera.

Y ahí andaba la niña deambulando por el bosque cuando acertó a pasar por allí un

príncipe que estaba de caza. La vio y le preguntó qué hacía sola en el bosque. La muchacha le contó lo que le había ocurrido, pero no le dijo que estaba sola y perdida en el bosque por haberle dicho una mentira a la señora. El rey, compadecido de su estado, se la llevó a su palacio y, como era bonita y delicada, se casó con ella. Y al año justo de las bodas, la reina tuvo un hijo tan hermoso que nadie sabía de ninguno en el mundo que lo fuera tanto como éste. El niño creció y, al cumplir los dos años, la Virgen se le apareció a la reina y le dijo:

–¿Abriste aquella habitación que te dije que no abrieras?

Y la reina le dijo:

–No, no la abrí.

En vista de que seguía mintiendo sin arrepentimiento, la Virgen la castigó de nuevo y, para eso, le quitó a su hijo. La reina lo sintió mucho y enfermó de dolor.

Al año siguiente dio a luz a otro hijo que era tan guapo como el anterior. Y al cumplir el niño los dos años, la Virgen se presentó de nuevo a ver a la reina y le preguntó:

–¿Abriste aquella habitación que te dije que no abrieras?

Y la reina le contestó:

–No, no la abrí.

Y otra vez castigó la Virgen a la reina por embustera y le quitó también este hijo. La reina, esta vez, se moría de pena, no sólo por este hijo sino también por el recuerdo del anterior. Y, a todo esto, la gente del reino empezó a murmurar y a murmurar y decían que la reina era una medio bruja que mataba a sus hijos.

Como suele suceder, lo que decía la gente llegó a oídos de la reina. Y la reina se desesperaba aún más:

–¡Ay, Dios mío! –decía–. ¡Si yo no los mato! ¡Si me desaparecen sin que yo sepa quién se los lleva!

Al año siguiente tuvo su tercer hijo, que resultó ser niña. Era una niña preciosa, aún más bonita que sus dos hermanos desaparecidos. La niña creció, cada vez más linda, hasta cumplir los dos años. Entonces se le apareció de nuevo la Virgen a la reina y le volvió a preguntar:

–¿Abriste la habitación aquella que te dije que no abrieras?

Y la reina contestó:

–No, no la abrí.

La Virgen la castigó otra vez por embustera y le quitó a la niña. Esta vez, la pobre

reina ya no se podía consolar y estaba todo el día llorando por sus hijos perdidos. La gente del reino se enfadó más que nunca con la reina cuando se corrió la voz de que la niña también había desaparecido. Y empezaron a decirse unos a otros:

–Ahora ya sí que no hay duda de que la reina mata a sus hijos y que es medio bruja. ¿Cómo puede explicarse, si no, que todos los hijos que tiene desaparezcan sin dejar rastro?

Y como estaban tan indignados, fueron a buscar leña al bosque y empezaron a armar en la plaza una buena pira donde pensaban quemar a la reina.

Cuando ya estaba todo preparado, la gente se dirigió al palacio para coger a la reina y echarla a la hoguera. Entonces la Virgen se apareció de nuevo a la reina y le preguntó:

–¿Abriste aquella habitación que te dije que no abrieras?

Y la reina le dijo:

–Sí, señora, la abrí.

Y dijo la Virgen:

–Pues has de saber que yo soy la Virgen y te he quitado a tus hijos para castigarte por embustera. Pero hoy has dicho por fin la verdad y ahora te los devuelvo.

Entonces le entregó a sus tres hijos y la reina salió al balcón y se los mostró a la gente.

112. EL LOBO CREE QUE LA LUNA ES QUESO

Una noche estaba el lobo muy hambriento dando vueltas y revueltas por el bosque en busca de algo que llevarse a la boca, pero ningún animal se ponía a su alcance. En una de éstas se topó con una zorra que estaba echada a la sombra de unos arbustos, jadeando y con la lengua fuera.

El lobo, apenas la vio, se fue derecho a ella y le dijo:

–Oiga usted, señora zorra, ahora mismo me la voy a comer a usted, porque estoy muerto de hambre y algo tengo que comer.

La zorra le contestó:

–Pero fíjese usted bien, señor lobo, que estoy en los huesos. ¿Cómo va usted a comerme si soy sólo huesos y pellejo? ¿No ve lo flaca y desfallecida que estoy?

Y dijo el lobo:

–¿Ah, sí? Pues bien gordita y rellena que estaba usted el año pasado.

–¡Ay, señor lobo! –repuso la zorra–. El año pasado sí que estaba bien alimentada y lustrosa, pero ahora es que tengo que dar de mamar a mis cuatro zorritos y, apenas como algo, todo se me va en leche para mis pequeños. Así, ¿cómo quiere usted que esté gordita?

Y dijo el lobo, que no veía del hambre que tenía:

–¡Me da igual, yo me la como!

Ya iba a darle el primer mordisco, cuando la zorra le dijo:

–Deténgase usted, por Dios, señor lobo. Mire que yo sé dónde vive un señor que tiene un pozo lleno de quesos. Acompáñeme al pozo antes de comerme y verá cómo tengo razón.

Y se fueron la zorra y el lobo a buscar los quesos.

Llegaron a una casa en medio del campo, pasaron las tapias que la guardaban y

llegaron hasta el pozo que estaba junto al huerto. La luna se reflejaba en el agua quieta y parecía enteramente un queso.

Se asomó la zorra al brocal y le dijo al lobo:

–¡Ay, amigo lobo, qué grande es el queso! Mire, mire y verá.

Se asomó el lobo, vio la luna y se creyó que era un queso grandón. Pero, como el lobo no se fiaba de la zorra, le dijo a ésta:

–Muy bien, amiga zorra, pues entre usted por el queso.

La zorra se metió en uno de los cubos que estaban para sacar el agua y bajó por el queso. Y desde abajo le gritaba al lobo:

–¡Ay, amigo lobo, qué grande es este queso! No puedo con él. ¿No podría usted bajar a ayudarme?

–Yo no puedo entrar –decía el lobo–. ¿Cómo voy a entrar?

Y la zorra le dijo:

–Pero, hombre, no sea usted torpe. Métase en el otro cubo y entrará tan fácilmente como he entrado yo.

En cuanto el lobo se metió en el otro cubo, como pesaba más, se fue rápido abajo y, claro, el de la zorra, que pesaba menos, subió. El lobo se quedó dentro, buscando el queso, y la zorra se fue tan contenta a ver a sus zorritos.

113. JUAN Y MEDIO

Érase una vez un soldado que se llamaba Juan y Medio. Le daban para comer el rancho de siete soldados y todavía se quedaba con hambre. Un día le llamó el capitán y le dijo:

–¿Cómo es que nunca te ves harto de comer?

Entonces Juan y Medio contó su historia:

–Es que una vez estaba mi madre haciendo una fabada para toda la familia y le dije que yo, con aquello que estaba cocinando, no tenía ni para empezar; entonces mi madre me dijo: «¡Jesús lo que come este mozo! ¡Que nunca te veas harto de nada, hijo mío!». Y desde entonces, nunca me vi harto.

Juan y Medio, además de comilón era muy valiente. Y como era tan valiente, se enamoró de él la hija del rey. El rey, al enterarse, le mandó llamar y le dijo:

–¿Eres tú ese valiente del que hablan todos?

Juan y Medio no contestó. En vista de eso, el rey le preguntó a su hija:

–¿Éste es el soldado del que estás enamorada?

La princesa contestó:

–Sí, éste es el hombre del que estoy enamorada por lo fuerte y lo valiente que es.

–Pues retírate –ordenó el rey a la princesa–, que esto lo voy a arreglar yo en seguida.

La princesa se fue y el rey habló con Juan y Medio:

–A ver, tú, Juan y Medio. Tienes que ir a un palacio que hay en las Peñas de Armenia y traerme una muestra que justifique que has estado allí.

Juan y Medio se fue para las Peñas de Armenia. Y yendo de camino se encontró con una señora que estaba a la sombra de una higuera y que le preguntó:

–¿A dónde se dirige usted, señor?

Juan y Medio le contestó:

–Eso no puedo decírselo a usted, señora.

Dijo la señora:

–Pues entonces dame tu mano derecha.

Juan le tendió la mano y la señora le puso un anillo en el dedo de en medio y le dijo:

–Cuando te encuentres en alguna necesidad grave, frota este anillo y el anillo te ayudará.

Juan y Medio continuó su camino hasta que dio con una aldea en la que había una fragua. Entró en la fragua y le dijo al herrero:

–Buenas tardes, herrero; hazme sitio, que quiero forjar unas tenazas que pesen dos quintales.

En un cuarto de hora las forjó y Juan y Medio le pagó al herrero por el gasto. Al salir de la fragua, frotó el anillo y se convirtió en un pájaro muy grande. Entonces cogió las tenazas con el pico y se echó a volar. Las gentes de la aldea se asustaron mucho cuando vieron volar sobre sus cabezas un pájaro tan grande, hasta que lo vieron alejarse.

Llegó el ave a las Peñas de Armenia y volvió a su forma humana. A la puerta del lugar le salió un demonio pequeño y le preguntó:

–¿A qué vienes tú aquí?

En esto apareció el demonio mayor a ver qué ocurría y Juan y Medio, sin más, le cogió con las tenazas, frotó el anillo, se volvió pájaro otra vez y echó a volar cargando con el demonio preso en las tenazas. Voló a donde estaba el rey, recobró su forma humana y le dijo:

–Aquí está la muestra que prueba que vengo de las Peñas de Armenia.

Dijo el rey, sorprendido:

–¿Cómo te las has arreglado para traer a éste contigo?

–El mundo enseña mucho –respondió Juan y Medio.

–¿Y por dónde entraste al palacio de Armenia? –preguntó el rey lleno de curiosidad.

–No tuve que entrar –contestó Juan y Medio–, porque tuve la suerte de que se asomara a la puerta el que vino conmigo y allí mismo lo trinqué.

–Muy bien –dijo el rey, satisfecho–, pues ya puedes soltarlo, que aquí no nos sirve de nada.

Juan y Medio abrió las tenazas y el demonio escapó por los aires soltando unos bufidos espantosos. Entonces Juan y Medio cogió las tenazas y se cuadró ante el rey como si llevara un fusil. Y éste le preguntó:

–¿Quién te ha dado esas tenazas?

–Las hice yo en un cuarto de hora en la fragua de un herrero de por aquí –contestó Juan y Medio.

El rey le mandó a lavarse en una tina de agua caliente para que se quitase los tiznones que le había dejado el demonio durante el viaje. Después le dio un traje y le dijo:

–En mi bosque de recreo tengo doscientos palomos. Quiero que me los traigas aquí, al patio del palacio, sin faltar ni uno.

Juan y Medio se fue al bosque, frotó el anillo y dijo:

–¡Aquí los palomos!

Y vinieron todos. Unos se le posaron en la cabeza, otros en los brazos y los hombros, y los demás revolotearon alrededor de él. Echó a andar de esta guisa y, al pasar por las calles, todo el mundo se admiraba de verle rodeado de tantos palomos. Y así entró con ellos en el palacio real y se presentó delante del rey en mitad del patio.

Y dijo el rey:

–Muy bien, deja aquí los palomos y vete a descansar unos días por ahí.

A los pocos días, mientras daba un paseo por los alrededores del palacio, Juan y Medio dijo en voz alta:

–Si el rey se cree que me va a tener todo el año de recadero suyo, yendo y viniendo a hacer lo que se le ocurra, se equivoca de medio a medio.

Frotó el anillo y dijo:

–¡Aquí la princesa!

La princesa vino, se marcharon juntos y se casaron en otro reino cercano. El padre de la princesa, indignado, escribió al rey de ese reino cercano pidiéndole que matara a Juan y Medio, pero le advirtió que andara con cuidado, pues era el soldado más valiente del mundo.

Ese rey mandó llamar a sus caballeros y, bien armados, los mandó al campo a pelear con Juan y Medio. Salieron los caballeros con sus armas a esperarle, pero él llegó, cogió un caballo del rabo y ¡pim, pam!, ¡pim, pam! los tumbó a todos atizándoles con el caballo.

El rey, visto esto, estuvo discurriendo cómo acabar con Juan y Medio y, al cabo, mandó llamar a todos los zapateros de la ciudad y les ordenó que hicieran un hombrón de pez, que es una sustancia negra y viscosa que queda del alquitrán, y que una vez terminado lo pusieran a la orilla del mar de modo que quedase cubierto cuando subiera la marea.

Los zapateros hicieron el hombre de pez y lo pusieron en la orilla del mar del modo que se les había indicado, sujetándolo muy bien con unas estacas que le salían de las plantas de los pies.

Entonces mandó llamar a Juan y Medio y le dijo:

–¿Es verdad que nunca encontraste un hombre tan valiente como tú?

–Es verdad –dijo Juan y Medio.

–Pues aquí hay uno que quiere pelearse contigo –dijo el rey.

Y dijo Juan:

–¿Ah, sí? ¿Y dónde está ése?

–Ahí en la orilla te espera –le dijeron.

Formaron los soldados del rey en el lugar, pues Juan y Medio quería que presenciasen el combate para que vieran de verdad lo que era un hombre valiente. Juan y Medio, antes de nada, se sacó el anillo y lo entregó a la princesa para que se lo guardara.

La marea estaba subiendo y ya le llegaba al hombre de pez por la rodilla. Juan y Medio se acercó a él y le dijo:

–¿Eres tú el hombre más valiente de este reino? Pues ríndete y hazme la reverencia.

Como el hombre de pez no se movió le dijo otra vez Juan y Medio:

–¿Me haces la reverencia o no? ¡Mira que te doy! ¿Me haces la reverencia o no?

Y como el hombre seguía sin moverse, Juan le dio un buen puñetazo y se le quedó pegada la mano derecha al cuerpo del otro, porque era de pez. Enfadado, volvió a decirle:

–¿Me haces la reverencia o no? ¡Mira que te doy!

Y como el hombre de pez no le hizo la reverencia le dio otro puñetazo con la mano izquierda y se le quedó pegada. Y entonces le dijo:

–¿Me sueltas las manos? ¡Mira que te doy con el pie! ¿Me sueltas las manos?

Y le dio una patada y se le quedó pegado el pie. Entonces, ya muy enfadado, le dijo al hombre de pez:

–¿Me sueltas las dos manos y el pie? ¡Mira que te doy con el otro pie!

Y le dio con el otro pie y, claro, se quedó también pegado. Y ya le dijo, muy furioso:

–¿Me sueltas las dos manos y los dos pies? ¡Mira que te doy un tripazo y te rompo por la mitad!

El hombre de pez, naturalmente, seguía sin decir nada, así que Juan y Medio le dio un tripazo y se le quedó pegada la tripa. Para entonces la marea había ido subiendo y

subiendo y el agua ya les cubría por la mitad; y, al darle el tripazo, se rompieron las estacas y cayeron los dos al agua. Una ola se los llevó y allí se acabó Juan y Medio.

Entonces la princesa frotó el anillo que Juan y Medio le había dejado y exclamó:

—¡Con mi padre!

Y en un instante fue a parar de nuevo a su reino.

114. EL PRÍNCIPE DRAGÓN

Había una vez una masía muy rica donde tenían empleada a una boyeriza muy guapa y avispada. Un día, mientras guardaba los bueyes, oyó unos alaridos que venían del bosque y también fuertes gemidos, como si hubiera una persona herida. Temiendo que algún lobo hubiera atacado a alguien y movida por un sentimiento humanitario, echó a correr hacia el lugar de donde provenían los gemidos y se encontró con un dragón que gemía y aullaba al mismo tiempo.

La boyeriza, temerosa, al principio sólo pensó en huir, pero luego no se atrevió a irse porque el dragón la miraba con una mirada que le pedía compasión. La muchacha, poco a poco, fue perdiendo el miedo y acercándose al feroz animal, que tenía unas garras que parecían puntas de lanza y estaba recubierto de una piel tan dura como el caparazón de una tortuga.

Por fin, cuando se puso a su lado, vio que tenía una gran herida en una pata. La boyeriza le curó como mejor sabía, le limpió la sangre, le puso unas hierbas benéficas en la herida y, con su mismo delantal, le vendó la pata lo mejor que pudo.

Cuando la boyeriza volvió al prado donde guardaba los bueyes, no encontró ni rastro de ninguno. Toda desesperada, volvió a la casa de los amos y explicó lo que le había ocurrido. El amo la riñó, e incluso le pegó, y le dijo que, de ahora en adelante, en vez de dedicarse a cuidar de los bueyes, se ocuparía de los corderos y de las ovejas.

Al año justo del robo de los bueyes, la muchacha estaba en el campo de pastora con los corderos; y volvió a escuchar unos gemidos y unos alaridos tan lastimeros que no pudo resistir la tentación de ir a ver quién sufría de esa manera. Y he aquí que volvió a encontrar al mismo dragón, que la miraba con unos ojos de dolor que daba pena verlos y que estaba herido en un muslo. La pastorcilla, más confiada que la primera vez, se acercó a él, le curó, le puso hierbas en la herida y volvió a vendarle con su delantal. Y, lo

mismo que le ocurriera la primera vez, al volver al prado donde había dejado sus corderos y sus ovejas, no encontró ninguno, pues habían desaparecido.

La pastorcilla, muy apenada, se volvió a la masía a contarle al amo el suceso; el amo se enfadó mucho, la riñó y le pegó y la mandó a cuidar los cerdos.

Y justamente al año del robo de los corderos y las ovejas, la pastorcilla, que estaba por el campo con sus cerdos, volvió a escuchar los mismos gemidos y alaridos de las veces anteriores y fue a mirar qué eran esta vez. Y allí estaba el mismo dragón, muy herido y maltratado, echando sangre por muchas heridas en todo el cuerpo. La porquera le estuvo curando lo mejor que pudo, limpió las heridas y le aplicó las hierbas benéficas por todas las partes dañadas y luego le vendó con jirones de su delantal. Después volvió a buscar sus cerdos y vio que también se los habían robado y no quedaba rastro de ellos.

Esta vez sí que tuvo tanto miedo a la furia del amo que no se atrevió a volver a la casa y se fue por el bosque a la ventura.

Cuando se hizo de noche, buscó un árbol y se subió tan alto como pudo para dormir. Al cabo de un rato, sintió unos pasos y vio llegar a un joven caballero de muy buena planta, uno como nunca antes viera en su vida. El joven se dirigió a una roca cercana, apoyó en ella el dedo meñique y la roca se apartó y dejó al descubierto la boca de una cueva por donde se metió el galán. A la mañana siguiente, apenas amanecido, volvió a abrirse la puerta de la cueva y salió de ella un feroz dragón que la muchacha reconoció inmediatamente como el que ella había curado en tres ocasiones.

La muchacha, aunque estaba desfallecida de hambre, sentía gran curiosidad por ver qué había dentro de aquella cueva, así que bajó del árbol y puso su dedo meñique en la roca, que, de inmediato, se apartó y dejó libre la entrada. La muchacha se metió adentro y vio que había un gran palacio, todo él de oro y cristal, con muchas salas enormes, llenas de flores y de luz. La muchacha llegó hasta el comedor, donde había una gran mesa perfectamente preparada con manjares exquisitos y vinos de todas clases. La muchacha, que estaba muerta de hambre, comió de todo hasta saciarse.

Después se puso a barrer y limpiar todo el palacio y, agotada, se echó a dormir en un lecho de plumas de pavo real. Luego, bien comida y descansada, volvió a su escondite del árbol.

Al atardecer volvió el caballero, entró en la cueva y, a la mañana siguiente, volvió a salir el dragón. El dragón miraba y remiraba por todo alrededor como si buscara a alguien

o alguna cosa, pero, como no miró hacia lo alto del árbol, no vio a la muchacha y se fue bosque adelante.

La muchacha volvió a bajar del árbol y entró en la cueva a comer, limpiar y dormir. Una vez cumplido todo, regresó a lo alto del árbol y, como en la tarde anterior, llegó el caballero a la cueva y a la mañana siguiente apareció el dragón feroz.

La muchacha estuvo haciendo esto durante siete días hasta que, deseando aclarar aquel misterio, al octavo día decidió quedarse en la cueva en vez de volver al árbol. Esa tarde, cuando entró el caballero y se la encontró, le dijo que ya suponía que era ella, la que le había curado cuando estuvo herido. El joven le contó que era un príncipe que estaba encantado por un gigante y el encantamiento consistía en que de noche podía tener su forma humana, pero de día era el dragón que ella había visto.

Entonces le contó que había sido el gigante quien le había herido y que, furioso al ver que ella le curaba, había robado el ganado que ella cuidaba para que su amo se enfadase y la castigase. La muchacha le preguntó qué podía hacer ella para desencantarle y él le dijo que lo que había que hacer era casi imposible, pues se trataba de cortar la trenza dorada de una princesa, hilar los cabellos, tejer una tela muy fina y hacer con ella un traje para el gigante, que era tan vanidoso que, a cambio de aquel traje, le desencantaría.

La muchacha decidió liberar al príncipe del encantamiento y emprendió el camino a la ciudad del rey para ir al palacio a ver si podía conseguir la trenza de una princesa. La muchacha recorrió toda la ciudad, arriba y abajo, pregonando:

—¿Quién quiere coger una sirvienta? ¿Quién quiere coger una sirvienta?

Se presentaba bastante gente para cogerla de sirvienta, pero ella quería quedarse sólo en el palacio del rey, así que siguió pregonando hasta que una de las amas de llaves del rey oyó el pregón y la llamó para cogerla. La muchacha se comportó tan bien como sabía y pronto llamó la atención de la princesa, que la tomó como criada suya. Eso era lo que la muchacha estaba deseando.

La princesa tenía unas largas trenzas tan rubias que parecían hechas de hilo de oro, y eran largas hasta el suelo y muy tupidas. La sirvienta, que empezó a peinárselas, le dijo que le gustaban tanto sus trenzas que le pedía permiso para cortar una. La princesa dijo que no, que de ninguna manera, que a ella le gustaban mucho también y no quería desprenderse de ninguna. Sólo se la dejaría cortar a quien le prometiese casarla con un príncipe. La sirvienta le dijo que, si se la dejaba cortar, ella la casaría con un príncipe. Entonces la princesa consintió.

De inmediato, la muchacha hiló, tejió una tela, la cortó y cosió un traje magnífico y, en cuanto lo hubo terminado, fue a la cueva donde estaba el príncipe para mostrárselo. El príncipe le dijo que se lo llevase al gigante, que vivía en un formidable castillo que había en la cima de una montaña cercana, pero que, mucho antes de llegar allí, anunciase que llevaba el traje, pues de lo contrario el gigante se la comería en cuanto la viera aparecer. Así hizo la muchacha. Al gigante, el traje le pareció precioso, pero le quedaba un poco corto y no se lo pudo poner.

La muchacha, desesperada, volvió al palacio del rey a esperar que la princesa la dejase peinarla de nuevo. El día en que por fin sucedió, volvió a pedirle la otra trenza y la princesa le dijo que de ninguna manera se la daría; la muchacha volvió a prometerle que la casaría con un príncipe y tanto y tanto insistió que la princesa, al fin, aceptó.

Otra vez hiló, tejió, cortó y cosió la muchacha y, con el traje rehecho, se presentó ante el gigante; pero esta vez, aunque el gigante encontró el traje bien de largo, era bastante estrecho y tampoco le valía. Otra vez, desesperada, la muchacha volvió al palacio y estuvo aguardando la ocasión de peinar a la princesa; y cuando ésta llegó, le rogó que le dejara cortar los cabellos y, claro, la princesa se negó porque sus cabellos eran su mayor atractivo y, si se los cortaba, no habría príncipe que se fijara en ella. Pero la muchacha le insistió tanto y tanto que, al final, la princesa accedió.

Otra vez la muchacha rehízo el traje con la nueva tela que tejió y otra vez se fue a ver al gigante. Esta vez, al gigante le pareció perfecto el traje y decidió que se lo quedaba y le dio las gracias. Entonces la muchacha le dijo que lo que ella quería era que desencantase al príncipe y el gigante dijo que de ninguna manera, que no y que no. Ella lloró y suplicó de tal modo que, al fin, y considerando que el traje cada vez le gustaba más, accedió a desencantar al príncipe y le dijo lo siguiente:

–Para desencantar al príncipe has de coger al dragón y matarlo de una puñalada. Una vez muerto, has de cortar su cuerpo en pedacitos pequeños y tirarlos al fuego; y de la humareda que se formará, saldrá el príncipe desencantado y libre. Pero, eso sí, has de tener cuidado de no perder una gota de sangre ni un pedazo de carne porque, si no, le faltaría también en su forma humana.

La pobre muchacha, espeluznada, se fue a ver al dragón y le explicó lo que el gigante le había dicho. Ella no quería matarlo porque temía un engaño del gigante; temía que, después de hacer todo lo que le había dicho, el príncipe no resucitase. El dragón, en cambio, le pidió que hiciera todo lo que el gigante dijo y con mucho cuidado y atención

para que saliera bien. Por fin, la pobre muchacha, con el corazón desfallecido, mató al dragón, lo troceó bien y echó todo en una gran hoguera que había preparado; pero, al tirarlo, cayó al suelo una gotita de sangre.

Inmediatamente, se alzó del fuego una gran humareda que, poco a poco, empezó a tomar la forma de un gentil caballero hasta que, por fin, se convirtió en el príncipe más galán y atractivo que nunca había visto, aunque con un lunar en la punta de la nariz, que era la gotita de sangre que se le había caído a la muchacha.

El joven príncipe abrazó a su salvadora y le dijo que quería casarse con ella, pero la muchacha le contestó que eso no podía ser porque, para poderle salvar, había prometido a la princesa que le entregó sus cabellos que le casaría con ella. El príncipe le dijo que no veía que ésa fuera una razón para que ellos dos no pudieran casarse y se fueron al palacio del príncipe.

Cuando llegaron al palacio, la muchacha comprobó con gran sorpresa que era el mismo palacio donde ella había estado como sirvienta, y que la princesa que se había dejado cortar las trenzas con tal de poder casarse con un príncipe era la hermana del príncipe que ella había salvado del encantamiento.

El príncipe dragón y la muchacha se casaron y celebraron unas grandes bodas, a las que convidaron a todos los reyes y príncipes del mundo conocido. A la princesa le crecieron en seguida sus cabellos y volvió a tener unas trenzas doradas que causaban la admiración de quienes las contemplaban, por lo que todos los príncipes que acudieron a la boda suspiraban por casarse con la princesa, que, de este modo, pudo escoger al que más le gustaba y casarse ella también.

115. EL COCINERO DEL REY

Érase una vez, en la época en que las aves tenían dientes, un rey rico y poderoso que tenía la costumbre de pasear por sus jardines muy a menudo. En uno de estos paseos, halló un día a una viejecita que le saludó con afecto y le regaló una serpiente que llevaba consigo diciéndole:

–Si, una vez cocinada, comes de ella, entenderás el habla de los animales.

El rey, en cuanto entró en palacio, llamó a su cocinero para encargarle que guisara la serpiente. También le advirtió que no la probara ya que, si lo hacía, lo notaría en seguida y le haría colgar en la horca. El cocinero creyó que le daban una anguila y no se dio cuenta de que era una serpiente; en fin, no dio importancia a la advertencia del rey y pensó: «Todo cocinero que se precie debe probar lo que esté cocinando».

Total, que sin pensarlo dos veces, convencido de que el rey no iba a darse cuenta, tomó un bocado del guiso. No había terminado de hacerlo cuando escuchó a dos moscas que estaban en la cocina diciéndose la una a la otra:

–A mí lo que más me gusta es el romesco.

–Pues a mí el revuelto.

–Y también los embutidos.

–A mí me gusta más un buen pisto.

El cocinero se quedó admirado de lo que acababa de suceder y comprendió de inmediato el motivo por el que el rey no quería que probara el guiso. Cuando el guiso estuvo terminado, el cocinero se lo presentó al rey, quien, nada más probarlo, oyó a dos pájaros posados en el alféizar de la ventana que se decían el uno al otro:

–¿Cuántos huevos tienes en tu nido?

–Siete. ¿Y tú?

–Ocho.

El cocinero se quedó un poco parado al oír a los pájaros y eso hizo que el rey se diera

cuenta de que los había entendido y, por tanto, desobedecido sus órdenes. Pero no dijo nada, pues quería pillarle en evidencia.

Al día siguiente el rey salió a pasear a caballo y se hizo acompañar por el cocinero. Y hete aquí que, mientras cabalgaban juntos, un caballo le dijo al otro:

–¿Qué te parece si galopamos un poco y estiramos las patas?

–Eso es imposible mientras lleve a este viejo chocho encima –contestó el del rey–. Tiene más años que arrugas y, en el momento en que me mueva un poco de más, caerá al suelo como un saco. Tú sí que podrías galopar, porque llevas encima un joven aguerrido y valiente.

Al cocinero le costaba un gran esfuerzo sofocar la risa y el rey, que le miró en ese momento, comprendió, por las caras que ponía el cocinero, que había entendido la conversación de los caballos. Se puso de pésimo humor y se volvió al palacio sin decir una palabra.

A la hora de almorzar, llamó al cocinero y le dijo:

–Lléname hasta el borde mismo la copa de vino y procura no derramar una sola gota porque te va en ello la vida.

Y sucedió que, mientras vertía el vino en la copa, pasaron dos pájaros, uno de los cuales llevaba en el pico tres cabellos de oro, y su compañero le decía:

–Dame uno de esos cabellos, que a ti aún te quedarán dos.

–No, me quedo con los tres, que para eso los he cogido yo cuando la doncella de los cabellos de oro se peinaba y los trenzaba. Haberlos cogido tú.

Mientras hablaba el que llevaba los cabellos, dejó caer uno de ellos al suelo, que era realmente de oro, y el rey, al verlo, se puso muy excitado. El cocinero, distraído por la conversación de los pájaros, olvidó la advertencia del rey y derramó el vino fuera de la copa, manchando el mantel.

El rey, al ver el desastre, le dijo:

–Me has traicionado al desobedecer mis órdenes y ahora entiendes el habla de los animales. La charla de los pájaros te ha distraído y has derramado el vino. Tendría que colgarte por eso, pero estoy dispuesto a reconsiderarlo si me traes a la doncella de los cabellos de oro.

El pobre cocinero, para salvar su vida, no tuvo otro remedio que echarse por esos mundos de Dios a ver si encontraba a aquella doncella, de la que nada sabía y cuyo paradero desconocía. Como tampoco sabía qué camino tomar, decidió tentar a la suerte:

cogió un puñado de tierra, lo echó al aire y marchó en la dirección que le indicara el viento.

Después de cabalgar un buen rato llegó a un espeso bosque, donde se detuvo a descansar. Mientras estaba echado, observó que un árbol se estaba quemando y amenazaba con extender el fuego a unos hormigueros que se encontraban al pie. Oyó los gritos desesperados de las hormigas pidiendo ayuda, porque, si se quemaban sus hogares, lo perdían todo. El cocinero se compadeció de ellas y apagó el fuego, conjurando el peligro. Las hormigas salieron de sus hormigueros a darle las gracias y la reina de todas ellas le dijo al cocinero:

–Siempre que te halles en un apuro del que te podamos sacar, no tienes más que cantar:

*Hormiguitas, hormiguitas,
venid todas juntitas
y ayuda de buen grado
al que os ha salvado.*

El cocinero, satisfecho por su buena acción, prosiguió su camino. Un poco más allá encontró a una pareja de cuervos que lloraban con desesperación porque habían perdido a su madre y aún no sabían volar y no conseguían alimento. El cocinero se compadeció de aquellos animales que iban a morir de hambre por impotencia, así que mató a su caballo y les dejó el cuerpo para que tuvieran comida. Los cuervos, agradecidos, le dijeron:

–Siempre que nos necesites no tienes más que cantar:

*Cuervos, cuervitos,
venid bien juntitos
y ayuda de buen grado
al que os ha salvado.*

El cocinero, nuevamente satisfecho por su buena acción, continuó su camino a pie. Cuando llegó junto al mar, encontró en la playa a dos pescadores que sacaban en sus redes un pez que brillaba como si fuera de diamantes. Y uno de ellos decía:

- Este pez es mío, pues está en mis redes.
- No, es mío, porque las redes iban en mi barca.
- No, es mío; ya te daré el próximo que pesque.
- No, es mío; el próximo te lo quedas tú.
- Pues entonces lo partimos por la mitad.
- Pues no.

El cocinero, al ver que no se ponían de acuerdo, les dijo:

–Lo mejor que podéis hacer es vendérmelo a mí y repartiros el dinero.

Los pescadores estuvieron de acuerdo y el cocinero les dio las cuatro monedas de oro que el rey le había entregado para el camino. El cocinero agarró el pez y lo tiró al mar. El pez se sumergió tan contento y, en seguida, sacó la cabeza y le dijo al cocinero:

–Quiero agradecerte el favor que me has hecho; así que cuando me necesites, no tienes más que cantar:

*Pez, pececito,
bien agradecido,
ayuda de buen grado
al que te ha salvado.*

Los pescadores, que no entendieron nada de lo que el pez le había dicho, empezaron a charlar con el cocinero y le preguntaron a dónde se dirigía. Él les dijo que no lo sabía porque iba en busca de la doncella de los cabellos de oro, cuyo paradero desconocía. Y resultó que los pescadores sí lo sabían. Era la hija de un rey de una isla lejana que había en alta mar; y le dijeron también que, si lo deseaba, ellos le llevarían en señal de agradecimiento por las buenas monedas de oro que les había dado. Conque en un momento aparejaron la barca y se pusieron a navegar hasta que llegaron a la isla.

El cocinero, nada más llegar a la isla, se fue a ver al rey y le dijo que venía de parte del rey, su señor, para solicitar la mano de su hija, la doncella de los cabellos de oro, porque el rey, su señor, quería desposarla.

El rey de la isla le contestó así:

–Muy bien, te daré a mi hija para que se case con tu señor, pero antes tienes que pasar tres pruebas que yo te diré. Si las pasas, te llevarás a mi hija, pero, si no, te haré colgar de la torre más alta. Ve a dormir y mañana te diré lo que tienes que hacer.

Al día siguiente, el cocinero se presentó ante el rey y éste le dijo:

–Un día, a mi hija la doncella de los cabellos de oro, cuando paseaba por el bosque, se le rompió el hilo de un collar de siete mil perlitas que se desperdigaron por el bosque. Antes de mediodía has de traérmelas todas sin que falte ninguna.

El cocinero quedó muy preocupado, pero pronto se acordó del ofrecimiento que le habían hecho las hormiguitas y las llamó con la canción:

*Hormiguitas, hormiguitas,
venid todas juntitas
y ayuda de buen grado
al que os ha salvado.*

Y, nada, que se presentaron miles y miles de hormigas al mando de la reina, que preguntó al cocinero:

–¿Qué quieres de nosotras?

El cocinero le explicó la prueba que le exigía el rey, y la reina de las hormigas le contestó:

–Bah, eso para nosotras es bien fácil.

Y en un abrir y cerrar de ojos las hormigas se desperdigaron por el bosque y trajeron todas las perlitas sin faltar una. El cocinero las enfiló para hacer el collar y se presentó con él ante el rey, que quedó muy satisfecho.

Al día siguiente, el cocinero se volvió a presentar ante el rey y le dijo éste:

–Hace muchos años que el bisabuelo de mi bisabuelo perdió un anillo en el mar. Tienes que traérmelo antes del mediodía o te haré colgar de la torre más alta.

El cocinero, inquieto, recordó el ofrecimiento del pez y le llamó para que viniese en su ayuda. Conque cantó la canción del pez:

*Pez, pececito,
bien agradecido,
ayuda de buen grado
al que te ha salvado.*

Apareció el pez y le dijo:

–Dime lo que deseas y serás servido.

El cocinero le explicó el caso y el pez contestó:

–Espera, que en seguida estaré de vuelta.

Se sumergió y, al poco rato, reapareció con el anillo del bisabuelo del bisabuelo del rey en la boca. El cocinero lo cogió, le dio las gracias y se fue a llevárselo al rey. Éste se quedó muy satisfecho y le mandó a dormir y descansar.

A la mañana siguiente volvió a presentarse el cocinero ante el rey y le dijo éste:

–He aquí la tercera prueba y, si la superas, te entregaré a mi hija para que se la lleves al rey, tu señor. Has de traerme dos calabazas, una llena de agua de la vida y otra llena de agua de la muerte. A ver si eres capaz de encontrar las fuentes de donde manan, porque yo nunca lo he sabido.

Esta vez el cocinero sí que se quedó preocupado, pues, si no lo sabía el rey, ¿quién iba a saberlo? Con todo, llamó en su ayuda a los cuervos, que acudieron en seguida que escucharon su canción. El cocinero les explicó lo que el rey le había pedido y los dos cuervos le dijeron:

–Precisamente esas fuentes manan al pie del árbol donde dormimos; espéranos aquí y te traeremos de la del agua de la vida y de la del agua de la muerte.

Cogieron una calabaza cada uno y en un decir amén las trajeron llenas. El cocinero, ufano y satisfecho, se presentó al rey y se las dio exigiéndole que le entregara ya a su hija. Pero el rey, que era un cuco, en vez de entregarle a su hija le planteó esto:

–Has superado las tres pruebas, que eran muy difíciles. Pero no te voy a entregar a mi hija, la vas a tomar tú. Tengo veintiuna hijas, pero sólo una, la que has venido a buscar, tiene los cabellos de oro. Te las mostraré a todas con el cabello bien cubierto y tendrás que reconocerla entre todas; y si no la reconoces, te quedas sin ella.

El cocinero se sintió perdido y pensó que, a fin de cuentas, de nada le iban a servir los esfuerzos que había hecho. El rey le condujo al refectorio donde se encontraban las veintiuna princesas comiendo alrededor de una mesa. Todas tenían los cabellos tan bien cubiertos que no se les veía ni uno. El cocinero se desanimó del todo al verlas así, pero hete aquí que, de pronto, se le posó una mosca junto a la oreja y le dijo:

–No te preocupes. Volaré alrededor de todas y me posaré en la cabeza de la doncella que buscas. Fíjate bien dónde me poso y acertarás.

La mosca se puso a revolotear hasta posarse en una de las princesas. La princesa trató de espantarla, pero la mosca no se movió de su cabeza. Entonces el cocinero simuló

mirarlas atentamente a todas y, por fin, dijo al rey, señalando a la que tenía la mosca posada:

–Ésta es la doncella de los cabellos de oro.

El rey se quedó asombrado de la seguridad con la que hablaba el cocinero, pero, como «palabra de rey, es la ley», no tuvo más remedio que dejar que se la llevara, por mucho que le contrariase.

El cocinero, sin pérdida de tiempo, emprendió el camino de vuelta con la doncella de los cabellos de oro para presentársela al rey, su señor. Éste se llevó una gran alegría y mandó que se hiciesen los preparativos para la boda. Y una vez que se hubieron cumplido sus instrucciones, dijo al cocinero:

–Has cumplido lo que te pedí y te estoy muy agradecido; pero recuerda que desobedeciste mi mandato y me traicionaste, por lo que mereces la pena de muerte. Sin embargo, te debo un favor, así que en lugar de colgarte como a un siervo, te haré decapitar como a un señor.

De nada valieron los ruegos de la doncella, pues el cocinero fue decapitado por orden del rey. La doncella, toda triste, pidió al rey el cuerpo del cocinero. El rey sonrió y, pensando que poco podía hacer con un hombre muerto, se lo dio.

La doncella juntó la cabeza del cocinero con el tronco y le roció cuidadosamente con el agua de la muerte; y, una vez que estuvo seco, volvió a rociarle con el agua de la vida y el cocinero revivió más joven y fuerte de lo que ya era. Cuando el rey lo vio, se llenó de entusiasmo y dijo que le hicieran a él lo mismo, para convertirse en un joven apuesto y dejar de ser el viejo arrugado que era. Así que primero decapitaron al rey y, cuando iban a rociarle, se equivocaron de calabaza y le echaron primero el agua de la vida y luego el agua de la muerte, con lo que quedó bien muerto. Cuando quisieron volver a lavarlo para arreglar el estropicio, se encontraron con que ya no quedaba agua en ninguna de las dos calabazas.

Entonces el cocinero y la princesa se casaron, ella mucho más contenta que si lo hubiera hecho con el viejo rey. Además, el cocinero había sido quien en verdad había hecho los sacrificios y esfuerzos para conseguirla.

Y vivieron muchos años y muy felices. Y seguro que, si no se han muerto aún, es porque son muy viejos, y, si no son muy viejos, es porque ya se han muerto.

116. EL VIEJO SE HACE NIÑO

Éste era un viejo muy viejecillo que le tenía mucho miedo a la muerte; le tenía tanto miedo que siempre andaba dando vueltas a la cabeza pensando cuándo vendría por él. Y con tanto cavilar sobre lo mismo pasaba el día sobresaltado y aquello no era vida.

Un día en que estaba tomando el sol sentado a la puerta de su casa, pasó por delante de él un corro de niños riendo, empujándose y dando saltos. Y al verlos pasar, el viejo, que no pensaba en otra cosa que en lo de la muerte, tuvo una idea: como es sabido que la muerte prefiere a los viejos, si él se disfrazaba de niño, la muerte, cuando viniera a buscarlo, pasaría de largo.

Pues así lo hizo. Se metió para su casa y al rato, cuando salió, venía con el pelo cortado a tazón y vestido con un traje de niño que le quedaba bien por lo consumido que se había ido quedando, y, sin más, se fue detrás del corro de niños, mezclándose con ellos y dando saltos y cabriolas. Estaba feliz porque la muerte pelona ya no le buscaría.

Pasó algún tiempo y un día en que andaba el viejillo retozando con los demás niños, llegó la muerte pelona con su guadaña, empezó a mirar el corro de críos y no le quitaba el ojo de encima al pobre viejo. Al cabo de un rato le hizo una seña, pero el viejo fingió que no la veía y siguió correteando, cada vez más inquieto. Por fin, la muerte se acercó al viejillo, le puso una mano en el hombro y le dijo:

–Ven aquí rapaz.

–¿Qué quiere usted, señora? –dijo el viejillo poniendo una vocecita de niño al hablar.

–¿Quién te ha cortado a ti el pelo? –preguntó la muerte pasándole la mano por la cabeza.

–Mi madre, señora –repuso el hombre.

Volvió a preguntar la muerte:

–Y este traje que llevas, ¿quién te lo cosió?

–También mi madre, señora.

–Bueno, hombre, bueno –dijo la muerte–, pues te tienes que venir conmigo.

–¿Y cómo es eso? –preguntó el viejillo disfrazado de niño con un hilo de voz.

–Te lo diré, ya que me lo preguntas –repuso la muerte–. Tú sabes que yo siempre llevo conmigo a los viejos, ¿verdad? El caso es que me he llevado tantos que ya no quieren que lleve más; y entonces me dije: pues en vista de eso, bueno será que en esta ocasión me lleve un angelito al cielo. Y por eso te he elegido a ti.

Y, sin más, se lo llevó consigo.

117. LA NIÑA SIN BRAZOS

Un viudo tenía una bella hija que era muy dadivosa. Tenía otras muchas virtudes, pero ésta era la que más destacaba: la compasión por los necesitados. Muchos mendigos y pobres tenían la costumbre de acercarse a la puerta de su casa y nadie se iba de allí sin algo en la mano, desde un huevo hasta un chorizo.

El padre, que la acechaba, no le tenía permitido dar limosnas, pero ella las daba a escondidas del padre.

Un día llamó a la puerta una vieja bruja y a la niña no le quedaba nada más que un pedazo de pan y se lo dio, pero la bruja, que era mala e ingrata, se incomodó porque no le daba lo que ella quería y se fue a buscar al padre de la niña al campo. Y cuando lo encontró, le dijo:

–Su hija es una desmañada y una derrochadora que le perjudica a usted, porque anda dando a los pobres lo que usted gana con sus manos. Pero, si quiere sorprenderla, escóndase en la panera a tal hora, que yo iré por allí y usted verá lo que hace cada día a sus espaldas.

Al día siguiente, el padre se despidió de su hija para ir a faenar, pero en vez de eso se ocultó en la panera a esperar. Y a la hora anunciada, llegó la vieja bruja y, como esta vez sí tenía, la niña le dio huevos, un pedazo de pan y un trozo de chorizo. El padre lo vio y ese día no le dijo nada, pero le mandó que se preparara para ir con él de viaje.

A la mañana siguiente, en cuanto amaneció, montaron los dos en el caballo del padre y emprendieron el camino. Cuando llegaron a un monte, lejos de todo, el padre la bajó del caballo y la amenazó, y, como ella cruzase los brazos para rechazarle, él le cortó primero un brazo y luego el otro y también la privó de la vista sacándole los ojos. Después de todo esto, la ató con una cuerda al tronco de un roble y la dejó allí, llorando, para que se la comieran los lobos.

Pero resultó que no lejos de allí, en el mismo bosque, había un castillo donde vivían

un rey y una reina que tenían un hijo.

Y sucedió que los perros del rey se acercaban todos los días al árbol donde estaba atada la niña y le llevaban para comer lo que a ellos les daban en el castillo. Y de darle su comida a la niña, los perros se iban quedando más y más flacos. Un día el rey, al verlos tan flacos, dijo:

–¿Cómo es que mis perros se van quedando cada día más secos? ¿Es que los criados no les dan de comer?

Llamó a los criados y les riñó, pero los criados dijeron que no, que cada día les echaban de comer lo de siempre. Y entonces dijo el rey:

–Pues acechad a los perros, a ver qué es lo que hacen con la comida que les dais.

Así lo hicieron los criados, y vieron que subían siempre con la comida y se la daban a una hermosa joven que estaba atada a un árbol. Entonces fueron a contarle el prodigio al rey y éste ordenó que desataran a la muchacha sin brazos y la llevaran al castillo.

La muchacha se quedó a vivir en el castillo y pronto se ganó el corazón de todos y, especialmente, el del joven príncipe, que se enamoró de ella y anunció a sus padres que deseaba casarse. Éstos, aunque querían a la niña, le dijeron que era una deshonra para un príncipe casarse con una mujer sin brazos, que no podría criar a sus hijos ni nada. Y el príncipe les dijo que no le importaba que no tuviera brazos, pues, habiendo dinero y teniendo criados, todo era fácil.

Y se casaron el hijo del rey y la niña sin brazos. Y a los pocos meses de estar casados, murió el rey, le sucedió su hijo y la niña sin brazos se convirtió en reina. Pronto, un asunto obligó al rey a ausentarse del castillo durante algún tiempo. La reina quedaba encinta y el rey mandó que la trataran con todo cuidado hasta que él regresara.

La reina dio a luz a dos gemelos, niño y niña. Entonces, la madre del rey envió a un criado para que se lo comunicase al nuevo padre. El criado estuvo muchos días caminando para cumplir el mandato. A veces le oscurecía en sitios despoblados y tenía que dormir al raso. Un día llegó a un pueblo y se hospedó en casa de un señor. Y este señor, después de cenar, le preguntó:

–¿Qué novedades hay por tu tierra?

Y el criado le contestó:

–Novedades de importancia no hay más que una.

Dijo el señor:

–¿Y cuál es ésa tan importante?

Contestó el criado:

–Nuestra reina, que es una dama sin brazos y sin ojos, ha dado a luz a dos gemelos. Y yo voy en busca de mi señor, el rey, para darle noticia del alumbramiento, por lo que llevo una carta para él.

Después que el criado se acostó, el señor, que era el padre de la niña sin brazos, le sacó al criado la carta del bolsillo y puso en su lugar otra en la que decía que la reina había dado a luz a dos ratones.

A la mañana siguiente, cuando el criado se disponía a partir, le dijo el señor:

–Cuando estés de regreso, pasa por aquí, que yo te daré posada con mucho gusto.

El criado siguió su camino y entregó por fin la carta al rey. Y el rey contestó con otra carta que decía: «Pues, si mi mujer ha dado a luz a dos ratones, que los críe hasta que yo vuelva».

El criado, al regresar, fue a hospedarse de nuevo en la casa del señor. Éste esperó a que se durmiera y cambió la carta por otra que decía: «Desde el momento en que se reciba esta carta, deben sacar del castillo a mi mujer juntamente con lo que ha parido».

La madre del rey, al leer la carta, empezó a llorar, pues no comprendía el mandato de su hijo. Cuando la niña sin brazos se enteró del contenido de la carta, dijo:

–Si ésa es la voluntad de mi marido, así ha de ser.

Así que la madre del rey mandó hacer unas alforjas para meter a los niños, uno delante y otro detrás, se las pusieron al hombro y llevaron a la niña sin brazos al monte, donde la dejaron sola con sus hijos.

La infeliz, con los dientes daba cada vez vuelta a la alforja para que pudiera mamar el niño que llevaba a la espalda; pero, a las pocas horas de estar en aquella soledad, la madre y los niños empezaron a llorar de hambre.

Estaba la madre junto a un arroyo y se inclinó a beber agua para calmar la sed, pero, al inclinarse, las dos criaturas cayeron al agua. No teniendo brazos para sacarlos, la pobre madre los sentía ahogarse y estaba desesperada. Y, en esto, oyó una voz de lo alto que le decía:

–¿Qué es lo que te ocurre, niña?

Y contestó ella llorando:

–Que se me han caído mis hijos al arroyo y se están ahogando.

Y dijo la voz:

–Mete una mano en el agua y saca al primero.

Ella dijo:

–Pero es que yo no tengo manos ni brazos.

Y dijo la voz:

–Haz lo que te digo.

Desesperada, movió la niña el cuerpo en busca de sus hijos y en un lado surgiéronle mano y brazo y rescató al niño. E hizo lo mismo con el otro lado del cuerpo y rescató a la niña.

–Ahora –continuó la voz–, moja tus ojos con ambas manos.

La niña los mojó y recobró la vista.

Abrazó a sus hijos con lágrimas de alegría sin poder creer lo que le había sucedido. En esto se presentó una hermosa señora ante ella y le dijo:

–Toma este mantel que te doy; dondequiera que digas: «Mesita, compónte», aparecerá ante ti comida siempre que la necesites. Pero no dejes de dar limosna nunca a quienes se te acerquen por necesidad.

La niña marchó por el mundo y, dondequiera que necesitaba comer o encontraba a un pobre, sacaba el mantel y decía:

–Mesita, compónte.

Y, al momento, el mantel se llenaba de comida.

El rey, entre tanto, volvió de su encargo y, nada más llegar al castillo, preguntó por su esposa y sus hijos. Entonces le dijeron que habían hecho con ellos lo que les indicara en la carta, y el rey dijo:

–¡Yo no he mandado hacer semejante cosa!

Entonces comprendieron lo que había pasado; y el rey estaba muy contento porque tenía dos niños y no dos ratones, pero estaba muy triste porque había perdido a su esposa y a sus hijos. Así que determinó echarse al mundo para ir a buscarlos.

Un día la niña llegó a un pueblo y preguntó si había allí alguna casa, por pobre que fuera, donde poder quedarse, pues estaba cansada de andar de aquí para allá con los dos niños. Y le dijeron que había una grande y buena en la que nadie se atrevía a vivir porque vivía en ella un fantasma que tenía atemorizados a los vecinos.

A pesar de ello, la niña se fue a vivir a aquella casa, que le resultaba conocida. Y a eso de la medianoche, oyó un ruido muy grande. Entonces dejó a sus hijos en el dormitorio y fue a donde había sonado el ruido. Trazó un círculo y se metió en él, con una vara en la mano. Y en ese momento se presentó el fantasma, que dijo:

–¡Quítame esta capa, que me abrasa!

La niña golpeó varias veces la capa hasta que cayó al suelo y el fantasma desapareció dentro de una gran llamarada. Y era el alma del padre de la niña, que penaba por sus pecados.

La niña continuó viviendo en la casa y sus hijos iban creciendo sanos y felices.

Un día, a la hora de decir: «Mesita, compónte», salió su hija a ver si había algún pobre y encontró a un caballero con su criado, que parecían muy cansados. La hija les tuvo lástima y les invitó a entrar y le dijo a su madre:

–Sólo hay estos dos a la puerta. Déjales que coman con nosotros, pues quién sabe si nuestro padre no estará a estas horas pidiendo de comer mientras nos busca.

La madre les invitó a entrar y luego dijo a su hija:

–Calla, hija mía, no digas eso, que lo menos que se acuerda tu padre es de nosotros. Si nos hubiera tenido cariño, no me mandaba para el monte, sin ojos y sin brazos, llevándote a ti y a tu hermano en una alforja colgada del hombro.

El caballero escuchó con atención lo que decía la madre y preguntó qué quería decir aquello de no tener ojos ni brazos. Y la niña le contó su triste historia. Después que la hubo oído, el caballero se adelantó y dijo:

–Yo soy el rey, tu marido, padre de estos niños. Y os ando buscando desde el día en que volví a mi castillo y supe que habían cambiado las cartas que llevaba nuestro criado.

Entonces la niña se echó a llorar de alegría al verse al lado de su marido y los niños no dejaban de abrazar y besar a su padre.

Y, como ya era la hora de comer, dijo ella:

–Mesita, compónte.

Y el mantel se llenó de los manjares más exquisitos que se pudieran imaginar y comieron de todo para celebrar el encuentro. Y luego se volvieron al castillo del rey, donde vivieron muchos años muy felices y siguieron socorriendo a todos los necesitados que se acercaban por allí.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

PROCEDENCIA DE LOS CUENTOS

Las colecciones generales o parciales que hoy día pueden adquirirse o consultarse suelen ser coincidentes entre sí en buena parte de los títulos, aunque sólo recojan cuentos ceñidos a áreas geográficas distintas y alejadas, por lo que la elección de cuentos es un problema de cotejar versiones o variantes y elegir entre ellas; en varios casos en que tiene sentido, se han aprovechado, sobre un mismo cuento, los hallazgos o peculiaridades de más de una variante.

Los cuentos titulados «La misa de las ánimas», «El alma del cura», «El hombre del saco», «El aguinaldo», «Los siete conejos blancos», «Los ladrones arrepentidos», «El alfiletero de la anjana», «Periquillo», «La flor del cantueso», «El príncipe Tomás», «Los dos jorobados», «Las tres naranjitas», «El agua amarilla», «La calandria salvadora», «La muñeca de dulce», «El castillo de Irás y No Volverás», «El cabrito negro» y «Piedra de dolor y cuchillo de amor» han sido tomados de la colección *Cien cuentos populares españoles* de José Antonio Sánchez Pérez, publicada por primera vez en 1942 y, si bien de todos estos cuentos existen –como decía– versiones y variantes en otras colecciones, me he atenido en lo sustancial a ésta debido a mi especial cariño de lector por esta recopilación. Debo advertir que he cambiado algunos títulos («El hombre del saco», «El alfiletero de la anjana» y «Los dos jorobados» son los que más se separan de los originales). Algunos de ellos –«El hombre del saco», «El castillo de Irás y No Volverás»– mezclan también variantes y en otros se fuerza a veces la intención para lograr un efecto expresivo determinado.

De la colección de Aurelio M. Espinosa son «La tira de piel», «El conde Abel y la princesa» y «Juan Bobo», que pertenecen al volumen III de la edición de la Stanford University. También son de Espinosa, aunque obtenidos a través del *Catálogo tipológico del cuento folklórico español*, de Julio Camarena y Maxime Chevalier, «La princesa encantada», «Juan Sin Miedo» (titulado originalmente «El que no conocía el miedo») y

«La joven María y el príncipe lagarto» (titulado originalmente «El lagarto de las siete camisas»).

De los *Cuentos populares salmantinos*, de Luis Cortés Vázquez, he tomado «Las tres manzanas de oro», «El pobre avaricioso», «La zapatilla de oro», «Los animales músicos» y las dos versiones de «Los tres pelos del diablo»; el cuento titulado «Delgadina» procede de un romance, recogido por Luis Cortés Vázquez en su *Leyendas, cuentos y romances de Sanabria*, que me he permitido convertir en cuento. El cuento titulado «El peral de la tía Miseria» mezcla las versiones de Cortés en los *Cuentos salmantinos* (donde lleva por título «La tía Lucrecia y la muerte») con la versión de Aurelio Espinosa, hijo, en sus *Cuentos populares de Castilla y León*.

De los *Cuentos tradicionales de León*, de Julio Camarena, proceden «La novia del ladrón», «El cuarto prohibido» (titulado originalmente «¡Oreja, aquí! ¡Oreja, en la mesa!»), «Las tres hilanderas», que se cruza con una versión recogida por Hernández de Soto, «El gato con botas», «El enano y el gigante» y su versión de «Blancaflor», que se mezcla con la de Luis Cortés Vázquez en los *Cuentos salmantinos*. También de Julio Camarena, pero pertenecientes a sus *Cuentos tradicionales de Ciudad Real* son «Las mantecas del rey Hijón» y «Juan Soldado».

«El enano», «Perico el mago» (titulado originalmente «Periquín»), «La novia rana» y «El león y Angelina» proceden de los *Cuentos asturianos de tradición oral* de Aurelio de Llano. El cuento «El enano y el pastor» está tomado de las *Obras completas* de Manuel Llano.

«El joven que vendió su alma al diablo» procede del relato titulado «Cristóbal», recogido por Luis Diego Duscoy en su libro *Tradiciones populares*, t. II. «La princesa dormida» (titulado originalmente «Águila la hermosa») lo recoge Marciano Curiel Merchán en sus *Cuentos extremeños*. El brevísimo «El herrero jugador» (titulado originalmente «Almas al cielo») lo recoge José María Fernández Pajares en *Del folklore de Pajares*.

Los cuentos titulados «Los tres leones», «La estatua de mármol» (originalmente, «La piedra de mármol») y «El pájaro de los diamantes», proceden de los *Cuentos populares de Extremadura* de Sergio Hernández de Soto.

«La niña de los tres maridos» y «Bellaflor» están tomados de los cuentos populares de Fernán Caballero. «La mariposita» se reproduce prácticamente sin tocar, debido a sus calidades musicales, de los *Cuentos castellanos de tradición oral* de Joaquín Díaz y

Maxime Chevalier. Y también de Joaquín Díaz, pero tomado de su *Cuentos en castellano* es «Pulgarcito» en una versión que resulta totalmente diferente de los «Periquillos» o «Periquillos cañamones» más característicos de la tradición española (que también figura en esta selección bajo el título, precisamente, de «Periquillo») y que resulta más acorde con la versión, digamos, internacional.

«La hija enterrada» y «Juan de Caláis» se encuentran en el *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos maravillosos*, de Julio Camarena y Maxime Chevalier, donde se hallan también varios otros de los cuentos mencionados antes. El catálogo, publicado en 1995, es realmente, hasta donde conozco este tipo de publicaciones, un libro excepcional y posiblemente definitivo para la fijación de los cuentos populares españoles. El primero de los cuentos mencionados lo atribuyen los autores a Juan Antonio del Río y Melchor Pérez Bautista y es una versión gaditana inédita hasta ese momento; el segundo era también inédito y fue recogido en Madrid por Paloma Esteban, A. Lorenzo y J. Camarena.

De la colección de Aurelio de Llano, *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, vienen los titulados «Las tres prendas de Pedro», «Los tres consejos» (originalmente: «Julia y Gonzalo»), «El pequeño corzo» (originalmente: «Celia y Gilberto»), «El tonto de Coria», «El sino» (originalmente: «María la Pongal»), «El cuélebre y el pastor», y «Los hermanos bandidos» (originalmente: «Los dos hermanos»).

De la colección de *Cuentos extremeños*, de Marciano Curiel Merchán, proceden «El gallo y el carámbano», «La hornera malvada» (originalmente: «La hornera mala»), «María manos blancas», «Las mentiras más gordas», «Los tres amigos» y «El sastre y el zapatero».

De la colección *Cuentos cordobeses de tradición oral*, de María José Porro y otros, vienen «El califa, el pastor y la felicidad», «El hijo perdido», «La posada encantada» y «Las tres cerditas» (originalmente: «Las tres cochinitas»).

De la colección *Los cuentos tradicionales asturianos*, de Constantino Cabal, proceden «Una apuesta con el diablo», «La selva encantada», «La metamorfosis» y «El anillo de “Por aquí”».

De los *Euskaleriaren yakintza*, de Resurrección María de Azkue, vienen «El carbonero y la Muerte», «La sangre más pura», «Los carboneros en el palacio», «El

amezketano y el madrileño», «La flor del sicomoro», «Noticias del cielo» y «Seis amigos de novedades».

De la colección *Folklore de Catalunya. Rondallística*, de Joan Amades, proceden «La barretina verde», «Los siete rebecos», «El manto de oro», «La casita de azúcar», «Juan el Oso», «El castillo de las siete torres», «La serpiente de siete cabezas y siete colas», «La niña de los cabellos de oro», «El amigo de la Muerte», «La bola de oro», «Los tres hermanastros», «El príncipe dragón» y «El cocinero del rey» (originalmente: «La donzella dels cabells d'or»).

De la colección *Cuentos populares españoles*, de Aurelio M. Espinosa, vienen «La gaita que hacía bailar a todos», «La ahijada de san Pedro», «Estrellita de oro», «Los prestamistas no tienen alma», «La muchacha embustera» y «El lobo cree que la luna es queso».

De la colección *Antoloxia do conto popular galego*, de Henrique Harguindey y Maruxa Barrio, proceden «El demonio ayuda al casero», «El general Afilado» (originalmente: «O xeneral Aguces»), «El juicio del demonio» y «El gallego y el caballo del rey».

El cuento titulado «El heredero de la corona» viene de la colección de Antoni M. Alcover *Aplec de rondaies mallorquines* y el titulado «Los tres hermanos» viene de la colección *Rundayes de Mallorca*, del archiduque Luis Salvador de Austria, que, a mi vez, he tomado de la serie «El palacio de los cuentos», dirigida por Ulf Diederichs.

El cuento «La peregrinita» pertenece a la colección de S. Hernández de Soto *Cuentos populares de Extremadura*. El cuento «La vela de la vida» (originalmente: «Las velas») lo he tomado del *Catálogo tipológico del cuento folklórico español* de Julio Camarena y Maxime Chevalier, que a su vez reproducen una versión de Cipriana Álvarez Durán en *El Folk-lore andaluz*. Del mismo *Catálogo* tomo «El viejo se hace niño» (originalmente: «O vello e mail-a morte»), que reproduce la versión de Lois Carré en *Contos populares de Galiza*.

Los cuentos que enumero a continuación proceden de versiones mezcladas. «El tambor de piel de piojo» viene de Azkue («El piojo real») y de Sánchez Pérez («El pandero de piel de piojo»). «La asadura del muerto» viene de Espinosa y Porro. «Las verdades del barquero» viene de Amades, pero las verdades que se recitan son las que recoge el libro *El porqué de los dichos*, de José M.^a Iribarren. «Juan y Medio» se toma

de las versiones de Aurelio de Llano («Juan y Medio») y Aurelio M. Espinosa («El hombre de pez»).

Por último, cierro el libro con el cuento «La niña sin brazos», que, lo confieso, es mi favorito. El resultado final es una mezcla de las versiones de Aurelio de Llano, Azkue, Aurelio M. Espinosa y yo mismo.

En la Bibliografía escogida, el lector podrá ver que existen muchas más colecciones de cuentos de las que yo he utilizado. Sólo quiero reiterar que todas coinciden en buena parte, cada una con sus versiones y peculiaridades. Que haya usado mayoritariamente unas y no otras se debe no sólo a una cuestión de preferencia por las versiones sino también, todo hay que decirlo, a no sentirme atado a lo que en nuestros días y en nuestro país aparece como un inevitable reparto por cuotas regionales, que más suele tener que ver con razones de orden político que de otro orden; el literario, por ejemplo. A fin de cuentas, he trabajado con mayor libertad y los cuentos son los mismos y son de todos.

BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA

Esta Bibliografía escogida sólo pretende recoger referencias de colecciones clásicas y modernas sin otra intención que ofrecer una primera aproximación al lector interesado. En varios de los libros aquí reseñados encontrará el lector otras bibliografías mucho más completas y sistemáticas. Sólo se recogen colecciones de cuentos.

Alcover, Antoni M., *Aplec de Rondaias Mallorquines* d'en Jordi d'es Racó, 24 vols., Moll, Palma de Mallorca 1976.

Amades, Joan, *Folklore de Catalunya. Rondallística*, Selecta, Barcelona 1950.

Arratibel, José, *Kontu zaarrak*, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao 1980.

Azkue, Resurrección María de, *Euskaleriaren yakintza*, vol. II, Espasa Calpe, 2.^a ed., Madrid 1966.

Barandiarán, José Miguel de, *Eusko-Folklore*, en *Obras Completas II*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao 1973.

Bardón, Cayetano A., *Cuentos en dialecto leonés*, 3.^a ed., Tipográficas Cornejo, Astorga 1955.

Biblioteca de las tradiciones populares españolas, dirigida por Antonio Machado y Álvarez, 11 vols., Sevilla-Madrid 1883-1886.

Cabal, Constantino, *Los cuentos tradicionales asturianos*, Voluntad, Madrid (sin fecha).

Caballero, Fernán, *Genio e ingenio del pueblo andaluz*, Castalia, Madrid 1995.

Camarena, Julio, *Cuentos tradicionales recopilados en la provincia de Ciudad Real*, Instituto de Estudios Manchegos-CSIC, Ciudad Real 1984.

–, *Cuentos tradicionales de León*, 2 vols., Diputación Provincial de León Universidad Complutense de Madrid, Madrid 1991.

– y Maxime Chevalier, *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos*

maravillosos, Gredos, Madrid 1995.

Canellada, María Josefa, *Cuentos populares asturianos*, Ayalga, Gijón 1978.

Carré Alvarellos, Lois, *Contos populares de Galiza*, Revista de Etnografía, varios números, Junta Distrital, Oporto 1963-1967.

Carreño Carrasco, Elvira y otros, *Cuentos murcianos de tradición oral*, Publicaciones de la Universidad, Murcia 1993.

Castelló Guasch, J., *Rondaies eivissenques*, Moll, Palma de Mallorca 1961.

–, *Rondaies de Formentera*, Alfa, Palma de Mallorca 1976.

Col·lectiu Folkloric Ciutadella, *Recull de Rondalles Populars Menorquins*, Quaderns de Folklore, Consell insular de Menorca, Ciutadella 1981.

Constans, Lluís G., *Rondalles*, Centre d'Estudis Comarcal de Banyoles, Gerona 1981.

Cortés Vázquez, Luis, *Cuentos populares salmantinos*, 2 vols., Librería Cervantes, Salamanca 1979.

–, *Leyendas, cuentos y romances de Sanabria*, Gráficas Cervantes, 3.^a ed., Salamanca 1992.

Curiel Merchán, Marciano, *Cuentos extremeños*, Editora Regional de Extremadura, Jerez 1987.

Díaz, Joaquín, *Cuentos en castellano*, Ediciones de la Torre, Madrid 1988.

– y Maxime Chevalier, *Cuentos castellanos de tradición oral*, Ámbito, Valladolid 1983.

Espejo Poyato, Serafín y José González Ruiz, *Cuentos y romances populares de la comarca de Linares*, Centro de Profesores de Linares-Junta de Andalucía, 1990.

Espinosa, Aurelio M., *Cuentos populares españoles*, 3 vols., CSIC, Madrid 1946.

–, *Cuentos populares de España* (Antología del anteriormente citado, a cargo de Luis Díaz Viana), Espasa-Calpe, 2.^a ed., Madrid 1993.

Espinosa, Aurelio M. (hijo), *Cuentos populares de Castilla y León*, 2 vols., CSIC, Madrid 1987 y 1988.

Fraile Gil, José Manuel, *Cuentos de la tradición oral madrileña*, Comunidad de Madrid, Madrid 1992.

Harguindey, Henrique y Maruxa Barrio, *Antoloxia do conto popular galego*, Galaxia, 2.^a ed., Vigo 1995.

Hernández de Soto, Sergio, *Cuentos populares de Extremadura*, BTPE, X, Fernando Fé, Madrid 1886.

León Domínguez, Luis, *Los cuentos de Andalucía*, Biblioteca Ibérica de Folklore, Madrid (sin fecha).

Lugo. *Contos populares da provincia de Lugo*, Centro de Estudios Fingoy, Galaxia, Vigo 1972.

Llano, Aurelio de, *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, Centro de Estudios Históricos, Madrid 1925.

Llano, Manuel, *Obras completas*, 2 vols., Fundación Marcelino Botín, Santander 1968.

Luis Salvador de Austria, archiduque, *Rundayes de Mallorca*, Siglo XXI de Catalunya, Barcelona 1982.

Martínez Menchén, Antonio, *Cuentos populares españoles*, 4 casetes, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid 1981.

Maspons i Labrós, Francesc, *Contes populars catalans*, Barcino, Barcelona 1952.

–, *Lo rondallayre. Quentos populars catalans*, Llibrería de Alvar Verdaguer, Barcelona 1871, 1872 y 1875.

Milá i Fontanals, Manuel, *Obras completas VI*, Librería de Álvaro Verdaguer, Barcelona 1895.

Montero, Pedro, *Los cuentos populares extremeños en la Escuela*, ICEUniversidad de Extremadura, Badajoz 1988.

Porro, María José, y otros, *Cuentos cordobeses de tradición oral*, Servicio de Publicaciones de la Universidad, Córdoba 1985.

Rodríguez Almodóvar, Antonio, *Cuentos a la luz de la lumbre*, 2 vols., Anaya, Madrid 1983 y 1984.

Rodríguez Pastor, Juan, *Cuentos populares extremeños y andaluces*, Diputaciones Provinciales de Badajoz y Huelva, Badajoz 1990.

Rondalles de les Illes Balears, Antología de rondalles recogidas por Antoni M.^a Alcover, Andreu Ferrer Ginard y Joan Castelló Guasch, Moll, Palma de Mallorca 1975.

Saco y Arce, Juan Antonio, *Literatura popular de Galicia*, Diputación Provincial de Orense, Orense 1987.

Sánchez Pérez, José A., *Cien cuentos populares*, José J. de Olañeta, 2.^a ed., Palma de Mallorca 1995.

Sandubete, Juan J., *Cuentos de la tradición oral recogidos en la provincia de Cádiz*, Escuela Universitaria de Profesores de EGB «Josefina Pascual», Cádiz 1981.

Serra i Boldú, Valeri, *Rondalles populars*, 4 vols., Publicacions de l'Abadía, Montserrat 1984-1985.

Valor, E., *Rondalles valencianes*, Ed. Torre, Valencia 1950, 1951 y 1958.

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: Diciembre de 2011

© José María Guelbenzu, 1996, 1997, 2000, 2006, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 1996, 1997, 2000, 2006, 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-818-7

Conversión a formato digital: Década Soft S.L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Dedicatoria	7
Al lector	8
Cuentos Populares Españoles	19
1. La misa de las ánimas	21
2. El hombre del saco	24
3. El aguinaldo	28
4. Los siete conejos blancos	31
5. Los ladrones arrepentidos	34
6. La niña de los tres maridos	37
7. El alfiletero de la anjana	40
8. Periquillo	43
9. La flor del cantueso	46
10. El príncipe Tomás	51
11. Los dos jorobados	55
12. Las tres naranjitas	59
13. Juan Bobo	62
14. El agua amarilla	66
15. La calandria salvadora	72
16. La muñeca de dulce	78
17. El castillo de Irás y No Volverás	81
18. La tira de piel	87
19. El conde Abel y la princesa	91
20. El alma del cura	96
21. La princesa encantada	100
22. El enano	103
23. El cabrito negro	106
24. El cuarto prohibido	108

25. La novia del ladrón	113
26. Blancaflor	119
27. Las tres hilanderas	130
28. El gato con botas	133
29. La hija enterrada	136
30. Perico el mago	140
31. Juan Sin Miedo	144
32. Las mantecas del rey Hijón	147
33. El enano y el gigante	154
34. Las tres manzanitas de oro	157
35. Juan Soldado	160
36. El pobre avaricioso	166
37. La zapatilla de oro	169
38. El peral de la tía Miseria	174
39. El joven que vendió su alma al diablo	178
40. La novia rana	183
41. Los animales músicos	188
42. La princesa dormida	190
43. La joven María y el príncipe lagarto	195
44. El herrero jugador	201
45. El león y Angelina	202
46. Delgadina	208
47. Los tres pelos del diablo	210
48. Juan de Calais	214
49. Los tres leones	219
50. La mariposita	225
51. Bellaflor	228
52. La estatua de mármol	233
53. Piedra de dolor y cuchillo de amor	240

54. Pulgarcito	244
55. El pájaro de los diamantes	247
56. El enano y el pastor	254
57. El califa, el pastor y la felicidad	257
58. Las tres prendas de Pedro	260
59. Los tres consejos	265
60. La gaita que hacía bailar a todos	269
61. El tambor de piel de piojo	273
62. La asadura del muerto	276
63. La ahijada de san Pedro	278
64. El pequeño corzo	281
65. El carbonero y la Muerte	285
66. La barretina verde	289
67. El gallo y el carámbano	292
68. La hornera malvada	294
69. El heredero de la corona	297
70. La sangre más pura	305
71. Una apuesta con el Diablo	308
72. Los carboneros en el palacio	312
73. Los siete rebecos	315
74. El hijo perdido	320
75. La selva encantada	324
76. El manto de oro	328
77. La casita de azúcar	333
78. La metamorfosis	336
79. La peregrinita	338
80. El tonto de Coria	342
81. Juan el Oso	344
82. María manos blancas	351

83. Las mentiras más gordas	356
84. El amezketano y el madrileño	359
85. El castillo de las siete torres	362
86. El anillo de «Por aquí»	366
87. El sino	369
88. Estrellita de oro	372
89. Las verdades del barquero	378
90. La flor del sicomoro	382
91. El cuélebre y el pastor	384
92. La vela de la vida	387
93. Los tres hermanos	391
94. El demonio ayuda al casero	395
95. La serpiente de siete cabezas y siete colas	398
96. El general Afilado	401
97. La niña de los cabellos de oro	403
98. Noticias del cielo	406
99. Los tres amigos	409
100. Seis amigos de novedades	416
101. La posada encantada	420
102. El juicio del demonio	422
103. El gallego y el caballo del rey	424
104. Los hermanos bandidos	425
105. El sastre y el zapatero	428
106. Los prestamistas no tienen alma	433
107. El amigo de la Muerte	435
108. La bola de oro	442
109. Las tres cerditas	449
110. Los tres hermanastros	452
111. La muchacha embustera	456

112. El lobo cree que la luna es queso	459
113. Juan y Medio	461
114. El príncipe y el dragón	466
115. El cocinero del rey	471
116. El viejo se hace niño	479
117. La niña sin brazos	481
Procedencia de los cuentos	486
Bibliografía escogida	491
Créditos	495